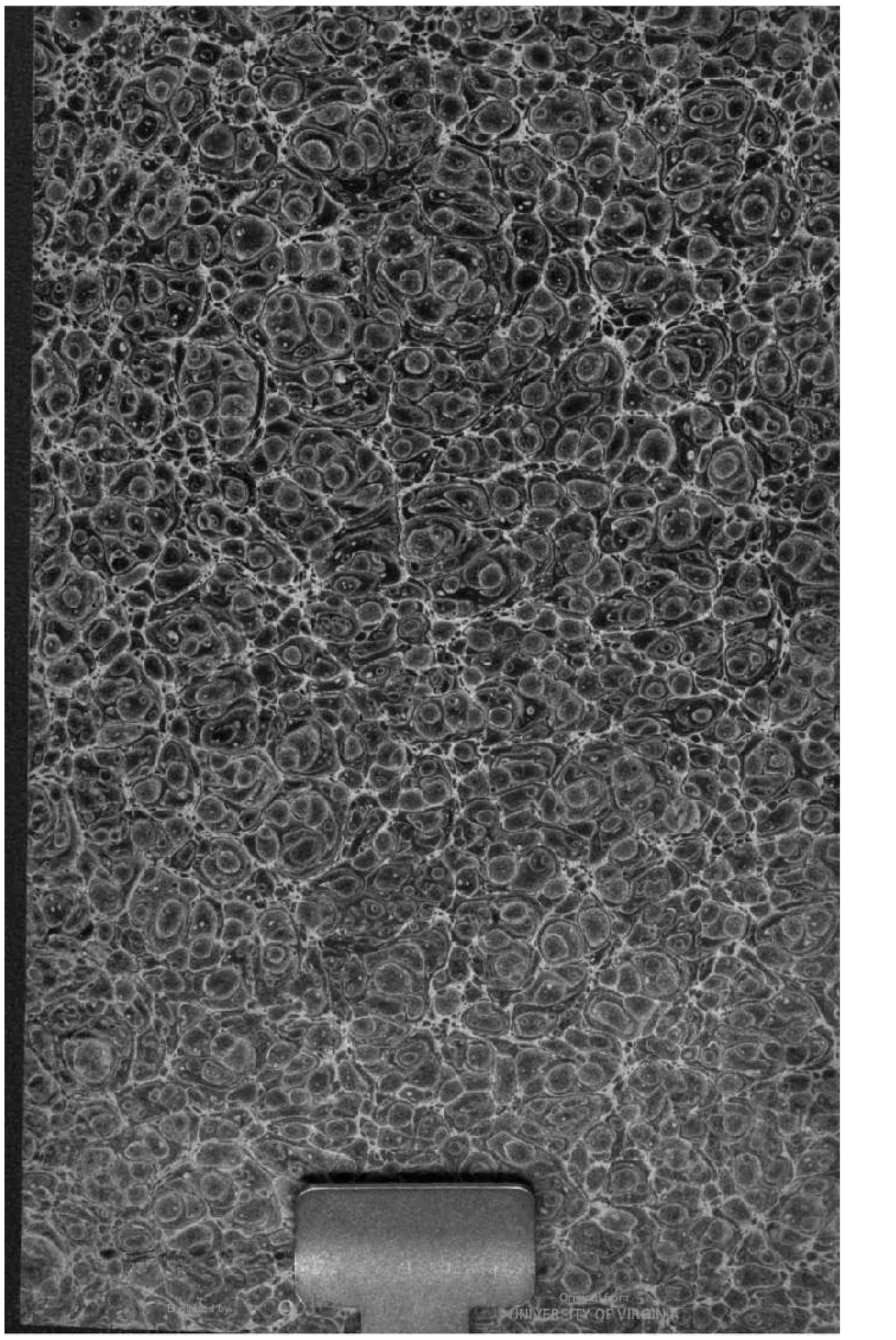
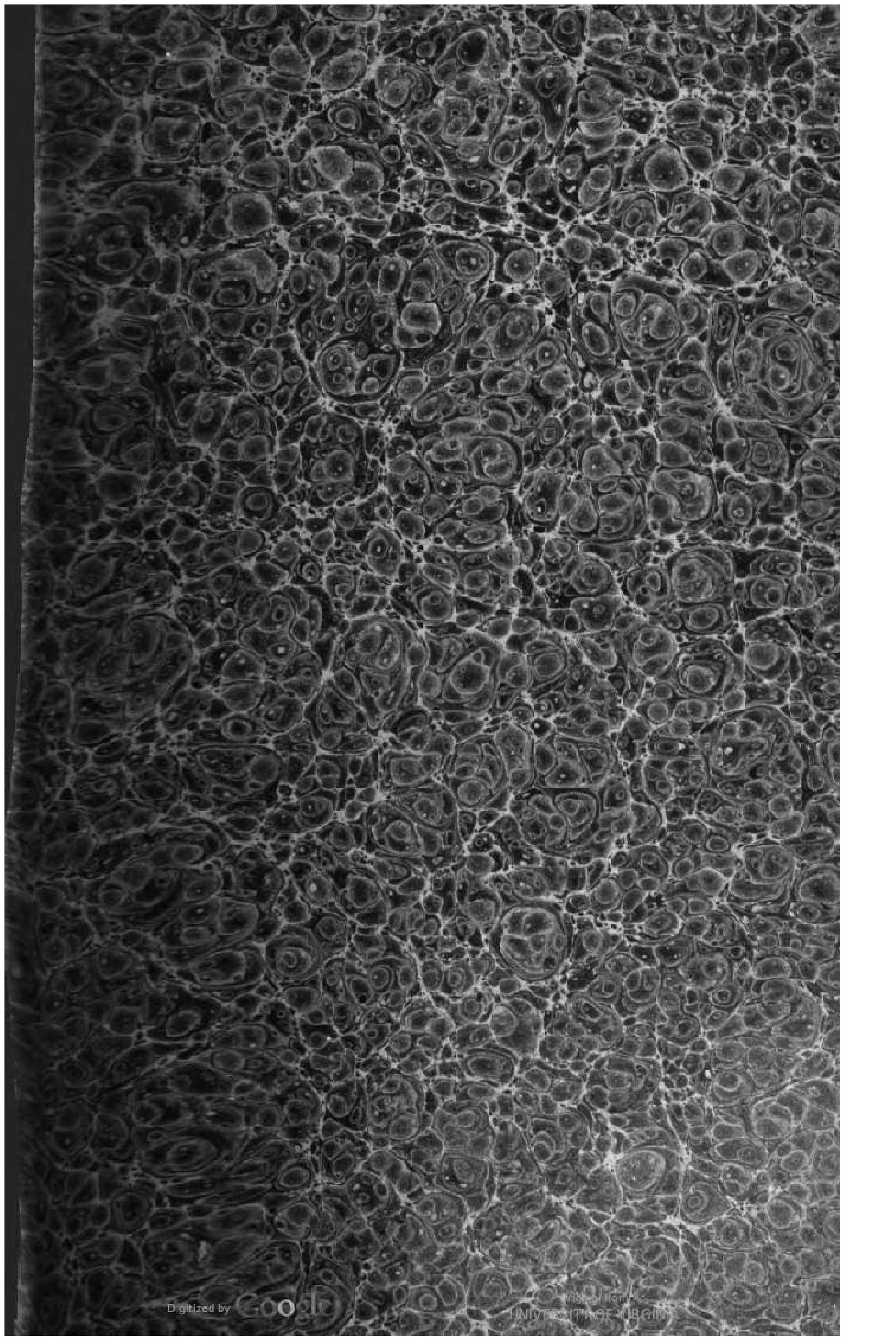






COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU.

TOMO LXXVII.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1881

HISTORIA

DE

FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA

CONFORME AL MS. QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

II

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

La infanta Doña María, hija de los Reyes Católicos D. Felipe IV y Doña Isabel, nace en el Real Palacio de Madrid: no se efectúa la salida del Rey de Castilla para los pretextos de la guerra contra franceses. El Papa Urbano VIII, expide una Bula, ó *motu propio*, para que todos los Prelados vayan á residir á sus iglesias dentro de dos meses. D. Gonzalo de Córdoba deja á Flandes y muere retirado en su encomienda. Prosiguen los Ministros franceses la guerra en Alemania aunque en sucesos siniestros por la paz jurada entre el César y el elector Juan Jorge, duque de Sajonia: rompen con el Rey Católico y líganse en Holanda con fuerzas más poderosas para dividir entre sí y acabar de tiranizar los Países-Bajos; destruye y desbarátalos el infante D. Fernando con afrenta y desunion de todos: tómales el importantísimo fuerte de Esquenque, y arrójalos

con otros miserables estragos de la tierra. Toman los holandeses en el Brasil el Puerto de Paráiba. Hacen los franceses entradas en la Lombardía, ocupa el duque de Roan la villa de Chabena, declárase por el frances el duque de Parma, y entra en la liga con Vitorio, duque de Saboya: ocúpanse pasos y fuertes en la Valtelina por el Roan. El marqués de Santa Cruz corre fortuna junto á Cabocorso, pierde galeras y navíos; rehácese y sigue el dictámen de su empresa. Levantan el sitio de Valencia del Pó los franceses y coaligados de Italia: rompe Galaso al cardenal de la Baleta, tómale la artillería y el bagaje y degüéllale 6.000 hombres, y no se resuelve la entrada por la Francia con 40.000 soldados. Pídense nuevos y más graves tributos en el reino: previénese el duque de Medina de las Torres para el casamiento capitulado con la princesa de Astillano en Nápoles: sucede un desórden en el salon de Palacio, asistiendo el Rey en él á una farsa, y muere el duque de Lerma en Flandes, habiendo llegado al cargo de Maestre de Campo general.

No remetian un punto de su ardor y obstinacion los franceses, ni aflojaban en el dañar las tierras y provincias de los príncipes de la Casa de Austria; ántes bien, habiéndose simulado por algun tiempo, mañosamente, con el mayor y de más poderosas fuerzas, y contenido con más cautela que valentía con el más soberano en dignidad, viendo se restituian á templanza y tranquilidad las cosas de Alemania, por la paz contraida con el elector de Sajonia, como más extendidamente refiero en su lugar, y por las otras cosas que ya dejamos dichas, y que los aliados en aquella parte, estaban quebrantados, pocos, inferiores y de flacas fuerzas, temiendo más que otro este



accidente, ó ambas cosas, y anteviendo que por lá iniquidad de sus oficios no se juntase el más poderoso con el más ofendido, y unidas tan grandes potencias recayesen dentro y en el corazon de sus estados, trazó con los rebeldes, sus confederados, de suspenderle y entretenerle allí, metiéndole la guerra en su casa, no dejándole respiracion para otra alguna, ni para socorro y ayuda á la liga, confederacion y alianza de sus deudos y sangre; y otrosí, para apretar más esto y subirlo de punto, divertir los auxilios y socorros y librar su casa del incendio premeditado por sus oficios, inquietarle á Italia, solevarle las plazas y los confederados, porque no pudiendo acudir á tanto se perdiese parte considerable que abriese puerta á mayores ruinas, á sus fines propios y particulares, para desencuadernar el estado de esta Monarquía, como lo han pretendido á un mismo tiempo cuatro ejércitos; tanto que pareció á los de mayor noticia en la leccion de historias, de la geografía ó experiencia de sus pueblos, términos y circunferencias, que por las mismas cosas que intentaban parecian más que franceses, que se habian juntado más repúblicas con ellos, las habian adquirido, y las esponian ó mandaban contra nosotros. Pues, como dije, los que por libros y por historias se acuerdan de las guerras y contenciones pasadas, contraidas con nuestras gentes y ejercidas en el reino de Nápoles, en Navarra y en Vizcaya, y en las otras fronteras españolas, en Lombardía y en el confin de Flandes, en tiempo de las pasiones de Francisco á la grandeza y gloria militar del emperador Cárlos V, de los tres Enriquez, y el postrero, saben, como se ve bien en los *Comentarios* de D. Cárlos Coloma, las ventajas que les hicimos; y los otros antecesores suyos, no se yo que en cuatro partes, á un mismo tiempo, y año, manejasen y mantuviesen cuatro ejércitos, todos en tierras y provincias de la Casa de Austria. Pero este esfuerzo, segun varones diligentes y de verdad en la marcial especulacion discurrian, era más miedo que poder, y que salian fuera de sí para no ver dentro de su casa el azote de dos potencias que algun dia caerán sobre ella; pasando ya sobresaltados de este temor y asombro,



por no dejar de delinquir y cometerlo todo de la ira de las espadas á las plumas, á publicar papeles y manifiestos llenos de suma impiedad é injusticia, falsos, apócrifos, tocados más de insolentes que de razon ni cortesía.

Pero entrándonos por el año de 35, y por el libro tercero de los ocho que hemos propuesto (si algun accidente no lo desbarata, secándonos las manos, las plumas y el argumento), y expresando las otras materias indiferentes que le tocan, digo que la reina católica Doña Isabel de Borbon, esposa del rey católico D. Felipe IV, miércoles, 15 de Enero de este año, entre la una y las dos, despues de medio dia, parió una Infanta. Fué bautizada por mano del cardenal Espínola, en la capilla Real de Palacio, viérnes, 2 de Febrero, solemnizando la Iglesia aquel dia la Purificacion de la Virgen, y diéronla por nombre, María; siendo padrino el príncipe Baltasar Cárlos, su hermano.

En las cosas de Europa corria tal impresion de Marte por ellas, que si bien se esperaba tranquilidad por lo referido, y sosiego (así lo decian) en Alemania algunos Príncipes que quedaban allí, como el marqués de Brandemburg, el Ringrave Ludovico Oto y el duque Bernardo de Veimar, faltando el de Sajonia, entraban en la Liga con el duque de Wirtemberg, aunque por las pérdidas pasadas eran de tan livianas fuerzas, que no estaban con nervios para invadir ni oponerse al Imperio ni á las fuerzas de los alemanes. Pero declarado el Rey de Francia y quitadas las pieles de las manos, como se lo habian dicho y persuadido sus confederados, puso ejército y gente debajo del gobierno del mariscal de la Forza, hereje y hugonote, soldado viejo y de los que habian contendido con sus padres cuando envistió la corona de Francia. Este ejército, no solo habia de defender los confines y conservar la Alsacia y la Lorena, y las ciudades libres usurpadas al Imperio cerca del Rin; pero habia de hacer resistencia al general Galaso, que con innumerables gentes y cohortes habia de hacer entrada por la Francia hácia la diócesi de Borgoña, dándole calor Ferdinando Rey de Hungría y Bohemia, y por el consiguiente



unirse y abrigar á los aliados y protestantes, como lo encargaba el frances, que todavía, aunque maltratados, estaban á su devocion y corrian por su cuenta y cuidado, si él la hacia de ellos, despues de perdidos, que era á lo que aspiraba, y ya ellos querian que los librase de las miserias en que los habia metido.

Estas cosas, y las que se dejaban sentir en Flandes y en Italia, dignas, por su importancia, de atencion, hicieron á los más fieles ministros de Estado de nuestra Corona, exponer al Rey se opusiese en persona á ellas, y saliese armado y con ejército á las fronteras de Perpiñan ó por las de Navarra, ó Vizcaya, y diese á sentir á los franceses. Quién dice, para fortificar más este argumento, que habia acordado con el Emperador, que luégo que el conde Matías Galaso entrase por la Francia, el Rey acometiese por sus fronteras ó por alguna de ellas. Divulgóse esta salida del Rey por algunos dias, ántes del mes de Enero; pero para no hacer las cosas sin grande premeditacion y acuerdo, ó que más pareciese ruido que prevencion, el mayor Ministro convocó una junta general, grande, de casi todos los mayores y mejores consejeros de la Corte, y de ella salió desbaratada la ida del Rey, por entónces, publicándose para el otro Enero siguiente; y toda esta tempestad paró en gabelas, pidiéndose nuevos y más exorbitantes tributos, nueve millones en el Reino, pagados en tres años, en que estuvo para fracasar el conde del Castrillo por no arrojarse á ojos cerrados y sin consejo á la total concesion; haciendo no poca dificultad el poder creer de su vigor esta virtud, porque era tenido por uno de los más arrojados hombres en esta parte que se podia conocer, y el más incendiario en inventar y crecer pedidos. Al fin, como hijo de aquel Consejo y de aquella flecha, desde entónces le creció más la hidropesía de tributarlo todo. Queria que no llevasen los procuradores de las Córtes la parte que se les acostumbraba dar de lo que conceden, sino que todo fuese para el Rey; con que los procuradores no querian conceder el servicio, y estuvo para perderse el pedido, si el Castrillo no cediera al

imperio del mayor Ministro, de quien fué mal exornado de palabra; un tercio, si no más, de los juros, un donativo, el salario de los Ministros, coronelías mandadas levantar á los grandes, y algunos títulos, tocados de la pretension, y pidiendo dineros y soldados á los caballeros de las Órdenes militares; con que no faltaba guerra en todas partes y en las provincias más quietas se oian los gemidos de los tributos y la necesidad, que referiremos largamente á lo último de este libro.

Los movimientos que se comenzaban á sentir en Italia, hacian velar á los ministros españoles sobre su conservacion, y procuraban aplicar los medios más prontos y necesarios á la salud de los súbditos y de los pueblos. Como percibian desasosiego en la Francia, y veian de cerca negociaciones secretas con el Papa, á los cardenales que estaban en España, como el Sandoval y Espínola, mandábanlos ir á Roma; de que avisado el Pontífice, no solo á los que estaban en aquella santa ciudad, pero á los que existian en la corte del Rey como arzobispos y obispos, no exceptuando á cardenal ninguno que tuviese prelacía, con públicas censuras mandó que dentro de dos meses fuesen á residir á sus iglesias. Las de España, á lo ménos las de Castilla, tenian harta necesidad de este auxilio, porque habia muy pocas que tuviesen Pastor; conque las rentas se gastaban en la corte ó en las tierras extranjeras y servian ántes á las materias de Estado y á la pompa, que á la virtud de la caridad y al refugio de los pobres, para cuyo fin las erigió la piedad y el celo de los varones más apostólicos.

Vino esta Bula á la corte, platicóse en el Consejo de Estado, y remitióla el Rey al de Castilla para que se reconociese y se viese, y si hacia fuerza se votase sobre ella lo que convenia. El Consejo hizo decreto, y pareció se suplicase al Papa de ella, para los Prelados ausentes, y porque no dejaba de comprender á su Presidente. Pero la más eficiente causa de todas era, y la que luégo se vió fué, que esta impugnacion prescribia contra la persona del cardenal Borja, por echarle de Roma y del Sacro Colegio, y así se le hizo intimar



luégo, y áun tambien para expeler al Pimentel, obispo de Córdoba, y áun que acá pasasen los dos Cardenales y asistiesen en sus rebaños, y no asistiesen á la fuerza que el Rey les hacia de que los dejasen y no fuesen á Roma, porque el Sandoval tenia el obispado de Jaen, y el Espínola el arzobispado de Santiago. El Borja se defendia, que si bien tenia dos iglesias, la que le tocaba por cardenal y de su título, que era el que tenia en Roma, que asistia ya con la esposa más cercana, y que para la de Sevilla habia puesto los ministros más puros y más celosos á la cultura de las almas. Sin embargo, el Papa apretaba con rigor, de suerte que para obviar esta indignacion y que no le sucediese algun trabajo, ni le comprendiesen ó le atasen las censuras, salió de Roma é hizo alto en el reino de Nápoles al abrigo del Virey; de lo cual el Papa, aún no bien contento porque queria saliese de Italia, pasado el término, y mucho más despues, usó de otro remedio, y amanecieron en la puerta de San Pedro, y en otras, monitorios que le impelian á que dentro de término bien breve pareciese ó respondiese por sí ó por su procurador, y diese las razones de no obedecer las censuras de la Iglesia: con que el Cardenal, gravado y constreñido de la potestad pontifical, se resolvió dejar á Italia y no luchar más con el Vicario de Cristo, dejándole no poco sabroso de haber echado de sí al celador de sus acciones.

En Alemania, despues de la memorable victoria de Norteling, parece que las armas imperiales discurrian con mayor libertad y desembarazo por todas sus provincias. Las tierras de la Suebia ó la Baviera habian sacudido de sí las cervices de sus naturales, las armas de los enemigos: el Wirtemberg se hallaba sin fuerzas y desalojadas las naturales y forasteras de Veimar y Suecia; habido aquel Duque y desterrado por las armas de ambos Ferdinandos, como lo vimos el año pasado, desembarazada la Franconia, y ménos ahogada la Alsacia, en esta manera, los capitanes, á cuyo cargo estaba la recuperacion de las plazas perdidas, se empleaban con toda diligencia en restituir al César y á los vecinos las que les parecian



importantes y convenientes á la amplificacion de las pérdidas pasadas, y á desarraigar, no obtante, los franceses del Palatinado inferior. En esta manera, pues, el coronel Gaspar Bamberg, estimulado de la pérdida que hizo los años pasados de Phelipsbourg, trató con singular prudencia y consejo de su recuperacion. Es esta plaza de las fuertes y considerables del Palatinado inferior. Felipe Cristóbal, obispo de Espira, intentó fortificarla y hacer de ella un fuerte real, tan formidable, que fuese igual á todos los mejores de Alemania: comenzó la fábrica en el año 1618, pero habiendo reparado Federico Palatino en la grandeza de la obra, y consultándola con los Príncipes vecinos, y que aquel fuerte habia de ser freno á todo el Palatinado inferior y habia de predominar á todas las otras plazas, levantó gente, y dispuesta en forma de guerra, con algunos caballos é infantes acometió el fuerte, desbarató las máquinas y echólas por tierra, terraplenó los fosos y aplanólos. Pero como á este tiempo sucedia la usurpacion de Bohemia por el mismo Federico, y en los años siguientes la usurpacion de Praga, ejecutada por el mismo conde Palatino, y la fuga que hizo á Holanda, no le pareció á Felipe Cristóbal desistir de la empresa de su ciudad y fábrica del fuerte, ántes le pareció apropósito la ausencia del Palatino y la adversidad de su fortuna para proseguir la obra: comenzóla á levantar de nuevo y abrióla hondos y muy anchos fosos; de suerte que hizo de la ciudad un poderosísimo fuerte, con siete gallardos baluartes y todas las demas máquinas competentes á una fortificacion admirable. El año de 1623, por el mes de Abril, el elector arzobispo de Tréveris, frances en la inclinacion y en el trato, le dedicó á la proteccion y amparo del apóstol San Felipe y se le dió por patron, y del nombre que ántes tenia de Udenhumb, le llamó Felipsbourg por su primer fundador, que quiere decir Burg de Felipe. Esta plaza acometieron los suecos; la fortuna de sus empresas los bajó hácia esta parte, y despues de haber tomado á Idelbergh, Mancimb, Franquental y otros pueblos del Palatinado inferior, acometieron al fuerte de Felipsbourg: sitiáronlo por todas partes con muy



fuertes trincheras y otras máquinas militares: batiéronle los suecos fuertemente; defendiéronle el Maestre de campo Gaspar Bamberg, que se hallaba dentro con guarnicion de alemanes, y D. Pedro Suarez de Aedo, español, y retardaron estos dos capitanes en nó rendir la plaza un año y once semanas con admiracion de los enemigos, que no la llevaran si la esperanza que del socorro tenian hubiera surtido efecto. Recibieron muy grandes y contínuos asaltos, que rebatieron con valor; sufrieron hambre, sed y otras calamidades naturales á las fatigas de la guerra; comiéronse más de 200 caballos, gatos y otros animales inmundos; y, finalmente, esta plaza, despues de haberla bien desacomodado y expuesto los alemanes, con tolerancia, á las miserias y á la necesidad y otros extragos del asedio, el año pasado de 634, á 18 de Enero, por concierto, capítulos y condiciones bien reputados, se rindió á los soldados de Suecia y á su cabo el Ringrave Oto, que entrarón en la plaza, saliendo de ella el Maestre de campo Bamberg, que con su gente, cabos y oficiales, y lo que se pudo sacar de ropa, pasó á Espira. Puestas luégo con mejor fortuna las armas españolas y alemanas con la empresa de Norteling, y recuperado el calor de la victoria, en prosecucion la una de la otra, reconociendo los caudillos más escogidos de la milicia la importancia de Felipsbourg, entraron en pensamiento de tentarla; pero el arzobispo de Tréveris, anteviendo el riesgo que corria del rey de Francia por la misma sazon, queriendo ocuparla para sus designios y fines particulares, y aumentarse en puestos y plazas por aquella parte, para aspirar con mayor comodidad á las otras, no siéndole posible esto, por no tener fuerza, ni entrar en rompimento con aquella gente, intentó comprarla á los suecos; discurriendo que, muerto el Rey, no habian de conservarse en Alemania. Ultimamente la vendieron á los franceses porque no volviese á recaer en el bando contrario, y el Arzobispo, forzado ó por este miedo, vino en el trato y la venta, de suerte que el frances, con armas, con engaños, con compras acometia la disipacion de plazas. Las relaciones que vienen de allá, á que nos arrimamos para



hablar en estas cosas con más claridad, dicen se dió por ella 150.000 escudos á los suecos, por las razones arriba referidas y porque era de utilidad para conservar la Alsacia; si bien otros discurren que lo hizo por no tener tan cerca de sí nacion que se habia dado á sentir en aquellos términos. Pero ya muerto el caudillo, poco habia que recelarse de ella, si bien militaba, aunque debajo de diferentes cabos de reputacion y nombre, pero beneficiados de la proteccion francesa y de los calvinistas protestantes. Finalmente, con la permision del arzobispo elector de Tréveris, ó con el precio del dinero referido, la ocupó el frances, y la presidió de soldados, municiones y bastimentos, con que el Palatinado inferior casi estaba inundado de franceses, como la Alsacia; y habiendo querido restituirse á los hijos de Ferdinando, la tomaba para sí, y con esta cautela aspiraba á la tiranía, sin conocerse verdad en sus tratados, con que se prometia en todo el círculo Germánico una guerra larga y ambiciosa.

Murió el Ringrave Oto, y el conde de Masfelte entróse por Alemania á obrar otros atrevimientos con un ejército compuesto, parte del Rey Católico, parte del Emperador y de la Liga; pero el coronel Bamberg, entre lo mañoso de las trazas de tantos enemigos, disponia las suyas, y se preparaba para la satisfaccion de lo pasado. Púsolo en plática y admitiéronle el diseño: tomó alguna infantería y caballería y los pertrechos necesarios que hubo menester; partió de noche con el mayor silencio que pudo, salió de Echilbunlle á la plaza de Philipsburgo entre las tres y las cuatro de la mañana. Para salir mejor con su empresa armó cuarenta carros y basteciólos de muy buenos víveres; escogió para guiarlos 55 soldados, los mejores y más prácticos que tenia y más versados en la lengua de aquél país; hízolos vestir parte de ellos de carreteros y parte de villanos, que aunque son semejantes, todavía difieren algo del traje los unos de los otros; llegaron á la villa (ora sea ciudad), y embocando la extratagema y diciendo mal de la gente imperial, y que traian aquellas vituallas para que se aprovechasen de ellas, que en consumiéndose traerian más en

el número, y en la calidad mayores y mejores, de suerte que nunca les faltasen, fueron bien recibidos del pueblo y del Magistrado, y gobernáronse de arte que se quedaron dentro aquella noche, esperando que la infantería y caballería llegasen. Esto se concluyó á hora bien sazonada, porque ya les tenian puestas sobre el pantano y foso, que con la inclemencia del tiempo se habia helado, en las estacas que cerraban el fuerte por defuera, atadas sogas muy gruesas que tiradas de caballos las arrancaron y dieron con ellas en el suelo. A esta hora embistió Bamberg á la primera muralla y mató las centinelas, y los que estaban dentro disfrazados arremetieron á las puertas, y con petardos y achas las rompieron; entraron cien dragones, y corriendo todas las calles se juntaron en la plaza, á quien siguió la infantería: cerraron con el cuerpo de guardia de los tudescos, y sin embargo de la resistencia que hicieron, quedaron los más de ellos muertos. El ruido y confusion del pueblo fué, sin duda, notable, y fué notable el extrago que se hizo en las demas calles donde se quisieron defender, no encontrándose otra cosa que cuerpos muertos. Arremetió otra tropa, que estaba fuera de la villa, al cuartel de los franceses, que puestos en fuga con notable miedo y desórden, corrieron á salvarse al castillo, y fueron seguidos y apretados con denuedo de la gente imperial, á tiempo que 200 tudescos se dieron á buena guerra, jurando no tomar armas contra el Emperador ni servir á la gente de Suecia ni al frances, y plantáronse á la hora algunos cañones al fuerte, que reconocido el daño por los de adentro y el manifiesto peligro en que todos se hallaban, el dia siguiente, á 25 de Enero, se rindieron al coronel Bamberg, á la gente imperial y á sus armas.

Fué grande el destrozo y saco que se hizo: rindieron las vidas al plomo y á la pólvora 800 franceses; fué preso el cabo, los oficiales y demas gente de importancia de la milicia, y mucha de la nobleza de la villa, con parte del gobierno y el Magistrado, fueron llevados á Heilbrun. Sintieron los enemigos vivamente la pérdida de esta plaza; las artes y astucia francesas, con esta interpresa, juzgaron no poder parar allí ni hacer



faccion memorable, y áun reconocieron estaba expuesto al riesgo lo que se habian usurpado, y áun que se recobrarian las plazas del Palatinado. Habian hecho aquí su plaza de armas, y bastecídola y pertrechádola de municiones y otras máquinas marciales para desde aquí ocupar las demas fuerzas: era fuerte por arte y naturaleza, inundada de innumerables pantanos para la cercanía del recinto. Halláronse dentro 28 piezas de artillería, grandes y pequeñas; 1.600.000 tálleres de oro y plata, en barriles y arcas; 300.000 sacos de cebada y avena y otros frutos de la tierra; 4.000 barriles de pólvora; 12.000 barriles de sal; 5.000 sacos de grano y frumento; 10.000 sacos de harina; mucha carne salada, vino y otras vituallas; mucha ropa, joyas y otros menajes depositados en la villa por el duque de Wirtemberg y sus vasallos, príncipe rebelde al Emperador, señor de su estado, rico y muy opulento y favorecido con liberal prudencia de la naturaleza y del cielo con abundancia de frutos, que da la tierra á los laborantes y poseedores.

Con la nueva de la interpresa, que luégo pasó á los otros burgos y colonias, para cualquier accidente que hubiese de sobrevenir, que no faltó opósito, corrió con diligencia y gente á dar calor á los vencedores el general Galaso, y á ajustar las cosas pertenecientes á la conservacion y estado de la villa: llegó á esta hora con singular presteza y denuedo; revolvieron tropas de franceses, y fueron muertos muchos de ellos. Al mismo tiempo tambien, reforzado y con tropas junto á Gelolahausen, el duque Bernardo de Veimar, cerró con las tropas imperiales y fué roto y herido en un hombro, de un balazo, maltratados y deshechos muchos franceses; faccion considerable por la importancia del puesto, y de la plaza debida al coronel Bamberg; digna ofensa, conseguida sobre la reputacion de los franceses y la inconstancia y poca religion del arzobispo elector de Tréveris. Pero cuando quiera que no paraban las hostilidades, no cesaban los tratos ni las inteligencias en todas las plazas de nuestros Príncipes. El infante D. Fernando, vigilante gobernador y atento caudillo de los

Países-Bajos, inquiriendo los ánimos de sus gobernadores y ministros, así en ambas fronteras como en los puertos de mar, el de Gravelingas como el primero (quiero decir en el puesto que otros hay mayores) y confinante con la Boloña, que hace frente á Calés, no sintiendo bien del Gobernador, se dispuso para visitar las provincias, y en ellas las villas más principales, como lo habia de hacer de oficio, por su entrada en el País-Bajo, y por ser puestos esenciales de su gobierno, y que despues de su entrada le tocaba de derecho. En esta forma, sin alterar las cosas ni darse por sentido, y debajo de aquella astucia prudencial, tolerando cuanto le era posible el estímulo de la mejor opinion de los soldados, salió de Bruselas, reconoció las villas del Brabante, las del Artois y otras, que le recibieron con aplauso y ceremonias triunfales; corrió la provincia de Flandes, pasó á Gravelingas, estuvo allí, reconocióla, fortificóla, y á la partida saliéndole á acompañar el Gobernador, metió otro, reforzóla con 500 mosqueteros y alguna caballería, suficiente á su conservacion y seguridad, y sacó de ella los sospechosos; siendo esta una de las mayores tentaciones de nuestro siglo, y en que más se afanaban nuestros enemigos, peleando tanto con las armas como con el dinero y la negociacion, corrompiendo, como ya lo dejamos referido en muchas partes, los gobernadores de plazas y provincias, no exceptuando alguna vez los coroneles de los príncipes de la Casa de Austria, y ofreciéndose á los vasallos capciosamente como si les faltara dueño. Discurrieron con otras artes y engaños, y en pasar la guerra declaradamente á Flandes y á Italia, como se dirá, y en estas dos partes ocupar puestos; en ésta, para detener los socorros que bajaban de Alemania y hacerlos inútiles, y que no obren contra el holandes, su más querido confederado, y sobre quien fundan ahora grandes máquinas y conveniencias suyas; y en aquélla, donde poder hacer plaza de armas y alojar ejército. Para todo lo procuró juntar el gobernador de Gravelingas, como confinante, que tan presto remedió la prontitud de S. A.; y en la Rethia se pretendió embarazar la Riba de Chiabena y pasos de Valtelina.



Cuando teniamos felicidad en algunos sucesos, nos faltaba en la conservacion y aumentos de nuestros muy encarecidos capitanes, porque á toda prisa nos los quitaba la muerte de delante; mas ellos estaban tan desfavorecidos, que casi estaban como muertos. D. Gonzalo de Córdoba, señalado caudillo en empresas y victorias en Alemania, en la rebelion del Palatino, viniendo de Flandes con el marqués de Leganés, que fenecida su jornada deseaba volver á Castilla á gozar los muchos y muy grandes haberes y presas conseguidas en esta empresa, llegó á París, y queriendo hacer los oficios de ministro que se le habian encargado, despues de haber visto al Rey habló al Richelieu, su privado, que le halló cercado de armas, de soldados, de guardia, de miedo de los mismos naturales de la tierra, con tanto sobresalto y zozobra: tan ajena de ser suya tenia la vida. Así la obtienen los tiranos, pensando que á cada momento se la quitan, porque todos esos instantes están muriendo. Hallóle muy decaido de ánimo y con diferentes brios ó disimulos; y no sólo al Rey, y al Ministro, sino á la mayor parte del Parlamento y á toda la Francia, por la reciente victoria conseguida sobre la reputacion suya y de sus confederados, y con ménos altivez que cuando le habló don Gonzalo de Córdoba, pasando á Flandes, sobre las dependencias del Casal de Monferrat, despues de la victoria del paso de los Alpes, y sobre las Ligas introducidas en Alemania, las entradas por la Alsacia y sorpresa de sus plazas. Discurrió el marqués de Leganés sobre el estado y sucesos de la Europa, largamente; sobre los Estados obtenidos injustamente de Príncipes, parientes, amigos y confederados de la causa de Austria; cómo la Majestad Católica deseaba la restitucion y la paz, y que cesasen las hostilidades que se ejercian en tantos puestos contra la comun quietud y sosiego de los vasallos, y propuso las desolaciones, talas y quemas de tierras y ciudades, y tanta sangre derramada. La respuesta fué paliada y fingida, y tanto más dañosa que si fuera declarada, por cuanto al mismo tiempo estaba fraguando más torpes calamidades contra los Estados católicos que jamás, y así se los disimuló para cogerle



de sobresalto y desapercibido y que cayese el golpe más sensiblemente sobre nuestra Casa; pero no tan cubierto que todo no se trascendia por los confidentes. Díjole, al fin, que el Rey Cristianísimo lo deseaba, y que no queria nada con el Rey Católico, su hermano; que creido del Marqués ó sintiéndolo indiferentemente ó disimulándolo, partió de París para Castilla, dió cuenta al Rey de su jornada, al mayor Ministro, y á los demas del Estado y Guerra en aquellos Consejos, y casi lo entendieron así, presumiendo que las provincias que estaban debajo del dominio y señorío de España se librarian de las inundaciones de la guerra. Mas el Richelieu díjolo para engañarnos, aquietar y sosegar al Rey para que no hiciese entradas por la Francia, como se lo pedia el César y los ofendidos, y porque, ante descuido, trazaba las mayores maldades que se han cometido. Cuando el Rey Católico, pasada esta ocasion, vió los rumores que se comenzaban á sentir para invadir á Flandes y á Italia, dijo, como sobresaltado: «el Rey de Francia me engaña»; cosa de que yo me espanté mucho, pues el largo proceso de sus iniquidades y malos oficios, explayados por el Universo, eran bastantes á dar á entender esto, y tenerlo creido para tomar muy á manos llenas la debida satisfaccion y enmienda que era justo.

D. Gonzalo de Córdoba, no queriendo más ver la corte, se retiró á su encomienda mayor de Aragon en la órden de Santiago, y murió allí con sentimiento público de todos los soldados, así naturales como extranjeros que habian militado debajo de su disciplina en Alemania, y vencido con ella y con el ejemplo de su valor muchas y muy memorables batallas. Heredó su encomienda por sus buenas dichas y fortunas el marqués de Leganés, que refirió por muy menudo los lances de su jornada y la batalla de Norteling; presentóle al Rey número considerable de estandartes y banderas y la espada del gran caudillo Gustavo de Horne, el estandarte de Veimar con su empresa, en que una garza venia batiendo una águila y cayendo sobre ella, que advertidamente por algun ingenioso, volviendo el estandarte lo de abajo arriba venia á caer la águila con más



propiedad y derecho sobre la garza; y así se expresa que lo será siempre. En el libro pasado dejamos ya tocado este fragmento, y la ocasion de los despojos dieron causa para volverle á traer á la memoria. Ofreciéronse algunos al agradecimiento y piedad cristiana: púsose en Nuestra Señora de Atocha un estandarte y una bandera, y fué remunerado el Capitan, y los demas se colocaron en la armería del Rey.

No descansando en Alemania de afligir á los enemigos el duque de Lorena, y de proseguir las comenzadas victorias, recobró á Espira, ciudad imperial, y un fuerte en su Estado, pretendiendo por allí mejorarse en él: en Francia los Ministros del Parlamento de París dieron órden de prender los que fueron cómplices en la fuga del duque de Orliens; hiciéronles procesos de haber incurrido en crímen de lesa Majestad, cortaron las cabezas á los nobles, y á los plebeyos pusieron en horcas y en ruedas donde murieron miserablemente: con la cercania de la gente imperial á la Lorena y á la Alsacia, reforzó el frances con muchos regimientos aquellas plazas, y los holandeses en el Brasil, con la gente que tenian en Pernanbuco y la que de las islas se les enviaba á su tiempo, pasaron á tomar el puerto de Paraiba y le cercaban, con que aquello se iba poniendo en total ruina y desesperacion de poderlo enmendar ni restaurarlo; pero no por eso dejaban de venir de las otras poblaciones el palo, y los azúcares y las otras mercadurías, por la diligencia de nuestros capitanes, á la barra de Lisboa. Tomáronle, finalmente, y degollaron la gente; que si hemos de estar por lo que dicen las relaciones, ellas deponen de pasados de 3.000 hombres, desbaratados los ingenios de los azúcares y ocupados todos los puertos, si no es la bahía de Todos Santos, con que la contratacion, si no es á fuerza de abrazos, se temia habia de espirar. Crecian las dificultades de echar de allí á los enemigos que cada dia se mejoraban en puestos y fortificaciones y los fundaban de nuevo en las islas de Cuba y la Española, para asir las riendas de aquel Occidente y robar las flotas y galeones; pero los cuidados que ellos daban en Flandes, y el frances, no solo en



aquella parte con las ayudas que les daba, sino en Italia y en Alemania, no dejaban que las armadas que para esto se fabricaban en Cádiz y Lisboa pudiesen pasar á la recuperacion de aquel Estado. Explayáronse por la Europa los tratados de paz, del duque de Sajonia con el Emperador, de esta manera: Que pueda el César disponer en todas sus provincias y reinos hereditarios como quisiere en cuanto á las reformas en la fe católica, exceptuando á Bratis, Laviabrifia y Leguiz en Silesia, las cuales tres ciudades se han de quedar como ahora están; el arzobispado de Midelburg se da al hijo del elector de Sajonia; los de Alberestad, Alamide y otros obispados, que tiene el serenísimo Archiduque, hijo del Emperador, quede con ellos, y las dos Lusacias, que tiene en empeño el Elector, pasen en feudo á su casa en línea masculina: que el Duque, dentro de quince dias, restituya á S. M. Cesárea lo que se ha tomado en la Silesia; al elector de Brandemburg, Veimar, Sineburg y los demas confederados, dentro de diez dias, se les hace saber deben declararse de parte de la paz, y si no lo hiciesen, queden excluidos para siempre: el rey de Francia no se comprende en esta paz, ni puede ser admitido, si primero no vuelve la Lorena al Duque y Piñarolo al de Saboya, y cuanto ha ocupado despues de la paz de Ratisbona: el duque de Orixtemberg queda excluido de la paz, y su estado será de la Casa de Austria. como era ántes: el electorado del Palatino del Rin se perpetúa en la casa del elector de Baviera; y el Palatinado inferior queda por el rey de España. (Buen capítulo si no lo hubiera tomado el francés y echado de allí á D. Felipe de Silva; pero al fin, aunque enajenado, se le daba este derecho y se prescribia este recuerdo.) Pasa adelante, y dice que los bienes eclesiásticos que los protestantes tienen, contra los artículos de Aosa y Posein el año de 28, los retengan por cuarenta años, y pasados, el Emperador que fuere, juzgue á quién pertenecen: toda la gente de guerra del elector de Sajonia quede á la disposicion de S. M. Cesárea, así para su defensa como para ofender cualquiera Príncipe ó ciudad que turbase la paz (desta decian que con la que tenia el Emperador y Liga, harian 180.000

soldados); el Elector tenga á su cargo la cuarta parte de la gente del Emperador, y la demas ha de mandar el rey de Hungría. Hízose todo esto con grande desplacer de la Francia y de toda la alianza enemiga, porque se les habia salido de las manos su superior confederado y el que más poder y gente le levantaba en su favor y ayuda, y el que con más calor podia fomentar la guerra en aquellos Estados, y persistir en sacar el Imperio á los Príncipes de la Casa de Austria.

Habian hecho los ministros franceses cuanto habian podido con el elector de Sajonia, para que no hiciese la paz con el César; ofreciéndole que reducirian aquel Príncipe á que no sólo admitiese libertad de conciencia en todo el Imperio, que era con lo que los atraian, sino tambien en las mismas provincias propias, hereditarias y patrimoniales. Cosa horrible y sacrílega entre católicos ayudar tan ciega y desenfrenadamente á los herejes un Rey de nombre cristianísimo y de profesion romana. Ofrecieron tambien, que harian declarar el reino de Bohemia absolutamente electivo y le colocarian en él; siendo totalmente opuesto á lo que el mismo rey de Francia publicó y sentia en el caso del Palatino Federico, y á la ejecucion del bando imperial que hizo el mismo elector de Sajonia en aquella causa. Pero no les parece mucho esto, sino desprecian la misma sangre de su Rey, pues ofrecieron en rehenes un Príncipe de la Casa de Francia hasta que lo cumplan; ofrecimiento más horrible que inverosímil, por la opinion que corre en el mundo de que aquellos ministros desean que totalmente se extinga y acabe la descendencia Real de aquella Corona. Pero visto la felicidad de los sucesos de la gente imperial, y la mejoría de las cosas del César, y que el rey de Francia no pretendia sino despeñarlos á todos, amigos y enemigos, ántes que sublimarlos y engrandecerlos, abrazó la paz por redimirse, el duque de Sajonia, del fuego y el extrago que amenaza sus tierras, y una guerra insidiosa en el corazon de su dominio. Los estadistas, con noticia en estas materias, discurrieron que no admitir á los hijos de Federico, palatino del Rin, á alguna concordia, restituyéndolos en sus Estados, ó á lo ménos en



parte, y con esperanza al primogénito del electorado para despues de los dias del duque de Baviera, particularmente si no habia sucesion del reciente matrimonio, por la edad del Duque, con hija del Emperador, pero cuanto quiera que atado este nudo le dejó indisoluble y cerrada la puerta para siempre, decian que nunca cesarian los movimientos y disensiones por aquella parte, que no habian de tener fin, ántes que se habian de conjurar de nuevo y armarse todos para mayores incendios y desolaciones, porque no tuviese fin esta infernal influencia de afligir los pueblos y los Estados, y que todo viniese á resolverse en ceniza, con gran detrimento de la religion católica, por tener tanta parte en estas dependencias y ser interesados los mayores herejes de la Europa; que habia de desabrir al rey de Inglaterra, que con la esperanza de algun miedo honesto no habia querido declararse ni entrar en ligas con el rey de Francia para destruir á Flandes; que desesperado de ella lo haria, como ya se dejaba sentir, y ver si con él podia hacer dejacion del Palatinado inferior, como ya se dejaba sentir, y referiré el año de 36, que es el que se sigue, y nos va ya dando materia para su argumento. Y confirma el discurso de nuestros estadistas, que abrazaria estos disgustos y entrarian en este triunvirato los holandeses, para las cosas del País-Bajo, y el Richelieu para la transmigracion de la dignidad imperial; y que en cualquiera trance, adverso ó próspero para la Francia, por lo ménos, aunque más procuremos la paz no la consigamos, ántes soplar el fuego y el incendio, y verlos arder á todos desde sus casas; que las llamas que teme, por haberlas atizado, abrasen la Francia, que es el fin sobre que carga su dañada intencion, y á que se encaminan lo más ingenioso de sus trazas, y el veneno perjudicial de sus designios.

Pareció, pues, al Rey católico, con la entrada de la primavera y las prevenciones que ya estaban hechas en Flandes, avisándolo así al Infante y al marqués de Aytona, remediar lo de Tréveris, y echar de allí á los franceses; de que persuadido de aquellos ministros, de librarle de la opresion de los suecos,



ó forzado de su tiranía para tener de su mano los Príncipes más soberanos del Imperio, ó domados ó restringidos para aspirar á él, ó ya del Arzobispo, apasionado de aquella nacion (adolescencia de nuestros dias) ó ya infiel á ambos derechos, secular y eclesiástico, ni correspondió como potentado, ni procediendo como clérigo á la verdad de las dos obligaciones, acomodándose con el tiempo por las previstas ruinas de Alemania, dió entrada al rey de Francia en Tréveris, y admitió guarnicion, porque le dijo remediaria así su estado de la invasion sueca y que de otra manera seria depuesto de todo cuanto tenia, porque aquella nacion militaba casi á su obediencia y á todo lo que él queria, que los tiempos corrian tales, que ya los Príncipes menores, de grado ó por fuerza, obedecian las leyes de los más poderosos ó tiranos. El Rey católico tenia en Tréveris presidio, ántes que el francés lo intentase, como protector indubitablemente hereditario de aquella ciudad, en calidad de duque de Luxembug, y por declaracion de los electores de Maguncia y Baviera, que por comision del Emperador determinaron este punto, en contradiccion del elector de Tréveris que pretendia excluirse, y en otras plazas como era menester. En Hermestein habia hecho tambien juramento el presidio al capítulo de Tréveris, que sin su voluntad no podian entregar; y no pudo nunca, ni aquel Arzobispo ponerse en la proteccion de Francia, ni la Francia recibirle en ella en tanto agravio del Emperador, sin cuya voluntad, no podia el Elector hacer liga con otro Príncipe. El Rey católico tomó esto á su cargo, por la obligacion que tiene al Emperador y sacro romano Imperio, á sus órdenes y Príncipes, del cual es tambien Príncipe y parte por el círculo Burgondico, uno de los diez que le constituyeron, de que es señor natural; y por ser el miembro más principal y el más conjunto Príncipe al Imperio en Italia, porque debe procurar su aumento, su paz y tranquilidad contra todos los extraños que lo infestan; porque el rey de Francia es totalmente forastero en estas materias: y por haber entendido sus maquinaciones, el natural del arzobispo de Tréveris, y el tiempo que corria, se dió co-

mision al Rey católico para asistir á aquella ciudad, como tan cercana al País-Bajo; pero el rey de Francia, abusando de todo esto y de cualquiera cosa que tenga nombre de Imperio, porque no le puede alcanzar él, metió presidio por fuerza en Tréveris, echando el del Rey católico; quien, estando pronto á la satisfaccion, por estas y las demas causas referidas, y las que le tocan por grande, envió órden al infante D. Fernando, su hermano, á que desarraigase esta semilla; y alentó á cortar esta union y alianza, y poner en libertad á Tréveris, su territorio y á aquel Arzobispo, que él se disculpaba estaba preso de la tiranía francesa, y tambien á aquellos caudillos que con mejor fortuna iban debelando los enemigos intrusos entre el Rin y la Mosa: porque no era conveniente aquella vecindad por los movimientos recientes, ni convenia al buen decoro permitir allí franceses, porque no fundasen plaza de armas contra la seguridad del Imperio y del País-Bajo; y para desvanecer sus atentados, se resolvió á la empresa, y, como hemos dicho, precediendo primero órden del César para echar fuera aquella guarnicion, se escogieron 200 hombres de los mejores del País-Bajo y algunas barcas, y dióse el cargo de la interpresa al conde de Embdem.

Llegaron las barcas á la media noche á Tréveris, y sentidas del centinela, preguntó qué gente y quiénes eran: fué respondido de uno que guiaba la primera, que dijo: «amigos y de la tierra», y que traian bastimentos á la ciudad; tentó la puerta, y siendo forzoso dar gran golpe, alterada la centinela, dijo: «¿qué es eso?» y comenzando á quejarse, le replicó que con la oscuridad habia topado y se habia abierto la cabeza: preguntóle si traia tabaco, y le dijo que no, y dando lugar á más dilaciones y preguntas, pusieron el petardo y abrieron la puerta. Tocóse arma, y entró nuestra gente á toda furia; acometió los cuerpos de guardia, tomaron las calles, y de 1.500 franceses que habia, parte degollaron y parte se pusieron en fuga. Pasaron á palacio, donde ya habia llegado el ruido y sobresalto, entraron dentro hasta la cámara del Arzobispo, que viéndose cercado de armas y de soldados, el estímulo de la mala con-



ciencia le puso delante sus yerros, y se los hicieron reconocer; vistióse, y á esta hora la mayor parte de los soldados habian ocupado los burgos y los puestos más fuertes y fornecidos, porque los ciudadanos todos estuvieron quedos, y ántes fueron en favor de nuestra gente. La afliccion del Elector fué notable, creyendo habia de parecer en juicio delante del Emperador, donde severamente habia de ser castigado; sin embargo, se hizo con él y se usó todo buen término de cortesía, y el conde de Embden le dijo no estaba bien allí, y que S. A. R. le habia mandado le llevase donde estuviese mejor, más quieto y libre de cuidados: bajó las escaleras y vió que le tenian prevenida una carroza, y ésta con toda austeridad: desembarazando el corazon, cuando supo le llevaban al País-Bajo, á la villa y condado de Anamur, entónces, refieren, que levantó las manos al cielo y dió gracias á Dios que le habia sacado de tan gran congoja y quebranto, y que no era como pensó tan adversa su fortuna; fiando que hallaria benignidad y misericordia en la piedad del Rey Católico, cuando la habia hallado en sus capitanes y soldados, en sus heróicas entrañas, y apoyo en las maravillosas virtudes y grandeza de ánimo del infante D. Fernando, su gobernador.

Marcharon los soldados con el Arzobispo á Anamur, con escolta y guarnicion suficiente, dejando en libertad y con presidio de más gruesas tropas, que al punto corrieron á Tréveris por el Imperio y en nombre del César, y desasida de la opresion y coyunda francesas. Reposado que hubo algunos dias, con ocasion de otros cuidados y ocurrencias del País-Bajo, le pasó á ver el infante D. Fernando; consolóle y alentó el ánimo y rehízole el corazon, que sin duda ninguna le tenia en sumo estrecho; hablaron largamente de sus materias y sucesos, procurando el Infante cuanto le fué posible, de parte del César y del Rey, su hermano, darle las razones más eficientes al caso que se pudieron hallar. El Arzobispo se disculpaba, que los tiempos y la tiranía de los franceses habia sido tal, que ningun Príncipe se habia podido eximir de sus malos oficios y asechanzas; sin embargo, agradecido al Infante del



hospedaje y tratamiento, despidióse S. A. y corrió con vigilancia á las otras necesidades del país. Quedó el Arzobispo alegre y muy consolado, desposeido juntamente por faltar á la fe y al derecho imperial; sin embargo, la generosidad de nuestros Príncipes es tal, que era tratado, siendo reo, como inculpable; de que llegó á decir delante de los españoles y las otras gentes conjuntas á la union del Estado, que no acababa de dar gracias á Dios cuando se veia libre de la tiranía de franceses, y que no habia podido excusar el verse fuera de sus autoridades y desacatos. Los del pueblo de Tréveris estaban tan mal con el Arzobispo, por lo que habia hecho, como de las injurias de semejantes enemigos, de sus descortesías y atrevimientos. Pasó volando á la hora este suceso por todos los países vecinos: en Alemania holgaron dél los que desean y son afectos á la libertad y observancia de los decretos imperiales y sus derechos: en Francia y en París, el Rey, su privado y Parlamento, sintieron vivamente el destrozo de su gente, la pérdida del Elector y su ciudad, diciendo que ya procedia con aquel modo cuanto se tenia ganado en Alemania. Pidió al Emperador, digo, comenzó á mostrar su sentimiento y á publicarle y á dar nuevos colores por aquí de sus motivos, designios y conmociones. Pidió al Embajador por sus embajadores la libertad del Arzobispo, y volvió á irritar aquí de nuevo al ánimo de sus confederados: hízolo saber al Rey Católico y al infante D. Fernando, protestando y diciendo se restituyese al arzobispo de Tréveris en su estado dentro de algunos dias, donde nó, que romperia la guerra y se declararia con el rey de España y con el Emperador. Gozoso no poco de la ocasion, vistiéndola á su modo y á la maña del estadista, fuéle respondido que no le tocaba á él aquel cuidado, ni en las cosas del Imperio tenia mano, ni le era dado arbitriar en ella, ni tampoco suprimir ni amparar contra los privilegios de la patria de los Príncipes que la componen y son de sus distritos, mayormente de personas tan sagradas. Con esto rompió y declaró la guerra, prosiguió la de Alemania y la defendió de nuevo en Flandes y en la Lombardía; avisó á los holandeses,



y preparólos contra todos los artículos, dividiendo entre sí las tierras; aunque los más atentos á estas materias dicen, engañó á sus mismos amigos, y propuso á Enrique de Nasau, príncipe de Orange, qué habia menester para la guerra de este año en el País-bajo, y que él le dijo que con 12.000 soldados la haria y la acabaria aquel año; mas, que habia de ser sin generales, y que lo que capituló con ellos fué causa para que despues, no cumpliendo lo tratado y excediendo en el número y en el nombramiento de los caudillos, no surtiese el efecto como se pensó, y saliesen todos mal contentos y disgustados. De aquí corrió el francés con velocidad á las repúblicas y potestades de Italia, con Embajadores y Comisarios, que los conmoviesen, pidiendo seguros y rehenes como en el Piamonte. Raro modo de tiranizar sin armas, sin gastos y sin levas de soldados, por pillarlo fácil, y despues con ellas lo dificultoso, y enseñorearlo todo. En todas partes habia prodigiosas asonadas de guerra por la libertad, como él decia, del arzobispo de Tréveris, de quien insinuaba era protector; pretension levísima y ménos necesaria, pues no habia causa para ello, ni el Elector le habia menester, sino que sus oficios impíos le encaminaban á hacerse señor de las gentes.

Levántanse de la una y la otra parte mucha infantería y caballería á costa del caudal de los vasallos, y quitándoles las haciendas, haciéndolos morir al cuchillo de la necesidad, rompiendo y publicándonos la guerra, cerró la contratacion y el paso de Francia, para impedir por este camino los correos de Flandes para España y della para allá, para que careciésemos de los avisos y de las asistencias forzosas en aquel país, é incomodarlos cuanto fuese posible, y que no llegasen los socorros ni las letras del dinero para los progresos ordinarios y domésticos de la guerra; y juntos el Rey y el Richelieu y el Parlamento, quitaron las haciendas á los mercaderes forasteros, vasallos del Rey y del Emperador en París, Rochela, Burdeos, Leon y otras partes, no perdonando aleman, flamencos, italiano ni español. Prendieron al conde de Salazar y á los demas españoles, que sin otro cuidado estaban en el reino, ejecutando



en ellos muchas descortesías é indecencias, hijas de su natural condicion, sin considerar que son las causas que los tienen aborrecidos en el mundo; atravesando la inmunidad de los embajadores del rey de España, deteniendo sus enviados á diversas provincias y Príncipes, pasando por la Francia hasta prender sus ministros, criados y vasallos; embargar los correos tomándoles los despachos por modos indignos; y porque la mar no sea más privilegiada que la tierra, han detenido en los puertos del mar Mediterráneo los bajeles del Rey Católico, concurriendo á esto con muchas inobservancias, atentados y quebrantamientos de la fe pública. Hízose en la corte del Rey Católico lo mismo, á ejemplo suyo; pero con más tolerancia y conmiseracion: embargaron las haciendas á los mercaderes franceses, y despacharon á las ciudades del reino sobre lo mismo; hiciéronse secretos y depósitos, admitiendo en junta particular para ello en las cartas de las dotes á las viudas; y porque el rey de Inglaterra no quiso entrar en esta Liga, el secretario de la embajada de Francia que estaba en Madrid, porque el Embajador ya se habia ido, fué á la posada del secretario de la embajada de Inglaterra, y en su modo le hizo amenazas, diciéndole que no habia de pasar ningun navío de su Rey por el Canal de Inglaterra á los puertos de España, ni los de ésta allá para Lóndres, ni á los dichos puertos; á que el secretario respondió que el Rey lo miraria mejor, como si fuese el francés señor de más bajeles en aquel rumbo que el inglés; pero la soberbia y orgullo hacia caer á los envanecidos en estos descuidos. Los hombres de juicio y seso que atendian de cerca á estos recientes movimientos, y que veian al francés, despues de haberle perdido al Emperador, perderle el respeto al Rey Católico, y declararse contra él, por el miedo referido de que no se juntasen y le hiciesen gemir las maldades cometidas y delitos execrables contra el cielo y la tierra, cuando vieron al príncipe de Orange, á los Magistrados, gobernadores de Holanda (á tan gran soldado y caudillo, á tan grandes gobernadores y ministros), dueños de la prudencia militar y política, reputados y conocidos en ambos polos que los han inquirido,



rodeado con su industria é imperio, admitir al rey de Francia en su heredad y por compañero en sus empresas, y en la particion de aquellas plazas, que, ciertamente, saliendo en campaña á la sombra de nuestros descuidos eran suyas; no hay duda sino que les pareció habian perdido é ídosele de la memoria todas las artes de guerrear, el norte y la aguja de sus progresos; porque decian, y era sin duda, que madrugando ántes que nosotros ocho dias, cualquiera plaza sobre que se echaban era suya: y otro sí, que el rey de Francia, dado que el tiempo se consiguiese, de donde se aseguraban que les habia de cumplir la palabra y que no volveria contra ellos la guerra, porque como Príncipe tan poderoso y tan vecino y superior á sus fuerzas, luégo que pusiese debajo de su dominio el Artois, el Luxemburg, el Cambresi, el Enao, la provincia de Flandes y las otras, se juntasen con ellos; no hay duda sino que por la vecindad y el confin les habia de querer sorprender, sujetar y poner debajo del yugo, como á gente inferior, y que el auxilio y socorro que hasta allí les habia dado, le convertiria en tiranía y en restringirlos, á pesar de sus fuerzas, de las de Inglaterra, Dinamarca y de los demas Príncipes, sus protectores; porque faltándoles su ayuda y los socorros de Francia, tantos y tan repetidos, seria muy posible caer en estos inconvenientes, y más cuando el caso es tan sabido entre los estadistas, que para ser enemigos no es menester otro accidente que ser confinantes y ser vecinos. Del rey Enrique, su padre, se dijo ántes de su muerte, que le alcanzase aquel cuchillo; y cuando estaba tan armado en sus fronteras, que uno de los pretextos que llevaba, entre los demas que queria emprender, era éste, y se dejó decir no era su intento otro sino ver si los que decian ser sus amigos lo eran, que querian juntarse con holandeses y disipar las demas provincias, no se dejaba de entender entre los de mayor prudencia, que el príncipe de Orange y los demas Magistrados habian discurrido esto y caido en ello; mas disimulábanlo por pagarle las deudas antiguas recibidas, y no osarian dificultarlo por no desabrirle ni ponerle en sospecha, ni bajarse á tanto que se les viese



la desconfianza en el rostro; y más, gente que les parece se han hecho superior lugar en el mundo. Esto, pues, resuelto en esta manera, pasó adelante el cardenal de Richelieu; y viendo que el malogro del buen estado en que llevaba las cosas de Alemania se habia ocasionado de la pasada del ejército del infante D. Fernando, encaminándose todo ahora á ajarle la reputacion y los alientos conseguidos en la colina de Norteling, y resfriarle en el amor de los súbditos, y anublarle la gloria adquirida, y apear de la opinion á los versados en grandes regencias, que no consistiria la conservacion del País-Bajo en haber pasado allá S. A., porque habidos dos tan bravos enemigos, y conciliados, serian bastantes á cortar este nervio y deshacerle irrefragablemente; y tambien queria dar á entender, á los otros aliados vecinos, que él sólo bastaba á satisfacerlos de las ofensas recibidas, y tomar la enmienda consiguientemente: á esto envió al duque de Roan, calvinista de profesion, contra los tratados de Monzon y Cherasco.

Resueltos, el año 626, los dos reyes de España y Francia, con ejército y armas á ocupar la ribera de Chiavena, lugares y fuerzas de la Valtelina, contra la voluntad de grisones y venecianos, para que de nuevo se comenzase á sentir en Italia la voz de la herejía, imposibilitando á Alemania y á Flandes de que, por la defensa de la religion católica, pasasen allá españoles é italianos, ni que de allá bajasen á Italia las naciones de alemanes, tudescos, ni valones para enfrenar los tiranos y hacerlos contener en sus dominios, que cuanto aquí queria revolver el estado de Milán y asediarle, no cargó con todas sus fuerzas, reservándolas para despues, y ahora encaminándolas á Flandes con poderosa ambicion de acabarle y sacarle de las coronas de la Monarquía española, como fundamento principal en que se levanta y apoya, resolviendo embestir por muchas partes, y que faltase al Rey Católico caudal para tanto, y siéndole necesario acudir á tantas partes, no le fueron formidables los ejércitos para asistir á todas. Volvió de nuevo á conmover al duque de Saboya, Vitorio, y le compelió



á salir en campaña, por la contínua de su hermana á gastarle y meterle en decisiones, y á levantar 6.000 hombres entre infantes y caballos; á que respondió, cuando se le hizo requerimiento de parte del Rey Católico, que como degeneraba de sus obligaciones, de las que tenia Alemania y España, que mirase lo que hacia; respondió, que no se podia defender de las violencias de Francia, ni de la fuerza que su mujer le hacia como hermana de aquel Rey; dispuso para salir en campaña á cuantos pudo, y el Casal de Monferrat por plaza de armas; hizo rebelde al duque de Parma, y que tomase las armas contra el Rey y contra el feudo al estado de Milán. Aquí fué cuando dijo el Rey Católico, que el Rey Cristianísimo le engañaba, cuando vió coligados al principio de este año contra sí tantas armas y tantos enemigos; pero esto pudiera estar muy bien entendido y castigado. Finalmente, no se oia ni se trataba de otra cosa que de estruendos de guerra, formar ejércitos, ablocar plazas, de juntas y de consejos en esta materia.

Avisó de Milán el cardenal Albornoz, su Gobernador, á toda diligencia, de lo que pasaba, y aunque los genoveses entraban en la Liga de secreto, constreñidos ó amenazados, si ya no neutrales, pidió gente y dineros el Gobernador, por estar sin ella las guarniciones; socorrióse de España, y envióse mucha de Nápoles y Sicilia. El conde de Monterey alistó 6.000 napolitanos y 1.000 caballos para esperar el intento de los franceses y potentados: vino de Flandes D. Cárlos de Coloma, hermano del conde de Elda, señalado capitan y de los más experimentados y antiguos de Flandes, para encaminar la guerra; pero con tan limitada comision, que no venia por Gobernador ni General, sino tan solamente por castellano del castillo de Milán; y con ser tan necesaria su venida y su persona, por los movimientos tan patentes y que se dejaban sentir, se paró en una posada y no tomó la posesion del castillo ántes de pagar primero la media anata, que eran más esenciales y de más calidad que las asistencias y cargos de la guerra los tributos, y nada de esto bastó para no acudir á



la necesidad y á lo que debia á español y vasallo; pero con sentimiento de que en Flandes y en Italia, cuando eran tan precisos los soldados viejos, le antepusieran los visoños y los de menor esfera y ménos servicios, y les diesen en propiedad los mayores premios de la milicia, cuando no le faltaba á él calidad y opinion de excelente Capitan; al fin corrió la influencia que los otros (esto ¿quien lo alcanza?), y se le hizo despues dejar la guerra y venirse al ócio de España y de la corte, porque el cardenal Albornoz, aunque era hombre de buen juicio, pero de ninguna noticia ni manejo en cosas de guerra, sin embargo, repasó los confines, levantó ejército y atendió al diseño de los enemigos con la prudencia y buen consejo de D. Cárlos Coloma, en cuya reputacion se esperaban buenos efectos.

El duque de Parma, declarado al fin, en un banquete que hizo en Roma á los Cardenales, de la faccion francesa, aquel dia amanecieron en su puerta quitadas las armas de España y puestas las de Francia (gran gloria para aquella ciudad y los sujetos de ella); pero fué luégo castigado con el azote de esta era, porque inmediatamente se le quitaron 50 ó 60.000 escudos de renta que tenia sobre ciudades del reino de Nápoles, y se vendieron para la guerra. Muchos y los más cuerdos juzgaron á este Príncipe por perdido y le dieron por tal, y él se dió toda priesa á perderse, empeñando sus estados para seguir el dictámen comenzado y su desatino, y que al fin no arribaria, ántes que vendria á dar en un miserable precipicio; y para disculpa de su yerro, á los aficionados á España en la corte romana, que le apreciaban de poco agradecido y mal confidente, decia que habia escrito una carta al conde de Olivares y que no le habia respondido, culpándole de desatento á la cortesía y el ser poco cumplido con los Príncipes forasteros, necesarios á la correspondencia en Italia: el mismo Conde publicaba esto entre los Ministros de Estado. Esta circunstancia no es de las que ménos necesita la Corona católica, y de atender con grande cortesía á los Príncipes potentados de la Europa que están á nuestra devocion y amistad



y quieren, para cualquier accidente ó reves de fortuna, nuestra proteccion y alianza, ó para valerse de ella ó valernos, que esto da á entender ser grande Rey ó grande Monarca, querer muchos nuestra gracia, ó ser dueño de muchos la urbanidad y correspondencia con los extranjeros. Quien quiera tener en paz y sosiego y en suma tranquilidad y templanza al gobierno de muchas provincias juntas, ó por hereditarias, ó por afectas, bien habrá leido en la política de muchos grandes varones, cuánto importa la grata y cumplida correspondencia con todos cuantos Príncipes tiene el orbe, y áun con los enemigos se gana mucha tierra y se les ha de buscar ocasion para mostrársela, si se la piden muchos. Con lo uno se establece y se cultiva gran seguridad en el Estado: con lo otro, el agradecimiento de lo que recibieron nunca mengua, ántes se reconoce y está en pié; por el contrario, si se procede con descortesía ó con descuido, todo cuanto se recibió ó se debe se extraga, y el beneficio y la esperanza se convierte en ódio, que al primer son de caja se manifiesta y se pone en gran destemplanza la armonía del gobierno, que es precisamente á lo que entre muchas materias importantes se debe observar, y de faltar á ellas, se han seguido grandes ruinas en monarquías muy firmes en algunas edades y gobiernos, en supremas y mayores cabezas; y al contrario, ha habido, por felicidad particular de ellas y esclarecida virtud de ellos, espiritus que se han señalado en traer á sí los Príncipes extranjeros, en agasajarlos, corresponderlos, hacer de los enemigos amigos y de los amigos confidentes, y tenerlos á todos sazonados para la atencion y dependencia del Príncipe. A mi ver, la era en que más se lució esto con grandes ventajas, fué la de aquel gran rey, D. Felipe III, y aquel notable privado, el duque de Lerma, que en lo que más cuidaba, y gastaba mucha parte del tiempo y de la pluma, de los tesoros y de las presas ricas, en mercedes y en dádivas, era en asistir por su mano á este tan importante beneficio de la comunicacion y agasajo con los Príncipes confinantes y forasteros, y con los que estaban á la devocion de España, y á modificar la pasion de los que no la tenian. Así, hubo tanta



paz en el mundo, por la blandura de su natural agasajo y gran cortesía; tal, que se llevaba tras sí los hombres, y los cautivaba con su cortesía y arte maravilloso de proceder, y pareció aquella era de las que celebra la antigüedad, que son admirables en la erudicion latina del gran Numa, de Augusto y de Trajano, y se puede llamar aquella la cuarta, del gran Felipe III, en que tanto se lució en el fervor de los afectos á la corona de España: por los buenos oficios que se le hicieron resplandeció la prosperidad, el respeto y la virtud del ánimo generoso sin contrastes, y en esto se gastó mucha parte del tesoro público; que sin este recurso no se pueden mantener prendas ni aliados, ni ascender á gran reputacion ni nombre, ni meterlos en casa.

Dispuso el rey de Francia la guerra en esta forma, y escogió cuatro capitanes, los mejores y más herejes, y los que guerrearon con su padre en las dependencias pasadas y guerras civiles de Francia (para lo de Milán, á Monsieur de Crequi), y comenzaron á descender por el Delfinado y la Saboya, y por tierras de esguízaros muchos y muy escogidos regimientos; y como ya dejamos dicho, el duque de Roan en Valtelina, ayudándose de grisones y bearneses herejes, y despues de ocupada á Chiavena y la Riba, suprimió la villa y condado de Bormio y otros pueblos, y deshaciendo y despojando los templos, profanó con sacrílega mano los vasos sagrados de las iglesias, y con horrible ejemplo deshizo el metal de las campanas católicas para fundir artillería contra los mismos templos que profanaba y despojaba; sin ocurrir á que estos hechos eran horribles y sin temor de Dios: dispuso para Flandes al Chatillon, y al Mariscal de la Forza hizo se arrimase á Alemania y á la Lorena con ejército grueso, que asistiese á los coligados, les diese calor y aliento, porque no dijesen que no se declaraba á campaña abierta y en guerra declarada, diese las manos á las ciudades libres del Imperio que estaban por él, las animase á proseguir y á emprender, se opusiese á los intentos de Galaso, duque de Lorena y rey de Hungría, y áun abriese el camino á mayores cosas; y, sobre todo, que

conservase lo ganado para los buenos intentos: al mariscal de Chatillon arrimó el de Brese y duros cabos, encaminando á la frontera de Flandes 2.000 hombres, faltando ya á lo contratado con los holandeses y príncipe de Orange, en cuanto á que estos no serian más que 12.000, y sin cabos, porque él lo fuese. Quien vivamente discurre, por esta tropa de calvinistas, hugonotes y luteranos, que más parece expulsion, no pensará sino que se purgaba la Francia de herejes y detentores en favor de la seguridad de aquel Rey, y que el Ministro lo hacia de católico. El de Orange tenia ya su gente aprestada para marchar, tomando mucho dinero á los hombres de negocios, con intereses muy crecidos, para hacer este esfuerzo, municiones y vituallas y otros pertrechos, y quien dice que juntó ocho millones de florines, esperando á que el Rey se moviese, y que áun publicaba lo queria hacer en persona.

El infante D. Fernando se hallaba áun con 20.000 combatientes, cuidadoso y discursivo, y viéndose rodeado, murado y combatido de tantos y tan fornecidos escuadrones de enemigos, escribió al Rey el grande aprieto en que se hallaba, y, aunque la gente que he referido no era tanta, la intencion del francés y holandés, la mucha turbacion en que estaba el país, que le socorriese y enviase más gente y dineros. Quien dice que no fué respondido, y que para esto despachó un soldado que le dió al Rey una carta, en uno de los dias que salió fuera, volviéndoselo á repetir, y que le respondiese, que tendria á gran fortuna, segun se iban poniendo las cosas del País-Bajo, poder salvarse en Inglaterra ó verse en España. Lo primero que se entendió del francés, era, queria cargar á Cambray, por la inclinacion que el rey Enrique IV, su padre, tuvo á esto en la era pasada y despues que la recibió el rey D. Felipe II; mas reconocióse de aquella plaza, por su fortaleza y otras buenas partes, que no lo conseguiria, que podria defenderse mucho tiempo con poca gente, que el enemigo se detendria allí, que perderia el ejército y se veria en necesidad de volver atras y dejar la plaza; que se atendiese en primer lugar á conservar

la gente que habia entera, y sin division, para combatir con ambos enemigos y hacer lo posible en mostrar valor. Lo cierto era, que todo estaba muy arriesgado por hallarse cercados por la una y otra parte de más de 6.000 hombres; pero obró el brazo poderoso de Dios.

Antes que se moviesen los ejércitos, los tenian tan fuera de sí y tan alterados la codicia y ambicion de arrebatarlo todo y abrirse camino para inmensas vías y astucias, y desatinaban tanto, que de la ira de las espadas pasaron á las plumas, por entrar en todo; valiéndose de sus artificios y estratagemas para la sublevacion de Flandes, y poderla asir mejor, arrastrar la nobleza, las fuerzas y plazas más importantes, hacerlos rendir y desmayar y que cayesen de la seguridad y confianza en que los mantenia la suprema potestad de su Príncipe, asombrándolos con tan poderosos ejércitos, y traerlos á sí ántes de entrar con las armas. Para conseguirlo con más brevedad, publicó el francés un manifiesto, de donde tambien enviamos los nuestros, inícuo y detestable, que esparció por toda la Europa, que hiciese los mismos oficios en Italia que se pretendia en los Países-Bajos. Muchos grandes ingenios respondieron á él, de muchas partes y de nuestra España, con gallardía y espíritu notable; y alguno, debajo del nombre de francés, respondió agudamente, haciéndolos enmudecer y salirles los colores al rostro, si los que no tienen vergüenza y son insolentes, la tienen desenvolviéndoles sus maldades, pasiones y envidia, los falsos motivos de los movimientos presentes y atentados, y haciéndolos acordar de los afrentosos vencimientos pasados. El que mejor me pareció fué de un fraile mercenario, que despues hicieron abad de Santa Anastasia.

No es mi intento ponerme ahora y por menudo á responder á él, remitiendo al lector á los papeles y á los escritos que tan aventajadamente y con tanta erudicion y elegancia lo hicieron y ejecutaron; pero no puedo dejar, aunque de paso, de hacer algunos reparos en partes que me ha parecido á propósito no excusarlos aquí. Dánse por ofendidos

de nuestros ministros, y en primer lugar, el que le fabricó, entra con gran vanidad; y por igualarse con nosotros, donde hay tanta diferencia, hace su reino monarquía, y dice que ha recibido de ésta grandes ofensas, como si hubiera el Rey Católico favorecido y amparado los herejes y sectarios de su Corona, como él lo hace con el Rey Católico; ántes bien, desviados de las continuas importunaciones que en diferentes tiempos le han hecho por serle rebeldes, y no tan solamente no se ha dado orejas á esto, pero se ha rebatido su denuedo y desechado la oferta, no por otros intereses que por no delinquir contra la apostólica y sagrada religion, á quien ellos han sido tan infieles agresores y hacen su reino monarquía. ¿Confesarémoselo grande, y por la copia de aliados poderoso, cuando los raros maestros de la geografía y estado, con ver la nuestra tan extendida y dilatada de Oriente á Occidente, y que es siempre asistida y rodeada de luz del mayor planeta, que tiene tanta diferencia debajo de sí de distintas naciones y vasallos, áun no quieren que no lo sea por circunstancias que le faltan? ¿cómo lo consentiremos ni sufriremos que lo diga quien está muy léjos de tener nada de esto, ciñendo y comprendiéndose en un reino sólo? Dicen que han disimulado largo tiempo los celos y ódio que les tenemos, y el celo es justo, porque irrita á todo católico Príncipe verlos siempre caudillos y capitanes de herejes y rebeldes; y el ódio que les tienen, no sólo es entre nosotros, pero pasa á las otras naciones, y es por la vileza de su condicion, y ruindad del trato y baja correspondencia, vicios que más que entre nosotros les hace aborrecibles en todo el orbe. Dicen que queremos descubiertamente oprimir los Príncipes aliados á su Corona; y respóndese que se pretende que no sean inconstantes á sus precisas obligaciones, ni tiranos como hoy lo profesan, disipando los estados ajenos y propios, tenidos con justo título y herencia de sus mayores; y otrosí, que reconozcan el culto del verdadero Dios, y metan los piés en los argumentos eclesiásticos, y reciban la ley de la boca del Espíritu Santo, y de su Vicario apostólico; y van discurriendo, y prosiguen que hemos querido desmembrar sus mate-



rias, descomponer sus provincias y divertírselas, y que no hemos podido, y fuera cierto, por pagarles en otro tanto, si no hubieran faltado en la fe y en el hecho lo que se ofrecieron á la ejecucion, tocados los más de ellos de alevosos y cobardes. Pero arguyamos con más claridad, y digámosles que, si en este caso se ha pretendido algo, ha sido por haberlos visto á ellos adelantarse en estos ardides y estratajemas, que en nosotros, dicen, es falta de valor, como luégo revolveremos sobre la calumnia y la traeremos á la melena: ¿qué potentado les hemos conmovido, qué generales de ejército les hemos hecho infieles, como lo hemos visto de su parte en nuestros afectos y cabos? ¿quién ha trastornado al duque de Saboya, como veremos en el año de 37 al de Parma? ¿quién los electores, eclesiásticos y seculares del Sacro Romano Imperio? ¿quién, cuando estuvo el Rey Católico para abrasar la Velta, igualar al conde Enrique de Vergas y hacer inútil un poderoso ejército con pérdidas de plazas? ¿quién con dañados pretextos, más que con esfuerzo y valentía, desmembró, como dice el artífice de su manifiesto, las potentísimas legiones y cohortes de Alemania, alojadas y distribuidas entre el Danubio y el Albis, é hizo al caudillo deshacerse vanamente de su fortuna, faltar á la ley de vasallo con que le habia hecho Príncipe, dar en el precipicio y en el yerro de que murió atravesado? ¿quién hizo al Gratz con los millones de florines del duque de Lorena, cuando los dió para defensa de su casa y Estado? ¿quién ha metido sus inteligencias en Constantinopla y en los Berisus de ambas Mauritanias contra la seguridud de las costas de España? ¿quién ha enviado los obispos y los frailes á mover aquella potencia contra Italia, y no contra las tierras de la Iglesia, aunque se incluyen en ella, y dice que es hijo amantísimo del Papa, y más que todo, que es el que tiene entera noticia de estos infames progresos y ha estado muy cerca de ver oprimida su dignidad y ajada por los ladrones y tiranos de Suecia, á instancias de este mónstruo que llaman hijo, que tanto monta, y que uno de sus ministros, vestido de la púrpura de su Principado sacrílegamente, es notorio que ha



dicho introducirá, por ver logrados sus designios y su aborrecimiento, la herejía en los pueblos católicos, y como dije para mayor asombro de los fieles, que el que tiene noticia de estos hechos sea padre de hijo tan escandaloso y abominable, y se consiente llamar padre? Y corriendo por mi discurso: ¿quién pasó á la Persia sus comisarios á concertar las cabezas del mahometismo contra la cristiandad? ¿quién al tártaro, y últimamente al polaco, introduciendo paces infames entre persas y turcos, entre estos y polacos, entre herejes y católicos, entre unos bárbaros con otros, contra el buen uso y órden de la naturaleza y los derechos, por el fin de sus particulares propios, por extinguir la religion y la tranquilidad de los nuestros? ¿quién ha embestido los castellanos de castillos, gobernadores y magistrados de los fuertes y plazas, si no es para robarlos y sacarlos de la potencia española? ¿quién trajo y solicita los septentrionales otra vez y muchas á la insidia del Imperio? ¿quién abriga y es fautor de herejes y rebeldes? Pues si de todas estas maldades son cabezas, ¿por qué desatentos á la razon y á la verdad nos prohijan sus errores?

Dicen que faltamos á la paz, y son la misma alteracion y discordia; que somos guerreros, Dios nos dió esta honra sobre la injusticia, y son ellos los revolvedores y los que la mueven con impiedad; que habia olvidado la Francia sus antiguas querellas, y son sus principales bullicios por la envidia de nuestros acrecentamientos. Acomúlannos sus oficios, por cubrir sus maldades con la capa de la inocencia, y fueron ellos los que en el reino de Nápoles no guardaron lo capitulado con el gran Capitan. Dicen que nos han asistido, y no digo que es falso, pero no concedo lo que ellos pretenden, porque no recibo yo en cuenta que D. Enrique, rey de Castilla, se valiese de algunos pocos franceses contra su hermano D. Pedro: hánnos asistido con el engaño y la cautela, y á nuestros émulos con las armas; tanto, que si no se hubieran entrometido en esta cizaña y auxilio, no tuviera España enemigo que no estuviera relevado, y Holanda caido de su rebeldía y postrada la cerviz al Príncipe. Dicen que somos ambiciosos, y no pueden ellos satisfacer la sed de



lo ajeno: véndennos el efecto de la tregua de los Estados rebeldes con los países obedientes, y fué que Enrique IV vió al rey de Inglaterra, Jacobo, hecho á la paz con España y que él estaba necesitado y falto de dinero para poderlos acudir, deseando, ántes que otra cosa, asistir y pacificar la reciente Corona que habia ganado por arraigarse en ella; porque mudó religion y matrimonio ántes que pacificar las pasiones forasteras, y porque le dijeron los holandeses, impugnándolos á que no viniesen en la tregua, que no podian dejar de abrazar la comodidad que les ofrecia, por no poder pasar adelante con la guerra, estar consumida la gente y acabada, los tesoros gastados, hundidos y agraviados con empeños y gavelas, y cansados los auxiliares en la continuacion de los socorros, reconviénennos con fábulas, de que les debemos mucho en las primeras revueltas de Alemania con el Palatino del Rin y conservacion del Imperio; como si en la batalla de Praga se hubieran hallado en favor del César algunos de sus regimientos que en su nombre militaban en Holanda. Solo su embajador, prevenido de ambiguas y contrarias materias, no declarándose totalmente con el Palatino, por pasiones envejecidas entre ambos, disuadiéndole que no habia de ser rey de Bohemia, á cuya causa no puso gente ni la ofreció al César para que el intruso Palatino se conservase en la tiranía, cuando vió en miserable estado la rota y fuga de su ejército y persona, se introdujo el tal embajador, por no dejar arribar la victoria al glorioso fin que deseaban los fieles, á engañosos tratados de paz; á que luégo, reconocido el pensamiento, se le cerró la puerta y se le puso inviolable silencio, con expreso mandato del emperador Ferdinando II, anteviéndole la malicia, que cuanto quiera que no queria ver rey al Palatino, tampoco le placía que el César recobrase á Praga ni la corona de Bohemia, ántes confundir y empantanar á entre ambos: forman querella, y quieren que sea beneficio lo referido, de que estamos muy léjos de entenderlo. Así que ocupamos la Valtelina quieren tomarla ellos, y la han tomado con la injusticia que se ha referido: la Valtelina se puso en libertad por la tiranía

de grisones y por haberles querido quitar la religion, ántes que por otro interes, ni ocupar aquel paso, ni como ellos lo sienten; pero sea por todo junto, que todo le es lícito al mayor y más fiel Príncipe; por esta causa se valieron del Rey Católico D. Felipe III, Monarca en grandeza de religion y majestad no comparable á ninguno, para que los defendiese con las armas y los librase del yugo luterano y de otro heresiarca como lo hizo, y como más relevante espada de la Iglesia; obligacion á que todos debíamos atender si fuéramos los que debíamos. Dicen que no se compelieron á dejarla por la guerra que nos hicieron, y es falso. El Rey Católico, D. Felipe IV, que poco despues de este caso sucedió al III, por no encender en alteraciones la Italia, la puso en tercería en manos de Urbano VIII, Pontífice que inmediatamente ascendió á la Silla de San Pedro; y en las primeras digresiones, sin dar ni justa ocasion ni sospecha, como ellos dicen, para ligarse con Inglaterra, enviar armadas á Cádiz y meter ejércitos en Italia, la entregó el Papa á los franceses para poder con más comodidad hacer hostilidades en el milanés. Esta fué la guerra que nos hicieron, retirándose el duque de Saboya del ejército Real, acaudillado del duque de Feria; volviéndose Monsieur de la Diguera desde las vertientes de los Alpes, cuando vieron un Príncipe mozo que juntaba armas y soldados, dejaba su domicilio y salia á Barcelona, temiendo que habia de ser el terror de sus pueblos y coligados. Voy excusando y dejando mucho, porque si se hubiera de responder á todo, no dejáramos nada á los que, particularmente y muy despacio, han tomado esta defensa á su cargo; pero ya he dicho que me remito á las defensas mayores y más ámplias.

Refieren que hemos hecho interpresas en la Saboya, en tiempo del duque Cárlos, y dan una causa muy vaga y supersticiosa: miéntras, dicen, fué aliado de la Francia, si diera licencia el Rey Católico, D. Felipe III, á sus capitanes D. Juan de Mendoza, marqués de la Inojosa, y á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, acabaran con el Piamonte y la Saboya el dia de las colinas de Aste, y el de la toma de Berceli por sitio y por



asaltos, que no por interpresas, sino por gallardo esfuerzo y valentía de ánimo ejecutada en los franceses. Y áun no bien contento el Villafranca, deseando acabar con aquella revolucion de Italia y con aquel Duque, mandó marchar á Turin y hubo órden de parar; pues era grande la piedad de aquel Rey, y tanto, que excedia á todo humano desagradecimiento, y era benigno con los que se le humillaban: y esta guerra no era por otra causa sino por que ningun potentado se atreviese á sojuzgar por fuerza las tierras del otro ántes que se sometiesen al juicio legal y estuviese á derecho. Esto es hacer justicia y desterrar la iniquidad de los tiranos, y en esta forma, el predecesor, atendió por el Imperio á la verdadera accion del Mantuano y Monferrat y ponerse delante, como feudo imperial que era, de donde, manifestándolos y restituyéndolos, los habian de recibir; pero el haberlos obligado no los hizo mejores, y el duque de Saboya no tenia derecho al Monferrat, sino á querer alterar la paz de Italia, que tanto habia que se gozaba; y si por franceses, como ellos dicen, sea por franceses, que la prudencia enseña que me sepa cautelar de mi enemigo. Si se hubiera de estar por lo primero, en mi juicio, no hubieran ellos hecho pié; así como ahora, lo que se les dió de gracia, sirve de plaza de armas contra la seguridad del estado de Milán. Que armemos nuestros aliados como él arma los suyós, es una de las reglas de buena política. Insinúan que hemos metido inteligencias en las cabezas de los herejes hugonotes de su reyno por formar un cuerpo perpetuo de rebelion. Respóndese, que es castigarle en lo mismo que enseña y plática que ha introducido, y en lo que han pecado él y su padre tan escandalosamente; y esto no quiere decir que se tomaba contra la religion católica, sino cambiar un maleficio con otro, y castigar con el mismo ejemplo malo que él da en el mundo: á lo de ser lícito conmover los de Holanda, los protestan desde Alemania los zuinglios y calvinistas de Suecia, y no á nosotros los que tiene dentro de su reino y los que él mantiene en su casa. Gran dicha fuera si se pudiera desarraigar una mala semilla con otra peor, porque en el combate perecerian todos; como recibimos recibian, que



no dirán, á lo ménos, que los recibamos sino contra el escarmiento.

Hácennos cargo de haber amparado á la Reina madre y al duque de Orleans, su hijo, cuando no pudiendo sufrir las descortesías del Privado se obligaron á la liberalidad del Rey Católico en el País-Bajo: las obligaciones de cortesía y parentesco, y el ser cumplido en ellas, no se han de desazonar con la calumnia, ni se han de hacer injuriosas. Atendiendo á esta gran magnificencia, muchos Príncipes, desdeñados y desvalidos por los franceses ó por sus aliados todos, corrieron con desembarazo á ampararse de su clemencia, y fueron largamente agasajados en sus expensas Reales, como siempre lo ha acostumbrado España, y mantenidos en ella. Dénnos alguno con quien ellos hayan hecho esto; con los que han sacado á la campaña en apoyo suyo, cuanto quiera que les ha sido adversa en muchos trances la fortuna, los han dejado en ella perecer y no los han aliviado del peso que les cargaron, cuyas quejas y áun denuestos se las han puesto en las orejas. Finalmente, nos achacan sus culpas para hacernos odiosos á todos, no reconociendo que son el aborrecimiento del mundo, que no los han sufrido en ninguna parte, ántes, arrojados afrentosamente de todas aquellas donde se han pretendido afirmar, y en esa misma manera lo harán aquellas adonde se quisieren hacer tiranos, por que su mal estilo y proceder injusto no los admite por compañeros, cuanto y más por señores.

Dicen que nuestros artificios han sido, en todo tiempo, mucho más de temer que nuestras fuerzas, y es al contrario; mucho más temen nuestras fuerzas que nuestros artificios, y porque siempre les han faltado á ellos en todos los lugares que han contendido con nosotros, temiéndolas ahora, han estudiado más en aquella ciencia que en el valor, desconfiando dél para con nosotros; pues por lo que han hilado estos años pasados, no igualan á los engaños y estratagemas de los griegos, pues todo ha sido mover é inquietar, con persuasiones y marañas, los Príncipes infieles de la Europa contra la potencia española y alemana. Y es cosa muy para reir y admirar, que



pareciendo hombre de noticia en lo que se ha dejado decir, y sujeto escogido para fabricar y componer manifiestos, materia, á mi entender, que pide delgado ingenio y agudeza, pero tambien verdad y razon, haya ignorado la historia totalmente, siendo de lo que más necesitan estos estudios, se hace sordo ó desvaria como en lo demas; ó no ha leido nuestros anales ó comentarios, ó los suyos, aunque sean apócrifos sus historiadores, trasladados á Pedro Mateo y otros inverosímiles cuando no lo callan los italianos amigos suyos, como Jovio y Cuichardino y otros muy diligentes en la narracion historial de las cosas de Italia. Preguntóle: en la entrada primera de sus gentes en el reino de Nápoles, ¿quién dió sepulcro al duque de Nemures, su general en el Barleta, quién los hizo pedazos, sin embargo de haberse quemado la pólvora y su artificio en la Chirinola, sino los españoles, asistidos del gran Gonzalo Hernandez de Córdoba, que animándolos, les dijo, comenzándose la batalla y defraudados de aquella ayuda por un italiano, que acometiesen y no desmayasen, que aquel suceso y accidente eran luminarias de la victoria? ¿Quiénes les deshicieron en el Garellano; quién prendió y sepultó á sus mayores caudillos, Monsieur de Alegre y el de la Galicia? Fuera largo de referir lo mucho de que hay que avisarles; ¿quién, en la contencion de la Lombardía debeló tantos ejércitos franceses? ¿Quién hizo á Francisco, su Rey, mal contento de sus capitanes cuando los veia volver rotos y desbaratados por los españoles, y porque uno de ellos le dijo que peleaban como á diablos ponerse en la campaña, cuando el ejército imperial queria retirarse de Pavía por el gran número y desigual de franceses, si ya no fué por falta de dineros y vituallas, y preguntándole al Monsieur ó Mariscal que se lo habia dicho, dónde están aquellos diablos, y diciéndole «vos los topareis,» cuando se vió preso en la batalla, confesó aquel dia, siendo el más glorioso de nuestra nacion, que no habia llegado á parte donde no habia topado arcabuceros españoles? Pregunto si esto es puramente valor, potestad de fuerzas ó artificio como tu dices. Dejo ahora las otras memorables batallas y victorias conseguidas en Navarra,



fronteros de España y Flandes; la toma de San Quintin, las otras plazas de Picardía, del Boloñés, de la Bretaña, que volvió el rey Felipe II por dos veces á Enrique II, su suegro, y al IV, tomadas por fuerza y por asaltos, que remito á los verdaderos comentarios de D. Cárlos Coloma, qué decia de los españoles aquel Rey y cómo los reconocia. Seria innumerable hacer epílogo de sus vencimientos, si por menudo se refiriesen todos; pero tropieza en su misma pasion y resbala, de ofendido en nuestra era, que es donde han pretendido lucirse con lastimoso despecho de nuestros capitanes. Pasen por esto, pues pasamos por lo demas. ¿Con qué afrenta no dejaron al Casal de Monferrat, y los franceses que se hallaron en el socorro de Norteling en favor de los protestantes y loreneses? ¿Con qué desmayo dejaron allí las vidas con sólo el nombre de que se hallaban en el ejército 3.000 españoles? ¿Cómo les ván arrojando de las demas plazas imperiales, conseguidas más por trato y artificio, que por verdadero valor? Su Príncipe, que tanto nos le encarecen, ¿qué batallás ha vencido, qué plazas fuertes ha tomado por escalada, mas que usurpando la Lorena con medios ilícitos, engañando á los poseedores flacos y de inferiores fuerzas, las de la Alsacia, tirano en el Casal de Monferrat, con su mismo deudo y vasallo? ¿Por quién tomó las armas, estafando al duque de Saboya en Piñañolo y Susa con los artificios del Richelieu mas que con el valor y las fuerzas? Quéjanse de la milicia que tenemos en Flandes y que queremos establecer allí la silla de una guerra inmortal, y que ha destinado España á Flandes por sus plazas de armas, y son ellos los que fomentan la rebelion y los rebeldes para trastornar el Estado; y habiendo sido, hasta ahora, los gastos encarecidísimos y gustado de tanta insidia, como ven que la plaza de armas de Flandes no sólo asiste á enfrenar los holandeses, sino á los otros designios de los bullicios de Alemania, sus aliados, y castigar en la frontera los atrevimientos de la Francia, ahora que han querido salir de sí y sojuzgar las tierras del Imperio, y que el infante D. Fernando, con la ocasion de pasar á Flandes, los derribó de mucha parte de



los cimientos que habian levantado en su tiranía, con los soldados que levantó para ello, le aborrecen, y porque de aquella parte se acude á las demas, ya la reconocen estorbo para sus materias y saca en público teatro, con intencion dañada, que se reconocieron por países libres, siendo así que no se extendia este modo de hablar sino hasta el fin de la tregua, que por no tolerarle largo tiempo se limitó en el término, no más que de doce años, se volvió á las armas y se revocó el artículo no queriendo pasar por el Rey Católico D. Felipe IV, por no poder ser perjudicado en estos derechos, y el III lo firmó sin su voluntad, y el duque de Lerma no lo votó, ni los demas de aquel Consejo quisieron venir en él, y lo disimularon por las demasiadas importunaciones del Archiduque Alberto; y cuanto quiera que sea el cronista apasionado de nuestra razon de Estado y se explaye en describirla y declararla al mundo, no nos hemos de correr de que nos tengan por avisados, porque el principal punto del Gobierno es ser cautos y prudentes, y entre los artificiosos no hemos de ser ignorantes. El Consejo y la espada hace á los Príncipes grandes y de maravillosa reputacion y autoridad entre los mayores.

Invoca á todos los Estados y solicita á los vecinos de la Europa contra nosotros, y hace, para traerlos á sí, gran ostentacion de soldados y que pondrá en campaña 150.000 hombres, para amedrentar los unos y atraer á los otros por fuerza, y volver al error los escarmentados: mas despues de haber narrado y hecho epílogo de cosas indiferentes, falsas y ajenas de toda verdad, ántes llenas de incertidumbre y desengaños, paliadas y cubiertas con falsos y especiosos colores y retóricas, para llevar adelante sus cautelas se acaba de declarar, derrama su veneno y su codicia, como bestia ponzoñosa hija de toda discordia y maldad, y fenece diciendo, para aterrar el País-Bajo obediente, y pasar á dominar el rebelde, que á todo tiraba, como alguno lo discurrió, á asir y usurpar ambas riendas de aquel dominio; fundamento en que le parecia correria mejor á sacar desde allí á los Príncipes de la Casa de Austria, la Alemania y la Italia, y hacerse señor de la Europa por el ca-

pricho y la fantasía de su Privado, que para tenerlos asidos y mandar á los Reyes los aferrasen con esta rémora, y los aduermen y encantan con esta sirena; sacando de aquí por motivo, que podria tomar enmienda de las ofensas recibidas tan largamente de los españoles, y les quitaria el laurel de la frente, destrozaria la Monarquía y la pasaria á su cabeza. Digo, pues, que encaminado, no á otra cosa ni á otro diseño que á sublevar el País-Bajo, con los artículos y acuerdos repetidos, exclama y dice que, el derecho de las gentes violado por el ultraje hecho á nuestro muy caro y muy amado primo el elector de Tréveris, en que son interesados todos los Príncipes de la cristiandad, salió él sólo á la causa, porque le sacaron de las manos aquella ciudad y arrojaron la guarnicion de franceses que injustamente tenia en ella, y pasa adelante la sorpresa de su villa, capital donde vivió en reposo, y habíansela quitado contra el derecho, que publica el autor del manifiesto, contraviniendo á los privilegios de la naturaleza y del imperio; y sigue su tema, que habia puesto debajo de nuestra proteccion en tiempo que no lo podia recibir de ningun otro Príncipe.

Aquí se contradice, y supone que eran interesados los Príncipes de la cristiandad; y es engaño, que á todos les pesó que se introdujese en lo que no le tocaba; pues para resguardarle del sueco como él lo finge, el Rey Católico tenia acomodado esto, como queda ya referido en su lugar, y quien se la quitó á él la defendiera del sueco; pero porque maliciosamente se pasó debajo de su proteccion, y violó los decretos de la patria y las inmunidades imperiales, por dar entrada en su tierra á quien no lo debia hacer, teniendo para mí que lo hizo del miedo de la insidia, y no ser echado de ella ignominiosamente, va discurriendo, corre la pluma y dice la negativa de su libertad, con equívocos injuriosos que parecen que nos hacen autores de su cautividad; y no se hizo esto á otro fin que á ponerle en ella y sacarle de la esclavitud infame en que le habian puesto: argumento claro de lo que se le oyó decir, cuando se vió en Namur, que no acababa de dar



gracias á Dios cuando se veia fuera de la crueldad y tiranía de franceses. Sin embargo, quisiera que me dijese por qué honestos títulos le tocaba esta diligencia; descubriéndose claramente, que no tiene otros más justos que los de tirano. Y prosigue, como para aumentar la ofensa que se nos ha hecho: tomando una plaza donde habíamos puesto guarnicion para la guardia del dicho nuestro primo, y á su ruego, claro está que esta entrega no fué sin cautela, y que no se podia entrar en ella sin auxilio, porque como pecado gravemente cometido contra las ordenanzas de la Cámara imperial, pedia enmienda y satisfaccion. Pero si no lo cometiera, ¿de qué se habia de guardar quien ya lo estaba, por el Rey Católico, de órden del imperio, del elector de Baviera y Maguncia? Reconociendo que no se habia rendido sino por amenazas de que los suecos habian de abrasar su tierra, y que no habia de poderse defender, siendo él el que se los traia y metia por las puertas, como si dijésemos, «ríndeme la casa, porque si no, traigo ladrones que te la robarán,» en su prosecucion dice adelante: ellos á la rabia de la agresion quisieron añadir desprecios, teniendo prisionero un Arzobispo elector del Imperio. Preguntémosle cómo le tenia él; pero no querrá repetir tantas veces que á él no le toca esta direccion, y todo cuanto en esto se pudo responder, que ellos llaman mofa de engaño y suposicion nuestra, no fué otra cosa que insinuar y dar de mano al entretenimiento. Luégo dice: tantas injurias no han permitido dilatar nuestro justo resentimiento, y no pudiéramos acordarnos de la gloria que nuestros predecesores adquirieron en tan largos viajes y peligros, guerras intentadas por mantener la honra de esta Corona y defender sus aliados, ni nos moviéramos con su ejemplo, ni entendiéramos que mandábamos á esta nacion belicosa, que ha sido siempre el acogimiento de los afligidos y el abrigo de los Príncipes oprimidos: si nos leyesen se avergonzaran de lo dicho, y verian los Príncipes que hoy tienen agraviados y destituidos de su comodidad, y áun de las vidas. Si dijera de rebeldes, de tiranos y de infieles de su protervia y desacato á la Iglesia y á sus señores naturales, pen-



sáramos que hacia legítima y verdadera confesion de sus yerros.

Prosigue, y ántes de esperar los efectos de la guerra, acomete, y se los da por gloriosos, siendo tan adversos para él, para su crédito y para los suyos, como veremos en lo tocante á Flandes ó Italia, y á la armada naval, que aunque maltratada de recios temporales, oirá el fin que tuvo. Publica, pues, la guerra al Rey, á los súbditos y vasallos; pretende tomar satisfaccion de las ofensas recibidas desta horrible materia de estado; publica menguas cuando se aspira al universal señorío; invoca la proteccion del cielo y tiénele gravemente ofendido con la inundacion de herejes que ha hecho en Alemania, profanando los altares y las imágenes sagradas y las aras, extinguiendo los Sacramentos y quitando el uso de ellos á los fieles, desterrando los religiosos, que fugitivos y peregrinos, buscan más aína el refugio español que el francés, porque ven de donde les ha venido el estrago y donde esperan la general ruina; ofrece que con sus armas establecerá la paz de la cristiandad (y usa de los medios contrarios á ella); convida y exhorta á los Príncipes citados y repúblicas que tomen las armas y se junten con él para entrar con fuerzas en las tierras amenazadas, asaltar y sorprender las villas y plazas que están á la obediencia de la corona de España, tomar dineros, contribuciones, hacer prisioneros en los súbditos y criados, ponerlos á talla y tratarlos segun las leyes de la guerra; prohibe la comunicacion y el trato, y el pasaje de Francia para España, como de España para Flandes, que era en lo que fundaba ahora grandes intereses y materias; resuelve, en conformidad del tratado y el pasaje, y llama para esto, y ayudarle, á los burgueses de Holanda, tratantes y mercaderes, gente baja y rebelde, despues de invocar su auxilio, siendo herejes públicos; se ajusta mucho de conciencia; publica que por una guerra pública establecerá la paz en la cristiandad; y en otros designios de su manifiesto, los llama sus mayores y grandes aliados y confederados á los señores citados de las Provincias Unidas del País-Bajo, sin atender por aquí que disiente de lo que dice,



se contradice y falta á la verdad y á la justicia, estraga su opinion y sus obligaciones, y miente en cuanto propone y publica, dejando vaga y elegible su defensa: pasa adelante y corre con su maldad, desembózase y dice que quiere juntarse con ellos, pretendiendo engañar á súbditos y rebeldes y hablar con todos, que es al blanco que tira, tocado de sedicioso, por el uso y la comunicacion de los tales, que él los librará del mal tratamiento de los españoles. Admírame que segun está de doliente y ambicioso, no expresase aquí los suyos, y quien nos librará de los que insinúa; y sin poder contenerse de soberbio y tirano, ántes de tenerlos comienza á mandarles, que entrando ambos ejércitos las villas y los pueblos retiren á los españoles; y hablando más claramente, quiere decir que se levanten, rebelen y echen fuera las guarniciones, pierdan el respeto y la obediencia al Príncipe, y que dentro de dos meses de la declaracion del manifiesto, las provincias quedarán juntas y unidas en un cuerpo de estado libre, con todos los derechos de soberanía que los amparará y defenderá durante la guerra; dejará con las franquezas autoridades, y en su libertad, pídeles las villas más importantes por rehenes, y que contribuyan para la guerra, y póneles el yugo delante, y los dos más principales nervios del dominio y señorío; y con estos medios de usurpacion les promete la libertad y el librarse de una guerra enfadosa, sacándosela de las manos á los que la quieren hacer inmortal: ofrécesela así á la gente noble como incentivo para que tomen las armas, se asuelen y hagan pedazos; y con esta máscara de libertad, como si no se la procurase el señor verdadero y de más humanidad y clemencia, quiere ver arder aquellos pueblos, como los de Alemania, y más contento de todo lo referido, con pretextos ferocísimos para desampararlos, los amenaza, y que correrán por su cuenta los daños, siendo más fácil y más útil dejarlos en sus domicilios gozando de la paz todos sus Estados, y la observen los súbditos, pues nada de lo que les promete les falta, mandándole publicar y fijar. Y concluye, que se ejecute en todas sus colinas y provincias: su data á 6 de Junio de este año.

Publicado este manifiesto por toda la Europa, las revueltas y prevenciones de armas eran grandes, las juntas y consejos muy continuas; estaba el francés prevenido con su ejército al confin de Flandes para entrar, y habia salido de París para hacer alto en San Quintin; el holandés esperaba ya en el suyo confin, para calarse por la tierra y obrar conforme nuestra disposicion en Alemania; el rey de Hungría y Boemia, y el duque de Lorena, Cárlos, recobraban lo que podian, y amenazaban con Galaso á la Francia; mas nada de esto tuvo efecto, deseándolo todo el mundo. En Italia se juntaba mucha gente, armándose repúblicas y potentados, ocupando, como se ha dicho, la riba de Chiábena, y tapando aquel paso para socorro de alemanes; pero á esta hora, cada uno se habia menester para sí: por esta otra parte se pretendia que los genoveses no diesen escala á los españoles, como si el Rey Católico no fuese señor del puesto de Finale, capacísimo para proseguir á Milan y tener asidos y ocupados todos los tránsitos de nuestras armas para atacar las provincias, y que no nos pudiésemos mover, socorrer ni socorrernos. Fortificábanse los puertos del Golfo y de la Proenza, por temor de la armada que disponia el marqués de Santa Cruz en Sicilia.

En Barcelona se labraban pontones y gabarras, ó á manera de ellas, capaces de embarcar 6.000 hombres, que tirados de galeras, llegasen donde ellas no pudiesen, para echar gente en tierra á su tiempo; disponíanse pertrechos de entrar y acometer; señalábanse capitanes para empresas secretas, sin verse ninguna de memoria: en Vizcaya, Navarra y condado de Rosellon, y todo cuanto se contiene en los Pirineos, se habia puesto gran prevencion y gente: el conde de Monterey tenia ejército aprestado y órden para pedir paso al Papa por las tierras de la iglesia; mas todo esto era por saber y penetrar su condicion sin haber otra novedad. Reconocíanse navíos en la Bretaña, en el Ponton y en la Guiena, que corrian las costas de Cantabria, Montaña y Galicia, pero pocos y mal armados, como tambien por el otro lado en el Golfo de Narbona, esperando por horas, Marsella, Tolon y Flesu, la armada de gale-

ras y de navíos de Sicilia, confiados en que los avisarian los genoveses, que faltando despues en la ocasion se quejaron de ellos, y contra aquella armada movieron las escuadras de Argel y la Goleta, que descurrian por Italia para dañar en los puertos de Sicilia y Nápoles.

El infante D. Fernando, aprestada su gente y atento á los movimientos presentes de los ejércitos, ántes que se moviese el de Holanda, quiso tomar por interpresa el fuerte de la Filipina por quitar aquel padrastro de Amberes y áun de Brujas, y sin embargo hacerles algun mal que les doliese: envió su Alteza á reconocerle, y muchos fueron de parecer que no se tentase nada ántes que las fuerzas que hubiese se dividiesen en dos trozos y asistiesen á los dos enemigos. Quién dice que un oficial de D. Martin de Aspe, secretario de Estado y del despacho de S. A., dió aviso al de Orange de lo que se queria intentar sobre la Filipina, y que la reforzó; con que entendido todo no se hizo nada, ántes perder alguna parte de gente.

Entró el ejército francés, como se esperaba, por el ducado de Luxemburgo, al condado de Namur, y reconociendo el designio, S. A. real mandó salir de allí al elector Arzobispo de Tréveris y que le llevasen á Amberes, y escogió 8.000 infantes de su ejército y 2.000 caballos del país: la infantería, parte de ella española y parte italiana, se dió al príncipe Tomás, y por compañero en la guerra á D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, y la caballería al conde de Buque, y lo demas quedó con S. A. y con el marqués de Aytona, para atender al de Orange. Iban en este pedazo de ejército mucha gente principal y soldados viejos, particularmente españoles: esperaron á la entrada del condado de Namur; aquí toparon los corredores del campo y comenzaron de escaramuzar con ellos, y como vieron tan grande ejército y tan superior en caballería é infantes, pertrechos, artillería y bagaje, pasó la palabra por todo el país y se divulgó que iba tanto contra enemigos como amigos; y así lo receló el príncipe de Orange, y dispuso la guerra á su modo, cuando vió se habia excedido de lo tratado y que el número de los soldados pasaban dos veces más de los 12.000

hombres, y tan buenos generales que él habia excluido. Porque tambien nuestra poca gente reconoció un ejército de 10.000 hombres, aunque no desmayó, y tambien la temeridad de quererse poner en defensa al opósito y en batalla con tal desigualdad de número, entróse en consejo sobre lo que se haria. El príncipe Tomás decia, que no se acometiese: contradíjolo el Pimentel, resuelto á ganarse ó perderse, segun el estado de las cosas, por el valor y la honra que ardia en su corazon; porque la retirada, si se reconoció peligro en ella, mucho más con volver á Namur y encerrarse en sus murallas con peligro de ser sitiados; y si el enemigo pasaba adelante los dejaba cortados, porque su intento ahora no era sitiar, sino correr á juntarse con el Orange y hacer tremendo número de soldados. S. A., si bien se habia puesto en Tirlemonte con la resta del ejército, que dicen no era mucha, no podia alargarse tanto ni darle la mano tan aprisa que no dejase todo lo demas expuesto al brío del holandés, que esperaba tanto de Mastriq, haciendo apariencia de juntarse con los franceses y con el mariscal de Castillon, su general: finalmente, se resolvieren á pelear y morir como valientes. A la primer arremetida de la caballería flamenca, informada de la opinion de la francesa y que pasaba de más de 5.000 caballos para 2.000, dando la primera carga, no queriendo dar vuelta á toda rienda, volvió las espaldas con su caudillo. Diferentemente murió su padre en Bohemia, y con más honra, asaltado de algunas corazas enemigas, habiendo alcanzado gloria inmortal en la batalla de Praga contra Federico, palatino del Rin, echándole de ella y restituyendo todo el reino al emperador Fernando. Destituidos los nuestros de este socorro y desamparados, sin embargo mostraron el corazon y las manos, comenzaron á pelear con los franceses y hacer daño conocido en ellos; mas el ejército era tan poderoso y tan grueso en gente, que no obstante de que los nuestros bacian el deber, el número reconoció tan excesivo, que se vió clara la dificultad; rodeáronlos, y cogidos en medio y ya sin órden, y apretados, con las espadas en las manos les daban voces que se rindiesen, y ellos, encendidos en cólera,



como leones, hiriendo, matando y recibiendo heridas, muertos ya mucha parte de ellos, decian que no querian: ofreciéronles partidos y que se diesen; dijeron se habia de capitular primero y se les habia de conceder muy ventajosa en honras y en otras circunstancias. Capitulóse, pues; cosa jamás vista, y que admiró mucho á todos los soldados viejos de Flandes, de que fuese en la campaña, y al primer ardor y con las armas en la mano.

El príncipe Tomás hizo el deber aquel dia, no queriendo retirarse una vez arrojado á pelear, sacándole por la gola de entre los caballos del enemigo que le tenian á pié y en el suelo defendiéndose; con toda la honra que pudo pasó á salvarse á Namur, que de otra suerte fuera despojo miserable del rey de Francia y de su indignacion, por no haber aprobado la Liga con su hermano el duque de Saboya en Italia, que fué la causa porque le dejó, y porque le parecia que se habia sometido bajamente al infame yugo de los franceses, admitiendo guarniciones en sus mismos pueblos. Fueron muertos de los nuestros 500, y 600 heridos; perdieron aquí la honra algunos hombres de cuenta, por haber oido que la tenian ántes; fué preso D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, los dos Maestres de campo de españoles y de italianos, Ladron y el marqués de Frondato; fué tomada la artillería, el bagaje y los papeles del secretario Galarreta con la cifra; fueron degollados del enemigo 1.500 hombres, y los presos fueron llevados á Mastriq y dados en guarda al príncipe de Orange.

Puso esta pérdida á S. A. en grande cuidado, y en suma afliccion á todo el País-Bajo; pero estaba bien clara de entender y de sentir, é hízose lo que se pudo. Envió el rey de Francia al Infante un rey de Armas, con un cartel pidiéndole la restitucion del arzobispo de Tréveris, y no le quiso tomar, y amanecieron otro dia muchos de ellos fijados en las calles de Bruselas, por mano de franceses: mandó responder á él con más agudeza y denuedo del que ellos quisieran, pero en la rota de nuestra gente y potencia grande de los enemigos, las villas abiertas estuvieron para admitir las condiciones del

manifiesto, y áun las muradas vacilaron en fe, por el grande rumor y alteracion en que cayó la corte de Bruselas, y por los bullicios que fomentaban los franseses, criados de la Reina madre, los más de ellos espías: prendiéronse dos que andaban en nuestro campo, y púsoseles perpetuo silencio. Esta rota corrió luégo por todas las tierras de los vecinos: llegó á París, y celebráronla mucho, como enseñados á vencer pocas veces. El secretario de la embajada de Holanda, en la corte de Madrid, porque el Embajador ordinario se habia ido ántes muy orgulloso y con poca vergüenza, se fué á Palacio y entró en el cuarto del conde de Olivares y le dijo le diese licencia para irse á Francia, y que el príncipe Tomás era roto: entretúvole, y respondióle que si traia aquella nueva esperase otra: parece que le adivinó el adverso fin que habian de tener franceses y holandeses, aunque tuvieron este razonable principio. Pusiéronse en París y en todas las ciudades del reino, particularmente en el confin de España, muchas luminarias porque corriese con brevedad á nuestros pueblos, la noche que llegaron las banderas de la rota de Tomás, por entretener y engañar al pueblo y dar á entender al Rey el gran logro de sus materias, y afectar proezas para los que no le eran afectos ni tienen esta guerra por justa, hallándose agravados de intolerables subsidios, defraudados de la comunicacion y el trato las provincias del comercio: tomó Richelieu aquellas banderas, y agregándose otras en número de 60 ó 70 se las hizo llevar por triunfo en una procesion pública que para esto inventó. Si todas las que les hemos tomado por espacio de doscientos años las sacáramos profanamente en actos públicos, hincheran las calles de una gran ciudad, aunque fuera como la suya ó como la de Nápoles, donde no habrá pocas: sin embargo de esto, está tan mal visto de aquellos vasallos, que no se atreve á parecer en público ni á salir de la Bastilla, y áun se teme que sus oficiales le han de poner en estado que, como el tirano de Sicilia, ha de pasar por puente levadizo á tomar el sueño á la cama.

Finalmente, el alboroto del País-Bajo era tal, y el de Bru-



selas particularmente, que no fiándose de su poca fortaleza, tomaron sus haciendas, hijos y mujeres, y se retiraron á Gante y Amberes; y esto con más agonía cuando los mercaderes católicos de Holanda escribieron á los de Bruselas, y otras plazas abiertas, que ántes de verse saqueadas y expuestas al fuego y al robo sus haciendas, se acogiesen á ellos, que los ampararian. Este aviso, que pareció ardid del enemigo, para mayor turbacion y sobresalto y ponerlos á todos en desesperacion de salvarse, no dejando por cometer ninguna maldad, despobló á Bruselas; y si bien no tomaron tan dañoso consejo, como pasarse á las tierras infieles y enemigas, se acogieron á la más pronta defensa de la patria; y para llevar las mercadurías y haciendas, un carro que ántes valía seis patacones, que son reales de á ocho, llegó á valer 200 ducados por un dia de viaje, y era menester andar á puñadas para asirle.

Convocó el Infante las fuerzas de todo el país; las villas de más nombre le socorrieron con todo lo que pidió, así de gente como de dinero y vituallas, se pusieron á su lado; y las compañías de las Bandas, porque el ejército francés fué corriendo la ribera de la Mosa, quisieron tentar á Oye, y por ser muy fuerte la dejaron pasar á la vista del Vic, no queriendo embarcarse en ella por llegar con diligencia á juntarse con el príncipe de Orange. Viéronse todos en Mastriq; mas el Orange, viendo la pujanza de los franceses, mandó cerrarles las puertas y retirar municiones y bastimentos; pasaron al Brabante, dejándose sentir ya el hambre en los franceses, que ellos sufren de mala gana, y pidiéndolos á los muy amigos sus aliados, se disculpaban que no tenian más de aquellos que forzosamente habian menester; reconociéndose de aquí alguna desunion y poca conformidad en todos, con que no arribarian sus designios á empresa considerable, como se entendió. Acampóse el Infante con todo su grueso en Tirlemonte, para estorbar, si le era posible, el paso de los enemigos; hizo sobre el Ner algunas fortificaciones por ver si con la dificultad del rio podia obrar alguna diversion; pero luégo se descubrió con toda su caballería é infantería, ordenado y puesto en batalla, y sin em-



bargo de hacer junta allí, su designio era, tomando diferente derrota, ponerse entre Bruselas y Lovaina, y como villas abiertas y de flaca muralla ponerlas al fuego y al saco. Pero el de Orange, cuanto estaba vigilante á ofender y dañarnos, lo estaba tambien al discurrir de los franceses; queria verlos deshacer y deshacernos con ellos, y quedar él sólo y entero para hacerse señor de todo, porque ya no los quisiera ver tan cerca y de tanto número, porque su amistad es fácil de corromperse con la ambicion de la codicia, y tanto quiere suprimir al aliado como al enemigo, y sorprenderlos juntos: querian, pues, los dos ejércitos ponerse entre Lovaina y Bruselas para cortar al Infante en Tirlomonte, quitarle los víveres y el socorro si habia alguno, y que no lo pudiese hacer á ninguna de sus villas sin venir á batalla con ellos, que por superiores la procuraban.

Sabida por el Infante esta deliberacion, dejó gente en Tirlemonte, y por cabo á D. Manuel de los Arcos para que hiciese todo lo posible en defenderla, y que si no pudiese hiciera la rendicion con honradas condiciones. Con esta deliberacion del enemigo corrió el Infante á poner su ejército delante de Lovaina en puestos aventajados; fortificó sus cuarteles por una y otra parte, con que se aseguró y vino á estar en puesto superior al enemigo, en caso que le quisiese acometer. Viendo estos que el Infante habia ocurrido con prontitud, y que les habia embarazado la acometida de Lovaina, retrocedieron á Tirlemonte, cuyo Gobernador, enterado ya de tan grandes fuerzas y de lo frágil de la plaza, muralla delgada y sin otros reparos, miéntras capitulaba á una puerta con los cabos del príncipe de Orange, entraron los franceses por otra mostrando al primer paso su infidelidad y la vilísima correspondencia de su trato. No se hubieron bien apoderado de ella, cuando se entregaron, como ladrones y tiranos sedientos de codicia, al saco y á la rapiña, ejecutándo demás de esto todo género de deshonestidad y homicidio; perdieron el respeto á Dios, á sus templos é imágenes; como buenos hugonotes, profanaron los altares, los vasos y ornamentos sagrados; metian de dos en



dos á los frailes en las picas; á las monjas, despues de forzadas, diciéndoles ántes con inmensas lágrimas «mira que soy esposa de Jesucrirto,» sin embargo del sacrilegio, las quemaban vivas, y otras las llevaban atadas á las colas de los caballos; y fueron enormísimos incendiarios. De los templos sacaron la sacrosanta Custodia del Santísimo Sacramento, y aquel altísimo Pan, donde está el verdadero Cuerpo de Nuestro Redentor, que tanto veneran los ángeles y que tantos millares de santos, iluminados por el Espíritu Santo, han escrito innumerables tomos sobre la inmensa Majestad de su amor y misericordia, y que hizo á Santo Tomás y á San Buenaventura, sin saber el uno del otro, concordar en un mismo himno y canto; aquel pan de vida, aquel blanco donde aciertan las almas fieles para subir y volar al trono de zafir á recibir las palmas y las estolas para cantar alabanzas al Cordero, á aquel alimento de predestinados; aquel á quien están incensando incansablemente las coronas de los Reyes, y le llaman Santo repetidamente, á aquel que dejó la subcesion de esta obra en Pedro y de éste en los demas Vicarios apostólicos, y á aquel, asunto de su mayor reverencia y oficio, aquel por quien debe armar á su Capitan general y á los demas Príncipes católicos, por su exhaltacion y reverencia, para debelar los agresores de su potestad; á éste, pues, abriendo las custodias y sacando las formas que tenian, las echaron en los sombreros y las dieron á comer á los caballos. Este sacrilegio tan horrendo, cometido por la barbaridad de estos impíos, sin luz, sin fe, más atentos á la vida bestial que á la inmortalidad del espíritu, los más de ellos, como dije, ó todos, hugonotes, calvinistas y luteranos, esparcidos por los Países-Bajos; semejantes atrevimientos irritaron los ánimos de los mejores Magistrados y Gobernadores, de los cabos y caudillos, de los soldados, de los religiosos y de todo hombre secular y eclesiástico, y juraron la satisfaccion y la enmienda. El cielo se estremeció y gimieron los ejes polares, y pronunció el castigo, porque desde aquella hora, aunque apuestos en la materia política y militar, horrendos y formidables, superiores en soberanía y en gente,



comenzaron á devanear, á perder la prudencia y el estilo de soldados, la doctrina y los preceptos del arte marcial, acometidos por nuestra gente y por enfermedad de pestilencia como los soldados de Senaquerib, abatidos del nefando sacrilegio, comenzaron á rendir las vidas y los cuellos infames á la pólvora y á las espadas católicas, y al agudo incentivo del hambre, por el príncipe de Orange; y áun hay quien dice, que aunque hereje, le desagradó el hecho, el modo de guerrear y la desatencion á los tratados; que de allí adelante limitó la union y los intentos de perseguir con ellos al Infante, á quien desazonó el caso y desabrieron los delitos cometidos contra Dios y sus iglesias, como hijo legítimo de padres tan fieles y reverentes al sacrosanto misterio de la Eucaristía, enviándole á decir «que cómo se extragaban los artículos y tratados de la entrega de las plazas y de los buenos usos militares?» Respondió disculpándose, que en caso de tanta rotura no se habia podido ir á la mano de los soldados.

Alteró sin duda este suceso los mayores espíritus de Alemania y de Italia, y aquella tiara que se erigió para la reverencia y el culto de este inefable misterio, y que por su desgracia se habia de volver celada la tiara, y á todos aquellos Príncipes, vestidos de la sangre del Cordero y señalados con esta marca, los habia de armar; y convocados así todos los estados de la Iglesia y cuantos defensores de este instituto se contienen en la Europa y en el orbe cristiano, los habia de acaudillar contra este enemigo devorador de sus tesoros, obstáculo de la religion: no le habia de llamar hijo, ni consentir que le llamase padre. Pero cuanto quiera que los católicos sintieron este atrevimiento, y en España se instituyeron fiestas á la veneracion y desagravio del Santísimo Sacramento, no oí decir que en la Silla de San Pedro se hiciese novedad ninguna, algun sentimiento, alguna protesta, amenaza ó socorro de gente y de dineros en apoyo de las cabezas de la religion católica; ántes vivian sin sobresalto los herejes que habian hecho pié á sus contornos contra aquellos fieles que aclamaron al Rey católico D. Felipe III para

que los amparase contra grisones, enemigos de la Iglesia.

Avisó al Rey el Infante de este caso, que le hizo mudar color; no el riesgo en que veia á su hermano, ni la pérdida del País-Bajo, sino el desacato que se hizo al Creador universal de cielo y tierrra: creyó el Infante correria fortuna, y que se perderia la tierra, y él roto ó deshecho totalmente, y le esperaba en Inglaterra ó en España. El estado de las cosas lo prometia, y él dijo, cuando vió los efectos diferentes, que habia obrado en su casa el fortísimo brazo de Dios, y que lo habia visto de arte y con tantos enemigos, que lo creyó y lo tuvo por hecho.

Ocurrióse á Alemania por socorro, que luégo se aprestó de infantería y caballería; con que marchaba Picolomini, cuyo fin se pretendió corromper con dádivas secretas, inteligencias insigniadas por los franceses al príncipe de Orange para hacerle estar más pronto á su ayuda. Estaba todo el país admirado y como atento de la detestable maldad de Tirlemonte, perpetrada por aquellos, injuria y horror de las santas y canónicas leyes; y á este paso y por esta causa blasfemaban de sus manifiestos, promesas y proposiciones, teniéndolas por falsas y supersticiosas, y que para engañar é introducir sublevaciones sobre la comun tranquilidad de los pueblos, se atreviesen á publicar y mentir que las provincias (palabras son de su manifiesto) quedaran juntas y unidas en un cuerpo de estado libre, con todos los derechos de soberanía, sin que se les pueda hacer alguna mudanza en lo que toca á la religion católica romana, que será conservada en las dichas provincias en el mismo estado que ella está al presente; prometiendo para este efecto ampararla y defenderla, pendiente el curso de la presente guerra, en todos los tratados de la paz, y otros que podrán hacer despues para conservarla en su entero ser con las mismas franquezas, autoridades, derechos, libertades que gozan al presente los Prelados eclesiásticos ó juntos en un cuerpo, ó comunidades ó particulares. Como se promete esto y se comete aquello, era lo que hacia vacilar á los hombres; y si estos tales con máscara de religion la querian, y otros artifi-



cios ¿cómo la pretendian extinguir y acabar? Dijéronnos, ó nos engañaron, que se habian hecho algunos castigos sobre los delincuentes, y fué falso, porque despues, consiguientemente, sin descender á la enmienda, se cometieron en Italia estas mismas cosas. Pero ¿cómo se atreven á llamarse defensores de la fe católica, y que conservarán la misma religion los que ultrajan y hacen sagrario de Jesucristo los vientres de las bestias? Vista, pues, esta maldad, y sentida como era justo por todos los varones del país, entraron en tan general aborrecimiento con los franceses, que todas las villas grandes y las más pequeñas se fortificaron, resolvieron de defenderse y ofender á la maldad y á los agresores, y arrojar con las armas tan infame canalla, y que no quedase rastro de ella en todo el país.

Conseguido esto, y aún no satisfecha su indignacion, se alojaron entre Tirlemonte y Lovaina, á una hora de camino de nuestro ejército, y en esta forma se suspendieron por espacio de quince dias, reconociéndose por particular privilegio de la Providencia divina, concedido al País-Bajo, que ya sus maldades los haria desatinar en todo; perdieron el calor de guerra y no vieron más faccion que dar vista con su caballería al ejército católico; hiciéronlos arredrar con la artillería, estando nuestros capitanes algunos indefensos con la superioridad de fuerzas tan grandes, y con cuidado de alguna novedad en las mejores villas. Este dia se salió de cuidado, y el enemigo dió en recatarse de allí adelante de nuestros caudillos, y despues de la resolucion de no salir á dar batalla, portándose como experto de medroso y cobarde, á 20 de Junio se movió de Lovaina y pasó á Bruselas; mas el Infante y los de su consejo no se persuadieron que habian de esguazar una ribera y que con poca gente se les podia hacer mucho daño. Esta confianza vino despues á parecer descuido nuestro; mas cuando se vió que la pasaban, y se quiso poner remedio en el tránsito, no fué posible, y se llegó escaramuzando á la vista y á las murallas de Bruselas. Fué notable el sobresalto de aquella villa y corte, la confusion y revuelta de los mercaderes y de otras gentes, porque los



mejores salieron á defenderla y se pusieron al lado de S. A. que á toda prisa, dejando en Lovaina á Grovendon con 1.000 soldados, con la resta del ejército corrió volando á Bruselas á defenderla y ampararla, y morir dentro de ella como dicen que, como verdadero soldado austriaco, se lo oyeron decir.

Entró con el marqués de Aytona soldados y algunas cabezas del pequeño ejército, sus criados y gente noble de la tierra, y sosegó la villa, y quietóla y confirmó en la constancia y en el ánimo los pusilánimes y naturales. Embarazado, pues, el intento de los enemigos con la pronta resolucion de S. A., sin embargo, hecho un insolente con la fortuna de sus principios, víspera de San Juan, por la mañana, hicieron frente con todo su grueso, aunque ya no tal, á Bruselas, para espantarla y que con su flaqueza desmayase ésta y las demas villas; pero las murallas y fortalezas estaban intrépidas á todo artificio y embate de enemigo y con ánimo de oponerse de verdadero corazon á la defensa, por su patria, religion y Rey, y á no dejarse hollar del barbarismo francés. Echó delante su caballería, y con la infantería en sus puestos, para que con más seguridad marchase la artillería y el bagaje, se trabó con nuestra gente la escaramuza, habiendo de ambas partes número considerable de muertos, heridos y prisioneros; pero no hombres de cuenta. Hablábase váriamente entre la gente del ejército católico del intento del enemigo, si no se revolviese á chocar con Bruselas: quién decia que iria á acometer á Malinas, pero esto no daba cuidado por estar reforzada de 3.000 soldados á cargo del marqués de Leide, que estaba dentro, soldado, entre las experiencias militares, maravilloso. Reconocíanla con los reparos de unas exclusas impugnables, porque en levantándolas eran inundadas más de las tres partes de la villa, dejando otras que, en fortificaciones y defensas, eran considerables; mas entendido bien el designio del enemigo, verdaderamente no fué echarse sobre la plaza por no poder allí el ejército poner en duda su conservacion, sino con ostentacion ruidosa de gente; y el holandés, armado y en manifiesto, ver si podia levantar las provincias, y que las villas y plazas se le entrega-



sen. Pero todo el pensamiento fué vano; estuvo el francés todo aquel dia y la noche á vista de Bruselas, púsose en ella el cobro que se pudo, y el Infante y el marqués de Aytona sin quitarse de la muralla, rondando su circunferencia y toda la parte de Palacio, acompañados de mucha nobleza, haciendo de potencia cuanto se pudo. Cedió el enemigo, sin hacer presa en Bruselas, por el cuidado, vigilancia y prontitud de S. A., y valor de aquella poca gente, cabos y soldados; pero ya queria arrojarse y tomar algo para llevar adelante la esperanza de París y de los interesados, ó sea que, para la empresa de Lovaina y por estar más abierta, habia hecho aquella junta y encaminar mejor su artillería y bagaje para obrar con ella con más desembarazo y sin remision, ó que quiso divertir y desalojarle de allí. Recayó otra vez sobre Lovaina, plantó sus baterías, con que á toda furia batia las casas. Daba prisa S. A. al rey de Hungría, Fernando, hiciese llegar el socorro para poder obrar con los enemigos; y el Rey le respondió, que habia tenido una carta suya en que le decia se fuese despacio, que cuando no llegase tan presto ó se tardase veinte dias no importaba nada, y que para certeza de la misma verdad le enviaba la carta. Esta llegó volando á S. A., y viéndola y puesta en ella su firma, se espantó: hízola reconocer á D. Martin de Aspe, su Secretario de Estado, y él dijo no la habia enviado ni escrito: entró en sospecha con el oficial referido en lo de la Filipina; mostrósela, amenazóle y confesó que él la habia anotado y contrahecho la firma por gran cantidad de escudos que el príncipe de Orange le habia dado, con que era dueño del secreto y los designios, y de cuanto se trataba en el Consejo y en el campo de S. A., que no aborrecia tanto el Orange la invasion de los franceses que no buscase los medios de su comodidad propia para obrar cuando se le viniese á las manos la casion, que era quedar superior á todos: con que el oficial, atado á cuatro caballos, fué hecho pedazos, y se redimió el secreto de la vejacion de los enemigos. El socorro de Alemania, guiado por el gran Mariscal de campo Picolomini, marchó con toda presteza á largas jornadas; hiciéronse en Lovaina todas las fortifica-



ciones y defensas que se pudieron: batianla réciamente los franceses, por ocupar puesto considerable en el corazon del País-Bajo y arraigarse en su terreno ántes de la venida del socorro, que le habia de ser contrario á sus empresas; y el de Orange se estaba todavía quedo, arrepentido del compañero que habia admitido á sus victorias, siempre dificultándole á emprender, guardándose su partido, y á deshacerle con la hambre, si traia otro intento, retirándole cuanto le era necesario. Pedianselos de parte de los mariscales de Chatillon y de Brese, y aunque le ponian delante diversas facciones, no salia á ninguna, y para todas procedia lentamente y con tibieza en los progresos de la guerra, y seguia las artes contrarias á cuanto discurrian, porque todos llegaran á entender y temer, que si una vez enseñoreaban los países obedientes se alzarian con todo, y no darian parte en las ganancias á los que ellos hacian sus amigos por entónces, ni cumplirian nada de lo capitulado, ántes ascenderian á la coadyuvacion de los rebeldes, y se acabaria la confederacion intentada por espacio de sesenta años. Y siendo fácil de conseguir, porque entónces seria forzoso que esperase aquel socorro, y ser necesario por la mudanza del Gobierno y fortuna, buscarle en las fuerzas del Rey católico por sacudir el yugo y las coyundas de una opresion vergonzosísima y un señorío sumamente grave y pesado.

Por todas estas razones y congruencias, batia, como dije, á toda furia el francés á Lovaina; y el Orange eligió puesto más retirado, y no arbitrando en las baterías más importantes á la brevedad de la entrada de la plaza, se divirtió en encaminar una mina, pues no siendo Lovaina de muralla fuerte ni razonable, pareció vano su trabajo, hasta que aquellos paisanos y soldados, viéndose rodeados de tantos franceses, se opusieron gallardamente con su cabo, Grovendon, á la defensa. Tomaron todos armas, y los estudiantes, que asistian á los colegios y estudios, y los frailes, à su mismo ejemplo, revestidos de ánimos seglares y de los suyos propios, que en en estos casos suelen ser necesarios, digo, temerarios de valientes, y si los habian de ensartar en las picas, querian más áun coserlos



con ellas y tomarlas para su defensa y enmienda de sacrilegios y tiranías, acudieron á las fortificaciones, que importaron; y siendo la villa incapaz de tanta invasion, la resistencia fatal, que no les ganaron palmo de tierra, hicieron salidas de reputacion, y con la artillería mataron 1.800 hombres, rindieron y fueron presos mas de 1.000, sin otro número que en diversas ocasiones habian destrozado escaramuzando con ellos; de suerte que á este paso y á toda furia el acero católico iba debelando. Llegó Picolomini con el socorro de 8.000 caballos, y echando delante 2.000 crovatos con sus cimitarras, hirieron en ellos réciamente, echando por el suelo la loca vanidad de los franceses. Los estudiantes, limpios los morriones y las mallas y afiladas las espadas, como suelen en la oposicion de sus cátedras, apellidados unos con otros, salieron contra los enemigos, unidos todos por una misma causa, una religion y un Príncipe; y armados, como dije, imitaron á los crovatos, y cerraron con los franceses haciendo en ellos gravísimo extrago: tienen casi todo el contorno de Lovaina bañado en sangre y cubierto de cuerpos destrozados. Pidió Grovendon á S. A. que le enviase pólvora, y metióla D. Pedro del Villamar con 300 caballos á la grupa; sin embargo, los franceses la pusieron fuego por cuatro partes, á que acudieron los cabos de mayor consideracion y le apagaron, atendiendo á una parte el príncipe Tomás, y á la otra el marqués de Aytona: finalmente, el socorro de Alemania, los soldados del país, la gente de la villa y los estudiantes, se dieron tan buena maña, que echaron de allí á los franceses; y rotos y desbaratados comenzaron á desbandarse por el país; y los villanos, advertidos del caso, salieron en tropas de los villajes, asieron de las armas y anduvieron á caza de franceses: á cuál quitaban la vida y á cuál las narices y las orejas; de esto hubo tanto, que fué cosa notable. Desmayaron los caudillos y los enemigos; y el rey de Francia y el Richelieu, que por ahora esperaban el miserable despojo de aquellos pueblos, viendo no les llegaba faccion de importancia y que no arribaban al fin pretendido sus pensamientos, ni sus capitanes, rasgaban sus entrañas de dolor. Resolvió el Infante y los demas

cabos, con la rota de los franceses componer su ejército y hacer rostro á una parte y á otra; y el príncipe de Orange, que se veia ya con ejército, procuró recogerse á Dieste, y aconsejó á los mariscales de Francia que hiciesen lo mismo, porque él, que ántes era inferior, ya se reconocia con fuerzas superiores, por la voluntad del cielo que castigó los hechos de Tirlemonte; ellos le replicaron soberbios y precipitados, cargándole la culpa del mal efecto de la guerra y del destrozo de su ejército.

Contendieron en esta digresion y porfía algunos dias, y discurriendo cuán torcida iba la fortuna de sus progresos, la gente que habian perdido, la habian dagollado, y que la que habia quedado, desconfiando de arribar á efecto considerable, se les iba cada dia, así caballos como infantes, que otros habian sido presos y otros muertos de hambre y de peste; que no habian podido salir con una plaza que fuera fuerte y que sus máquinas habian salido vanas é infructuosas; que el Infante se hallaba aumentado de muchas y nuevas gentes, soldados veteranos y alentados con deseo de restituir el País-Bajo al desahogo que ántes tenia, y que ya era ninguna la esperanza de los sucesos y empresas; que el estado de las cosas presentes habia llegado á tal punto, que cada cosa y la menor de ellas pedia atencion y portarse con prudencia; y, finalmente, que viendo al Orange más neutral que aliado, y que el quedar solos èra arriesgarse de todo punto, y que ya se hallaban tales que todos habian menester el calor de los unos para con los otros, entraron en apetecer la retirada, y ceder de la hinchazon y vanidad de sus manifiestos, no habiendo ganado ni tierra ni fortificacion, y perdidos el bagaje, artillería y convoyes, retiráronse los pocos que quedaron: fué el Infante en su seguimiento, y entre Venló y Vert hasta las murallas de Mastriq los fué acabando, tomándoles 20 piezas de artillería, y entre banderas y cornetas al pié de 200; imitando en estos fines á los otros ejércitos que en las eras pasadas fueron echados del reino de Nápoles, de la Lombardía, Navarra, Cantábria y Rosellon. La mengua y la congoja eran ya el fruto de esta jornada,



y su mayor trofeo la falta de honra y de reputacion en que todo el país obediente y rebelde los veia fracasar. Esta infamia corria ya por las tierras forasteras y confinantes, en Alemania y en toda aquella parte donde es venerado el culto de la religion, fué gloriosa la narracion de su pérdida y destrozo, como de confusion y pena para todo el resto de los ejércitos enteros de los herejes coligados, y en pueblos y provincias de la Francia y en París, corte de aquel reino, se hacian lastimosas endechas y llantos sobre lo sucedido. El Richelieu se encerró en la Bastilla sin osar salir ni parecer: los mercaderes y naturales blasfemaban de sus materias, viéndose cargados de tributos y metidas al malogro sus contrataciones, siendo defraudados en sus caudales y aumentos, con no más fin que una sedicion tirana y ambiciosa. Ahora podrás, infame motor de sacrilegios, deponer de la vana ostentacion de tus banderas y llorarlas sobre las que te han ultrajado, así en este encuentro como en los pasados, y responderte á tu fraudulento manifiesto que no seas agresor de la pureza de la verdad, y por una rota moderada te ensoberbezcas, sabiendo que los trances de la guerra son dudosos, y los fines como lo ha sido éste; ni vituperes nuestras retiradas, que es injuriar las tuyas.

Inglaterra admiró la siempre y gloriosa fortuna de nuestras en armas: Italia, cuando estaba insidiada de franceses, potentados ingratos á los muchos y muy largos beneficios recibidos de nuestros Católicos Reyes, se extremecieron y turbaron en sus mismos intentos y designios y en la alianza contraida con el vencido: España levantó la cabeza, porque no se vió desposeida y deshonerada de aquella joya que tantos españoles y millones de oro y plata le ha costado, que fuera grande horror malograr cuidado tan propio de nuestros Príncipes y Ministros, que tanto han procurado hacer allí fecunda la religion y la fidelidad.

En Alemania (porque vamos siguiendo el curso de nuestros buenes servicios), habia roto Galaso á Beimar y metídole huyendo por la Francia, sin gente ni reputacion, como otras muchas veces se habia ejecutado sobre este infelice; venian



cartas de alegría que aquellos pueblos traian de la retirada de los enemigos del País-Bajo, y como Ulma, Remincuentas y Francaforte se habian rendido con condiciones gloriosas á las armas del César y otras ciudades libres; que los presidios de los castillos de Hildeberg y de Delspen, salian tambien debajo de pactos y conciertos, con que, y estar en poder de los imperiales Spira y Bormes, quedaba más franco y sin dificultad el paso por el Rin, y superiores las armas y los ejércitos á todos los protestantes de la Liga y á los franceses.

Recobráronse en Flandes las villas que habian tomado los enemigos: el duque de Lerma, con gente que llevó para esto, al primer golpe de cañon los echó de Tirlemonte y salieron tambien de Arescot y Dist; quién dice que murieron 10.000 franceses sobre Lovaina y que entraban por la Francia muchos de ellos sin orejas y sin narices, y que de esta manera los enviaban los villanos porque viesen la presa rica y los despojos que llevaban del País-Bajo y del Brabante, á quien ellos decian que iban á conquistar: y ésta fué la cerveza que codiciaron beber en Lovaina, por ser la más escogida de aquella parte.

En Paris andaban muchos señalados en el rostro, más de los que quisiera el Richelieu: bramaban el rey de Francia y aquel Parlamento de ver afrentada su milicia, y echaron bandos que todos los nobles se alistasen para volver á la guerra, reservando solos los primogénitos de las casas y familias. Un villano vino á pedir á S. A. le hiciese merced y le gratificase lo que en aquella ocasion le habia servido, y alegando que en diferentes veces habia muerto trece franceses, pidiéndole el testimonio y la verdad del hecho, ó con qué lo aseguraria ó qué informacion tenia de ello, sacó una sarta de orejas de la faltriquera, y dijo: «esta es parte de la informacion de mi demanda.» Cosa que causó grande gusto á S. A. y á los circunstantes, que no pudieron contenerse de la risa, y mandóle pagar la curiosidad y el trabajo: 1.500 caballeros aventureros que vinieron en el ejército con grande ostentacion de bizarría y galas, muy pocos ó ningunos volvieron á sus casas, y queriendo 500 de ellos, como es de costumbre, pasado aquel primer ardor

tornar á la Francia, ó gastado el dinero ó el ánimo, y hacer su tránsito por el Ducado de Luxemburg; haciendo esta rota, Mos de la Moteria los siguió y alcanzó y les dió tal mano que de todos 500 sólo escaparon 13, y llevaron la respuesta del manifiesto de su prediccion y de su ruina á la Francia: finalmente, el Príncipe de..... y los mariscales de Chatillon y de Bresa vinieron á prorrumpir al fin de esta guerra con palabras muy pesadas, injuriándose los unos á los otros. Los holandeses los culpaban, diciendo era temeridad lo que habian intentado y que no habian sabido gobernarse; ellos á los holandeses de no haberlos ayudado, y quitádoles los bastimentos; y en esta forma, por las vías que pudieron, y en bajeles, revolvieron á Francia sin despedirse los unos de los otros. Fué notable el contento que el Rey Católico tuvo de este suceso, y aquella corte y vasallos, porque le tuvo en tanto cuidado el pensar que podia perder á su hermano y aquellas provincias, que pocas cosas en la vida le tuvieron más suspenso: fué á dar gracias á Dios á Nuestra Señora de Atocha, con que la tristeza pasada se convirtió en alegría.

Este es el fin que tuvo aquel ejército, guiado de un manifiesto insolente para sublevar el País-Bajo, con color de la libertad del arzobispo de Tréveris; pretexto vano y sin fundamento, que juntado con el otro creyó poner por allí en balanza el Estado y mejorarse en lo que no habia podido conseguir en Alemania, que era abrir puerto á nuevas fortunas y embarazar al Rey Católico y quitar que aquellas fuerzas no se juntasen jamás con las imperiales; y que, al contrario de como él lo declaró en su manifiesto, se encaminaba ántes á meter la guerra en nuestras provincias que esperarla en las suyas, que ya nos portaríamos de arte, que más aún recibiéramos sus ofensas que se las procurásemos, siendo el gasto mismo. Solamente se podia obrar esto con marchar un poco ántes; pero cuanto queria el infante D. Fernando, aunque se vió falto de fuerzas y los holandeses más sobrados de codicia que de prudencia, creyendo que todo el cuidado cargaba ya sobre nuestra gente, y que nos veíamos embarazados de dos tan po-



derosos enemigos, apartándose incauto y no parando el juicio en otro fin que en hacer grande ostentacion de gente, queriendo igualarse con los franceses, sacó las guarniciones de las fronteras y de las plazas fuertes; y los que asistian en las nuestras por particular providencia de S. A., no peligrando, como avisados en este vacío, no sólo atendieron á la conservacion de ellas por la dañada intencion de los insidiadores, pero áun las echaron y tuvieron cuenta con las suyas; pasó á la sombra del orgullo reciente de sus máquinas y del embarazo en que se habian metido, un coaligado con otro se las espiraron, porque los holandeses como los demas Príncipes protestantes de Alemania, provincias y ciudades libres probasen la ruin correspondencia de los franceses, la vanidad de sus ofertas, y como con paliados artificios y lisonjas los meten en la lid y luégo los dejan; pretexto que por haberle seguido muchos, engañados de sus promesas, los tienen hoy en suma necesidad y ruina.

Guillermo de Nasau, primo hermano del príncipe de Orange, creyendo que todos los espíritus más principales de la milicia, como Gobernadores y Capitanes, atendian no sin particular cuidado al fin que habian de tener tantas armas en el País-Bajo, salió de Hemeric, lugar vecino al fuerte del Esquenque, para Nimega, á los 24 de Julio de este año, en cuyo lugar estuvo algunos dias; y á esta causa, por órden del príncipe de Orange, sacó la guarnicion de aquel fuerte y otros presidios para juntarla con el grueso y tener siempre en pié ejército formidable, atendiendo al de S. A. Real. Era Gobernador del fuerte Mônsieur Valtero; su fábrica notable y de suma importancia para Holanda; fundóle en 1589 el capitan Martin Esquenque, de quien tomó el nombre, y está situado en la cabeza de Batabia, isla que baña el Rin y el Vaal por ambos costados. El conde de Enden, gobernador de Güeldres, despues de la fuga del conde Enrique de Vergas á Holanda, atentó al estado que tenia el Esquenque, á su falta de guarnicion y descuido en el Gobernador y soldados, y creyendo que seria fácil hacerles gemir los alientos del mes pasado, escogió los mejores soldados que tenia, y armándolos y dándoselos al coro-



nel Anolt, Lugarteniente de su regimiento, le encargó la empresa, la vigilancia, la prontitud y el salir con ella: quién, dice que llevó 500 hombres y cuál de las otras relaciones que 1.500 y que se hicieron tres cuerpos ó tropas, cada una de á 500 hombres. (No es fácil muchas veces el ajustar estos papeles, por la grande disparidad de los que escriben, y áun los que se hallaron al hecho, no concuerdan en una misma cosa, porque como son diferentes los sujetos, lo son tambien sus narraciones; de cada cosa vamos sacando lo que nos parece más verdadero, y á eso nos arrimamos, no siendo posible dar más.) Llevó el Coronel todas las municiones, pertrechos y vituallas necesarias (parte de esta gente dicen eran españoles y parte flamencos), marchó la noche del viérnes, que se contaban 27 de Julio, divididos en diferentes caminos, señalándose para juntarse el bosque de Cleves á una hora; y despues de media noche se fueron todos encaminando al Rin para echar las barcas al agua, que llevaban sobre carros, tomando para agregar á las suyas las que les parecieron á propósito de los pescadores de Grit Husen. En esta manera, todos embarcados ó parte de ellos, porque los démas habian de acometer por tierra, cubiertos del silencio y obscuridad de la noche, revestidos de ánimos valerosos, con las armas en las manos, tremolando el azote del cielo, sin dificultad que se les pusiese delante, pasaron el Rin, llegaron al fuerte, metido todo él y su gente en descuido, y echando alguna gente hácia el puente, se tocó por ardid una arma falsa; y cargando allí los enemigos, que apénas pasaban de 200, los restantes de los nuestros, viendo que habia surtido á sazon el engaño, repartidos en tres partes dieron con grande ánimo y valor á un mismo tiempo el asalto, subiendo los primeros al muro el lugarteniente Langorstt, capitan de los soldados de mar, Juan Mularet y Juan de Cheus; fué rebatido este último dos veces, que los defensores y el Cabo de la plaza peleaban desnudos; pero el Cheus acometió con más osadía la tercera vez, de suerte que tomó posesion de la muralla, y siendo ayudado de los compañeros, todos ya dentro del fuerte, hicieron pedazos á los enemigos,

apoderándose de cuanto habia dentro, asolando y destruyendo á todo hombre, y reservando sólo las mujeres y los niños, los panaderos y los que hacian la virra. Rindió la vida el Gobernador al golpe de una bala, despues de haber durado una hora el combate; perdiéronse en la empresa 20 españoles, y entre estos dos Lugartenientes y un Alférez con muchos heridos; reconoció luégo Anolt la plaza; enseñoreóse de sus municiones, artificios militares y vituallas, de los dos molinos de viento y de caballo, y pusiéronse ocho de brazo; y halláronse 40 piezas de artillería, 12.000 sacos de trigo, 4.000 barriles de pólvora, 4.000 granadas y no mala cantidad de dinero. El suceso de esta empresa pasó volando al campo católico, sus provincias y pueblos, al del enemigo y á ambas Holandas.

El príncipe de Orange, sobresaltado de repente de pérdida tan notable, estuvo para quedar sin seso, y dijo: «hemos perdido en una hora más que hemos ganado en muchos años:» y refieren que estando comiendo, arrojó la mesa. Los Magistrados y Gobernadores preguntaban cómo habia sido aquel descuido, y que se habia perdido el recato y la atencion á una fuerza que era la llave y la trinchea de la seguridad y el reposo de los súbditos y los Estados; y él se disculpaba con Guillermo de Nasau, su primo. El Guillermo, por cuya cuenta corria, no acababa de lamentarse de tan fatal suceso: parte de los Alemanes se alegraron, y aquellos que eran fieles á su señor; los protestantes y franceses, que ya son una misma cosa, partian sus corazones de dolor porque despues de tan gran tormenta habia dado Dios una bonanza y un suceso tan próspero al Infante, y un puesto y plaza tal y tan adentro del corazon de los enemigos, y tan expugnable á todos los movimientos que los habia de arrastrar y traer á la melena, si se hubiera sabido conservar. Dió gracias á Dios S. A. por la fortuna de la empresa, y los mayores caudillos del ejército lo hicieron, refiriendo cuán dichoso habia sido aquel dia que habia abierto puerta á las tierras del enemigo para domarle.

Dióse cuenta al Rey Católico y á sus Ministros, y fué tan extremado su contento, cuanto con tanta brevedad se les sacó



de una gran pena á una grande alegría. Socorrió luégo S. A. al fuerte, porque el enemigo sacaba todo su grueso para recobrarle: adelantóse el duque de Lerma con un trozo de ejército, echó puente en el Rin, y metiendo dentro 1.000 españoles y 600 italianos, y él se resolvió al opósito, fortificándose de esta parte del rio, á la frente de la plaza para darle la mano, cosa que, como se esperaba, se habia de ver apretada, y frustrar los intentos de los dos primeros que ardian por restaurarla, habiendo puesto la patria en gran conflicto, como todos se lo decian y culpaban sus naturales. La importancia de ella, ya la habemos dicho; su situacion en la Batabia, isla de veintidos leguas de largo y cinco de ancho, rica, fértil y abundante de lo necesario, inundada por ambas márgenes del Rin, si bien la izquierda, prosiguiendo con su corriente al mar, tomando nombre de Vaal, enseñorea toda la campaña de Cleves: su forma es cuadrada; por una parte, de un ángulo á otro la ciñe una punta de diamante, y de aquella pasa á otra, todas rodeadas de artillería que las hacen espantosas y formidables á toda invasion, si con descuido no se pone á pique de ser entrada, como ahora lo hemos visto: tiene á Hemeric por un lado, y sin estos, á los cuatro ángulos saca otras cuatro puntas que, estrechándose cada una, saca otras pequeñas con su proporcion al puesto de las dos puntas; está un puente sobre el Rin, del cual se pasa á otra punta, y de ésta sobre otro puente de barcas á un puertezuelo ó castillo que hace tributar á todas las barcas y pescadores que quieren hacer entrada por el rio á la pesca; á los otros dos puertos hay otras dos puntas más pequeñas, en la una está un molino de viento, que por éste y por otro se dió el asalto; y fué de tanta importancia el haberle ocupado, que quedaron muchos fuertes y lugares de holandeses cerrados, como Besel, principal villa y de calidad en aquel contorno, que nos tomaron los años pasados cuando Enrique de Bergas, traidor á la Majestad Católica, pasó á la Belba, consumiendo un ejército sin hacer nada, y expuesta ésta á ser entrada y sojuzgada toda la batería; terrenos fértiles y abundosos para mantener ejércitos



cuando los años venideros los lleve por allí, colmados de progresos y fortunas, la reputacion generosa de nuestro Gobernador y nuestro Capitan; está expuesta á ser subpresa Venoló, Rorremunda, Rimberg, Mastriq y otras innumerables plazas grandes y pequeñas y de mediano séquito.

Marchó S. A. hácia ella, dejando en el confin de los países que miran á la Francia, número considerable de soldados para su defensa, á cargo de Balanzon; sin embargo de que ya no habia quedado allí ningun recelo, ántes se habia entrado el miedo en tierra de picardos por las ofensas cometidas, acrecentamientos de nuestras armas y victorias, y áun en toda la Francia por la invasion que se esperaba del rey de Hungría y Galaso; pero no obstante enviaban sus generales, digo sus gentes, al mariscal de La Forza, al cardenal de la Baleta, que los conducia para resistirlos y que los pueblos usurpados por él perseverasen y se mantuviesen firmes en la proteccion y durase la tiranía.

Digo que marchó S. A. hácia el Esquenque con una parte del ejército, y en el paso tomó á Estralen, Caun, Embarch, Usden, Goozó, Grietusen, Combert y Clavent; y por otra parte, con otro trozo de ejército, se ocuparon los lugares de Bolchlt, y Hemeric. A la llegada de S. A. dió órden se fabricase un puente de barcas sobre el Rin y se asegurase con un fuerte, para facilitar los socorros de gente, municiones y vituallas. Con esta comodidad, y ocurrencia de los soldados del ejército y los demas que estaban al contorno del Esquenque, se entraban por la Batabia y la Belba, haciendo presas y correrias, llegando hasta Utrecht, teniéndolos en el Aya y en Amsterdam; pero esto tendrá su dia: mandó S. A. socorrer á la viuda del Gobernador muerto y á las demas de los soldados, con 100 escudos á aquélla y con ocho doblas á las demas, dándolas licencia, escolta y bagaje para su jornada; enseñando con esto cómo se ha de tratar á los vencidos, y dando leccion á los tiranos de cómo y con cuánta humanidad se ha de haber con ellos.

Irritado el enemigo de la pérdida, y deseoso de probar



fortuna y de volver á sí aquel trincheron de los Estados, puso su gente en los contornos de Nimega y en los de Bolduc, atónito y turbado, sin hallar salida á sus consejos, ni á qué lado inclinaria sus designios y fuerzas que le abriesen camino á mejorarse, á recobrar el fuerte y la reputacion perdida con la asistencia del enemigo: se discurrió su cuidado y que alzara de todo el ejército y fuera á acometer el fuerte: tales eran las víboras que le roian el corazon, particularmente á Guillermo, que estuvo á pique de morir rabiando. Pero S. A., el duque de Lerma, el príncipe Tomás, el mariscal Picolomini, el Isolani y otros cabos con 16.000 infantes y 12.000 caballos, y muchas piezas de artillería, habiendo hecho algunas fortificaciones, reductos y medias lunas alrededor del fuerte de nuestra parte, pretendian resarcir; mas al enemigo, cuanto más vió crecer las dificultades, las gentes y las nuevas máquinas, y que le imposibilitaban el intento, y que la guerra que poco ántes metió en el Ducado de Brabante se le habia entrado en su casa por permision divina, más le encendió el ánimo de acometerlas. Ya resuelto, con la más valiente gente que tenia, más vieja y experimentada en los trabajos de la guerra, acaudillándola el Guillermo, acometió valerosamente una media luna que hacia la gente católica, y llevósela, arrojando dentro del fuerte cada dia y á las defensas 1.000 granadas de fuego; pero nuestros soldados, á la vista de su Príncipe y cabos, la recobraron maravillosamente, dando á sentir á los enemigos que, aunque desconfiaron, todavía debatian con gloria cada uno; ellos por salir con su intento y nosotros con el nuestro. Sin embargo, por esta vez no les valió, y se pusieron en la retirada con pérdida de 1.000 hombres, la flor, sin duda, de su ejército, los más de ellos franceses, y muy mal herido el conde Guillermo de Nasau, que se habia puesto de todo su ánimo y corazon á enmendar el yerro y el descuido de no tener presidiadas ni en la defensa sus posesiones; hizo cuanto pudo de animoso y valiente, aunque en vano, por ser culpado de los Gobernadores y magistrados de Holanda, de hallarse en desgracia de ellos y de su primo el príncipe de Orange: conocido



esto, le amunicionó S. A., le presidió y fortificó, advocando á su defensa los socorros de Colonia, Güeldres, Juliers y otras plazas que están en su distrito y comodidad de poderlo hacer. Perdiose de nuestra parte alguna gente considerable en el combate, y acabóse de cerrar el fuerte por todas partes gallardamente, con que se desesperó de poderlo tomar, y en que se ocuparon 168 piezas de artillería (así lo decian en Holanda, y estaba recibida esta opinion); haciendo por último esfuerzo unas cortaduras y reparos el país adentro, para evitar las salidas y correrías del presidio, y otros mayores y más graves peligros con los tiempos y los progresos de la guerra: se tenian tan ahogados en los Estados-Unidos por este trabajo y accidente, que no se podian consolar. Llególe á S. A. un convoy de 2.500 carros de víveres, municiones y pertrechos; volvió S. A. hácia atras con intento de sitiar á Venló, y tratóse de tomar los puestos quedando los demas asegurados; mas por algunos justos respetos se hubo de ceder de lo acordado, redeando aquella parte y sus plazas de muy gruesos cuerpos de guardia para que atendiesen á la conservacion de lo ganado y á otras invasiones é interpresas; observando, ante todas cosas, tenerlas prontas á cualquiera novedad y designio que intentase el enemigo, creyéndose que serian muchos y que no se podrian contener por el dolor que se le habia solicitado al corazon, fruto de la junta de este año con los franceses y de emprender materias y novedades para alterar al mundo.

Los ejércitos imperiales desalojaban los enemigos del Palatinado encaminándose á Maguncia, que, esperando su riesgo y amenazada de él, dió intencion de capitular y las condiciones de rendirse; y habiendo de efectuarse el dia siguiente, la noche ántes recibió cuatro compañías de esguizaros con aviso del rey de Francia que marchaban en su socorro el cardenal de la Baleta, el mariscal de La Forza y Beimar, con un grueso ejército, exhortándola á mantenerse. Aguardaba el rey de Hungría el dia señalado y los diputados para concluir los conciertos y que hiciesen la entrega; y á la misma hora le fué respondido no poder pasar adelante en el tratado de rendicion.



Era notable la variedad que habia en la posesion de las ciudades libres del Imperio, porque hoy eran del César y mañana de la Liga conforme las fuerzas de cada uno y su comodidad. Introdujéronse á esta hora tratados de paz de unas partes y otras no más que para rehacerse los enemigos, y recobrarse de fuerzas y otros auxilios, gente y dineros; porque no hay mayor treta en los estadistas, para aliñar sus cosas y enderezarlas cuando van de caida y no son tan prósperas, que conservar lo robado y hacer más durable el señorío y perdurable la restitucion, y valerse de unos lentos y engañosos medios de paz, para no soltar nada, ántes enmarañarnos y consumir la esperanza de los pretendientes. Bien quisiera el rey de Francia á esta hora resbalarse del castigo que merecian los oficios y maldades cometidas contra la Iglesia y los súbditos en el País-Bajo, y por este camino tambien las atrocidades ejercidas en Alemania, y quedarse con la proteccion de las ciudades libres del Imperio adonde se habia metido, y presidió las desolaciones de la Alsacia, las tiranías de la Lorena, y enseñorearlas, y bajando á la Italia obtener la mayor parte de la Valtelina, ó toda, ocupada la riba de Chiavena, el tener guarniciones y ejército en el Casal de Monferrat, por vasallo y pariente del duque de Mántua, sublevado al duque de Parma, conmovido al duque de Saboya, usurpado y por rehenes de la alianza las plazas referidas. De esta vegada, no hay duda sino que se habia lucido lo trabajado; pero arrimemos el juicio y discurramos si es lícito á la reputacion de los Príncipes de la Casa de Austria dejar este progreso en tal estado, arriesgada la reputacion y la obediencia, defraudados tantos señores, los unos sufriendo el yugo, los otros peregrinando por las tierras extranjeras y á la merced de mercenarios, si bien de los mayores Monarcas, al fin hombres, y siempre pendientes de variedad de semblantes, que si esto se pudiera tolerar ó abrazar la paz con algunos medios, que pasados algunos años, y estos muy pocos, se introducirian otras tramas ú otras cautelas en la Europa, que despertando otras nuevas guerras y tumultos, siendo forzoso salir á ellos, quebrada ya una vez y ajada parte



de la soberanía y la potencia, y hollado el sagrado de la fortuna en que se deben mantener los grandes Príncipes, se conseguirian otras rotas más lastimosas, otras tiranías, usurpaciones, robos y sacrilegios; se acabaria de conseguir lo deseado, y se enseñorearian de los otros reinos y Estados y provincias, que ellos, aunque siniestramente, dicen que les toca, y así es con ingenuidad y precision, refutar esta malicia, saberse cautelar del enemigo, que cuando ha tiranizado se quiere cubrir con medios de paz; pero en los franceses, tan presto como la piden ó se la pedimos, con esa facilidad la sueltan, aspirando á sorprender y dilatar; y porque les tocaba en la restitucion, bien creo yo que si los dejaran con lo adquirido que lo aceptaran: pero al fin, hecho más insolente, con los engaños volvieron luégo á mayores rapiñas y conmociones. Digo, pues, que como de la misma manera que delante del ejército que envió al País-Bajo echó un manifiesto para que hallase más comodidad y dispuesta la materia, así por la misma razon el político gobernador de la Francia, ántes que llegase el ejército que enviaba á Alemania, para divertir al rey de Hungría y á Galaso de la prosecucion de sus fortunas, y que no se calase por sus tierras, en que ya se enmarañaban y confundian en sobresaltos y alborotos con disensiones públicas y perjudiciales á la quietud y al sosiego, temiendo ser de ruina, ántes, pues, que llegase el ejército, envió el Papa su Nuncio al Emperador para tratar de paces; pero fué respondido era temprano, y que el rey de Francia ántes de venir en ningun acuerdo habia de restituir cuanto tenia tomado en Alemania y en Italia. Replicó el Nuncio, que lo propondria y haria que se hiciese como S. M. Cesárea lo queria; pero que en el ínterin se suspendiesen las armas. Aquí tiraban sus intentos y cautela para rehacerse de fuerzas y proseguir la guerra en ambas partes, y redimirse del rumor que esperaba en la Francia por las armas que iba conduciendo Galaso. Fuéle respondido, sin embargo, que con ellas en la mano se haria mejor la paz, con que fué despedido el Nuncio. De París envió á decir al infante D. Fernando que tenia materias de grande importancia que tratar



con S. A., que le diese licencia para decírselas en Bruselas: respondióle que no se moviese de donde estaba, porque sin órden del Rey, su hermano, ni se las podia dar ni oirle; que se lo escribiria por el primer correo que despachase, y que en conformidad de la respuesta, se la daria ó no, con que tambien fué despedido; discurriendo los más políticos que esta prefaccion era de malicia ó de congoja. Y esto no podia ser, porque á la misma hora, si bien pertrechaban sus fronteras de gente y municiones, en Italia daban tan grande priesa á los conferados para asaltar el Milanés, que no parece sino que la tierra de Francia brotaba escuadrones de franceses; pero tambien se infería de aquí que queria asegurarse de las dos avenidas de ambas Germanías, para obrar en Italia con mayor potencia: y aunque no se deja de entender que si se tratara de la suspension de armas habia de ser con generalidad; pero él, si se supiera portar con tanta maña que, suspendidas las dos plazas de armas á la sombra del contrato, abrasara la otra y hallara razones para paliarlo y se saliera con todo como hasta ahora lo ha hecho, porque en una mano pide la paz y con la otra la deja. Y porque concluyamos en este fragmento con las cosas de Flandes y descendamos á describir los rumores de Italia; los infortunios de holandeses áun no habian acabado, porque les faltaba recibir otra herida, no poco penetrante y casi tan aguda como la pasada.

La armada de Dunquerque, que hacia veinte dias que habia salido á buscar su fortuna de ofender y dañar al enemigo, corrió á sus pesquerías, de las que sacan grandes intereses y caudales y tienen su mayor contratacion, porque todo el término septentrional, la Alemania y la Francia, se sustentan en los dias nativos de los arenques, que es alimento y socorro de la gente comun y ordinaria. Llegaron á aquel paraje y hallaron, para la guarda de sus artificios y armazones, 40 bageles bien armados; embistiéronlos, quemaron uno y tomaron otro, ambos de mucho porte y buco; echaron á fondo y quemaron 89 piezas de pescadores, que son como barcones grandes, rompiéronles las redes, quebrantaron é hicieron pedazos los artificios de pesca y las

demas invenciones, dejando por algun tiempo inútiles la máquina y la contratacion; prendieron los pescadores y toda la gente de mar, y ejecutaron los nuestros todos los estragos y ruinas que bastaron á dejarlos de manera que habian menester mucho tiempo y dineros para volverlas al punto y utilidad que ántes tenian; prendieron con la gente del bajel y la que asistia á la pesca 900 hombres, habiendo peleado por largo espacio con 22 navíos de los suyos; derribó el árbol mayor de la Capitana, y los baupreses á otros tres y maltrató otros, y cuando nuestra gente estaba en lo vigoroso de la refriega, descubrió otros 18 bajeles que venian al socorro de los suyos, mal heridos del destrozo que dejaban hecho los nuestros tras la pérdida lamentable del Esquenque, de las tierras y pueblos del contorno.

La armada católica que vió el refresco que se les llegaba á los enemigos, por no poner en duda la victoria, quedándoles una hora ántes de anochecer capa para controversias de armadas y despartirlos, cuando son ventajosos los enemigos, con suma felicidad y providencia se entretuvo nuestra gente en la artillería hasta que acabó de cerrar la noche, y entónces se le procuró ir desviando, de manera que algo apartados y dando bordos toda la noche, á la mañana navegaron la vuelta de Dunquerque, y á 2 de Setiembre dió fondo con el navío de presa y echó en tierra los marineros que se habian tomado. Refirieron el suceso, que fué de admiracion y consuelo para todo el país, las buzas que se habian quemado y echado á fondo, las que se habian destruido, así redes como barcas, y las que huyendo se retiraron á Holanda. Era el caudillo de la armada un Superintendente togado, digno de los honores que dió Roma á los Cipianos, á los Julios y á los Germánicos, cuyo nombre era Gavereli, de nacion portugués y consejero: de éste refieren los avisos que vienen de Flandes, que todo el tiempo que duró la refriega, sin más armas que la garnacha, se puso en medio de la Almiranta, y sacando un crucifijo que tenia, le tuvo levantado en alto hasta que aquella sacrosanta insignia puso en salvo á la armada; y dióla victoria, y metió la



gente por Dunquerque, admirando la gran multitud de marineros rendidos, no sin particular alegría de todo el país, de S. A. y los cabos y oficiales de la milicia, de las rotas y presas que se habian hecho en los holandeses.

Las cosas de Italia ardian y estaban expuestas á no ménos sedicion y ruina que las de Flandes y Alemania, sin haber Príncipe en toda ella eclesiástico ó secular, que por religion ó por fortuna, condolido de las miserias que la amenazaban, se quisiese poner en mano de sus mismos adversarios y enemigos, y templar el apetito codicioso de las pasiones y venganzas, y la disipacion de los pueblos pretendidos con siniestros títulos y pretextos. El estado que tenia y las asechanzas de los insidiadores, su poder y grandeza, ya lo habemos referido; su asiento y vecindad en el principio de la Lombardía y hácia donde comienza el Pó, llevando su corriente al mar Adriático para inundarle. De todas partes se conducia gente: el Rey Católico, para la defensa; y los aliados y franceses, para ofender: de España subia mucha gente, por la escala de Génova, y en Barcelona y en sus atarazanas se forjaban máquinas militares y galeras, para acometer ciudades marítimas, islotes y otros puertos que nunca se vieron: de Sicilia y de las islas Baleares se enviaba gente; el marqués de Santa Cruz prevenia una gruesa armada de galeras y navíos con infantería y caballos, tan encubierto su designio y derrota, que pocos ó ningunos le alcanzaban de los que no eran Ministros de Estado y Guerra, y casi todos los enemigos la temian: las costas de la Proenza y de la Galia Narbonense, cada una de sus plazas ó puertos la esperaban sobre sí; pero cuanto quiera que por sus dificultades no surtió al intento que ántes se propuso, se la echara yo sobre Villafranca de Niza, para que alguno, desatento á los muchos y muy particulares beneficios recibidos de nuestras Coronas, la gente de guerra que prevenia para consolidar los intentos de Francia, la hubiera menester para defenderla; que por muy dasahogado que se hallara de otras obligaciones y cuidados, le causara empacho asediar á Valencia del Pó: el conde de Monterey levantaba gente en Nápoles

para encaminarla á la plaza de armas: el Papa, armado de buena razon de Estado, que es lo más piadoso que se puede sentir, hizo leva de 10.000 hombres y fortificó á Santangel, que en casos de revolucion y en el confin, es prudencia no dormir desapercibido, y más cuando no han tocado á la deposicion de la dignidad: el duque de Roan, que sabia que de Milán y Alemania se esperaba ejército para desalojarle del paso de la Valtelina, pedia á los naturales armas, dinero, pólvora y vituallas para ponerse en defensa; y cuanto el Rey católico D. Felipe III prescribió con sus armas la rotura de los grisones en los valtelineses, tanto aquel hereje iba profanando en aquellos pueblos católicos el culto de los templos, las imágenes: el rey de Francia envió por el Delfinado y otras provincias, debajo de la conducta de Monsieur de Crequi, 9.000 infantes y 2.000 caballos; el duque de Saboya en el Piamonte aprestaba 8.000 infantes y 1.500 caballos, que por todos eran 23.000 infantes y 1.500 caballos, con los 1.000 y 6.000 infantes del duque de Parma; y aunque en Milán no faltaban fuerzas, pero siendo necesario desembarazar el paso de la Valtelina para recibir los auxilios de Alemania, el cardenal Albornoz y D. Cárlos Coloma resolvieron entresacar alguna gente para esta faccion, y se la dieron al conde Juan Cervellon para que embistiese al duque de Roan, y le necesitase precisamente á salir de aquel valle y dejar aquel paso libre.

Marchó el Conde, y bajando á la misma hora 10.000 alemanes para juntarse con nuestra gente al mismo intento, que parte eran españoles y parte napolitanos, dándose mas priesa en marchar la gente alemana y llevando todas una órden de acometer juntos, llegándo ántes los alemanes, sin esperar al Cervellon acometieron los puestos del duque de Roan y le echaron de ellos con grande estrago de los suyos, y los mantuvieron tres dias. El duque de Roan, vista la rota de su gente y la pérdida notable de las plazas, la volvió á rehacer y juntar y tornó á la pelea; recobró lo perdido al tiempo que llegando la gente de Milán, viendo el mal estado de los alemanes y



que no habian quedado para recobrarse ni emprender faccion, cedieron del viaje y hubieron de hacer alto en el condado de Tirol, si bien poco despues, juntas, agregadas y recogidas las reliquias de la rota, volvieron al valle, ocuparon puesto é hicieron pié allí para pasar adelante y echar á los franceses. A este tiempo se movió de Sicilia el marqués de Santa Cruz con 35 galeras y 10 ú 11 navíos con 7.000 infantes y entre ellos 2.700 españoles y algunos caballos, municiones y pertrechos de guerra, cal y ladrillo para fabricar; y llegando á Cabo-Corso y al doblarle corrió fortuna tan brava y deshecha, que perdió 9 galeras, 2 navíos, en que iba la caballería, y pasados de 2.000 hombres, con que quedó inútil la empresa por entónces: el Marqués pasó á repararse y á componer la armada á Puerto-Longon; socorrióle con galeras el conde de Monterey, y agregáronsele las de España que estaban en Barcelona con el marqués de Villafranca, y aprestábanse, sin embargo, para volver á la empresa y al viaje. Sucedió esta tormenta á 21 de Mayo; y para referir sucesos que nos faltan, es forzoso volver atras.

Habíanse alentado los enemigos en Italia notablemente con estas dos quiebras, la de Valtelina y galeras; y si sus prevenciones al principio los tuvo con cuidado, y toda la Proenza le tuvo más adelante, particularmente de la armada, y esperaban suspensos y encogidos y poco determinables en la salida de los Príncipes y coligados; aplicando nuestros infortunios á virtudes propias suyas, y á que nos desfavorecia el cielo y peleaba por ellos, como si sus obras lo merecieran, previnieron sus escuadras, sacaron su ejército, artillería, bagaje y municiones, y cada uno con sus tropas, el duque de Crequi, general del rey de Francia, el duque de Saboya y el duque de Parma, á 15 de Agosto, pasaron el Pó por el Casal de Monferrat, y despues la Sesia; acometieron el fuerte de la Vilata, de ninguna fortificacion ni consecuencia, y se le llevaron, pareciéndoles que ya habian puesto en mortales asombros y cuidado todo el Milanés. Alojóse con esto en el Monferrat, á los confines del Alejandrino y Valencia del Pó, reconociéndoles en primer lugar su desaliento



y poca confianza en el fin de la guerra, emprendiendo lo inútil y lo más flaco; sacando de aquí, los de mayor consejo en la política y militar disciplina, que sus empresas no serian grandes ni gloriosas en Italia, aunque eran de momento los aliados, porque sus pensamientos y materias no ascendian á asediar alguna de las plazas fuertes, si bien tentaron por trato ó por interpresa á Alejandría de la Pulla; que D. Cárlos Coloma, atento y vigilante á todas las plazas y circunferencia de los Estados vecinos, repúblicas y potestades, desvaneció y rebatió con suma diligencia como experimentado y antiguo Capitan.

No estaban aún á esta hora en Milán todas las gentes necesarias, sino las pocas que eran la ordinaria guarnicion; pero todas las plazas con gente, esperando adonde habia de dar el golpe; y teníasela ya prevenido ejército y socorro competente, así de España como de los reinos de Italia y las otras islas, y desembarazóle y metióle dentro el marqués de Santa Cruz, convalecido ya de la tormenta pasada. D. Cárlos Coloma, sin embargo, puso sus gentes en el Alejandrino, donde erigió plaza de armas; acudió allí el marqués de los Balbases, hijo de aquel excelente Capitan, otros muchos Cabos y Ministros del Rey, y D. Francisco de Melo, embajador de Alemania, con las órdenes de lo que se habia de obrar en Italia y con letras para la provision del ejército, y todo á su arbitrio y disposicion por favor del mayor Ministro.

Estaban en Génova los marqueses de Santa Cruz y Villafranca para las ocurrencias y necesidades de aquel accidente: á esta hora salió con sus tropas y con la gente de su cargo D. Gaspar de Acevedo, para oponerse al duque de Parma que, á 4 de Setiembre, por la Estradela habia entrado con cerca de 6.000 infantes y 1.000 caballos por el estado de Milán. Encontró al Parmesano junto á Pontecoron y comenzaron á escaramuzar: fué muerto de un mosquetazo que le alcanzó por lo más bajo de un ojo, con que nuestra gente, sin querer empeñarse más, perdido el Cabo, se comenzaron á retirar. Sin embargo, no se atrevió á seguirlos el duque de Parma: ocupó despues de esto el lugar de Boguera, habiéndose defendido el

castillo cuanto pudo, aunque de ninguna importancia; prosiguió la marcha y al instante fué recobrado por los nuestros el lugar, y los franceses pasaron el vado del Tanaro por Papon, y el duque de Saboya se juntó con ellos al duque de Parma, que unidos todos, habiendo tenido su consejo, resolvieron de tomar puestos sobre Valencia del Pó, en número de 14.000 infantes y 2.700 caballos, dejando lo demas en sus puestos á propósito para los accidentes que en sitios tales suelen suceder.

Está Valencia del Pó en el principio del Estado de Milán, como se viene del Piamonte, situada en las márgenes del Pó, entre Novara y el Alejandrino; tiene por vecinos el Casal de Monferrat y aquel Principado, y por frente la Sesia y el Tanaro, dos rios que se entran en el Pó más abajo de la ciudad y el otro más arriba, y en estos las dos famosas poblaciones de Berceli y Aste; en los tiempos pasados y en los de Cárlos, duque de Saboya, como lo deponen las cartas de la *Geografía*, contendoras ambas con nuestros ejércitos cuando se les imposibilitó que aquel Duque no ocupase el Monferrat. Es flaca por naturaleza, y sobre que el arte no ha hallado forma de hacerla ni formidable ni defensible, á ésta se encaminaron los enemigos, más por su facilidad que por dificultosa á sus intentos, y para conseguirla con presteza; y de ésta, habiendo hecho pié en el Estado, tentar otra que, unida con ésta, se metiesen prendas considerables en la espugnacion de todo el Ducado. Resueltos nuestros Cabos en el modo de hacer la guerra con la deliberacion de haber sitiado el enemigo, sin embargo de que se habia tomado por acuerdo de hacer la defensiva sin poner las cosas al trance de una batalla, se esperó ocasion de gastarlos y hacer á su tiempo el socorro con todas las fuerzas del estado de Milán y echar de allí á los enemigos.

Llegó á esta sazon el marqués de Celada, de la Casa de Aguilar y Córdoba, y el conde de Fosa, flamenco de nacion, Capitan de archeros en la corte del Rey Católico. El uno iba á recibir 10.000 caballos que tenia levantados el conde de Oñate en Alemania, embajador del Emperador, para que, atravesando todos los tránsitos que pudiere, recayendo al Estado

de Milán y metiéndose por la Proenza, llegase con los que le fuese posible á Perpiñan, para que, con la infantería que allí se habia conducido, se formase ejército para hacer alguna diversion ó dañar en la Francia; pero esto, por sus dificultades ó por otros fines dignos de mayor reparo, se suspendió. El otro iba á pasar el Danubio y la Bistula, que atraviesa á Cracobia, ó por el Drabo á Barsobia, cortes ambas en diferentes tiempos del reino de Polonia, á tratar con aquel Príncipe, parte de la Casa de Austria por los matrimonios contraidos, materias de Guerra y Estado, que hiciese entrada por la Suecia, tratase de su recuperacion para sacar de Alemania aquella gente y meterles la guerra en casa, ó que enviase caballería numerosa á Flandes; pero de todo esto no se vió más que gastar tiempo. Habian los de la Liga cerrado con trincheras y fortificaciones á Valencia del Pó, y la jornada del marqués de Celada; pero con honrado valor y ejemplo de Capitanes en entrar en la plaza y defenderla hasta la última gota de sangre, de donde se originaron los efectos que nos dirá el progreso de nuestra historia, ejecutólo entrándose en ella y á la casa del enemigo con 600 caballos, á 13 de Setiembre. El marqués de Villafranca y el marqués de Santa Cruz, reforzada y compuesta la armada, tomaron su derrota por las costas de Proenza, sin haberse entendido qué designio ni hácia qué parte cargarian, cuando de repente embistieron y ocuparon las islas de Santo Honorato y la Margarita, tierra inútil y sin provecho, y todas despobladas, con algunos pequeños fuertes, ni para resistir ni para esperar; fué capricho de un Gobernador dar á creer que podia hacer allí alguna diversion ó guerra al rey de Francia, y hacerle sacar la gente de Italia por estar estas islas situadas á la frente de Marsella. Hiciéronse allí dos fuertes, y metióse gente en ellos y dos Cabos de consideracion, á D. Miguel de Egea y á D. Juan de Garay, con todo lo necesario; mas los franceses discurrieron y no dejaron de admirarse que para tan poco habíamos gastado tanto tiempo, embarazado galeras, navíos y gente, y expuéstolos á la fortuna de la mar, perdiendo más en el viaje que cuanto valian las islas; y reconociendo el intento



de la armada, su presa y destino se desahogaron los franceses, porque la esperaban batiendo á Mompeller, Arles, Marsella ó Tolon, para comenzar por allí efectos considerables en la Proenza ó en la Galia Narbonense, tales, que les hicieran gemir los atrevimientos pasados á los presentes que se estaban ejerciendo en Italia. Andábase buscando modo cómo castigar á este enemigo; él lograba los suyos, pero nosotros no acertábamos en nada: encareciéronnos mucho la empresa, y la importancia del puesto; y el sitio no sé qué tal sea, sólo sé que los franceses y los habitadores mediterráneos de aquellas provincias no se movieron ni dieron un paso en salir, ni defenderlas, ni recuperarlas, teniendo por impertinente nuestro trabajo, asistiendo con precision y vigilancia á los puertos marítimos, en quien consistia la guarda y la defensa de la tierra, fornecidos y guardados con el presente cuidado de mucha y muy escogida gente, y con otras máquinas y pertrechos para resistir é impugnar cualquiera armada ó ejército por grande ó por robusto que fuese: no se movieron los franceses; dejaron á nuestra gente seguir su inclinacion cuando vieron no les tocaban en lo vivo, si bien se quejaban de los genoveses que no les avisaron de la venida de la armada, que estaba allí perdiendo tiempo sin hacer nada, pudiendo emplearse en cosa de más monto. Y esto se reconoció así, pues el marqués de Santa Cruz, de la mejor gente que tenia, sacó 1.000 infantes españoles y los envió al Estado de Milán. El estadista ó consejero que reconoció por el discurso de sus materias ó por la *Geografía* la situacion de estas islas, y su importancia para dañar al Francés ó divertirle de la invasion de Italia, aquellos más agudos y reposados de cabeza, tuvieron todo esto por infructuoso; pero la lisonja de los vanos, lo aplaudió cuando en Bruselas se traian secretas pláticas con el monsieur duque de Orliens, hermano de Luis XIII, para que, dándole gente y dineros, que es lo primero que aceptó, sacándolos el marqués de Aytona, gobernador del País-Bajo, y por compañero al príncipe Tomás, para que ocupase é hiciese diversion en plazas y provincias en la Proenza ó en las referidas, y por allí, me-



tiendo la guerra con todo rigor en Francia, inquietase á su hermano, hiciese solevaciones portentosas en aquella parte, y ocupada á Marsella, por trato ó desavenencia de mal contentos por la injusticia del Gobierno, del Privado ó del Príncipe, que tanto importa cuando le hay, y que introducida la guerra y encendida, para darle socorro y echarle gente pareciesen á propósito aquellas islas, y él ocuparlas, fabricar fuertes en ellas considerables, ó si nó, no surtiendo la guerra el fin pretendido, como muchas veces suele acontecer porque sus trances ó fines son dudosos, y por no dejarle en las manos de su hermano, ó expuesto al rigor de ser preso, para surtir con más desembarazo á la fuga y á librar su persona se le hubiese erigido aquel tránsito y aquella escala, porque sólo con la prevencion de un barco la podia hacer; y acogiéndose en ellas poderle llevar con las galeras á parte más segura donde pudiese redimirse de la vejacion del hermano y su ministro, que tantas veces le han puesto lazos á la vida y al sosiego, queriendo casarle y descasarle contra los derechos divinos por mezclar la bajeza de su sangre con la real de Francia, despreciando la esclarecidísima de Lorena, de quien no hay Príncipe en toda la Europa que no tenga parte. Entónces sí que el discurso y el preparamiento habia obrado con toda buena razon y prudencia, y que habia sido dotado de gran conocimiento y sagacidad el Consejero; pero no sucediendo como se pensó, no habia para qué cautivar el entendimiento en pocas cosas; ni sacarle no más que para ocuparlas, gastar tiempo, dineros y soldados: no erraríamos si dijésemos que ha sido liviandad de Ministro que duerme á la utilidad del Estado, á los tesoros y fuerzas de la Monarquía. Es tanta verdad esto, que de haberlo observado y sentido así algunos de nuestros generales (que no todos son fieles), y reconocido el poco fundamento de tener allí suspensas las escuadras de galeras, cabos y soldados, y no hallando de qué sustentarse, porque la poquedad de la tierra no lo produce ni tiene cultores que lo administren, punto en que debia parar la consideracion, y no dando más que tres cuartos al dia á los soldados, y siendo



forzoso ocupar las galeras en no más ministerio que traer bastimentos, y eso si lo podian dar en las islas de Cerdeña ó las Mallorcas, donde era más posible volver á tentar el riesgo y experimentarle ántes que verle; de aquí, viendo que se perdian y fracasaban á manos de la necesidad, y que era vano cuanto se asistia y trabajaba en las islas, las dejaron á cargo del duque de Tursi y la escuadra de Génova, para que el francés tomase satisfacion de lo ejecutado en ellas, ó él proceda tan lentamente que, si el fin fué para atacar ó llamar allí los socorros que habian de salir para la guerra de Milán, salgan á vista suya y sin ningun empacho, y corran con libertad á la parte que más á su propósito le pareciesen, como al fin lo hacian. Sin embargo, no agradó al Richelieu la vecindad, y propuso echarnos de allí.

Apretaban á Valencia del Pó los franceses, saboyanos y parmesanos con sobrada obstinacion y porfía, teniendo en atencion y cuidado estos movimientos á todas las repúblicas y potentados de Italia; á aquellos que se habian mantenido más constantes en la fe de la amistad, que fueron Venecia, Florencia, Módena y Luca, porque áun los genoveses, que por muchos y muy largos beneficios recibidos de la Majestad de España, y la mucha plata y oro de que se han enriquecido con nuestra comunicacion y trato, y los debia preservar de corruptela y mudanza, y áun todas estas cosas, no los podia por su natural librar de sospechas y de haber caido, aunque de secreto, en alguna liviandad. Defendíase pues, la ciudad, bastantemente por las asistencias de dentro y socorros de afuera, haciendo salidas que divertian al enemigo y le mataban mucha gente. D. Cárlos Coloma desde Alejandría, adonde estaba, hizo ocupar un puesto de esta parte del Pó, con que se aseguraron los socorros de los sitiados.

Eran ya casi los fines de Setiembre, y D. Cárlos Coloma, ántes de gastar la gente por tenerla pronta y entera, esperaba que las lluvias del cielo y las crecientes del Pó, que son notables (sabiendo cuán pesado es allí el invierno, pantanoso por las vertientes y avenidas de los Alpes), los forzara á levantar;



y ésta fué la causa porque salió tarde á socorrer la plaza, desayudándole mucho el otoño, que en aquella parte comenzó á mostrarse muy seco. Pero ni la gente enemiga, ni todos los de la Liga, era práctica ni valerosa, ni para asistir al trabajo ni á la continuacion del sitio, ni de las armas suficientes, ántes bien eran flacos, muelles y allegadizos, bisoños y mal ejercitados en la experiencia militar; pero mezclados con los soldados veteranos franceses, resistian el trabajo del sitio: echaron puente en el Pó, á milla y media de la plaza, y la noche de los 27 asaltaron nuestras fortificaciones con alguna parte del ejército, y fueron rechazados con pérdida de alguna de ella. Quién dice que fueron 1.000 hombres con muy poca pérdida nuestra; pero cuanto quiera que eran cobardes en el aliento, en las manos eran atrevidos, y de corazon en la insolencia, ejecutando algunas de las de Tirlemonte en los lugares y villajes ó casares abiertos de poca gente y de ninguna defensa, procediendo sin ningun género de continencia ni respeto en lo humano ni en lo divino.

Resolvió, pues, D. Cárlos Coloma hacer el socorro, y levantó el ejército de los alojamientos y marchó la vuelta del enemigo; tomó cuartel en Burgofranco, á cuatro leguas, ó sean millas del de los de la Liga, de esta parte del Pó, y á tres de la plaza donde se fueron ejecutando las resoluciones necesarias al cumplimiento de la empresa. Reconociendo esta resolucion, apretó el enemigo al sitio, dobló las tropas con el grueso del suyo, esperando el fin y en qué pararian cosas tan grandes. Tenia D. Cárlos abierto el paso de Pavía para recibir bastimentos y todo lo demas necesario, apresurando levas, encaminando negociaciones y asistencias de dinero, cuya prontitud y vigilancia obraba las cosas tan á tiempo que no habia dejado ganar á los franceses ni á las otras naciones, por espacio de mes y medio, un palmo de tierra. Hizo alrededor de Burgofranco algunas fortificaciones en puertos aventajados, y determinando como se habia conferido con el cardenal Albornoz y otros de singular consejo, en adorno del modo de socorrer, se descubrió el enemigo con cinco escuadrones de

infantería y dos pequeños de hasta 1.500 caballos, los que pareció bastantes á su designio, y encaminóse el marqués de Dila, General del duque de Saboya, para divertir nuestra gente con algunos infantes y caballos, y con la resta cargó el duque de Crequi la vuelta de Frasquecol, con intento, á lo que se pudo presumir, de ocuparle; y dióse tanta priesa, que cuando llegó el marqués de Torrecusa á estorbárselo, estaba ya su vanguardia dentro de Frasquecol, á poco más de diez mil pasos de nuestras fortificaciones; pero el Marqués se dió tan buena maña con la gente que llevaba que le rechazó y arrojó de los puestos. D. Alvaro de Quiñones socorrió tan apriesa por su parte con alguna caballería, mangas de mosquetería con los Sargentos mayores de los tercios del príncipe Tiburcio y Felipe Espínola, gobernándose unos y otros con singular valor, no obstante la porfia del enemigo para ocupar á Frasquecol, que hubo de ceder el ardor de nuestra gente, con pérdida de mucha de la suya; retirándose y cargándole el Torrecusa con las mangas que se habian sacado de los batallones que gobernaba D. Martin de Aragon, portándose aquel dia como buen soldado; y los Sargentos mayores del Tiburcio y Espínola, hasta meter los enemigos en sus fortificaciones, asistiendo á este trance personas de tanta consideracion como el duque de Parma y el marqués de Villa, saliendo herido de un golpe que le dió el Sargento mayor Peregrin. Luégo que sucedió esta refriega, el Maestre de campo D. José Monphabon, gobernador de Alejandría de la Pulla, escogió 800 infantes, los mejores que tenia de aquella guarnicion, en esta forma: 110 españoles de dos compañías viejas que le habian dejado con los capitanes Castro y Guisuert, 400 italianos del príncipe Tiburcio y 100 mosqueteros del tercio del duque Marinelo, y los demas restantes del país, que se juntaron despues, y con esta gente salió de Alejandría el Maestre de campo Guasco, llevando en su compañía á Maximiliano Estampa, su sobrino, hermano del conde de Montecastel, echando voz y publicando iban á fortificar al mismo Montecastel, donde llegaron á tres horas despues de media noche con notable obscuridad. Habiendo



llegado aquí, se dió órden á los Capitanes se dispusiesen á marchar la vuelta de Valencia del Pó, con toda resolucion, los cuales lo abrazaron y lo hicieron rindiendo las voluntades y las vidas á su honra y á la necesidad y socorro de su Príncipe; y sabiendo que era órden de D. Cárlos Coloma, que queria hacer este esfuerzo y socorro á la plaza y comenzar á desarmar á los enemigos, faccion no sin peligro evidente de de las vidas, respecto de haber de atravesar por medio de las fortificaciones y cuarteles del duque de Parma, y ser muy pocos; pero estaba así resuelto. Ofrecióse Maximiliano Estampa guiarlos hasta Valencia del Pó, y apeándose de su caballo dió ejemplo á los demas soldados; puso sobre él la cuerda y pólvora, y en esta forma marcharon con cuidado de emboscada y de no ser conocidos, y con la noche á propósito, por si acaso habia entendido el enemigo la prevencion del socorro y los esperaba. Toparon á poco trecho con la primera centinela, que preguntando qué gente y pidiendo el nombre, se le fueron acercando diciendo que eran amigos, y ántes que se llegasen más cerca disparó el mosquete, y como la pólvora estaba mojada con la demasiada humedad de la noche no dió fuégo; cerraron con él y le dieron de puñaladas: pasaron adelante y dieron con la segunda, que hizo la misma pregunta, y le respondieron eran saboyardos, y como vió que sin impedimento habian pasado de la primera centinela y que no habia hecho señal, ó ya ocupado del miedo ó de otro accidente, no les estorbó el paso y fué cogida: prosiguieron su viaje, dieron con la tercera que, haciendo su diligencia ordinaria y no dando el nombre, disparó, con que luégo al punto se tocó una arma viva en el cuartel del duque de Parma. Atentos los enemigos y desatinados, temiendo alguna furtiva de Valencia del Pó, se estuvieron en sus puestos, calados los mosquetes y las picas; pero nuestra gente arremetieron pié, y pasó adelante, llegó á la muralla, y revestidos de ánimo y gallardía, gritaron dos veces «¡viva España!», y los que estaban de guardia, con aviso de este socorro, abrieron la puerta y los recibieron en los brazos con sumo contento y alegría y, por el contrario, con notables

desalientos de las naciones enemigas; conque el duque de Crequi, viendo que crecian en fortuna y en hechos las armas españolas, y que á su vista y delante de escuadrones tan poderosos se habia socorrido la plaza, mandó volver á pasar el Pó á alguna parte de gente para reforzar las fortificaciones; que entendido ya por D. Cárlos Coloma, y el buen efecto del socorro, resolvió en hacer el último esfuerzo. Mandó prevenir lo necesario y que montase la caballería, que siguiese el lado de las fortificaciones que estaban á la mano derecha de D. Martin de Aragon, y al Espínola con la gente de su tercio en la izquierda, y él se puso en medio, y esto con tanta niebla que apénas se veian unos á otros; arrimóse al fortin y tenaza, como á tiro de arcabuz, que solia cubrir nuestro puente de Valencia del Pó, en que estaba mucha gente francesa para resistir ó dafenderla: levantóse á esta hora la niebla, y los nuestros cerraron con el fortin á vista del duque de Saboya, Parma y Crequi, y esto con tanta presteza y valor que la ocuparon con muy poca pérdida de nuestra parte, degollando los franceses que allí habia; y aunque se dejó ver, para hacer la defensa, parte de la caballería y mosquetería con un escuadron de picas, Don Cárlos Coloma, introducido ya en obrar y en hacer levantar el sitio á los franceses, y á la porcion coligada que desesperasen de conseguir la plaza con tantos socorros, metió el último y el mayor en barcas, recibieron más gente, municiones, bastimentos, dinero para las pagas, con que se refrescaron, redimiéndose de la necesidad y de la hambre aquel pueblo que habia estado cerrado cuarenta y ocho dias, y padeció gravísimos trabajos y miserias.

Estaba atónito y asombrado el enemigo del suceso, viendo se les habia desvanecido de la empresa, y más la mengua de la reputacion en que habian caido unos y otros, y que al fin España elevaba la suya, como lo tenia de costumbre, sobre los cedros y las cervices de los más confiados, y así lo comenzaron á sentir los confinantes afectos, y no sin confusion ni congoja los que no lo eran, y los mejores holgaron de haberse portado con prudencia, porque la espada católica castigaria luégo los



delincuentes á la fe del Estado, y los adversarios severamente. No quiso D. Cárlos Coloma resfriar sus intentos ni el calor de los suyos, cuando toda la faccion, por el socorro de Valencia del Pó, se habian caido de ánimo, entibiado el vigor y las fuerzas: mandó disparar algunas piezas al cuartel del duque de Parma, con quien tenia la ojeriza, y dejáronse ver algunos de los de su séquito sobre los reparos; pero á muy pocos golpes comenzaron á huir y esconderse, vivaces como si fueran conejos ú otro animal semejante á éste, con que comenzaron todos á huir y á ponerse en la retirada; quemaron sus barracas y alojamientos, abandonaron las trincheras y cargó el villanaje donde halló en qué satisfacer su natural condicion, y tomando armas, como mosquetes, picas, arcabuces, corazas y petos fuertes, salieron los de dentro, y aplanaron las trincheras y fortificaciones; pero el Maestre de campo general, como caudillo de tan escogida prudencia, adelantando su cuidado á las otras fronteras y atendiendo que sacaba golpe de gente el enemigo, y que con color de retirarse ó herido de la befa que se les habia hecho, no embistiese á mejorar ó tentase su fortuna, envió algunas compañías de infantería y caballería al fuerte de Sandoval ó Novara y al Alejandrino, avisando que estuviesen en vela, que seria muy posible que los enemigos los pretendiesen infestar. Miéntras él, con todo el grueso del ejército, los iba siguiendo, hasta ser bien enterado de su derrota, ó de acabarlos de echar del Estado de Milán, porque ya el tiempo compelia á todos á tomar este acuerdo; mas ellos, á pocas jornadas y á no muchos lances, manifestaron á nuestra gente los indicios de su flaqueza, y retiráronse los franceses al Monferrat, plaza de armas que despues de grandes gastos y sitios les dimos.

Algo habré yo avisado de este riesgo en los libros pasados: no les diera yo de mi parecer la más desbaratada *spelunca*, y si se ha de asegurar el Milanés y áun toda la Italia, será forzoso arrojar de allí estas asechanzas; donde nó, no será posible verse aquello libre de franceses y de su condicion. Siguió sus pisadas el duque de Parma, deshecho, desbaratado, sin gente, sin dinero y sin reputacion, gastados y consumidos sus Estados



por seguir dictámen tan siniestro y expuesto á ser castigado y perderlos, por ser, como he dicho, feudos del Estado de Milán y haber tomado armas contra el Señor Soberano, y que por ley y por derecho los tiene perdidos y poco segura la cabeza como lo discurren los más versados en estas materias. Metióse en Monferrat al abrigo de los franceses, reconociéndose por mal seguro de la potencia Real católica y delincuente, sin atreverse á entrar en las ciudades de Parma ni de Plasencia, por ser corta la defensa: quién dice que el Papa, visto el mal estado de la guerra, le daba voces que se retirase; y quién dice que él lo deseaba; mas que no le dejaban los franceses, siguiendo, por haber escogido tan mal consejo, la fortuna y el destino que el duque de Witemberg, en Alemania; el duque de Veimar en el Palatino del Rin, y sus hijos en Lóndres, el conde Enrique de Vergas en Holanda, el arzobispo de Tréveris en Flandes, y áun éste no es de los peores librados, cuyo tratamiento, á costa de las expensas del Rey Católico, puede ser envidia de los otros: no acabando de dar gracias á Dios y de bendecir al infante D. Fernando que le habia librado de la opresion y tiranía de franceses. El duque de Saboya se retiró á sus tierras, y alojó la gente en los confines, áun no arrepentido de lo comenzado; mas los franceses mismos nos vengaron de él y de sus alianzas, como presto lo veremos, y pagará en las mismas armas la ingratitud y las ofensas cometidas contra la Magestad de España.

Murió el marqués de Celada de accidente que le sobrevino, ocasionado de las continuas fatigas militares, de la asistencia y cuidado de defender la plaza, de los malos dias y peores noches, y de los otros afanes de los sitios; fué sentida su muerte, como era justo, de todos los capitanes y soldados, por las muchas esperanzas que se prometieron de sus servicios, de su inclinacion á las armas y loables principios en la guerra. Dieron cuenta al cardenal Albornoz, y D. Cárlos Coloma al Rey y á sus Ministros, del estado que habia tenido la guerra, cómo habian dejado los enemigos el sitio de Valencia del Pó y retirádose sin reputacion; de que se dió por servido, dispo-

niendo los preparamentos para la satisfaccion y la enmienda del año siguiente.

En todas las partes que habemos referido, habian combatido nuestras armas con fortuna y alcanzado victoria de los franceses y su séquito: en Flandes dejamos ya esplayados hechos dignos de la inmortalidad y de ser grabados en el mármol y en el bronce, y últimamente habia recuperado el gran corazon del Infante, por el valor del esclarecido nieto de la Casa de Sandoval, del marqués de Leide y de otros Capitanes, el país de Limburgo: ocupó S. A. á Genep, con que alojó la gente; dió cuenta al Rey de estos últimos sucesos, pidiéndole gente y dineros para el año siguiente, y para volver á la guerra que entendia seria con no menor rigor que el pasado; y refiriéndole cada cosa por menor, le advirtió mirase cómo quedaria la tierra de forrajes donde habian comido este año 70 y 80.000 caballos, y que se habia parado con particular curiosidad á la salida del puente de Genep y que los habia visto pasar, parte de ellos de corazas, dragones y hombres de armas, y parte del bagaje, carros, artillería, vivanderos y mochileros. Admirámonos todos de este número, y para que no se dudase en el concepto, hizo traer la carta y leerla de nuevo.

Murió el marqués de Aytona, que gobernaba las armas, y diólas el Infante, en el ínterin que avisaba al Rey, su hermano, á D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, Adelantado mayor de Castilla, tocándole de derecho y justicia. Avisó el Infante de la eleccion á su hermano, y de la muerte del marqués de Aytona, y no aplicándose á ella el poderoso, habiéndosela dado el Infante por castellano viejo, por sus oficios ejercidos en Flandes y en Italia, por la grande inclinacion y afecto de servir á su Rey, por su paciencia y constancia, no embarazándose ni mostrando ceño á ninguno de los lazos que le podian apartar de esto por su sangre, por su casa, porque la dejó, porque abandonó la subcesion de ella y tantos Estados ricos, por el agradecimiento á la crianza de ambos abuelos, grandes padres, tios y primos, que los mayores pasaron de este ministerio á los sepulcros por las heróicas obras y oficios



militares, apetecidos de la alteza de sus pensamientos y por arribar á ellos y al gran crédito de sus ascendientes, por todas estas cosas y cada una de ellas, bastando una sola, y por ir á merecerlas; y porque no solamente peleaba con el cuerpo sino con el espíritu, con los enemigos y con la envidia: y, como dije, no aplicándose á la eleccion el poderoso, resolvió se diesen al príncipe Tomás; y si bien dijeron que despues se mandó alcanzar este correo y se confirmó la eleccion de S. A., parece que se adivinaron dos cosas, la una cuán poco duraría en la fe Tomás, y la otra cuán cerca estaba á morir el duque y cuán poco habia de durar el haber alcanzado aquel gran premio, atando las manos á su fortuna, no queriendo experimentar otro vendaval, y queriendo morir con aquella honra: esta referiremos á la postre de este libro más largamente, por ser su lugar. Volviendo á las cosas de Alemania, no dejaba de haber de todo, buenos y malos sucesos, y cuando se esperó que el general Galaso entrara por la Francia, no tuvo efecto, y los hiciera considerables por el miedo en que estaba toda la tierra; pero los franceses harian allí tantas asistencias, que no era posible dejarlos ni volver las espaldas á la Alsacia y á la Lorena: pero siendo, como dejamos dicho, socorrido el mariscal de La Forca de franceses por la condcta del cardenal de la Baleta, encaminaron sus gentes á buscar el ejército imperial, y afrontados los unos con los otros, en los reencuentros y escaramuzas que tuvieron, tomaron á Galaso dos piezas de artillería, de lo cual ofendido revolvió sobre ellos y se trabó con tanto coraje la pelea, que los alemanes, al aliento y ardor de su General, rompieron al cardenal de la Baleta, y presos los Cabos y Capitanes, tomaron el bagaje, artillería y municiones y 300.000 escudos para la paga de los soldados, con que aflojaron por aquella parte; y si así se pudiera haber obrado en la Valtelina contra el duque de Roan, siguiera el mismo círculo en los otros cursos de la Europa donde se establecen ambas Monarquías, porque todos los caudillos franceses, y cuantos fueron enviados á Flandes, Alemania y á Italia, todos fueron deshechos y desbaratados.



El conde Juan Cervellon, por no dejar este padrastro en la Valtelina, revolvió sobre el valle, tomó á Bormio y un fuerte, é hizo allí plaza de armas; fabricó alojamientos y cuarteles, levantó algunas fortificaciones é hizo opósito á los intentos del Roan, socorrido y reforzado de bearneses; vinieron á las manos, y en la primera arremetida desamparó la caballería y un regimiento de italianos al Cervellon, arrojando las armas, de suerte que, cuando quedó sólo con los españoles, y siendo mayor el número de los franceses, recibió un picazo y dos golpes de pistola tales, que le obligaron á retirarse y á no poder por este año tomar aquel paso, porque no era posible socorrerle, aunque lo pretendiese, el Cardenal Gobernador de Milán, porque el tiempo embarazaba los intentos, con la naturaleza de aquel clima, sumamente helado, que ya impedia los pasos de los caminos la inmensa nieve que cubria sus asperezas y montañas hasta que los meses más templados de la primavera, que se esperaban, diesen oportunidad y ocasion para volver á tentar fortuna y esperarla.

D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, y los Maestres de campo, Ladron y Esfrondato y otros de los prisioneros más principales del reencuentro de la campaña de Namur, porque vamos recogiendo los cabos de nuestra historia, metidos en Mastriq y encomendados al príncipe de Orange por el general Chatillon, no reposando la industria de mejorarse y salir de esclavitud, estudiando atentamente los caminos de la libertad, hallaron medio; quién dice de gente de la tierra, y quién que de un tudesco que se habia pasado á los franceses y se le habian dado por guarda. Éste, corrido de haber degenerado de la fidelidad de su nacion y picado del estímulo vergonzoso de traidor, le dijo á D. Manuel Pimentel en secreto, que si solicitaba su libertad seria perdonado del Rey Católico; él le dijo que sí, y que se ofrecia á prometérselo y asegurárselo. Con esta concordia, ya sea que tuvo expresa noticia de los secretos de la villa, por otros, y de sus rincones y salidas, ó que él era inteligente y habia escudriñado sus murallas, dijo sabia de una puerta vieja y antigua mal cerrada, que salia al



campo, y que llevando algunos instrumentos se podia romper, y que por allí podia salir con sus camaradas: abrazólo el Don Manuel, quiso pasar adelante y hacer más útil y más célebre la ocasion y ejecutar un deseo tan premeditado de todos los Cabos de la milicia, y procurando con sumo afecto y queriendo valerse más del tudesco, se buscó por otro medio quien fuese con papel secreto, y envió á decir á S. A. el estado en que se hallaba, los medios que tenia prontos para su libertad y la de los demas prisioneros, y que pues se habia hallado puerta para salir, sirviese ésta para que enviando gente, lo necesario á la empresa, recuperase la villa.

Esto fué, sin duda, una desdicha, que tarde ó nunca se despegará del amor de aquellos vasallos, ni se desasió del corazon de S. A., y de los más fieles y celosos al servicio del Rey: díjole más, que fuese luégo sin perder un átomo de tiempo, porque al otro dia ó al segundo habia órden del rey de Francia, y la tenian el príncipe de Orange, los Gobernadores y Magistrados de Mastriq, de llevarlos á París. Recibió S. A. el aviso, y cuanto le fué de gusto la nueva de poderse librar soldados de tanta reputacion de las manos de los enemigos, le fué de pesar por no poder luégo, como lo pedian, proveer á la prontitud del suceso y de la recuperacion de Mastriq, y ser el término tan breve; y respondió, no podia por estar lo más florido del ejército en partes distantes para avisar y salir al tiempo que se pedia, ni ocurrir tan de ligero sin despertar algun accidente que estorbase su salida, y que el enemigo no vivia tan dormido ni tan desatento, ni sin espías, que en viéndole mover gente no habia de asistir luégo á las plazas, á la novedad y á embarazarle rigurosamente el paso y castigar los sabidores, para que despues no tuviese remedio ni esperanza de salvarse, si no es por muy gruesa talla, como lo pedia su calidad, sangre, puesto y autoridad; que si fuera cosa en que se pudiera esperar algun tiempo, iria él mismo, porque su persona y la de los demas Cabos, y que procurasen salir. Recibido este acuerdo de S. A. y esforzado con tan buenas razones, D. Manuel Pimentel resolvió en salir con los demas Cabos; esperaron la opor-



tunidad y el amparo de la noche, comenzaron su viaje al sueño de las demas guardas; guióles el tudesco; pasaron por algunos cuerpos de guardia que no repararon en ellos ni les hablaron palabra, y porque no haya gusto que no tenga azar ni sobresalto, dieron dos veces en mano de la ronda, y ambas escaparon de ella; llegaron al portillo, y valiéndose de la fuerza y de los instrumentos, abriéronle y salieron esguazando un riachuelo que pasa por allí cerca, con el agua hasta los pechos, de esta manera y á toda diligencia.

El príncipe de Pimie fué condenado por el Consejo de Malinas en perdimiento de bienes y á cortar la cabeza, por el principio de la conjuracion ó junta porque fué preso el duque de Arescot en Castilla; mas fué perdonado por la benignidad del Rey y porque ofreció servicios muy considerables en satisfaccion: pronunciáronse otros castigos en personas particulares é inferiores, y fué restituido á su Casa y Estado, y perdonado tambien el conde de Agamon, por solicitud del duque de Arescot, su cuñado: ántes que fuese preso, hallándole en Paris desvalido y desamparado y con necesidad de aquel Príncipe y de la nobleza, llevándolo así concertado cuando pasó, y que lo pidiese al Rey, él lo hizo, y todo sobre lo sucedido en la Junta de los Estados generales en los años pasados; con que, y con la presencia del infante D. Fernando, se puso freno á los tumultuarios y sediciosos de Flandes.

D. Diego Megía, marqués de Leganés, con órden expresa del Rey, fué elegido para el Gobierno del Estado de Milán, á falta de buenos soldados, si bien con poco gusto suyo por volverle á desacomodar de la grandeza del domicilio, alhajas y vergeles alrededor de Madrid, Consejos y Juntas en abundancia, dulzura de mando y lado de poderosos, que era el gobierno que él más apetecia y disfrutaba, cuando D. Cárlos Coloma le estaba librando de la disipacion de franceses y potestades de Italia; con que, ni le dejaron para castellano de Milán, ni para Maestre de campo general, porque viendo le proveian sucesor, sin ser mal soldado, ni permitiendo el lustre de la reputacion ser inferior el que fué cabeza, cuando era ni mejor

ni más antiguo soldado ni de mayores hechos él proveido.

Entró D. Cárlos Coloma en Flandes el año de 588, en tiempo que el duque de Parma gobernaba aquellos países, comenzando á servir por todos los grados y puestos de la milicia desde la pica al baston, y sirvió en aquellas guerras y en las memorables de Flandes contra Enrique IV, rey de Francia, cuyos comentarios son de estimacion y de nombre. Ya dejamos dicho los cargos que tenia cuando fué traido al Estado de Milán como Maestre de campo general en Flandes, y de los de reputacion y nombre; él dejó escritos sus servicios, aunque con gran modestia, con que nos excusaremos de mayor exordio: cuando D. Diego Megía pasó á aquellos Estados con el archiduque Alberto, el año de 97, ó algo más atras, y reconociendo que entónces ya habia llegado á tener tercio y á ser Maestre de campo, cuando D. Diego Megía no era nada y acababa de poner los piés en Flandes, y que era quererle descansar cuando no le faltaban fuerzas ni vigor para servir, cuando el Estado de Milán pedia su asistencia por su valor, noticia, canas, opinion, prudencia y grande juicio, pidió licencia; y viendo que se la daban para venir á España, la tomó con promocion al Consejo de Estado, y despues, á largo andar, á Mayordomo del Rey, quien estuviera mejor gobernando ejércitos y gentes por la estimacion que siempre hicieron de él todos los Príncipes de su tiempo, gobernadores de Flandes; y entraron en la corte de Madrid uno tras otro el cardenal Borja, echado de Roma por el Papa; el marqués de Santa Cruz, dejada la Margarita y Santo Honorato, que tanto nos encarecieron los bisoños, y Don Cárlos Coloma, quitado el asedio de Lombardía y removido cuando por necesidad que se tenia de su persona habia de ser perdurable en aquel Estado, con harta admiracion de los celosos al credito de nuestras armas; discurriendo que, necesitando de hombres la Italia por la importancia de su conservacion y por los muchos y muy poderosos enemigos que la pretendian invadir, habiéndole hallado ya elegido el que habia, y éste procedido con honra militar y con fortuna, echando los enemigos del Estado en que se incluian dos Príncipes, un General del



rey de Francia y el uno de los dos potentados de fuerzas competentes para contender con cualquiera Monarca, como lo ha hecho alguno, ora peleando con los ejércitos franceses, ora con los españoles, y héchole levantar de un sitio (al parecer de soldados) peligroso, no conservar allí este Capitan, no honrarle, no favorecerle para los trances que se esperaban, y más hallándose victorioso, es gran freno para los enemigos, y áun para que depongan de sus materias y muden semblante las confederaciones. Digno es mucho de reparo y áun de fatiga, que estén los poderosos tan adelante que tengan por conveniencia atropellar la seguridad, porque su deudo y no otro, aunque sea el más benemérito, maneje aquella parte, porque es de honra y autoridad; que tan escudero era Don Diego Megía como D. Cárlos Coloma, y de más partes era Don Cárlos, pues era mayor soldado. ¿Qué nacion ha habido, la más bárbara, que al Capitan que eligió para sus empresas, siendo afortunado y vencedor le mude ó le dé ocasion para dejar la guerra? ¿pues qué seria si se erigió de necesidad ó más por desesperada confianza? Esta deliberacion, que bien observaron esto aquellos grandes políticos en ambos Estados, y aquellas dos grandes repúblicas, maestras del arte militar, ántes que las entorpeciese la valentía del ánimo los vicios de la codicia y la sensualidad, tenian por error verosímil. Al Capitan que asistia en gran provincia, que tenia debelados muchos y muy indomables enemigos, miéntras tenia reputacion, que se hallaba bien servida la República con despojos y victorias de los enemigos, nunca le mudaban, ni le trocaban por otro, aunque fuese tenido por mejor soldado: pues ¿qué hicieran si no fuera tal? Áun la disciplina de los cartagineses bárbaros, más que ellos, asistian con inviolables preceptos á esta causa; daban honra y veneraban sus mayores caudillos; de aquellos eran los lugares y los puestos, los magistrados y las honras, los triunfos, imágenes y estátuas, que eran dichosos en las armas, no en potestad y bienes de fortuna. ¿Qué dijera Anibal, si cuando estaban contendiendo en Italia con la ciudad vencedora de otras gentes, con las legiones y cohortes romanas, con la grandeza



de ánimo de Scipion y la prudencia y sagacidad de Quinto Fabio Máximo, si despues de vencidos innumerables peligros y dificultades, y hallando enemigos tan prodigiosos, le enviara la Ciudad sucesor (sino es cuando le vió entretenido en las delicias de Cápua), le proveyera el oficio, pusiera en su lugar un bisoño ó le antepusiera otro no tan grande soldado como él? Ocasion fuera de justa queja y áun de deshonor para la patria; y así hubiera pocos soldados para la guerra. Ha sido este régimen influencia fatal de nuestros Capitanes, é infelicidad y desmayo de los inclinados á la milicia, el ver desfavorecidos los soldados viejos, deshechos todos y acabados los mayores y mejores en fortuna, con el desaire del disfavor ó del agravio; tragados ántes del desden que del enemigo, quien debiera más aína asistir á este particular que á los suyos, por nervio más principal del Estado: sólo D. Diego Megía, armado con sobra siempre de soldados y dineros, sin una memorable faccion, sino resuelto á más no poder, y los demas Capitanes, y un Infante hermano del Rey, sin ejército, sin un real, expuesto á vaivenes indecentes de su persona y de la honra de España. Reconociendo esto los soldados, desamparaban las banderas, faltaban hombres y llegó á estado esto, que prendian la gente baja, y con esposas y grillos los llevaban por fuerza en carros, porque muchos de los que se habian hallado en las ocasiones pasadas y servido maravillosamente, viendo la dificultad de las pretensiones y las faltas de los premios, habian escogido la religion y trocádola por malicia. En esta manera, si aquellos fracasaban á la vista de sus servicios en la guerra, en la paz no faltaban desdichas y calamidades áun entre los celosos del bien público; y aquellos Consejos que en las eras pasadas de nuestros mayores Príncipes servian á la tranquilidad y al beneficio de los súbditos, y á adelantar con dulzura las materias del gobierno y del despacho, siendo el poderoso el arbitrio general de tributos, gavelas é imposiciones, estos tales, ó de miedo ó de ambicion, ó de todo junto, no se explayaban á otra utilidad que á estas vejaciones, á introducirlas y anhelar por ellas como fin último de sus acrecentamientos y cuantas



dificultades se le ofrecian, que ya no habia ninguna, porque se habia perdido totalmente el respeto y la tolerancia á la deformidad de los pechos, y corria ya sobre nosotros como diluvio.

El Consejo de Castilla, y aquellos hombres de canas, que lo habian de ser de conciencia, y aquellos que afectan saber ambos Derechos el Civil y el Canónico, y que fueron elegidos para el ministerio de la justicia y la verdad, y para insinuarla al Príncipe, esto lo aprueban todos, los disponian y los dictaban al pueblo, ya con amenazas, ya con rigor; poniendo á muchos lazos y tropiezos, para que cayesen y fuesen castigados en la sangre y en la bolsa, que era lo que se pretendia para extenderla á delicias y festejos, y que sólo sobrase para esto y faltase para el ornamento de Palacio, donde no habia ni se profesaba otra cosa que vilísima miseria. Pidióse este año á los Grandes, Títulos y Caballéros de las Ordenes militares, y á los que no eran de ellas, dineros y soldados para la guerra, los gajes á los ministros y criados; y aunque á los más graves y de mayor punto no era esto hacerles heridas en las haciendas, porque las tenian á su mandar, pero los mejores y más puros y que no se sustentaban de otra cosa, lo sentian y entraban á la parte de la necesidad con todos. Pidióse un tercio á los juros, luégo un donativo general y forzoso, que más parecia violencia que donario; millon y medio, y luégo nueve millones en el reino, pagados en tres años; y si esto se pidiera con términos templados, y como se solia pedir en las Córtes de las eras pasadas, parece que era de sufrir; pero bajaba un papel, forjado de intolerable aspereza por el superior, y las primeras palabras del pedido, sin gastar exornacion ni arenga de palabra y sin medirse con la urbanidad de las Córtes y de aquellos hombres que están allí por el reino y por sus ciudades, la primera razon y propuesta, desembarazando como si fuera nube de granizo la primera piedra, todo era horrores, amenazas y deposiciones, sin hacer reparo en un reino gastado y consumido: finalmente, dijo que el que negase aquello queria dar el reino al rey de Francia, cosa de que todos se sus-



pendieron y quedaron admirados, que no era mucho, porque no estaban usados á oir cosas semejantes ni palabras tan fuera del término castellano, porque se le pudiera responder, que el que le quiere dar el reino es quien le levanta estas novedades. Dígalo Cataluña y Portugal: ¿quién se ha descuidado en asistirles y de entender á lo que les toca, gastando el tiempo en sus particulares de conveniencia y entretenimiento? Quiso despues pedir más, ó perpetuar alguno de estos millones concedidos, y porque los más condolidos de la vejacion importuna de los pueblos hicieron algun reparo, no bien satisfecho del papel pasado, arrojó otro, diciendo se les andaba haciendo una causa á los que no habian querido conceder nada, y otras amenazas y terrores inauditos y de ninguna humanidad. Quien le pudiera responder que tuviese cuidado con la suya, que no es nadie tan limpio ni tan justo, ni tan de inculpables acciones, aunque sea duro cuchillo y reprension de los otros, que al fin, siendo todo cuanto hay debajo del cielo mudable por accidente y por naturaleza, no se levante alguna por lex^{ma}. que á sus oficios no le sea tremenda y espantosa, y llore por particular providencia del cielo lo que ha hecho gemir á los vasallos mejores y más fieles que ha tenido Príncipe en toda la fábrica del universo. Pero esta correccion, cuanto quiera que no fué fraternal, por ser descuido, el Estado eclesiástico, sin Bula y sin consentimiento del Papa, quisieron hacer que pagase el subsidio; y excusado porque él, que por sus disentimientos particulares se halló remiso en la deliberacion, escribieron á la congregacion de los clérigos, defendiesen constantemente sus inmunidades y exenciones, y á Fr. Antonio de Sotomayor, confesor del Rey, para que le dijese que estaban escomulgados, y áun pasó adelante el Pontífice, por causas concernientes á ésta y por la venta de oficios de la Cruzada, y no sé si de la Inquisicion (dejo la verdad en su lugar); sin embargo, hacian pagar á los clérigos, y aunque por escrúpulo pedian los movedores de estas materias, y pedido al Papa nueva prolongacion de Bula para estos tributos, él se defendia poniendo en primer lugar la restitucion de lo tomado, andaban con remor-

dimientos los Ministros, y creyendo entraba ya la conmiseracion en ellos, y que por aquí se introduciria la blandura y piedad en los corazones, hallaron medio y ardid para retener y no volver nada: llamaron en todo el reino de Castilla por ciudades, villas y aldeas, y cometieron á los curas de las parroquias, y á los tenientes pidiesen á los clérigos hiciesen donacion de lo que hasta allí habian pagado de subsidio y excusado; todos vinieron á ello, porque reconocieron la traza y el escrúpulo, quisieron ocurrir á las almas, y por aquí reconvinieron al Papa para el perdon y para correr adelante. Finalmente, todo pagaba; y si alguna cosa viviente ú oficio era privilegiado de este débito, no habia relevacion, hasta los caballos y los libros, con que todo se encarecia, y la necesidad subió de punto. Los Ministros y fabricadores de estas gabelas, porque no menguasen los caudales de donde tenian crecidos estipendios, labraban casas y las compraban haciendo mayorazgos, los aumentaban y beneficiaban á más costa de más sangre, haciéndolos más subidos, y de estas circunstancias pedian remuneracion, dando por causa que habian aumentado la hacienda Real; y era al contrario, porque disipaban el reino, consumian los vasallos, los apuraban y dejaban exhaustos, con que todos los mantenimientos y atavíos estaban subidos y mixturados de cosas inmundas y asquerosas con que enfermaban y morian las gentes, no habiendo dejado la malicia cosa por ejecutar sobre la haz de la tierra; y si el fundamento de la nobleza era no pechar y ser libres de pechos y alcabalas, en esta era, por la inmensa inundacion de los pedidos, se habia extinguido el lustre de este privilegio, porque nobles y villanos, grandes y pequeños, todos pagaban y eran tributarios de cuanto se les echaba ó se les pedia, y esto por justicia y con rigor, embargando las haciendas y enviando jueces sobre ellas, como se efectuaba con el más humilde labrador, cuidando más aína de levantar ladrillos que hombres, si no eran los de aquella esfera y sangre.

Acuérdome de haber leido en Josepho *De Belo Judaico*, que pudo tanto la codicia y la maldad, con un Gobernador que



les enviaron los romanos á una provincia á los judios, y fué tan mañosa su estucia, cuando por innumerables pecados llegó á cumplirse la profecía de su destruccion, que permitió las tiranías, y las extorsiones al pueblo, porque tumultuando, y entrándose por aquí á la sedicion, siendo lo primero que se confunde y estraga la severa religion de la justicia, porque no se hiciese de sus atrocidades al residenciarlas, queria que espirase primero ántes que la hubiese, y consintió en la destruccion de aquellos hombres porque no hubiese quien le avisase y librase por aquí, dando por causa que se habia perdido la tierra porque aquellos habian querido perderla, y que sus fuerzas solas no habian bastado; y quedóse con los vicios y con todo lo que pudo tomar. Traíale en cruz un reciente cuidado de la ida del duque de Medina de las Torres al reino de Nápoles, al casamiento con la princesa de Astillano, y sobre quién cargaria la vigilancia y la vela del cuarto del Rey; aunque se quejaba de él, que no asistia ni le ayudaba por su poca atencion, ántes divertido siempre en materias deliciosas y entretenimientos, sin cuidar del oficio de Sumiller: como tenaza del Cuerpo Real, ponia los ojos en algunos, y todos no le eran á propósito por su medio, ni por parientes, ni de aquellos que por criados y beneficiados habia metido en el cuarto del Rey, y se le habian dado por confidentes. Estàba suspendido en esta materia, imaginando el rumbo que tomaria, porque el lugar era peligroso y combatido de muchas partes, particularmente si el progreso no es como se requiere y el que pide gobierno, que no admite culpas, aunque sean muy leves; porque como no veia al Rey si no á una hora privada, en todo el dia, y era poco más de cuarto, porque lo restante gastaba en el retiro y en su aposento presidiendo en todos los Consejos y en inmensas juntas y materias, y aquellas que él queria ejercer por su persona, como las riendas más esenciales del gobierno, adonde no queria faltar, y lo otro le parecia que aquel rato, teniendo todo lo demas asido, le bastaba saber lo demas por espías y confidentes, que le daban cuenta de los más mínimos átomos del cuarto del Rey. Sucedióle á este tiempo



un lance en Palacio sobre que halló modo de descansar de este cuidado, y asegurar el continuo zozobrar de su corazon.

Estando en el salon de Palacio una noche, oyendo el Rey la comedia, acaeció que D. Juan de Herrera, un Caballerizo suyo, hombre arrojado y no poco tocado de soberbia, ó por la fortuna del dueño ó por su condicion y falta de prudencia, se cargaba demasiado sobre el marqués del Aguila, hijo del marqués de Montemayor, cabeza de los Silvas, casado con una hija del conde de Cantillana, que habia sido dama de la Reina; díjole que se tuviese, y él respondió, que arrempujaban de atras. Volvió á ser ménos atento y más pesado, y á cargarse de nuevo; el mozo no lo pudo sufrir, y díjole si estaba borracho: el D. Juan de Herrera, que era del hábito de Santiago, le replicó: «miente.» Esta palabra, como estaban allí algunos caballeros, la oyeron; pasó la palabra, suspendióse el caso y quedó en esta forma la primera jornada y segunda de la comedia: oyóla el marqués de Miravel y el conde de Sástago, Capitan de la guardia alemana, y de aquí pasó á muchos de los Silvas; y como esta casa y la de Pastrana, que tambien es Silva, tienen tanto de Mendoza, quieren decir que de una parte y otra se juntaron dentro del mismo salon á tratar la satisfaccion del agravio, y cómo se haria. Avisaron al conde de Cantillana, y vino volando á Palacio; estaban allí el duque de Pastrana, D. Manrique de Silva, conde de Portalegre y marqués de Govea, Gentil-hombre de la Cámara del Rey, descendiente, segun dicen, de la casa de Montemayor, y el marqués de Almazan de las familias de Mendoza, y por los lados de la comedia solicitaba al marqués del Aguila el marqués de Almenara, hijo del marqués de Orani, que era Menino, y todos Silvas de la casa de Pastrana, que entónces era Menino, y señalándole con la mano le inclinaba á que le diese un bofeton ántes de acabar la última jornada. Llegaron el duque de Pastrana y el marqués de Almazan á la parte donde estaba D. Juan de Herrera, que aún todavía se estaba oyendo la comedia, habláronle en el caso, apartáronlo de allí con estratajema para ejecutar lo tratado y que no fuese tan á los ojos



del Rey, y acabada la comedia y al tiempo que llegaba la Reina á su cuarto, que ya iban todos saliendo, llegó el marqués del Aguila con todas estas espaldas y le dió un pescozon, por un lado ó por detras. Quiso meter mano á la espada el D. Juan de Herrera; túvole los brazos el conde de Sástago en forma de prenderle, que para esto tuvo habilidad; sacóla el mozo, y Cantillana con él; alteróse el salon, y todos los que estaban allí, de cosa tan estupenda y nueva, y apriesa como se conmovió la gente con esa misma se sosegó. A D. Juan de Herra llevó el Sástago al Conde, y el marqués de Govea abrió por el retrete á los demas con su llave y los echó fuera: viendo el conde de Olivares á su criado delante de sí, dijo que le llevasen preso; los demas se escaparon sin poder haber á ninguno á las manos. El conde de Montalvan, que era de semana, cerró la puerta del salon, dejando dentro los que pudo, y se puso á escribir el caso, tomando los dichos á muchos. El D. Juan de Herrera, entregado ya á los soldados de la guarda para que le llevasen preso, pasando por la puerta del cuarto del duque de Medina de las Torres, les dijo se le dejasen hablar: los soldados, como era cosa de valido, aflojaron y le concedieron la licencia: entró allá dentro, y tratando del caso, la resolucion fué escaparle por un balcon, porque el cuarto era bajo, y dándole dineros tomó la fuga; y el duque se disculpó despues con decir que no sabia nada, y que le dijo al D. Juan, viéndole alterado, que no se lo contase; quedándose los soldados en blanco y sin tratar de castigarlos. Valióle lá fortuna del tiempo, y al otro la calidad de la sangre, cuyo sagrado le fué la casa del embajador de Alemania. El conde de Montalvan echó la gente fuera, bajó al bureo, comenzó á llamar á los de más noticia y pasó adelante con la informacion. Aunque los más de ellos parientes, y del reino de Toledo, prendieron al conde de Cantillana, acusado de haber metido mano á la espada en el salon del Rey contra D. Juan de Herrera, y al marqués de Govea porque echó á los delincuentes de la otra parte, y más que todo, porque se presumió que habia sido de los consejeros más briosos en que se tomase allí la



satisfaccion, en aquel sagrado tan digno de temor y respeto; aunque esto no se pudo averiguar, aunque se hicieron las diligencias, porque á poderse averiguar, fuera el castigo riguroso y pesado, porque el Rey recibió grande enojo de que en su Palacio se cometiese aquel atrevimiento. Prendieron tambien al conde de Sástago por la misma sospecha, y porque siendo Capitan de la guarda y sabidor de las palabras, no los prendió luégo por excusar aquel escándalo, y pudiendo estorbar lo que despues sucedió; porque al fin le culpaban, que fué de artificio y de acuerdo el tener las manos al Herrera para que le pegasen. El Conde recibió enfado cuando lo vió llevar delante de sí, teniéndolo á mala intencion del Sástago, con quien muchas veces habia luchado contra pretensiones, y que le pusiese en aquel empeño, porque él no habia de querer echarse sobre sí el que no le prendiesen, incurriendo en contravencion del derecho de la justicia quien era tan observante de ella, y lo aconsejaba, y tambien era dura cosa exponerle tan apretadamente á su criado, que mañana le viese cortar la cabeza en teatro póblico, y todo esto atribuyó á falsedad ó tentacion del Sástago, por hacer delincuente varon tan limpio (aunque no desfavoreció la fuga) á su intencion y al tiro que le queria hacer; y juntándole aquí algunos de sus atrevimientos pasados le castigó, y porque se dejaba decir que las mercedes que le habian hecho eran de miedo, y no se de qué, porque si eran de la lengua, asi se hacia el tiro, pues de valiente ó poderoso pocas cosas habia más menguadas: ya se le hizo gemir el aliento con el peso y la costa de las guardas. Prendieron al marqués de Almazan, y al duque de Pastrana porque parece fué de malicia, y echado de los otros, para que sucediese allí aquel caso, que segun el duelo de los alimentados con soberbia dijo se tomase la enmienda donde habia sido el agravio, y diese comodidad á ella, porque no lo querian dejar para despues, ni para allá fuera, ni remitirlo á las espadas donde se reconocia tanta ventaja en los cuerpos y en los corazones; porque todos decian que el D. Juan de Herrera se le llevaria, porque el marqués del Aguila era muy poca cosa; agravábase

el delito por haber sido en Palacio, y no haber reservado la satisfaccion para el campo ó para la calle. Remitióse la causa al Consejo de Castilla, y aquellos jurisprudentes á D. Francisco Antonio de Alarcon, que llamaba testigos y volvió á apretar la causa; los cómplices, algunos de ellos, se procuraron resguardar, y quién decia que el marqués del Aguila se habia metido entre la Andalucía y Portugal, y el D. Juan de Herrera, á la sombra del duque de Medina de las Torres, donde no le pudiese alcanzar ni comprender la justicia de Castilla; encaminándose al reino de Nápoles, esperando por horas la satisfaccion de él D. Juan, su peregrinacion y trabajos por el duelo de dos palabras, y de no poder haber á las manos á su contrario, retándole para la provincia de Lieja ú otra de ménos equidad en estos lances, poniendo carteles en las calles y plazas públicas de la corte: él al fin perdió su descanso y comodidad y la gloria (aunque caduca) de ser criado de valido: esto lo sabe quien ha pasado por ello. Quisieron culpar tambien al marqués de Miravel sobre el consejo; pero disimuláronselo, aunque en el semblante del Rey recibió castigo: los que se hallaron á la ejecucion del desagravio, unos sacaron de Madrid y los llevaron á algunos castillos, á Cantillana á Montanches, Govea ó Coca; otros quedaron presos en Madrid en sus casas, donde si la ira y el castigo no tirare á las cabezas, hará cruda presa en las haciendas y en las bolsas, que era lo que se buscaba.

Sucedido este caso, halló puerta el poderoso para descender y vadear los piélagos procelosos de su desconfianza, viendo atrevimientos semejantes. Vino al cuarto del Rey, á su hora, y ponderando el desacato, se arrojó y dijo: ¿cómo han de tener respeto los de fuera, si los de dentro y en la Cámara de V. M. le pierden? que queria componer la casa, y que desde el portero de cadena hasta el Gentil-hombre de la cámara se habian de ajustar y poner en respeto, residenciarlos á todos, é imponer á cada uno de nuevo en lo que habia de hacer y le tocaba, porque todo estaba relajado y perdido el buen uso de las ceremonias, y de lo que los criados antiguos

solian usar en Palacio; que nadie hacia lo que le tocaba ni sabia lo que se hacia; que todos querian entrometerse en su cuarto á todas horas, Mayordomos y los que tenian llave de entrada, y que esto era menester ceñir, excluirlos y cerrarse, porque era terrible que un Rey estuviese expuesto á todos cuantos le quisiesen ver; y que con órden suya habia de nombrar tres Gentiles-hombres de la cámara por censores, que estuviesen en todo y se hallasen á todo, é inquiriesen las ceremonias de los Ayudas de cámara, para que en lo que faltasen le diesen cuenta y fuesen castigados. Aunque S. M., como más atento y vigilante y más interesado, se sirviese de atenderlos y decírselo, vino el Rey en todo, y todo lo abrazó, no entendiendo que el querer ceñir á todos, sin embargo de que así, el primero á quien de nuevo queria atar y subprender era á él, y modificarle las acciones. Porque si dicen que los privados sirven á los Reyes, yo digo que los Reyes sirven á los privados, porque hacen lo que quieren de ellos y sacan lo que quieren, enderezando á su conservacion, á que sean respetados, temidos y adorados, valiéndose de aquella política suya de tener siempre á los criados y á los súbditos (no al menor por insuficientes sino por mejores) mal vistos y por calumniados, apartados y en desgracia del Príncipe, porque ninguno arribe, ni se le haga lugar ni se le ocupe; insidiados más aina por serviciales y atentos, que por dejados de sí y cuidadosos, porque no oigamos decir, no servís, no cuidais, no asistís; sino apartáos, no llegueis, no le hableis, no le pidais; porque ninguno sea algo, porque todos ó muchos de los pedidos de este tiempo, los inmensos tributos y gabelas, demás de defraudar el comun, de asediarle y meterle en congoja, y consumirle, eran lazos para que cayesen de la gracia y satisfaccion del Príncipe, si de alguno la tenia, porque mostrando disgusto en la inmensa continuacion que era fuerza, porque no hay hombre tan valiente que contra las iras, las calamidades y los agravios, que si son siempre importunos y molestos, no muestre algun ceño ó gima, ó se deshaga de la gravedad de él, porque nunca he visto que vaya nadie con buena cara al su-



plicio, si no es el mártir; y estando atentos los malsines ó delatores, por ellos ó por otras personas juradas por maldades semejantes, ó ya en escritos ó consultas por Presidentes ó Consejeros fieles á estos artificios é injurias, los ponian en las orejas para abatir de la esperanza y del premio á los criados, á los que se dieran la sangre, la vida y la hacienda por él, y así no se harian, si no es á estos y á los de su cuadrilla. Para aquellos está cerrada la hacienda del Rey y las mercedes, y para estos de par en par abierta y sin duelo; no se daba sino al que asistia en su cuarto, para dar á entender que no habia otra esperanza sino aquella; aquel asistir al Rey y obligarle, no habia de correr por mérito sino por desamparo, porque no se habia de esperar de allí; á unos recreaban con la libertad, y á otros quebrantaban el corazon con la miseria.

Habiendo, pues, cargado el atrevimiento de su criado sobre los inocentes de la Cámara del Rey hizo alarde y llamamiento, algunos dias ántes de la ejecucion, de Gentiles-hombres de la cámara y de Ayudas de cámara, para que de nuevo y con tiempo obrase el miedo, gran ministro de sus designios. Extraña cosa que se haya dado á creer un hombre, que entre personas de tan honesto proceder y que jamás le tocaron en la privanza, que ni son alárabes ni theoglodítas, tenga por más atinada política enderezar su fortuna y encaminarla ántes con fatigas ejercidas sobre la paciencia de aquellos, que con el halago ó el cariño del premio.

Hizo eleccion, é instituyó un triunvirado en que afirmar sus desconfianzas y su miedo; y la falta del duque de Medina, su yerno, fué tambien mucha parte de esto, ó el todo, que el Duque, como estaba para espirar y partirse de la grandeza de Palacio, no estimando tanto la del vireinado de Nápoles, ni el casamiento, le dijo con claridad y sin empacho, que con el modo de gobierno que se llevaba y la traza de él, si no se tomaba otra, se habia de perder la Monarquía. Alterándose mucho y diciéndole que quién lo decia, respondió que muchos hombres de juicio y consejo: quiso saber quiénes eran, y él calló y prosiguió, que no habia hombre en el cuarto del Rey ni fuera



de él, que bien le quisiere; con que se empezó á turbar todo, y no habia criado ni ministro que en un instante no corriese la voz que todos eran expulsos y echados de sus oficios, hasta sus mismos parientes, como los de la casa del Carpio, sin hablar en otra cosa, preguntándoselo los unos á los otros; con que subió á toda su potencia la desconfianza, y tan á mano la vida y la muerte de los hombres, que en hacer y deshacerlos, no parecia criado sino señor.

Digo que puso el cuidado de su conservacion, insinuando al Príncipe que era de su servicio y para que estuviese en autoridad y respeto su cuarto, y para avisarle de los descuidos y las faltas que eran bien se castigasen. Finalmente, les propuso tuviesen cuenta con él, le diesen parte de sus acciones, de las cosas más menudas, qué hacia, con quién hablaba, hasta, si era posible, de lo más íntimo del corazon y de los pensamientos, que hasta en esto queria reinar, y se lo revelasen, porque si hubiese algo que contraviniese á su conservacion, desvanecerlo, precipitarlo de altísimos escollos y derrumbaderos. El primero de todos y de algunos otros, años ántes consignado para ayo del Príncipe y halagado por aquí, el marqués de Miravel; á éste, para industriarle bien, y que saliese maestro, le impuso primero en la persona del Rey, y debiendo acudir al Consejo de Estado por los inmensos accidentes y armas de los Príncipes forasteros confederados, contra la seguridad, y para trastornarla, entraba todos los dias á las diez de la mañana en el cuarto del Rey, echándosele encima y no dejándole respirar, atento á las acciones y movimientos de todos para delatarlos; y en esta forma todas las tardes hasta las ocho ó las nueve de la noche, que partia á dar cuenta de la tarea y de lo sucedido de el dia. El otro fué por pariente y por hallado, el viznieto del secretario Cobos, oficial del secretario Conchillos, conde de Viela, hijo del marqués de Camarasa, gran sujeto para estas vagatelas, gran cosecha de chismes y cuentecillos, hombre menudo como miserable, y tan cuitado como menudo, y de ánimo corto: éste era fiscal como el antecedente, que este título les habian



dado en la magestad de un cuarto del Rey. En aquella integridad y soberanía antigua, pues, no se erigieron oficios más mecánicos é indecentes. Hay mucho que agradecer, segun estaba ya alterado y con turbaciones el ánimo del hombre, tanto, que daba miedo no se fraguasen mayores riesgos sobre el sosiego de los criados. Sin embargo de tantos reparos, que todos los atropellará el tiempo, traia vida bien miserable, más para aborrecer que para ser apetecida, y no debia de causar novedad, porque siempre debió de ser así. Este, como digo, seguia las pisadas del otro y más pesadamente; se mostraba más fiero para los criados del Rey, hacia las mismas asistencias y oficios, y no dejaba al Príncipe un instante: si un Ayuda de cámara le hablaba en alguna de sus pretensiones, se introducia indiscretamente en medio de la audiencia, y de esta manera, debiendo serle criado leve, le era sombra y fiscal, y la valentía del ánimo del Príncipe en pró de su valido, todo lo tenia por bien, y lo digeria y convertia en beneficio de su dictámen; luégo le socorrió la gracia del poderoso, y le alcanzó el beneficio con 6.000 ducados de ayuda de costa.

A estos dos seguia el gran D. Luis de Haro, no habiéndole encargado otra legacía despues que le hizo tratador de las Córtes de los valencianos en Monzon; pero yo digo que no le eligió para esto, ántes eligió á los otros para él, y para que no le perdiesen de vista y se diese por avisado en no solicitar gracias ajenas, porque si alguna roncha le daba cuidado, era ésta y le escocia. Era D. Luis de Haro buen mozo, virtuoso, ornado de prudencia y avieso cazador, lo que bastaba para no desperdiciar viciosamente el tiempo, y con libros lo que bastaba para no ser ignorante: no seguia el delirio de los caballeros mozos de la corte, ni apetecia el ser mal inclinado como ellos: era de costumbres inculpables, y en el tratar verdad no perecía señor aunque lo era de su palabra, y en cuanto á la distribucion, si no era liberal por lo que tenia de Guzman, no era corto, porque los cuidados en los hombres deseosos no permitian estirar con prodigalidad el caudal. Por todas estas cosas era bien visto del Rey, ó por convertirse más pródiga-

mente al beneficio del valido, ó porque era su sobrino, aunque el Regente no era favorable al parentesco ni propicio, porque le habia de heredar, y si por nada de esto, porque hallo que aunque lo influyen no nos lo declaran las estrellas, ni lo podemos leer en ellas, y ni sabemos lo que será en lo de adelante, ni qué es lo que se espera; pero el oficio de fiscal, si alguno le hacia más templadamente y con ménos veneno, era D. Luis de Haro, como aquel que para tener lugar cerca del tio, si esto podia ser por la lucha de los cielos, tenia bastante parentesco para descuidar de entremetido y abandonar esta bajeza, apetecida de los hombres ruines de Palacio.

Eran, pues, estos oficios y sus instrucciones para unos contra otros, para decir unos de otros, para saltearse los unos á los otros, para contra sí mismos y los más estirados, y algunos si en lo pasado habian entrado en lid con el valido, si habian tenido humos de la primacía de Sumiller, privado del Infante, ó si eran del séquito de otra era. En primer lugar contra el Ayuda de cámara, no de los de su familia, que á estos se les consentia comer de todo; estos podian hablar con el Príncipe, y desconfiábase de aquellos como si hubieran atentado contra la seguridad; permitíase que se les regalase, que pidiesen cuando quisiesen y se les diese siempre que pidiesen, les estuviesen prontas las mercedes, fáciles, sin estorbo, y dificultosas para los que no militaban debajo de su antojo: los otros eran peores que el Richelieu, que el conde Enrique de Vergas, que el Freislan y el Beimar, y si lo que se ha cuidado de aquellos se hubiera cuidado de estos y se les hubieran hecho las pláticas enormísimas, dado los asaltos y embestido con las persecuciones, los agravios, las desestimaciones, los desprecios, los disfavores y la falta de premios, ya estuvieran frustrados como estos. Llamó, pues, á su cuarto á los Gentiles-hombres de la cámara y á los Ayudas de cámara, adonde Presidentes, Ministros y Grandes señores iban á dar la obediencia, no cediendo el asiento y el lugar que enseña la cortesía, ni visitando á nadie en su casa, inventando ocupacion y trabajo. ¡Que fuera

estuvo de no dejar de atender á esto aquel grande maestro de cortesanos! ¡qué hombre, á quien le tocase de obligacion, no vió, visitó, y visitándole á él en su cuarto en Palacio, no diese el primer lugar y le saliese á recibir y le acompañase despues hasta la pieza destinada ó debida á tales ceremonias! Y si nó, respóndannos, ¿cuántas veces le visitó él cuando adolecía de sus firmezas de cubrirse, y por dónde hubo la llave de Gentil-hombre de la cámara del Príncipe, que hoy tiene, con que arribó á la Majestad de que hoy padecemos?

Hecha, pues, esta junta, hizo cercar su trono de biombos y poner algunas sillas, y allí mandó sentar á los Gentiles-hombres para exhortarlos primero, que fueron el Almirante de Castilla, el marqués del Carpio, D. Luis de Haro, el conde de Niebla, conde de Aguilar, el de Vielas, pues el marqués de Miravel no pareció, porque era ya demasiado atrevimiento reprender un Consejo de Estado, ó cuando no sea esto, ni enseñarle ni advertirle; el duque de Medina de las Torres, como estaba para espirar en su oficio, hizo el Ministro de Conductor, porque aquel hombre, despues que enviudó de la primacía, no era más que una sombra ó fantasma sin alma ya para lo de Palacio: trocó las manos en la oracion porque no haya punto que no sea tocado de mañoso, y lo queria insinuar á los Ayudas cámara; dijo á los Gentiles-hombres, y lo que á estos á aquellos, y muy despacio y á largas intercadencias é intermisiones en las sentencias, comenzó á ponderar la reverencia que se debe á S. M., con tales frases y colores como si hablara con indios ántes de conquistados; asunto forjado ya para calumniar y hacer cargo y desmembrar de allí la licencia que se tomaban muchos con las llaves, sin ejercicio, para entrarse en el cuarto del Rey; y habia usado de esta liberalidad por no darlas con ejercicio y suspender á los pretendientes para no darles nada, sino todo mercedes vanas, inventadas sin providencia, como tambien introduciendo en el cuarto del Rey entradas de Gentiles-hombres de la cámara y de Mayordomos, pasando ya la multitud viciosa de estas vagatelas á número desmedido. Luégo corrió á tratar la materia de los Ayudas de

cámara, y dijo que se haria estimacion de ellos, con que se hacian lugar en Palacio y fuera de él; y esto queria que, aunque lo decia á los Gentiles-hombres de la cámara, viniese á las orejas del Rey, para que se abstuviese de lo mismo; que hasta esto, á aquel corazon rodeado de cuanto produce la tierra, y todo á su voluntad y debajo de su mano, le causaba celos; y como era opinion que algunos Ayudas de cámara han ayudado á subir Gentiles-hombres de la cámara á valimiento del Príncipe, queria modificar esto y quitar esta esperanza de los pretendientes, que viniendo todo aquello que incidentemente puede hacer el tiempo, mirando á todas partes y á todos vientos, porque tambien él se hizo Sumiller del Corps del infante D. Fernando, tomando aquel puesto, que es tan propia la fe como el particular, atendiendo tambien á la naciente novedad de meter al Príncipe, si no fué á los once años, como se hizo con el cuarto y el tercero, y se alargó hasta los catorce andando ahora en nueve, en el cuarto de su padre, que le sirviesen sus cuidados, sin ponerle casa para ir beneficiando aquella viña y no meterle en otro cuarto donde otro le saltease, por no venir á dar en manos de aquel, como los de la casa de Sandoval dieron en las suyas. Pues para encaminar esto más á su sabor, quiso más en esta junta; destruir y deshacer que Gentil-hombre de la cámara no tuviese conversacion ni alianza con Ayuda de cámara, ántes meter cizaña entre ellos, proponiendo les mandasen algunas cosas poco sabrosas, que él quiso fomentar en su tiempo, para desabrir los Ayudas y que ántes huyan de ellos, y que no los busquen para sacarlos más y ponerlos ántes en lucha que en sosiego. Un plato que toca al Gentil-hombre de cámara, cuando trincha, les decia, ofreciéndoscle muchas veces, que no se lo diesen, ántes que le estimasen por el derecho y la circunstancia y le comiesen; pero ellos estaban tales y los tenian tan menoscabados con los pedidos, que ya no era menester advertírselo, porque comian de ellos y los mandaban llevar á sus casas. ¡Qué cosas para el duque del Infantado ó para los duques de Alba y Pastrana, ú otro señor Gentil-hombre de la



cámara en la era del Rey católico D. Felipe III, cuando buscaban ocasion para ofrecérsele al Ayuda de cámara, dándose por lisonjeados de que le quisiesen admitir! De tan menudas cosas ocupaba su entendimiento, y así los mayores peligraban como ofendidos de los menores. El pensamiento de meter al Príncipe en el cuarto de su padre fué tentacion de lisonjeros, y fuera de todo buen entender, particularmente á un Príncipe jurado en Castilla; mas esto, aunque el Rey pasaba por muchas cosas, ésta no la abrazó, como se verá adelante en los años venideros.

Feneció con los Gentiles-hombres de la cámara y llamó á los Ayudas, casi enfadado el Almirante y áun todos, porque aquel género de proponer y exhortar tenia demasiada soberanía é imperio, y que ya aquella subordinacion era muy pesada, y más para criados suyos que para Señores. Y luégo se lavaba las manos y echaba la culpa al duque de Medina de las Torres, que con su ida revolvia las cosas de Palacio, como aquel que estaba para dejarlas por fuerza; y era por lo que le habia dicho que perdia la Monarquía con su modo de gobierno y novedades: mas él queria poner allí otro, y meditaba en hacer sucesor en su casa y volver á asir el oficio de Sumiller de Corps. Decian que les imponia defectos que no tenian, para hacerlos feos y mal vistos delante de su Príncipe; que no era perderle el respeto hablar con él cuando él queria hablar con ellos, preguntarlos y responderle, si ya no es que á todos los queria leños, cuerpos fantásticos y sin alma. En los Palacios y cortes de grandes Príncipes siempre fué lícita á la urbanidad el mover pláticas, y despertar argumentos para entretenerlos y que les sirvan de recreacion y enseñanza; aquella lucha y batalla de los enemigos mejores, agilita los notables, y el estilo elegante de algunos labra el de los otros, informa y cultiva, y por esto son precisas las repúblicas, las escuelas y las academias; y es virtuosa su fatiga, pide los actos públicos, los hace más venerables y reverentes, y aquel Palacio y aquel Príncipe, donde se ejercita esta virtud, tiene mayor autoridad y opinion entre los otros y vuela su fama á



las regiones más remotas, le exalta noblemente y es envidiado el Señor y áun temido, más por la discrecion de los siervos y la gloria que de su saber le redunda, que por las riquezas y tesoros, grandes provincias y colonias. De aquí se ocasionó en algunos reinos el quedar las personas Reales con el nombre de Príncipe perfecto; y de aquí los conocerá y los ocupará en gobiernos que le sean útiles. Pero no era esto lo que se queria: mas como la maldad y la malicia sea á las veces mucho más poderosa en estas cosas por infelicidad del Príncipe, y ésta la causa más urgente de donde se origina el inclinarse tal vez al mejor juicio, para rastrear el acierto que el más descuidado de sí, por estorbos que le procuraban, quiere saber (á lo ménos si se habla de ser) que el que es supremo tirano, qué tiene celados por su ambicion hasta los más virtuosos, tomados los pasos y los caminos de mejor educacion para traducirlos á sí y á sus conveniencias, por no descaecerse de su imperio, si sabe que alguno tiene partes que le puedan ser de estorbo á sus buenas andanzas, aunque sean en pró del Señor y del Estado, si ha de contravenir al suyo, las atropellará y las gastará afeándolas, y dirá que no convienen, y propondrá por más lícita la ignorancia y la ociosidad, y afirmará que este modo de ejercicio es falta de respeto y dejará al Príncipe ignorante, por asistir á sus particulares: ¿y éste es, por ventura, el punto sólo de su política? Muchos dejamos señalados, y muchos nos faltan en los libros que nos quedan: como nos lo van delineando, ó como se ejercen sobre nosotros, los referiremos.

Religiosos penitentísimos, de vidas austeras é inculpables, afirman que las materias de su exaltacion, la opresion de Palacio, su deslustre y civil ministerio, los inmensos tributos del reino, la miseria, la calamidad, las guerras crueles y sangrientas, como dice el pueblo, contraidas de Privado á Privado, cuestan á la Iglesia de Dios infinita sangre; abriéndose las carnes, ya con ayunos, disciplinas y cilicios, pídenle con importunas y fervorosas oraciones se duela de los trabajos de su pueblo, y de los reinos, de las cargas y peso de los



súbditos, y desate las acciones al Príncipe y se las deje gobernar.

El duque de Lerma, privado del Rey D. Felipe III, y su Sumiller de Corps, cuando habia alguna falta en Palacio (que no son los hombres ángeles, cuando ni los que gobiernan lo son tampoco), no en su cuarto, no en su aposento ni en otra parte se atrevia á llamar allá á los Gentiles-hombres de la cámara, cuando por su afabilísima condicion y cortesía fueran todos de muy buena gana, por el agasajo y favor que sabia hacerlos, sino en el cuarto del Rey, sin afectacion de soberanía, cargo ni arenga, les decia: «S. M. me ha mandado avise á V. S. que ha habido esta falta, ó aquella, para que se enmiende.» Y esto, sin alterar á Palacio ni alborotar la corte, ni que se diga en ella que, como se va el duque de Medina de las Torres, hay órdenes nuevas para la custodia del Privado, que siempre parece este Palacio casa por criar, no diciéndoles ni tocándoles en cosa tan delicada é indigna de grandes varones, como que se pierde el respeto al Príncipe, porque no es otra cosa que tratatarlos de locos, y exhortando á los Ayudas de cámara.

Luégo echó mano y jugó esta pieza del respeto, santa encebada para todos, como la Junta de Obediencia para principio de grandes Capitanes; porque proponiéndoles cosas acerbas, sin premio, duras y fuera del corriente de sus fuerzas, y del lugar que les toca, siendo forzoso el rehusarlas y alegar en favor de las dificultades, forzándolas al cumplimiento con el denuesto, la amenaza ó la calumnia, resbalando en el agravio, peligraban en la salud y caian en la sepultura. Tocóles, como digo, en el respeto, y luégo en las entradas del cuarto, y tocó la amenaza de los Procuradores de las Córtes, que para todos habia látigo, y díjoles: «Mirad á quién abrís que os harán una causa:» queriéndolos reconvenir con la que se estaba haciendo al marqués de Gobea sobre el haber abierto para que se escapase el marqués del Aguila, que es por lo que digo yo que trocó las manos y la oracion. Dijo otras cosas y acabó; y aunque sea referirlo otra vez, quien le dijera que cuidase de la suya, que no tarda, no le dará mal consejo, sino muy sano, porque



es cosa terrible que un hombre humano, que no es Señor ni Rey, quiera parecerlo y use tanto de la amenaza, y exhale miedo quien es delincuente.

Otro día, saliendo el Rey fuera, fué al cuarto, cerró algunas puertas y promulgó leyes, que los fiscales, para insinuarlas y porque los culpaban que eran actores de aquella discordia ó, más claramente, que eran chismosos, para lavarse las manos de esta calumnia las pedian por escrito, y para descargarse de ella con los criados: por esto no las quiso dar el legislador, que todavía queria ver si podia contra la opinion no ser mal quisto; y fuera grande hierro darlas, porque todas eran insulsas, y Palacio, siguiendo las huellas de los criados antiguos y de más autoridad, está muy bien gobernado. Acordémonos de sus Reyes, que por las mismas causas llamaron *prudentes*, y sabian por ciencia suya que estaban bien servidos, porque es grande dislate y atrevimiento desatinado pensar que no tuvieron satisfaccion de esto, y que no lo erráran; como tambien hacer ignorantes á los criados viejos, cuando los demas Príncipes, para engrandecer sus palacios buscaban en el nuestro las ceremonias, el uso y el precepto, el modo y la reverencia; cuidado que debe por la fidelidad y estar grabado el respeto en los corazones de los súbditos y criados.

Fué todo cansado el Almirante, como dije, de la arenga referida, porque le pareció su modo intolerable y que era militar en pupilaje; á tanta fantasía habia arribado al Poderoso: dejó de hacer algunas guardas, y temiéndose del encuentro de Barcelona, ido ya el duque de Medina de las Torres con grandes misterios y melindres, regateando el dejar la gloria del lugar, y yendo el Rey por dos dias á Aranjuez, le mandó ir como más antiguo; y porque el conde se quedaba en Madrid la Semana Santa y se fué á dormir al Retiro, le mandó que fuese á dormir á Palacio; y de esta manera todos los actos públicos que, por flojo, tenia repudiados. Pero nótese que ya á esta hora le tenia hecho escala y preparado tránsito para Castilla la Vieja, no hiciese otro cerrion como el de Bar-



celona y no volviese al litigio de Sumiller de Corps, contra cuyo dictámen se armó el Poderoso de Camarero mayor, como luégo veremos; ó para resarcir otras materias venideras, como sacar al Príncipe al cuarto del Rey, no tocase en humos de privado y ascendiese á la gracia, como á la del infante D. Cárlos, que verdaderamente es asunto éste de grandes señores, aunque tambien ha tocado á escuderos, y es muy estirado criado el Almirante de Castilla (no hallo ahora las otras partes del ministerio); ó sea que, para seguir en todo las huellas del rey D. Felipe II, se pretendia dar la Cámara y el manejo de ella á hijos segundos de casas, por gente de mejor servicio, menesterosos y más atentos al pan y de esfera ménos cuidadosa, como si la omnipotencia de Dios no escondiese la sabiduría á los hinchados y la revelase á los pequeños. Ayudaba á esto el haberse ido el conde de Niebla á la herencia de su padre y á ser duque de Medina Sidonia, puesto que por su utilidad y ser General de la costa de la Andalucía, materia de estado de aquellos señores, ántes que á otra parte se asistía á Sanlúcar, puerta de las riquezas de Occidente; y el ser de consecuencia y ejemplo el haberse retirado el Condestable de Castilla, queriendo ántes asistir al oficio de Montero mayor que al de Gentil-hombre de la cámara, habiéndole sido próspero á la seguridad, ya que no en otra cosa, por haberle revelado el sigilo; materia importante practicada entre ellos y de la política arcana, para deslucir y lucirse, y que nadie arribe, ni resplandezca, ni se haga lugar, ni le ocupe, ni sea digno de él. En consejo del cuñado Sumiller, porque trabajando de algunos cuidados del oficio y del Gobernador, habíale depuesto de alcabalas y cargado de donativos, en que referian le habian tomado 300.000 ducados, le dijo: «hermano, aunque os impongan de poco respeto al servicio del Rey, por haceros con achaques en su gracia, el oficio de Gentil-hombre de la cámara más aina se ha dispuesto ya á perder el respeto al que le tiene, que no á que él le pueda perder: los ejemplos de esto, si atentamente os parais á considerarlos, os lo dirán, y en los sucesos de los otros lo vereis con claridad». Habíale



dicho esto al Condestable de Castilla el duque de Medina de las Torres ántes que se fuese, cuando hablaba en puridad sobre las condiciones de servir en Palacio, porque como se ejercitaba la guerra en las provincias forasteras así en aquella plaza de armas.

Lo que he dicho del Almirante, si ha sido discurso, el tiempo nos lo irá dictando, y plegue á Dios no vayan despejando otros sujetos menores, porque aquel suceso nos ha de servir de ejemplar, para prevenir los otros riesgos, cuando no nos contentamos de ser privado de uno sino de todos y ascendemos á la herencia y queremos que nos sea mayorazgo. Fué el Almirante á Castilla la Vieja, cuando era más á propósito un soldado viejo ejercitado en Flandes, á juntar gente, ó á recibir la que estaba levantada allí en la Rioja, Montaña y Vizcaya, y por Capitan de ella, para acudir á las invasiones que se dejaban sentir de franceses que amenazaban aquellas fronteras; porque era opinion constante que juntaba armada aquel Rey, ayudado de septentrionales, para embestir el año siguiente nuestras costas. Además de éste se habia dado este cargo á otros señores de la Andalucía, como al duque de Medina Sidonia, al duque de Arcos, al marqués de Priego, al conde de Cabra, al duque de Béjar, y á otros, si era posible; para asistir aquella provincia. Estaba suspenso el Almirante de este cargo y no sabia qué hacerse, porque ya no se daba por estos servicios un real, y él decia iba á gastar su hacienda y á consumir la demas de los acreedores que tenia sobre ella, y que habia dado en arbitrios sus Estados para rehacerse de dinero, y no le respondian á ellos, y que no sabia, sin embargo, á qué iba (aunque lo diremos presto, y cuándo lo supimos, y le toque). Reconvínole la persona con quien discurrió de este caso en la Junta de Obediencia, y calló, y llegó á confesar que no sabia qué hacer, sino rendirse, y que ya lo habia aceptado y mostrado buen corazon á la jornada. Habia propuesto el Almirante, dias ántes, querer irse á la guerra; pero esto se entendia dándole puesto competente á su calidad y sangre, que el ir á una frontera es caso accidental y de que



no habia certidumbre, ni era plaza de armas fundada, ni de puestos ni sueldos consignados, y que su jornada y cargo habia de ser á costa del adalid, y que pasada la ocasion espira; luégo que él deseaba lugar que le diese la mano para los otros, y aquellos que son de nombre y estimacion para la honra y la comodidad, que no hay Señor, por grande que sea, que no quiera estar al sueldo del Rey y comerle los ducados. En fe de esto le buscó el príncipe Tomás, el duque de Módena, el duque de Orleans, hermano del Rey de Francia, el duque de Lorena, el príncipe de Polonia y los hermanos del duque de Florencia y otros muchos de la circunferencia de la tierra. Lo que más habia desabrido al Almirante era que en el mayor fervor de sus pretensiones, y cuando le pareció estaban extintos los humores de los encuentros pasados, esperaba algun premio, alguna decente ocupacion en que mostrase para arribar con mayor fortuna al servicio del Rey y á sus obligaciones. Proponiéndolas al mayor Ministro, le engañó, diciéndole que lo deseaba y lo procuraria, y que hacia grande escrúpulo, reconocidas sus muchas partes y capacidad, no proponerle para grandes cosas, y que lo haria. Creyólo el Almirante, que no siempre ha de estar flechada la desconfianza, ni fluctuando el crédito, y dióse á creer, ó diéronle indicios del vireinado de Cataluña, para comenzar á imponerle; y cuando esperaba esta resolucion y esta merced, y que se publicase, dándose por contento de ella, que en el nombramiento que habian hecho de él para Castilla, no siendo puesto, dignidad ni merced, le habian echado á los perros, cuando esperaba ir á gobernar; y lo peor de todo, que este modo de eleccion ó nombramiento, segun más diligente traslacion de cortesanos decian, era echarle, y que si él se habia querido ir á Barcelona y no le dejaban ahora, querian que se fuese, tomando satisfaccion de aquel orgullo, esperándola tomar, como ellos decian, del consejero (si lo fué), aunque indiciado ya en otras calumnias ó agregádoselas; y como para el juicio universal y venidero en el seno reservado por Dios están guardados Enoc y Elías, le tiene guardados para hacérsele cuando le saque de Roma un criado y un allegado,



y estos en Madrid detenidos y alimentados por el Protonotario, para aquel dia fiel Ministro de todo aquello que le toca. En esta balanza andaba el Almirante y su casa, estando siempre firmes en su opinion los más sesudos, que el haber vuelto á Palacio y á probar sus riesgos, las Caribdis y las irtes y sirenas de la corte habia sido yerro: lo que hay debajo de esto pocos lo sabemos; los efectos son largos; quien sabe amar la soledad y el domicilio, sabemos que las calumnias de sus muchos émulos querian aquí su comento. Quien me leyese desde el principio me entenderá, con poca noticia que tenga de las cosas de nuestra era.

Pasemos á otro más disciplinado y herido de estas tempestades: D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma (con que pondré fin á mi argumento), cuñado del Almirante, murió en Flandes con el manejo y potestad de las armas y las tormentas y sacas de haciendas de su casa; le llevaron á la guerra ya que ningun vaiven ni encuentro de fortuna le apartase del servicio del Rey, que tuviesen servicios en la posteridad sus descendientes, que no se los tachase un letrado por contemplacion de envidiosos, mal intencionados, tocados de malicia y emulacion. En doña Felicha Enriquez, hermana del Almirante de Castilla, tuvo tres hijas; la mayor casó con el primogénito de la casa de Cardona, la segunda con el conde de Melgar, hijo del Almirante, que habia de heredar el ducado de Uceda y los otros títulos, que pasó á mejor vida y no tuvo efecto el tratado matrimonial; recayendo en el año de 45 en la hija tercera, que casó con su primo hermano el marqués de Peñafiel; no tuvo hijo varon, y por eso recayó la casa en la de Cardona, que como casa grande dió en tan grande escollo, no habiendo faltado varon por larga carrera de años. El duque del Infantado lo pretendia por ser hijo varon de ella y ser Diego Gomez de Sandoval, su padre; hubo varios pleitos entre los dos, en quien se partió todo, quedando el duque del Infantado con el marquesado de Denia, en Valencia, y otros lugares en Castilla, y quedó por duque de Lerma y Adelantado mayor de Castilla, el primogénito de la casa de Cardona:



natural condicion y costumbre de los tiempos y de esta era, que no hay fuerza humana que pueda contener el impulso de fracasar y acabarse todo. Ayer vimos aquella casa rodeada de dichas, de hijos y nietos, y hoy vemos faltar en ella el varon, los títulos, el nombre y la casa, y extinguirse entre las otras en ménos tiempo de doce años, la que habia durado mil, y tenido más larga opinion. Los que se hallaron al contrato y á las escrituras dicen se acordó, por la una y la otra parte, que los varones que procediesen de la casa de Lerma y Cardona puedan escoger el mayor, y que caso que excluya aquella, suceda en ella el segundo y rejuvenezca la de Sandoval. Muchas cosas nos dijeron de la muerte del Duque, de los actos de fe y religion con que espiró en la campaña, y del raro ejemplo que dió á toda aquella milicia. Los malos políticos ó haraganes de la corte, que no asisten á nada más que á la vida vagamunda, y abandonan el crédito y el honor, quisieran que se hubiera estado en el ócio de ella, á no más virtud que á dar varon á su casa, á que viviese hundido en su retiro, gastando en vicios el Estado y la juventud, expuesto á pleitos y fatigas y á otros embates de emulacion; pero todo esto lo contrastó y dió de mano, y desatado de los impedimentos y lazos de estos vanos respetos ó delicias, surtió con el gallardo espíritu de sus mayores, heredado en tantos grandes abuelos, con armas, con hechos y otras hazañas, dirigidas, en fidelidad y encarecidos servicios, á darle ántes á sí honra que á su familia, porque la virtud de la milicia, á que se abalanzó por arribar á ella, es el concepto y el asunto que hace héroes á los hombres, y de humanos los constituye en divinos; es el don de la fortaleza que lleva al templo de la fama inmortal á los bien inclinados, hace más ilustres, y más relevantes los encomios y el cenotofio y más admirable y reverente el sepulcro, porque las grandes cenizas no mueren, que quedan en la vida de la opinion: y así los Capitanes, los Oficiales y los demas soldados le ornaron de banderas y trofeos y señas marciales: admirable en ambas fortunas próspera y adversa, tan aplaudido como envidiado, y en estos oficios confundió las calumnias de



sus émulos, sin darse flacamente á los ejemplos plebeyos de la venganza, feos en todo tiempo, en el mejor sentir de los mejores. En esta manera fué trasladado á San Pablo de Valladolid, del Orden de Santo Domingo, admirable sepulcro de su grande abuelo D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Prosiguen los movimientos de los enemigos en todo el círculo de la Europa. Junta el Rey de Francia en Belle-Isle una gruesa armada de navíos, con ayuda de herejes septentrionales, para acometer á Italia. Sosiégase una controversia entre el Papa y venecianos. Súbese en Castilla la moneda más antigua y sellada de vellon. Entra un ejército para el Estado de Milán, y es rebatido por el valor de la gente española. Vuelven los suecos segunda vez á Alemania y son rotos por el duque de Sajonia y otros Capitanes alemanes. Trátase de la paz entre todos los Príncipes, y el ódio y la obstinacion de los malos no la deja arribar al fin de los más celosos al general sosiego. Porfia el príncipe de Orange la recuperacion del Esquenque y no la consigue de esta vez; revuelve otra y tómale. Persisten los franceses en las cosas de Milán: entra el infante D. Fernando con un poderoso ejército por tierra de picardos en la Francia: el príncipe de Condé con armas por el condado de Borgoña, sitió á Dola, y hácele levantar de ella el duque Cárlos de Lorena. Convócase una Dieta por todos los Príncipes del

imperio en Ratisbona para la eleccion de Rey de romanos. Sale la armada francesa de Belle-Isle; cálase por el estrecho Gaditano y entra en el mar Mediterráneo: el marqués de Villafranca no la deja arribar á sus intentos, siendo tan inferior con las escuadras de galeras que iban á su cargo. Entra nuestra gente por la provincia de Labort en la Francia y ocupa á San Juan de Luz: va el Rey de Francia con ejército á Picardía y recupera Corbic. Pasa á mejor vida la infanta María, hija de los Reyes Católicos. Los electores del Imperio en Ratisbona elijen á Fernando III, Rey de Hungría y Bohemia, por Rey de romanos. Recrudécese más el rencor francés con esta eleccion y no se ejecuta la paz. Acomete la armada las fortificaciones de la Margarita y Santo Honorato, es rechazada y deshácese; todo esto el año 1636.

No fué ménos temido que amenazado de la potencia y asechanzas de los enemigos este año, que los demas que dejo referidos; porque si en aquellos se adelantó el consejo, y el poder encaminar diversos escuadrones y ejércitos por tierra, en éste sobrepujó la obstinacion y la vanidad á echar armadas por la mar para diferentes intentos y ambiciones, porque el rey de Francia y su mayor confidente, desde que se comenzó la guerra y la introdujeron injustamente en el Imperio y en los Estados y tierras del Rey Católico, con insolente número de aliados, así católicos como herejes, su mayor asunto era mostrar que en toda accion militar podian competir con la potencia del Rey Católico y de otro cualquier Príncipe, por grande y formidable que fuese. Así, cuanto se habia desvelado á darse á sentir por tierra, ahora lo queria hacer por mar; dando á entender eran poderosos en ambas facultades, y no advirtiendo



que en su caudal y genio no habia para tanto, porque nunca sus armadas se reconocieron por desconsideracion, y si tuvieron alguna, fué rota y desbaratada por el valor de nuestros españoles; como las que perdieron los años pasados en las islas de la Tercera, en tiempo del Rey D. Felipe II, cuando pretendieron, para fomentar disensiones como siempre, abrigar á D. Antonio, Prior de Ocrato, para hacerle tirano del Rey de Portugal y sus adyacentes; y sin embargo, ni sus pilotos ni sus marineros tuvieron nombre ántes, ningun corsario y pocos mercaderes, porque todo se trasportó á los otros reinos y provincias por los confines, y á nuestra España por los Pirineos. Finalmente, juntaba una gruesa armada en Belle-Isle, un islote entre Poytú y la Bretaña, situado sobre el rio Loire, cuando desemboca en el mar Océano, y solicitaba los vecinos á que se uniesen con él, y enviasen sus navíos, porque los que él tenia eran pocos, pequeños y de bajo porte. De la Suecia le aprestaban 40 bajeles grandes, de alto bordo, bien artillados y de muchas toneladas, pero no todos para la faccion; lleváronle pólvora, balas, cuerda y otros pertrechos militares; no pudo sacar nada de Dinamarca; sus amigos, los holandeses, le dieron algunos, parte gruesos y parte pequeños, con que la armada crecia en más terror de lo que despues se vió: el secreto era inviolable entre todos los Ministros franceses, y el intento se remontaba á los más trascendidos de nuestros consejeros. Todo el mayor artificio de esta armada y su mayor potencia se fundaba en atraer á sí al Rey de Inglaterra, á ligarse con él; pero aquel Parlamento no salia á esto por el comun ruido y desasosiego de la guerra, sino para atender á las medras y ganancias de los mercaderes y al interes que de esta union resultaba al Real Tesoro; porque no hay duda, sino que se hallaba Inglaterra, con la paz de España, aumentada en caudal con el comercio, y que no valian ántes las averías más de 4.000 escudos. Mas como las artes de este siglo eran notables, y el Richelieu tenia sus secretas inteligencias en todas partes, y muchas veces no todos los ministros son fieles en una materia al Príncipe, ni concordantes en lo mejor, porque la

negociacion era como vigilante poderosa, y tenia algunos beneficiados en Inglaterra: otro sí, se valia de las instancias de la Reina para con el Rey, para moverle á ligarse con su hermano, haciendo oficio de Embajador y de mujer, cuyo encanto y hechizo es muy poderoso para con los hombres, y más cuando la hermosura es ventajosa á todas las demas circunstancias de la tierra; tal me pareció un retrato suyo y me aseguraron estaba muy fuera de ser lisonjero el pincel: hacia lo mismo en la Saboya la Duquesa, su hermana, y para violentar más esto, se despertó y renovó la pretension del Palatino, hijo de Federico y cuñado de Cárlos, rey de Inglaterra; y siendo materia ésta; que ántes se habia rehusado mucho, por razones de Estado, el no admitirlos en el reino, sino ántes favorecer á los sobrinos de léjos, esta vez entró en Lóndres para conmover al tio y á los Ministros, y darles calor á la Liga con el rey de Francia, porque él se ofrecia, que juntando sus bajeles y armadas, de que habia gran copia en el Támesis y en los otros puertos, á hacerle restituir en el Palatinado. Para esto fué un Embajador á París y vino otro á la corte de España, para manifestar las ofertas y guiar las materias por vía de interrogacion y algunas amenazas al Rey Católico; pero los de mayor prudencia no venian en el rompimiento ni en la Liga, y el Rey se mantenia constante al parecer y al voto de los mejores. Representaban el embajador inglés en Paris, y el de Francia lo insinuaba en Lóndres, que era aquella Liga de suma importancia para la materia de ambos Principes, porque demás de ser terror de las costas españolas y de aliento y grandes mejoras para su amigos los holandeses, no habia medio más eficaz para sus conveniencias y para la restitucion del Palatino á los demas sobrinos, que todos andaban desvalidos y sin ánimo por las provincias Septentrionales y forasteras, y que adonde ellos se inclinasen allí cargaria el resto entero de los protestantes y confederados, y concluirian con el despacho de la Monarquía Española, y volverian de nuevo á tentar el Imperio con sus armadas, de que no desconfiaba dañasen al Rey Católico y le desmoronasen parte considerable de la Monarquía.



El rey de Inglaterra oia esto, y por entónces disimuló, no declarándose con los franceses ni deshaciéndolos, ni dejando darlo á sentir á España, y para esto se prevenian, aunque á paso lento, número de navíos, olvidado ya de la proteccion del duque de Lorena y de cuando le intimó severamente su restitucion por Ministros y Embajadores; con que corria fama por nuestros reinos, era cierta la Liga, que eran los navíos 100, otros más, quién se desenfrenó desmedidamente á 200, y todos esperábamos sin prevenciones de mar ningunas, más que una pequeña defensa en las costas; pero al fin mayor rayo del que veremos á su tiempo (digo de la armada). Constante el Rey y los varones de aquel Parlamento, ménos coechados del Richelieu, porque verdaderamente Inglaterra en la paz con España gozaba de una facilidad maravillosa, cual no se vió jamás en aquella isla, porque todas las demas tierras se hallaban ocupadas de la gravedad y peso de la guerra, y todos los mercaderes y contratantes del Norte y de la Francia, que estaban como enemigos capitales por bando general excluidos de la contratacion y cambios con España, todos llevaban sus mercaderías á Inglaterra para que á la sombra de la paz y el resguardo de sus navíos, que eran los que solamente navegaban á nuestros puertos, los metiesen en España, como lo hacen, y con este ardid remediaban el no dejar vender su ropa y llevar lo que habian menester y les faltaba en sus provincias; con que no perdian nada y se hallaba acrecentada Inglaterra, como escala general de todos sus vecinos, y eran doblados los derechos y crecian las averías á gruesas sumas. Finalmente, los franceses hacian notable esfuerzo para el cumplimiento de la Liga, el Palatino y los Embajadores; pero el rey de Inglaterra, aunque habia hecho cuanto fué de su parte, no salió con nada, y el Rey Católico se mantuvo en no ser de su partido en aquella materia, y siempre intrépido y de gallardo semblante á las recuestas y avilantez de sus enemigos, respondió habia deseado, años hacia, componer, como lo dirian las experiencias, con el Emperador y los Príncipes del Sacro Romano Imperio aquella



defidencia; mas que no habia sido en su mano el conseguirlo: que como pariente mayor y más poderoso en la conservacion del Imperio, parecia á muchos el poder ser más que mediador en sus accidentes y particulares ajenos, porque no les parecia que podria pedirlos, mas que podria mandarlos; y no era así como se pensaba, aunque pendientes todos de su potestad, porque el Emperador atendia, ántes que á otra cosa, al fin de su autoridad y al respeto de la dignidad Cesárea, á sus materias y conveniencias propias, y no podia sacar de él más que las razones en otras instancias repetidas: que el duque de Baviera, como se sabia, tenia estilo electoral, y el Palatinado superior, por lo que habia servido en la recuperacion del reino de Bohemia contra el Palatino, su invasor, en cuyo despojo reconocia no pocas dificultades: que á él le habia tocado el inferior por las armas y ejércitos que habia metido en él el Rey Católico, su padre, de gloriosa memoria, debajo de la conducta del marqués Spínola y D. Gonzalo de Córdoba, y que últimamente le habia tiranizado el rey de Francia con la invasion de los suecos: que esta pretension se habia de hacer allá; que para lo demas se andaba tratando muy vivamente y venian en ella todos los príncipes del Imperio, por haberse concordado algunos con el César de convocar una Dieta para la eleccion del Rey de Romanos en Ratisbona, y para componer y ajustar todas las diferencias y pretensiones de los príncipes de Alemania y la paz á que se iban conduciendo los Plenipotenciarios, y que haria tales oficios en ella por sus cartas, embajadas y ministros, que el Palatino y S. M. viesen y tuviesen entera y debida satisfaccion. Todavía porfiaba el inglés y repetia los ruegos del Palatino que tenia en Lóndres, moviendo á conmiseracion sus ministros y vasallos, que no podria dejar de condescender á ruegos y causa tan justa, y valerse de la ocasion que tenia entre manos, y la que se le ofrecia en apoyo de su sangre y de los Príncipes que tenia en su corte tan conjuntos á ella.

Dejóse insinuar el rey de Inglaterra de las persuasiones y cumplimientos del Rey Católico, y aunque no ignoraba que

era entretenerle y sosegarle, no apartando las proas de ambos rumbos, suspendió al sobrino, y dió por respuesta al rey de Francia, queria esperar á ver el fin y disposicion de aquella Dieta, donde se le ofrecia la composicion del Palatino: con que no rompió con España, ni dejó de tener pendiente en Francia, y con todos fija siempre la contratacion y la correspondencia para mayor virtud, y la abundancia y riquezas en que Inglaterra navegaba á velas llenas de felicidad; y cuando hacia saber el rey de Francia la respuesta del rey de España sobre la restitucion, y se le apuntaba la parte que tenia tomada del Palatinado inferior, cerraba y echaba la llave á estas instancias con decir entregase en la Liga, que restituiria y haria restituir, como lo habia solicitado. Pero aquel ministro deformidable de su confidencia, poniendo nuevas asechanzas á la conformidad del Imperio y Electores, y á volverle á desarmar, convocó nuevas gentes de Suecia, que viniesen á turbarle, debajo de Capitanes y cabezas de reputacion, y á volver sus campañas y poblaciones en ceniza, y que cargasen á la Sajonia para desazonar á aquel Duque, el fruto de la paz, que acababa de coger, con que no desistia de la guerra de Alemania ni de fomentar al duque de Beimar y sus secuaces para que desbaratasen el órden de la Dieta, que con suma prudencia iba encaminando el conde de Oñate. En el País-Bajo se hacian grandes aprestos, que referiré en su lugar; pero habiendo el Francés ocupado á Enrique de Nasau por el príncipe de Orange y á todas sus gentes en la recuperacion del Esquenque, no pudo sacar este año faccion considerable de él, que le fuese de ayuda y resguardo, como de riesgo al Estado católico, más que algunas inteligencias y pláticas secretas en la provincia de Flandes para tentar á Gravelingas, por frontera, á Cales y á Bolonia, donde habia hecho arrimar alguna gente. Y el Rey Católico, á la misma hora, las traia en Ulisinguen, y se rechazó de Ostende por los holandeses, que pretendian tomar aquella villa por trato: en todas partes no dormia la diligencia, y desconfiado de su ayuda y socorros, llevando los pensamientos más adelante, hizo diversion de la Ducca de Borgoña para la



Contea, y aprestó grandes legiones en Italia, así de franceses, de plasentinos y permesanos, como de saboyardos y piamonteses, para entrar otra vez á la disipacion de la Lombardía; y, finalmente, su mayor poder, su mayor desvelo, el de sus amigos y coligados, y cuanto pudo discurrir el estadista, todo lo fulminó contra aquella ilustrísima y maravillosa provincia. Creyóse de sí, de sus ministros, de sus prevenciones, así por mar como por tierra, que habia de abrir grande agujero, hacer brecha en Italia y habia de poner al trance su tranquilidad y la del orbe, por lo que los más atentos y de noticia en estas materias decian seria fatal este año á las cosas del Imperio y de la Monarquía Española, que era hácia donde veian inclinar el azote, el cometa y la ira de los espíritus ambiciosos de los franceses; que se verian grandes cosas, prodigiosas avenidas ó inundaciones de enemigos sobre ambos elementos, en que se habia de arriesgar la seguridad y la constancia de los más prasumidos y exhaltados.

Era esta la planta y el diseño de la guerra de este año, á cuyo fin y precipicio no se oia otra cosa en toda la Europa, ni se verá, que aprestar gente y conducirla á sus plazas de armas. Estaba el infante D. Fernando con cuidado de la conservacion del Esquenque: envióle el Rey Católico dinero y alguna infantería española, no desistiendo un punto de la fatiga y de la vigilancia del enemigo; pero éste, revestido de insaciable ardor y codicia de restaurarle en fortísimos escuadrones y regimientos, le embistió por tierra y por mar con barcas, á escala vista: rebatiéndolos gallardamente los de dentro, matáronles mucha gente, si bien perdimos 500 españoles, la flor del país, soldados viejos, valientes y de corazon, y murió el coronel Anolt, su gobernador: señaló otro S. A. y reforzóle de mayor número de gente, y de municiones y vituallas para dificultar más el intento del enemigo; con que, por ahora, cedieron de la expugnacion, pero no de volverla á tentar con mayor brío.

Bajaron alemanes por tierra de grisones para las cosas de la Lombardía y Valtelina, para despejar de franceses la



riba de Chiavena, de algunos fuertes junto al lago de Como, de Traona, Firano y Mormio, de que ya aquellas gentes, como esguízaros y venecianos, aunque especiales amigos de franceses, no los querian ver allí tan asidos ni arraigados; culpa de la dureza y obstinacion de no querer desengañarse de la indignidad de su trato, y de que si le son buenos para aliados, no al ménos para vecinos ni domiciliarios. Crecióle este deseo al Richelieu, de ocupar este paso, para impedir el de los españoles y alemanes; aquellos para allá y estos para acá, particularmente cuando vió que el haber pasado por allí el infante D. Fernando habia sido el cuchillo de suecos y protestantes, sediciosos y mal contentos, que eran los que él pretendia afirmar para desolacion de todo. No estaba tan unida y tan pronta la Liga de Italia, que el duque de Parma, arrepentido de lo hecho y de haber tan injusta y deslucidamente tomado armas contra el Rey Católico, de cuya casa habian recibido él y sus pasados el lustre y los honores que tenian, que no desease desasirse del duque de Crequi. Intentólo; y como los franceses son insolentes y sin respeto en todo tiempo y en todas ocasiones, creyendo que lo habia hecho, le acometieron el cuartel y el alojamiento; rompiéronle las puertas un dia á las nueve de la mañana, alterándole la quietud y el reposo y el respeto, con que ya iba recibiendo el galardon de la alianza, y probaba el término indecente de aquellos de quien esperó que le podrian ser de algunas medras para su persona y Estado; pero esto, si no fué ahora, lo ejecutó despues, y entendidas las nuevas conmociones de apercibimientos de armas de los ministros de la Francia. El Rey Católico encaminaba las suyas donde no sólo hallasen opósito y defensa, pero castigo de nuestra nacion, y que en los que militan con nosotros prosiguiese sin descuido ninguno, en que los grandes del reino, los títulos y personas de esta calidad, prelados y eclesiásticos, acudiesen con lanzas, infantería y dineros; estipendio que no pesaba á los ministros, porque con estas introducciones descansaban de buscar arbitrios nuevos, como fuese á costa de los súbditos, y que el Rey no lo lastase, y formando juntas para cosas se-

mejantes, si bien acudian á las necesidades de la guerra, tambien á las suyas; fundaban y hacian perdurables sus oficios, en los cuales, si no perdonaban á los vasallos, tampoco al Rey, porque hasta la menor propina querian llevar y que se les concediese por fuerza, como á los otros Consejos más preeminentes, criados para materias importantes á la salud del reino; violentándolo y subiéndolo más de punto, para meter más las manos, diciendo aumentarian más medios y los darian para chupar la sangre á los vasallos, como á ellos les tocase parte; y la arrancaban con tenazas de consultas, porque estos, cuanto muestran del celo de servir al Príncipe, tanto más esperan acrecentar sus casas, salir de la laceria y llenar su codicia, como hombres criados en poco, de corto ropaje y alhajas.

Bajaron nuevos decretos para la jornada del Rey, sin señalar adonde, y no más de para armarlos, y que se mandaba estuviesen apercibidos con armas y caballos á todos los caballeros de las órdenes militares. Avisáronse los Gentiles-hombres de la casa, como á los de la boca, á croyes y costilleros, pero sin señalar el dia, mas que darlo á entender á bulto, para las ocurrencias de las fronteras de Vizcaya, Navarra, Aragon y Cataluña. En el Estado de Milán se encontraron 1.200 infantes, digo franceses, con 600 soldados de D. Martin de Aragon, y fueron rotos y degollados parte de ellos; con que, amedrentados los demas de estos reveses, iban rehusando los lances de venir con nosotros á las manos, ni de esperarnos en la campaña.

Con la prevencion de armada que el rey de Francia hacia en las costas del mar Británico, como se embozaba con profundo secreto el fin para que se juntaba, no creyendo que pasaria á Italia, sino que acometeria las costas de España puestas en el mar Océano, como el inglés lo habia insinuado y el rey de Francia amenazaba, paliando con esto el veneno de su designio; salió el Almirante de Castilla á la provincia de Vizcaya para que, con la gente de Castilla, Leon y Galicia, atendiese por aquella parte á los movimientos de los enemigos. Previnose la costa de Portugal, donde no se dejaba de temer á

Lisboa, y acudióse al Algarbe; el duque de Medina Sidonia; nuevamente heredado, se metió en Cádiz, convocando así la gente de la costa de la Andalucía; al duque de Arcos se encomendó á Gibraltar, y se armó toda la tierra de Granada; al conde de Cabra se envió al reino de Múrcia, y á Llerena al conde de la Puebla del Maestre, para formar ejército y acudir donde llamase la necesidad; y, finalmente, se previno de infantería y caballos la costa del reino de Valencia y Cataluña; si bien todo esto con pocos ó ningunos navíos, aunque, de los que habia, se prevenia á sus cabos y caudillos, y al general Oquendo y al duque de Nágera y Maqueda, que los apretasen. Pero fracasando á cada paso nuestros Ministros en diferentes incertidumbres, pasando con el discurso más adelante y sospechando si queria correr la armada á la Margarita, á Santo Honorato ó á Italia, ya que habian faltado á los aprestos de armadas en las costas de España para su defensa, no quisieron descuidarse de las de Italia; reparáronse de navíos y de gente y el reino de Nápoles, en los de Sicilia, Cerdeña y las Mallorcas, y aprestaron las escuadras y galeras para juntarlas con las de España y Génova; cuyo progreso y mararilloso ardid, y el Capitan que lo discurrió y efectuó con valor singular y maravilloso, escribiré á su tiempo y en el capítulo en que nos pondrá el discurso. La fatiga verdaderamente de nuestros Ministros, de acudir á todo, era notable; pero el Francés tenia no sólo á España, con la armada que publicaba, en atencion, pero con asombro y terror á Italia, con la armada y el ejército, y al mundo con lo que aparejaba en el ducado de Borgoña y en Alemania; insidiando siempre la tranquilidad y el sosiego de nuestros Príncipes, solicitándoles los enemigos de la Iglesia, causa por que, y por especial providencia de Dios, no arriban sus designios, sus trazas, sus ejércitos ni cuanto trama el confidente, al fin de su vanidad ni ambicion, y al impulso de trastornarlo todo.

Despertóse otro accidente entre el Papa y venecianos; creyendo que seria de alguna revolucion entre ambos, y de fruto para nosotros. Por poderle lisonjear, ofrecióle el Rey



Católico sus fuerzas, como siempre lo ha hecho en cualquiera ocurrencia ó necesidad de aquella Sede Apostólica, y como siempre lo han hecho él y sus pasados, por ser su más legítima obligacion y cuidado y haberse por religion y por fortuna erigido ó ensalzádole Dios para esto: las instancias de franceses en todas partes luégo les sosegaron. Habia dias que Urbano VIII, gran celador del decoro de su dignidad y de la magestad de sus acciones, y de cómo no ha de prestar, por ser vice-Dios en la tierra, su mision humana á ninguna potestad seglar, por grande que sea; digo que habia dias, que se miraba, y áun le ponderaba su gravedad y su ingenio (particularmente desde que tenia la Silla de la Iglesia) aquella pintura y aquellas letras puestas en San Pedro, mandadas escribir y colocar por el agradecimiento del Papa Bonifacio, en aquella tan cruda y horrenda persecucion de la Iglesia por Federico Barba-Roja, emperador de Oriente, en que le fué necesario, acuciado de la ira y poder de aquel enemigo, valerse del amparo y auxilio de los venecianos, hasta que despues, por impulso particular del cielo, atemorizado el Emperador del hecho é iluminado de mejor y más severa luz, postrado ante el Príncipe de los Apóstoles con enmienda y arrepentimiento, se fué á buscarle, le adoró, se le echó á los piés y se los besó, y triunfando la dignidad Pontifical de la soberbia de aquel infiel, poniéndole el pié sobre la cabeza, trayéndole el Espíritu Santo aquel verso de David á la boca y al intento, le dijo: «andarás sobre los áspides y los basiliscos, y conculcarás los leones y los dragones»; y siendo perdonado y reconciliado con el Pontífice y restituido á Roma, hizo poner en la iglesia de San Pedro el suceso en tablas y pinceles, y mandó escribir que en las adversidades de la Iglesia era Venecia sagrado de los Pontífices. Pues como nuestro Urbano VIII, despues que ascendió al Ponticado, no sólo atendiendo á las materias y dependencias de los vecinos, si no á las suyas y á las de casa, como á enmendar en Roma algunas obras antiguas; por no darles más gloria ni vanidad de la que merecen y han tenido, y otro sí, aprovechando algunos bronces que servian ántes á la soberbia y á



la ostentacion que á la necesidad y á lo preciso, fundiólos en artillería para lograr algunos pensamientos militares y generosos, reparando en el encomio de aquellas letras, y acordándose de algunas dependencias pasadas entre la república y los Sumos Pontífices, sus predecesores, y como poco adictos que estuvieron con Paulo V, en el tiempo del Rey Católico Don Felipe III, *el Grande*, cuando hizo al Senado suavemente y con imperio reconocer los decretos de aquel Pontífice, y los ajustó á su obediencia, no dejando correr más aquella alabanza ni reconocimiento por algunos particulares y de sentimientos justos; y aunque amigos y aliados de su muy carísimo hijo, Luis XIII, rey de Francia, las mandó borrar. Pasó luégo el caso al Senado por el Embajador y por otros; mostraron sentimiento de que les borrasen los servicios que habian hecho á la Iglesia y los loores que merecian por ello; pidieron la enmienda y que les restituyesen en aquel honor antiguo y aquella memoria venerable á la posteridad del Senado; y viendo se simulaba el Pontífice y se mantenia en lo hecho, rompieron en el respeto, echaron el Nuncio fuera, y quitaron al Nepote Francisco 30.000 ducados de renta que tenia de beneficios en la Señoría.

Este accidente, explayado en la Italia y en la Europa, muchos creyeron seria de novedad y que se llegaria á algun rompimiento; pero los poco afectos á la nacion Española, los cardenales, y otros ministros de la nacion francesa, más italianos que españoles, y el mismo Pontífice, por que no entrásemos en alborozo de que por sus mismos pasos se ponia en ocasion y en empeño de habernos menester; finalmente, por todo esto y por no asustar á los venecianos, y por no divertirse en semejantes cuidados, ni más de aquellos que ocupaban su ánimo generoso, por no darnos (si así se puede decir) este gusto, ni que necesitaba de nuestro auxilio ni de nuestras fuerzas, y por no introducir disensiones en Italia, cuando no se mediaban otras que la destruian y amenazaban, no queriendo enfrenar los Príncipes y los potentados que las querian remediar, digo desolar, por enemigos del Rey Católico,



de la magestad de su casa; este lance, que á otros pareció de cuidado y controversia, en pocos dias se serenó y se compusieron entrambas partes, sin reclamar el patrocinio de los forasteros, porque siendo el Francés el que mandaba en todas alianzas, y siéndolo tanto de los venecianos y ellos de los franceses, cerró con brevedad aquella puerta por donde nos podíamos hacer lugar con el Pontífice y captarle la benevolencia, que áun con haber hecho padrino al Nepote Francisco, no se ha podido conseguir ni modificar el poco afecto á la nacion española. Con esta misma inclinacion acometió una accion, á que no se atrevió ningun otro Pontífice, dejándolo por maravilla de la antigüedad y por admiracion de los venideros, y para grandeza de aquellos primeros hombres: deshizo la Rotonda, que era un templo antiguo que los romanos consagraron á los dioses de la gentilidad, todo de bronces dorados con vigas notables y clavos del mismo metal, para fabricarse sepulcro, de que le pusieron en los pasquines *que lo hicieron los bárbaros, lo deshicieron los barberinos*; y en otro, «que le valió más lo que dispuso del bronce que lo que le costó la obra». Esto fué en los años pasados, y de aquí le nació la inclinacion de fundir artillería; y el duque de Alcalá, cuando estuvo en Roma, muy dado á cosas de este género y de antiguallas, llevó un clavo ó le compró de aquella obra, de notable peso y robusticidad y de vara y media de alto. Sin embargo, por estos dias se introdujo en pláticas de paz entre el Rey Católico, el César y el rey de Francia, aunque con tibieza, y entónces fué cuando el duque de Alcalá pasó del vireinado de Sicilia para la ciudad de Bolonia, la de Italia, erigida para tratar de esto; pero todo con flexibles y deleznables pretextos y fundamentos, y todo lleno de incertidumbres y sin ninguna claridad en los tratados, porque el Francés asistia ántes á la guerra que á apetecer la paz ni buscarla, deseando crecer en Estados, aumentar sus confines y conservar lo tomado; intentos que en esta era los podia lograr y le parecian muy á propósito para ello.

El rio Pisuerga y Esgueva, con grandes crecientes y aveni-



das, inundaron gran parte de Valladolid, con notable estrago de edificios y conventos, arrasando las recreaciones y huertas que por prosperidad de la naturaleza y del arte tiene en ambas márgenes; rompió los arcos de la antiquísima puente, fábrica del conde Pedro Anzures; asi lo tienen por tradicion sus vecinos, en memorias que guardan en archivos, sepulcros y otros vestigios. La hacienda que se perdió, mucha; el lamento de los naturales, prodigioso, por el intempestivo y reciente trabajo entre los muchos que padecia Castilla; la mayor parte de este daño, por las grandes y continuas lluvias y vientos de Mediodía, que derritió la nieve de las montañas vecinas, alcanzó á Salamanca, llevándose tambien su puente y molinos y grande multitud de casas; en Zamora se metieron con otro tanto estrago.

En Flandes proseguia la guerra, como siempre, de la una parte y de la otra, no descuidándose franceses y holandeses; con que de nuestra parte se acudia á poner gente para la defensa. El marqués de Grana, general de la caballería del Emperador, con algunas tropas se habia puesto en la Vesfalia, atento á los movimientos del príncipe de Orange y á reforzar el Esquenque para conservarle; en el ducado de Luxemburg habia gente para el opósito de franceses, y asistia Galaso á las cosas de la Alsacia, si bien quisieran los políticos que, al concluir el año que voy escribiendo, se hallase con mejores y más prósperos fines y sin que pudieran fiscalizarle las acciones de si pudo hacer más. El Emperador tenia un millon de oro para meter un ejército por la Francia, y dejóse correr que los holandeses armaban 90 navíos para inquietar las costas de España, aunque parte de ellos eran para juntarse con la armada francesa, y que los otros se aparejaban para diferentes rumbos y derrotas para flota y mercancía á Levante, á Occidente y al Brasil. El rey de Inglaterra, como veia armar á los vecinos, armaba él, dando esta tácita disculpa en España y relevando de la sospecha nuestros puertos; y porque en todas partes y en todas plazas de armas picaban los enemigos. Salieron del Estado de Milán, á 7 de Marzo, 6.000 alemanes y 1.200 caballos hácia



el Placentino, á recobrar un fuerte del duque de Módena, llamado Castell San Joan, que tenian ocupado los franceses: tomáronle, no sin efusion de sangre de aquella gente. Sintióse un trato en Barleta, ciudad del reino de Nápoles, en la provincia de la Puebla, sentada en las riberas del Otranto, poco ántes de desembarcar en el mar Adriático, donde ganó tanta honra el gran Gonzalo Hernandez de Córdoba, sobre el orgullo de esta misma nacion, esclarecido y maravilloso Capitan: conocióse y castigáronse los culpados, siendo el instrumento más principal un fraile francés. Dió el reino en aquella ocasion, de donativo para la guerra, cerca de un millon de escudos, y esperábase el de la ciudad, que suele ser otro tanto. En Castilla se buscaban medios para atender á ella; particularmente en este año, que se esperaba en tantas partes, era menester darse manos á la obra, persistiendo el ministro de la Francia en poner en tal estado las cosas, en tanto rompimiento y desolacion, que se desbaratase la concordia que se iba insiriendo en Alemania, y que no se viniese á la eleccion de Rey de Romanos ni se concluyese: subióse la moneda antigua de vellon que estaba sellada, y por decir tenia liga de plata y su valor intrínseco, y si entónces cuando se selló, subió los dos maravedises á cuatro, y los cuatro á ocho, ahora, por no seguir las huellas pasadas, por haberlas bajado y ser valor en todas, habilitando siempre la novedad por no subirla toda, que fuera lo mismo, y ser diferentes á los demas y que lo sean nuestras trazas, siguieron aquel rumbo, la redoblaron los dos maravedises á seis, y los cuatro á doce. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer en este hecho que miramos á aquel fin, y que la gracia y el valór que ahora le hallaron se le tenia entónces. El Rey Católico D. Felipe III, y el duque de Lerma, por obviar estas mismas necesidades y ocurrir á la falta de dinero, que en todos tiempos ha habido, por no herir á los vasallos, hundirlos ni agravarlos con una tempestad de tributos, contentándose con alcabalas y millones, deseando, como dije, ocurir á esta misma necesidad y ver de dónde se podria sacar algun dinero, varios arbitristas dieron éste; miróse con atencion cuanto se pudo, y Ministros muy graves,



instruidos en todo genero de buenas letras, prudencia y experiencia de negocios, lo aprobaron; y en esta buena fe se ejecutó, como se ha hecho ahora; pues respecto de lo subido y y acrecentado en cada moneda, casi iguala la subida de entónces. Cuando se entregó en este reinado, por calumniar las acciones de aquel Rey y las de sus Ministros, luégo se entró en éste: los que le obtuvieron, comenzaron á cargar la mano en el hecho y afearle, y que fuese de culpa al que habia llevado felizmente sobre sus hombros y sobre su cuidado veinte años el gobierno de esta Monarquía, que hoy aprueban gravísimos varones de canas y de conocimiento de materias, qué ya con prosperísimos sucesos y fortunas resplandeció entónces; y, sin embargo, le hicieron los mordaces y detractores decir al fiscal, D. Juan Chumacero de Sotomayor, en una demanda que puso al duque de Lerma, enderezada á no más que á deslucir las muy reales y esclarecidas acciones de un Príncipe muerto, que se hallaba la Hacienda real en tal estado, que le habia obligado á valerse de medios perniciosos, como si su descuido ó falta de atencion hubieran dado ocasion á esto, pues sin haber sangrado á los vasallos, con sola la Hacienda real ocurrió á las armas que se mantuvieron con reputacion, no sólo en Flandes, pero en Alemania y en Italia; al lucimiento, al beneficio, hospedaje y agasajo de los Príncipes extranjeros, á la correspondencia de los afectos y á la reduccion de los notables; como se lució y vivió sin ahogo y sin zozobra esta Monarquía, y la gozaron los vasallos. ¿Qué hiciera si se hubiera valido de tan inmensos, generales y continuos tributos y sacas? hubiera sujetado el mundo; Holanda dejado las materias y alianzas de franceses, ingleses y protestantes; hubiérase hecho el rey D. Felipe III señor del Africa y de otras provincias de los enemigos. Y porque en otras partes me he explayado mucho en esta materia, y no digan que la traslado, no correré más con ella, advirtiendo de paso, y para que cerremos con la cláusula, que aquellos hicieron lo que pudieron, como nosotros, y no hagamos culpable su desvelo, pues nos valemos de sus medios y de infinitos, quizá no mejores, como se verá, que ahora nos lo alaban



todo, y despues nos lo vituperan, para llevar en hombros el cuerpo del gobierno; y roguemos á Dios que el fiscal, cuando llegue su tiempo, se olvide de nuestros oficios y del ejemplo que le dimos, para que no toque en éste ni en otros, pues todos tienen su fin y su hora sin remision.

Perdieron otra vez los holandeses puestos y fortificaciones junto al Esquenque, y S. A. R. hacia de nuevo instancias al Rey Católico, para que se le enviase gente y dineros para la guerra de este año; y púsole un millon de plata en la Coruña y 4.000 españoles, para el intento que habian de llevar las fragatas de Dunquerque. Estando todos atentos á los progresos de este año, el duque Cárlos de Lorena decia, que habiendo quedado sin Estado, queria acabar lo que le restaba de vida en Flandes, sirviendo en aquella guerra; el duque de Parma, engañado como el duque de Lorena (pero mejor escarmentado porque no habia usado mal del agradecimiento, ni de la correspondencia, por consejo del duque de Saboya, gran agresor y culpado en el buen uso de estas virtudes) se dió á publicar por estos dias, querer ir á Francia á pedir gente al Rey para la prosecucion de la guerra en que se habia ó le habian metido, de que se hallaba ya rodeado de gravísimo arrepentimiento; pero muchas veces los ignorantes y de corto juicio, si no son temerarios en lo que emprenden, no les parece que han cumplido con su precipicio. Pero los que mejor entendian esto, y las trazas del Richelieu, enderezadas todas á la usurpacion de los Príncipes y de los Estados, porque á unos por amigos y á otros por enemigos á todos se engañaba y se trataba de una misma manera, esta convencion no era más que para echarle la tenaza á las tierras y ciudades, particularmente en el contorno y circunferencia de Italia y para ocupar el Señorío de ella, que era su mayor ambicion. Finalmente, el mal gobernado mozo era guiado por aquí y por el consejo del duque de Saboya, que ya ayudaba á estas artes como á la guerra, al que, de sólo haberle comunicado pocos dias en Turin el Richelieu, le habia pegado la malicia de la política, siendo la maraña, porque una vez, teniéndole en Paris, pidióle á Parma



y á Plasencia, ó que por lo ménos admitiesen guarnicion francesa, si ya no estaba hecho, que era lo mismo, como al fin sucedió, y las ocuparon los franceses bien á disgusto de aquellos vasallos y áun de algunas repúblicas de Italia; discurriéndolo con gran ponderacion, que el haberse apartado aquel Príncipe del abrigo y correspondencia del Rey Católico, era claro argumento de su ruina y calamidad, sin embargo de haber sido gran yerro, que al cabo se habia de ver, y que para volver á la tranquilidad habia de ser por el camino de enmendarse, como al fin sucedió. Instaba el Francés, ahora, con estas prosperidades en aumentarse, ó por fuerza ó de grado, en estas posesiones, aunque pequeñas, para asediar las mayores, y tenia aprestados, y los iba conduciendo, casi 80.000 hombres para acudir á las fronteras de Flandes, á los otros intentos que por ahora se simulaban á las de Alemania, y para proseguir, como se presumia, la guerra en Italia; aprestándose para lo mismo el duque de Saboya, cuando sus hermanos, cuñada y sobrinos se mantenian en España y eran alimentados del caudal y de la sangre de los españoles (de lo que ha sabido sacudirse el rey de Francia, que no ha sufrido que ni áun sus amigos ni aliados le coman un real, ántes sus mismas obligaciones y las naturales externas y más conjuntas á su sangre y alojado), en la casa del Rey Católico; diciéndole el Richelieu, cuando le parecia que era cosa dura verse sin su madre y hermano, que los dejase, que demás de consumirle al Rey el dinero, para que no pudiese ocurrir á tanto con el que le gastaban y le ahorraban, le haria la guerra hasta en cosas tan serias y tan escasas.

Cargaba el juicio de aquel Gobernador, para recrecer más los cuidados del reino y hacerle reventar, que venia número considerable de galeras y las fabricaba en Marsella; como veian aprestar las de Italia, quién decia que 30, y era harto si fuerán 40: no soltaba de la mano el estar siempre recuestando al rey de Inglaterra que desconfiase de las ofertas del Rey Católico y le siguiese, juntase sus bajeles y armadas, que por allí serian más poderosos y temidos, los atenderia el Orbe y

concluiria por allí mejor los particulares del Palatino. Este no aflojaba en estos oficios y de servir por allí al rey de Francia, solicitando al cuñado; con que iban dando largas á la armada, que salió con más limitado tiempo del que hubo menester para obrar, no pudiéndole dar los holandeses más grueso socorro, porque este año no estaban con más caudal que para hacer la defensa.

Socorrió el Brasil el general Flores, echándole gente dentro, y enfermó la condesa de Olivares de suerte, que se llegó, por parecer de los médicos, á desconfiar de su vida. Ya le daban mujer á nuestro privado en todas las partes del reino: quién le daba la viuda del duque de Feria, quién la de D. Fadrique de Toledo, y no sé si la duquesa de Lerma, cuando cada una le podia pedir su marido: la de Feria por habérsele dejado en la Baviera desamparado, expuesto á miserias y necesidades, y de falta de crédito y de reputacion (de que murió); la de Don Fadrique, por habérsele estrechado en una prision inícuamente, y arrojado á manos de jueces, sin culpa, que le hicieron salir el alma del cuerpo; la de Lerma, por las desolaciones de su casa, crédito y honores, que le obligaron al duque á dejarla por las barracas del País-Bajo, donde acabó. Mirábase en esto el fin de la importantísima sucesion, y que fuesen todas mujeres parideras, para que con poco trabajo se surtiese á tan gran beneficio y cosa tan deseada y á un bien tan esperado, porque era tal el del Gobierno, que no se le podia cargar á otro. Él decia que tenia por muy dificultoso el casarse, porque entre tantos cuidados y materias como le rodeaban no habia de poder acudir al fin y á la sucesion del matrimonio. Quién le daba la hermana del marqués de Aitona, dama de la Reina, no mal parecida; pero las tres primeras hacian muchos ascos cuando se llegó á rugir el caso por la corte. Esta tormenta la serenó Dios por la casa del Carpio, porque la Condesa mejoró y sanó, y áun lo que ha de heredar D. Luis de Haro se ha demolido y hecho pedazos y cargado de facultades pedidas en estos dias, aunque sin necesidad, sino por hundirle.



Entró por estos dias en el oficio de Camarero mayor, que él decia, cuando sin qué ni para qué exhortaba y echaba amenazas sobre los Ayudas de cámara, que él no lo queria, pero que si fuese allí pondria el Ministro de la cámara en otro parangon; y era todo porque no acababa de asegurarse de ninguno de aquel cuarto, y pensaba que el duque de las Torres, revestido de príncipe de Astillano, aunque mal herido de la expulsion, y arrojado al reino de Nápoles, habia de prorrumpir en la paciencia y el destierro, y habia de volver al oficio de Sumiller y ponérsele á pleito; para lo cuál, ó porque le faltada este escalon para subir, ó porque, como dicen, predomina el de Camarero mayor al de Sumiller, ó porque en caso que fuese lo primero dejarle sin mano ninguna, que no pudiese mandar ni dar nada en la Cámara, porque esta virtud no era de su genio, placiéndole más el quitar, no por otra razon sino por que era fatiga y se descansase y hubiese alivio en el padecer; por esto le tomó ó se le dieron, ó porque no pudiendo acudir al de Sumiller, aunque le insidiase otro que no era posible en su ausencia tuviese padrastro, y porque no le volviese á dar al Almirante de Castilla otra vez este delirio, y lo más asentado en darle potestad para castigar por su persona y por su juicio los excesos que se cometiesen en Palacio, hizo órdenes, y escribiólas de lo que á cada uno le tocaba en el trabajo y el afan, como á los que asian de él; y apretó tanto los remanentes de la guarda-ropa, y adelgazó los de la comida del Rey, que perdia un hombre mayor de sólo comer un espárrago ó de oler un jazmin si era del Retiro; habia penas intolerables por este delito, y en las prácticas privadas decia: «sereis rigurosamente castigados por ello.» Nunca se ha de celar la majestad tanto de estas menudencias, aunque el natural lo sea, ántes limarle de estas superfluidades y escorias, y levantarle á grandes cosas. Finalmente, todo era sutileza, delicadezas y ponerlo tan vidrioso, que fuese natural el riesgo al que no nos inclinamos, ó al que le hemos dado causa de poco afecto. Este año enfermó el Rey de unas breves calenturillas, á 8 de Abril, que era donde solia pasmar,

pero faltando al tercero dia se recogieron todos los medios.

La princesa de Chariñano, habiendo salido del Estado de Milán, y por el tránsito de Génova y de Barcelona entrado en España, cuando se creyó que desde Zaragoza, ó visitándola el Rey allí, ó llegándose á Guadalajara, pasaria á la Coruña ó Santander para ir á Flandes con su esposo el príncipe Tomás, hizo refuerzo para entrar en la corte por quince dias, diciendo que desde allí correria con brevedad á su viaje, y que se habia de hacer con ella lo que con la princesa de Mántua, Gobernadora de Portugal: fué creida y venció como mujer, por graduar á sus hijos por los honores de Castilla, y más que todo acomodarlos; pareciéndola que no seria tan bien en Flandes por no haber allí tan buenas prebendas como en España. Pasó el marqués de Miravel al País-Bajo, por Mayordomo mayor de S. A., y D. Cárlos de Guzman, marqués de Fuente, á gobernar la armada de Dunquerque, y el conde de Oñate, el mozo, á Inglaterra por Embajador. No sosegaba el Francés de encaminar sus designios á todas sus conveniencias, por la misma razon que veia aprestar mucha gente en el País-Bajo; y habiendo perdido el puesto de Tréveris con la prision del Arzobispo Elector, corrió á tentar á Lieja, su confinante, para hacer pié allí y molestar en el País-Bajo; y habiendo, digo, sentido éste por los liegeses, se tomó por expediente y lo propuso al Rey Católico el elector de Colonia, por tener allí algunos intereses y dependencias, que S. M. le dejase meter sus tropas, con que se salió del cuidado; y pasó el mariscal de Picolomini y alojó con mucha infantería y caballería, que era muy fácil poder hacer esto este año, por el grande ejército que se levantaba de todas naciones para entrar por la Francia, cuyo cuidado los tenia en grande aprieto. Los Príncipes coaligados en Italia, en número de 10.000 infantes y 1.200 caballos entraron por el Estado de Milán, por más abajo de Berceli. Esperóles el marqués de Leganés con 8.000 infantes y 2.000 caballos, y llegando al cuartel de la gente española, y encontrándose una caballería con otra, viniendo la del enemigo á cortar el cuartel ó desbalijarle, ó á refrescar en él, siendo embestidos

unos y otros, y ayudada nuestra caballería de una manga de mosqueteros del tercio del marqués de Mortara, fué rota la del enemigo; y hay quien dice que Monsieur de Crequi, General de los franceses, cometiendo el valor de la empresa á la ligereza de un caballo español, se salvó estando muy á pique de ser preso. Fueron degollados 150 caballos y tomaron 70 prisioneros, y entre ellos algunos Oficiales y hombres de cuenta; los demas fueron muy mal heridos, ó parte de ellos: era toda esta gente la más principal de su caballería y en la que cargaba la esperanza de mayores intentos. En prosecucion de esta rota, siguiendo nuestra gente el ejército, el enemigo se fué retirando á gran priesa y á jornadas muy desiguales, y volvió á pasar la Sesia; y todos, franceses, saboyanos y la gente de Parma, salieron del Estado de Milán, con que el Marqués general marchó á reposar la gente á sus cuarteles con aplauso y honra de toda la frontera, así de cantones de esguizaros como de venecianos, de las demas Repúblicas y potestades de Italia.

No sosegaban, pues, por estas pérdidas unos y otros, ni en las persecuciones de la cristiandad; solicitaba el rey de Francia y el ministro de Estado la vuelta de los suecos á Alemania y á sus provincias; materia en que fundaba la esperanza de mayores cosas, sin temer al cielo que tan ciegamente le ofendia: queria proseguir de nuevo en su ruina y asir la Corona Imperial, ó impedirla á los príncipes de la Casa de Austria. Ellos, cebados en los robos y estragos de las primeras guerras, con facilidad sus cabezas condescendieron con las persuasiones de los franceses; juntaron gente y volvieron á pasar el Albis: fueron esperados del duque de Sajonia y de sus Capitanes, siendo aquel el paso más preciso á sus progresos, y quedaron rotos y desechos por él; pero aún no desengañados los conmovedores de hacerlos volver tercera vez. Tratábase de la paz, pero era sin fruto, porque el rey de Francia ni queria dejar lo tomado, ni de probar fortuna este año, y ver, aunque desahuciado de hacer nada en Flándes, si podia descomponer la posesion firmísima de nuestro Monarca en Italia con el nuevo ejército y armada aprestada. Sin embargo de las rotas



que acabamos de referir, poco prósperas á sus materias, los franceses que habia en Roma, gente baja y soez, quizá ocupados del vino ó de la afrenta recibida de sus paisanos en el Milanés, embistieron á Santiago de los españoles, ocasionando una refriega y un alboroto notable; pasaron de allí á cercar la casa del Pimentel, obispo de Córdoba, y la de D. Juan Chamucero de Sotomayor, del Consejo Real de Castilla, Embajadores ambos del Rey en aquella corte; tiráronle algunos arcabuzazos á las ventanas, abriólas D. Juan y saludóles con algunos mosquetazos, con que aventó la canalla y la hizo esconder en los lugares más cercanos de Roma. El marqués de Castel-Rodrigo, que habia poco ántes salido de aquella ciudad para Terracina, en el reino de Nápoles, á visitar á la Marquesa, su mujer, que se habia ido allí á mejorar de algunos achaques, avisado del alboroto y del atrevimiento de los franceses, quizá porque no vió el castigo y la enmienda que era justo en los agresores y tumultuarios de parte de la cabeza, volvió á Roma á la defensa de los Ministros de su Rey; viólos y visitóles, informóse del caso, y ofrecióseles á correr la misma fortuna que ellos, y en cualquier accidente de ponerse á su lado: quejóse al Papa del atrevimiento y el desacato, y protestó que si no ponia enmienda en desórdenes semejantes, lo haria él; así lo escribieron de allá, y lo contaron: toleró el Papa el denuedo del Embajador cuanto pudo, y ofrecióse al castigo, reconociendo la calidad del delito cometido contra el sagrado de la dignidad de Embajador. Daban por autor del hecho á un lacayo francés, gran profesor de Baco.

Volvióse á tratar de la paz en el Imperio, que era la parte donde más reclamaban á ella los interesados sobre las cosas de la guerra entre España, Alemania y Francia, para restituir á los Príncipes desposeidos en sus Estados, mediar las diferencias de todos y concluirlas: la mayor dificultad que se reconoció para llegar á resolverla fué, en qué lugar se habian de ventilar los tratados, y quién le habia de elegir. El rey de Francia decia que á él le tocaba, y eligió tres ciudades para que el Pontífice eligiese la más apta y á propósito



para su definicion; y el Rey Católico queria tambien no perder su derecho. No se efectuó nada por la protervia francesa y conviccion de querer predominar en esta parte, y que se habia de señalar á su albedrío la ciudad donde se habia de tratar de las paces; mas, en primer lugar, propuso el Rey Católico, como tenia este año las armas en la mano, que ántes de mover artículo ni argumento, se habia de prescribir por pacto y conveniencia, que no habia de cesar la guerra ni deponer de las armas, ántes que habian de obrar en todas partes; porque se reconoció y se pretendia insinuar que era éste el principal motivo para que Francia no retuviese en paz ni con sosiego las tierras tiranizadas de los Príncipes, sus confinantes, así italianos como alemanes, sino que le obligase la guerra y la fatiga á meter los piés en la razon. Pero él, cuanto quiera que estaba atento y cuidadoso de nuestras trazas, así en las secretas como en las públicas, porque en todas partes tenia sus asistentes y movedores, aunque no dejaba de esperar nuestro ejército en sus tierras, él nos daba á sentir la opulencia de su armada para retener en sí y en sus puertos las fuerzas del reino de Nápoles y Sicilia, y que no saliesen á embarazarle: publicó una propuesta insolentísima, que hizo decir al Papa, y fué que le concediese las rentas todas, ó parte de ellas, de las iglesias de Francia. Bien se reconocerá el que la fabricó ó la propuso, que está llena de infidelidad y de ninguna religion, y que este espíritu es más de hugonote que de católico. Pasó adelante y pidió dos puertos de mar, de los que se incluyen en el estado de la Iglesia, y amenazó, de no hacerlo: era todo esto como lo discurrian los de mayor juicio, porque se veia con aquella armada, publicada con más fantasía y número que verdad, y tres ejercitos, uno en el Monferrat y el Piamonte, y otro con el príncipe de Condé, en el ducado de Borgoña, para asombrar y hacer desatinar los espíritus más inferiores, y que le entregasen ó rindiesen cuanto le pidiese; ó porque, cargando toda nuestra defensa allí, descuidásemos la Liguria, adonde tenia puesta su inclinacion; ó que por miedo se le llegasen, y acabar por aquí de llenar su codicia y ambicion del señorío de la



Europa. Otros decian, que esta demanda era con intervencion secreta del Papa para la empresa del reino de Nápoles, y cumplir por aquí y satisfacer este deseo al protector; pero todo esto con facilidad se desvaneció, porque aquel intento estaba lleno de dificultades y habia de costar más caro de lo que se pensó. Refieren que el Papa lo denegó, y rechazó ambas propuestas con enojo. ¿Quién podrá admirarse de que el ingenio humano cargue el juicio en estas sospechas, cuando hemos visto tan válida la herejía en nuestros tiempos, y que se ha tomado por instrumento para extinguir la religion católica, y excluir de sus términos sus más firmes columnas y defensores?

Porfiaban los holandeses en la recuperacion del Esquenque con teson y con porfía; tanto les importaba poseerle: volvióse con nuevas gentes y pertrechos á cargar sobre el Orange; ocupó algunos puestos y unas fortificaciones que habia hecho levantar S. A., aunque de poca consideracion, y reforzóse á Genep, que le valia tanto como el Esquenque, y para caso que se perdiesen, decian algunos Capitanes que era más fuerte; pero en la rabia de los enemigos en volverle á recobrar, se reconocia su importancia, y que consistia en tenerle la seguridad de Holanda y de todos los Estados. Haciánse muchas surtidas, y eran rebatidas de nuestra gente, y se peleaba de ambas partes con coraje y denuedo; los unos por ofender y tomar el fuerte, y los otros por sustentarle: proseguíanse los buenos sucesos en la Sajonia sobre la gente de Suecia, y fué herido y roto el duque Bernardo de Beimar, que siendo más diestro en la fuga que en el esperar, habiendo recibido este revés, entre otros muchos, se fué retirando á Fancia: mandó el Rey á Monsieur de la Forca que pasase el Rin, dejase asegurados los puestos y las plazas de aquella parte á cargo del cardenal de la Baleta, y bajase con el ejército á Italia y reposase en Valtelina, y asistiese á la defensa y conservacion de la riba de Chiavena y los fuertes junto al lago de Como: 40 navíos de Suecia con 400 piezas de artillería, por el mar Báltico, desembocando el Zonte y corriendo el Germánico hasta el Británico, dieron fondo en la Rochela para los movimientos de este año.



El infante D. Fernando iba armando su ejército, y previniéndose para su tiempo y para cuando hubiese forraje para los caballos, que habian de ser muchos; atendiendo siempre á los movimientos de ambos enemigos y de ambas fronteras: el conde de Monterey, virey de Nápoles, vistos los aprestos que ya se dejaban sentir de los enemigos, no sólo previno todas las costas, calas y esteros del reino, sus puertos marítimos y ciudades mediterráneas, pero aprestó una armada para las ocurrencias del Milanés y de la Liguria, y para su defensa: proseguíanse los asaltos y acometidas al Esquenque por mar y por tierra, peleando unos y otros obstinadamente: el tiempo era contrario á las prevenciones y socorro de S. A., y por las muchas aguas que comenzaron á caer y á empantanar la tierra, aprestó 5.000 carros de municiones y bastimentos, con mucha infantería y caballería que los convoyase, y no pudieron caminar ni llegar por la dificultad del terreno, lodoso y lleno de agua: nuestra gente se hallaba falida y apretada dentro del fuerte, el distrito era largo para los que convoyaban y lo que se habia de caminar mucho, y casi á la vista de las mayores y mejores plazas del enemigo; con que se reconoció ser inútil el socorro. Finalmente, habiendo hecho nuestra gente el deber cumplido con valor y constancia, sufriendo asaltos de franceses de noche y de dia, é innumerables cargas de granadas de fuegos y otros artificios, y hallándose con falta de municiones y bastimentos, que los esperaban, y se desconfiaba de ellos, no pudiendo ser socorridos, á 15 de Abril de este año, con las condiciones ordinarias y honradas, la rindieron con harto sentimiento de Su Alteza, que quisiera poderla conservar; pero él estaba tan adentro de la casa del enemigo, que era muy dificultoso, y áun cuando se tomó, se llegó á reconocer no poder mantenerla.

Al principio de Junio, las gentes coligadas de Italia, con un ejército de casi 40.000 soldados se encaminaron al Estado de Milán, divididos en dos partes; la una llevaba Monsieur de Crequi con gente de Parma, y la otra el duque de Saboya. Su primera derrota fué correr y surtir hacia Alejandría de la Pulla; fueron ocupando algunos lugares abiertos y de poca



consecuencia, todo á fin de quitar el socorro que les podia venir á nuestra gente, y en prosecucion de esto tiraron á la cabeza y marcharon á la ciudad de Milán: acuartelóse el genegeneral Crequi cerca de ella, quitó el navillo y rompió las presas para impedir y retirar el agua y poner en mayor conflicto y alteracion, no sólo aquella insigne ciudad, sino á todo el Estado; pero el marqués de Leganés, atento á estos movimientos, con más ánimo que congoja, porque no tenia la gente que habia menester para embestir enemigos tan bravos y poderosos, sacó la que tenia, en número de 9.500 infantes y 2.000 caballos, y dejando reforzadas y con guarnicion las plazas más importantes de aquel Estado, se puso en Vilagrasa con esta gente, entre los cuales se incluian razonable número de españoles, sacados los más de ellos por fuerza de las plazas de Madrid y de otras partes, y de los que bajan de la Montaña y de Galicia, ejercitados solamente en buscar la vida, llevar y traer con una esportilla, con cualquiera que los llama. Estos, pues, descalzos y desnudos cuando los alistaron, y luégo vestidos; enseñádoles las armas, industriádolos en ellas por cabos de esclarecida reputacion y nombre, hechos ya á la cuerda, á la pólvora, al mosquete, á los otros afanes y fatigas de la guerra, no empeciéndoles el mal alimento y la cama mala, porque estaban criados y habituados en ella, que muchas veces en la paz y áun todas, era el suelo, y hechos á la humildad de este estado, ensanchádoles y alentándoles el corazon el son del parche y de los otros instrumentos marciales, endurecidos en trabajos; este dia, como dije, unidos con las otras naciones que militan por imperio y adopcion con nosotros, arriesgado D. Diego Mejía, por no arriesgarlo todo con la llegada de los enemigos tan cerca; y afirmados en el corazon del Estado, numerosos tres tantos más, y él con tan pocos, el Milanés, puesto en gran confusion y peligro, salió bien; y si alguno en esta ocasion se portara con más tiento y se atara á los preceptos de la prudencia y el tiempo, hiciera la guerra defensiva y reclamara los socorros de España; pues de hacer lo contrario se podia temer de reprendido, que lo habia aventu-



rado todo, y puesto en balanza, no sólo el Estado de Milán pero toda Italia. Él, entre estas remisiones y zozobras, deliberó, como si fuera el Gran capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba en las empresas del reino de Nápoles contra franceses, ó el grande Antonio de Leiva y el marqués de Pescara en aquellas mismas tierras, y estando asediado de la misma nacion, y un pederoso Rey en persona por caudillo, como Francisco I, rey de Francia, sitiando á Pavía; resolvió con denuedo, y haciendo ejércitos del corazon y del ánimo, á 22 de Junio salió de Vilagrasa en busca del enemigo. Hallóle fortificado en terreno, al parecer, dificultoso; sin embargo, le presentó la batalla; y viendo que el general Crequi no la admitia, ántes que se le retiraba al abrigo de un bosque y se queria resguardar en él, resolvió el Marqués general, y con aliento de generoso soldado dijo á aquellos españoles: «cerrad con esas fortificaciones.» Hiciéronlo con tanta valentía, que comenzaron á romper y á degollar los escuadrones franceses: apretaba Gerardo Gambacurta, general de la caballería, la del enemigo y al Monsieur de Crequi, de suerte que queria ciar, y lo hiciera, comenzando sus tropas á volver las espaldas al calor de las del duque de Saboya, que viendo que peligraban sus amigos los socorrió con él: el marqués de Leganés, viéndose cercado de ambos gruesos del ejército y que habia dado una buena mano á los franceses, mandó retirar su gente, que á no llegar el auxilio del aliado, quedaran totalmente desechos; sin embargo, no quisieson volver á tentar fortuna con el Marqués, que mandó reparar á los españoles, agradecióles lo bien que habian peleado, y retiráronse los enemigos, quedando el campo por el Rey Católico y por sus gentes, con que volvieron á refrescar á Vilagrasa, desanimados en el ardor y en los progresos los franceses, piamonteses y saboyanos y los demas factores; y en cuanto los milaneses, sacudieron de sí el pavor y la desconfianza en que habian estado por el gran estruendo de los enemigos, é irguieron las frentes al memorable valor de la nacion española y de las demas, y á la vigilancia de su Príncipe, tanto más cayó en ellos, sin poder recobrarse, y comenzaron á aflojar como es de ordinario en to-



dos sus intentos. Salió herido el duque de Saboya y murió el muy esforzado capitan Gerardo Gambacurta, general de la caballería; fueron degollados cuatro ó cinco mil franceses, con pérdida no más de 300 de los nuestros, y número considerable de heridos. Prendieron nuestros Capitanes un Monsieur de calidad y nobleza, trajéronle al Marqués, informóse de él de todos los nervios importantes del ejército, de sus cabos y cabezas, del número y gente que traian, de los designios y materias militares, y dijo que no podia responder á más de que habian faltado el dia ántes 4.000 raciones del ejército, con que, á toda priesa y con la rota pasada, seria posible depusiesen de muchas de sus trazas.

El conde de Monterey, habiendo ya salido de España el duque de Medina de las Torres para el vireinado de Nápoles, envió en navíos, pataches y galeras un grueso socorro al Estado de Milán de 10.000 soldados, entre españoles y napolitanos, y enviósele más dinero y más gente de la que alojaba en Perpiñan; con que á toda priesa se preparara para echar los enemigos del Estado y de sus confines. Llegó esta nueva y gallarda resolucion de D. Diego Mejía al Rey, y el Conde, nuestro Gobernador, no acababa aquel dia de admirarse del hecho de D. Diego, y no acababa de echar de sí el fuego que tenia en el corazon del alborozo, cuando consideraba la temeridad y la resolucion, y que salió con ella un hombre desarmado y acometido de fuerzas tan superiores, y lo mucho á que se habia arriesgado (así lo pareció á los Ministros de Estado); pero no obstante, excluyó con el corazon y el aliento del fracaso al Estado de Milán, y de la envejecida ambicion á los franceses. El reino de Sicilia dió un millon de oro para la guerra; los electores del Imperio se disponian, segun la diligencia de España y del embajador conde de Oñate, para la Dieta de Ratisbona y para elegir Rey de Romanos, de que se tenian esperanzas muy ciertas que lo seria Fernando III, primogénito del César, rey de Hungría y Bohemia; y más asegurados nuestros Príncipes de la intencion y verdad de los Electores herejes, de quien se habia desconfiado ántes que de los cató-



licos; tan notable es el natural de aquellos Príncipes y tan rara su inclinacion y dictámen: el duque de Parma, mejor aconsejado, y arrepentido de lo hecho, y que sus pretextos y conveniencias en la deliberacion de la guerra contra España no le iban saliendo bien, por las muchas rotas que los franceses habian recibido en Italia y en otras plazas de armas del Rey Católico y de la Europa, deseando volver al sosiego y tranquilidad antigua, y contentarse con su Estado, queriéndolo hacer, y siendo reconocido del Monsieur de Crequi, que lo queria impedir el paso y prenderle, puso la salud en los piés de un caballo y se valió de la fuga, acogiéndose á Parma. Quisiera proseguir el discurso, con que el marqués de Leganés concluyó con los franceses y saboyanos en el Estado de Milán este año, en cuán estrechos lances puso al duque de Saboya, y las cosas maravillosas que obró en el Piamonte, y cómo redujo al conde de Parma á la obediencia del Rey Católico, ablocando y constriñendo á miserable estado á Parma y á Plasencia; pero solicítanme la pluma la narracion de otros dos ejércitos y una armada francesa que tenia en atencion, no solo la Europa, pero la mayor parte del Orbe; que comenzando su curso á un tiempo, es menester darles á cada uno su lugar en su misma fuente, y entretejerlos con destreza para saberlos y entenderlos mejor, sin confundirlos, ni que falten al nacimiento que les toca. Pero sigamos á nuestro infante D. Fernando en la entrada de la Francia por la Picardía, que luégo acudiremos al sitio de Dola, en la Contea de Borgoña, por Enrique de Borbon, príncipe de Condé; su entrada y salida sin ejército y sin reputacion á la armada que ya queria dar las velas en Belciste; sus derrotas y fines sin logro y sin fortuna, y luégo volveremos á concluir los sucesos del marqués de Leganés y sus afanes en Milán.

Habiendo ya el infante D. Fernando juntado con suma vigilancia y cuidado su ejército, que se componia de 30.000 combatientes, toda gente lucida y briosa, españoles, italianos y alemanes, mezclados con valones, de cabos y caudillos militares y de nombre, y despues de haber puesto en órden mucha



artillería, municiones y vituallas, carros, bagaje y otros pertrechos, todo al principio de Junio de este año, y en notable atencion toda la Holanda y la Francia, resolvió en dejar al País-Bajo formidable y con nervios muy bastantes y poderosos para tener frenados á los primeros y suspenso al príncipe de Orange en el discurso y el intento. Así, ordenó que el conde de Fontana, además de la gente referida y de su marcha, quedase con 5.000 infantes y 2.000 caballos en el condado de Flandes, para cubrir y resguardar las plazas marítimas de Gravelingas, Neoporte, Dunquerque, Mardic y otras; y que D. Manuel Pimentel, conde de la Fera, asistiese con otra tanta gente en la campaña, para defensa de plazas y fortalezas, y á los movimientos de aquel enemigo, que en ocasion tan ardiente y oportuna, y viendo pujante á S. A., habia llegado á discurrir, que todo habia de recaer en las tierras de su mayor protector y habia de querer hacer alguna fineza con él y agradecerle los beneficios recibidos por tanto número de años; pero hallábase muy desigual para divertir tan superiores fuerzas, y cuando quisiera hacerlo, ¿quién duda que le habria dicho al rey de Francia amenazaba gran tempestad á la Francia, que le ayudase é hiciese refuerzo para salir en campaña, supliendo con la prudencia y arte militar la falta de fuerzas que habia puesto en la frontera, porque muchas asistian en Italia y muchas en el condado de Borgoña, sin hacer memoria en las de Alemania? Aquel responderia se habian consumido casi todas en la restauracion del Esquenque, y que ya sabia que no era hombre sin su auxilio y regimientos, que él no tenia más fuerzas que las que le venian de su mano, y que reclamaba á estas; pero viéndolas asistir en tantas partes, en armadas y en ejércitos en las provincias referidas, le parecia diligencia infructuosa; que el Rey Católico se hallaba tan poderoso este año, que tenia para todos, y que el conde de la Fera, de la casa de Pimentel, quedaba en la campaña para detenerle si queria intentar algo con gente más numerosa que la que él podria sacar, y, sin embargo del conde de Fontana, en la provincia de Flandes, con otras distribuciones de soldados en



diferentes partes; que lo que él podria hacer, era ver si le era dado mendigar por trato alguna de las plazas marítimas, y que habia puesto la mira y los ojos en Ostende, para causarnos algun dolor, equivalente al que todos habian recibido en el Esquenque.

Tenia S. A., como lo afirmaban otras resoluciones, grandes deseos de tomar satisfaccion de los franceses y abrasar la provincia de Picardía, ya que habia crecido su ejército á 18.000 caballos y 18.000 infantes; y si bien esperaba para mayor abundancia 6.000 polacos, resolvió su viaje y mandó marchar la gente hasta las fronteras de Francia. Iban en este ejército el príncipe Tomás, hermano de Victorio, duque de Saboya, su primo el duque Cárlos de Lorena, el conde Juan de Bert, y el conde Picolomini, todos con tropas de caballería; muchos Maestres de campo, Cabos y Oficiales de experiencia y de nombre; dos tercios á cargo de los Maestres de campo D. Francisco Zapata y el conde de Fuensaldaña, de españoles; uno de napolitanos al de D. Andrea Cantelmo; otro de alemanes, del conde de Ostrat; otro de valones del conde de Villaarbal, y parte al del conde de Fresin, de la misma nacion; 1.600 caballos á cargo del conde Juan de Nasao; el de la Liga al de Juan de Ubert y del duque de Lorena; y todo lo demas distribuido á cargo de cabezas y Capitanes con maravillosa disposicion de S. A., sin faltar á las más mínimas cosas y difidencias. Teniendo en atencion á los vecinos, hizo S. A. alto en Cambray, á 3 de Julio, encargando mucho al príncipe Tomás y duque de Lorena (lo que no hacia el Cardenal valido con sus ejércitos y soldados), el buen uso de la guerra, no saquear plazas, conceder partidos de honra y comodidad á los rendidos y á los que de su grado lo viniesen á hacer, admitiéndolos á las contribuciones más suaves y honestas, la veneracion y respeto á los templos, altares, imágenes, ornamentos y vasos sagrados, á los sacerdotes y religiosos, la defensa de las mujeres en cualquiera estado, encargando con severidad las licencias y desórdenes de los soldados, amenazándolos con gravísimos castigos si excediesen de los mandatos de sus cabezas, y los que S. A. habia ordenado



y hecho promulgar para admiracion de los amigos y enemigos. Dispuestas, pues, las cosas en la forma referida, ántes de entrar en la Francia hizo publicar y lo expidió en Mos de Henao, á 5 de Julio, este manifiesto, y lo mandó introducir en los países vecinos, y que corriese con brevedad á todos, para informarles de la justificacion de su causa y de las razones que tenia para meter por la Francia aquel ejército del Rey Católico, su hermano, que dice así:

«D. Fernando, por la gracia de Dios, Infante de España, Lugarteniente, Gobernador y Capitan general de los Estados de Flandes, Países-Bajos y de Borgoña: á todos los que leyeran la presente, salud. Haremos manifiesto, que si bien contra todo derecho de justicia haya la Francia mantenido una cruelísima guerra dentro de los Estados del Emperador y del Rey, mi señor; metido y suministrado extraordinarios socorros de gente y dineros á los rebeldes de SS. MM., metiendo á los suecos hasta las entrañas del Imperio, y arrebatado ó comprado de los mismos inícuamente las ciudades de la Alsacia y otras hereditarias de nuestra augustísina Casa, y vuelto sin respeto sus armas tambien contra la Liga Católica, y que no tiene otra mira ni fin sino mantener en su pureza la religion por todas partes combatida; con todo eso, no contento con tantas injurias y contravenciones á los tratados de la paz, que ántes daban á nosotros justa ocasion de declararle la guerra, la Francia misma, voluntariamente, ha venido en manifiesto rompimiento y ha enviado ejércitos para embestir y acometer, con todo ejemplo de impiedad y barbárie, los Paises-Bajos, y á robar y destruir el Estado de Milán y otros legítimos feudos del Imperio, y ahora asaltar el condado de Borgoña, contra las leyes de la asentada neutralidad, contra la reverencia y respeto de la República, fe y palabra, y contra las promesas expresamente hechas del príncipe de Condé, en el mismo tiempo que juntaba el ejército para asaltarle y acometerle, dando calor á todos estos inícuos atentados y públicas faltas y quebrantamientos de palabras con ridículos pretextos y fingidas suposiciones, contenidas en muchas declararaciones pasadas en los Parlamentos de Fran-

cia, y acompañadas de calumnias é injuriosos desprecios con aquellas personas que, por todas leyes, son reverenciadas por sagradas. Ahora pues, habiendo nosotros largamente probado que la demasiada disimulacion y paciencia no obra otra cosa que redoblar la resolucion á los enemigos, y que la compasion que habemos tenido á las ciudades y pueblos de la Francia vienen á parar en ruina y destruccion de aquellos que Dios ha puesto debajo de la obediencia de SS. MM. Cesárea y el Rey, mi señor; hemos resuelto hacer entrar sus armas en el reino de Francia, no por otro fin que por obligar á su Rey á una verdadera y segura paz, quitando aquellos obstáculos que se atraviesan á un bien tan grande; y pues que á los mismos franceses les importa el reparo de estas mismas desórdenes, que jamás les dejaron tener tranquilidad, esperamos tambien que ellos, por el celo de su bien, concurrirán con las demostraciones y con sus generosas fuerzas para inducir á su Rey á castigar aquellos enemigos indomésticos, maquinadores y autores de todas las guerras que de siete años acá han ensangrentado casi toda la cristiandad, y que, trabajados y acometidos todos los vecinos, han ocasionado á la misma Francia aquellas miserias que la oprimen, irritando las armas que la amenazan: y aunque nosotros estamos bien informados de la flaqueza y de las divisiones en que los malvados consejos de algunos y las excesivas contribuciones de pueblos han precipitado aquel reino, con todo eso, declaramos que las sobredichas MM. no quieren valerse de aquesta ocasion para su ruina, ni sacar otro provecho que haber dado al mismo reino de Francia, y á toda la cristiandad, un reposo que por muchos años no sea interrumpido del estrépito y ruido de las sediciosas armas. Por esta razon, y por los instantes ruegos hechos á S. M. de la Reina madre del Rey cristianísimo, hacemos saber: que nosotros amparáremos y trataremos como buenos amigos todos aquellos franceses que, junta ó separadamente, siguieren nuestros buenos designios é intentos; y que hemos dado órden, que la neutralidad sea fielmente guardada con aquellos lugares y personas principales y nobles que la pidieren, y que

no dieren asistencia ni ayuda á nuestros enemigos, porque en tal caso se procederá contra ellos con todo acto de justa hostilidad, sin dar cuartel á sus personas, ni tener resguardo á sus casas ó posesiones de aquellos que se presumieren ser enemigos de la cristiana religion, de la quietud pública y de la propia salud. Demás de esto, declaramos que SS. MM. han firmemente resuelto de no dejar las armas hasta que la Reina madre no esté enteramente satisfecha y contenta, y que los Príncipes, despojados injustamente de sus Estados, no sean restituidos en su posesion, y que no se vea seguridad de una paz inviolable: la cual no se presumirá jamás hasta tener apartado á aquel que ha violado el tratado de Ratisbona y otros que despues han tenido el manejo de las cosas de Francia; no deseando tampoco dé Dios, Nuestro Señor, otro fruto ni vado, que aumentada la católica religion, pacificada la Europa, sobrellevados á los oprimidos y hecho restituir á cada uno lo que le toca.»

Publicádose este manifiesto, y resuelto S. A. con las cabezas del ejército lo que se habia de hacer en la prosecucion de la guerra, marchó el príncipe Tomás, ordenando al conde Picolomini que se pusiese sobre Reguero, y fué á ejecutarlo; y reconociendo la plaza y que estaba muy bien guarnecida, aunque de poca importancia, y que convenia ántes poner la mira en puesto de más consideracion y que diese más cuidado á los franceses, ajustóse el príncipe Tomás al consejo y á la autoridad dèl conde Picolomini, como de tan grande y tan antiguo soldado, como lo aplaudian las mismas ocasiones en que se habia hallado, y los mismos enemigos que le habïan visto gobernar y pelear; cuyo parecer admitido del príncipe Tomás, le ordenó se viniese á juntar con él, y se encaminaron á la Capela, plaza de más consideracion y nombre, y muy repetida en los comentarios de D. Cárlos Coloma cuando le fué restituida por el Rey D. Felipe II á Enrique IV, rey de Francia, en la última paz que se hizo entre ambas Coronas. Dieron la vista ántes de anochecer de aquel dia, y diose órden al conde de Bunquenque que, con alguna infantería y caballería, tomase los

puestos y cortase los que estaban en el burgo. Perdiéronse aquella noche las guías con la demasiada oscuridad, y no llegando á tiempo, se envió al amanecer á D. Estéban Gamarra, Teniente de Maestre de campo general, para que reconociese dónde se habia de acuartelar la gente y por qué parte se abririan las trincheras: ejecutó el Gamarra el órden que se le dió; miróla y reconocióla; tomaron sus puestos los españoles y los italianos, y diéronse manos á la obra con la zapa y la pala, no sin grave terror del país y de toda la Francia, cuya nueva y lastimoso estrago corrió por sus provincias y ciudades hasta Paris, donde ya se temian de la invencible espada del Rey Católico. Ayudaba la infantería valona por su parte á caminar con las trincheras; y si bien se reconoció ser la plaza más fuerte de lo que se habia entendido, el valor, coraje y ardimiento de las tres naciones, superiores á las demas del orbe, allanaron la dificultad con asombro de los franceses que se hallaron al opósito, viendo avanzarse cada una á porfía á conseguir la empresa. Defendióse la Capela con la artillería, de que recibió algun daño nuestra gente, y los franceses que estaban dentro hacian el deber; pero viendo tantas gentes á sus contornos, teniendo por temeridad lo contrario, y no pudiendo sostenerse, temiendo ser degollados, rindieron la plazas á 8 de Julio, á no más que cinco dias de sitio, y fuéronles concedidos partidos honrados y los que se acostumbran en buena guerra, y salieron 500 infantes y una compañía de caballos; con que rendida la Capela, llegó á esta hora Picolomini con las tropas de su cargo, habiéndose acercado dos dias ántes el conde de la Motería con la gente del Artoes. Murieron de nuestra gente muy poca, y de personas de cuenta el Sargento mayor Damian de Lara y D. Andrés Fresco, Capitan de infantería española, y quedó por gobernador de la plaza D. Gabriel de la Torre con bastante número y guarnicion de soldados. Pasó el ejército adelante, y reconvencidos del miedo y del ejemplo, por la grandeza del obrar de los vencedores, se rindieron los villajes vecinos y de sus distritos, ofreciendo contribuciones y bastimentos para los soldados y todo género de grano para los



caballos, porque, segun geógrafos diligentísimos y nuestro Abrahan Ortelio, en sus demarcaciones, por ser aquella tierra tan abundante de todo género de cosas pertenecientes á la vida humana, y ser industriosos sus moradores en la cultura de las tierras, en la crianza de las aves y en los animales domésticos, llaman á la Picardía granja de París, porque aquella ciudad recibe de sus pueblos y labranzas cuanto ha menester para el alimento de sus vecinos. Con la toma de la Capela, llegó S. A. al lugar de Abenas, donde consultó con las cabezas y cabos más principales del ejército lo que se habia de hacer, y sobre cuál plaza se habia de cargar; y habiéndose debatido largamente de la una y de la otra parte, y siendo varias las propuestas, pareció por algunos sitiar á Guisa, por ser villa razonable, aunque flaca de reparos, terreno y muralla, pero capaz de alojar número suficiente de soldados; sin embargo, se hallaba el castillo bien fortificado y convoyado de todo género de municiones y bastimentos, con 5.000 soldados de guarnicion para su resguardo, y á sus contornos y fronteras el conde de Suason, hermano de la princesa de Cariñano, cuñado del príncipe Tomás, y de la sangre Real de Francia, con ejército al opósito de 12.000 infantes y 4.000 caballos para defensa de la tierra á la frente de aquella y otras plazas, como Perona y San Quintin; pero más arrimado á Misieres. No fué admitido este parecer por algunas razones y congruencias que lo repugnaban, y marchó el ejército á tomar puesto entre Guisa, la Fere y San Quintin, para hacer alguna diversion en el ejército de los franceses, para desarrimarlos de las plazas y para acometer las más desabrigadas; pero él esperaba y atendia á nuestros progresos, conservándose intrépido en los puestos que tenia ventajosos y formidables, dándose á fiar que allí no podia ser acometido. Aunque eran unos de parecer que se tentase la entrada en la Francia por la provincia de Champaña, país mucho más abierto, aunque no tan próspero de lo necesario ni abundante de víveres como la Picardía; el parecer de otros era que se tomase puesto fijo y se arraigase en terreno á propósito la infantería, para hacer correrías con la caballería,



(faccion que deseaban mucho los condes de Nasau y Picolomini, y Juan de Berta), y entrar á fuego y sangre, talando la tierra, hasta las murallas de París y hasta sus burgos; pero nada de esto contentaba: representaron otros cabos, en suma, muchas y muy inaccesibles dificultades, con que por algun tiempo estuvieron interminables; pero el príncipe Tomás resolvió echarse sobre Chatelet y dió cuenta de ello á S. A., quien ordenó al conde Juan de Nasau que tomase los puestos con la caballería, y al de la Motería que reconociese á dónde seria más á propósito hacer los cuarteles para observar las trincheras, y por el consiguiente al conde de Ostrat, para que ocupase un bosque que servia de no más que hacer daños, insultos y homicidios en las fronteras de Henao. Echóse el sitio sobre Chatelet, y comenzaron á batirle por tres partes, habiendo desamparado los franceses el burgo y quemádole porque no nos pudiésemos valer de él; y aunque de ambas partes se hizo todo lo posible, los franceses, dentro de pocos dias, la rindieron; concediéronseles partidos honrados, y salieron 450 infantes, una compañía de caballos, y lo demas de su carruaje: en esta forma tenian ordenadas y guarnecidas sus plazas y fronteras, y en esta manera nos esperaban cuando atendian con nuevas y más fornecidas tropas á la insidia de las otras provincias hereditarias del Rey Católico. Publicaron en Francia las plumas y los detractores de la reputacion española, que el infante, desde Cambray adonde asistia para la buena distribucion de la guerra, se habia retirado á Bruselas; y cuanto quiera que procuraron acumularle culpas y deslucir su vuelta á la corte, no pudieron, porque le llevó el cumplir con una circunstancia, por aquellos dias célebre en Bruselas y en todo el País-Bajo, que fué asistir á la procesion del Milagro de las Santas Formas; siguiendo en esto la suma religion del archiduque Alberto y la señora infanta Doña Isabel, su tia: pero ¿qué digo de los Archiduqueses? de todos sus más esclarecidos antecesores, que tienen esta fe y devocion por fin más principal y primero de sus intentos. Volvió con brevedad á Cambray, y confirióse de nuevo lo que se habia de hacer para pasar ade-



lante en la expugnacion de plazas; pero el enemigo hizo junta y marchó la vuelta de Amiens con todo su grueso, para pasar de la otra parte de la Soma, y por el Bolonois y Cales recaer en la provincia de Flandes, y darse la mano con Enrique de Nasao, príncipe de Orange, y unir sus fuerzas con las de los Estados y hacernos la guerra en nuestra casa, divirtiéndonos. Allí marchó en su seguimiento el príncipe Tomás con todo su campo, y tuvo aviso que habia hecho alto en Perona; con cuya novedad entró robando nuestra gente toda la campaña: de Amiens trajeron 2.000 carneros, 800 vacas y 300 caballos, sin que se atreviese á oponérseles ni un soldado; con que el ejército católico tomó puesto sobre la Soma, todo con acuerdo y órden del Infante: aseguraron con esto los víveres, y dióse órden para echar puente sobre la ribera para enseñorearse de la campaña y tener el paso abierto para los otros diseños, y hacer correrías hasta donde pudiere. No se pudo hacer esto sin algunas dificultades, pues si bien el burgo de Bray, juzgaban los más prácticos de la milicia y de aquél país, era más á propósito para el paso de la Soma, y en particular el baron de Valanzon, decia, se podia fortificar, hacer entradas y progresos en la Francia, dar al enemigo más cuidado y hacerle entrar en más conflicto, eligió el príncipe Tomás esta resolucion, y envió delante á Juan de Bert para que le ocupase: ejecutólo con suma brevedad; pero como en las más de las empresas, en los soldados de menor honra es más aina la codicia que el aspirar á los hechos heróicos y memorables, en que se consigue la prenda de la reputacion, los dragones se cebaron en el paso, abrasaron la mayor parte del burgo, y dejaron de ocupar los puestos que los villanos habian fortificado sobre la misma ribera, muchos y muy considerables. Habíanse acogido á ellos 200 franceses de los que habian desamparado el burgo; pero al calor del ejército francés, que con la llegada de Juan de Bert, cediendo de la primera marcha, se presentó de la otra parte de la Soma, se comenzaron á defender, y el príncipe Tomás, con baterías que mandó, presto los desalojó; y ya los dos ejércitos se habian resueltamente afrontado con el rio



en medio, no dejando de cubrirse y tirarse, los nuestros por pasar, y el conde de Suason por defender el paso.

A este tiempo acudió el conde Picolomini á tomar un molino que tenian bien fortificado; tomáronle de otro puesto más adelante, asiendo Picolomini de los cestones ý fagina, con admiracion de los más escogidos, para cubrir su gente, ganaron los españoles un puente levadizo, que tenian delante del puesto principal sin poderlo defender, y señaláronse mucho aquel dia, que fué de admiracion á las demas naciones, ocupándolos todos, y anhelando por pasar de la otra parte, sin embargo de estar atrincherado allí todo el ejército francés y hacer notable repugnancia al intento; pero no sin flaquear el ánimo, por el grande ardor de las otras dos naciones, alemanes é italianos, y por lo mucho que en su vista obraron aquel dia con la gente francesa, que estaba de esta otra parte y al opósito con defensas y otras máquinas. No siendo de fruto su resistencia, procuráronse tentar vados y vagíos de la Soma por pasar y venir á las manos con los enemigos: no pudieron hallarse, y si bien se habia al principio de la jornada levantado el puente que se echó, por no ser á propósito allí, se reconocieron, aunque se procuraba, gravísimas dificultades; y, finalmente, el vadearle era de más riesgo por ser aquel rio grande, fondable y lleno de morrazos. Poniendo los capitanes franceses toda su vigilancia y cuidado porque no pasase el ejército español, de quien se temian que habian de correr fortuna, iba la caballería lorenesa al recurso de su alojamiento y á refrescarse; erró el cuartel y dió en un villaje cerca de la ribera de la Soma, y en aquella parte que se divide en dos ó en tres ramos; esguazó el primero, y creyendo le seria más fácil el segundo, siendo la corriente más brava y ménos entendida, porque el otro le habian visto vadear de los enemigos y retirar por él todo el ganado que repastaba en sus islas, pareciéndoles á los Capitanes este tránsito de conveniencia para pasar á la otra parte, dar cuidado á los franceses, al ejército y á los pueblos más importantes de aquel paraje, dieron cuenta de esto al príncipe Tomás, quien para reconocer estos pasos y entenderlos, envió á D. Estéban Gamarra: hízolo,



y no pareciéndole á propósito, pasó á reconocer uno más adelante, y hallándole más á su gusto volvió á dar la noticia que le pareció más conveniente y que no era acertado llamar allí al enemigo, por cuanto habia de ser muy debatido, siendo el designio estar de la otra parte ántes que lo entendiese; pero viendo que la caballería de Lorena y alguna infantería se iba acercando, y con dos piezas de artillería procuraron hacer tránsito, el conde de Sauson hizo retirar parte de su gente que habia mandado encaminar hácia aquel puesto, y en los suyos reforzó los cuerpos de guardia, así de infantería como de caballería, que estaban en frente del que reconoció Gamarra; y queriendo éste todavía tentar el paso, previnióse lo necesario para echar seis puentes. Eran ya los 3 de Agosto, y, sin embargo, ántes de avanzarse al intento, que sin duda ninguna era tan árduo como dificultoso, tornó Gamarra á reconocerle de nuevo y á descubrir los caminos más á propósito por donde habia de ir la gente y la artillería, sin ser descubierta del enemigo, y al principio de la noche empezó á encaminar parte del ejército, si no es aquel que quedaba en algunos puestos y guarniciones, de lo ganado, y quedó el Sargento mayor de batalla, Vec, con alguna infantería y caballería y el bagaje, en Bray, para deslumbrar al enemigo y que no alcanzase á entender marchaba nuestra gente á diferentes intentos. Desayudó mucho la noche á la marcha de algunos cabos; perdióse con la demasiada oscuridad D. Baltasar Mercader, Sargento mayor de D. Francisco Zapata, con 500 infantes de aquel tercio, y otros pertrechos y máquinas militares sobre que se habia de fabricar su puente, y fuéles de grande contrariedad la espesura de un bosque, que les ocasionó llegar de dia, y quedar inútil la faccion: de todas maneras, el príncipe Tomás resolvió por allí el paso de la Soma, é hizo poner toda la artillería en baterías en algunos puestos eminentes, para con esta defensa poder echar las puentes: quiso divertir el intento la multitud de un villanaje, amparado de un bosquecillo, tocando arma á todas horas, y acudiendo nuestra gente, que los puso en la fuga, cesó; pero el conde de Suason conservaba la ribera guarnecida de cuerpos de



guardia y de escuadrones de franceses, y habiéndose tirado de una ribera á otra, descubrióse una isla ó dos en medio, como lo refiere la relacion á quien seguimos, mandada escribir, y de las mejores que se enviaron de la Picardía por los hombres más atentos á la Secretaría de Estado, y á la correspondencia arcana del Príncipe y del Mayor Ministro en lo tocante á estas materias, si bien despues publicada por un ingenio lego, aunque presumido de agudo y de noticia, por versado en leccion de la Historia; con que me parece, si no hay otra mejor y más diligente, que no faltaremos á la verdad, porque además de esto, mucha parte de lo que refiere, se ha cotejado de las mismas cartas francesas; y pues ellos lo dijeron cuando ardian en mayor emulacion de las proezas y hazañas de nuestros españoles, con seguridad y sin reprension podemos llevar las velas al fin de nuestro intento. Acabóse pues, y sin embargo de la valiente resistencia de los franceses, el primer puente, con que se calaron los españoles á la isla para dar más aliento á que se echase el segundo, que habia de ser más ancho que el primero, y no habiendo todas las barcas necesarias, tardó más de lo que convenia. Viéndose el enemigo tan desesperado de poder resistir, y que nuestra gente tenia ya paso, ocupaba el rio y se lo iba tomando, reforzó la gente con más golpe de caballería y de infantería, y de este otro lado ocupó el bosque con el regimiento del Piamonte, en quien el conde de Suason tenia alguna confianza de divertir y embarazarnos. Una de las más principales materias de vanidad en el Cardenal valido, era que su Rey, á imitacion ó en opósito de los ejércitos de la Magestad Católica, pudiera tambien alistar italianos y alemanes, ora sea por maña, confederacion ó tiranía (influencia de estos tiempos), para captar la benevolencia de su Príncipe y del pueblo menudo, á quien teme más que á la potencia de los Príncipes de la sangre. Bien se ve que esto es más artificio que poder, porque ¿qué gente de consideracion se podia levantar en el Piamonte que no la hubiese menester el duque de Saboya, cuando le precipitaba en su seguridad contra fe y los beneficios recibidos de España, sin temer aún



al apoyo de Francia, que las armas del Rey eran bastantes á debelarle y que lo dejaban de hacer, como otras veces lo habian disimulado, por no más que la costumbre generosa de clemencia continua en la casa de Austria? De alemanes harto lo habian procurado, y pugnado con los desertores, relevándoles primero para alistarlos despues, usurpando la potestad de nuestros Príncipes para revestirse de ella; y así andaban, ya robando, ya comprando las plazas del confin, y no sólo las hereditarias y legítimas del Estado secular, más del eclesiástico. Todo esto, como digo, para envanecer la plebe, que los hombres grandes ya le conocian y no esperaban de su cabeza, de su caudal, ni de su desvelo ninguna empresa maravillosa sólo por el valor, sino por el engaño en que se ocupaba la mayor parte de su ingenio; como en la rota de Tomás fingir una procesion en París y sacar en ella un número moderado de banderas, supuestas las más, afectando que nos las habian tomado. ¿Qué dijeras si en otra ocasion como ésta, y en estas mismas campañas, de una faccion sola conseguida el año de 557, á 10 de Agosto, á la vista de San Quintin, despues de roto y desbaratado el ejército, preso el Condestable de Francia, su general, y otros muchos Monsieures y Capitanes de cuenta, y más de dos mil personas de rescate, y otros 4.000 de gente comun, sin 6.000 que quedaron tendidos en el campo, 300 carros de pillaje y 20 cañones de batir y de campaña, se sacaran en público teatro, de una batalla sola, 72 banderas tomadas á los tuyos y á los Alféreces á verdaderas y fortísimas puñadas? ¿Qué, si se pusieran á los ojos las sin número y cuento del reino de Nápoles, en tantas y tan diferentes ocasiones, todas de afrenta y de oprobio para tí? ¿Qué, de Lombardía, Navarra y ambas Germanías, que permitió Dios, para castigarles el dictámen de favorecer herejes en las eras pasadas y presentes, y favorecer á la nacion española por no haberse mantenido en este cieno? ¿Qué las del Océano en las islas Terceras y otro diversos rumbos, y otras que remito á los historiadores naturales y forasteros? ¿Qué tienes tú sino las conmociones y levantamientos que te



hemos puesto en las manos y las que dirá el tiempo en que hemos caido?

Pugnaba nuestra gente, como dije, por echar puentes en la Soma para vencer con ejemplo y fortuna sus dificultades y embarazos, y pasar á los otros pueblos de la Francia, y hasta los burgos de París, y debatiendo en los puestos referidos de una parte y otra, en un mismo peso y coraje nuestra nacion y las que militan con ella y la suya, se trabó una valiente escaramuza, obligando los españoles á los franceses á desamparar el bosque, maltratados, sin embargo, de la artillería. Alabó mucho el príncipe Tomás el encendido teson de los españoles; acabóse el segundo puente, y corrieron con valor y denuedo á la fábrica de una media luna, y abriendo trincheas en la propia márgen, por hallarse faltos de fagina y tepes, tornó el enemigo á ocupar el bosque: enfurecidos ambos, y con espíritu infatigable en contínuas y varias escaramuzas, en que le fué forzoso al enemigo retirarse al cuerpo de su ejército fortificado en una colina, quedó el regimiento del Piamonte roto y deshecho, pasando de 600 los muertos, sin los heridos, que fueron muchos, y entre ellos los Oficiales y hombres de importancia: perdimos un Capitan, 10 soldados, y salieron muy pocos heridos. Fué este reencuentro á 4 de Agosto, dia del gran Patriarca Santo Domingo; señaláronse en esta refriega 40 mosqueteros españoles, que metidos en una barca hicieron lamentable extrago en los franceses, bien así como en los tiempos pasados en Albis, con los rebeldes de Alemania, cuando fueron debelados por el emperador Cárlos V, 10 españoles, pasada la ribera con mortal asombro de los franceses, del General, Cabos y Monsieures, degollaron la caballería y la infantería que se les puso delante, con que el ejército se enseñoreó de la campaña de la otra parte de la Soma, y el ejército francés se puso en confusion; entraron los de él en las plazas, burgos, casas y alquerías, derribaron en Francia, y en aquel paso las más de las puentes hasta Sanclés, y entró París en notable confusion y alboroto, y el Rey y el Cardenal valido se extremecieron, y aún dicen que pateaban sobre el caso, y estuvieron para fracasar



en el ánimo de otro tanto accidente como éste. Refieren nuestros cronistas de las cosas de Francia, que viendo Enrique II tomada la villa de San Quintin, preso su Almirante y á 24 leguas de Paris el ejército real, quedó tan atónito y turbados todos sus sentidos, que se vino á pique de peligrar en el juicio, y áun creyó que el rey D. Felipe II, que iba en persona en aquella guerra, le ganara el reino; tomando despues y abrazando la paz por redimirse de nuestras armas (así sucediera ahora). Desembarazando el paso de los franceses, pasó nuestra infantería y parte de la caballería; pero teniendo noticia que el conde de Suason, el mariscal de Brese y el duque de Chaure, gobernador de la Picardía, se encaminaban con su ejército á Borgoña, ordenó el conde Octavio Picolomini que pasasen 6.000 caballos y alguna infantería española, á cargo del comisario general D. Juan de Vivero; y habiendo marchado con resolucion alcanzó Juan de Berte la retaguardia de los franceses al paso de la ribera del Oise cerca de Hoyon, embistiólos y rompió cuatro compañías de caballos y alguna infantería; tomó número considerable de prisioneros, y si alguna parte de la caballería de Juan de Berte no hubieran faltado al órden de Picolomini, concluyeran aquel dia enteramente, y sin linaje de duda, con las fuerzas de los enemigos. Esta rota, y el aliento que se reconoció en los nuestros, hizo entrar en confusion y desórden á los franceses y á sus cabezas, y retirarse á Roic; envió Picolomini un trompeta á decir que le rindiesen la villa, y como era preciso no exponerse, el conde Suason, al ímpetu otra vez de la caballeria, hubo de tomar otra derrota y dejar aquella: hallábanse los de dentro con 1.000 burgueses, todos á punto de pelear, 50 infantes del regimiento y guarda del Rey, y tres cañones, y viéndose, no obstante, apretados y con tanta gente, y la villa mal murada, sin embargo, se pusieron debajo del yugo y las coyundas de los vencedores y á las leyes que les quisieron poner: con estas pérdidas y rotas todo lo demas del ejército enemigo, que ya estaba muy menoscabado, se fué retirando á Compiegne, dejando en las plazas que están sobre la Soma golpe de infantería. No



le pareció al príncipe Tomás que tenia puente de consideracion sobre el rio, y no ajustándose con el que les habia dado el tránsito, ni pareciendo Bray á propósito para mantener allí la guerra, resolvió de tentar á Corbic, distante seis leguas de Bapama, ya capaz para alojar mucha gente; y ántes de ponerla en asedio, envió á D. Antonio Sarmiento de Acuña á dar cuenta al infante D. Fernando de esta resolucion. Aprobóla su Alteza, y mandóse reconocer á los ingenieros y á otros Oficiales de reputacion; hiciéronlo, y si bien se hallaron algunas dificultades y fortaleza en su circunferencia y puesto, y algunas fortificaciones, dijeron se podia acometer: encargóse el hecho á los alemanes, dióse por caudillo al Sargento mayor de batalla Vec, y mandósele retirar de Bray para dar más comodidad á los víveres y dejarles el paso desembarazado; embistióse á Ancre, situada á la mitad del camino de Bapama y Corbic, y con el órden referido la tomó: estaban dentro 100 infantes y 30 caballos que se rindieron á discrecion. Tomáronse los puestos sobre Corbic, y siendo ya los 7 de Agosto, salió un italiano de la villa, á quien habian hecho servir por fuerza, y habiendo podido salir con secreto, refirió al Vec que habia dentro 2.000 hombres; y llegadas las demas naciones comenzaron á abrir trincheas por tres partes como imperiales, Liga católica y loreneses; pero viendo lo poco que avanzaban estos últimos por ser pocos, sin embargo de enviarles cada dia de refresco 300 hombres de todas naciones para caminar al fin pretendido, y por si los de dentro quisieren hacer salida, fué forzoso fiar de los dos tercios españoles aquel ataque, y dieron órden á D. Andrea Cantelmo y al conde de Villarbal, que con sus tercios se acuartelasen en el burgo para impedir el socorro que podia venir de Amiens, y se acercasen lo más que pudiesen para darse la mano con los alemanes, y al conde de Ostrat, que con su regimiento se fortificase junto al puente, que se hizo para la otra parte de la villa, para oponerse al mismo socorro de franceses si viniese á dar ayuda á los sitiados y á meterse dentro con ellos. Apretados, pues, los de Corbic y rodeados de nuestras armas, pareciéndoles trabajo vano



querer ponerse en la defensa, y contender con naciones en la virtud del valor y en las demas partes militares maravillosas, llamaron para rendirse, y un miércoles á prima noche, á 13 de Agosto, salieron dos franceses á proponer los capítulos y las condiciones al príncipe Tomás, y volvieron al amanecer, concediéndoles los ordinarios, y de allá volvieron á salir cuatro personas, de las más señaladas de la villa y de mayor puesto en la milicia, con estos tratados y conciertos de su parte:

«Yo el infrascrito Sr. Doyose Court, Teniente del Rey cristianísimo en la provincia de la Picardía, Capitan de 100 hombres de ordenanza y Maestre de campo general de sus ejércitos: Ofrezco de entregar á S. A. el señor príncipe de Cariñano, Gobernador general de las armas de S. M. C., la villa de Corbic, el sábado á las ocho horas de la mañana, saliendo como hombre de guerra, en caso que no sea socorrido en este tiempo y que no vengan fuerzas bastantes para este efecto; y para la seguridad de mi palabra, envio dos personas en rehenes: fecho en Corbic á 14 de Agosto de 1636, y firmado.» Y no siendo socorrida la plaza, y llegada la hora prescrita en el asiento referido, salieron con estas condiciones y acuerdos:

«Que todos los soldados puedan salir tocando cajas, con mecha encendida y bala en boca, banderas desplegadas, armas y bagaje; que se les dará la escolta necesaria para que los vayan convoyando hasta Compiegne sin que á los oficiales y soldados de la guarnicion se les haya de poner ningun impedimento.

»Que para llevar los enfermos, heridos y bagajes, se les entregarán las carros que fueren menester, con condicion que no hayan de pasar de Mondier.

»Que los señores Doyose Court, Teniente de la provincia de Picardía, y Malli, Gobernador de la dicha plaza, puedan tambien retirarse adonde quisieren; y en cuanto al trigo que tienen, se les concede un mes de término para que lo vendan á quien quisieren, dejando en sus casas personas que cuiden de esto sin embarazo.

»Que los burgeses que quisiesen quedar en la villa, po-



drán estarse quedos con todo género de libertad, y gozar de sus bienes como ántes, sin que se les dé ninguna pesadumbre; y á los que quisieren retirarse con sus haciendas, se les dará pasaporte, con la misma autoridad que puedan deshacerse de sus granos como los señores Teniente y Sargento mayor.

»Que todos los religiosos y monjas de Corbic, frailes y otras personas eclesiásticas, gocen de sus bienes y rentas, continuando libremente en sus ejercicios como ántes, sin que se les ponga ningun género de estorbo, y en caso que gusten de retirarse se les dará pasaporte.»

Rendida la villa de Corbic á 15 de Agosto, dia del Tránsito de la Virgen, cayó grande turbacion sobre los franceses y la confianza del corazon, y en esta forma lo sintieron en París. El Rey juntó los Estados del reino, pidiéndoles soldados, armas y dineros para acudir á la necesidad pública y defensa de la tierra. No se dejaron de reconocer en esta ocasion, los inconvenientes que se suelen considerar por las muchas tallas, gabelas y subsidios que pagan, cargados sobre los vasallos, y por qué la condicion de los franceses y su inquietismo natural lleva más duramente esto que las otras naciones; pero la nobleza hubo de extender el cuello á la potestad y á la tiranía del desertor. La gente menuda blasfemaba del Cardenal valido, por estas iniquidades y desdichas en que los habia puesto, por estas tramas, invasiones y calamidades que ya veian dentro de su tierra; pero cuanto quiera que aquel ánimo feroz no acababa de satisfacerse de la sangre humana, derramada por tantas naciones en diversos ángulos de la Europa, no obstante el miedo que de estos hechos le estaba ya apoderado del corazon, le combatia el orgullo y el ánimo, y cuantos cuidados causaba en los Estados de los Príncipes, y cuantas insidias tantas horas le quitaban del sueño, atormentado de diversas imaginaciones y recelos, y de los mismos cuchillados, conjurados de la Francia y de sus ejemplos: por esto se hizo doblar las guardas, y reclamar bisoñamente á las fuerzas mecánicas de París, alistando los sastres, los zapateros y los otros oficiales de los gremios más bajos; rotos los puentes y



abierto el paso de la Soma, para correr con más desembarazo la caballería y la infantería, cada dia los esperaban á sus puertas, donde se fortificaban y se temian de algun fuego repentino y arrojadizo. Culpaban la flojedad del gobernador de Corbic, diciendo podia haberse detenido más tiempo, esperando el socorro, que ya marchaba; siendo asi que aún no le tenian para defenderse, cuanto y más para ofender, porque los más de los franceses desamparaban las plazas, los villajes y las banderas, del miedo que habian cobrado á nuestra gente, y por vías y sendas incógnitas y estrechas, no usadas ni reconocidas de la industria humana, partian á salvarse á parte más segura. Metióse guarnicion suficiente en Corbic, y el ejército católico discurrió á tentar otros efectos. Refieren las relaciones de los mismos franceses, que adelantándose cinco mosqueteros españoles á escaramuzar con los franceses, que adelantándose digo, salieron de entre ellos y se alargaron de sus tropas cinco gentiles hombres, con solas las espadas: los españoles, viéndolos salir sin otra arma á ser embestidos, queriendo esperarlos igualmente, porque el trance fuese sin agravio y más glorioso, arrojaron los mosquetes y sacaron las suyas; cerraron con ellos, mataron dos á estocadas, prendieron uno del hábito de san Juan, y los otros dos se retiraron vergonzosamente: á vista de ambos ejércitos fueron premiados del Infante, que avisado de todo lo sucedido alababa á los alemanes y á los italianos de cómo trabajaban y servian. Sin émbargo el proceder en todos, particularmente el respeto y la reverencia que se tenia á los templos y á todas las cosas sagradas, como lo habia mandado el Rey en sus órdenes y cartas, y así lo observaban todas las cabezas, halló el conde Picolomini despojando una iglesia á sus soldados; mató por su propia persona seis de ellos, castigó otros con penas capitales y escarmentó á los demas, para que de allí adelante no cometiesen tales sacrilegios y no escandalizasen los mejores y más fieles del ejército. Este suceso llegó á las orejas piadosas del Infante, y el estado miserable que tenia el culto Divino en las iglesias de aquella frontera, como sembrada de hugonotes; supo que muchos de los

cálices eran de plomo, y sin embargo de que no se podia todo lo que se deseaba con la codicia de los soldados, que creyendo que eran de plata habian robado muchos, mandó S. A., aunque eran de tan baja materia, restituirlos de su legítimo metal y de plata. ¡Qué poco hicieran esto los franceses, y qué poco horror les hiciera el delito, y qué fuera de enmendarle!

Iban procediendo, pues, nuestras armas, como les era posible, por todo aquel Estado. Persistia el Francés le concediesen los Parlamentos del reino 20.000 hombres, pagados por tres meses; fuéronle concedidos, no sin graves lamentos del pueblo, cargando de injurias al Valido, como es de ordinario; y venian á nuestro ejército las más de las ciudades y las otras villas y distritos de suprema jurisdiccion por salvaguardias, y para asegurarse del fuego y del azote que venia sobre ellos. Corrió Picolomini y Juan de Berte con la caballería hasta las puertas de París, poniendo á sus moradores en gran quebranto, comiendo, robando y quemando; maldiciendo el suceso, por verse rodeados de armas, de fatigas y calamidades, por el aborrecimiento notable que tenian al Cardenal gobernador, factor, por su capricho, de estas miserias y de las demas que se esperaban. Mandóse por bando público en París, que ninguna casa estuviese abierta de las nueve de la noche en adelante, y temiéndose de los incendiarios cerraban las lumbreras, las puertas y las ventanas, porque no se causase el fuego en parte que pusiese aquella corte en gran conflicto. La confusion y congoja en todos era grande, así del Rey como del Valido, de todos los Ministros, del Parlamento, de los Señores, Barones y ciudadanos; alistábanse los hombres de los oficios más bajos de aquella corte para hacer rostro á la invasion de nuestras armas; y á la afliccion que el Rey mostraba de este suceso y de la pérdida y tala de sus plazas y provincia, consolábale el Richelieu, desabrochándose y metiendo la mano en el seno, diciéndole que no se congojase, que allí tenia la paz; dándole á entender que cuando se cansase de las armas tenia en la mano y en la voluntad hacer la paz con España. Nosotros la codiciábamos de manera, y haciamos tantas instancias por ella, que ellos, vanos

y ensoberbecidos de nuestra humildad, necesidad y sumision, nos la hacian desear y nos fatigaban con la esperanza, y de falso, por engañar á los que la trataban; pero cuanto quiera que ellos mismos se hallaban apretados de necesidad, se mantenian en la obstinacion y sufrimiento de la guerra, no sé si por reconocer nuestra flaqueza y falta de consejo, y solicitar, así en Italia como en Flandes y en Alemania, nuestro precipicio.

Hacia Juan de Berte con los croatos notables estragos en los contornos de París, obligando al Rey á retirarse del Bosque de Madrid, donde, afirmaban algunos, estuvo arriesgada su persona. Esta recreacion fundó Francisco I, rey de Francia, cuando salió de la prision y de los Alcázares de nuestra corte, creyendo poder con sus armas, volviendo á contender con el emperador Cárlos V, pelear con él y prenderle y ponerle en aquella prision, porque se dijese del César en el mundo lo que se dijo de él, que tanto le estimuló el corazon que estaba preso en Madrid; pero este deseo, prosiguiendo las mismas guerras, le hubo de poner otra vez en miserable esclavitud, en las mismas fronteras que ahora combatimos, por cuanto tenia muy irritado al Emperador el haberle faltado en la palabra, porque entrando por Flandes Francisco con un poderoso ejército, y saliendo Cárlos al encuentro, y haciéndole reparar la gota en Bruselas, y pasando el ejército adelante, no osó esperar el rey de Francia; y encerrándose en una fortaleza de sus fronteras, la primera que se le ofreció á la fuga, estuvo muy á pique de ser preso si no pusiera la libertad de su persona en los piés de un caballo: de que se quejó mucho el Emperador aquel dia del general que gobernaba el campo, como se verá en la Historia de fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona: «por no haber peleado con él y puesto en diligencia prenderle, vos me habeis quitado á mi enemigo otra vez de las manos.» Apretada, pues, la Francia y puesta en este estado, el Rey y sus Ministros llamaban á toda priesa los Capitanes y soldados del Reino, donde por ahora pondremos alguna suspension, por venir á otras materias y las accesorias del Gobierno.



El duque Medina de las Torres llegó á Nápoles, trató de sus bodas y efectuólas debajo del pretexto de virey de Nápoles; mas el conde de Monte-Rey, por no poner intermision en él, hizo que desembarazaba el Palacio y sacaba su ropa para embarcarse; pero en el entretanto tenia ya negociado un año más de Virey, porque alegó tenia entre manos un donativo y queria que fuese el servicio suyo. Fué á visitar al conde de Monte-Rey en coche de seis caballos, preeminencia solamente concedida á aquella dignidad, y otro dia el Monte-Rey le escribió un papel, dándole las gracias por la visita, mas advirtiéndole que no habia sido accion acertada ir con seis caballos en la carroza, porque aquello sólo tocaba á los vireyes de Nápoles, que él aún no lo era, y que le hacia mala obra, porque viéndole con aquella esperanza, la ciudad acudia á él dejándole, con que le embarazaba un donativo que tenia muy adelante, y que S. M. queria fuese servicio suyo. Con esto el duque de Medina echó de ver le dilataban la promesa, y la princesa de Astillano, que no habian querido más que casarla y meter en su casa un español; con que todos se quejaron muy crudamente en cartas á Madrid. Los suegros validos hicieron sentimiento de las razones que se dejó decir, y más aína de la echada que de la suspension del Vireinato: con que ambos, Monte-Rey y él entraron en ódio mortal, y casi estuvieron para chocar, cosa muy fuera de lo que há menester aquel Reino; mas al cabo se le cumplió la merced, y sucedió en ella como á miembro de Valido. Despidieron las Córtes de Castilla, para con más desembarazo introducir en el Reino nuevos linajes de tributos, por sola la autoridad del Poderoso: habian donado el derecho de las Córtes para introducir en el reino nuevos linajes, digo los más descollados que por su temeridad fuera muy posible negarlos, y contradecirlos los de mejor celo al bien público, como nos lo dirá en su lugar el papel sellado; y decia el Gobernador á los Procuradores de las Córtes, se habian consumido por no haber abrazado á ojos cerrados cuanto se les proponia, y un socorro que les daba cada mes para sustentarse en la corte, por no estar á mano el de sus



haciendas; y fuera de ellas les propuso, que lo volviesen por género de venganza á los que se habian portado con entereza en la corrupcion de los pedidos; cosa bien civil para las mercedes que les solicitaron los otros privados, y con cuanto amor y cortesía los trataron por ser Ministros de un Reino que tanto ha amado y servido á su Príncipe. Pidiéronse á la villa de Madrid 100.000 escudos para las letras de los soldados, que ya ésta estaba oprimida como las demas y á cada movimiento de fiestas ó antojo, corrian por su cuenta y por la de los vecinos las tramoyas, tablados, vallas y todos los demas ruidos, con que las sisas de los mantenimientos eran sin limitacion y sin humanidad y los traginadores los hacian de mala calidad, y contaminaban la salud; y cuando los reprendian de esto, decian no poder más por las muchas cargas que los hacian pagar, como alcabalas y subsidios; durmiendo la justicia en esto y queriendo más aína que pagasen, que la virtud del remedio y el aliento de los pobres, por la ambicion de cuatro regidorcillos y un secretario de Ayuntamiento, favorecidos y dichosos contra los buenos usos de la conciencia. Dieron muestras de querer salir en campaña los holandeses, é hicieron junta de gentes en Getrudemberg á la vista de Breda: pasó el marqués de Miravel á Flandes por Mayordomo mayor de S. A. (quién dice que llevó letras de un millon para proseguir la guerra de la Picardía), y el marqués de Fuentes, de la casa de Guzman, con 4.000 españoles; el conde de Oñate, el mozo, á la embajada de Inglaterra, y D. Felipe de Silva por General de la caballería del Estado de Milán con 1.500 españoles.

Al principio de Junio de este año estaba Enrique de Borbon, príncipe de Condé, esposo de Margarita de Memoransi, el que abrigamos con nuestros ejércitos en Flandes los años pasados, y alimentamos á nuestras expensas, y nos expusimos con grandes movimientos y alteraciones, no sólo en aquellos Estados, pero en los de Italia, por su defensa, la de su esposa, casa y honra (cuyo suceso dejamos referido en su lugar y en su era, que éste es el fruto que se saca cuando los beneficios son



hechos á franceses); estaba, como dije, por aquellos dias, con la influencia que reinaba de dañar, con órden del rey de Francia y del Valido, armado en el ducado de Borgoña, de que era Gobernador, con razonable número de infantería y caballería y otros pertrechos. La gente del Condado y sus Gobernadores estaban no sin gravísimo cuidado de aquel movimiento, porque les parecia no habia donde poder hazer entrada, ni encaminar sus tropas si no es en aquel Estado, por ser el más conjunto á sus pensamientos y ser patrimonio esclarecidísimo del Rey Católico, contra quien se enderezaban todas las iras y rumores de la Francia, á título de deshacer y desmembrar su Monarquía y pasarla á su dominio y Corona (sed y codicia que los estimula y abrasa el corazon), como lo habia ofrecido y asegurado el privado; asunto por donde se mantenia en la privanza. Estaban, pues, los vecinos cuidadosos, y sus Parlamentos, Magistrados y Gobernadores y el arzobispo de Besanzon; sin embargo, hicieron sus refuerzos, reparos y defensas en las plazas mayores y menores, y se resolvieron á defenderse; juntaron la gente que pudieron, la hicieron tomar las armas, y la animaron, cosa digna de maravillar y de mayor gloria, sin duda, para aquella nacion fidelísima en todos trances y en todos acaecimientos, cuando los auxilios de Flandes, que son de los que penden, y socorros del Rey Católico estaban embarazados y léjos de poderlo hacer, por tener el mayor nervio de sus fuerzas en la invasion de la Galia por la Picardía: no dejando de discurrir los más avisados en la milicia que el Richelieu, por meter en diversion aquellas armas que estaban en su tierra, habia intentado la del condado de Borgoña, y tambien por expugnar sus plazas y acabar de enseñorearse de aquel Estado, como años há lo habian hecho del Ducado, metido en el corazon de la Francia, cerca de la Lorena y no léjos de la Saboya, prevenido este accidente para los intentos de ambos Duques y quitar aquel paso á nuestros designios. Estaban desconfiados, pero no sin aliento los borgoñones, de que no los podria ayudar el Rey Católico, por estar tambien sus armas en Italia atendiendo al Estado de Milán, contra franceses, sabo-



yanos y piamonteses, y contra la chusma parmesana, que todos estos le infestaban y le querian asolar, como lo referimos en los capítulos pasados; y resolvieron de preguntar al príncipe de Condé, por la neutralidad contraida entre todos, para dónde disponia y aprestaba tantas armas. Engañólos el Príncipe y asegurólos; pero en otras instancias les respondió, no era su intento otro que conducirlos y encaminarlos á la proteccion del rey de Francia y hacerlos sus amigos. Los borgoñones, que reconocieron no era sino querer hacerlos vasallos, sacudieron de sí y de sus corazones la respuesta, y se dieron con todo y por todas vias á defenderse del tirano; y para mayor integridad de la justicia, ó darle entera satisfaccion, decian no haber violado nunca la religion de la neutralidad, establecida y jurada entre ambos, ni dado ocasion á otro resentimiento. Pero el príncipe de Condé, usando de sus persuasiones, y sin dar orejas ni dejarse llevar de la justificacion, á un mismo tiempo echaba mano á las armas, término en que en esta era han sido pesadísimos como artificiosos los franceses, y ántes de esperar otra respuesta de los borgoñones, desde el campo de Ausona, entró en el Condado, desolando con sus tropas los lugares abiertos, metiéndolos al saco y al fuego, y encaminándose hácia la corte del Condado, cercada de murallas, fosos y torreones; comenzóla á abrir trincheas y ponerla muchas y muy gruesas piezas de artillería á la redonda y otras máquinas de expugnar y de defenderse. Cerráronse cuanto pudieron los borgoñones, repararon sus murallas, pusieron la artillería en los asientos más convenientes y trataron con todo ardor y confianza de su defensa. Era el tirarse por ambas partes y por muchos dias espantoso, sin permitirse un punto de descanso ni alivio; hicieron algunas salidas en que no perdieron honra los borgoñones, ántes ganaron crédito con los franceses, y si bien perdieron alguna gente, fué dañando en ellos; y en una muy señalada les deshicieron las galerías, matando muchos de ellos: derribáronles la torre de la iglesia mayor con la artillería, obra maravillosa en arte y hermosura, semejante á la de Amberes; reparóla el pueblo y le dispuso un torreon fortísimo,

desde donde se hacia daño notable en los franceses; fué demás de esto asaltada de una poderosa tempestad que la echó por tierra, pero no aflojó este accidente el ánimo de aquellos ilustres varones, ántes corrieron á reparar el daño. Apretaba el príncipe de Condé la plaza con baterías y asaltos, cuya porfía los hizo juntar, y se juramentaron allá dentro ellos mismos con estas palabras: «que primero moririan unos sobre otros, sin quedar hombre vivo, que sufrir que los dominase otro Príncipe que el Rey de España, su señor natural:» y hay quien dice que tomaron las llaves de la villa y las cerraron dentro de la custodia del Santísimo Sacramento, resueltos á no tomarlas de allí, sino á observar el juramento sin remision alguna. Hazaña sin duda no escrita ni oida de otra gente; pero aquella memorable nacion, no contenta de lo hecho, para hacerle saber de su fortísima constancia y ánimo al príncipe de Condé, no ménos que de su incansable lealtad, porque no se fiase en sus armas ni en la fatiga de la expugnacion, le escribieron este papel:

«Habemos muy bien considerado que, ántes que V. E. tuviese paciencia de esperar la respuesta de la que nos escribió del campo de Ausona, habia entrado con mano armada en este país, donde sus tropas embestian y apretaban las plazas que hallaban de menor resistencia (tanto era su deseo de enseñorear por el Rey cristianísimo esta provincia); ¡y ahora que le vemos á nuestras puertas, que hacen frente á su armada, y que de los prisioneros de guerra que tenemos habemos entendido la forma y designio con el cual venia la vuelta de este país, nosotros pensamos, ántes resolvernos á defenderla valerosamente que á entrar en conferencia alguna, principalmente cuando reconocemos del proceder de V. E. y de la declaracion que ha hecho hacer y nos ha enviado, que es no llevar intento de comunicarnos otros pactos más que la proteccion del Rey cristianísimo: la cual no queremos, ni podemos aceptar cuando tenemos una legítima, pia y poderosa del Rey, nuestro señor, Príncipe natural y soberano señor, del cual jamás desistiremos, y firmaremos la confirmacion de ella cuando



fuese necesario con nuestra misma sangre; doliéndonos más mil veces de su pérdida que de las nuestras vidas y bienes: no podemos persuadirnos de que en esta provincia haya persona alguna tan fuera de esperanza y honra, que espontáneamente no se arrime á las armas de nuestro Rey y libertad. Y en cuanto á lo que gusta V. E. de avisarnos, que en caso que no atendamos á sus proposiciones, las calamidades y trabajos con que nos amenaza serán infalibles, tendrá por bien (si le parece) decirle que no tememos otros que ser apartados del suave y justo dominio del gran Monarca, nuestro señor, en el cual, como siempre, habemos vivido con suma felicidad, y así queremos morir gloriosamente, y en la justicia de nuestra causa hacer los últimos efectos que se pueden esperar de gente de honor, en reprimir á los que esto intentaren para divertirnos de una justa y loable resolucion; quedando, sin embargo de esto, á aquello que nos permite el servicio de S. M. Y firma el arzobispo de Besanzon y la corte soberana del Parlamento de Dola en el Gobierno del condado de Borgoña.»

En esta manera y con este denuedo se defendian, no sólo con la espada pero con la pluma, y ostentaban su generoso espíritu los vasallos del Rey Católico en el condado de Borgoña; y en esta forma daban ejemplo á las otras naciones de fidelidad y avergonzaban á los rebeldes, descuidados en la fe de su Príncipe. Estaban con cuidado sus Ministros del sitio de Dola y de su aprieto, pero, con el aliento de su perseverancia en el defenderse, el infante D. Fernando, desde Corbie, donde hacia alto para la buena administracion de la guerra y toma de sus plazas en la Picardía; el gobernador de Milán, marqués de Leganés, aunque apretado pero victorioso de diferentes enemigos, y los vireyes de Nápoles y Sicilia, aunque distantes, todos quisieron aspirar á su socorro y ocurrir á las necesidades de aquellos súbditos; y miraban con mucho desvelo y atencion cómo y en qué forma se podria hacer. No se cesaba por la parte de los franceses un punto de la expugnacion, ni en defenderse los de dentro con todo cuidado y porfía; pero la vigilancia del Rey convocó luégo á las fuerzas de Ale-



mania, debajo de la conducta del rey de Hungría y del conde general Matías Galaso, que no osaron esperar del todo el cardenal de la Baleta ni el duque Bernardo de Beimar, ántes volvieron de algunos reencuentros con pérdida de más de 1.500 franceses. Estando aquel reino no con pocas tropas y legiones militares, escribió el rey de Hungría al infante Don Fernando, que podria ser se volviesen á ver juntos, y el Infante holgó de oirlo por ver si como fué en el Danubio seria en la Soma. Fuéronse retirando del confin de Alemania los enemigos, donde hacian opósito, y fuéronse á abrigar del principe de Condé, para dar más calor y reforzar el sitio y conseguir la plaza en campo desembarazado; y hacian pié y cargaban alli el juicio, porque les parecia constituia gran triunfo su presa y la gloria de aquel año, y que era el desempeño de las presas de la Picardía, y el estar expuesto á la defensa de las otras gentes y ejércitos. Pero la atencion del Rey y de S. A., polos vigilantes de nuestra Europa y de su defensa contra la perversa y molesta ambicion francesa, concurrieron luégo prudencialmente á la libertad de los borgoñones, y á hacer levantar el sitio al príncipe de Condé y á todos los demas Capitanes que se le habian juntado; y entresacando alguna gente de la Picardía con alguna de Alemania, en número de 8 ó 10.000 soldados entre infantes y caballos, quién dice que eran de estos 3.000 y 9.000 los infantes, debajo del Gobierno del duque Cárlos de Lorena, marchó en socorro de la plaza. Halló en Xatenoyo los Capitanes imperiales que venian á juntarse con él y á las otras empresas de la Francia, que estaban diseñadas: halló al baron de Vatevila con 1.200 caballos; al baron de Lamboy, Cabo de la gente Cesárea y Sargento mayor de batalla, con otro número de caballería, y parte de los regimientos del conde Picolomini; en que se vió claramente que obró el ingenio del Richelieu, pues obligó á sacar estas tropas de su casa y de la tierra de picardos y las metió en las del Rey Católico y en su misma defensa; pues si no fuera por este accidente obraran nuestras armas en la Francia mayores cosas. Esto es saber llevar el agua por sus verdaderos conductos. En esta forma,



pues, el duque de Lorena, siguiendo su derrota, se acuarteló y levantó fortificaciones á la frente de Dola: entraron en consejo el príncipe de Condé, el cardenal de la Baleta y Beimar sobre si levantarian el sitio y se opondrian á las fuerzas que tenian delante y las que esperaban; y, finalmente, viendo que la plaza se mantenia constantemente, y que los sitiadores estaban trabajados, resolvieron de levantar el sitio de Dola temiendo algun fracaso y que diesen sobre las trincheas. Pero el duque de Lorena, con la gente que tenia, atento á todos trances y á todos movimientos de los enemigos, viéndolos retirar, no quiso que se fuesen sin pagar el hospedaje y estancia de Dola; púsose á caballo, apretó la gente y animóla, y embistió con la retagardia, que se comenzó á desordenar del miedo y de la carga que llevaba á las espaldas; rompiéles, matóles mucha gente, tomóles bagaje y artillería, y aquella pieza extremadísima llamada la *Luisa*, que Luis XIII, rey de Francia se halló á su fundacion y la pusieron su nombre; de que recibieron gravísimo pesar, y el Rey lo sintió notable mente, y que su nombre y la pieza que él habia fundido fuese presa y despojo del Rey Católico y de sus soldados. Débese la gloria de este hecho al duque de Lorena; y la defensa á aquellos nobles borgoñones, al Magistrado y al arzobispo de Besanzon, que quiso premiarle S. M. con un Capelo pidiéndosele al Papa; mas la brevedad de sus dias, que siguió luégo que se acabó el sitio, no dió lugar al cumplimiento de esta honra justamente debida á sus virtudes y méritos. Débese, por el consiguiente, la memoria de esta defensa al Maestre de campo Juan de Loberna, á sus fatigas y trabajos: hazaña digna de inmortalidad, de los bronces y de las plumas más diligentes. Fué notable la alegría de los borgoñones viendo la rota y la retirada de sus enemigos, que los habian tenido subpresos y sufriendo el susto dos meses y medio, como de la constancia de su fidelidad viéndola bien lograda. El duque de Lorena, dicen volvió á las murallas de Dola, ó ántes de partir á seguir de nuevo á los franceses, y sin apearse de su caballo, brindó al Parlamento, Cabos y burgeses con notable alborozo y rego-

cijo. Fué la retirada de los enemigos á 14 de Agosto de este año, víspera del Tránsito de la Reina de los Angeles. Llamó el rey de Francia, no sin congoja de la destruicion de la Picardía por las armas del Rey Católico y el mal efecto del sitio de Dola, al príncipe de Condé (segun lo refieren sus Gacetas), al cardenal de la Baleta y al duque de Beimar, para que despues de haber desmantelado á Saberna, en la Alsacia, y levantádose de Dola, viniesen á socorrer la Francia, invadida de poderosos ejércitos, dejando las tierras del Rincon desembarazadas y toda la frontera de Alemania al rey de Hungría y á Galaso.

El Rey Católico, enterado de los buenos sucesos de los borgoñones y de cómo los franceses habian levantado el sitio de Dola, y de las otras empresas de la Picardía, fué públicamente á dar gracias á Dios á Nuestra Señora de Atocha, fuente de donde manan todas las buenas dichas y fortunas á las coronas de la Monarquía católica: envió á los nobles y personas de mayor lustre la insignia del Tuson de Oro, y otras honras y mercedes, y 60.000 escudos para que repartiesen entre los que habian servido. Galaso, con el ejército que habia de entrar por la Francia y ponerse cerca del de S. A. para poderse dar la mano con aquel ejército, y esto al parecer de soldados, en la provincia de Champaña, cargó el ducado de Borgoña, y se puso á sitiar á Dijon, donde está la suprema Judicatura de esta provincia (que llaman los modernos Parlamento), y está fundada junto á la ribera del rio Onsche, de campañas vistosas y fértiles. Tiénese por tradicion que la edificó el emperador Aureliano, pero Abraham Ortelio, en sus cartas, dice que es más antigua, que es ciudad, ó villa como allá quieren que lo sea, fortísima por el sitio fuerte, como por arte y por las muchas fortificaciones que se le han hecho. No sé qué podamos discurrir de esta venida de Galaso, que á los principios la temió la Francia y creyó se habia acabado con ella, como tambien con la entrada de S. A.; pero despues, ni él consiguió la plaza ni los otros efectos que se esperaron, ántes gastó el ejército y le consumió en dilaciones; y levantándose de ella pasó á invernar al Condado, tierra que por el sitio pasado tenia muy poca necesidad

de este alojamiento: finalmente, no hizo nada cuando se esperaba mucho de su valor y de Capitan de tanta opinion, que aquí con sus remisiones la entibió mucho; y si no oyéramos que continuó al servicio del César y que ha hecho contra los suecos memorables cosas, creyéramos diferente de lo que es y se puede pensar.

Habia salido ya por este tiempo, aunque tarde para su modo de guerrear, el príncipe de Orange con ejército y armada, y cargado á la provincia de Flandes; quién decia despues que al país de Vas, y últimamente que hacia la masa del ejército en Getrudemberg para insidiar á Breda, prenda suya y de su patrimonio, y que no acababa de salir aquella pérdida de su corazon despues que se la tomó el marqués Ambrosio Spínola: tenia al opósito al conde de la Fera con opósito y ejército competente á sus designios de 10.000 infantes y 5.000 caballos, como lo habia dejado S. A. ordenado; y, finalmente, sus efectos no se dejaron ver, ni fueron sensibles, quizá por no poderlo socorrer el rey de Francia, habiendo menester para sí, para los suyos y para su casa los que tenia. Pero este ruido, á la verdad, no fué más de ver si podia hacer algo en servicio de aquel Rey y divertir nuestras armas en Picardía, tomándonos ó cargando algunas de nuestras plazas; mas como vió armado y pronto al Pimentel, conde de la Fera, calmó en la proteccion de los amigos, ántes se enmarañaron con diferencias en Inglaterra sobre presas de navíos hechas á los mercaderes de aquel reino, que áun no saben ser fieles á sus protectores, cuando hallan ocasion de robar y ejecutar su inclinacion. El infante D. Fernando, tan atento á las cosas del País-Bajo como á las de la Francia y á las otras provincias que estaban á su cargo, sintiendo desconfianza en el gobernanor de Tréveris, le mudó la guarnicion que allí habia de soldados; rescatóse el conde de Salazar, que estuvo preso en París al tiempo de los embargos de los españoles, así nobles como mercaderes, por 10.000 escudos, y un francés prisionero; que por tan extraños caminos y tan infames, excusando ninguno, buscaban los Ministros franceses sus ganancias.



Proseguia la Dieta en Alemania para la eleccion de Rey de Romanos con tibieza y no poca desconfianza, haciendo todos sus esfuerzos el pretendiente por el cardenal Mos de Lion, su Embajador, hermano del Richelieu, para que no lo fuese Ferdinando III, primogénito del II, que imperaba con particular alegría de la Iglesia por su mucha fe y religion, sin embargo de que los Comisarios de Sajonia y Brandemburg se esperaban en Ratisbona por más inclinados á esta eleccion que ántes, y los eclesiásticos beneficiados por el conde de Oñate que, como tan gran Ministro, iba dando calor y esperanza que se conseguiria la eleccion, á pesar de los artes y cavilaciones del ministro de la Francia para hacer allí mayores efectos. Digo, el duque Cárlos de Lorena, despues de haber hecho levantar el sitio de Dola y de la rota que ya habia dado á los franceses, entró con sus tropas á dañar en el ducado de Borgoña, y de allí quiso recaer á la Bresa y á Leon de Francia, para hacer allí mayores efectos, y más sensibles en los enemigos; mas fuéle forzoso volver los pensamientos á las cosas de ambas Germanías.

Salió la armada francesa al principio de Julio de este año, que no hemos podido anticiparla por dar lugar á las otras materias: salió de Belle-Isle, compuesta de bajeles suyos, holandeses y de Suecia, sin haber podido arrastrar los de Inglaterra, pero sin opósito en el Océano de nuestra parte, aunque se temian en sus costas. Llevábala á su cargo el obispo de Burdeos, que los Cardenales los Arzobispos y Obispos en la Francia, como regada de la secta de hugonotes y de otras, eran náuticos y militares, como tambien Ministros de Embajadas á herejes, tártaros, moscovitas, transilvanos, persas, turcos y moros; pero todo esto, como concitado contra la religion católica y contra la comun y universal paz, y contra el derecho de las gentes, su tranquilidad y sosiego, y contra los Estados legítimos y naturales de sus verdaderos Señores y Príncipes, no surtia á la intencion de los malos y á sus astucias, ántes eran sus oficios extinguidos en sus mismos principios, deshechos y desbaratados en sus fines, con estragos de gente y tesoros

gastados en esto. Iba corriendo el mar Océano, más encarecida que sus fuerzas: de las costas de Vizcaya y Galicia veian en diferentes dias diferentes escuadras, discurriendo que todas eran de la armada, sin hacer distincion que muchas de aquellas, por causar más terror á nuestra gente, eran de flotas de mercaderes y corsarios de Holanda que iban á las contrataciones de Levante y á las de ambas Indias, y á doblar las guarniciones y aumentar gente en el Brasil; de que era comun voz que ya no habia quedado allí sino la bahía de Todos Santos y la ciudad del Salvador, y que esa estaba muy á pique de perderse por no haber allí defensa armada ni soldados, ni enviarlos de España; ántes los que habia, decian, los habian roto y deshecho en un reencuentro; y que no venian, ni era posible, las carabelas de azúcares, en que era damnificado el Rey Católico en los derechos Reales, y en muchas sumas los mercaderes y tratantes de Lisboa y de todo el reino de Portugal, por haberse apoderado los holandeses de sus fábricas y artificios de los azúcares. Fué corriendo la armada todas nuestras costas, asistidas de bien flacas defensas. Los vizcainos y toda la nobleza de la provincia estaban dispuestos á la defensa, y si los dejaran armar sus navíos no se atrevieran los franceses á pasar de San Sebastian: en la Coruña y en las costas de Galicia habia razonables fuerzas juntadas de sus naturales; y el Rey Católico, decian, temia á Lisboa, porque sin grande opósito en los castillos de Cascaes, y San Guian, tomándolos, eran escalas ó tránsitos corrientes y sin defensa para pasar y saquear á Lisboa. Hubo quien dijo, no queria aquella armada las costas de España, como sucedió, sino las de Italia, en desagravio de la que llevó el marqués de Santa Cruz á las de la Proenza, á las islas de la Margarita y Santo Honorato, y que la satisfaccion habia de ser en las de Mallorca y Menorca, porque embestir á Nápoles, ánsia natural suya, era desatino, y á Sicilia disparate. Pero el intento del rey de Francia y del Richelieu, no fué revelado á ninguno, de que todos estaban en atencion y en arma, sin saber á donde habia de dar aquel rayo, previniéndose nuestras costas y las de Italia, como lo refirió alguno de sus naturales, que sus preven-



ciones se hacian á costa de sangre, aunque iban á todo y á lo que rindiese la fortuna; pero él queria á Génova, á Mónaco, á Saona y á Liorna: á Mónaco, para en caso que no pudiese por engaño entrarse en Génova con capa de amigo, tomarla por fuerza: á Liorna, para suprimir al duque de Florencia por aficionado á las cosas de España, y porque de los Príncipes que habia conmovido en Italia, él se habia excusado no habiendo querido ligarse con Módena, Luca y otras ciudades: y la ánsia de Liorna era, para pasar gente al reino de Nápoles, que no se lo estorbaria el Lacio ó la campaña de Roma. Dicen que cuando fabricaba esta armada escribió al Papa le entregase el puerto de Ostia, para enviar allá una armada en su servicio, y que no dió orejas á esta demanda; pero todos los que trascendian este hecho, decian no era querer socorrer la Margarita ni Santo Honorato, ni echar gente en Milán ó socorrer sus ejércitos del Piamonte, ni el Monferrat, cuando los tenia tan poderosos y cuando por el Delfinado, la Proenza y la Saboya podia enviar tanta, sino querer apoderarse de un famoso puerto en Italia para insidiarla y abrir puerta á mayores intentos; y que éste era Génova, para enseñorearse de la república, que era una de las empresas de su codicia y designios, habiéndola recuestado ántes maliciosamente y llamádola á la union amigablemente para despues subprenderla como otras ciudades y provincias de que dejamos hecho mencion, por sacarlas del patrimonio del Rey Católico, y quitarle aquella escala de españoles y de ejércitos para Milán, destruir los asientos del dinero para sus levas, y de los otros Estados, que fueron los primeros motivos de la guerra del año de 26, y últimamente quitar aquel embarazo á sus pensamientos y castigar á los genoveses de que no le avisaron, cuando la armada naval que gobernaba el marqués de Santa Cruz pasó á la Margarita, como se lo habian prometido. Esto era lo que para dar calor á su malicia, y darse por sentido publicaba, encubierto lo demas; queriendo tambien hacerlos feos con el rey de España, cargandoles esta calumnia para que por un lado ú otro se fomentase la disension con todos. Lo cierto y más verosímil era,

que la queria usurpar para hacerse señor de Italia, como se lo habia insinuado su gran Geógrafo de las cosas del mundo y de sus términos, como lo deseaba, y aspirar á Monarca en oposicion del nuestro. Decian tenia trato y secreta inteligencia en la ciudad; que habia bandos y divisiones entre nobles y plebeyos; que unos militaban por Francia y otros por España, y que este accidente le llevó á tentar fortuna y hacerse señor de aquella floridísima república y ciudad, y apoderarse de la Liguria, que confina con la Proenza. Finalmente, corrió todas las costas de Portugal, donde estaba el duque de Nájera y Maqueda previniendo navíos para buscar la armada; pasó el Algarbe, el Cabo de San Vicente, la Andalucía y Cádiz, donde estaba el duque de Medina-Sidonia y donde se habia hecho el mayor grueso que se habia podido levantar por los contínuos combates en que ha recaido aquella isla; desembocó el Estrecho y dió fondo á la vista de Gibraltar, no más que por dar aquel sobresalto á sus nuturales: pusiéronse en arma, y la gente de guerra que habia allí á las murallas con las armas en las manos, y la artillería sentada, creyendo los venian á combatir, no queriendo mas que dar aquel susto (que ha sido tal nuestro Gobierno, que ya nos han llegado á despreciar): pero luégo alzaron velas y prosiguieron su viaje. El Rey Católico y sus Ministros, cuidadosos de este suceso, habian mandado juntar las galeras de España, de Nápoles y Sicilia, en número de 37, y envió el duque de Florencia las suyas, que hicieron número de 44: los navíos de Lisboa y Cádiz, á cargo del duque de Maqueda con título de General de la armada Real del mar Océano, y el general D. Antonio de Oquendo con otra escuadra, previniendo los que podia el conde de Monterey en Nápoles, en número de 30 navíos redondos y algunas tartanas; aprestos de que los franceses no iban muy confiados, para entre todas estas fatigas y desvelos de nuestros Ministros del modo como habian de redimir las tierras de Italia de este enemigo y de esta armada, y tanto más entónces que no se sabia su derrota ni el punto cierto adonde habian de dar, sino es lo que se habia tenido por sospechas. Tuvo



mucha ayuda en esto el valor del marqués de Villafranca, general de las galeras de España, y principal Cabo, á quien se sometieron todos haciéndole árbitro de la defensa; quien dijo y escribió al Rey y al primer Ministro, que supuesto que el intento de los franceses no habia de poderse ejecutar sin echar gente en tierra, y que no siendo los navíos á propósito para esta faccion, porque lo habian de hacer de léjos por estarse siempre cautelando de la cercanía de la tierra, y haberlo de hacer en barcas, donde se habian de consumir muchas horas, que á él le era dado poderse arrimar con las galeras más cerca y poder impedir cualquiera desembarcacion, y áun adelantarse á echar más aprisa gente en tierra; que echándola el primero, y ordenándola y andando á la vista de sus bajeles, ellos serian perdidos si lo hiciesen y no se atreverian á desembarcar ni acometer faccion ninguna, porque los españoles y napolitanos los rechazarian y la artillería los haria pedazos; con que no habia que temer ni recelar, porque la armada con este designio, sin duda ninguna, no pondria en efecto sus intentos, quedaria inútil y frustada, y todo su trabajo y navegacion saldria vano. Pareció bien el pensamiento y diseño militar del Marqués, aprobáronle y fué alabado de todos los Ministros de Estado y Guerra; y publicado por la corte del Rey, pareció á todos los de más juicio, y así lo creyeron, y se dieron á fiar que el consejo del marqués de Villafranca libraria á Italia de la insidia de los franceses.

Pasó la armada en el golfo de Leon trabajos de peste; de los más de los bajeles echaban cada dia muchos cuerpos muertos á la mar, con que iba muy menoscabada; y aquellos infieles y enojosos perseguidores de la Europa iban probando el justo castigo del cielo sobre sus cabezas. El rey de Francia, ántes que llegase la armada á Italia, no excusando ninguna de sus artes y estratagemas, ya muy vulgares y reconocidas por los otros atentados, escribió á todos los Príncipes, repúblicas y potestades de Italia, que adonde quiera que llegase aquella armada á sus puertos, la acogiesen y diesen lo que hubiese menester, porque la habia hecho y juntado con grande cuidado

y fatiga á muy subida costa y de sus expensas para la libertad de Italia, como lo habian hecho sus pasados. De aquí y de esta prefacion reconocieron todos la malicia que llevaba este caballo griego, y teniendo por experiencia lo mucho que adolecia de tirano, á cada Príncipe y á cada república le parecia más acertado poner en defensa y guarda sus tierras, su puerto y su ciudad; y como no vió condescender con su ruego á los que queria, comenzó como hidrópico y frenético en otras cartas á usar de amenazas, diciendo que si no era admitida correrian por su cuenta los estragos que se hiciesen y compeleria con grande solevacion. Si se acordara ó hubiera leido, ya que ahora lo disimulaba, cómo han tratado á los suyos en Italia, y cuán antiguas son las ofensas que han recibido de los españoles, no campara de tan arrogante ni fanfarron; culpa de la fantástica cholla ó ceruelo de su Privado. El marqués de Villafranca, con las galeras en su seguimiento, reconoció la armada y avisó al Rey Católico que era de 65 navíos, y entre ellos 17 grandes y los demas pequeños, que llevaba 12.000 hombres, y que al reconocerla se le habia mudado el viento y se le habia ganado, que le habian querido embestir cinco bajeles, y que mejorados de viento le dejaron, no pudiéndole seguir. Dieron los franceses vista á la Margarita y Santo Honorato, sus islas, y el gobernador D. Miguel Perez de Egea, luégo que de sus fortificaciones descubrió el enemigo, puso en sus playas 600 hombres para resistir y defenderse; pero ellos iban de manera y tan abrasados de la peste, y tan menoscabada la gente por la que se les habia muerto y por los muchos enfermos que llevaban, que no se curaron de otra cosa sino de meterse en Tolon y en su casa, y allí perdieron tiempo, rehaciéndose de gente nueva, de bastimentos y otras cosas necesarias. Quién dice que allí los esperaban otros 30 bajeles y 12 galeras reforzadas y labradas de nuevo; pero no con poco susto y reparo por las muchas fuerzas que juntábamos por la mar para contrastar y cortar sus designios, y oponerse valerosamente á sus intentos.

Entre tanto que el armada francesa vuelve á salir reforzada de sus puertos y está surta en Tolon, será bien volver el dis—

curso y la pluma á las cosas del Estado de Milán, y que entremos narrando las de aquella parte, por no salirnos de Italia, pues fué el primer fragmento de que asimos este libro, porque podamos volver con diligencia á los otros sucesos de Navarra, la Picardía y el País-Bajo, no tan próspero, aunque lo fueron sus principios, como quisiéramos. Pero bástanos poder escribir, que debelamos dos ejércitos con el Estado de Milán, castigamos sus cabezas y caudillos, y dejamos inútil una armada que tanto cuidado dió á nuestro Príncipe y á sus afectos, creyendo los émulos de su potencia que le habian de hacer fracasar; pero fué y salió vana su malicia, porque Dios y nuestros Capitanes les hicieron caer las armas de las manos, y les heló el brío y la codicia el corazon. El marqués de Leganés, habiéndole dejado echando los enemigos del Estado de Milán, roto el Crequi y sus franceses, y el duque de Saboya buscando con toda diligencia el abrigo de sus pueblos en el Piamonte, volviendo las espaldas al ímpetu de nuestros soldados; no contento el Marqués general con esto, sino que á manos llenas se queria satisfacer del atrevimiento de los confederados, fué en su seguimiento, hizo algunos estragos en aquella frontera, y ordenó á D. Martin de Aragon, general de la artillería, que con 3.000 infantes y alguna caballería recobrase el castillo de Fontanec, adonde el enemigo habia dejado 400 hombres de guarnicion. Ejecutólo; atacó la plaza, desembozó el foso y redujo á rendirse á los que la defendian; salió aquella gente, y con este desembarazo marchó el Marqués con el grueso del ejército hácia Novara; hizo descansar la gente y refrescóla dos dias en los burgos de San Jorge, cerca de Mortara, y volvió á ordenar á D. Martin de Aragon que entrase en el Placentino con 3.000 infantes y 1.500 caballos, para impedir al duque de Parma el designio con que caminaba, de tener abierto el paso para recibir los auxilios y socorros de Francia. ¡Miserable cosa cuando se llega á este estado, y lo más desesperado de todo, abandonados los consejos de la conservacion, exponiéndose incautamente á las desolaciones y pérdidas de sus mismos pueblos, pocos y sin fuerzas, y del sosiego de la quietud en que



consiste la felicidad de los aumentos, por un mal cimiento ú ofrecimiento francés, por una liviana pasion ó amenaza en que vanamente andan comprendidos todos los de Italia, léjos del apoyo y del patrocinio acerca del mayor Rey y más poderoso de quien él y sus pasados recibieron beneficios sin cuento malogrando la prenda inimitable del agradecimiento; Príncipe feudatario y agravado con obligaciones de fidelidad, de reconocimiento y amor tanto, que ántes apeteciera yo el ser desvalido, si lo fuera, que no se puede creer esto de tan liberal, atento y generoso Monarca, que no coligado sin fortuna, y de una nacion sin fe, y de un Rey de pocos ó ningunos beneficios, tirano de todos aquellos de que falsamente hace ostentacion de ser amigo! Pregunto, ¿qué esperanza tiene en la ocasion presente de que le defiendan sus tierras, si ellos estaban libres en la paz? ¿En fe de qué intereses les expuso al fuego? Más atentamente lo pensó el duque de Módena, y otras repúblicas que tambien fueron solicitadas, llamadas al riesgo y al peligro, y le salvaron; mas prudente cosa es imitar á estos que seguir á aquel, que es el mismo devaneo y precipicio: será pues, escarmiento de Príncipe, en Italia, el duque de Parma; como de ejemplo de saber y de constancia, el gran duque de Toscana, el de Módena y otras repúblicas y potentados, porque no podemos dejar de confesar que dependen del Rey Católico, y que le han menester para su conservacion. Entró una parte del ejército de él, como lo dejamos dicho, á cargo de D. Martin de Aragon, por impedir al duque de Parma lo que no le sucedió, por esperarlo y ser oferta de franceses, y socorrió de paso á Rocofredo, reconoció en sus trincheas dos regimientos de franceses y uno de parmesanos, embistió con ellos y rompiólos, degollando más de 600 hombres, tomó dos banderas, 200 prisioneros y un hijo de Monsieur de San Polo, que gobernaba la gente, á más de la ribera, otros Oficiales, soldados y Capitanes y 200 caballos que los cubrian con todo el bagaje, y siguió á los demas hasta los fosos y murallas de Placencia con pérdida no considerable de su gente.

Siguió D. Martin el curso y la fortuna de obrar, y á vista

de los placentinos, como el castillo de Camporemoto, disparóle la ciudad algunas piezas de artillería más de miedo que de valor, sin ser de daño para nuestra gente ni de importancia á la defensa de ellos, llamando á toque de campana los ciudadanos para que tomasen las armas y acudiesen á las murallas y adonde era más vivo el dolor y el riesgo; comenzando á experimentar los yerros de su Príncipe á que están por infelicidad sujetos muchos: en esta hora llegó D. Martin á afrontarse con Florenzola; envió desde allí al coronel Gis de Ais con 400 caballos al burgo San Domini; pasó el cerro memorable en las eras pasadas por la rota que recibieron allí los franceses de los italianos, cuando volvian con su Rey, Cárlos VIII, de la empresa de el reino de Nápoles, que conservaron mal; y llegó nuestra gente á media milla de Parma, haciendo presa en carros, ropa y otras cosas que de los pueblos vecinos retiraban los naturales á la ciudad, que maltratados del castigo presente, dijeron al Duque se declarase por España, se rindiese á sus armas ántes de verle acabado de destruir, y que reconociese aquella potencia á quien en la antigüedad debia tanto en honras, favores y mercedes, no falidas ni forasteras ni engañosas. En la mayor necesidad el duque de Parma, protervo y mal desengañado en su particular propio, aunque veia sobre sí, sobre sus pueblos y vasallos la satisfaccion, y ser justo el castigo del Rey Católico, y merecido por sus atrevimientos, le respondió, que si dentro de ocho dias no era socorrido de franceses lo haria; pero D. Martin, con todo ardor y destreza, obraba en ofensa de los enemigos del Rey: puso 60 mosqueteros alemanes con un Capitan en la boca del burgo para conservar aquel puesto, y la ciudad, viéndose en esta agonia, por redimirse en parte del peso que tenia sobre sí, ofreció de contribuir con alguna cantidad de bastimentos. Pero ordenó D. Martin á Gil de Ais, cómo habia de ser la satisfaccion que se habia de tomar por las entradas de Milán, por las traiciones cometidas, insultos, robos y desolaciones; y mandó acometer, quemar y demoler las fábricas de las salinas del Duque, sin dejarlas de provecho ni de uso en un año, pidiendo más

de 60.000 escudos: pasó adelante y tomó el castillo de Cortemayor, aunque con razonable guarnicion y resistencia, y arrimóse aquella parte del ejército, conseguidas estas cosas y rico del pillaje, á las riberas del Pó, con más de 5.000 cabezas de ganado, y levantó un fuerte en el Marquesado palavicino, feudo imperial, para tener libre el paso del rio desde Cremona, con que se aseguraban algunos cuarteles de invierno de mucha utilidad para el ejército del Rey. Revolvió D. Martin otra vez sobre el Placentino, sin resfriar el curso de los soldados; hallóse á pocas jornadas en Lodesano al cardenal Tiburcio, vasallo del Rey, con deseo de servirle en aquella ocasion; puso de la otra parte del Pó alguna gente y apoderóse de tres reductos con pérdida de ocho hombres, y echaron á pique dos molinos y otros nueve el rio abajo, ya á vuelta de Cremona; pérdida mortal para los enemigos y para los parmesanos porque les habia de faltar la harina para sustentarse. Propuso á este tiempo y en ésta sazon, Bernardo Guasco, gentil-hombre de Alejandría de la Pulla, recobrar por subpresa la tierra y castillo de Anon, que se hallaban con gente y guarniciones por el duque de Saboya; y encargó el marqués de Leganés este hecho á José de Mompahon, gobernador del Alejandrino, natural del reino de Aragon y de valor en las acciones militares, y que diese al Guasco toda la asistencia necesaria de gente y municiones. Marchó con 900 infantes y 300 caballos, llegó ántes de amanecer de aquel dia, arrimó un petardo á la puerta de un lugar y entróle; halló entre el descuido y el sueño á los del castillo, desatináronse con el intempestivo sobresalto, y buscando las armas y las municiones, la prisa y el asombro hizo caer una luz en la pólvora y voló gran parte del castillo, con que les fué fuerza rendirse; salió la gente, un Coronel y 20 Oficiales. Conseguida la plaza, órdenó el Marqués al de Mortara, que golpe de infantería y caballería partiese á ocupar la tierra y castillo de Rodalo, que estaba fortificado de gruesa guarnicion. Sabido esto por los enemigos, reforzaron y fornecieron más aquel presidio; pero él se dió tanta diligencia, como hijo de su padre que tanto militó y con tanta honra en aquel

Estado y en el de los vecinos, que impidió el socorro y rindió la plaza; y avisó al marqués de Leganés de lo sucedido y cómo habia ejecutado lo que le habia sido posible. En esta forma se defendia el Milanés y se castigaba á los enemigos de él.

Volvió á salir la armada francesa de Tolon, desatinando y fracasando en todo, porque ya el Rey Católico, todos los Príncipes y repúblicas soberanas de Italia habian reconocido el temor y la inclinacion del rey de Francia y su valido, y esperaban con las armas en las manos, prevenidos todos los puertos de gruesas guarniciones y bajeles para ofender y defenderse y no dejarlos saltar en tierra. Todo lo que va de Mónaco al Genovesado estaba puesto en arma, la costa de la Toscana y su mayor puerto Liorna, toda la costa de Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Menorca hasta la Córcega de los Genoveses, los cuales estaban tan sobresaltados con este suceso, que les parecia habian de ser oprimidos de amigos y enemigos, con que se guardaban tanto de españoles como de franceses. Quién dice que habia entre ellos diversas parcialidades, y los gobernadores se temian de conmociones, que habia muchos nobles y plebeyos de la parte francesa y muy pocos de la española que pudieran ser más agradecidos á los millones de plata y oro que nos han llevado, y que en todo se metia riesgo; y así se resolvieron de no dar acogida en su puerto á los bajeles de la una ni de la otra; pero la armada, reforzada de nuevas gentes, hacia punta á Mónaco, puerto del Príncipe de aquel nombre, afecto á la Casa de Austria, y presidiado de guarnicion española: pero luégo, el tiempo adelante, volvió la casaca á los franceses, porque se atienda que no vamos fuera de la sospecha que aquí decimos. Es plaza fuerte y muy considerable en toda aquella ribera, y el marqués de Villafranca con las galeras no los dejaba arribar á ninguno de sus pensamientos, ni hacer punta á tierra que no se les travesase, y se les ponia en medio atándoles las manos y las velas: no se acordaron ó anduvieron falsos en no recobrar á la Margarita ni á Santo Honorato. En los capítulos pasados ó libros hemos hablado de estas islas y de su importancia, y cuán vaga es: si habemos errado ó discurrido

mal, ó pronosticado sin juicio, los franceses responderán por mí y concluirán los Ministros y estadistas, y cuando escribamos el libro V se verá, en el año 37, como despues de recuperadas las abandonaron por inútiles y de poca importancia, con ser hacienda suya, y áun corrió voz que habian dicho que si las queriamos las volviésemos á tomar. No los dejaba obrar el marqués de Villafranca, siguiéndolos á la vista y á la cola; con que desconfiaron de hacer faccion en Italia, teniéndoles ya tan quebrantado el ejercito el marqués de Leganés, y los amigos y confederados en el Estado de Milán, que no habia esperanza de levantar cabeza. Viéndose el arzobispo de Burdeos, General de la armada, por tomar consejo ó por deslumbrar los que le servian de embarazo, desembarcó en Villafranca de Niza, puerto del duque de Saboya, para hablar con él y para dar á entender cuán dueño estaba de aquel Estado; pero de esto no resultó ninguna cosa ni novedad, más que perder tiempo en la mar y andar expuesto á la inconstancia y alteracion de los vientos, no dejando de entender que el Mediterráneo no es de riesgo todas veces á navíos grandes y de muchas toneladas, ántes que resistian con peligro á las tormentas; mas que estaban á pique de dar en tierra. Sospechóse que era para socorrer al duque de Saboya de gente y á Monsieur de Crequi en el Monferrat, y que á la ruina de sus ejércitos y mal estado de ellos y de cuanto habian emprendido en Italia, bajaba el duque de Roan de la Valtelina á Milán para reforzar la guerra, dejando aquellos puertos y aquel paso con guarniciones; pero nada de esto se vió, siendo falso cuanto se habia dicho. Desahuciado el Burdeos de entrar en Génova, por su dificultad quisieron tomarles á Saona; quién se temia del Final y quién en la Toscana de Liorna, porque alargarse al reino de Nápoles, á Sicilia y á las otras islas era dislate, y ellos no lo querian; con que veian, los más diligentes en trascender designios, que su intento no era otro, ni los habia traido á aquel paraje, que la presa de Génova para enseñorearse de aquella hermosísima ciudad, de sus riquezas y quitar al Rey Católico aquella ayuda y aquella escala de españoles para Milán, y desarmarle



de los asientos del dinero con los más poderosos de aquella república, y aumentarse en Italia para poner en más terror aquel Estado, conseguirle, amenazar con ella á las otras, ya que no lo habia podido traer á la concordia y á la alianza como ántes en tiempo del rey Francisco de Francia, que fué cuando se las sacó de las manos el emperador Cárlos V, oprimirla, porque como lo pretendia el Richelieu, toda su ánsia era restituirle en los confederados y en los reinos que ellos dicen les hemos quitado. Sin embargo de las dificultades presentes, del opósito que les hacian las galeras, embistieron á Mónaco; opúsoseles el marqués de Villafranca, y entró en medio de sus bajeles, y de tierra que echó primero gente en ella, estorbó gallardamente que no lo hiciesen, por el riesgo que consideraron se les habia de seguir de nuestra artillería, mosquetería y arcabuceros, que sin duda ninguna los habian de hacer pedazos; con que surtió á gran felicidad y fortuna del marqués de Villafranca. Los franceses, viéndose resistidos, y defraudados de conseguir faccion, hicieron punta á querer pelear con las galeras; hicieron rostro las tres Capitanas de España, Nápoles y Sicilia, pero mudaron de parecer los enemigos. Verdaderamente entre las hazañas que se cuentan de españoles en Italia y escriben, aunque apasionadamente, sus autores, como Paulo Jovio y Guichardino, ésta se puede contar por memorable; pues saber resistir sin sangre la potencia de una armada de tanto número de bajeles, parte de ellos fuertes, y á grandes piratas y corsarios septentrionales, diestrísimos y de valor en la navegacion y en el combate, escogidos pilotos; guarnecida y pertrechada de cerca de 12.000 soldados, Cabos y Capitanes de reputacion y de nombre, no dejarlos obrar, redimir del miedo y del pavor á Italia, sus puertos y plazas, ¿en qué obligacion no le están los Príncipes de ella? ¿cuándo hallaran este abrigo en los franceses? Luégo bien es reconocer al Rey Católico y mostrársele siempre gratos y agradecidos, y que cada uno le preste su ayuda si todo se ha de gastar en su defensa.

Comenzó á correr nueva por todo el Mediterráneo de la

venida del general D. Antonio de Oquendo con sus navíos, gran soldado y marinero, prez de la nacion vizcaina, y del duque de Nocera y Maqueda con los galeones de la Armada real del mar Océano. Cayó gran miedo en los franceses, y no osando esperar ni tampoco volver á Tolon á encerrarse, por no mostrar tan á la clara su cobardía, dando por causa estar el tiempo muy adelante y que ya comenzaba el invierno, por ser casi al fin de Setiembre, y que la mar comenzaba á levantar sus borrascas, pidieron á los genoveses les diesen abrigo en sus puertos. Ellos, reconociendo que ya querian reventar y derramar su ponzoña, no lo consintieron: pidiéronles con grandes pretextos, que ya que aquello no les concediesen (con grandes juramentos y asegurándoles cuanto les fué posible), los dejasen entrar en Saona, que les daban palabra de no desembarcar ni echar gente en tierra: hiciéronlo al fin, pero el Rey mandó reforzar á Mónaco por su cuenta, por rechazar cualquier movimiento de los franceses. Entrados en Saona, pidieron las barcas á los de la tierra para cosas de la armada; concediéronselas por no desabrirlos, y echaron 1.500 ó 2.000 hombres en tierra, y los encaminaron al Parlamento, digo Parmesano, en socorro de aquel Duque y de aquel Estado, que ora ardia en miserias y calamidades con los estragos de nuestros Capitanes. El Papa, olvidado de cosas mayores y de la salud comun y paz de la Europa, dicen, hizo saber á D. Martin de Aragon, y áun refieren más, que le intimó y quiso comprender con censuras, se abstuviese de hacer entradas, presas y correrías en Parma. El D. Martin respondió, que cuando Su Santidad veia acometer con armas injustas é infieles los Estados del Rey Católico, no sólo en Italia, pero en ambas Germanías á Príncipes tiranos, no les enviaba monitorios ni exhortaciones, ni se ponia de por medio solicitando la paz; no acordándose de esto sino cuando alguno de sus afectos por los malos oficios y usurpaciones cometidas en los Estados hereditarios del Rey, su Señor, porque merecerian castigo y tomar la justa satisfaccion que merecian sus delitos: que el duque de Parma no tenia más legítimo derecho para entrar por

las tierras del rey de España, siendo de tan inferior fortuna y estado, ni más razon para ligarse con franceses contra los derechos de la patria y el feudo, y entrarse por el Estado de Milán con armas, que el que tenia el Rey Católico para entrar por el suyo y hacer los mismos debidos efectos en él. Pareció bien la respuesta del D. Martin á los más celosos á nuestras cosas en Italia, y enmudeció; que estas son y esto tienen las fuerzas de la razon, que luégo atan al que no la tiene. Quejóse el Rey Católico á los genoveses de haber acogido la armada francesa en Saona: ellos respondieron y se disculparon no haber podido más. Levantóse una borrasca; quiso el marqués de Villafranca recogerse á Génova y no se lo consintieron, si no es con condicion que la gente de guerra no habia de desembarcar ni entrar en la ciudad, y concedióselo; de suerte que ya el ánimo de aquellos ciudadanos estaba tal, que de todos se recelaban, no acordándose cuánto nos deben, porque no se guardaba la fe, sino la neutralidad con todos. Corrió nueva que el Pontífice no estaba bueno; volvieron á instigar á los cardenales Borja, Sandoval y Espínola, y dispusieron sus viajes para Roma. Los franceses, reforzándose más vivamente la voz de que venian el duque de Maqueda y el general Oquendo con sus navíos, tomaron por asunto la entrada del invierno y estar desaparejados sus bajeles, faltos de gente y de bastimentos, y con poca honra volvieron segunda vez á entrarse en Marsella y en Tolon sin haber podido ni dejádolos hacer nada ántes. De esta hora se vió Italia libre y triunfante por mar y tierra de sus enemigos por las gloriosas armas del Rey Catolico, y los que pensaron levantar la frente á mayores cosas y ceñirse el laurel y descollarse sobre los más altos cedros y sobre los otros Príncipes, la bajaron miserablemente y la rindieron al castigo y á la razon; y no se esperaba ménos del Estado de la Valtelina y de otros pueblos y provincias.

Atento el Rey Católico á la satisfaccion justa que se debia tomar de los franceses por los insultos de éste y de los años pasados, tentando en tantas partes de su Corona y las del Sacro y Romano Imperio, viendo juntaba el rey de Francia gente á

toda priesa para revolver en persona y con sus Capitanes á la defensa de la Picardía y restitucion de sus plazas, por cuanto las fuerzas del País-Bajo, á cargo del príncipe Tomás, estaban ya menoscabadas con la invasion de la provincia, con los muertos y fugitivos, con los que se habian puesto en las plazas ganadas, con los que era forzoso poner en el confin para atender al enemigo, que ya marchaba armado con ejército poderoso, y con los que se habian enviado al sitio de Dola, debajo de la conducta del duque de Lorena y otros Cabos; viendo, pues, este refuerzo el Infante, que apénas estaba para esperarle cuanto y más para embestirle, avisó al Rey se mirase por acá cómo se le podia divertir, que él haria cuanto pudiese y le fuese posible para conservar lo ganado, y que si le hallase á propósito le acometeria ó le entretendria para que el invierno le sirviese de impedimento con sus inclemencias é infortunios, que no saben aguardar ni sufrir los franceses. Reparando en esto nuestros Miministros, el mayor puso los ojos en juntar las fuerzas de la frontera de España, y acometerle por Navarra ó Vizcaya, para embarazar allí las pocas que ellos tenian, y que no pasasen á juntarse con los que marchaban á la Picardía. Ventilóse este designio entre muchos de nuestros Consejeros: algunos eran de parecer no se despertase por allí la guerra, por no abrir tantas plazas de armas, y porque, aunque los navarros y vizcainos son gente de valor, los labradores, y otras gentes á esta traza, no están hechos á sufrir los alojamientos como en Flandes, por ser ya tan comun aquella guerra y estar allí recibida con larga continuacion de tiempo y necesidad que hay de ella, que los bastimentos no serian fáciles de haber; el tiempo, no para guerrear, por la entrada del invierno, ántes para favorecerse de los burgeses y burgos erigidos para guarnicion y alojamientos; no ser de esencia gastar la gente en pocas cosas y en los lugares pequeños, que para los grandes y fuertes, metidos la tierra adentro, requerian más numerosas legiones y un grueso ejército, y ese pereceria con las nieves y los hielos, cuando más se portase de valor y constancia al pié de la muralla y al paso



de los Pirineos; que la guerra allí no prevaleceria, ántes que seria gran providencia librar á España de este subsidio, y que guarnecer las fronteras y tenerlas proveidas y en defensa era lo más acertado. Pero el Rey y el primer Ministro, deseando dañar al rey de Francia en cuanto pudiesen y condescender con la proposicion y ruego del infante D. Fernando, y no perder lo que se le habia tomado, resolvieron y enviaron cartas al marqués de Valparaiso, Virey y Capitan general del reino de Navarra, para que, consideradas las fuerzas que se podian juntar de aquel reino y la provincia de Guipúzcoa y Alava, y el estado de las fronteras de Francia, viese lo que se podia intentar y convenia disponer, para que con noticia de todo se tomase resolucion, y la última y la más necesaria: avisó el Marqués, se podria obrar en la provincia de Labort la diversion que él habia representado dias ántes con algunos correos, y que si las disposiciones y los sucesos diesen lugar, se pasaria á mayores empresas. Enviáronle órdenes con lo referido para el reino de Navarra y ambas provincias, Guipúzcoa y Alava, sobre quién habia de cargar la mayor parte de la faccion, para que asistiesen á ella con todo el número de gente que fuese posible; escribióse á D. Alonso Enriquez, Almirante de Castilla, poco ántes elegido por Capitan general de Castilla la Vieja, si bien sus pretensiones eran diferentes, aunque queria servir en algun Vireynado ó puesto en la milicia, ni vano, ni fantástico, sino de fundamento y sustancia, como es justo lo consigan los que son tan grandes vasallos; y, finalmente, le dieron este cargo, bien á costa de su hacienda, asistiendo en Vitoria para las ocurrencias de la armada francesa y para guardar aquellas costas, como en todos lados en que estaban personas de cuenta, no sólo en las del mar Océano, sino en las del Mediterráneo, de manera que sin dilacion pudiesen marchar al primer aviso donde hallase el peligro; pero esto parecia más alejarle que proveerle. Condescendamos con la necesidad que lo pedia, aunque bastaba un soldado viejo de los retirados en la corte; mas diránnos que los cosas árduas piden los grandes señores, y estos han de solicitarlas y acudir con sus haciendas



y vidas, y con las de sus vasallos, á la mayor ocasion, y concedérselas. Hacia muchos dias que en aquellas fronteras de Navarra y de Cantabria, desde el tiempo del rey Francisco de Francia hasta hoy, no se habia formado ejército ni habido guerra, aunque habia soldados y marineros ejercitados en muchas y muy memorables empresas navales contra franceses y septentrionales; y siendo forzoso hacer las prevenciones del tren de la artillería de campaña y otros pertrechos, se dió órden, á los últimos de Agosto de este año, para que á toda diligencia se tratase de estos aprestos y de ponerlas en ser, y apretáronse 12 piezas de artillería para la entrada de Vizcaya, y para las entradas de Navarra 16, con artillería, pólvora, caballos y cuerda, municiones y herramientas de gastadores, y todo lo demas necesario para marchar y campear. Avisó el marqués de Valparaiso se prevendria todo si se daba prisa á su ejecucion, y se podria entrar por Francia á 15 de Octubre (gran yerro), si bien tenia órden y se le aguijaba que se fuese á 4; tiempo y consejo fatal para la empresa y áun para todas, pues no salió tan lucido como se habia deseado, si bien las prevenciones de bastimentos y fuerza no pudieron ser más acertadas y ordenadas mejor, porque se compuso un ejército razonable de Cabos y caudillos maravillosos, hombres de valor y de escogida sangre.

Atentos pues los franceses de la frontera á nuestros aprestros y movimientos, y el conde de Agramonte, Gobernador de aquella provincia y puesto de Bayona, y que Navarra y el señorío de Vizcaya se armaban, trataron de fortificarse y reforzar, no sólo las ciudades de nombre, pero los lugares pequeños; y no desistiendo el Rey de hacer su marcha á la Picardía y de seguir su inclinacion, pusieron defensas y guarniciones en sus puestos, y llamaron nuevas y más numerosas gentes, en que eran prodigiosos, si bien agravados y subsidiarios todos de intolerables cargas, y los Parlamentos de las ciudades, cansados de tantas levas de soldados y expedicion de ejércitos como se les pedia. Hicieron un fuerte sobre el puerto de Zoca, con su baluarte, foso y estacada; asistiendo á la disposicion de esta obra



y á convocar los villanos y naturales de la tierra para hacer opósito, el duque de la Baleta, gobernador, y el duque de Espernon, su padre del Guiona, que asistia en Burdeos, cabeza de la provincia. Pero anteviendo los Cabos de nuestra gente que si se daba más tiempo á estas fortificaciones era hacer más inaccesible y dificultosa la empresa, pareció conveniente no dilatarla y caminar, previniendo á lo que quedaba; que el Teniente de Maestre de campo general, D. Urban de Ahumada, se pusiese en Roncesvalles con 2.000 hombres, con los Maestres de campo, vizcondes de Colina y Valdero, con cuatro piezas de artillería, su tren y amasijo de pan y algunas pagas; pusiéronse en Val de Escoa y Val de Vastan 1.000 hombres, 500 en cada parte, á cargo de Miguel de Itúrvide; arrimáronse á Val de Local 600 infantes; con que toda la frontera de Navarra quedó ceñida y defendible, y con ánimo todos de ofender, avisó el Maestre de campo, D. Gaspar de Carvajal, alcaide de Fuenterrabia, y el Maestre de campo D. Diego de Isasi Sarmiento, coronel de la provincia de Guipúzcoa, que se advocasen á tratar la forma y cómo habian de entrar y disponer la faccion. Corrieron estos Cabos, y D. Alonso Idiaquez, á cuyo cargo habian de ir los navíos que habian de acometer por mar, resolvieron que el juéves 23 de Octubre (mal tiempo para guerrear), emprendiese la entrada, y marchase de vanguardia D. Gaspar de Carvajal con 600 infantes de los presidios; el coronel de la provincia con 3.000 provincianos, que habia ofrecido con su acostumbrada fidelidad, diciendo á S. M. saldrian á servirle padres é hijos hasta los últimos alientos. Habia de ser esta invasion por el paso de Behovia, con artillería y lo necesario para el tren; y en prosecucion de esto marchó el Virey, marqués de Valparaiso, por la villa de Vera con 12 piezas de artillería de campaña, con 300 caballos y 8.000 navarros, con que sirvió el reino en ocho tercios con sus Oficiales, y por Maestre de campo el marqués de Cortes, D. Lope de Veamont. D. Luis de Vertiz, D. José de Doña María, el señor de Ablitas, el señor de Monte-agudo, D. Fausto Francisco de Lodosa, y Don José de Zárate por Sargento Mayor, y además de esto gober-

nando 800 hombres de los presidios; iba la caballería á cargo de D. Diego de Unzueta, y por Comisario D. Diego de Brizuela, y en la vanguardia D. Jerónimo de Ayanza, Montero mayor de Navarra. Estaban los franceses esperando en el paso de Behovia con muy gruesas fortificaciones para defenderse: reconoció D. Gaspar de Carvajal; impedido aquel, un esguazo, un cuarto de legua más arriba; fué de parecer, con quien se conformó el Coronel, que por no tener caballería y hacer la entrada sin perder un hombre, se hiciese punta al paso de Behovia, acudiendo allí la gente y dando muestras de intentar el pasaje, y surtir más arriba, donde tenia ya destinado. Parecióles bien, y para suspender y engañar á los franceses, se plantaron en frente del paso y á la cara de los enemigos el dia 22 de Octubre, tiempo más á propósito para interpresas secretas que para públicas invasiones, 150 cestones y la artillería, haciendo ruido con la pala y zapa; mas aquella noche, á una hora ántes de amanecer, el Carvajal marchó con 400 hombres, parte de las guarniciones y parte de los de la provincia, y su Coronel, y ambos, para dar ejemplo á los suyos y á los demas, se arrojaron á pié á esguazar el paso reconocido, no alcanzado ni descubierto de los de Francia: siguiéronles los demas, y guiando su derrota cogieron por las espaldas á los enemigos, que estaban en las casas del paso de Behovia, que luégo que fueron descubiertos se pusieron en la fuga, y desampararon la tierra, con que se echó puente en el Vidasoa, pasó la artillería y el resto de la gente, rindieron á Andaya y marcharon la vuelta del puesto donde se habian de juntar con los navarros: pusieron aquella tarde los escuadrones á la vista de Urraya, gente mal correspondida con los fronteros de la provincia; recibió el enemigo sin embargo, á D. Gaspar, procurando entretenerle á lo largo con alguna caballería, y defendióse en los sotos y colinas hasta llegar al puesto donde hizo alto cerca de los escuadrones del virey de Navarra, desde el cual paraje se comenzó por parte del Rey Católico á introducir este manifiesto en aquellas fronteras y pueblos de la Francia, para conmoverlos á rendirse y usar de sus mismas cautelas, y justificar sus acciones irritadas

ántes por los espíritus bulliciosos de los franceses, que en suma es éste:

«D. Juan Alonso Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla duque de Medina de Rioseco, conde de Melgar, de Modica de Colleyo, Sana, vizconde de Cabrera y de Vas, señor de las baronías y ciudades de Alcamo, Cacamo y Caltafinica; Gentilhombre de la Cámara de S. M., y su Capitan general en las provincias de Castilla la Vieja; y el marqués de Valparaiso, D. Francisco de Andía y Rocaval, señor de estas casas, vizconde de Santa Clara de Avedillo, comendador de Aguilarejo, en la órden de Santiago, del Consejo de Guerra de S. M., su Virey y Capitan general de la provincia de Guipózcoa: Habiendo el Rey cristianísimo violado el derecho de las gentes con interceptar los correos que por mar y tierra, asegurados en la confianza de la pública fe, enviaba el Rey Católico; ultrajado los embajadores de la Corona, que representaban inmediatamente á su Rey, exceptuados y reservados por las leyes humana y divina; cerrado, contra la paz de Ratisbona, el paso de Italia y Alemania con presidios y fuertes nuevamente fabricados en los pasos de Grisones, y por otra parte abriendo la puerta á sus propias armas en Italia con la usurpacion de Pinarolo, feudo imperial, corrompiendo al Capitan que le defendia, como tambien engañando ántes al duque de Saboya para pasar á su casa, y ganando con la misma inteligencia al Cabo imperial que gobernaba á Moyenza la fuerza del César; trayendo al Sueco, su aliado, á violentar el Imperio y la religion en Alemania y en toda Europa, segun declaraban sus manifiestos, y obrando contra el duque de Lerma, su vecino y pariente, sólo por quitarnos el paso de Flandes y que el Duque no acudiese á su primera obligacion y señor natural el César, ni se defendiese de los herejes suecos, sus estrechos amigos y aliados, con tan horrible violencia, engaños, prisiones, injurias detracciones y simulaciones, con personas tan ensalzadas que, por ventura, ninguna historia ni ejemplo antiguo ni moderno se hallaba igual á esta maldita ferocidad; llegando á decirle, despues de haberle tomado su Estado, presos sus herma-

nos y su mujer, que no se habia de contentar hasta beberle la sangre, último extremo de inhumanidad, todo contra el derecho de las gentes y fe pública y paz con España y con el Imperio; tolerando estas acciones el Emperador y Rey Católico, por ver si habia algun camino de remediar los daños que se padecian, y otros mayores que amenazaban, sin efusion de sangre cristiana ni ruina de sus provincias y vasallos; rogando públicamente el Rey, nuestro señor, con la paz, y llegando á obrar por ella hasta enviar Plenipotenciario á su Embajador para tratarla y concluirla dentro de París, corte de aquel Rey, con el deseo afectuoso de conseguirla; pidiendo á Su Santidad, el año 1634, que enviase un Legado suyo á Francia á tratarla y que desde luégo se declaraba, que como fuese un Cardenal viejo de pública satisfaccion, fuese el que Su Santidad nombrase, sin excluir ninguno; que S. M. desde luégo aceptaba las condiciones que declarase por razonables, con tal que, si el Rey cristianísimo se apartaba de lo que se ajustase, se pusiese el Pontífice de parte del Rey Católico y de su razon y Estado. Así las cosas, llamando siempre, como acontece, un suceso á otro mayor, sin denunciar la guerra, sin dar las razones que le movian á ella, sin oir ni practicar primero la satisfaccion que debe preceder á todo rompimiento entre bárbaros é infieles, contra todo derecho acometió los Estados de Flandes, juntándose para esto con los rebeldes de Holanda, con nuevas Ligas y confederaciones más ofensivas que nunca á la Corona de España, y expresamente contra el segundo capítulo de la paz de Verbin, vencido en juicio contradictorio en el tiempo del rey Enrique IV, volviéndose á ligar con herejes contra católicos, con rebeldes contra su señor natural, con gente de popular contra un Rey hermano de la Reyna cristianísima, contra un Rey casado con su misma hermana, contra el Príncipe, nuestro señor, legítimo heredero de aquellos Estados, nieto del rey Enrique y de la Reina cristianísima, madre del Rey: finalmente, quebrantando sobre las demas la paz de Monzon, nuevamente asentada, capitulada y ratificada por ambas Coronas, acometió la Valtelina y condados de Bornio

y Chiavena, estando los nuestros mirando bajar á los franceses sin atreverse á pasar el lago, por no faltar á la paz y fe pública, pudiendo 300 hombres asegurar cuantos progresos intentaron los franceses, previniendo los pasos, como se ve que lo hicieron tantos ménos en número en las últimas guerras de la Valtelina, y de la misma manera fué invadido el Estado de Milán por dos partes; y lo que es más execrable, el condado de Borgoña, Estado del Rey Católico, que religiosamente ha observado siempre la neutralidad que por aquel Condado tenia con las coronas de Francia; y con todo eso fué acometido tambien de aquel Rey sin ninguna denunciacion de guerra, ántes bien, asegurado poco ántes del príncipe de Condé.

Estas razones, manifiestas á todos, como obradas públicamente, forzaron á S. M. Cesárea, y al Rey, nuestro señor, á resolver la entrada de las armas católicas en Francia, á procurar por los medios de la fuerza el estado que conviene más á la cristiandad y al bien de los vasallos de entrambas Coronas; y en esta confirmacion, y auxilio de aquellas armas y fines, se ha resuelto esta entrada, asegurando que los que asistieren á este partido sin dar ninguna ayuda al rey de Francia, pues se ve que las que recibe son enderezadas á obrar en ruina de la religion católica y del Estado propio, serán amparados de las armas de S. M., excusándoles toda molestia y no pagarán tributos algunos al Rey, si no una moderada comodidad; de suerte que estas armas de ninguna manera obrarán contra personas ni bienes de aquellos pueblos, ciudades y comunidades que vinieren en tan justo y conveniente partido y de tanto beneficio comun, ántes les mantendrán y defenderán de los enemigos que quisieren ofenderlos con estas fuerzas, y con todas las de S. M.; y á más de esto, á los que nos asistieren á este fin, se les dará luégo despacho en toda forma para que puedan tratar y contratar libremente con todos los Estados y reinos de S. M. C., sin ninguna diferencia á los que tienen los más amigos y los propios vasallos; y, al contrario, se hará la guerra con todo rigor, á sangre y á fuego, contra cualquiera que se opusiese á estas armas, enderezadas sólo al bien

y descanso de las dos coronas de España y de Francia.»

No quisieron admitir los pueblos de la frontera el manifiesto, ántes lo apartaron de sí; y cuanto más se proponia esta paz, más se endurecia la protervia del Richelieu en la resolucion, porque si no se la pidieran, desconfiado de haberla, la admitiera, y no proponiéndosela, la buscara. Embestia sus atrevimientos debajo de esta oferta, y cuando alguna vez hallaba ahogado á su Príncipe, le animaba y desahogaba diciéndole, tenia en su mano el hacerla y á su voluntad. (De los motivos de esta paz y de no hacerse, nos dará el libro que viene su lugar: allí hablaremos y discurriremos sobre ella, desenvolveremos sus dificultades y las que no la dejan llegar al fin pretendido, ántes la hacen desconfiable á todos, y yo siempre lo estoy de su cumplimiento.) No admitieron los franceses vecinos el manifiesto, ántes amenazaron de muerte á los que lo quisieron introducir; sin embargo, se les envió un trompeta advirtiéndoles que si no se rendian les pegarian fuego. Retuvieron el trompeta, hasta dar cuenta al conde de Agramonte, que estaba en San Juan de Luz; pero despues, debiendo de ser áspera la respuesta, dijeron querian pelear: con que marchó de vanguardia D. Gaspar de Carvajal, y el Coronel por otra parte, y asaltaron el lugar, numeroso en poblacion y gente, representándoseles á la vista muchas casas de placer fuera, situadas en la campaña para la recreacion de sus habitadores; fué saqueado parte de él y parte quemado, reservando sólo la Iglesia y todas aquellas cosas tocantes á la reverencia y al culto sagrado: no lo hicieran así ellos en la entrada del País-Bajo ni en la Lombardía. Conseguido esto, marcharon la vuelta del Ciburo y acuarteláronse á la frente de él, siendo necesario romper la tierra y abrir camino con el pico y otros instrumentos, para por las dificultades de aquellos montes pasar la artillería, que en lo porvenir fué de culpa, y no los capitularon porque fué dejar hecho tránsito al enemigo para nuestra España; porque demás de no ser de importancia esta jornada, con la que se malogró el año siguiente y sus gastos, que habia de hacer el duque de Nochera, por la misma parte,

como tambien abandonándola, aquel mismo año se pasó á sitiar á Leocata, plaza puesta en la frontera de la Francia, y que nos echaran de ella; hizo aquel Rey perder el respeto y la veneracion á aquellas fronteras y á todos los Pirineos no queriendo ni osando atentar la guerra por allí: luégo adelante se vino sobre Fuenterrabía, que nos puso en el cuidado que veremos, y no contento con esto se arrojó por el otro lado sobre Salsas, y despues de las cosas ejercidas sobre el Principado de Cataluña le abrieron la puerta á entrarse en ella y á tener los piés en España, con todo lo demas que dirá el tiempo. De suerte que fuimos añadiendo yerros á yerros, sin poner la consideracion en lo más razonable, y todo por la comodidad que les dimos al paso. Afrontados con Ciburo no los dejaban descansar, tocándoles arma la noche desde él; y viérnes, 24 de Octubre, á la mañana, se puso mucha gente á la frente de nuestros escuadrones; pero oyéndose la artillería de los navíos que llevaba á su cargo D. Alonso Idiaquez, en número de 20, reconociendo querian entrar el puerto, volvieron á la defensa, y nuestra gente se dió priesa á marchar, incorporándose la que llevaba D. José de Zárate y la de los presidios de Navarra y Aragon: acometió por otra parte con la de Guipúzcoa y por la suya el virey de Navarra dandoles calor; cerraron con la Iglesia, que tenian fortificada los franceses, trabóse entre todos una porfiada escaramuza por espacio de dos horas, hasta que, haciéndolos retirar, se pararon en las segundas trincheas que tenian guarnecidas de artillería y muchas barricadas que defendian por tierra y mar la entrada del puente que va á San Juan de Luz, donde asistia el conde de Agramonte y el duque de la Valeta. Tenian allí pasadas de 600 corazas y 2.000 infantes, y pasáronse á Bayona viendo ganadas por los nuestros sus fortificaciones con pérdida de soldados y alguna de nuestra parte: de los que se señalaron en el paso del puente, como el capitan D. Sancho Gimeno que salió herido, D. Baltasar de Roda, señor de Lizcum, que gobernaba una compañía de los presidios, D. Tiburcio de Redin, baron de Ligne, y el capitán D. Juan de Rada, fueron heridos, y algunos hombres



ordinarios muertos; gobernándose con valor y prudencia el Maestre de campo D. Gaspar de Carvajal, D. Diego de Isasi Sarmiento, Coronel de la provincia y otros muchos caballeros Cabos y Capitanes: saquearon á Cibuco y pusieron fuego á las casas; corrieron con diligencia á San Juan de Luz, siguiendo á los franceses, que si bien hicieron pié allí, procurando rehacerse y acercarse á nuestra gente; sin embargo, la retiraron de todo punto, sin querer hacer más experiencia del ardor de nuestra gente, abandonaron una fortificacion que tenian junto al convento de los Capuchinos, salió el vicario y los clérigos con sobrepellices y una imágen de Cristo crucificado, en forma de procesion, pidiendo misericordia, y rindiéndose á las armas poderosas del Rey Católico fueron admitidos y respetados, y aquella soberana imágen reverenciada. No lo hicieron así ellos en Tirlemonte, y en los otros pueblos del Brabante, ántes ultrajaron las imágenes, las aras, los altares y las esposas reservadas sólo á las alabanzas del Cordero; delitos, atrocidades y sacrilegios que pagarán con ruinas de empresas y pérdidas de batallas, como les ha acaecido por espacio de más de doscientos años con españoles, alemanes é italianos, por tales atrevimientos cometidos contra Dios y contra su Iglesia, con que jamás prevalecerán victorias. Salió alguna gente, aunque poca, de la más principal de la villa á rendirse, y fueron admitidos con condicion que dejasen las armas; hiciéronlo y púsoseles guarnicion, con que se libraron del fuego y del saco, y de la calamidad en que recayeron los otros pueblos. Pero estas empresas eran cortas, como de lugares pequeños y abiertos y defensa muy flegible: si se hubiera embestido con Bayona, lugar fuerte y murado, se le hubiera hecho al Francés tiro de consideracion, porque todo aguardaba allí y número de gente de guerra. Siguió la nuestra el curso de la obra y pasaron la vuelta de Zoco; envióse á D. Tiburcio de Redin, cuyas heridas no fueron de momento, á decir al señor de Ortúbia, que tenia á su cargo el fuerte, que se rindiese; pidió tiempo y concediéronle cinco horas, y envió un Gentil-hombre á Bayona á dar cuenta al conde de Agramonte del estado en que se ha-

llaba y el que tenia aquella frontera, que le habian dicho que se rindiese, que habia pedido tiempo y que solamente se le habian dado cinco horas con intento de que le socorriese, porque ya su ánimo era de defenderse; que la gente española habia tomado los puestos y reconocido todas las fortificaciones: fué respondido que se rindiese. Comenzaba ya el tiempo á cargar con las aguas é inundar la tierra, y la gente de guerra á descontentarse porque la sazon del tiempo no era á propósito, y áun se temian de mucha nieve y hielos, que pasada el agua sobrevendrian conforme á las condiciones y naturaleza de aquella tierra y de los Pirineos, por ser allí su nacimiento, anticipándose en aquella parte más que en otras el invierno, y con más rigor; con que se comenzó á reconocer descomodidad y contradiccion en el progreso de aquella guerra, que no parece sino que fué una sombra ó amenaza, porque oyó decir á la gente habian de faltar los bastimentos cerrándose los pasos de aquellos montes de altísima nieve, que era lo mismo que quedar cortados y destituidos de socorro, y no habia de querer exponerse, siendo la más de ella bisoña aunque valerosa, no acostumbrada á sus inclemencias, al rigor de la campaña, con que desconfió de empresa de satisfaccion. Metieron en el castillo 1.000 hombres, y lo encargó á D. Garpar de Carvajal, siendo lo mejor que se tomó, habiendo salido de él 400 franceses con las honras y condiciones ordinarias: tomó Don Alonso Idiaquez ocho navíos y algunas embarcaciones que estaban en aquellos puertos primeros, particularmente en Ciburo; alojóse el virrey de Navarra con su gente en aquellos puestos entre aquel lugar y San Juan de Luz; tomóse el puerto de la Lanterna, sitiado en otra punta, enfrente de Zocoa, para asegurar por mar la entrada y canal, y quedóse allí fortificando el capitan Marco Antonio Gandolfo. La gente de Andaya, Ciburo, San Juan de Luz, Vidarte y Vearoz, y los de Urruya, acogiéndose á Bayona, como sagrado y refugio más principal, no los quisieron admitir, expuestos todos á la inclemencia del cielo, porque no gastasen lo que habia que comer, con que padecian todos, y las familias enteras, quejándose al

paso de este rigor y de la poca asistencia que habian hallado; enviaron los de Olgicayn y otros lugares del contorno á dar la obediencia al Rey Católico, y fueron bien recibidos; presumióse de esto, que los franceses fugitivos de los lugares ocupados volverian á los domicilios, como lo tenian resuelto y alcanzado los de San Juan de Luz.

Los navarros, que asistian en su frontera con el cabo D. Urban de Ahumada, teniendo noticia que 2.000 bearneses sa querian calar por ellas y que estaban en San Juan de Pié, de puerto otros 3.000 hombres de los suyos, trató de entretenerlos con los de su cargo y que no pasasen á San Juan de Luz á mejorar aquel partido, y para esto envió al baron de Espeleta con 300 navarros á romper un cuerpo de guardia, donde estaba fortificado con 200 franceses Monsieur de Armendariz. Hiciéronlos retirar á todos y dejar el puesto, y quisieron seguirlos; pero ellos cortaron el puente que tenian fabricado en una ribera, quemáronle el alojamiento y demolieron las fortificaciones, é hicieron alto los nuestros en Arnegui, reservando toda aquella parte de ninguna hostilidad, por ser la baja Navarra gente afecta al Rey Católico; pero el tiempo no daba lugar á cosas mayores por ser contínuas y en un peso las aguas, tanto, que en muy pocas partes de España dejó de llover pasados de tres meses, estorbando, no sólo el campear, pero el poder sembrar las tierras, volviéndose los labradores con los arados á los lugares. Fatigados de esta continuacion, quisieron los Cabos que estaban en San Juan de Luz pasar adelante y hacer alguna cosa memorable que diese reputacion á la jornada, y tentar á Bayona; pero el Virrey y los más prácticos, que tenian reconocidas sus dificultades, lo reprobaron, diciendo que Bayona pedia mejor ocasion y cuando el tiempo diera lugar, pero no tan á las puertas del invierno; que el encaminarse á ella pedia más gente, más artillería y las otras cosas necesarias, por ser plaza Real grande, y con las guerras y su continuacion muy fortificada, y que se habian de gastar en ella muchos meses y los más récios del año, con todas las descomodidades que se podian imaginar, y muy posible el per-



derse todos. Viéndose, pues, parados, no fué pequeña la confusion de no poder pasar adelante, y que el volver atras no era de calidad y honra de los que estaban allí: comenzaron á faltar los víveres, y con esto los soldados á destemplarse, que decian los tenian en el campo, descubiertos á la furia del agua, de la nieve y de los vientos, sin poderse cubrir, con que los más ruines se fueron deslizando. Persistian, pues, los más bizarros y de corazon en que no se aflojase, y se pasase luégo á Bayona; que el ardor reciente, y áun no resfriado, venceria las dificultades; y el Virey se cerró diciendo no tenia órden de S. M. Aquí fué donde todos desmayaron, y comenzaron á desbandarse los soldados, y como tenian sus casas cerca se fueron á salvar á ellas, sin poderles detener; y cuando vieron destituidos de hechos mayores, quisieron tomar á Bayona, mas como los más eran bisoños no discurrian las dificultades, y finalmente, el ejército se deshizo y fué harto poder detener y dejar alguna gente para guarnicion de los lugares ocupados. Pareció la empresa corta y que no habia sido nada lo hecho, y luégo, como es de ordinario, caian las culpas sobre las cabezas, imputando de remiso al Virey; y como quiera que ello fuese, ¿nuestros yerros los han de pagar los que ménos los hicieron? Concluida la faccion le removieron del cargo y le mandaron venir á la corte de Castilla, y pusieron en su lugar, en el vireynado de Navarra y prosecucion de la guerra para el verano siguiente y mejor sazon, al duque de Nochera, de nacion napolitano; pero esta segunda no fué mejor que la primera, como se verá, y no sólo de mejor fortuna, pero ni de más loable reputacion. Al fin se gastó mucho y no se hizo nada: quiera Dios que escarmentemos; pero hemos ya llamado con nuestras voces y aprestos en aquel paraje al enemigo, que no cesa de dañar, y tememos que hemos de haber menester allí más que guarnicion, y áun en la otra parte del Narbonés. Cierto, que cuando dije esto, faltaban meses para entrar en España la nueva miserable de la rota de Leocata, que no la esperó ninguno de nuestros Ministros, aunque de las cosas de Cataluña todo se podia recelar, porque el Ministro de la Francia andaba muy vivo á



nuestra manera de gobernar, y nos ha de forzar á tener un ejército formado y pronto, cuando hemos menester tantos para Flandes y para Italia, que aquellas son guerras de Monarquía, y estas de España de sedicion y de ruina: pero ya tenemos por experiencia que, cuanto quiera que erremos en nuestros acuerdos, aunque nos lo hayan avisado los más advertidos, si la suerte sale contraria, hemos de tomar ocasion para que otro tenga la culpa aunque sea inocente. Mandaron venir al Almirante, diciéndose de él por gran maravilla, que en esta jornada no se habia desnudado ni quitado las botas muchas noches; y porque habiendo proveido allí persona de calidad y de noticia para la guerra era excusádo perder más tiempo donde no se ganaba, ó porque habiendo murmurado el vulgo ántes de su partida que iba echado, quisieron que esta vez no profetizase; que no es el vulgo el menor enemigo á que debe atenderse.

La princesa de Cariñano, mujer del principe Tomás, y hermana del conde de Suason, de los señores de la sangre real de Francia, hizo su entrada en Madrid con todos sus hijos y con acompañamiento público, domingo, 16 de Noviembre: hízose con ella todo lo que con la princesa Margarita de Mántua, su cuñada, gobernadora de Portugal; solamente que, como mujer casada, se hizo su entrada solemne, cosa que causó alborozo en algunos señores franceses desterrados y descaecidos en la gracia de aquel Rey por la condicion del Privado; materia en que estos tales gastaban la mayor parte de su industria, porque ellos se queden en Palacio y sean solos los más bien vistos. Habia venido de Milán á Barcelona y á Zaragoza á pasar desde allí á Santander, donde esperaba un navío de Inglaterra para llevarla con su marido á Flandes: ella insistió, como mujer sagaz y que no venia sin quien la aconsejase y que traia muchos hijos, en venir á la corte á que se hiciese en España lo mismo con ella que con la princesa Margarita. El Rey queria que caminase desde allí, y se decia que la queria salir á ver al camino: en efecto, persistió en su intento, vino á la corte, y creyendo que luégo caminaria á la embar-

cacion, se quedó por ahora, hasta otras novedades, de asiento y despacio, gozando sus hijos de las honras del parentesco, y por esperar acomodarlos en estados y en honras, gastándole al Rey 48.000 escudos cada año, sin otros socorros, joyas, presentes y rentas á criados, sin otros tantos que tiraba su marido en Bruselas, que era la mayor diligencia de sus materias, sin arribar á otro servicio ni esperanza de más fe ni constancia en ellos.

El rey de Francia (porque concluyamos con el año y con el libro), sin embargo de los malos sucesos de sus ejércitos y armada en Italia, de el sitio de Dola y de las otras entradas de españoles por sus fronteras, y de la flaca resistencia del conde de Suason en tierra de picardos; mal contento de todas estas cosas, aunque al principio del invierno, ocupadas Corbie, Capela y Xatelet en la misma provincia que hace frente al Cambresi y al Artoes, ganado el paso de la Soma con la ocupacion de puestos y villajes, fortificado todo y amunicionado por S. A. R., y abierto camino para hacer correrías hasta París con los croatos del conde Picolomini y los dragones de Juan de Vert: estimulado, pues, de estos malos sucesos quien los esperó más prósperos (castigo del cielo que no se olvida aunque sufre, disimula por la enmienda, y atraer á los malos al verdadero conocimiento de los yerros, si nó para tomar con justificacion la paga de los delitos cometidos), poco atento y ménos enmendado de los impulsos celestiales, juntó ejército de la gente referida y reclamó á la de Borgoña, porque Galaso no hacia más que suspenderse y estarse quedo en aquel Ducado, á que se le entretuvo con la gente de la tierra: convocó á la nobleza, que, como era público que el Rey queria hacer jornada en persona, se armó y se previno, porque los de mayor séquito y sangre estaban retirados en sus casas, parte de ellos muertos y parte desvalidos; sacó gente de las guarniciones; informóse del menor Cabo del ejército católico, de los que habia dejado en las plazas ganadas, de los heridos, enfermos y fugitivos; y como S. A. se hallaba en el Artoes con poca gente, marchó el Rey y su hermano, el duque de Orliens, el



Cardenal, duque de Rechelieu, y otras personas de cuenta, á 1.° de Octubre de este año, con un ejército de 20.000 hombres, acaudillado del mariscal de Chatillon, que el año pasado salió del País-Bajo deshecho, y sin honra, por nuestra gente.

Estaba S. A. con cuidado por no tener opósito como quisiera, ni habérsele prevenido; porque su ánimo era, en estado de poderlo hacer, darle batalla: por otra parte no carecia su gran juicio de recelo si se conservaria lo ganado, y si podria defenderse. Por esta causa avisó al Rey Católico, su hermano, le socorriese por Navarra y Vizcaya; y como se pidió, se hacia lo posible; pero nada bastó para apartar al Francés de la frontera de Flandes. Todos hacian reparo en el tiempo, los Ministros de acá y de allá, y que no habia de dar lugar de hacerlo, y lo más cierto, que no habia fuerzas para tanto; pero el Rey, dejando todo lo demas presidiado y á cargo de hombres de valor, marchó, como hemos dicho, con pensamiento de recuperar á Corbic, que era la plaza que daba más cuidado, aunque las otras dos no eran de menor importancia. Si bien á los principios acometió otras derrotas, hizo alto en Amiens á dos horas ó tres de camino de Corbic, porque no queria que con las correrías de aquella plaza se las infestasen, y ni más ni ménos á San Quintin, que ya estuvieron en nuestro poder en el reinado de Felipe II, y se recelaba que tomándoselas de nuevo, ó por sitio ó por interpresa, como podia ser, que el tiempo adelante le obligarian á hacer la paz, que no queria, por su restitucion. Alojóse el ejército francés á lo largo de los contornos de Arras, á dos leguas y media de aquella plaza, donde estaba el Infante, con que comenzó aquella villa á ser muy frecuentada de Cabos y Capitanes. Creyendo que el enemigo la queria cargar, habia resuelto S. A., viéndole venir tan pujante, hacerle alguna diversion, apartándole de aquella frontera y de aquel lado y de las plazas ganadas: tomóse de aquí ocasion que en el país de Artoes, por sus continuas diferencias que se traian con la vecindad, se moviesen pláticas de ocupar á Doslan; encamináronse allí algunas tropas de caballería y tercios de infantería, no más que para la apariencia, é hízose



punta al Bolonés; mas el enemigo lo estorbó, no queriéndose empeñar más con el nuestro, por comenzar á entrar en las dificultades reconocidas y por faltar forraje para los caballos, con que el mariscal de Chatillon se resolvió en echarse sobre Corbic y la cerró con trincheas y fuertes reales á trechos. Fuéles el tiempo favorable, porque siendo muy lluvioso en las fronteras de Vizcaya y en la mayor parte de España, allí fué muy seco y enjuto, tanto que no les fué de impedimento el estar en la campaña, si bien se cubrieron con barracas. Suspendióse con esto nuestra gente, enviando muchos soldados á reconocer el sitio, y todos con cuidado, por espacio de diez y ocho dias que la villa tenia sobre sí á los enemigos, aunque naturales, y corrió voz que los habia venido á asistir en persona Enrique de Nasau, príncipe de Orange, General de holandeses, ó su hermano, ya que este año no habia podido hacer nada, y que trajo 2.000 hombres de socorro á dar su parecer en el sitio, delinearle, disponer las trincheas, fuertes y reductos y las demas fortificaciones al uso de Holanda, de que es tan gran maestro, y en que los franceses son tan poco diligentes, y áun nosotros faltamos ya; y así se rió el marqués Ambrosio Espínola de las que el Rey le enseñó los años pasados ántes de la guerra, y sus rompimientos en la Rochela cuando se puso sobre ella, y á poner en la obediencia sus vasallos, y les dió leccion de cómo las habian de enmendar. Habíase retirado, como dije, nuestra gente al confin de Arras y otros alojamientos; puso en Cambray, por falta de Gobernador, al conde de Fuensaldaña, con bastante número de gente y cuatro compañías de su tercio, y parte del ejército en la Chatelería de Liba, dejando ántes en Corbic pasados de 2.000 hombres de todas naciones y 300 caballos del cargo de Picolomini y Juan de Vert, y de los que se hallaron en Roye, y por gobernador á D. Francisco Caraciolo, de nacion italiano, soldado de prendas, valor y de noticia en el arte militar, que murió luégo, en que consistió su pérdida y el no poderse conservar la plaza porque faltó la cabeza y la obediencia, pues el que se eligió en su lugar no asistió como debia á la defensa. Este fué

un sobrino del arzobispo de Malinas: quiso S. A. meter otro y no pudo. Habia S. A. y los Cabos del ejército fortificado mucho esta plaza y asistídola á su vista, y perfeccionádola cuanto se pudo, así de dentro como por de fuera, con medias lunas y parapetos á prueba de cañon, reparos y defensas que no tenia ántes; limpiádola los fosos, con muy linda entrada encubierta, capaz de escuadrones y caballería sin que de fuera se pudiese descubrir un hombre; levantádola las baterías y parapetos de las murallas con todas las reglas militares de fortificacion; bastecídola de trigo y otros granos; hecho molinos para la cerveza, y metido carne salada, vacas, manteca y queso; todo para el sustento de un año, con muchas municiones, bombas, granadas, cuerda, y entre el resto de la infantería cuatro compañías de españoles, en que consistia gran parte de la constancia y defensa, y buenos Capitanes. Nada de esto bastó para preservarla de venir á las coyundas de los enemigos, que dábanse priesa por todas estas razones á la expugnacion de ceñirla con muchos fuertes y reductos, tirando con la artillería de noche y de dia, haciendo los de dentro lo mismo, en que se habian gastado ya veinte dias. Estaba el Infante cuidadoso de perderla; asistiendo á guardar su propia casa, deseaba socorrerla y no halló forma, porque era aventurarlo todo, no perdiendo la atencion á todas partes y á todas fronteras, procurando tener en pié la gente que le habia quedado, observando todos los incidentes que podian sobrevenir; que de otra manera, á los primeros lances cerrara con ellos, como lo deseaba; mas al fin los molia en su casa y en su propia tierra, y tiraban á sus murallas. Es sin duda molesto y enojoso que tantas plazas como hay en el País-Bajo han de estar presentes en el cuidado del Gobernador, y en su memoria para ocurrir á todo y guardarlas, cuando no sólo un enemigo si no es dos y muchos solícitos y vigilantes están á todas horas insidiándolas, y de la misma manera los Gobernadores, los Cabos y las postas; y si no, ni sois buen Capitan ni buen soldado. Haciasele pues al enemigo la guerra por sus mismas reglas de estado, y las que él ejercia en las provincias ajenas, como lo habia

propuesto el Richelieu en sus manifiestos; y deseoso S. A. R. de saber el estado que tenian dentro los de Corbic, el conde de Fuensaldaña dijo tenia un Alférez reformado de su tercio, llamado Alberto, de nacion catalán, y que éste se ofrecia de entrar á nado en la plaza y hacer todo lo que S. A. le mandase: quisiéronle dar acompañado, por si acaso se perdia, y buscaron otro del mismo aliento y le hallaron en el tercio de Don Francisco Zapata, ó de Fuenclara: careáronlos y encamináronlos, y dieron á cada uno una bolsa con 500 doblas para que las diesen al Gobernador y socorriesen la gente, si la plaza tan proveida, aunque sitiada, lo habia menester. Fueron y buscaron veredas, disimulados en el traje francés y siempre por la ribera y á lo largo de la Soma, caminando de noche y escondiéndose de dia, nadando partes de aquel gran rio, aunque pensaron ser ahogados en el mucho lodo de la ribera en las entradas y salidas, porque tiene por las márgenes más de un tiro de arcabuz de marrazos: al fin vencieron, entraron á nado, no con poca admiracion de los de adentro, y dieron el recaudo al Gobernador y el dinero, que no fué de poca consolacion para los soldados; dijéronles con el cuidado que S. A. quedaba de el estado de la plaza y del riesgo en que se hallaban, que los deseaba socorrer y descender á su salud; confirmáronles el ánimo con este hecho, y estuvieron allí los soldados tres dias, informáronlos de todo; reconocieron la disposicion del sitio y gente francesa; hicieron un diseño ó planta de lo más importante; pidieron recibo del dinero; tomaron la noche y volvieron á echarse al agua, y despues de bien trabajados y de haber luchado contra las ondas salieron y vinieron á dar cuenta á S. A. á Arras. Recibiólos con notable contento; informóse por menudo del estado de la villa y el sitio, y reconoció las demarcacianes; dijéronle que el Gobernador estaba de buen ánimo, con bastimentos y municiones, y sin daño considerable en los reparos, que se podria socorrer por la demasiada circunvalacion de las trincheas y de la distancia grande de un fuerte á otro: alegróse S. A. y respiró, porque aquel cuidado le tenia sobre los demas; remuneró el trabajo

de aquellos dos soldados, y esperó poderla socorrer segun el estado en que fuesen cayendo los enemigos con el afan del sitio y el sufrimiento de los de adentro. Sin embargo, se empezaron á prorrumpir en impaciencia los franceses, porque los frios eran ya grandes y las noches muy pesadas para estar en el campo, con que se pensó levantar el sitio; pero no fué tan vano este discurso, que dentro de pocos dias corrió voz que el Rey se retiraba, y que retirado seguiria el ejemplo la nobleza, nervio en el cual consistia la duracion del sitio y todos los fines de grandes intentos: díjose tambien que se dejaba en los fuertes la gente necesaria y todo á cargo del general Chatillon; más que de este desamparo se prometian muchos descuidos y dificultades para conseguir la plaza, y prevalecer sobre ella. Aguardaba S. A. esta mudanza para probar fortuna, ú otro cualquier accidente; pero esta voz fué falsa y sin fundamento, ántes lanzada á saber, si se persistia en la ejecucion.

Al Alférez reformado se le hizo Capitan de una compañía de las que estaban dentro de Corbic, por haber muerto el que la tenia, para dar ejemplo á los demas, y que donde habia conseguido la hazaña gozase el premio: fué á ocupar su plaza por las mismas veredas del rio, hundióse y no pareció más, de suerte que quien tuvo fortuna de merecer, no la tuvo de alcanzar: mandó S. A. alimentar á la viuda, condolido de la desgracia y no olvidando aquel servicio, y que se diesen cuatro escudos de ventaja á un hijo que dejó; y aunque no era de edad para servir, consintió que le corriesen desde luégo: virtud maravillosa de Príncipe grande, que deseaba el lustre y aumento de la milicia, y de que luzcan en los hijos los servicios de los padres. Intentóse meter en la plaza 500 españoles, y tambien arrimar alguna gente cerca de Corbic; mandó venir algunos tercios y compañías de caballos, el conde de la Fera, Juan Agustin, Cárlos Guasco y otros Maestres de campo; el príncipe Tomás decia tenia billetes ó avisos del Gobernador, de que no se hallaba apretado ni era mucha su necesidad, en que verdaderamente consistió la pérdida de la plaza, con que



el príncipe Tomás se iba lentamente á la resolucion del socorro; pero despues, el mismo Gobernador hacia instancia por él y declaró se hallaba necesitado: el Príncipe no más hacia demostraciones, con las ordinarias correrías de la campaña, y el infante D. Fernando, en estas remisiones, le inclinaba á tentar el socorro, y le dijo que ya el Gobernador le pedia. La suspension era grande, y se llegó á reconocer que en un cuerpo de república ó Estado, ó sea un ejército, que gobiernan muchas cabezas, es fuerza que se yerre por alguna. A esta hora salió un valon de Corbic al campo de los franceses, á rendirse, de que luégo pasó la palabra de su flaqueza y como por la puerta que cae á la Soma, que llaman de París, se habian hecho muchas baterías y la brecha estaba ya en estado de concluirla con el postrer asalto si se fuese luégo á el: por esta relacion acudieron luégo y reforzaron de nuevo las baterías por aquella y por las otras partes, de suerte que en siete dias no cesaron de tirar, oyéndose el ruido deformidable en Arras. Prosiguieron los franceses, con el aviso del valon, en la expugnacion de la muralla, desmoronaron parte de ella é hiciéronle mayor la brecha; acudieron los de dentro á remediarlo y no pudieron, estorbándolo el enemigo con la artillería de un través, que pudo impedir la diligencia en querer volver á cerrarse. Comenzaron de aquí á perder el ánimo y la esperanza de mantenerse, con que se dieron por perdidos; y hay quien dice que los soldados, viendo el riesgo que corrian, dieron priesa á los Cabos que se rindiesen: la confusion era tal y tan grande, que el mártes, dia de San Martin, parlamentaron y dijeron se rendirian el viérnes siguiente á las diez del dia, si no eran socorridos del ejército católico, obligándoles á levantar el sitio. Tomada esta resolucion, cuatro Capitanes españoles que habia dentro no quisieron firmar el contrato, con que los franceses comenzaron á bravear, no quedando nada asentado, y dijeron que para aquel dia tomarian la plaza por asalto y serian todos degollados. Súpose esto en nuestro ejército, y avisó el Gobernador al príncipe Tomás su última resolucion; que entendida así, comenzaron á fiscalear al Gobernador de poco

alentado y sufrido, que habia faltado á la obligacion de la defensa y de su honra, que se le habian caido los brazos y el corazon: una plaza, decian, tan recientemente fortificada, proveida de tantos soldados y bastimentos, que se reconocia bien el haber faltado, pues en tan pocos dias no habia podido tolerar un ejército levantado por fuerza y de gente bisoña, los más de ellos ya fugitivos, y que le faltaba muy poco para desamparar los cuerpos de guardia, los alojamientos y las banderas, muy escasos los asaltos y sin acometer otra faccion generosa, ántes asidos á un moderado terraplano. Proseguian, pues, y pasaban adelante: ¿Qué arremetidas habia sufrido ni sustentado? ¿Qué gente le habian muerto? ¿Qué municiones le habian faltado ó qué vitualllas? De esta manera hablaban, culpándole, sin embargo el haber avisado tan á punto crudo.

Llamó el Infante á la gente de guerra, que estaba más léjos, viniesen marchando la vuelta de Bapama, y salió el príncipe Tomás en prosecucion del remedio, un dia muy lluvioso, deseando llegar á las manos con los franceses, porque veia que se malograba el trabajo conseguido con fatiga y afan tan pocos dias ántes. Marcharon en seguimiento del príncipe Tomás el conde Picolomini y Juan de Vert, los tercios de Fuenclara y Fuensaldaña y 1.000 españoles de los que acababan de llegar á Flandes; el tercio de D. Andrea Cantelmo, y el de Cárlos Guasco, de italianos; el de Juan Agustin Espínola; el de el coronel Bron; el de Villaarbal, de irlandeses, y el del baron de Bermal: ejército razonable de caballería y de infantería. El tiempo era muy contrario al progreso: marcharon la vuelta de Corbio, hicieron alto á tres leguas de la plaza, y señaláronse 500 soldados, los más escogidos de todos los tercios, la mayor parte españoles, para entrar en la plaza, por la parte que el príncipe Tomás señalase, en pontones. Todo esto no era ya de provecho ni de efecto, porque habiendo de ser de noche, creian que estarian ocupados del sueño los franceses; pero estando la villa en el trance referido y ellos enterados de que se habia de tentar el socorro, teniéndolos alerta los

Cabos y con las armas en la mano y ambas riberas tomadas, y que convocaban más gentes de las plazas vecinas, como de Perona, Amiens, San Quintin y Guisa para crecer el ejército á mayor número, resolviéronse á conseguir la plaza que estaban bloqueando; y, finalmente, no pudiéndose socorrer con la brevedad que se requeria, sin aguardar más se rindió, con las condiciones y capítulos más honrados que se suelen conceder á soldados de reputacion y de nombre: salió nuestra gente y entraron los franceses en la plaza y la hallaron tan vacía como la dejaron, si bien aumentada en defensas y fortificaciones, porque todos los burgeses al principio se salieron sin dejar nada en ella, ni un grano de trigo ni otra semilla. Cuando la tomaron mandó Picolomini examinar los 300 mosqueteros que se metieron dentro, y hallólos sin culpa sobre si habian forzado á la rendicion; y dejando la verdad en su lugar, y arrimándonos á ella, si hemos de dar crédito á las relaciones y avisos, que de este suceso y de los demas vienen de Flandes, enviados por personas de verdad y que se hallaron á todo lo que vamos escribiendo, lo vieron y lo oyeron, con celo verdaderamente de mejores efectos y fortunas, y no sin gravísimo dolor de lo sucedido, dicen que el sobrino del arzobispo de Malinas, que gobernó á Corbic (en lugar del muerto) y el ingeniero vendieron la plaza á los franceses en 12.000 pistolas, y que lo descubrió al príncipe Tomás el conde de Suason, su cuñado: finalmente, le prendieron y se le procuró abrigar; y dicen tenia de su parte al tio y al presidente de Malinas, á quien le estaba cometida la causa: son Ministros flamencos, y es menester caminar con tiento, con que se entiende no peligrará. Será muy posible no tener culpa; pero despues de esto cargaban al príncipe Tomás el no haber salido al socorro; este azar en la entrada del Gobierno en las armas del País-Bajo parece le dejaron descaecido en la prosecucion, y con poco gusto para lo de adelante; y, finalmente, con alguna desconfianza: los que tenemos lo francés tan adentro de la sangre y del corazon, muy afuera lo español, y más en los tiempos que corren, aunque hagamos milagros no lo han de



creer; y más, que refieren algunos que le oyeron decir, cuando más mozo, en Turín, que si supiera en cuál parte de las venas tenia la sangre española se la sacaría, quedando estas palabras escritas en el corazon de la nacion. Si cuándo nos fian algo no hacemos maravillas, vuela el crédito, ó fracasa como de ántes, y quedamos en la misma rigurosa opinion, y lo peor de todo muerta la esperanza para con todos.

Sabida por S. A. y por todo el ejército, y sentida como era justo la pérdida de Corbic, para saber los otros intentos del enemigo y lo que pensaba hacer, envió al duque de San Jorge con 150 corazas para poderlos rastrear: marchó, y metióse en un bosquecillo, que era puesto reconocido muy de ordinario del enemigo, y por esta causa lo halló talado; hizo alto allí y avisó á sus soldados que, en caso de necesidad, dijesen eran franceses ó hiciesen todas las demostraciones de parecerlo: dejóse ver del ejército contrario, y como fué entrando el dia, comenzó á pasar gente suelta, y reconociendo la novedad y preguntándoles de qué país, respondieron franceses y que estaban allí con órden de su Cabo, por aviso que tenian de que alguna gente del Rey de España corria la tierra, y que la tenian de no dejar pasar á nadie, y que si algunos lo quisiesen hacer los detuviesen hasta tener otra órden, que seria sin falta á las nueve del dia. Quitó los pasajeros, y cuando tuvo algunos de consideracion, hizo seña á los suyos, y dijo: «caza precoz es buena guerra:» pusiéronlos á buen recaudo, quitáronles las armas, y maniatados llevólos para que S. A. supiese mejor por aquí el estado que tenian los franceses y el camino y derrotas que pensaban tomar. Uno de los prisioneros dijo al Duque se maravillaba mucho no haber prendido al Richelieu, que apénas hacia media hora que habia pasado por allí, y que de ser su camino tan ordinario habia mandado desmontar el bosque: admiráronse todos del cuento; y comenzaron á lamentarse de que no les hubiese tocado alguna suerte de más precio que Corbic, para tomar satisfaccion en su persona de los malos oficios que habia recibido la cristiandad, la Enropa y los más religiosos Príncipes de ella, desde el año

de 624, que hace hoy pasados de doce años, y con más rigor de ménos fortuna á los que se esperan. Llegó el duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa á la vista del Infante, presentó los prisioneros, contaron el caso del Richelieu, y todos apretaron las manos de no haberle hecho prisionero; dijeron del estado del ejército del rey de Francia, mas que todos sus designios no los podian saber, y nuestros Cabos comenzaron á discurrir cuán regocijada fuera su presa á muchos Príncipes y á muchos pueblos: en los de Francia creo no les pesara, y pudiera ser que en esto consistiera parte de la quietud de todos, faltando el agresor que la destruye. S. A. el señor Infante, el príncipe Tomás, los Cabos y Capitanes, no acababan de ponderar el suceso y cada uno hablaba de él conforme sus hechos (ordinaria calamidad de validos), y cada soldado blasonaba los castigos que hiciera en él si le cogiera: pregúntesele al duque de Lorena; por qué rescatarle ó darle á talla era querer probar otra vez y exponerse á las mañosas artes de su iniquidad, y al malicioso rigor de sus atrocidades, al inhumano sino de sus materias, la desolacion de provincias, el fuego de las ciudades, la sangre derramada de inocentes y católicos, la pública fe rota ántes que asegurada, y, finalmente, la magestad y tranquilidad de los Príncipes ofendida y turbada con todas las miserias que hay en los avisos de los dañados, porque todas se hallaban en la ferocidad de su indignacion y en su proceder injusto. Jugó el duque de Orliens, hermano del Rey, una suma grande y perdióla: quiso pagar y envió al Tesorero real que le enviase dineros; él respondió que sin licencia del Sire no los podia dar: fueron á Amiens á pedírsela, y respondió enojado: «él no vale para la paz ni para la guerra, decidle que se vaya á Paris.» Por aquí se verá las pocas partes que adquiria, pues que tenia esta opinion con su mismo hermano, y porque lo que dijéramos y hubiéramos dicho de él no parezca apócrifo: diéronle el recaudo, y no hubo menester más aquel ánimo sin virtud para hacerlo, y sin pagar la deuda. Con rumores de nuevos descontentos y alteraciones entre aquellos señores de la sangre, el principal de todos, y

el más descaecido, el conde de Suason, General del ejército al principio de esta jornada, que ya el Richelieu traia á mal traer, culpándole y haciéndole cargo del mal estado de aquella guerra, que no habia obrado como era razon, y defendido la frontera del ejército del Rey Católico, las plazas de la Picardía y paso de la Soma, no pudiendo reprimir la pasion de que el príncipe Tomás estuviese sirviendo á aquel ejército, por ser cuñado suyo, y que su hermana estuviese en España, y hubiese sido hospedada y recibida en aquella corte, aquel conde de Suason, insinuándole que habia faltado á la fidelidad, siendo falso, hubo de resguardarse al amparo del Rey Católico, por no dar en las manos de aquel tirano enemigo de la sangre noble de la Francia, y por no ver su cabeza en las manos de un verdugo, como se habian visto muchas; y perdió la patria, los estados y la comodidad, y despues la vida, como veremos adelante, en servicio del Rey Católico, que al fin no se pudo escapar de quitársela. Decia el Richelieu que los hermanos pocas veces eran enemigos aunque fuesen cuñados: el otro era el duque de Pernon; y su hijo, el duque de la Valeta, sobre San Juan de Luz, parediéndole no haber hecho nada en aquella frontera dejando paso para la Guiena: de éste discurria que pasaba á hacer novedades y á alterar la provincia de Lenguadoc, que tenia séquito y lo buscaban algunos agraviados y ofendidos del mal gobierno y soberanía de aquel Ministro, ya los hacian en Bles y con el duque de Bullon en Sedan, y con ellos al Monsieur duque de Orliens; pero todo esto por ahora para en humo; en los años despues se vió algo: empiezo porque ya los franceses saben sufrir mejor la tiranía que en las eras pasadas, y que otra nacion más sufrida, y con facilidad los vuelven adonde quieren por ser de natural inquieto y nada consistente.

Conseguido por el rey de Francia lo de Corbie, y contento con aquella faccion, se volvió á París; dejando guarnicion en ella, y sin otra cosa de más momento, pareciendo poca cosa para tantos aprestos, su persona, su hermano y el valido, y tantos hombres nobles, y que habia sido leve la



hazaña, una villa suya, y esa moderada, y perdido sobre ella pasados de 8.000 hombres con las baterías, enfermedades y otros trabajos de la guerra y de la condicion del tiempo, dejándose los fuertes de la Capela y Xatelet muy considerables y de pérdida para él: con lo cual S. A., dejando allí lo necesario, retiró su ejército á las guarniciones del confin y á las otras de Holanda. Eran ya los 4 de Noviembre, y el tiempo hacia su oficio: quiso volver á invernar á Bruselas y ver de paso á Lila, donde le esperaban con estrado, con fiestas y regocijos, arcos, triunfos y otras invenciones nupciales; agravóle por algunos dias una fiebre que le hizo detener más tiempo en Arras, mejoró y siguió su jornada suspendiéndose á esta hora en casi toda la Europa el furor de la guerra. Los navíos que llevó Oquendo pararon en Rozas; el duque de Maqueda, con los que habia salido de Lisboa, en Cádiz, por no ser tiempo de andar más en la mar y haberse retirado la armada francesa, como queda dicho; ajustóse el duque de Parma á los mandatos del Rey Católico y de sus órdenes, y á que recibiria guarnicion, apartándose de los franceses en Parma y Plasencia, poniéndose de por medio, para que el castigo no pasase adelante, el Papa, la Señoría de Venecia y el gran duque de Toscana, con que las armas de Milán cesaron en la hostilidad de aquel Estado, y el Duque fué admitido en la benignidad del Rey, y dieron esperanza los mediadores de composicion, seguridad y toda buena alianza.

La infanta Doña María, hija de nuestros Príncipes, viérnes, á las cuatro de la mañana, á 6 de Diciembre, falleció en el Real Palacio de Madrid, habiendo vivido dos años ménos cuarenta y seis dias; fué llevada al sepulcro Real de San Lorenzo, con gravísimo sentimiento de sus padres y de todo Palacio por el grande amor que la tenian. No se podia ni se acababa de mitigar la dolencia ni la invencion de los tributos, carga continua y pesada para los vasallos; pareciendo ya castigo, ántes que necesidad, y querer más hundirlos que aliviarlos, más vicio que virtud, y hacer costumbre de todo género de inmunidad, y burla ó desprecio de la estimacion de los súbditos, no más



que por vivir holgados, siendo ya largo el número de los años que sufrian sobre sus cuellos estas miserables coyundas. Acabábanse de pedir nueve millones, y concedídose en algunos efectos, y un donativo inmortal que nunca se acababa, que iba talando la tierra, dispuesto al arbitrio y á la ferocidad del Gobernador y de otros Ministros detestables; y no con el título que le habian de dar, y que este género pudiese ser y le llamasen donativo, siendo fuerza, y corriendo ya por costumbre; y para el que estaba para salir ahora y que bastaba para restringir los otros, por ser contra la libertad del reino, si la habia, y que no se concediera, ántes que seria impugnado como perjudicial, se tomó por expediente concluir las Córtes, enviando los Procuradores á sus casas, y de potestad y sin su acuerdo ni de las ciudades, que esto debia ser regalías, siendo cosa prohibida por leyes del Reino, y por los Sacros Cánones y Concilios, lo que se habia inventado por estos dias reventó como mina para volarle y añadir delicias al Retiro, ántes que dar orejas á la miseria y necesidad pública, que estaba ya en los huesos de los vasallos. Este fue el del papel, que ya todos conocemos, por nuestros pecados, si queremos dar una peticion: de su experiencia y forma, dicen que fué su autor «el de la sal,» y para hablar más claramente el Padre Salazar, de la Compañía de Jesús, y José Gonzalez; porque no pudiendo perseverar aquél ni llevarle adelante, como lo observaron varones justos y sabios, por ser contra la salud y vida de los hombres, recayó en esto como forzoso y necesario al trato, comunicacion y comercio de unos con otros, y que por fuerza se habia de admitir y habia de ser colmada la saca del dinero: y era cosa notable que nunca se echaban estas cosas en lo que habia más necesidad, para hacerla mayor y más grave, como si necesitaran de este dolor los vasallos. Los más atentos á su expedicion, decian llegaria este arbitrio á grandes sumas, tanto que podria excusar los demas; pero la ambicion era tan vehemente, que se desenterraban otros tan pesados y no paraban en éste. Fué su forma, en el papel con un sello de las armas reales, y en la orla del escudo ó junto á él, ó en la



cabeza, la declaracion del valor y del año, y, como digo, en su circunferencia un letrero que decia «D. Felipe IV el Grande». Uno era de á diez maravedises, otro de á veinte, de á dos reales y de á ocho para diferentes demandas y litigios, de suerte que no se despachaba ni se habia de expedir en los Consejos ni estrados cosa ninguna que no habia de ser con estos pliegos, y hasta los memoriales acordó, el que los remitia, por no dejar de lisonjear y subir al vano lugar de su soberbia, que no pasasen ni se remitiesen si no es sellados, saliendo los mas infructuosos ahogados en un sótano de Palacio. Fué cosa notable lo que se hablaba y discurria sobre este tributo, y los embarazos que al principio del año siguiente se reconocieron para los despachos del gobierno y para los litigantes, porque se mandó que ninguna cédula se despachase sin este carácter, peticion, ni escritura, dándolas todas por nulas: sentencia terribilísima, por constreñir con esto á los súbditos á mayores fatigas. Decian le habian sellado, aunque era blanco, por hacerle esclavo herrado, por la libertad que tenia de explicar y admitir los desentimientos de cada uno, y por los que habian dado contra el Gobernador, así en prosa como en verso; y por dejarle con castigo, ó por los memoriales que se dieron contra el autor, cuando le derribaron de la gracia pública, aunque privada afectacion, falta que no hemos de deshacer aquí aunque lo pida el pueblo, si hemos fiado de él grandes materias para nuestra conservacion ántes que para el buen gobierno, trascienda el que leyere que no me es dado declarar más. Admirábanse, por el consiguiente, que para dar al Rey el cognomento de grande, no hallase otra hazaña más esclarecida que un tributo inexorable, sobre tantos y tan grandes, y por tan largo espacio y con esperanza de mucho más tiempo, que era solicitar en el papel el asunto de las dos estátuas de Roma, que declaran á los Príncipes y á las personas altas el descendimiento del pueblo, sus vicios y sus inclinaciones. Hubo quien añadió y escribió abajo de la orla «el grande tributador». Poner en riesgo, en los encomios y en los letreros públicos, la reputacion del Príncipe, no es castigar la libertad del papel



sino obligarlo á que sea más libre: ¡plegue á Dios que sus efectos no sean fatales en los otros reinos cuando se pretenda que se haga, sin reparo de lo que puede sobrevenir, introducirlo! Despues se enmendó esto por nuestras infelicidades; pero á mí, si bien me pareció mal ponerle, peor el haberle quitado, porque era dar á entender que faltaban razones para ello.

El Nuncio del Papa, cuando le vió salir, dijo al confesor del Rey, Fray Antonio de Sotomayor, cómo consentia cosas tales en el Reino, y reprendió al Padre Salazar, que habia inventado estas Bulas, por no haber querido despacharle las del arzobispo de las Charcas, diciendo procuraban su despeño y la ruina de su mismo estado. Refieren fué necesario, para hacer una escritura el mayor Ministro, ir á Palacio un Escribano de número de la villa; y así como le vió, le preguntó, con movimientos ridículos y con lozanía de corazon (como si el tributador á los vasallos fuese cosa gloriosa): «¿Cómo va con el papel sellado?» «Señor, muy bien, pero muy presto se verá aquí todo el dinero del reino.» A que él respondió muy ufano: «Eso queremos». Díjole otra vez el doctor Nuñez, su paisano y valido, que al doctor Diego de Herrera, ambos de la Cámara, estando á la muerte le habian ido á prender por el donativo, y rióse mucho de ello el doctor: que lo habia dicho con dolor, para que tuviese lástima de él, viendo que el retorno habia de ser de piedad y el remedio paraba en risa, le replicó ó le reprendió diciendo: «Pues de eso se rie V. E., esto mismo se cuenta de Neron cuando abrasó la ciudad de Roma, que al son de los gemidos y llantos de la gente él cantaba y reia.» En otro lugar nos esplayaremos más, y diremos con qué riesgos se pretendió introducir en los otros reinos y provincias de España, y los rumores que amenazaron; pero los eclesiásticos no le quisieren admitir; el Nuncio le echó por alto; los Arzobispos y Obispos y el Gobernador del Arzobispo se defendió, que fué harto parecer eclesiástico, cuando muchos no parecian hombres.

Aquel negocio, tan descuidado por la contradiccion y



potencia de los émulos, se iba encaminando: el conde de Oñate lo tenia ya en muy buen punto, y habian prometido cubrirlo, por esta larga peregrinacion y la del infante D. Fernando, cuando pasó á Italia, y entre ambos Príncipes, Rey Católico y Emperador, asentaron que á sus comidas entrasen los Embajadores y se cubriesen, pues en las demas ocurrencias lo hacian. Vinieron, pues, los Electores del Imperio conducidos á Ratisbona; el Emperador, la Emperatriz, el Rey y la Reina de Hungría y Bohemia, y sus hijos, y todos los demas Ministros imperiales, Príncipes eclesiásticos y seglares de Alemania, y mucha nobleza, Plenipotenciarios y Embajadores de Príncipes ó sus Comisarios, y todas las demas personas que tienen oficios en la cámara Imperial, y en la eleccion de Rey de Romanos, y entró el conde de Oñate con notable lucimiento de criados, ricas libreas y carrozas, y presentes de consideracion para los Electores, con mucha cantidad de oro y plata para agasajar á los Ministros y Oficiales que habian trabajado en aquella expedicion; y mandaron venir al Arzobispo elector de Tréveris, detenido en el País-Bajo por lo que dejamos referido en lo de atras, por los oficios siniestros contra el Imperio, y por la Liga con el rey de Francia contra ambas Casás imperial y católica. Juntáronse, y en la primera Dieta que se tuvo, fué depuesto de la dignidad Arzobispal y electoral, y preso con intervencion del Papa; pero aquellos Principes, si bien algunos habian delinquido, como el de Sajonia y Brandemburg, todos fueron perdonados por haberse reconciliado ántes con el Emperador, reducido y compuesto todas sus diferencias, y de allí adelante queria dejar ejemplo en el de Tréveris, y ejecutar las leyes dispuestas en las Dietas antiguas contra los agresores de la fidelidad de la paz de los Estados hereditarios de Alemania. Diéronse á Leopoldo ambas dignidades, hijo del César y hermano del rey de Hungría, en el ínterin que se decidia la causa, porque los Electores hallaron por sus decretos no poder ser admitido á la Dieta ningun Elector siendo delincuente, ántes que habia de ser castigado y depuesto; con que, iguales todos, los Electores en dia señalado y festivo, y juntos



todos aquellos Príncipes y aquellos á quien toca concurir en semejantes actos, eligieron por Rey de Romanos á Ferdinando, tercero de este nombre, rey de Hungría y Bohemia, y fué coronado con ceremonias legales, con gran dolor de los enemigos del rey de Francia y los aliados; porque la mayor parte de la persecucion del Imperio, la convocacion de protestantes, otras gentes y ejércitos, habia sido, no por otra cosa que por ascender á tan grande dignidad y juntar á la Francia el poder de Alemania. Compusiéronse las materias de algunas personas grandes, que andaban fugitivos y mal contentos, y redujéronse á la gracia del Emperador y sus Estados; otros quedaron pendientes de la fortuna que ántes, enemigos y adversarios, por totalmente rebeldes y no hallar en ellos modo de restitucion. La del Palatino del Rin y los sucesores quedó como de ántes y en la misma desesperacion; aunque el rey de Inglaterra hizo lo que pudo por sus Comisarios, y de la misma manera del duque de Wittemberg: quién decia que le ofrecian este Estado, pero téngolo por apócrifo; ni fué admitido el rey de Francia á la restitucion de éste: tambien se dijo se daria al Palatino, despues de los dias del duque de Baviera, el título de Elector, mas no lo aceptó, con que la enemistad por estas dos partes quedaron en el mismo estado, así con Francia como con Inglaterra, dando intencion los Embajadores de partirse y que sus Reyes cobrarian por las armas aquellos Estados con ejércitos por tierra, y armada por la mar. Pidió el duque de Lorena en esta Dieta ser restituido, y condescendieron á los medios y composiciones de los Diputados, y unirse todos á la paz de la Europa con las armas. A este tiempo, y cuando el Emperador estaba tratando de los aumentos de su familia y de ensalzar á su hijo, porque veamos cuán caducas son las glorias humanas, adoleció gravemente de una apoplegía; lleváronle á Viena, donde el año siguiente y al principio de él murió. Fué esta eleccion á 20 de Noviembre de este año; con que Ferdinando subió al Imperio sin que nadie se lo pudiese estorbar; y pareciendo el poder venir á una paz general, queriéndola el Papa, y habiéndose abierto el paso de la Francia,

de comun acuerdo, para los correos y mayor brevedad é inteligencia de los tratados y volver á mejorar las diferencias de unos y otros, no llegó nada á efecto, ántes las cosas se pusieron en mayor desesperacion y en mayores aprestos de armas; creció el rencor, el ódio y la ira de los adversarios, y el estímulo del ambicioso pretendiente, y su precursor, convocando los enemigos septentrionales para Alemania y para el País-Bajo, armadas y bajeles para ambos mares.

A esta hora, y en el corazon del invierno, para hacer la desecha con los príncipes de Italia, que habian sentido mal de la armada francesa y del intento de ella, con que estaban todos desabridos con aquel Rey, para darles á entender que no habia venido á otro designio que á la recuperacion de la Margarita y Santo Honorato, volvió á salir la armada muy de repente, porque no hubiese un punto de sosiego en ninguna parte, aunque sea contra la naturaleza del tiempo, y nos pueda estar mal; y habiendo puesto en algunos bajeles, con ingenio, unos artificios fabricados de madera á modo de castillos con mucha y muy gruesa artillería, todo lo alto que pudieron para llegar á igualar á las fortificaciones hechas en la isla por los españoles, las embistieron, y combatiéndose de una parte y otra réciamente por algunos dias, volvieron á salir nuestras galeras; metieron gente y bastimentos, y reconociéndose de nuevo la dificultad, y que la mar con sus continuas borrascas no dejaba obrar, volvieron á encerrarse en sus puertos sin hacer nada. El Emperador y el rey de Hungría, y la Reina y todos los Electores y Príncipes afectos del Imperio escribieron luégo al Rey Católico, dándole la enhorabuena de la eleccion de Rey de Romanos, si bien con sentimiento de la indisposicion del Emperador: el conde de Oñate, por el consiguiente, hizo sus oficios, y deseando aprovechar uno de sus hijos para que llevase tan buena nueva al Rey, y para que le hiciese merced, y á él las que se le habian ofrecido, y lucirle y que recayese en él toda la fatiga de su viaje y el haber conseguido con felicidad la eleccion de Rey de Romanos, afecto siempre de padre generoso, habíale mandado asistir en Génova y

aprestádole un navio á grande costa suya para que le enviase la nueva. Llegó ésta por un criado de confianza, que habia corrido la posta desde Ratisbona á Génova; partió D. Felipe Ladron de Guevara con próspero viento en el navío fletado á Barcelona, corrió desde allí la posta á Madrid, y aquella mañana que llegó pasó al Pardo, porque el Rey habia ido despues de Navidad y al principio de Enero, para esperar la nueva. (Que no hemos de comenzar el libro que viene con esta bagatela, y he querido hacer memoria de ella, aunque es de tan poca importancia, porque se vea el estado tan deslucido que hay en todas las cosas). A la mitad del camino, como digo, topó un mozo de cámara del Conde, llamado Simon, valido suyo, y acrecentado en muchas sumas de oro con la nueva, con un barbero de Cámara llamado Pedro Arias. Así como le vió el Guevara, pára la posta, y díjole el mozo de Cámara: «¿V. S. por aquí? ¿buenas nuevas hay?» Él, no pudiéndose contener del calor de validillo, pecado en que tropiezan los más vanos, y como estaba ya para llegar al fin deseado, vomitó y le dijo, traia la nueva del Rey de Romanos. El barbero que le oyó, hombre de cascos y de cervelo como los demas de la facultad, revestido de un linaje diabólico y de codicia, y por arribar á más, en oyendo la nueva, volvió las riendas á un caballo lijero que traia, y por una senda que se apartaba del camino, por una loma, corrió á toda furia al Pardo. Así como le vió el Guevara, y la novedad del hombre, cayó en el yerro que habia cometido, y echó de ver que le llevaba hurtada la bendicion: apretó las piernas á la posta para alcanzarle y desjarretarle el caballo; mas no pudo por ser la posta tan ligera. Llegó el barbero al Pardo, halló al Conde dando audiencia en aquel pradillo enrejado que hace frente á la casa, y medio desbaratado y sin aliento, delante de todos aquellos pretendientes, le dijo: «Señor, Rey de Romanos hay.» «¿Quién os lo ha dicho?» replicó el Conde; y dijo el contrayente: «un hijo del conde de Oñate que viene ahí corriendo la posta;» y debiendo, hombre que es tan atento á las mismas cosas, reprenderle y condenarle del hecho, y detenerle allí y apartarle, porque

aquel caballero cogiese el fruto de sus trabajos, volviendo las espaldas á todo esto, y á la cortesía, mandó al barbero lo fuese á decir al Rey, porque tambien, despues de ser criado suyo, era tambien barbero de Cámara. Partió tan desenfrenadamente como la primera vez, atravesó el puente del rio y fuéle á buscar á los Capuchinos; hallóle que andaba cazando por allí, díjoselo y de dónde lo habia sabido. Llegó á la sazon el Guevara adonde estaba el Conde, y halló que ya se sabia la nueva: partieron á buscar al Rey, y halláronle que ya venia al Pardo; recibiéronle con la nueva que ya la traia sabida. Fué su sentimiento justo; hablóse del caso con risa, y dijo al Rey que si tragera un arcabuz se le hubiera tirado al barbero, y cómo se habia dado priesa para desjarretarle el caballo. Con esto, el tal, no habia oficio que le cupiese en Palacio, creyendo que como trasto de privado se le habian de embestir de albricias; hasta que luégo, despues, afeándole todos los más prudentes y áun los que no lo eran, lo que habia hecho, y que habia sido desvergüenza y locura atreverse á deslucir la jornada de un caballero tan grande, y en una ocasion de tanto porte, desmayó y le pareció que el que tenia no estaba seguro, y áun más adelante, que era digno de gran castigo, y aunque no estaba seguro de la vida, segun el sentimiento del caballero, y todos lo sintieron en él: y decia, no lo sentia tanto por sus conveniencias é intereses, cuanto por el qué haria su padre, hombre de tanto punto, y que le habia enseñado á sus hijos, que en esta ocasion habia trabajado para éste, para sus acrecentamientos y honores, y queria verle en el lugar que desea un gran padre para un buen hijo. Cosa (cierto) digna de ponderacion y de reparo, y áun de queja, que un hombre bajo se atreva y se entrometa, sin tocarle, á deslucir los conciertos de un gran señor, Ministro y Consejero relevante á los de más bien reputados, y que no hubiese quien le fuese á la mano: tanto peligra el crédito, si pende del secreto, si no se guarda hasta la postre y áun más adelante, aunque sea del más cuerdo, cuanto y más de un loco. Apeóse el Rey en la casa, dió la nueva á la Reina, y esperáronle todos con alborozo: en el ca-



mino le dimos el parabien, con el regocijo que permite el campo y la licencia de esprimir los efectos afortunados en vasallos de tanta fe, y dijo en voz alta: «Paz, paz.» Nunca yo lo creí, miéntras no mudare el cielo el humor de ambos validos ó recaiga otro accidente en la Francia, si no cae en España; y si es así, por nuestros pecados, no hay que esperarla ni prometérsela. Al fin el Rey salió con su intento y España triunfó de esta accion.

Celebró con fiestas aquel dia el Ministro la eleccion en el Pardo, al fin como de monte, y despues el Rey en Madrid, pero con aquella ordenacion divina á que está sujeto todo hombre humano; pues cuando se hacia la celebracion, á la misma hora, le hacian al Emperador el funeral en Viena; de suerte que tan justa fué la gala como el luto. Al barbero no le dieron nada, si bien quedó mal escarmentado; pero despues, trayéndole sobre ojos todos los correos, y viéndole muy diligente por San Felipe, y en el mismo caballo á ser ladron de buenas nuevas, y preguntando á todos cuando llegaba la estafeta, pared en medio de la casa de Oñate, correo mayor, se la pegó uno que, acabando de apearse con despachos, conociéndole y acertando á ser esto en tiempo que se esperaban galeones y flota de las Indias, llegándose muy diligente á preguntarle qué era, le dijo: «flota y galeones». Con esto él partió luégo á buscar al Ministro, que iba con el Rey, desde el Retiro (por fuera del lugar) á Palacio, y sin tener respeto que allí no le era dado poder llegar, le dijo: «flota y galeones». Él replicó: «mirad lo que decís»: y el dijo: «correo acaba de llegar ahora y me lo ha dicho». Entró el Rey en Palacio, y yéndose el Conde á su cuarto y á su tribunal, el correo en la pieza, muy falso y de rostro muy bajo y mesurado, le dió los despachos, y él, que esperaba más ruido y más alborozo, y el pedirle las albricias, y al otro portador en la pieza, para esperarlas tambien, le dijo el Conde: «Y pues, señor, ¿no decís más de esto?» Respondió el correo encogiéndose de hombros: «Yo no tengo más que decir»; y revolvió el Conde: «¿Pues la flota y galeones que dicen que traíades?» y respondió el correo, «Yo no

he dicho tal»: con que el barbero quedó muy frio; reconociendo el Conde que aquello habia sido venganza de lo pasado y que le habian castigado el criado, ya que él no habia sabido hacerlo. Hubo mucho que reir en Palacio y en la corte, y el barbero tan avergonzado, que se propuso de allí adelante dejar el oficio de traer y llevar nuevas. Habiendo sabido el conde de Oñate el estado de la nueva en Alemania, y el poco premio que habian dado á su hijo, pidió licencia para venirse á España, diciendo habia cumplido con lo que le habian mandado: escribiéronle se detuviese allí más tiempo, porque importaba su persona y su asistencia al servicio del Rey, y ajustar la paz, que tanto convenia sobre lo hecho al estado presente; y él, viendo las cosas en esta parte muy diferentes, que mudaban de aire, y el poderoso usaba de su condicion, que querian detenerle y embarazarle las mercedes que le habian ofrecido, como de cubrirle, que era lo que él más deseaba para el ornamento de su casa y dejarla grande, viendo que sus años estaban muy adelante y su salud quebrada, y que los frios de Alemania no eran para poderla conservar, prorrumpió con todo, abandonó la licencia y se vino á Barcelona. Habiendo sabido el Ministro la resolucion del conde de Oñate, envió nueva de órden del Rey para que se detuviese y no pasase de allí, ántes que volviese á Alemania; él persistió y pasó, y dicen se quejó en una carta y en otras muy duramente del Ministro, tanto, que le hizo enmudecer. Decia Oñate que él habia concluido y hecho al Rey y á la Monarquía el mayor servicio que por muchos años otro ningun vasallo del mundo, ni habian recibido estas Coronas en el tiempo más debatido, y por celoso que se habia visto en la eleccion de Romanos, su edad y salud no estaban para más jornadas, que para las otras dependencias y materias habia muchos hombres, grandes estadistas y de prudencia, á quien se podian acometer y encargarlas, y que darian muy buena cuenta de ellas, y podrian tratar las de la paz, aunque en esto ponia dificultad. Detuviéronle allí algun tiempo, y luégo á lento paso le dieron licencia para venir á Alcalá de Henares; luégo á la corte, sin entrar en el

Consejo ni á la vista del Rey, y despues de algunos dias le llamaron á las Juntas y á los Consejos, como era necesario, y á largo tiempo se le alzó el destierro de la presencia Real; pero la promesa de cubrirlo se iba entreteniendo y dilatando, hasta que no se pudo disimular más, por la fuerza que hacian para sí la parentela, los de la carne y sangre, y los allegados del poderoso; y áun entónces, como se verá, salió muy cercenada, porque respecto de los que se cubrieron, fuera gran vergüenza excluir aquella casa tan antigua, aquella sangre y aquellos servicios: al D. Felipe de Guevara le hicieron merced, por él y por la nueva, de la llave de entrada en el cuarto del Rey, que llaman *ad honorem*, y otras mercedes muy escasas y aquellas que, cuando no quisieren hacerlas, no son de mejor calidad. De esta manera se enflaquecen los vasallos y se les quitan las fuerzas para obrar en la salud pública, tasándoles y resfriándoles la fortuna que merecieron por sus hechos y servicios, en el mayor fervor de la esperanza.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Con la coronacion de Fernando por Rey de Romanos, prosigue la Dieta de Ratisbona. Las discordias y diferencias entre unas naciones y otras se recrudecen con más brío y mayor ruido de armas en la Europa. Los suecos quieren componerse con el César y el duque de Parma con el Rey Católico. Asientan los venecianos de dar á holandeses cada mes por la guerra 50.000 escudos y los genoveses los admiten á la contratacion. Hace el Rey ejército en Vizcaya para entrar por la provincia de Labort en Francia. Los grisones piden socorro al Rey para desembarazar la Valtelina de franceses. Muere el Emperador Fernando II en Viena de Austria, y sucédele su hijo Fernando III. Fórmase ejército en Perpiñan para invadir el Narbonés. Tientan los franceses la Margarita y Santo Honorato y son echados otra vez de ellas y de la Contea de Borgoña. El rey de Francia pide suspension de armas por dos meses y no se le concede. Pónese á la vista el Monsieur de Henao en el País-Bajo con 30.000 soldados. Socorre Juan de Bert á Besazon y resguárdala de la insidia de franceses. Abrese el

puerto de Gravelingas contra lo capitulado entre los reyes de Francia y España. Sale el príncipe de Orange con su armada y ejército de los Estados para dañar en el País-Bajo. Sitia á Bredia y tómala. Recobran los franceses las islas de la Margarita y Santo Honorato, y abandónanlas. Entra el marqués de Leganés con su ejército por el Piamonte y bloquea á Asti. Todas las prevenciones hechas en Navarra y Guipúzcoa para la Francia salen inútiles. El partido de los suecos en la Pomerania. Tumultuan algunos lugares en Portugal sobre tributarlos. Sitia nuestra gente á Leocata y no la consigue. Muere el victorioso duque de Saboya violentamente, de veneno, por mano de franceses, como se dijo; y todo esto en el año de 1637.

Cuando me puse á escribir los ocho libros de las cosas memorables de la Europa desde el año 32 al de 40, hasta hoy, que voy narrando el de 37, no habia llegado á mi noticia una patraña que anda introducida en nuestro reino y en sus pueblos, y con más particularidad, pasando de éste, en las provincias forasteras; y aunque en los juicios claros y católicos no debe tener lugar esto, ni áun en los tocados de superstición, todavía, viéndolo practicar con tanta vehemencia entre hombres prudentes, de seso y de letras en ambos derechos, me ha parecido no creerlo, pero no despreciarlo. Lo que se dice es, que anuncian á nuestra Monarquía, astros sanguíneos, fatales prodigios, calamidades y miserias hasta el año de 40; y aunque esto, si lo fuere, no se debe atribuir sino á la gravedad de nuestras culpas; pero muchas veces, el Señor potentísimo del Universo, insinúa que se halla deservido de nosotros por aquellos mismos luminares, y que declaren los efectos

por las causas, influyendo al castigo y anteviéndole: en primer lugar digo, sin dar crédito á otros vagos fundamentos, que el acontecimiento de cualesquier trabajos son nuestra insuficiencia y desaciertos. Nuestros astrólogos, siguiendo siempre su dictámen y el pronóstico de tales impresiones y tempestades, dan por causa, aceptando la primera, la conjuncion máxima del año 1623, la magna del año 622, el cometa tan observado del año 618, y eclipse de sol del año de 33; no ha habido esta era sino infelicidades, y las mayores y más lamentables amenazan hasta el año predicho de 40; y hace más debatida esta controversia, aunque casi burlando de ella nuestros jurisprudentes, la observacion de un astrólogo francés, que por ser suya la tengo por mentirosa, porque son muy amigos de acumular y adjudicar siempre lo que no tienen, ni es suyo. Éste dice, que la significacion de la conjuncion de Júpiter y Saturno, que se hizo el año de 623, que amenaza con fatales infortunios á la Monarquía de España hasta el año de 40, y nuestros astrólogos dicen que al reino de Francia, por estar sujeto á Júpiter. No hay hallar medio en la digresion, ni darle alcance en tanta confusion y variedad de opiniones, si no es para el fin; pero yo tengo por vanidad y disparate. Tenemos á Dios por nuestra parte; nuestros enemigos lo confiesan, y el Richelieu mismo, cuando vió la lamentable y miserable rota, que veremos en el libro que se sigue, de los franceses sobre Fuenterrabía, hallando la tierra desierta, desproveida y desarmada, sin soldados y sin memoria de ningun pertrecho, municion ni otra arma militar, y ellos armados, abastecidos de todo género de ellas, con Cabos, Capitanes de reputacion, de armas, de vagillas y tesoros, casacas bordadas, caballos y de todo género de artificios de expugnar, talar, combatir y demoler plazas. He referido esto para sacar de aquí mi consecuencia y un impulso, que no alcanzo por qué causa, ó por qué inspiracion, sin haber ántes hecho reparo en esto, me incliné á escribir hasta aquel año: no quiero tampoco de esto hacer prodigio ni misterio, aunque no lo llegué á oir, sino cuando ya tenia escritos los cuatro primeros libros, y con desánimo y mayor flojedad de



pasar adelante, por mi corta capacidad y noticia, que no cuesta poca fatiga el investigarla; finalmente, por esto que se dice, y esto que se debate, aunque contra las pocas fuerzas de mi salud, gastadas sin por qué en estas materias, proseguiré para tocar con las manos y con los otros sentidos, que tan grandes y funestas son aquellas cosas que hemos de ver y que tan espantables son las que hemos de acabar. Si nuestros oficios son la causa del enojo de Dios, pronta tenemos su misericordia, y la derogacion de sus decretos, si nos humillamos á pedírsela con enmienda y satisfaccion, con oraciones y holocaustos, observacion y cumplimiento de sus preceptos, con no resistir á la potestad de su brazo, á las órdenes y consejos mal cimentados, y que si uno no es á propósito, por el menoscabo de todos é infeliz fortuna, no sea protervo y rebelde contra sí en persistir contra la salud pública y general, y en moderar aquel dedo más pesado ni más grueso que la espada de Salomon. Si siguiésemos las huellas de la virtud y tomásemos las cosas con humanidad y con templanza, y advirtiésemos que los vasallos no son esclavos para ajarlos en la honra y en la hacienda, ¿quién duda que tendríamos la benignidad del Cielo de nuestra parte? Cuanto se puede adivinar por los astros, seria ninguno; que si nos valiésemos de la perfecta sabiduría, como dicen, los podríamos dominar como lo han hecho verdaderos y valientísimos varones que aspiraron á la inmortalidad y á la alteza de las cosas heróicas. Con este intento proseguiré los libros referidos, y éste de 37, notable por algunos acaecimientos poco advertidos del juicio humano y ménos esperados, no por otra virtud que por una viciosa confianza en que hemos caido por tropezar en ella, de ejemplo para los Príncipes por inconstancia y fracaso de otros, y de atencion por los muchos émulos que nos rodean, de que nos conviene cuidar profundamente y con incansable desvelo para inquirir las escursiones de los detractores, para hundirlos y elevarse al trono de la reputacion antigua en que viven, con perpétua corona, los Reyes antecesores al que hoy reina.

Dejamos en el libro cuarto coronado á Fernando III, rey

de Hungría y de Bohemia, por Rey de Romanos en Ratisbona, con plena autoridad y poder, y de un comun acuerdo, con ceremonias festivas y nupciales, por los Príncipes electores del Imperio, ménos por el arzobispo de Tréveris, depuesto por rebelde á la Magestad, introducido con franceses, y haber entregado la plaza más principal de su Estado, que no tuvo lugar ni fué admitido á la Dieta. La turbacion de los tiempos, las revueltas de muchos Príncipes protestantes, las inquietudes de mal contentos y codiciosos, y las injurias de los forasteros habian puesto de arte el Estado, que era menester mucho tiempo y mucho juicio para componerle. Reclamaban muchos, depuestos por sus tiranías y rebeliones, y otros fugitivos por sus acometimientos, á ser restituidos, como el Palatino del Rhin, el Lansgrave de Esen, el duque de Witemberg, el duque de Veimar, el de Luxembourg y otros Prelados bulliciosos, enemigos de la religion Católica, Apostólica Romana y del Imperio; y mandábanles que compareciesen y estuviesen á derecho para oirlos en justicia, por ella desterrados y echados de sus tierras, y tomádoselas, que procuraban huir de los edictos publicados contra ellos y contra sus atrocidades, resguardando las vidas y las cabezas: algunos fueron oidos, manifestados y restituidos en pocas cosas por la enmienda, sumision y rendimiento que prestaron. El Embajador de Francia no hallaba pié en ninguna de sus pretensiones ni materias, ni para la Francia, ni para sus amigos y confederados, porque se reconoció, como siempre, que todas eran mañosas, llenas de engaños y suposiciones, y sin razon: entónces, por las víboras que le roian el corazon con la eleccion augustísima de Fernando, llegóse á tratar de la paz de Europa, de sus medios y necesidades; pero la maldad de los enemigos, sus ambiciones y codicias no la dejaban arribar. El rey de Inglaterra solicitaba, por sus ministros en Maguncia y en Castilla, la restitucion del Palatino del Rhin, su sobrino, por el abrigo de los demas, que todos andaban desamparados y mercenarios en los Estados vecinos; y viendo que allí y en las otras instancias jamás recobraba su intercesion ni tenia



efecto, y que las esperanzas que le habian dado eran más haber querido que llegase al cumplimiento de la Dieta, para atraer por aquí el partido de los herejes á la decision de su deseo, y que la enfermedad del César y las revueltas de muchos en sus proposiciones las turbaban y cada dia se ponia de peor condicion, y que el Emperador, por lo referido, la abandonó y repartió á Viena; el Inglés amenazó de nuevo que se declararia, enviaria sus naves á infestar las Indias, y se ligaria con el rey de Francia en ofensa de las costas de España, de que era contínuamente persuadido con embajadas por el Richelieu. En apoyo de esta propuesta, juntó el Parlamento de Lóndres, y fué respondido no poder, por solas las conveniencias del Palatino, romper con España; que si fuera por otras causas tocantes al reino, sirvieran á S. M. No quiso el Rey contravenir al parecer y consejo de sus Ministros, y se suspendió por entónces el recelo que de aquella parte se tenia de la Liga y de armadas por la mar, porque los franceses deseaban con todas sus fuerzas consolidar ambos Reyes para poner en la mar una poderosa armada para terror del Universo, como si el brazo de Dios pudiera ser vencido, que constase de número prodigioso de bajeles, así de Inglaterra como de los suyos, de holandeses, dinamarcos y suecos, más para el dictámen y apoyo de sus materias, que de las que solicitaba á sus aliados y á los que induciria á su confederacion, teniendo á muchos Príncipes hundidos y asolados con promesas sin fundamento, restituciones falsas y otras quimeras semejantes. Esperábase la paz en el mundo con esta eleccion y esta Dieta; pero á los franceses y nuestros émulos, sus aliados, les parecia que era darles mucha dicha y mucha falta á los Príncipes de la Casa de Austria, en añadirles á la prosecucion del Imperio, el descanso de la paz, cuando por esta accion les solicitaban y habian procurado su desolacion y ruina. Y porque en el libro cuarto ofrecí tratar de dos materias en éste, de las dificultades de la concordia y de la condicion y peso de los tributos, siendo en el que proseguimos, en lugar de la primera, referiré mi intento, bien que para mayores hombres y más elevado espíritu; la otra nos dará

el suyo á fin de este progreso, porque allí parece se apretó más el cordel y se dió causa á muchos desórdenes y conmociones.

Debaten grandísimos varones las causas de esta guerra, que ya las dejamos decididas, y viéndolos á todos cansados y destruidos, asolados los pueblos, los vasallos, las ciudades y los reinos, se admiran que no entren por la salud de todo esto en el asilo de la paz, union y sosiego; á que respondo, no se hace por ódio envejecido que estas dos naciones francesa y española se tienen, sino por haber habido en esta era un Rey desembarazado para acudir á las querellas de sus pasados, á sus intereses, deposiciones y pérdidas recibidas y ocasionadas por nosotros, y el haberle arrimado un privado cruel, enemigo mortal de españoles y de sus Príncipes, no amigo de los vasallos de su Rey, y émulo de sus valimientos; y por hombre bajo, soberbio, ambicioso, sanguinolento, indigno del lado de aquella Magestad, hále ofrecido vanamente hacerle señor del mundo y volver la Francia á sus antiguos derechos y posesiones; le dice que miéntras tenga la espada desnuda y abierta la guerra no los ha perdido, y que tenerla envainada, y enervada la milicia, es darse por vencido, reconocer mayoría y someterse por inferior en grandeza á la Francia; y dice que los franceses antiguamente fueron señores de la Europa, mandaron muchas y varias provincias, que domaron con el valor y las fuerzas, dieron leyes y llegaron al Asia y conquistaron el Santo Sepulcro de Jerusalem, fué suyo el Imperio y la mayor parte de los Países-Bajos, Italia, las Borgoñas, el Condado de Rosellon y lo demas del Principado de Cataluña, Navarra, unos hereditarios á sus progenitores, y otros á vasallos y á la Iglesia, y todos usurpados; y ha concebido y entrado en sospecha, con las pérdidas capitales de las plazas mejores de Flandes, de flotas armadas y bajeles y otros descuidos nuestros, si la nacion española descendia por infelicidad de la altísima cumbre en que estuvo puesta en el concepto de las otras, y declinaba de favor de la Magestad y del Imperio, como los asirios, medos, partos, persas, griegos, ro-

manos, godos, árabes y otras graves naciones y repúblicas. Para probar y tentar esta fortuna, aunque con sumo afan y faltándole un aliento ú otro, no deja la guerra, la prosigue tenazmente haciéndose fuerza un año tras otro; y por las maldades cometidas en la Francia, en la sangre y honra de los nobles, como político y diligente, no quiere dar puerta á la paz, porque sosegada aquella tierra y aquella corte, tomara la mano el Parlamento, y gobernara, y cada uno se volveria contra él con la calumnia y con el cuchillo oculto, porque á todos los tiene, á los mayores y á los más ilustres, en fronteras, en armadas, en ejércitos, en provincias forasteras, más para ocasionarles la muerte que para adquirirles las honras y las mercedes y que no puedan prevalecer, con que han perecido muchos; el Roan, el Crequí y otros. De esto hay muchos escritos que lo aseguran y lo insinúan en particulares libros, ordenados por los mismos franceses, porque hay algunos iluminados por Lucifer, que si no lo están trasegando todo, inquietándolo, confundiéndolo con tributos, gabelas, armas y otros ardides, les parece que no tienen segura la silla en el Aquilon, y así le van inventando y produciendo estas y otras quimeras para tener suspensos á los Príncipes, y con tanto tropel de negocios que no se den manos á entender ni saber con ninguno. El primer artículo y más principal, el tocante á la restitucion de la Reina madre á París y á su Palacio, como ántes estaba, con sus expensas y ornato en su cuarto, es el que hace mayor contravencion á esta paz, porque como los Príncipes dan á estos tales tan suprema autoridad sobre todo, hasta su misma sangre, madre y hermanos, habiéndose salido de París la Reina por no sufrir ni poder tolerar las maliciosas artes de Richelieu, ni esta guerra, temiendo en esta parte el rigor y la ira de mujer, que alguna vez ha prevalecido contra tales mónstruos la propia, pero las madres ninguna; sin embargo, contradice que vuelva, porque es meter contra sí el enemigo en casa: por aquí arma al Rey para quitarle el maternal amor, y le dijo, cuando supo la fuga, que con el dinero que le costaba el sustento de su casa, habién-



dolo ahorrado, podria mantener la guerra contra el rey de España; y así contradice poderosamente á la paz, porque no vuelva y sea su torcedor. El otro es no dar por bueno el matrimonio de Monsieur, duque de Orleans, hermano del Rey, casado públicamente con la princesa Margarita, hermana de Cárlos, duque de Lorena, que él mismo por particulares vanidades suyas ha pretendido deshacer, y que todos los Prelados del reino le diesen por nulo, hasta los maestros y catedráticos de la escuela de Sorbona, ó los hermanos de la Princesa, Francisco y Cárlos, buscasen medios para que no pasasen adelante, por quererle casar con la Convalete, mujer desigual para tan gran intento y empresa desatinada, como si la casa de Lorena no hubiera sido tronco, raíz y fuente de donde han salido tantos Reyes que coronan la Europa. Contradice á esto vivamente y á que la Princesa Margarita ni el Monsieur, vivan en consorcio maridalmente, porque ha de venir á París y á aquel Palacio, y ha de ser tratada como Princesa, duquesa de Orleans, y gozar de las rentas de su esposo y de aquellas de que está obligado el Reino, la justicia y la razon; y de aquí discurre, que es añadir enemigos á su prosperidad, que es su principal negocio y cuidado, y han de procurar de minarla por los malos oficios que han recibido de ellos y de sus hermanos. De aquí le nace otra dificultad, como la restitucion del Ducado de Lorena á los Duques, usurpado por las artes de Richelieu, más que por engrandecer y extender los términos de Francia, por poderse llegar mejor y darse la mano á la rendicion de las otras provincias y hacerse universal tirano del Imperio, sobre que ha cometido tantas maldades y sacrilegios; han de dejar en Italia el Marquesado del Monferrato, sacar de él las guarniciones y restituir á la casa de Mántua y de Nivers, vasallo y pariente de su Rey; han de llevar al duque de Saboya, su sobrino, con quien no tiene fe, las ciudades de Piñarolo y Suya, y sacar toda la gente de Italia, la que tiene en el Artois, y la que está en la Alsacia. Y esto es de tan grande encuentro para su conservacion, que nadie es tan liberal que se deshaga de ello si no es obligado y constreñido de las fuerzas



y armas, cuando el dictámen no es otro que ambicion y tema, porque le tienen y le deben al Cristianísimo, y quiere que la emulacion, á la grandeza y soberanía de la casa de Austria deshacerla, aniquilar y serle mayor; han de ser perdonados los agresores y recibir en gracia los confederados que han tomado armas contra ambos Príncipes, y vuéltoles sus Estados; han de ser recobrados en sus haciendas los mercaderes y los hombres de negocios, que por los rompimientos fueron despojados, y han de volver al comercio y á la contratacion. Estas son las causas que impiden la paz, y la más capital de todas que jamás la hicieron los franceses con España sino cuando fueron traidos á la melena por los españoles y por el rey D. Fernando el Católico, que á Cárlos VIII y Luis XII los tuvo á raya para que no quitasen el reino de Nápoles á sus parientes, ganándosele dos veces con valor memorable á todos los venideros; quitó el reino de Navarra á sus aliados y le mantuvo con prosperidad, contrastando á todos sus invasores, y los echó varias veces de aquellos confines, hasta que los hizo reconocer y someterse á la paz. Los Capitanes de Cárlos V., emperador de Alemania, prendieron á Francisco I, rey de Francia, esclarecidísimo Capitan, si bien no tan dichoso como esforzado, en Pavía, y le arrojó otras muchas veces de las fronteras del País-Bajo, con que le obligó á la paz por su libertad, y por no poder contrastar su infortuna ni la grandeza de ánimo de nuestra gente y ejércitos. El rey D. Felipe II forzó á Enrique II, rey de Francia, á cruzar las manos y á solicitarla, tomándole muchas y muy grandes plazas en la Picardia y en el Valonés, y le taló aquellas provincias, y creyó que le entraba en París, y le redujo á no contender más con él ni le inquietase á Flandes porque le volviese lo tomado: lo mismo le sucedió despues en lo postrero de su vida con Enrique IV, que le pidió la paz por recobrar las plazas que se le habian tomado en aquellas mismas provincias; y esto lo conservó el Rey Católico, D. Felipe III; y el órden de su gobierno, y el que observaron sus Ministros fué tal, que les obligaron á guardar el decoro y el respeto á España. Miéntras no se les tomare á los franceses y se ma-



drugare á entrar primero en sus tierras que ellos entren en las nuestras, no hay que esperar paz: no se les ha tirado un arcabuz en su casa, y si se les ha tirado alguno ó les hemos tomado algun pequeño fuerte ó villeta, ellos vuelven luégo sobre ella y la restauran: tienen á su reino libre con entrarse ántes que nosotros toquemos caja en los nuestros, de que han de pedir la paz, ó porque quien tambien tiene por materia de Estado, por lo mucho que le inundan sus gentes y se teme de ellas, limpiar el reino de sediciosos; y así abunda y hierve en ejércitos para purificarle y hacerle más fiel y agradable á su Príncipe, cuando no se interesaban otras usurpaciones, y cuando le dice, para tenèrle más de su mano, que le ha hecho rey de Francia y que ninguno lo ha sido sino él por haberle tenido más obediente y rendidos los vasallos. Estas son, á mi parecer, las razones que hacen á Richelieu no abrazar la paz de Europa, porque muchas de ellas no convienen con sus mismos particulares y conveniencias, ni ajustan ni se componen con su conservacion y prosperidad, que es á lo que más y á lo primero que aspira y lleva sus pensamientos, sin atender á los de Estado y al universal sosiego de las gentes y bien de los súbditos, porque ellos lo quieren y sus Príncipes sólo consienten y hallan color en ellos por lo especioso y colorido de sus artes, y potencia que se han tomado; cosa que causa admiracion, y que el más delgado ingenio no sabe especular, porque un Príncipe se rinde y se deja atar de un superior y se consiente tomar la potestad de uno, que Dios y el beneplácito de los hombres le dieren las veces para convertirle en el mal, y todas á sí y á sus deudos, negándose á los más beneméritos.

Hacian los holandeses sus aprestos para la primavera de este año y salir en campaña, como les era de costumbre y los movia el Rey de Francia; pero entre uno de sus caprichos y locuras, inventados entre los mónstruos, criados en esta era por su malicia y vanidad, se introdujo, y este consejo no seria otro que inventado del cervelo de Richelieu, que de un Rey dotado en tanta prudencia como el de Luis XIII, á quien ellos han dado el renombre de justo, y de un Parlamento tan auto-

rizado y de tanta opinion como el de París, no se puede presumir semejante desacierto: finalmente, por adular al hereje tirano de los Estados de Holanda, y embravecerle más contra su señor natural, hacerle más rebelde y encenderle en el progreso de la guerra, le embistió y aconsejó que tomase el título de Alteza á Enrique de Nasao, caudillo de las armas de aquellas gentes, porque así como era infiel en todo, lo fuese en el título, y confundirlo todo, y pretendió igualarle con él al infante D. Fernando y al príncipe Tomás; porque ¿á qué juicio, por moderado que sea en la noticia de estas cosas, no causará risa que se introduzca el rey de Francia en lo que no le toca, y en aquellos dominios y honores que son del dominio y jurisdiccion del Emperador, y que las otras repúblicas libres y soberanas como Venecia y Génova, que son democracias, no le pueden obtener sino de aquella Magestad, con acuerdo de los Electores del Sacro Imperio? Fué notable la risa y mofa que de este embeleco hubo en el mundo entre sus Príncipes, y particularmente en los de la Europa. Decian que delibera Richelieu; y áun los mismos holandeses, y sus Magistrados lo tomaron muy pesadamente y vacilaban en llamárselo, ni en venir en ello, porque les parecia era quererles meter en el Señorio, cuando por no admitirle dejaban su natural Señor y Monarca, el mayor y mejor de la tierra. En efecto, era el intento alterarlo todo metiéndolo en riesgo, porque acometió á diversos Estados y á diferentes señores que tomasen títulos, se introdujesen en prerogativas, en derechos y acciones vagas y obscuras, no más que por controvertirlos, trasegarlos y consumirlos en guerras, y verlo arder todo para conseguir y arrebatar lo que le viniese á las manos y subir al universal señorío. A este fin y con esta cautela, para abrasar á Italia y encender en celos las otras repúblicas y potentados, persuadia á los genoveses tomasen el título de rey de Córcega, para que siendo forzoso acometer esto á la sombra de algun Príncipe grande, sabiendo que por respetos justos habian de contradecir esto el Rey Católico, el Emperador y las otras Potencias, se sometiesen para que debajo de su dominio y ganándolos, sacándolos de la division



de España, para señorearse de tan importante paso, atacar el Milanés, quitarle el socorro de Españoles, tenerle más pronto para insidiarle y correr con brevedad á los reinos de Nápoles y Sicilia; y, finalmente, este título ladron, hurtado á la sombra de un mal intencionado, se desaparecerá y será confundido como la niebla seguida del sol, que se bajará á lo más profundo de la tierra.

Llamó el César á Viena, al duque Cárlos de Lorena para armarle, y que ayude, no sólo á la restauracion de su Estado, pero á los del Imperio, y á concluir con la guerra de los suecos, no acabados de echar de aquellos términos porque el Banihera, su Capitan y caudillo, armado de alguna parte de ellos y de los alemanes mal afectos, molestaba los lugares del Elector de Sajonia al que le habia degollado 1.600 hombres retirándose los demas á Lepsich. Corrió con diligencia el Banihera en su alcance y sitió la plaza; y metió en contribucion la misma Turingia y parte de la Sajonia. Decia el Duque habia perdido los mejores de sus Capitanes en estos reencuentros y los soldados viejos de su campo, y que hasta los bisoños se los solicitaban para que militasen debajo de otras banderas, ni llevasen sueldo, y esto por envidia y pasion del conde Hansfelt, su caudillo; pero esta fortuna de los suecos comenzó á menguar brevemente, con pérdidas notables y otros estragos por los Capitanes del Emperador. Degolló junto al Rin, Juan Bert, 1.500 caballos al enemigo que querian socorrer á A. Tomóles la artillería y municiones, con que redujo al Embajador de Suecia y á sus mayores Cabos á tratar de acuerdos, y tomar medios con el César. Refieren que querian dejar la tierra y retirarse á la Pomerania, dándoles 200.000 escudos para su viaje, y que lo habian propuesto al Emperador: finalmente, sus cosas se pusieron en tal estado con las pérdidas hechas en Alemania, que hubieron de salir de ella y acabarse de consumir y deshacer en el principio, de donde salieron hácia el mar Báltico y de Noruega. El duque de Parma, reconociendo el infeliz estado de sus cosas, la pérdida de reputacion, de gente y de dineros, y que el Placentino y Parmesano estaban para



fracasar por los estragos que hacia en ellos el marqués de Leganés con el ejército de España, ocurrió al Papa, á Florencia, á Venecia y Luca; pedia por el Embajador de la Señoría, que por este tiempo iba y venia al Pardo, á que se remitieron todos, pedia misericordia al Rey Católico; fué oido benignamente y admitido á la clemencia y al perdon de los delitos cometidos, con condicion que echase la guarnicion francesa de aquellas ciudades y la admitiesen española: hízoseles esto muy dificultoso y replicaron á ello, porque el Duque, viniendo en echar la francesa y volverse á la proteccion del Rey, no queria admitir ninguna, pareciéndole que hacia cuanto era de su parte: propúsosele, que si era por la aversion que la tenia que la admitiese italiana, y á esto tambien replicaba, porque el Duque se ajustaba en retirarse y no ir más contra las cosas del Rey Católico, sosegarse y quietar sus pueblos, como se lo habian pedido sin aquel jugo el Papa y todos aquellos Príncipes y repúblicas; hasta el duque de Módena, su cuñado, hacian vivamente por él: finalmente, se mostró el semblante agradable á todo y fué el Duque dado por libre, y sus ciudades exentas de aquel cuidado. Puestas las cosas de aquel Príncipe en este estado, para salir de todo y cumplir con lo prometido y con lo que más le convenia, dijo á los Cabos franceses les queria dar una paga, que saliesen á la campaña para tomarles muestra y reconocerlos; creyéronlo los franceses, y cuando los tuvo fuera y en el campo, les dijo los habia sacado de allí para decirles que el rey de Francia no habia cumplido lo capitulado con él, y que así los despedia; y volviéndolos las espaldas y entrándose en la ciudad, y cerrándose en ella, comenzó á cañonearlos sin bala, de las murallas, no más que para amedrentarlos y que se pusiesen en fuga y dejasen la tierra. Este fin tuvieron las cosas de aquel Príncipe, fomentadas por franceses y por su despecho, y soldadas por el Rey de España, para restituirle á su quietud y descanso y á que se recobrase en su fortuna, seguridad y estado.

Los venecianos, atentos á sus materias y á la Liga antigua con nuestros enemigos, y á tener alianza para en cualquier



accidente con ella para contra el Rey Católico y el César; éste, por las dependencias del Friuli y la Istria, y aquél por las de Milán y Nápoles, por estos dias, para el progreso de la guerra en el País-Bajo y la contratacion con ellos en aquel levante, asentaron de darles cada mes 50.000 escudos; porque los que contratan con el turco, aunque sean vecinos á la cabeza de la Iglesia, no hacen escrúpulo de tratar con herejes, que ya los franceses se le han quitado en la escuela de Sorbona, donde tambien, sin haber causa para ello ni género de fundamento, se deshacen los matrimonios conyugales de sus Príncipes sin temor de la reprension, y sin censura de los hombres mejores y más fieles, y los genoveses admiten á los contratos á los holandeses, que poco más ó ménos son lo mismo. No tuvieron efecto los tratados de paz con Francia, ántes se enconaron más rigurosamente con la eleccion de Ferdinando por Rey de Romanos, á que aspiraba su Rey, y los Ministros del Parlamento para que se moviesen con fruto tantas armas, convocaron enemigos, asolaron pueblos y provincias enteras en daño irreparable y menoscabo de la religion, trujeron ejércitos y los perdieron, ora haciendo plaza de armas en Burdeos para acometer á Navarra, que si no fuere este año lo escribiremos en Guipúzcoa, lastimosamente aunque con fin glorioso, el que viene: querian pasar adelante los nuestros en los lugares y puestos que tenian en Francia en la provincia de Labort, y adelantarse á San Juan de Luz y al puerto de Zocoa, con intento de sitiar á Bayona, que la gente plebeya culpaba no haberse hecho el año pasado á quien no hay que dar satisfaccion por su delito. Estaba por caudillo en esta guerra y por Virey de Navarra el duque de Nochera, de nacion napolitano; enviábasele mucha gente alistada de Castilla y de los otros reinos de España; pedianse las lanzas á los señores de título y á los que tenian obligacion para darlas; era ya esto á los principios de Marzo, y en todas partes se oian aparejos de armas, levantar caballos y otras máquinas militares. Habian en la corte, poco ántes, mandado registrar los caballos de los coches, y á esta hora iba un alcalde y un hombre que llamaban

Frias, escogiendo si tales bestias son ó eran á propósito para el manejo de la guerra, ó los habian enseñado para ella, y tomaban de cada coche uno, que pagaban á bajo precio: virtud que admiró mucho á la gente, que, teniendo potestad y brío para tomar cosas mayores y cuanto se les antojaba, hubiese conmiseracion en esto. Tomado el mejor caballo, mandaban por auto de escribano tuviesen pronto el otro; y esto era porque no se sacase la fruta para otra guerra, sino que comprasen el otro, para que todo se tuviese, y lo intimaban con grandísimas penas haciendo lo contrario; de suerte que si uno no tenia tanta prisa para comprar otro, ó queria dejar el coche, no podia hacer de sus bienes lo que quisiera, ni valerse por otro camino de lo que le dejaban; y dejándole con un coche, con un caballo y con un cochero, no le dejaban con nada de servicio ni de comodidad, sino con el peso, la fatiga y el gasto y con el embarazo de comprar otro caballo, y en esta sazon no era posible, porque se habian huido, y si parecia alguno pedian por él lo que por un caballo, regalado, de Córdoba. Hacíanse sillas nuevas y todos los demas aderezos; enviábanse en tropas de 30 en 30, de 50 en 50, desmontados, á cargo de esportilleros, que llegados á Guipúzcoa, decia el duque de Nochera, no tenia donde ponerlos; remitíalos al veedor ó pagador, y decia lo mismo, que á él no le habian dado órden de que se hiciese cargo de tanto caballo, sino que á cada caballo diese tanto y se le hiciese bueno. Con esto, sin cuidar de más providencia en una cosa en que se habia puesto tanto cuidado y tanto gasto, los echaban á los prados, dormian en las lagunas y en los pantanos, porque se esperaban 600 hijodalgos que habian de venir de la montaña para montarlos; pero los franceses, despiertos del todo, discurriendo de noche por las trochas más incógnitas, ceñidos de ellas, debajo de los capotes ó jubones los ataban, y se los llevaban. Sin embargo, los que quedaban morian del descuido y mal tratamiento, pues el Virey hizo un puente en el Vidasoa, para pasar artillería á Andaya, en que se gastó tanta brea, que todo aquel paraje estaba inficionado del mal olor, y morian muchos

de esto y del hambre, y de dormir en el suelo expuestos á la inclemencia del cielo, con que se comenzó á prender una peste en todo el campo, cuando nos guardábamos de la de Málaga, donde moria mucha gente: no se podia poner en pié siquiera un tercio ni un escuadron, no quedando compañía que no pereciese, faltándole el sustento y la paga para los soldados, muriendo casi sin Sacramentos, de suerte que no arribaba el intento á su fin, y el puente al primer paso y á la primera pieza se hundió. Vinieron á aquella parte los jinetes de la costa de Andalucía, muy ligeros y desembarazados en el manejo de las adargas y las lanzas: era el designio poner allí 10.000 infantes españoles y 4.000 caballos. Sintiéronse inteligencias en Pamplona para volar la casa de la pólvora por la intervencion de los frailes que, á mi parecer, serian franceses; de que avisado el Virey y la ciudad se puso remedio y guarda para que no sucediese; que en todas partes, y en lo más retirado y escondido, no se vivia sin sobresalto y zozobra por la dañada intencion del enemigo. Envió la corona de Aragon un tercio de 3.000 infantes, y por su Maestre de campo á D. Juan de Torres, hermano del marqués de Torres, á propósito para todo; y sin saber por qué los catalanes enviaron 500 caballos y levantaron otros 500 sardos, porque las coronelías de algunos de los señores de Castilla estaban en Perpiñan aguardando comodidad para embestir todos, por ambas partes, y poner la Francia en nesesidad; pero no fué así, porque las cosas de la provincia de Guipúzcoa iban de caida y nada tenia efecto, porque los aparejos faltaban, ó por descuido, ó por no dar el dinero necesario, ó porque los Ministros ó proveedores lo ocultaban, ó se convertia en sus mejoras.

El Rey de Francia tenia en sus fronteras y esperaba con 18.000 soldados, entre infantes y caballos; parte de estos se adelantaron á quemar los lugares abiertos y caserías de navarros y guipuzcoanos, y salió á ellos D. Diego Sarmiento, hermano del conde de Salvatierra, que hoy llaman de Isasi por haber casado en aquella casa, y púsolos en huida. Puestas las cosas en este estado, malogrados los aprestos, muerta



la gente, que casi pasaban de 10.000, con más cuidado de limpiarse del castigo que de otra empresa, de improviso, sin saber otra causa ni por qué, dejaron el Virey y otros Cabos los puestos fortificados, ganados el año pasado á los franceses, como San Juan de Luz y el puerto de Zocoa, y áun sin retirar la artilleria. Causó esto una admiracion muy grande en todo el reino, viendo que afanes tan grandes y tan largos no surtian á poderlos relevar de los venideros, que fracasaba la honra de España y se perdia en aquellas cosas: muchos eran de parecer que no se hiciese, que por las descomodidades advertidas faltaba allí el uso de la guerra y no ser á propósito abrir tantas plazas de armas, como en los años pasados lo hemos referido innumerables veces, donde parece que no hemos hablado sin fundamento ni descuido, y sin provecho. En este caso no tuvo más lances que estos; con que serenada toda aquella parte por entónces, para obrar con mayor ódio y venganza el año venidero, los franceses, aunque se les dejó lo que era suyo, pasaban al Condado de Rosellon y á Perpiñan algunos trozos de infantería y caballería, conducidos por el duque de Ciudad-Real, cuyo contexto veremos en su fuente al fin del libro. El duque de Nochera fué llamado ó depuesto del vireinato de Navarra, llegó á Barajas á dos leguas de la corte y mandáronle que no entrase en ella; él daba memoriales al Rey y al mayor Ministro, manifestando el estar detenido, y decia no saber por qué. Quién le culpaba, y quién no la tenia, pero esto se verificaba, con que los Capitanes españoles, avisándole del estado de las cosas, que acometiese algunas y remediase otras, no respondió si no es con palabras indiferentes y ambiguas, y ajenas de lo que decian: con que aquellos grandes aprestos, y esperanzas de arribar á la confusion y ruina de los franceses, quedaron inútiles, varios y sin provecho, y con falta de reputacion, cuando se anhelaba traer al Retiro 20.000 ducados de agua, que era lo que más convenia y que sentian los vasallos, que no se mirase por la honra de la patria y alivio de la nacion, ántes bien gravados y mal asistidos.



Los chismes y cuentecillos, que nunca faltan en los Palacios, son muy válidos en ellos, y los que los llevan favorecidos y premiados, aunque no todos, que alguno muere cual el pece en este cebo. Por estos dias la princesa de Cariñan y los de su parcialidad vinieron á Palacio, un dia, con mucho alborozo, y dijeron al Rey y á la Reina que les habian escrito de París, y lo tenian por cierto, que Richelieu estaba en desgracia del Rey, y que sus cosas iban de caida. Nuestros Príncipes se portaron con tanto seso en este caso que no hicieron novedad en él, ni le refirieron en ninguna concurrencia: esto se comenzó luégo á esparcir por la corte, pero ninguno de los hombres de prudencia lo llegó á creer, ántes que era invencion introducida y escrita de repente por complacer y lisonjear. Lo que despues se supo fué (si áun á esto se puede dar crédito) que le acometieron algunos soldados de su guarda, y que se puso en cobro y se escondió, que se quejó al Parlamento, y que no se hizo novedad en el caso, ni se halló en el semblante del Rey mudanza ni enojo, con que creyeron que estaba en desvalimiento; pero todo fué risa, y sin embargo se hizo muy poco caso del cuento. Estas cosas y otras expresadas en manifiestos, en que le dicen, que hasta que el inventor de estas ruinas y calamidades sea expulso y apartado del gobierno de aquel reino no habrá paz, y que tampoco por nuestras armas se dejarán las incursiones y hostilidades del suyo, enfurecen á Richelieu y al Rey, que cada uno es muralla de su privado; llama lo que no le conviene y peor le está, y se deja asolar por voluntad propia en la demanda, y vomita á un tiempo y en una misma sazon muchos ejércitos en nuestra ruina y su conservacion, como el caballo griego, que abrasa la Europa; muchos en Alemania por sí y por sus aliados, desenvainando la espada de la herejía; muchos en los Países Bajos, en la Borgoña, en Italia, en los confines de España, cosa jamás vista y que tiene en admiracion el mundo y á nuestra gente, porque nunca se les vió ni se les oyó, cuando eran más recientes sus pretensiones y dependencias, que siguiesen más de una empresa, y ésta con un ejército. Los grisones estaban



ofendidos, sin embargo de la alianza muchos años ántes profesada, de que por particulares suyos y para impedir aquel paso á los españoles é italianos para ambas Germanías, y de ellas para Lombardía, les quisiese ocupar la Valtelina: teníala pues ocupada el duque de Roan para tales intentos, donde debajo de amistad habia cometido muchos insultos y sacrilegios en las iglesias y altares: tenia ocupada la riba de Chiavena y fortificándose en ella, y en el lago de Como, tomaba á Troana, Tibario, Bornio y otros donde se querian hacer fuertes. El gobernador de Milán tenia esto á su cargo y el hacerles levantar de allí, porque los grisones lo habian suplicado al Rey Católico, y era esta causa suya y muy legítima por las conveniencias del Estado, los de Italia y Alemania: las diligencias eran grandes, las que los grisones hacian con los Cabos y Ministros franceses, para el desembarazo del valle, y las que hacian con venecianos, que tambien quieren entrometerse en estas dependencias; y para que lo dijesen al rey de Francia invocaban los grisones el auxilio de los vecinos; los cantones esguízaros amenazaban de ligarse con el rey de España, su antiguo señor, de que hoy hay prácticas secretas y embajadores de algunas ciudades en la corte, hospedados á expensas del Rey, si bien en lo público indiferente; pretension que dejaremos para el libro siguiente, por tocarle: finalmente, viendo los Ministros de la Francia que las cosas de los cantones suizos se revolvian, por quererlos quitar lo que era suyo, y que era perder y poner en desgracia una gente que tanto les ha ayudado en sus guerras, y donde han levantado tanta gente para contra nosotros, y que los venecianos se interponian en esto y toda la autoridad del Senado, porque país de gentes de nombre en la milicia no se pasase á la devocion de España, hallándose otrosí el duque de Roan falto de gente y avisado de los grisones que desembarazase el valle, y que arrimaba hácia aquella parte el gobernador de Milán en su favor buen golpe de gente, y que le habian enviado á decir que ya sabia que no tenia con qué defenderse, que tomase por buen consejo dejar las plazas á los grisones; él obedeció á la necesidad y á la

fuerza, y á las armas del Rey Católico y sacó la gente; con que D. Diego Megía retrocedió á un puesto suyo, sin querer hacerle daño ni volverle con ménos honra: cortesía que no la guardaron ellos con nosotros, por ser últimos en el uso de la guerra y en el trato. Dejaron las plazas y el Estado libre, y pasaron aquellas gentes y el duque de Roan á las fuerzas de la Alsacia y la Borgoña, no teniendo un punto de intermision la guerra, ántes levantando gruesos y formidables ejércitos para combatir en Flandes, donde se disponian el rey de Francia y holandeses, como ellos decian, para acabar de una vez con los Países-Bajos y echar de allí á los españoles.

Ferdinando, segundo de los Emperadores de Occidente, murió en Viena de Austria, domingo 15 de Febrero, cuando estaban en la corte de España celebrando el Rey Católico en persona, con todos los grandes y concurso notable de gentes, con triunfos y otras invenciones nupciales, la eleccion de Rey de Romanos en su hijo; que tales son y tan inconstantes las pompas y grandezas humanas de este mundo. Su cuerpo fué sepultado en el mausoleo de sus pasados; y sucedióle en el Imperio y en todos los demas Estados Ferdinando III, su primogénito, tambien tocado de la dolencia de privados, y he oido decir que poco afecto á nuestras cosas. No sé qué tenemos, ó qué acíbar echamos en nuestros oficios, que todos nos aborrecen y quieren contender con nosotros, aunque sea nuestro más cercano pariente, y á quien dimos la hermana, y dimos la primacía en lo pasado en los Estados de nuestra estirpe, de que somos cabeza, y hemos defendido, conservado y ensalzado con las armas y el dinero. A mi entender, las levas de los alemanes no se hacen con el calor que solian, importando á todos, y lo que prometimos en el Danubio, despues del vencimiento admirable de Nortelinga, se cumple flojamente, sin haber avanzado Galeaso, el año que más importaba, cuando entramos en el país de Picardos á poner en miserable estado la Francia, y las esperanzas de Picolomini, en otras ocurrencias forzosas de asistir tarde y con fuerzas menguadas; causas porque el País-Bajo, si se fundaba en ellos el aviso de nuestro

cuidado y su remedio, solicitado por nuestro Rey y Ministros, cayeron, si no en grandes pérdidas, por la providencia de nuestro Dios, en las que, aunque pequeñas, ni acrecientan ni son de reputacion, ántes menoscaban y confunden el nombre español, alcanzado á vista de las más prodigiosas naciones en proezas y en fortunas.

Con el principio de la primavera, la armada francesa surta en Tolón, en número no más que de 18 ó 20 bajeles, aunque otros los subian á 60, en que vinieron el año pasado, parte de ellos se habian ido á sus puertos y parte deshechos tocaron en Cerdeña, y quemaron un lugar pequeño; pero los sardos, en número de 12.000 combatientes, los echaron de la isla, matáronles gente, tomáronles artillería y uno de los navíos. El rey de Polonia concertó casamiento con la hermana del emperador Ferdinando III, y se efectuó en Varsovia, corte de aquel Rey. En Francia, prosiguiéndose en todos los Príncipes de la sangre la poca aficion con Richelieu, siguieron al duque de Orleans, hermano del Rey, el conde de Soysons, hermano de la princesa de Cariñano, el duque de Espernon y sus hijos, el cardenal de la Baleta, y el duque de la Baletaocándola; pero este encuentro se apaciguó luégo con ofertas, con promesas y otros géneros, digo engaños, del Ministro valido, enviándolos con ejércitos á puertos de fronteras, porque la fatiga y el riesgo de la guerra fuese verdugo que extinguiese la emulacion y los acabase; pues en sus Estados y en el ócio no los hallaba á propósito para su conservacion, que es una de las reglas más principales del Estado y aumento, tenerlos léjos de un Rey, de la corte y de sus domicilios: materia muy á propósito para oscurecer la sangre de los señores de la Francia y destruir la nobleza como la flor de los Imperios, y hacerlos mal vistos del Rey y aborrecerlos; porque aunque aquellos hayan servido, peleado, gastado sus vidas y sus haciendas, sólo aquél sea el mejor, y parezca que lo ha hecho, que no tienen otra virtud que ser privados, no habiendo sido el cuchillo de los pueblos, de los vasallos, de las haciendas y de las vidas, que es lo mismo, en tocando en esta penúltima accion.

En Castilla se publicaban decretos contra los que trocaban la plata: mandóse que no se trocase á más de 25, porque los hombres de negocios, y los que habian de acudir á los asientos, llevaban á mal pagar más subido precio la que ellos habian menester y venia á sus manos; y el Rey creció á 28, y señaló dos casas para que todo cargase allí, y que la industria de la gente y el poderse valer de lo que el tiempo y la necesidad les daba, no surtiese á poderse aliviar ni de sus fatigas ni de los tributos que se pagaban. Otro se expidió del registro de caballos y mulas, sábado á 28 de Marzo, para las fronteras de España con Francia, dando á entender que el Rey habia de hacer jornada, de que ya se habia avisado á los caballeros de las Órdenes militares, y muchos preparamientos se encaminaban á Perpiñan, donde asistia el duque de Cardona, el conde Cervellon, que habia de hacer la guerra, y otros Cabos de reputacion con número considerable de gente para entrar por el Narbonés. En las fronteras de Flandes se juntaban, de parte de los enemigos, todo el resto de las fuerzas para acabarlo. El Príncipe de Orange los convocaba y hacia plaza de armas en Bergas Opzoom, y el Francés en Perona, Amiens y San Quintin, para contrastar allí y en las fronteras del Artois á Monsieur de Enao cuanto pudiese, haciendo diligencias para que Picolomini y Juan de Bert trajesen muchas gentes de Alemania, así de caballos como de infantes. El nuevo Emperador no las podia dar, ni consentia las levas como de ántes, por decir las habia menester para acabar de consumir los suecos que ya iban de caida y estaban acabados, acudir á la Alsacia y á la Istria y otras provincias, recuperar las plazas perdidas y echar las reliquias de los franceses y alemanes mal contentos, acaudillados por el duque de Beimar. No se sentia nada en el Estado de Milán: abrigados los franceses en el Monferrato, con poca gente y no más de los que eran menester para guardarle, porque el ánimo del Richelieu no era ahora otro que asolar el País-Bajo y extinguir allí aquella plaza de armas que tanto le da en los ojos: las cosas de Roma no mejoraron en cuanto á la devocion con España, por



las pasiones extrañas y contraidas en diversas ocasiones y dependencias, y tambien por la gravedad de los tributos de que el Papa se habia dado por sentido, y decia no poder hacerse sin su autoridad y acuerdo: la armada francesa, no pudiendo hacer mayores progresos en Italia contra los aficionados á España, volvió á embestir las islas de la Margarita y San Honorato, y fueron rebatidos por los españoles; pero queriendo resistir en la expugnacion y salir con la empresa, se retiraron á un fuertezuelo, llamado Monrey, pero desconfiados cedieron por entónces para volver luégo con más aprestos y más brío.

El marques de Fuentes, siguiendo el curso de dañar á los holandeses con su armada, les tomó 14 navíos de flota, de 40 que venian de robar ambas Indias, de su contratacion y compañía; fueron seguidos hasta el surgidero, con tanto miedo y tan desalentados y ciegos, que estuvieron para tocar en tierra; hicieron el uno Capitana y volvieron á Dunquerque con la presa y las mercadurías: poco despues les tomó ocho navíos, en que enviaba el príncipe de Orange al rey de Francia una carroza muy rica, y 20 caballos, quién dice 25, los mejores de la Frisa, y ricas granas para adorno de las cabezas y tenientes que habian de gobernar este año las tropas; cogieron las cartas y cifras de la correspondencia, que se remitió al infante Don Fernando, y lo que se pudo entender de ella era que el príncipe de Orange daba prisa al Rey al socorro de los suecos, que casi andaban fuera de los términos de Alemania, muy apretados de las legiones imperiales, faltos de gentes, armas y socorros, y para volver sin honra á la Suecia. Tocaron navíos de Holanda en el Collao, en Occidente, y fueron echados vergonzosamente de aquel puerto con pérdida de hombres y bageles; pero picado el de Orange de la toma de sus enemigos, digo navíos, y del presente que enviaba al rey de Francia, quiso tentar á Hults por interpresa; que sabido por S. A. hizo reforzar la plaza y calmar el intento y el designio.

Con el principio de la primavera ya todos los aprestos de armas se dejaban sentir en la Europa: en Milán teníamos mu-

chas para las hostilidades de Italia, y los franceses muy pocas, pero muchas para combatir el País-Bajo: hallábase S. A. con fuerzas muy inferiores, al parecer de todos, tanto que no llegaban las que se esperaban de Alemania, debajo de la conducta del conde Picolomini, y aún las de España y el dinero tenian no poca remision, y cuidado y congoja las cabezas de aquel partido, porque toda la Francia, particularmente en aquel contorno, se hundia en levas y en conducir gruesos regimientos á la frente del Artois y de Monsieur de Enao hasta el Bolonés; con que el parecer de los más alentados era hacer en el País-Bajo la guerra de defensiva. No faltaban franceses en los confines de Alemania, en Burdeos y en Bayona para la frontera de España; pero esto habia parado, porque ya les habíamos dejado en las manos los lugares y fronteras que allí les teníamos: no faltaban en la Contea de Borgoña, deseando concluir con aquel Estado, metido en el corazon de la Francia, para consolidarle con la dureza que tienen tiranizado años ha. El antiquísimo patrimonio de los señores de la Casa de Austria molestábanle, como dije, los franceses y por su caudillo el duque de Longavila; y el duque de Lorena, Cárlos, y el marqués de San Martin, con las gentes que para ello traian de Alemania y que se las habia dado el Emperador, entraron en el Condado de Borgoña en seguimiento de los franceses; empezaron ambas naciones el combate y fueron rotos los enemigos y herido de consideracion su General, duque de Longavila, con que aquel Estado quedó libre de la invasion.

El príncipe de Condé bajó con 4.000 franceses á la recuperacion de San Honorato y la Margarita, y mandó el Rey echar un bando, que todos los nobles, particularmente los de la Provenza y Languedoc, pena de traidores, tomasen las armas para echar de allí los españoles: sin embargo, pidió al Rey Católico suspension de armas por dos meses; pero entendiendo nuestros Ministros el fraude y la cautela de su peticion, encaminada por la traza de Richelieu, y que no era más que para suspendernos y rehacerse entre tanto de gentes y dineros, y dar comodidad para las materias de Holanda, se denegó



con precision y no fué admitido el pedido. Habia sentido, otrosi el Francés, se hubiese abierto al Condado de Flandes el puerto de Gravelingas, que hace frente á Calés, capitulado ántes con los Reyes, sus antecesores; pero á quien no guarda los otros contratos y conferencias, hechos para la seguridad de pueblos y provincias, justo es que se le deroguen y anulen estos. Sentia aquella provincia, frontera á Flandes, que con la contratacion frecuente á éste de otros puertos menguaría el de Calés, y recibirian daño sus comerciadores y tratantes; y discurrióse, para las conveniencias del Pais-Bajo, estar el canal de Dunquerque expuesto á infortunios por los muchos bancos que hacen difícil la entrada y peligrosa, y estar apartada del canal de Bretaña, sujeta á incursiones y excursiones de holandeses y de flotas y armadas, de multitud de arena que los bancos continuamente con sus sacas y resacas ministran de cada dia; tanto que podia Dunquerque quedarse en seco, y ni más ni ménos el comercio, y reducidos los países de su mano. Por esta causa, en las últimas guerras con Enrique IV, padre de Luis, que hoy reina, y con quien contendimos en el interregno y diversiones de la Francia, entre otras empresas, que hacen memorables en sus escritos las plumas de nuestros historiadores, acometió el archiduque Alberto al gobernar entónces del País-Bajo por el rey D. Felipe II, y cuando sus armas por hazañosas y bien reputadas resplandecian en todo el orbe y eran temidas, así en Oriente como en Septentrion, embistió á Calés y le tomó, áun que se restituyó despues por la paz que pidió Enrique.

La infanta Doña Isabel, mujer del Archiduque, en alguna manera deseaba rompiese Francia con España para que, derogados los capítulos, se tomase ocasion de aquí de abrir este puerto importante en aquellos países por carecer de estos abrigos y ensenadas, en lo que toca al Patrimonio Real, por ser señores de ellos y de los marítimos los holandeses. Queria pues el rey de Francia, con ejércitos y con armadas impedir y embarazar esta obra, y que no pasase adelante, por el perjuicio que haria á sus costas y á sus intentos, y



á los que premedítaba en el País-Bajo por consejos y atentados del Richelieu; y á esta hora cargó con sus gentes en el país de Enao, á los primeros de Junio, en número de 30.000 infantes y 7.000 caballos, expuesto á las quemas y talas y á proseguir los modos calamitosos, infames y sacrilegios de la guerra; habiendo pedido ántes el conde de Fuensaldaña, asistente en Cambray, á los gobernadores de San Quintin, Guisa, la Fer, Perona y los demas, por la falta de soldados que tenia en las provincias de Champagne y Picardía, y para que estuviesen aseguradas mejor, sin sobresaltos y quietos en sus alojamientos, que no se echase fuego en ningun villaje ni en otras tierras, y que ellos lo harian así. Lo avisó á S. A. y lo admitió con la benignidad de un Príncipe clemente y piadoso. Fué esto miéntras duraba lo riguroso del invierno; pero ahora que ya se verian soberbios y con el tiempo más sazonado y sin zozobra y acrecentados de fuerzas, olvidados de todo buen uso de guerra, ejecutaban las mismas atrocidades, y volvieron á ser incendiarios. Llevaban esta gente el Chatillon y el cardenal de la Baleta y otros Cabos de nombre: el príncipe de Orange apretaba su gente, barcas y navíos en el canal de Borgas Opzoon para acometer la empresa, que ya traia de órden de los Estados rebeldes, al calor de sus auxiliares, porque los franceses entraban á ser ladrones y hacer espaldas al otro ladron para que todos robasen. Cuán dañosa materia de estado seria ésta para los holandeses, si ambos llegasen á señorearse del País-Bajo, ya lo dejo avisado; porque luégo sobre la particion seria la guerra, como sucedió en el reino de Nápoles entre el rey D. Fernando el Católico y Luis XII de Francia en la particion de sus provincias, y por menor sobre la del capitanato, entre el Gran capitan y el duque de Nemur, cuando se conjuraron de quitársele á D. Fadrique de Aragon por su poca fe á la sangre, á la casa de España y al Rey Católico que le habia restituido en el reino de Nápoles, queriendo dar paso por él al rey de Francia para que le quitase el reino de Sicilia: y volviendo á la Liga de franceses y holandeses, si se juntasen en el País-Bajo sobre las dependencias de las tierras, si se lo



juzgasen, el mayor llevaria al menor. Salió á esta hora el marqués de Leganés con 30.000 soldados, entre infantes y caballos, del Estado de Milán, y entró por el Artesano en el Piamonte para tentar á Aste, cuando en Flandes no habia gente, y todo expuesto á la fuerza de los enemigos, y cuando ni las tenian ni se las habian dado, porque los alemanes se estaban en su país y el dinero en la Coruña, y los navíos franceses esperándole, desarrimados de sus costas en las de Inglaterra, pensando hallarle allí, y al abrigo de la paz que se continuaba entre ambos reinos, el de España y el de la Gran Bretaña; admirándose siempre todos los hombres de juicio, de la notable asistencia en gente y dineros que nunca le faltaba al marqués de Leganés, y el desamparo del infante D. Fernando, en unos países tan dignos de conservar, cuando no por tal Príncipe, por tales y tan importantes provincias y vasallos; en cuyas pérdidas, causadas por este descuido, se ha causado gran quiebra de reputacion á la nacion española, y los enemigos se nos han atrevido allí y en todas partes con denuedo y obstinacion, dándose á creer que vamos de caida. Estaba el Infante, si bien alentado, y todos aquellos Cabos congojados viéndose sin gente, y que siempre en las mayores ocasiones los han desamparado, como en la del año de 35 cuando se vió combatido y cercado de más de 60.000 combatientes entre franceses y holandeses, todo al trance y para acabar con todo, si al cabo Dios no lo remediara y enviara su auxilio para la honra de sus imágenes y para aquellos fieles milites del Evangelio que las defienden. Era toda esta gente arrancada de los villanajes de París, cocheros y lacayos, y pocos soldados viejos, mal disciplinados y llevados por fuerza y que les habian prometido en la jornada de Corbic de no alistarlos más para la guerra; y ahora parece que los llevaban como de cabestro, por hacer número é introducir pavor en nuestra gente y con esperanza de conseguir faccion, por no haber el opósito que era justo y estar todo, como he dicho, en el Piamonte al apoyo de la reputucion del Gobernador: mas esto no tiene su lugar aquí, y allá veremos el efecto.

Marchó el enemigo la vuelta de la frontera del país de Enao, conduciéndo la vanguardia entre los rios Zambra y Mosa, para sustentar mejor la gente por su fertilidad y abundancia, acaudillado del cardenal de la Baleta y sus coadjutores, como el conde de Guisa y Monsieur de Ramburg, soldado viejo. S. A. el infante D. Fernando ordenó al marqués Claúdio Valanzon que golpe de infantería y caballería, la que pudiese juntar, saliese al opósito y marchase la vuelta del rio Zambra por el costado izquierdo, que recae sobre Lieja, cerca de Namur, en Marchena, á un puente, y que allí atendiese á los movimientos del enemigo y estorbase el paso del rio, caso que lo intentase: iba con Valanzon D. Juan de Vivero, hermano del conde de Füensaldaña, Teniente general de la caballería, que gobernaba á la sazon y llevaba á su cargo 4.000 caballos. Dióles por cuartel y asiento la misma Zambra, que era lo que se pretendia guardar, sin embargo, y la tierra y villa de Maburg, á 17 de Julio, y gozara el enemigo á nuestra gente, dividido en partes y en diversas tropas; mas con el grueso firme y que parece los queria acometer, hizo el de la Baleta adelantar 2.000 caballos y otros tantos infantes, el rio arriba, la vuelta de Cambray, y algo más allá del puesto de Valanzon, vadeó el rio, que por ser el tiempo seco le fué fácil, y de golpe se metió en el Cambresi y comenzó á marchar y quemar cuanto iba topando: prendió una principal señora, suegra del conde de Tiron, caballero irlandés; llegó á los contornos de Landresi y hasta Cambresi, continuando la quema, tregua que ellos pidieron ántes para la defensa de sus tierras y que ahora, rota y quemada, no la guardaban en la nuestra; tan infames son y de tan mala correspondencia en los acuerdos militares: hizo dos trozos del ejército y se arrojó sobre ambas plazas, á no más la una de la otra de dos leguas de camino. Visto lo cual, y con órden del Valanzon, se movió el conde de Fuensaldaña con un tercio en que habia 2.300 infantes y con 15 compañías de caballos, y con dos de infantería de italianos del tercio de Cárlos Guasco, pasó á guarnecer los burgos de Cambray que ardian á manos de los france-

ses, y repartió la gente en ellos y púsolos en defensa de su mismo cuartel, por alojar allí los víveres y ser su estancia Cambray. Concurrieron aquí los batidores de las estradas á toda brida, diciendo habian topado con las emboscadas de los franceses, y que no muy léjos de allí venia el resto de lo que habia separado de su grueso; y aseguróse la verdad, porque viéron luégo grandes fuegos en los villajes desde la torre del Casal, que era muy alta y en terreno llano: mandó el conde de Fuensaldaña convocar hácia su territorio y á su bastion para meterse en Cambray y abrigarle por la mucha gente del enemigo, y por no haber en el castillo más de cinco compañías de valones que no pasaban de 300 hombres, y los naturales, de inclinacion francesa, por el confin y por otras infelicidades nuestras, marchó nuestra gente la vuelta de Buchain, donde llegó al amanecer; habiendo caminado toda la noche con grande silencio por estar 4.000 caballos del enemigo cerca con algunas mangas de mosqueteros, que pasaron de largo por un costado de Buchain y pusiéronse á tres leguas de Cambray, cerca de un casar del conde de Villarval. Ibalos siguiendo D. Alonso de Vivero, hermano tambien del conde de Fuensaldaña, con su compañía de caballos, con dos cuartos de cañon y 300 irlandeses que le covoyaban, y si bien los franceses batieron el camino real que va desde Cambray á Bruselas, sin embargo los hermanos los iban atendiendo, haciéndolos recatar y reparar en no ser atrevidos: el Magistrado de Cambray, refrescó la gente de su guarnicion, y la demas que se le habia agregado, y cuando los vió, que habian salido poco habia de sus cuarteles, los reconoció en su defensa y de sus burgos y en volver en seguimiento del enemigo; dándoles pan y queso en abundancia y cerveza, por haber tres dias que no comian; pero todo el Cambresi estaba alborotado con la entrada del ejército francés, y los villanos desampararon el casal de Villarval y se metieron en un castillejo por no dar lo necesario á nuestra gente. Sábado, 13 de Junio de este año, dió vista el enemigo á Cambray, creyendo los burgueses que queria sitiarla; echóse sobre Lam, é hicieron salidas los de dentro



matándoles alguna gente, con que les obligaron á vivir con más recato: tiráronles 450 balas en 24 horas, mataron cinco soldados de Fernan Darias, y entre ellos á D. Francisco Guicedo, que en el reencuentro del príncipe Tomás, el año de 35, en la entrada de los franceses por el Condado de Namur, le dieron 43 heridas, y las más de ellas en la cabeza y en la cara, y vivió para ofrecer la vida en esta ocasion; murieron algunos más, abrieron brecha en la muralla, y acometieron al asalto. Eran los nuestros de no ménos número que de 300, con tres piezas pequeñas de artilleria: hicieron llamada, no pudiendo resistir á ejército tan grande, y rindiéronse, saliendo con banderas y bagajes, no concediéndoles artillería, por ser tan poca, y pasó esta gente á juntarse con la de Cambray; habiendo resistido algun tiempo, en un moderado fuertezuelo y de ninguna consecuencia, no más que para las correrías, cercado de matorrales y padrastros, que de ninguna manera se podia fortificar, pero de grande gloria, por la memorable retirada que hizo en él D. Agustin Mejía cuando, siguiéndole y volviendo tres veces la cara, no le osó acometer Enrique IV, rey de Francia. Asistió en esta grande empresa el cardenal de la Baleta en persona, el conde de Guisa, el conde de Candal y Monsieur de Ramburg; cosa de crédito para los sitiados por haberse ocupado en su rendicion tan insignes cabezas, blasonando de este hecho en sus Gacetas como si hubieran acupado á Cambray. Dejaron aquí parte de los mejores soldados y decian cargarian presto la plaza; que el conde de Fuensaldaña no habia llegado con su tercio, ni reformado sus burgos, ni el Infante tenia ejército de consideracion para su defensa ni la del País-Bajo, que el suyo era poderoso y con diferentes acuerdos y designios que el año de 35, y que no se habian de meter la tierra adentro hasta señorearse del confin y de sus más importantes plazas. Respondiéronles, se llegasen cerca y probarian sus fuerzas y la artillería de Cambray, de que podian estar escarmentados; que S. A. el señor infante D. Fernando los debelaria de la misma manera que el año de 35, y como otros muchos de sus muy esclarecidos antecesoros lo habian

hecho. Quiso la gente del lugarcillo desampararle, y atendiendo el de la Baleta á su conservacion, mandó al Gobernador le hiciese buen pasaje, y que pagaria sus contribuciones y gozarian libremente de sus haciendas y casas; con que quedaron parte, y parte se fueron á Cambray, que es el villaje de aquel Obispo. Éste y el abad de San Andrés tenian dentro más de 2.000 cargas de trigo: habiales mandado el gobernador de Cambray lo retirasen y no lo habian querido hacer porque S. A. no se valiese de ello para el sustento de la gente de guerra, y ahora lo tomaron los franceses para la suya y lo retiraron á Guisa, plaza fuerte, á cinco leguas, agregando aquel distrito á su gobierno. Sabido por el conde de Fuensaldaña, domingo en la noche de los 14 de Junio, que los franceses querian hacer un convoy de lo robado á San Quintin ó á Guisa, envió 12 compañías de caballos con 400 mosqueteros para tomarle: partieron el dia siguiente al anochecer, y entendido por el cardenal de la Baleta el intento de nuestra gente, se se retuvo; pero llegados á los contornos de San Quintin y Perona, habiéndose desvanecido la interpresa, quemaron pasados 70 villajes, y trajo la caballería alguna presa de vacas, caballos y jumentos, de que hay gran copia en aquella tierra, particularmente en la Picardía, vendiéndolos á 60 y 70 reales. Enviaron de Cambray al capitan Fernan Darias, y al capitan Don Francisco de Castro con sus compañías, á Chateau-Cambresi, y á Chalet al capitan Pedro de Chueba, sardo de nacion, y el capitan Leon, para reforzar aquellas plazas y reconocer los intentos del enemigo; basteciéndose con esto la villa de Quesnoy, en el Enao, con 300 irlandeses, y los pueblos de la frontera, que parece se hallaban embarazados de tan formidables fuerzas y que les querian invadir esta plaza, distante de Landresi no más que tres leguas. Metiéronse en Cambray 13 compañías de caballos, cuando de repente vieron que los franceses cargaron á Chateau-Cambresi y Landresi, cada una apartada de la otra dos leguas de tierra; hicieron un cuartel en medio, prosiguiendo en quemar en el Enao 200 villajes en el contorno de ambas plazas; plantaron en Chateau-Cambresi cuatro baterías



cada una con dos cañones, porque todo era dividir nuestras fuerzas (si las habia) y entretenerlas, miéntras el príncipe de Orange disponia á su sabor y las traia por la parte de mar para hacer más lamentable estrago. El gobernador, Manuel Palomar Gonzalez, tenia dos compañías de españoles de las guarniciones de Cambray, 60 valones y 30 caballos lijeros. Los villanos del país de Picardos, irritados de lo que ahora les habian quemado y de los estragos y desolacion del año de 35, entraron á quemar á los nuestros, y mandó el cardenal de la Baleta ahorcar al soldado que introdujo el fuego; virtud digna de admiracion por poco usada en su natural, y arcabucearon á otro porque forzó á una mujer; escarmentados quizás de las atrocidades y escándalos abominables de Tirlemont, y pretendiendo borrar de la memoria de las gentes el ódio y aborrecimiento que allí consiguieron con todo el País-Bajo y con el Alto para con toda la Francia y el mundo. Era el designio del enemigo, y para esto le andaba recuestando y tomando puestos en su contorno, subprender á Cambray, por haber sabido ántes que estaba desproveido; pero cuando vió cargar allí parte del ejército, se suspendió, pareciéndole era grande empresa para sus hombros, aunque venia pujante; reforzóse á Quesnoy, que tendria como 500 hombres, con dos compañías, entre ellos de italianos, y en esta forma aquella frontera y todo lo que contenia el Cambresi.

Estaba S. A. atento á todos estos movimientos, y con alguna gente, demás de la que campeaba en la frontera, para resistir á los mayores, que eran los del príncipe de Orange y los que le daban más cuidado, porque no se habia de contentar con pocas cosas, porque las de los franceses le parecia, que si no luégo, algun dia se habian de componer con pláticas, acuerdos y con restituciones de ambas partes, como siempre ha sido y lo demuestran con claridad los ejemplos vivos del año de 598; pero lo que los holandeses cojiesen ya sabian que no tenia vuelta ni restitucion, si no es volverlo á recobrar con la fuerza: atendia á una parte y á otra, porque si el uno no habia salido, el otro estaba pronto, hacién-

dole espaldas y dañándole en la frontera. Está Landresi á seis leguas de Valencienes, y á poco ménos de nueve de Cambray, y por su gobernador Monsieur de Eni, hombre noble, ántes Sargento mayor del conde de Buqueoy, que murió en Bohemia, general del emperador Ferdinando II, poco despues de haber vencido la batalla de Praga contra Federico, Palatino del Rin, y echádole de ella, ejercitado en las guerras de Alemania y de Italia. Acabábase de tomar ó defender el fuerte de Armienters, por el príncipe Tomás, fundado en un peñasco; pero siguiendo ahora el curso de los franceses, el cardenal de la Baleta, atento á las órdenes del Rey y su Ministro, alojaba en una abadía de frailes Benitos cerca de Landresi, y el Mariscal de Ramburg en el villaje Tanibria, una legua de Baleta, atendiendo al sitio y expugnacion de aquella placilla graciosa, y de estimacion por su sitio, caserías y amenidades y vecinos, aprestada ya con trincheras y baterías, como diremos despues. Envió el Baleta un trozo de ejército al valonés para estorbar la obra de Gravelingas, que iba muy adelante y se ponia en ser, esperábase por horas á Picolomini con la gente de Alemania, y rindióse á los franceses Chateau, Cambresi, villeta corta y de poca importancia, y de aquellas que son del confin; pero S. A., el infante D. Fernando, aguardando donde habia de dar el prícipe de Orange, todas las plazas al rededor de Bruselas tenia llenas de carros, de municiones, y de vivanderos, aparejados cada dia á salir al tiempo que moviese, y las praderías que van á Nuestra Señora de Lact, estaban de la misma manera, llenas de caballos del tren; de manera que en dos horas se podia poner en campaña. El conde Picolomini y Juan de Vvert, habian avisado ya que venian marchando y que estaban en el país de Tréveris. Pasó el Vvert al socorro de Besanzon, en la Contea de Borgoña que estaba apretada, y dentro el duque de Lorena y el marqués de San Martin, porque no siendo todas las fortunas iguales se habian retirado allí, seguidos y con pérdida de gente por los franceses, con que se dividian las fuerzas, sin dejarlas ambas á una parte, para que los efectos fuesen mayores y en más

clavo y congoja de los enemigos: finalmente, este asedio no tuvo efecto porque Juan de Vvert, martillo y azote de los franceses, los desalojó, y redujo aquella nobilísima y populosa plaza á su libertad, á los vecinos y á ambos Capitanes, como las veces pasadas, tanto, que no han podido hacer pié allí; pero ellos estaban absolutos señores entre Cambray y la Mosa, por haber el invierno pasado despedido á Vvert y á Picolomini. Más importa conservar los soldados que no poner el Estado en contingencia, por un pequeño ahorro; dictámen que en esta era ha ajado y deslucido muchas acciones de importancia, y áun causado á los enemigos vehemente atrevimiento, porque han presumido en nosotros necesidad, y menoscabo en el poder y en la hacienda. Encontráronse las tropas francesas en número de 1.000 caballos con seis compañías de D. Alvaro; hubo muertos y heridos, fué preso y herido el D. Alvaro. Asistia Valanzon á las fronteras con 7 ú 8.000 infantes, no sin calumnia y murmuracion de que eran ménos, y gran número de caballería desmontada; quién decia que 26 compañías, y quién se alargaba á 1.000 caballos, por mala administracion ó codiciar estos accidentes y malos procedimientos, ¿quién los podia remediar si á la cabeza que los ha de enderezar los tuerce, y los Príncipes, por la necesidad que hay de ellos, les es forzoso disimular, y áun el Ministro, por rígido que sea, en estos casos calla y sufre por lo mismo, ó porque los servicios pasados cubren este descuido ó malicia? Ordenó este capitan al conde de Fuensaldaña, que con la mitad de su tercio se entrase en Cambray y que enviase la otra mitad á Duay, villa y universidad admirable y rica, cerca de Lila, caudaloso imperio y abundante de Flandes, y más florido que el de Bruselas; replicó el Conde que estaba mejor en campaña que no encerrado: sin embargo, le hizo obedecer y agregó á sí y á su grueso 15 tropas de caballería.

Púsose en defensa Gravelingas, no sólo en la entrada del canal, capacísimo para admitir muchos y grandes bajeles, pero áun por la parte de tierra, por la inmensa fatiga y trabajo de los gastadores, y no sin oposicion de los franceses y

áun de los demas vecinos, por aumentarse en puertos la provincia de Flandes y no haber otro cuidado más digno de asistir con fuerzas, vigilancias y consejos sino éste, porque ya los enemigos, así franceses como holandeses, han caido en este encuentro y se previenen con armas y astucias para tomarlos, cerrarlos y apoderarse de ellos; porque demás de que Calés flaquearia en el trato, y los holandeses reciben gravísimos daños de las armas que están á cargo de D. Cárlos de Guzman, marqués de Fuentes, gobernadas con gran furtuna, fruto y valor de su ánimo generoso, introduciendo con más acuerdo y opulencia navíos y el artificio ingenioso de las fragatas, digno en esta era de alabanza, tenidas en Holanda, en sus puertos y pesquerías por las presas tantas y continuas que se les han hecho en sus flotas y á mercaderes, al llegar de la contratacion de todo el orbe, con mortal sentimiento del general Dorf, menoscabo de sus corsarios y contratantes de todos los Estados. Por el daño general que reciben, es digno de reparo y advertencia que ahora, más vivamente y con más claro juicio, se atienda, que como por allí nuestros Generales de armadas, partiendo de la Coruña, meten la plata y los millones en barras y los españoles, para la prosecucion de la guerra, con que cada dia se adelanta y crece, y se pone en más mortal asombro y cuidado á los enemigos, quieren tomárnoslos y cegarlos por cortar este socorro, en que, á mi ver, si sucediese, el País-Bajo quedara fustrado y los enemigos con facilidad, para que lo que no se ha podido concluir ni acabar por espacio de setenta y más años, que ha durado allí la guerra con perfidia y apoyo de Francia, de Inglaterra, protestantes y otros auxiliares herejes de aquel norte, ahora se concluirá en un año. Y no faltaria á esto la práctica y mala intencion del Cardenal, duque de Richelieu, porque el otro camino de la Valtelina y Trento, para españoles é italianos es muy largo, y ya le han pretendido tapar con franceses, y no con el peor de sus Capitanes, sino con el mejor, el duque de Branque. Acababa de desalojar el marqués de Leganés, con las gentes de Milán, como dejamos referido en los capítulos de este libro, y otrosi el dinero va en letras, que



muchas veces, si allá hay riesgo en la mar, aquí tienen otro daño de no menor ingenio y malicia, que es salir inciertas y no caber, como ellos dicen, en los efectos que se les han dado á los asentistas. Conviene, pues, mucho parar aquí el juicio y el discurso de nuestros Ministros, y estas costas armar con prontitud y con fuerzas; el Cabo que cuidase de aquello asistirle con soldados y dineros; proseguir en la obra y expedicion de las fragatas y en las presas; dar mayor dolor á Holanda y á Francia en sus vecinos ó interesados; tenerlos abiertos para recibir estos socorros, que en bajeles expuestos á las fortunas de la mar y al contraste de los enemigos y de sus armadas, Dios ha de ayudar, el ingenio ha de venir y el valor ha de pasar adelante con ruina y azote del enemigo, como siempre, y ellos han de quedar burlados, y la religion católica y apostólica romana ha de prevalecer en Flandes, y arraigarse con más poderosos nervios por la fuerza y poder de nuestros Príncipes, por su vigilancia y fatiga continua, que no admite tregua ni vacar á otro cuidado, por delicioso que sea ni de recreacion. El villanaje de Monsieur de Enao, Cambresi y Artois, como vieron tan pujantes y licenciosos á los franceses, siendo tan flexibles sus defensas y sus casillas expuestas á la libertad del campo, temiendo á cada instante el robo de la mujer, de la hija y de los otros bienes, como de la vaca, de la manteca, de la carne salada, recogidos y conservados para el sustento ordinario de su familia, en un instante se acogieron, desamparando, á las villas muradas con sus haciendillas; de suerte que se veian las calles de ellas llenas de esta gente, sin tener acogida los más de ellos sino debajo de los portales, donde dormian con sus hijos y mujeres. El príncipe Tomás no queria salir en campaña por falta de gente que habia, y por no haberla querido levantar, como lo habia advertido todo el invierno pasado, y se conservase la gente vieja; conviene á saber, el conde Picolomini y á Juan Vvert con sus dragones y alemanes, y no se habia dado orejas ni á lo uno ni á lo otro, por escasear el dinero (tema que en este reinado ha causado miserables llagas al Estado, en su conservacion y



acrecentamiento), y no queria que las pérdidas que habian de suceder este verano, por descuidos de Ministros, corriesen por su cuenta, porque no sabia cómo dirigir ni mandar la gente para ofender á los enemigos, cuando no habia la razonable para defenderse.

A esta hora D. Juan de Vivero y D. Alvaro, su hermano, fueron rotos de la caballería francesa, tomado el bagaje, preso y herido el D. Alvaro: apretaron á Quesnoy, Landresi y Avenas; pero habiéndose suspendido el cardenal de la Baleta en la rendicion de Landresi, le ordenó el rey de Francia lo hiciese con todo cuidado y diligencia y la consiguiese: soltó el mariscal Ramburg á D. Alvaro Vivero sobre su palabra, y hay quien dice que despues de acabado lo que tenia que hacer, se volvió á la prision; y el gobernador de Landresi, sabiendo que los franceses le querian tomar el ganado, los esperó, se lo impidió y les mató muchos de ellos. Todo era trazas y ardides en los enemigos; ponian los ojos en Cambray y no se atrevian, pareciéndoles el intento muy árduo y sus fuerzas muy desiguales para tan alta empresa: pasó á aquella fuertísima plaza el trompeta de Monsieur de Ramburg, á redimir á algunos burgueses del país de picardos, y parece fué echado con cautela para tentar y poner en sobresalto á la guarnicion y á los vecinos; pero reconocido todo por el conde de Fuensaldaña, le preguntó por el estado de la guerra y el intento de los franceses: respondió el trompeta, mintiendo, que otro ejército, demás del que tenia el cardenal de la Baleta, de 30.000 soldados tenia sitiado á Hedin, plaza muy fuerte en el Artois, gobernado por un gran soldado, y que el duque de Orleans, hermano del Rey, venia marchando con otros 30.000, que serian 60, y que ántes de mediado Julio tendria 100.000 hombres en campaña, y que estorbarian el trabajo de Gravelingas. De esta manera desvarió el trompeta; pero sin embargo de que á hombres grandes no les es lícito responder, ni dar satisfaccion á hombres tan bajos, todavía el Conde, como estaba tan fresco el coraje y el ardor de combatir en ambas naciones, le dijo: «No hay duda sino que vuestro Rey es grande y

que traerá toda esa gente; pero decidle que nosotros le esperamos con las armas en la mano». Mandó hospedarle en la mejor hostelería de Cambray, con guarda, porque no hablara con algun vecino, temiéndose de algun aviso ó trato doble, y que atendiese á no más que al negocio á que habia venido.

Dieron vista á Cambray diez tropas de caballos franceses, al un costado del castillo; fueron salvados de la artillería, tocóse arma en los cuarteles de los españoles, italianos y alemanes, y montaron á caballo algunas tropas para encontrarlos; pero no parándose á nada, siguieron la retirada, continuando la malicia de quemar en los casares del contorno, prosiguiendo con el aprestar á Landresi con aproche, que se defendia en una fuerza. Dejóse ver el príncipe de Orange con su armada hácia la provincia de Flandes; quién decia que ambos querian embestir á Gravelingas y tomarla por quitar de allí aquel nuevo cuidado que les daba tanto pesar; fué derrotado Orange, de algunos recios temporales: parte de ella arribó á Flesinsagas, en Zelanda, y en el puerto de Midelbourg, y la otra corrió la vuelta de sus pesquerías, y si durara el temporal fuera muy posible perderse el trozo de armada que aportó á Zelanda: tocó arma á S. M., á los Capitanes y Ministros que le acompañaban al pais de Vas, asentó su corte y algunas tropas en el casar de Estequen , para no dejarles desembarcar; pero no eran estos sus intentos sino llamar allí para dar en la parte más sensible, que veremos; mas nuestros Capitanes se temian no surtiesen estos ardides y asonadas á la Mosa en Stvensvert. Traia el enemigo varias empresas y de más número que de una, reconociéndose en las salidas que hacia; dió vista á algunas plazas y hallólas reforzadas, y con dificultad acometiendo algunas veces, que no pensó por hallar alguna á su propósito: ponia los ojos ahora en Gravelingas, en Amberes, ahora en Brujas, y aprestado para todo, embarcó muchos carros de víveres y municiones y navegó para diferentes intentos: llegaron los franceses con sus aproches por tres partes á la contraescarpa del foso de Landresi; encaminaron una galería y minaron un caballero; para minarle, gastáronles los si–



tiadores en las fortificaciones de fuera algunos puestos, de que recibieron gran daño los enemigos; hicieron algunas salidas esforzándose cuanto podian, no sin alguna desconfianza de la defensa, porque no tenian pólvora, municiones ni bastimentos, tanto que no tiraban ya si no es con medio cañon, y éste estaba desencabalgado, con que los franceses trabajaban á todo moler de dia y de noche por entrarla. El Gobernador se mantenia cuanto le era posible y los demas soldados, aunque pocos, pedian socorro á S. A. y no se le podia dar, asistiendo los que habia en las plazas mayores; ya la insidia importaba de los franceses en diferentes movimientos, y él en persona, al tránsito que esperaba de holandeses, que ya se habian dejado ver otra vez en sus barcas y bajeles en la Filipina. Estaba S. A. en el casar de Estequen, á cuatro leguas de ellos, atendiéndolos y esperando el diseño de sus empresas; traia con sus bajeles 1.500 barcas, 8.000 infantes y 3.000 caballos; pero suspensos y sin tomar resolucion, por ver al Infante tan cerca de sí, hacian los franceses gran junta de bastimentos cada dia para encaminar la accion á grandes fines, creyendo acabar este año con el País-Bajo, viéndole tan desproveido y desarmado. Aguijábalos Richelieu á conseguir y á emprender, con cartas y correos, no faltando espías allí y en todo el mundo, de quien dicen y es opinion constante, que gasta cada mes 20.000 escudos, prefaccion importantisima para saber los movimientos y trazas de los Príncipes, deshacerlas y cortárseles y prevenir contra ellos liberalidad, que sirve de no recaer en sobresaltos intempestivos, en asechanzas de enemigos, de congojas, de miedos, y, lo más perjudicial y vergozoso en balanza el Estado, por guardar cuatro reales, y porque el otro, aunque lo merezca, no se luzca con ellos. Miéntras no comiera el dinero y se diere, no hay que esperar dichas ni buenos sucesos, porque la miseria y la poquedad jamás floreció ni creció cosa de importancia: esto tiene el reino en el bajío en que está, y ese es el que se requiere que se tenga para su ruina y la de todos; y así falta el ánimo en los vasallos, falta el lustre en los cortesanos, y en Palacio falta

el cariño, y el auxilio en los forasteros, y todos aborrecen la menudencia y la escasez, pues nadie quiere ir ni llegarse adonde comen mal.

Habia muchos dias que sufria Landresi el asedio de los franceses, apretada y combatida por tres partes, y por todas envió el príncipe Tomás órden al conde de Fuensaldaña, gobernador de Cambray, mirase si podia socorrerla. Respondió habia más de quince dias, estirando el juicio á cuanto él podia pensar, que estaba imposibilitado de poderle recibir; sin embargo, envió dos moradores en hábito de villanos y con buenas guías para que entrasen dentro, y se informasen del Gobernador por qué parte se podia socorrer y que ellos lo viesen, y en todo se halló dificultad y embarazo, y no se hizo nada. Esperaba el cardenal de la Baleta al príncipe de Orange, para correr con los tratados de este año; pero sus designios eran otros: queria se llegase á Gravelingas ó al canal de Dunquerque para que ambos, unidos y formidables, acometiesen á todo y fuese la ganancia más para el cristianismo que para los holandeses, que cada uno quiere que sea sólo para sí el interes y para el otro la fatiga y el gasto. Cautelábase en este hecho el príncipe de Orange, dando por causa el achaque de la gota, que le habia embarazado, y los muchos vientos que corrian contrarios á la navegacion, de que habia sufrido tormentas muy peligrosas; con que resolvió el Baleta marchar la vuelta del Valonés, para afrontarse con Gravelingas y estar cerca de Dunquerque, con el ánsia que tenia de quitar aquel tránsito á nuestros socorros. Reforzóse el ejército francés de nuevas y más numerosas gentes, que trajo á su cargo el Gran maestre de la artillería; sus cartas afirmaban que eran 25.000: siguióle el conde de Fuensaldaña con 2.000 hombres, que tan arriesgado estaba todo, dejando muy desguarnecida á Cambray y en manos de 300 valones, con ayuda solamente de burgueses, que siendo desatentos y amigos de novedades, y de militar debajo de diferentes dueños, estuvo á riesgo el tercio que la resguardaba, por estar dividido en alojamientos, y áun de ser degollados del sobrado número de los enemigos. Pero



todo esto por órden del Rey se convirtió en concluir á Landresi, por el deseo que tenia de señorearse de ella; y así ordenó al gran Maestre que, con la mitad de la gente que llevaba, él y el Baleta asistiesen con gran porfía á la toma de Landresi, y miércoles, á las tres de la tarde, 22 de Julio, volaron un baluarte y abrió tanta brecha que podian entrar carros por ella. Cortó el Gobernador de la plaza lo volado, para retirarse á lo demas que le habia quedado, teniendo aviso que para el dia siguiente estaban aprestadas otras dos minas, una por el cuartel del cardenal de la Baleta, y otra por el del duque de Candala, su hermano, hallándose ya sin gente para sufrir los asaltos, tanto que no pasaban de 300 hombres; causa por que, con acuerdo de los demas Capitanes, hizo llamada, juéves por la mañana, trataron de los conciertos, concediéronle los mejores y más hermosos; pidió que le dejasen ir á Quesnoy ó á Cambray con su gente, negáronselo, y sólo le concedieron que pasase á Valenciones con Valanzon; fué esto viérnes, víspera de Santiago, y sacó banderas y bagajes: habia durado el sitio diez y siete dias; estaba ya abierta la muralla, deshechas las fortificaciones, pocos soldados y nada con qué tirar; habia hecho salidas, aunque pocas, por no tenerlos para ellas; habia levantado baterías, mudado la artillería de una parte á otra, cortado calles y baluartes. Agregó á sí y á sus designios el francés con la toma de esta plaza, aunque pequeña, la navegacion del rio Zambra hasta debajo del castillo de Namur, y tomó en él á Barlemont, á Manburge, y á Marchena, Uponte; dificultó el paso de Namur á Bruselas, y dió comodidad á las correrías y á los batidores del campo, para diferentes progresos, sin embargo. Es Landresi villeta pequeña, de poca más capacidad que el castillo de Cambray, con no mala fortaleza, de número y poblacion de 50 casas, en figura de corazon; tiene en los dos extremos dos baluartes, y por la parte que el corazon está más recogido, en la mitad, tiene otro; es de muy buena ribera, ancha, que le sirve de ancho foso, dilatados los terraplenos de las murallas que pueden pasar cuatro carros juntos, y razonable artillería; al fin, villeta, en el asiento y en las

comodidades agradable y gustosa, pero desproveida, sin gente, sin municiones y pocos víveres. Sintió S. A. el infante esta pérdida y todo el País-Bajo y, como soldado viejo en la corte de Castilla, D. Cárlos Coloma, conocida por él tantos años, por la bondad de la plaza, agraciada, de buenos paisanos y hermosura de sitio: el Rey lo sintió; comenzóse á desconsolar la tierra con esta pérdida, y por este año no esperaban buenos efectos las poblaciones del País-Bajo. No se tenian buenas nuevas de Picolomini, de su ejército, que era en lo que estaba fundada la esperanza y la redencion de todos; habia enfermado en Tréveris: sin embargo, al Infante le daban prisa, refiriéndole con tanto afecto como el año de 35, si no más. Marchó aquel excelente soldado por proveer á la necesidad y condescender á los avisos de S. A., y agravósele el mal en Namur: teniendo los países por mayor el que no traia casi 6.000 hombres de pelea, esperando más, decian le habian faltado en la promesa del dinero, y en la oferta de 100.000 escudos al mes, y que ésta era la causa de no poder cumplir con lo que habia ofrecido y con la gente que se habia mandado juntar; de suerte que las cosas de Flandes se ponian cada dia da peor condicion, y no faltaban presunciones de haber algun trato en Cambray.

A este tiempo sucedió un caso en Lieja, bien notable y digno de admiracion, por la quiebra total de un hombre noble, de su casa y de sus hijos. El conde de Barfuse, de los deservicios hechos al Rey Católico, de quien era vasallo en el País-Bajo en el año de la conjuracion, á quien habia tocado la parte que á los demas, y comprendido en ella, por volver á la gracia del Rey y recobrarse en los servicios, en la hacienda y en la casa, habiéndose retirado á vivir al país de Lieja, maquinó matar á Tedelaroc, Burgo-maestre de aquella villa, revolverla y alzarse con ella y darla al Rey: desatino que, si no se hiciera, no se hubiera cometido, porque aquel territorio no es tan grande, tan poderoso ni tan formidable, que si el Rey le quisiera haber tomado con sus soldados y ejércitos no lo hubiera hecho; pero S. M. y los demas Reyes, sus antecesores, aunque



los de Lieja sean poco inclinados á la nacion española y mucho ménos á la devocion y alianza con nuestros Príncipes, y sean bulliciosos y franceses de condicion y naturaleza, y perjudiciales en la vecindad, el Rey Católico los ha sufrido en esta era, y los ha tolerado y dejado vivir á cada uno en paz, en sosiego, en sus casas, provincias y lugares, no queriendo atravesar ni destruir la libertad, ni la jurisdiccion, ni impedir el aliento de los hombres, por la misma razon que con sus confinantes, ántes pretendiendo su conservacion y seguridad, por no violar los derechos concedidos á éste y otros semejantes países, dependientes del Império y de sus Príncipes; particularmente Lieja, por el Elector arzobispo de Colonia, sobre quien tiene rentas, cosa que tanto reconoce S. M., deseando solo del Imperio no más que su exaltacion y bienaventuranza. Este hombre, pues, sedicioso, tumultuario y francés de corazon, tomó por arbitrio, para matar al Gobernador, convidarle á comer con algunos del Magistrado, y para su resguardo pidió al gobernador de Lovaina le diese 40 hombres con un sargento: la gente parecia poca para una villa tan populosa, y para cometer hecho tan grande y contra el dictámen de los lugares y de su libertad, porque nadie pasa porque un extranjero le mate su Gobernador, ni el natural tampoco, y tambien esta gente no la podia dar sin órden del superior. Ya tengo respondido á esto, que semejante faccion no era menester, ni por este camino parece fabuloso el cuento; y así lo escriben y lo afirman del País-Bajo hombres de fe, y con este fundamento nos arrimamos á sus relaciones y los seguimos.

Murmuraban en Lieja, y el mismo Gobernador reparaba en ello, por qué se lo debian de haber otorgado, y que á hombre dado por traidor le diesen aquella gente, y con órden del gobernador de Lovaina que le obedeciese; parece que habia contradiccion al estado que el Barfuse tenia. Entraron á la deshilada esta gente y encubriólos en su posada; llegó el dia del banquete, que fué muy solemne y de ostentacion, y á la hora de los brindis, y quedar ocupadas las cabezas del vino, quién brindaba á la salud del rey de Francia, gran patroci-

nador de aliados y de rebeldes; quién á la del Richelieu, su privado, por estas artes y trazas; quién á la del príncipe de Orange, dándole el nombre y prestado título de Alteza, por reo execrable de la tiranía; quién á la del duque de Bullon y á la de Neoburg, aquél francés y éste aleman, vecino á Colonia, en Westfalia, sepulcro ántes, en la era de los romanos, del ejército de Varo. Finalmente, estando la embriaguez en su más subido punto, y para ejercitar el homicidio, se levantó el conde de Barfuse, y con una copa en la mano brindó al Burgomaestre á la salud del Rey de España, y que fuesen amigos del rey de Francia; y el hombre que oyó en la boca de Barfuse tan nuevas palabras, al que le habia oido innumerables veces blasfemar de su nombre, no se pudiendo contener, se levantó de la mesa y dió voces diciendo: «traicion», y quiso retirarse; mas no dándole lugar, entraron los soldados y le dieron de puñaladas y luégo á los que vinieron á comer con él. Derramóse el hecho por la villa, alborotóse la gente, tocaron arma, entraron en la casa de Barfuse, matáronle á él y á la gente que pudieron haber á las manos, y faltos de reverencia (esto es muy para sentir) violaron en su infame atrevimiento tres hijas doncellas, hermosísimas á maravilla. ¿Qué podremos decir de semejante pueblo en este caso, sino que es bárbaro, sin fe ni religion, perder el respeto á la virginidad junta con la belleza? Aunque el padre hubiera cometido muerte del mayor hombre, de mayor tierra y de mayor provincia, y fuera Príncipe, ¡oh gente villana! cuando no tuviérades piedad, no os moviera la horfandad de aquellas doncellas, no os compusiera y enseñara respeto la compostura de sus caras? Los yerros del padre en ninguna era, ni en ninguna república, por estirada que fuese, corrió por cuenta de las hijas; en él está bien ejecutado el rigor, si este modo de muerte se le consintió para que de él saliese su castigo, porque muy corta cosa era que de un hombre y de 40 soldados se consiguiese el sorprender una provincia, cuando con un ejército habia riesgo y no pocos inconvenientes en la restauracion, y era entrar en nuevas dependencias, oposiciones de Príncipes vecinos y con-

finantes. Saquearon la casa, hallaron 300.000 florines en ella, mataron 20 de los soldados que vinieron de Lovaina y huyeron los demas; y tras un frenesí pasaron á otro peor, en discurrir de de dónde habia salido el consejo para perpetrar aquella muerte, y recayeron temerarios é hicieron el juicio sobre los Padres de la Compañía de Jesús, porque Barfuse tenia allí su confesor, y creyeron que de allí habia salido. Fuéronle á buscar y no le hallaron, porque habia ido fuera de la villa; pero los malos y poco afectos á esta sagrada religion, porque conduce de todo su espíritu á los vivientes á la esperanza y á la posesion del reino de Dios, á la exaltacion de la fe, al culto de la Iglesia, á la destruccion de los vicios; estos, como son tan dados á ellos, no queriendo meter los piés en la razon, abrazar la verdad y buenas costumbres, llevados del antojo, fueron al colegio, embravecidos y furiosos, mataron al Rector y otros Padres y desterraron á seis; quisieran quemar la iglesia y casa, si la poderosa mano de Dios, que quiere que no falten estos sagrados cultores y diligentes laborantes y misioneros en su viña, no los rechazara y los defendiera de aquel vulgo loco. De esta manerá acabó aquel hombre, desperdició su casa y su sangre, malbarató su fidelidad primero y luégo la fe que se debe al hospedaje de los forasteros, y la hizo sin prudencia, desatinando en la casa del vecino, y delirando en al propia, y en lo que no habia para qué; siendo más para destruirse que para remediarse, porque nada se mejora con matar si se enmienda particularmente; que era locura acometer á la muchedumbre, donde pocos era fuerza acabar á manos de todos ellos. Admiró este caso en los países vecinos y movió á compasion el estrago de las doncellas, por su calidad y honestidad que habian conservado, cuya hermosura, los nobles corazones hidalgos que tienen pureza en las potencias del alma, consideran por ahí la belleza á semejanza del Paraíso y que nunca muere.

Atendiendo S. A. con desvelo y fatiga á los movimientos de Holanda, que ya se dejaban sentir á la frente de Vergas, Lila, Canton de Amor y otras partes, y como tales juntas y apari-



ciones son presagios de sus acometidas, y que entónces lo que más arriesgado estaba era el país de Bas, por haberse con poca atencion redimido el alojamiento por 12.000 florines cada mes, cosa ahora en Flandes introducida, y que los demas países habian dado en pretender, por excusarse de los alojamientos y reducirlos á sólo dinero, no dejando en todos trances de publicar el miserable modo de la necesidad, y buscar el dinero y los ahorros por medios indecentes, para que los enemigos no dejen de conocer el calamitoso estado en que estamos para sobresaltarnos. En efecto, los burgueses y magistrados habian tomado este arbitrio para su desahogo, pero perjudicial para la defensa, porque con color y celo indiscreto de mirar por el patrimonio Real, y buscar por este camino el dinero que no se queria dar de los tesoros Reales y propios, se quedaban los paisanos y plazas desabrigadas y expuestas á las interpresas de los enemigos, quedando los soldados estrechados y restringidos en castillos y otros agujeros, donde si habian tenido mal verano campeando, siguiendo los peligros y descomodidades, tenian peor invierno. Deshácense los ejércitos con estas novedades, que es á lo que más hoy se atiende, como si fuera de las reglas de Estado más importantes; fáltales allí la cama, y la lumbre que hallan en casa del labrador, doblándose por este camino la necesidad, pues vale una libra de vaca pequeña cuatro plazas, una de carnero ocho, un pot de vino cuatro reales, el de cerveza tres plazas, un fogote cinco, y en esta forma andan reventando, cuando no son llevados al alojamiento, y hánse tomado para sí estos arbitrios, y adjudicádose un encomio muy falso, que es llamarse redentores de países; yo los llamo desertores. ¿Quién nos dará que podamos decir á los que nos gobiernan, que sigan las huellas de nuestros mayores y más envejecidos en prudencia y en el arte de la guerra, y que no sea tropezar en usos nuevos? Cuando la disciplina militar seguia sus antiguos ejemplos y los soldados alojaban en los países, sufrian los trabajos, conseguian con valor y ardimiento las empresas y las victorias, y se hallaban con calor para emprender otras de no ménos calidad.



Discurrido, pues, por S. A. y por los del Consejo, Cabos y Capitanes, que la parte donde amenazaba aquella tempestad de bajeles y de la flota y notable número de barcas, era el país de Bas, ordenó al conde de Fontanar, que con la gente que en su franco de Brujas tenia ordinariamente, se viniese mejorando la vuelta de allá, atravesando por países de contribucion, á esotra parte del canal. Llegó tan á tiempo Fontanar con su gente, que ya venia Enrique de Nasao, príncipe de Orange, en persona, con 4.000 barcas y 3.000 soldados, al Poldre de Bahamen, que está á dos horas y media de Hults; mas como halló reforzada la tierra y con opósito de soldados y caudillos de consideracion, y los puestos tomados, se volvió, blasfemando, á tomar sus barcas sin hacer nada. Traíanle fatigado diversas empresas y diferentes intentos, sin concluir ni poder aferrar ninguno: la junta con los franceses para lo de Gravelingas, para tentar á Dunquerque por la armada naval que habia allí para deshacerla, por el estrago que hace en las suyas y en las pesquerías; y ya queria asediar á Brujas, como los años pasados lo habia procurado, y, á mi parecer, á la muy nobilísima villa de Amberes, que es su mayor adolescencia para hacer entre la provincia de Flandes y de Brabante mortales estragos; y no hay duda que si ésta se perdiese seria el fin de las otras.

Estaba ántes el Poldre de Bahamen desamparado de unos y otros, de amigos y de enemigos, esto en los años pasados, y no servia de nada; pero, sin embargo, fueron de parecer gravísimos hombres militares y geógrafos diligentísimos, deseosos siempre de ir contra el enemigo y en aumento de los Países, que se fortificase, que de no hacerlo podria resultar daño á los de la Tola, Harinquincen, á Holanda y otras islas que hay en aquellos canales, con barcas. Dióse este cargo á D. Agustin Megía, Capitan muy esclarecido en Flandes por las victorias que allí alcanzó, en Cambray y en la Picardía y el Valonés, contra franceses; del archiduque Alberto bien conocido, y de Enrique IV de Francia, por las veces que contendieron ambos, con tanta gloria de la nacion Española y de D. Agustin, el

primer año que el marqués de Aytona pasó á gobernar las armas del País-Bajo: reconociendo esto y su importancia, queriendo con fragatas dañar al enemigo, á modo de correrías hechas alrededor del fuerte del poder, dándose á creer, y que á todo contribuiria, mandó se le entregase la guarda de la gente del Grobendoch, con el tercio del conde de Fuenclara, para su resguardo y el país de Bas y de Hults; pero la infelicidad de los soldados extranjeros, y su poca aficion á nuestras cosas, los de Grobendoch se entregaron á los holandeses; con que Hults tiene en él una espina muy penetrante en los ojos.

Ardian los franceses por acometer á Gravelingas, puesta en perfeccion por el marqués de Fuentes; salieron de Cales, poco ménos número de 14.000 de ellos, y trabándose con los nuestros en recia escaramuza, fueron rotos, y vueltos con pérdida de 300. En el Brasil, los holandeses ponian las cosas en grande aprieto, y estaba la provincia para perderse; hacíanse socorros de Portugal y de Castilla con esperanza de mejorar en el riesgo que se temia. Quisieron los franceses tomar el puerto de Guetaria en Guipúzcoa, con pinazas, en número de 2.000 hombres y no lo consiguieron. El Rey Católico, por este tiempo, al principio de Julio, enfermó en el Retiro de unas tercianillas; vínose á las bóvedas y al cuarto bajo de Palacio, y con brevedad cobró salud; bien que el pueblo tiene sus sentimientos y no se le pueden aplacar por el peso de los tributos de que querian verse libres y desasidos del Gobierno. El rey de Francia y Richelieu porfiaban tenazmente por meter en la Liga contra el rey de España al rey de la Gran Bretaña, á que el Parlamento y el mismo Rey no salian á ello, manteniéndose en su primer propósito, por lo bien que les estaba. Pedia el Francés navíos á su costa, y que capitularia la restitucion del Palatino, y de no hacer la paz con España hasta que fuese vuelto á su estado; pero esta materia y diligencia del Palatino con el rey de Inglaterra y Francia tiene el mismo estado que al principio, y mayor dificultad con el suceso que escribiremos en el libro que viene. Fortificaba el cardenal de la Baleta á Landresi, con 4.000 gastadores que le habian enviado el



gobernador de Perona y los otros puestos que habia tomado con la venida de Picolomini, si bien enfermo y con poca gente, que por entónces no eran 6.000 hombres, no obstante que decia le quedaba más gente y venia marchando á los estados de Flandes. Con este socorro se alivió el Infante del peso que tenia sobre sí de una y otra frontera. Tomó el gran Maestre de la artillería el fuerte de Buchain. La emperatriz María, esposa de Ferdinando II, emperador de Occidente, continuándose con prosperidad la sucesion y los hijos en aquella augustísima casa, parió una hija en Viena de Austria, á 15 de Julio de este año en que proseguimos. El rey de Francia pedia paso franco, y salvoconducto al Emperador, para que pasasen por Colonia y sus Estados el duque de Beimar, el Landgrave de Hesen y otros señores alemanes rebelados á aquella Corona: respondió con libertad de ánimo generoso, no daba salvoconducto á rebeldes, ni hacia paz con ellos; con que se deshizo de nuevo el tratar de ella, y cada Príncipe de los que tenian alli sus Embajadores, Confidentes y Plenipotenciarios, los mandaron venir y abandonar la Junta, poniéndose todo de peor condicion, más sangriento y enconado, y siempre los pensamientos en las armas, en destruirse y acabarse.

Tras la toma de Buchain por el gran Maestre de la artillería, se siguió la de Busigni, con cuatro barriles de pólvora en ménos de veinticuatro horas, pequeño castillo y de ninguna consecuencia, si bien costaba al Rey el mantenerle y sustentarlo 100.000 escudos al año; y ofreció el conde de Soisons á Picolomini disponerle alguna buena plaza en la provincia de Champaña, promesa que no tuvo más fin que retardarle en la jornada: andaba desavenido del rey de Francia, por la poca defensa que le parece hizo el año pasado, en la provincia de la Picardía, cuando el ejército Real entró por ella, acaudillado del infante D. Fernando y el príncipe Tomás, dudando el cristianísimo y el privado del parentesco que tenia con aquel Príncipe por el matrimonio contraido con su hermana: hay quien discurre que la desavenencia es traza suya, y todo se puede creer de la nacion francesa, de su poca seguridad y falta de



fe en sus tratados, si no militara de su parte el haber rendido la vida á la devocion del Rey Católico, como nos lo dirá el año de 41, en los contornos de Sedán y sus términos.

Estando el príncipe de Orange, como ya lo dejamos referido, suspendiendo al Infante y á sus gentes, no pudiendo por su asistencia obrar nada desde aquella parte de Bergas Obzom, despues de haber hecho los Estados infieles sus plegarias calvinianas, viendo que los franceses se habian entregado en la golosina de sitiar por su confin, aunque pequeñas villetas y castillos, resolvió en tomar otra derrota, ya que en aquella no podia obrar nada y que perdia tiempo; y por engañar á los que le atendian, haciendo dos partes del número grande de barcas que tenia, pasó á la una muchos de los soldados, pertrechos, víveres, municiones y gastadores, y la otra dejó vacía, no más que para ostentacion; y valiéndose de la noche, por no ser sentido, le entregó al conde Casimiro de Nasao, gobernador de la Frisa, fuerzas que él habia podido juntar de aquellos países, dejando aseguradas ántes todas las villas y fortalezas de aquel paraje. Finalmente, le dió órden que corriese á cargar á Breda, con notable ánsia de volverse á recobrar en ella, por ser patrimonio de grande consideracion para sus conveniencias, y por ser la más, ó tanto como las de mayor fuerza, y de donde se toma el ejemplo y la idea de fortificacion para las otras.

Navegó, pues, Casimiro en Gertruydembeyo, ó más atras, echó la gente fuera y los gastadores, y ordenóla en aquella campaña; pero algo remiso por algunos dias, por la guarnicion de la villa y por los socorros que la podian venir y darle las más cercanas, sin atreverse á embestirla. En el entre tanto, las otras barcas que quedaban vacías se andaban barloventeando por las riberas del Rhin, Isel y Wal, y nuestra gente, sin saber el ardid que se le habia armado y el daño que les esperaba. Viendo, pues, Casimiro que en toda la campaña no habia quien le resistiese, la embistió y echó el sitio, y la comenzó á abrir trincheras y á tomar los puestos, con soldados y gastadores que traia, y otros que convocó del distrito. Estaba



dentro de la plaza y por su gobernador el Maestre de campo Furdin, de nacion borgoñon, soldado de valor, si bien rindió el Esquenque que no pudimos conservar; y éste, viendo lo que cargaba sobre él y el estrecho en que le ponian, el socorro léjos y las fuerzas divididas en dos partes, contra dos enemigos consolidados, como el francés y el holandés, y que queria acabar este año con todo el País-Bajo; avisólo al Infante, y escribióle como el enemigo sitiaba la villa, habia tomado los puestos, sacaba trincheras y otras máquinas, y descubriese el engaño del príncipe de Orange, y como las barcas, que le hacian rostro en el país de Bas, no tenian gente y que estaban vacías, y las que la tenian habian salido de los canales en la noche, y estaban sobre él; que le socorriesen de soldados, bastimentos y municiones para poder resistir y defenderse. Causó este sobresalto no poco cuidado al Infante, á los Cabos y Ministros, y tambien el artificio del de Orange; trabajaban, pues, muy apriesa en fortificarse, habiendo costado ántes el ganarla el marqués Espínola 6 ó 7 millones de plata.

Dudó S. A. sin embargo del aviso del Gobernador, por ver delante de sí todo aquel número de embarcaciones, en que parecia no haber hecho mudanza ninguna ni desmembrádose la armada del holandés; y entre tanto que se pudo mover y poner en órden el ejército Real, para correr al socorro, se pasaron de vuelo ocho dias; y se oponia por dificultad el número de leguas que habia del país de Bas, donde S. A. estaba con su corte, hasta Breda. Sin embargo, se alentó, convocó y llamó la gente, y enterado de la verdad y necesidad en que Breda habia caido, tomó sus armas y caminó muchos dias con ellas, y movió lo más apriesa que pudo, y con ánimo de dar batalla al enemigo y romperle un cuartel y socorrer la plaza: dió órden entre tanto que el conde Juan de Nasao, de la familia de los príncipes de Orange, pero fiel al Rey Católico, con golpe de caballería, miéntras que recogia lo demas del ejército que para sí juntaba, marchase delante y tomase algun puesto, que fuese de reparo á los sitiados, y los confirmase en la esperanza de poderlos redimir del asedio; pero el Casimiro iba

por horas, con su gente con la zapa y la pala, imposibilitando el poder ser socorridos, porque nuestra falta de providencia por la poca gente que habia olvidado, ó dificultad de dinero, tenia al riesgo muchas plazas del País-Bajo; y en esta ocasion le habian dado lugar al príncipe de Orange y á su hermano, para cerrarse con trincheras y cortaduras, no uno, sino algunos fuertes y reductos, pasados de quince dias, que son los que habia menester, y los que sobran, si no se acude con tiempo, á perder la más fuerte y poderosa villa de los países. Habia avisado de esto ántes el Gobernador, y que se temia del sitio; y no le respondieron, ó no le era dado al infante D. Fernando más, ni poderlo, por asistir por el otro lado á las hostilidades de franceses, á sus muchas entradas, invasiones y varios intentos, en que prolijamente guerreaban; como ni tampoco al gobernador de Landresi, por la atencion que se tenia á los holandeses; y no le plugo que el invierno de este año, conmovido de los vivos aprestos de los franceses por su frontera, y del riesgo que podia correr todo, fué en persona á la corte de Bruselas á representar á S. A. R. la flaqueza de Landresi, su falta de gente, de municiones y vituallas, y salió, más con disgusto por el aviso, que socorrido de las cosas que precisamente eran forzosas para la defensa de su gobierno. Haciáse, pues, cuanto se podia en todas partes, y uno sólo contendió con dos; y en efecto, no se descaecia, ántes se esperaba, si bien con pérdidas, quedar con vigor para esperar fortuna, porque el rey de Francia y su ministro, ingenioso y de maña, ántes del año de 44 los esperaba un sepulcro y volver la vanidad y el orgullo en ceniza, y muchos de estas memorias en olvido: y en aquel año, cuando quiera el cielo, veremos al Rey Católico, D. Felipe IV, armado en las riberas del Cinca, y con el baston en la mano, acaudillar gentes para vencer rebeldes, concitados por franceses, y romperles á un mismo tiempo; y otros, por sus gentes, en las fronteras de Portugal, serán caidos estos y levantado su nombre y conducidos al yugo primero de soldados los desertores, y vueltos á unir las más fieles en concordia de pueblos, policía y justicia, con castigo de los ingratos: prevalecerá la Reli-



gion y la espada por autoridad del Monarca, y el Imperio de la misma manera rebatirá sus enemigos, y desde aquel año, floreciendo en empresas y victorias, se recobrará todo, y desvaneceránse los tiranos en hondos precipicios, como se espera.

Solicitando paces S. A. del estado calamitoso que tenia Breda, y descubierta la materia del ansiador y de la cabeza de los rebeldes, á mediado Julio, el justísimo infante D. Fernando, mandó juntar la más gente que pudo, y sacó 2.000 hombres de los que tenia el marqués de Fuentes en el ejército y embarazo de Gravelingas, con que se enflaqueció aquella obra y frontera para con los designios y fuerzas de los franceses, con que todo daba cuidado, y el Infante y las demas cabezas le tenian. El enemigo perdia tiempo en romper diques y exclusas, para empantanar la plaza, el territorio, y reducirla al ultimo suspiro y postrer lance de necesidad, é imposibilitarla de remedios, no dejando ningun ardid que no examinase su desvelo, ni trato que no experimentase su cuidado, máquina é ingenios de que no hiciese prueba su indignacion y tenacidad para llegar al efecto y conseguirle. Aguardaba el Infante, para marchar, toda la gente que habia invocado, dejando parte á los franceses y parte á vivir otros puertos de calidad y defensa. Túvose allí una junta de los más graves consejeros de aquella milicia, sobre lo que se habia de hacer: todos fueron de un mismo acuerdo, en que socorriese á Breda, mas que su Alteza hiciese alto en Amberes, y de allí fortaleciese el ejército de cuanto hubiese menester, le alentase y no pasase adelante. No se ajustó S. A. con el parecer de Cabos y Ministros; ántes daba muchas órdenes de prevenir, á los criados de su casa, todo lo necesario á su persona, las armas y las demas cosas para la jornada que pensaba seguir. Hízose réplica con otra junta, y no condescendió, ántes, posponiendo la vida del Estado que le habia encargado, y la de los súbditos á la suya, á su honra el decoro y autoridad del Rey, su hermano, por lo que le habia fiado, abandonando sus comodidades y salud propia, se expuso en cuanto pudo á salir á ella. A este gran cuidado se añadió el otro de los franceses, de todas maneras



perjudicial y de congoja á la conservacion del país, porque era avisado por momentos que las plazas grandes de Cambresi, Monsieur de Enao y Valencianes estaban llenas de villanos y de otras gentes menudas, miserables, clamando al cielo y pidiendo justicias con lágrimas, por verse robadas sus haciendas y quemados sus domicilios, por la maldad injuriosa de los enemigos. Reprobaban en Flandes, viendo las calamidades y miserias tan generales que corrian, el haber el invierno de este año alojado tan léjos al conde Picolomini y á Juan de Vvert, que pudieran estar más prontos al opósito y á la defensa de la tierra.

Continuaban los franceses las hostilidades, quemas y talas, á la sombra del holandés; por llevar allá S. A. parte de las armas que les habia de enfrenar, saquearon una villeta llamada Vince; pero discurriendo aquel Príncipe sábiamente entre estas dos diferencias y calidades de enemigo, dijo que acudia primero á los más rebeldes y á los movimientos y tomas de holandeses, porque caso que sucediese la pérdida de Breda, con ningun tratado de tregua se volveria, y si llegase á ella, no habia que perder tiempo, ni hacer fuerza, porque no se consentia ni se expresaba capítulo que tratase de esto; y cuanto tomasen los franceses, si mañana se hiciese la paz, el primer artículo seria, como ya se tiene por experiencia en muchas concurrencias de paces, como lo han conseguido con nuestros predecesores; habiendo recobrado en esta manera muchas plazas en la Picardia y en el Balonés, que cada una de las partes restituia lo que tiene tomado al otro: finalmente, el Infante queria hacer en persona la jornada con lo que pudo juntar, que no era mucho, por dejar algo al opósito y aventurar 4 ó 5.000 hombres, si era posible, por socorrer á Breda, y si les podia romper un cuartel. Marchó allá; pero el príncipe de Orange, viéndole caminar, quiso hallarse en el sitio ántes que llegase: salió de Bergas Obzom, y navegó con sus barcas en solas dos noches, cuando nuestro ejército tardó veinte; halló la circunvalacion perfecta y en ser sobre la villa; y el Infante llegó por sus jornadas á Hustrate, tres leguas de Bre-



da. Eran pasados veinte dias que los holandeses estaban sobre ella, con notable número de gastadores; sin embargo, pasó S. A. á un villaje puesto á una hora de camino del enemigo, llamó á consejo á las cabezas, Cabos y Oficiales del ejército, propuso cuánto importaba el socorrer la plaza, y que cada uno le diese su parecer. Todos de una voz y de un acuerdo respondieron convenia socorrerla y que se hiciese é intentase algun esfuerzo, y que se acometiese á las fortificaciones. Mandóse poner en órden toda la gente, y señalóse á Manuel Franco para llevar el escuadron volante; pero, porque se levantaron sobre esta eleccion algunas controversias y descontentos, entre el marqués de Velada y el conde de Fuenclara, que son los que ordinariamente confunden y desbaratan en su mayor necesidad las facciones y empresas, se tomó otro acuerdo: por deshacer el encuentro, diéronle á Manuel Franco, y formáronle un tercio de doce compañías, sacando de los tercios de Velada y Fuenclara, seis de cada uno, y de italianos y alemanes lo que faltaba al número y cumplimiento de 3.000 hombres, para que comenzase á introducir el socorro; pero las fortificaciones eran tales, y tan inaccesibles las dificultades, que al instante se les ofreció á los más ardientes espíritus de aquella milicia, que luégo dieron por imposible el intento y el no poder salir con él. Habia de llevar gastadores, palas y zapas y escalas, y habíase de tocar arma por cuatro partes; esperaba la caballería con su General, el conde Juan de Nasao, montada, á que Manuel Franco le abriese puerta, á que, sin embargo, resolvieron todos de reconocer ántes las fortificaciones sobre Breda, por ver si se hallaba alguna parte flaca por donde embestir, y dado que esto no se pudiese conseguir, estorbar los convoyes para incomodar al enemigo. Todo se probó y se salió á todo, pero él, estaba más confiado de lo que era menester, detras de sus reparos muy altos, cavas y cortaduras muchas y muy hondas, llevando ramales y galerías á las fortificaciones de la plaza; desconfiado todo el ejército de poder hacer nada: redujo el príncipe de Orange el sitio á ménos circunvalacion de la que era menester, y áun á más corto de lo que delineó. El mar-



qués Espínola llevaba sus ingenios á la plaza, hacia sus salidas el Gobernador, y derribábaselas y hacíale otros destrozos, con pérdidas de la una y de la otra parte; pero viendo que el Infante no le podia socorrer con brevedad y que los bastimentos se le habian de consumir, y faltarles la pólvora, y que no habia de tener qué tirar, desmayaba, y más cuando por aquí se persuadia que habia, y le habian de obligar á rendirse. Eran continuas las acometidas, los asaltos, las máquinas que se hacian, se intentaban y se ponian en práctica para abreviar y salir, no sólo á éste, pero á otros intentos.

A esta hora vino al campo de S. A. Preston, de nacion irlandés, gobernador de Genep: hablóle en secreto, dióle audiencia, y refirióle que los holandeses, por sitiar á Breda, habian sangrado las guarniciones de las plazas vecinas, y que en Nimega y en la isla de Bema apénas habia 300 soldados, que si queria embestir á Nimega la ganaria sin duda. El Infante resolvió, con los mejores pareceres del ejército, de dar al Gobernador alguna gente y dineros y pertrechos para que la tentase y órden para D. Andrés de Prada, gobernador de Güeldres, para que le diese toda la asistencia necesaria para el hecho, y ofrecióle de seguirle con brevedad con todo el ejército. Con estos auxilios partió el gobernador Preston, y en órden á la empresa envió el Infante al marqués Sfrondato, Teniente general de la caballería, para que con 30 tropas de caballos, y con achaque de mudar de cuartel, se encaminase por los contornos de Bolduque y arrimándose á Grave se pusiese á la vista de Nimega, con el mayor recato y disimulacion que le fuese posible, sin meter en sospecha á ninguno de los burgos ni Magistrados, y atendiese á los designios del Preston; indicios ciertos de no poder socorrer á Breda, y tomaba la satisfaccion por otra parte, y en todas se veian gravísimos inconvenientes de salir con nada. Dada esta órden, se mandó marchar al conde Juan de Nasao, General de la caballería, con otro golpe de caballos para lo mismo, y S. A. siguió con el resto y con lo demas del campo. Las villetas del paso, los casares y villanos de aquellos contornos, los gritaban de léjos y

los baldonaban á nuestra gente del desamparo de Breda, el no socorrerla, retándolos de tardos, de flojos, de pusilánimes en el socorrer, en abrigar y defender las plazas, ensalzando al príncipe de Orange, á los de su casa, á los holandeses y sus Magistrados; pero el cielo, airado contra nosotros, quizá por falta de humanidad en los pechos, y pedidos, y dificultades, y embarazos en los premios y en las mercedes con los más beneméritos, y por otros descuidos en que Dios se ofende gravísimamente, á la empresa de Nimega, que fuera muy posible, segun el órden que se llevaba, tener buen efecto, se atravesó un marinero de los que se sacaron de Güeldres para pasar la gente en barcas por el Vahal, y tomó con velocidad á la villa, y dijo al Magistrado y Gobernador el riesgo que los amenazaba y el estrago que venia sobre ellos, que le reparasen al punto, acudiesen á los puestos y á las murallas, que el ejército Real, acaudillado del infante D. Fernando, desesperado de socorrer á Breda é instigado del sitio y de su pérdida, que tenia por cierta, venia á satisfacerse en su presa por este camino, y tomar en cambio ó en retorno á Nimega. Luégo que fué oido este accidente, acudió con la poca guarnicion y los burgueses á las armas y á la defensa; con que se imposibilitó el suceso: fué remunerado el marinero por el aviso con 200 florines, y luégo comenzó á correr el caso falsamente en nuestro favor, porque áun la verdad no está de nuestra parte, porque faltamos á ella y nos damos á fiar, que es alta razon de estado mentir y engañar; porque si en Viena un Príncipe maestro en el arte de reinar, y maravilloso estadista, la emulacion le prohijó este achaque, si alguna vez, de necesidad, usó de algunas consecuencias por el dictámen de la regencia, fué con hombres de quien recelaba, y se querian oponer á sus máximas y sacárselas de las manos: mas no con los que le habian servido; y si con alguno de estos, que le ganó á Nápoles, no dejó de reconocérselos, ni le excusó del premio, sino como á sus méritos, como á su prudencia: finalmente, se dijo era la villa nuestra y el fuerte dentro de la Betua. Desbauciados, pues, de la faccion y áun de otra ninguna, no se por qué cabeza



ó por qué contrarios incidentes, bien que costaba no pocos cuidados y fatiga á S. A., porque deseaba ocurrir á todo, pero faltábanle las fuerzas, que sin ellas ningun esclarecido Capitan fué famoso ni afortunado; sin embargo, alojaba su ejército en la isla, no sin cuidado de Enrique, príncipe de Orange, como soldado que tenia ocupadas todas sus tropas en un sitio de conveniencias para él; y sin remedio, el dejarle de conseguir, y nuestro ejército, aunque libre, sin fortuna en la campaña, buscando en qué ofender y emplearse, sin embargo era mayor el pavor que cuando les tomamos el Esquenque; pero á las desconfianzas de Breda y á lo más desesperado se arrimaban algunas consideraciones que daban ánimo á nuestra gente, y á los Cabos decian tenia el Gobernador 3.000 hombres dentro con que se podria entretener algunos meses, en los cuales se podria tener alguna esperanza, por los varios accidentes que acompañan á la guerra, para salvar la plaza; que tenia bastimentos y municiones para sufrir; que era bizarro en aliento y de suma destreza en el arte militar y de fortificacion y defensa; pero otros reparaban en la pólvora, cuerda y balas que le habian de faltar, y áun en los víveres ponian dificultad, y que mantenerse por largo tiempo era imposible, habiendo cortado el de Orange un dique de los que vienen de Holanda, con que estaba anegada la plaza casi toda alrededor, si no es por la parte más alta; y no obstante todos estos artificios, tenian alojada su caballería dentro de las fortificaciones para rebatir con brío las salidas de la villa, del Gobernador y los Capitanes, de suerte que era poca la esperanza y mucho el desmayo de su conservacion, y que seria milagro, si no volviese á la sentina de Calvino y Lutero y á las otras sectas de gomaritas y armenianos, era casi toda la guarnicion de Breda, borgoñona en todos regimientos. Viendo, pues, se habia desvanecido lo de Nimega, y que el ejército estaba parado sin hacer nada, discurria muchas veces y consultaba el Infante á los mejores Cabos y Ministros del ejército en diversas empresas, sitios, escaladas, asaltos, quemas, talas, y viendo ocupado al enemigo y encerrado detras de paredes, queria tentar á Gra-



ve, á Bolduque á Mastrique. Gastóse algun tiempo en esto y le perdieron, porque todo estaba avisado, guarnecido y puesto en arma con el intento de Nimega; con que crecian por horas las dificultades de probar fortuna: y otrosi, viendo al Francés que abrasaba la tierra por la otra parte, á esta hora, por hacer siquiera algun esfuerzo en tantas dudas y calamidades y hacer algun daño al enemigo, el marqués de Fuentes dejóle su plaza de armas, é hizo salir á la mar cinco fragatas grandes muy bién reforzadas para correr el mar del Norte. Su vuelta fué haber echado á fondo 19 bajeles, entre grandes y pequeños, de estos enemigos, y de franceses dos, entre ellos cargados de sedas y de otras riquezas que traian de Italia, cuyo valor se reputaba en un millon de florines; quebraron de esta pérdida algunos mercaderes de Holanda; echaron, sin embargo, dos bajeles de guerra á fondo, de cuatro que venian de escolta á esta flota, de los otros dos el uno dió en las costas de Inglaterra desaparejado, el otro siguió la fuga á su puerto y á llevar el aviso de esta pérdida, no queriendo seguirle por la venida de la noche. A la vuelta de estos bajeles para Dunquerque, echaron otros navíos de guerra á pique, trajeron tres de franceses con muchos prisioneros, habiendo echado en las marinas ó playa de Inglaterra pasados de 150, sin pérdida de nuestra parte más que de cinco marineros, que entraron á saquear un bajel y se hundió sin escapar hombre; entraron los nuestros con toda esta presa á la casa del general Dorpe, holandés, que continuamente estaba con 13 bajeles de guerra de los Estados, á la vista de Dunquerque; disponia el Marqués enviar 15 de sus fragatas y embestir la armada enemiga, que siempre le asistia y queria embarazar las empresas navales y católicas de nuestro Rey, y ocupar aquellos puestos por dejar inútiles los socorros de españoles y dineros.

Puestas las cosas del País-Bajo en el estado referido, movió S. A. con el ejército la vuelta de Venló, púsola el asedio y fatigóla con bombas de fuego, que quemaron la mitad de las casas, y las lágrimas de los paisanos eran tales, de los viejos, de las mujeres y de los infantes, que obligaron al Gobernador á

que la rindiese. Tomóla S. A. en cuatro dias, halló dentro 6.000 barriles de pólvora, 12.000 sacos de harina y otras muchas cosas, todo para municionar á Mastrique, creyendo iba sobre ella, y con este mismo calor corrió á Rusemunda, á cuatro horas de camino, acometióla con bombas, y si bien no hacian aqui tanto estrago, el miedo del ejército y tan á sus puertas, les hizo entregarse en siete dias con pérdida de poca gente: de aquí pasó á Mastrique y á encontrarse con los franceses, llamado de los de Lieja, que ya no podian sufrir la vecindad de holandeses, que de amigos se habian vuelto enemigos y tiranos, por haber llegado á ser confinantes, y no podian sufrir los términos indecentes de aquella canalla: tenia Mastrique de guarnicion siete compañías de infantería y tres de caballos, que todos no llegaban á 500 hombres: prometian los liegeses á S. A. asistencia de gente, municiones y bastimentos; pero el Infante, por la poca que tenia y falta de dineros, no se atrevia á empeñar el sitio por no faltar á todo. Estaba indispuesto el príncipe Tomás en Verta, con que en todo este verano no habia podido salir á campaña: murió el duque de Lerma, y acabó su casa en servicio del Rey, y por consiguiente el marqués de Aitona, Gobernador de aquellas armas; y finalmente, el Infante, dejando los holandeses, y á Breda á la disposicion del cielo, se revolvió á contender con los franceses que procedian insolentes en el país de Enao; pero consumida mucha parte de su gente, sin embargo, eran reforzados por horas de nuevas tropas, y la infantería desmandada ocupaba casi todas las villetas sobre el rio Zambra hasta Namur, alojados los demas en ellas por ser acomodadas para dormir en cama y desnudos todas las noches, haciendo esto cada dia, aunque estén en sitio descuidado, no teniendo por cosa baja, aunque sea de muelles y gallinas salir á los rebatos en camisa. Acuartelóse S. A. é hizo frente de banderas á las puertas de Monsieur de Enao con Picolomini y los 6.000 hombres que trajo de Alemania, si bien esperaba más; pero todo era fábula, por no cumplirle ó por no poder los 100.000 escudos que le pidió cada mes para levantar 40.000 alemanes, y este Capitan y Va-



lanzon, juntas sus tropas, que no pasaban de 10.000 soldados, hacian cada dia presas y daños en los franceses, forzáronlos á levantar el sitio de Avenas con mucha gente de pérdida: por la parte de Picolomini hubo alguna. Proseguia el marqués de Fuentes sus presas con las fragatas; navegaron á las pesquerías de holandeses y echaron á fondo más de 500 buzas, que son barcas de pescadores de arenques, en que aquellos tienen fundados su mayor trato é interés; llevaron bajeles de guerra que les hicieron escolta; trujeron muchos prisioneros, á pesar de su armada y del general Dorp, que hasta ahora asistia á la boca de Dunquerque con 22 navíos de guerra para estorbar la salida de los nuestros: era notable el llanto de las matronas holandesas cuando veian á sus maridos ó hijos muertos ó presos, y robadas las haciendas; llamáronle traidor y que era afecto al Rey de España, y tiraba sus gajes, hacia esfuerzos, que el Burgomaestre de Lieja, el que mató á Barfuse, cuyo suceso dejamos referido en los capítulos de este libro, para que el Infante tentase lo de Mastrique, arrepentidos de haber cooperado en la toma de la villa por su dañada vecindad. El Infante no hallaba sazon, y tambien no era bastante la gente de Picolomini y Valanzon para la defensa de Enao, cuanto más para cargar plaza de tanta consecuencia; y viendo á S. A. á sus puertas, para que los sacase de franceses y sacudiese de las cervices yugo tan infame, porque con sus correrías y los puestos que habia tomado no los dejaban salir de la villa á administrar sus haciendas y labranzas y acudir al trato y la correspondencia de los vecinos. A este fin se ofrecieron de dar á S. A., pagados por meses, 5.000 hombres entre burgueses y villanos, y para esto echaron bando, que para 16 de Setiembre estuviesen todos armados y prevenidos para escoger y hacer esta saca. Agradeció el Infante el servicio y no aceptó la oferta, dando las excusas más ajustadas á su pensamientos de no haberla menester, y que á su tiempo los avisaria y sacaria de aquel cuidado.

Dejó alguna caballería é infantería á cargo del Comisario general D. Pedro de Villamayor, y todo lo demas al del mar-



qués de Leiden, para incomodar cuanto pudiese á Mastrique, y diese calor á todas las plazas de la Mosa, á Güeldres y á Juliers, y si fuese llamado del conde de la Fontana al país de Vvas, marchase á socorrerla; con que asistió en persona á Monsieur de Enao, estando ya casi á los últimos del verano, y apoderado el francés en alguna parte considerable de él, con la toma de Landresi y Maubeange, donde el cardenal de la Baleta asistia á su hermano el duque de Candala con 16.000 infantes y 4.000 caballos: tenia asimismo á Chimay y á Beamont y otras villetas que hacian tener á raya á Valanzon.

Habia salidas de ambas partes; tomábanse prisioneros; pero á 27 de Agosto, el Cardenal, con el grueso del ejército, dejando á su hermano Candala en Maubeange, aseguradas las espaldas, encaminó sus gentes, por deslumbrar á los nuestros, la vuelta de Abenas, haciendo demostraciones de querer volver á sitiarla; pero el otro dia, y á los 29 de Agosto, se dejó caer sobre la Capela, plaza suya, en la provincia de Picardía, con ánsias de recobrarla: á dos horas de camino, siguiòle S. A. con el pequeño ejército que, ya por aquellos dias, gastado en largas jornadas le habia quedado, y declarado el intento del enemigo, que alcanzó á saber en Nivelas de las Damas, tuvo pensamientos de chocar con la gente francesa que habia quedado en Maubeange á cargo del duque de Candala.

Escribió á Márcos de Lima, portugués, gobernador de la Capela, que resistiese y conservase la plaza, y no dejase recobrarse en ella el enemigo, como lo fiaba de su persona; que le socorreria y sacaria de cuidado con su presencia, y que hasta que se viese reducido á término de desesperacion no tratase de rendirse. Tenia la Capela al pié de 1.000 hombres de todas naciones. Atacóla el cardenal de la Baleta fuertemente, por cuatro partes, y por las dos, siguiendo las pisadas del príncipe Tomás cuando se tomó. Defendióse tres semanas haciendo el Gobernador y la gente de guerra cuanto les era posible; emprendieron algunas salidas con valor y denuedo; matáronles mucha de su gente, y entre ellos, personas de reputacion y de calidad, á dos mariscales, Monsieur de Ramburg, particular-

mente, que el Rey, el Richelieu y la nacion, quisieran, ántes que otra empresa la vida del Mariscal, como lo referian en sus cartas, que la rendicion de la plaza, por sus muchas partes de prudencia, valor y militar experiencia. Diéronle un mosquetazo en un brazo á los primeros encuentros; no quiso dejarse curar, enconósele la herida, despues lo consintió por amonestaciones de Baleta y de sus mayores amigos; sin embargo, se le cortaron, con que murió, con salmos y oraciones de franceses, en San Quintin: refirió esto un Teniente de caballos, prisionero de aquella villa. Apretaba el sitio el cardenal de la Baleta con enojo por la pérdida de tales cabezas; enviaba amenazas á los sitiados, y decíales que si esperaban asalto, mina ó volar baluarte, ú otra cosa, los habia de pasar á cuchillo; sin embargo, resistia nuestra gente, y el Gobernador portugués velaba en la defensa. Sangraron los franceses el foso y trataron de cegarle, y con dos baterías que les tenian asentadas al opósito de dos baluartes, desalojaron nuestra artillería de las casasmatas, con que seguros se arrimaron al foso, y en la cortina, franqueada, comenzaron á minar para volarla; y como dentro no habia número bastante de minadores que contraminasen la plaza, por ser pequeña, lo sufria; y al fin se rindieron con las condiciones ordinarias de banderas, bagajes, no licenciando la artillería por haber ellos ántes salido sin ella, no dejándosela sacar á nuestra gente: salieron á 21 de Setiembre de este año y pasó la guarnicion á juntarse con el ejército que distaba de allí diez leguas.

Defendíase Breda con salidas, ingenios, mañas y esfuerzo incansable de los de adentro, echando y desbaratando las galerías y artificios por no dejarlos llegar á la contraescarpa de la muralla. Una vez, entre otras, vió el Gobernador venir las galeras por diferente camino que las demas; aportilló la muralla para meter debajo de tierra dos medios cañones; salióle bien el intento, cargólos de balas, clavos hierros y otras menudencias, y aguardó la venida, y cuando ya las tuvo cerca mandó dar fuego, de suerte que se las echó á rodar con muerte de pasados de 600 hombres: hízoles otras muchas astucias de



guerra peligrosas, con que los tenia desesperados á los enemigos, tanto, que ya el príncipe de Orange no podia reducir al trabajo á los soldados. Tenia la plaza á esta hora dentro 2.000, y habia menester para sustentarse y esperar 4 ó 5.000 combatientes con todo lo necesario para consumir á los holandeses: estaban contínuamente los nuestros trabajados del sueño, del cansancio ó la fatiga en la lucha, con las máquinas y los ardides militares, y la limitacion del comer; apretábalos el de Orange, por irse recobrando en 60 ó 70.000 florines que le valia ántes que la perdiese, por ser villa de su patrimonio: era su quinta, su recreacion y de donde tomaban y aprendian los ingenios marciales del ejemplo y la enseñanza de la fortificacion, cuando el cardenal de la Baleta resolvió sitiar la Capela y dejar al duque de Candala, su hermano, con los 10.000 soldados franceses para resguardar á Landresi y asirse á Maubeange, donde se abrigó el enemigo, por ser más capaz de alojamiento que Landresi, por no consumirle los bastimentos que le dejaba, como tambien para asegurarse de las espaldas; porque entre nuestro ejército y la Capela está Maubeange sobre la Zambra, que va á parar á Namur, de esta parte del castillo, porque la otra inunda la Mosa, y el ser Maubeange una villa muy quebrada, cercada de casamuro sin terraplen; y como tanta gente no podia estar bien dentro, ni segura ni acomodada, ordenó el cardenal de la Baleta que se hiciesen, aunque de prisa, unas malas trincheras á esta parte de la ribera, y á nuestra gente, por donde puso soldados en algunas barracas, no más que para tocar arma y retirarse á dentro y cortar el puente en caso que fuesen acometidos; y otrosi, recoger su grueso para socorrerle. Despues, cuando el Francés ocupó á Maubeange, á este mismo tiempo se apoderó nuestra gente de un puesto que tenia por nombre Apon, donde se les dificultaban los convoyes que venian de San Quintin; por manera que llegó á valer en Maubeange á los franceses un pan de municion, mucho menores que los del País-Bajo, cuatro florines, que son 16 reales; un pote de cerveza, medio patacon, ó 30 plazas; de suerte, que se hallaban reducidos á



gran miseria y hambre. Corrió fama á esta hora que se defendia Breda con obstinacion, y que la queria abandonar el príncipe de Orange; pero fué falsa como otras muchas de estos tiempos, esplayadas á no más fin que suspender y engañar los franceses que asistian en Cales, por el confin de la provincia de Flandes. Ya casi á los postreros de Setiembre, tomaron á Yumeguen, fuertezuelo de poca consideracion, puesto sobre una riberilla que viene de Santomer y corre á desaguar á Gravelingas; quedó cortada con esta faccion, incomodando toda aquella parte y el país de Fernanbose, Santomer y Dunquerque, bien casi hasta Brujas. Entendido el suceso por los compañeros y cabezas de los puestos ganados y adquiridos, y cómo iba caminando prósperamente, enviábales gente de refresco mucha y famosa para fortificarse y hacer aquel puesto más formidable y de cuidado al Infante y al ejército Real; pero el marqués de Fuentes, nobilísimo caudillo y de atencion en toda aquella provincia, puertos y fronteras, acudió al remedio, y plantándoles dos piezas de artillería, los echó de allí, y con la gente que estaba á su cargo recuperó el puesto y le mejoró mucho más de lo que ántes estaba. Juntáronse con S. A., á los fines de Setiembre, Valanzon y Picolomini la vuelta de Rinche, consultaron lo que se debia hacer y prevaleció lo que S. A. traia discurrido, que fué acometer á Maubeange. Estaba allí la gente francesa á cargo del duque de Candala, hermano del cardenal de la Baleta, como vamos refiriendo, ocupado en el sitio de la Capela; señalóse la gente para el efecto; tocóle al Sargento mayor del tercio del conde de Fuensaldaña; abrió aquella noche de su partida trincheras á la villa, por la parte que tenia unos malos reparos; fué el Conde con otro trozo para divertirla, y tocó arma á los franceses á tiempo que el Sargento mayor habia llegado al puesto que se pretendia con sus trincheras. Llegada la ocasion, cerraron con la villa, desalojaron al enemigo de los primeros reparos y los encerraron dentro con el puente de por medio, que rompieron á la retirada, como lo tenia de órden, con que no fueron demasiadamente ofendidos por no poderlos seguir;



echaron ménos las barcas que en aquella coyuntura les fuera de importancia, y no surtió la faccion el fin pretendido. Tenia el Candala en unas eminencias muy buenas fortificaciones, donde se habia de reparar hasta la venida de su hermano para socorrerle en caso que se peligrase en aquel pasaje: pasaron algunos de nuestros españoles de la otra parte del rio con las espadas en la boca, y trajeron algunos caballos, vacas y otras presas; y viendo, pues, que aquí no se hacia nada, se retiró S. A. á una villeta; hizo el ejército frente de banderas y acampóse en la campiña de la villa de Monsieur de Enao. Llegó aquí la nueva de la rendicion de la Capela: comenzaron los Cabos del ejército á murmurar del Gobernador portugués: decian no le faltaba bastimento ni municiones, que tenia 1.600 hombres con que podia esperar más tiempo y sufrir más asaltos, y mostrar coraje y valor, y obligar allí al enemigo á perderse ó levantar el sitio. Vino el Gobernador al campo de S. A. y no le quiso ver ni permitir que le hablase: mandóle prender y llevarle al castillo de Cambray, poniéndole continuas guardias, y á vista de Oficiales reformados mandó, que se viese su causa y se le hiciese el juicio, no por Ministros de justicia, sino por el conocimiento de Maestres de campo y Oficiales, con ánimo de castigarle y dar ejemplo de constancia y de valor á los demas Gobernadores; cosa que en el País-Bajo convenia mucho, por estar la facilidad más estragada.

Retiróse Baleta, tomada la Capela, dejándola presidiada y á cargo de Capitan de reputacion, y con el ejército á la abadía de Maroloc, tomando por espaldas un gran bosque de notable espesura, llamado Marmalans, dando calor á la conservacion de la Capela y á Landresi, que fortificaba poderosamente, y de esta manera se sustentaba, siendo ya 9 de Octubre, y la demas gente en Maubeange á cargo del Candala, sin hacer otra cosa más memorable que algunas pequeñas salidas: sin embargo, el cardenal de la Baleta retiró á su hermano de esta plaza, y sabido por S. A. el intento, dió órden á los Maestres de campo y Capitanes, que todo el ejército hiciese frente de banderas. Era el ánimo de la Baleta, con su retirada, coger nuestra gente

en medio de su ejército y el de su hermano, por tener dobladas fuerzas, acometernos y ponernos en derrota para tratar despues mayores cosas y empresas. Mandó S. A. á los soldados estuviesen todos con las armas en las manos, y que los de Apon, en teniendo aviso de los batidores de las estradas ó batidores del campo que los de Maubeange comenzaban á salir, fuesen disparando con sus intervalos cuatro cañones. Esto se comenzó á ejecutar, y no acabaron de tirar hasta la media noche. Avisado S. A., dió órden que marchase Picolomini la vuelta de Apon cuando los de aquella villa salieron al último tiro y escaramuzaban con el enemigo: la noche era tal, que metió en confusion todas las cosas y fueron heridos algunos Capitanes y muertos otros 400 hombres: retiró Balcta al Duque, su hermano, que fué causa de no ser la rota más señalada, y habiendo llegado ya tarde, comenzó á picar con flojedad: metiólos en calor el conde Picolomini escaramuzando, y tan empeñado, que á no ser socorrido fuera preso ó muerto, y si la resta del ejército llegara al amanecer, cuando estaba más encendido el combate, no lo llevaran tan barato los franceses, y saliera más lucido y mejor agraciado nuestro campo: faltaba la dicha y la fortuna.

Habian comenzado mal las cosas con la falta de gente y dineros; habíanse perdido plazas y desconfiábase de la de Breda, que es la que más dolia; y así no arribaba á nada la fatiga y deseos de S. A., ni la amplificacion de sus intentos por el servicio del Rey. A esta hora llegó el aviso de la rendicion de Breda: habia el enemigo ganado dos hornabeques y encaminándose á cegar el foso; y el no haberla podido socorrer la hizo entregar á 10 de Octubre con las condiciones honrosas y generales que las plazas nobles del país se dan: duró el sitio dos meses, habiendo gastado sobre ella los años pasados, y en tomarla el marqués Ambrosio Spínola, nueve: culpaban al Gobernador y al de la Capela: aquél decia no tenia pólvora y le faltaba ya todo lo que habia menester para defenderse y conservarse; el otro, si no con tanta razon y probabilidad, decia lo mismo, y echaba mano de no haber sido socorrido.

Sin embargo, la voz de los soldados los condenaba á cortar las cabezas, porque decian podian esperar y que era falso lo que alegaban; que áun tenian con qué defenderse por más tiempo, en que los accidentes de la guerra podrian dar alguna fortuna ó prosperidad á la esperanza y á las dificultades y mejorarian las cosas. El marqués de Fuentes continuaba sus empresas con los bajeles de su cargo; ponia en conflicto á los holandeses en el progreso de sus pesquerías; echándoles los navíos de guerra á pique, tomándoles una flota de Amsterdam, con mucha artillería que les venia de Venecia, cargada de arroz, de anises y otras mercadurías: descubrieron consecutivamente la flota que venia de la pesquería para entrar en Holanda, embistiéronlos y tomáronlos 32 buques cargados de arenques; huyeron los navíos de guerra que venian de escolta, tomando número considerable de prisioneros; en esta forma affigian aquellos enemigos en su misma casa lo que trabajaban las de Oriente y Occidente, no dejándolos descansar, sintiéndolo ellos con amargura y sin saber las pérdidas de sus mercaderes, siguiéndolos cuando doblaban sus rumbos y costas hasta Inglaterra y Francia en canales, entrando por los puertos de Gravelingas, Maudeque, Ostende, Nieuporte y Dunquerque, cargados de presas, bajeles y prisioneros; recibiendo, segun lo afirman hombres prácticos, más daño por la mar que beneficio por la tierra, si bien la pérdida de Breda fué sentida en todo el círculo de la Europa, de nuestros Príncipes y de los afectos.

Con esta pérdida, proveyendo S. A. á cuanto podia alcanzar su gran juicio y fuerzas, envió los tercios de Fuenclara y Cárlos Guasco á la provincia de Flandes á juntarse con el marqués de Leiden para la ocurrencia de los rebeldes, que desembarazados del sitio de Breda, como orgullosos de la presa de tan gran plaza, no tentasen más novedades en los países, porque no se dejaba de antever, como lo escribiré en los años que se siguen y nos lo dirán sus acometidas, que no dejaran con la pérdida de ésta, que serán muchas y los efectos. Con la funcion de franceses, mortales enemigos, quedaba al riesgo

la nobilísima plaza de Amberes, la más codiciada de los holandeses y la que, si se perdiere, no hay duda pondria en fatal destruccion todo el dominio Real, y se acabaria de consumir la parte más esencial de la Monarquía: quedaban por las mismas causas expuestas á estas mismas causas, digo desdichas, Brujas y Estera, porque puede el enemigo en la abadía de San Bernardo, sobre la ria de Amberes, echando puente en la Esquelda, cortar los diques y anegar de suerte el país de Vvas que puedan nadar bajeles grandes en él, y tomar con facilidad todas estas plazas; y, sin embargo, el de Orange, señoreado en la plaza y desembarazado de la fatiga del sitio, y aplanado trincheras y fortificaciones, y reparado sus quiebras, fué sobre Liera, que rechazó la guarnicion de Leiden, con entrarse dentro de la villa. Envió allá S. A. bastimentos y municiones, que es la vida y conservacion de las plazas, con que cedió el rebelde del intento y de lo que él se sospechaba, de querer ir cortando á Amberes: pasó á su defensa el conde de la Fera, con órden de que se les arrimasen los tercios del conde de Fuenclara y Cárlos Guasco, para que con la gente que el conde de Leiden tenia estuviesen siempre al opósito del enemigo. Convaleció el príncipe Tomás de sus achaques; fué al ejército y á la administracion de su cargo; salieron todos los Cabos y Capitanes á recibirle á dos horas de camino de nuestro campo, que militaba al opósito de los franceses en Landresi y Monsieur de Enao; halló retirado al duque de Candala en Maubeange, descansado su ejército ocho dias, al abrigo y contorno de Landresi; pero despues le vió mover y mejorarse á los casares de Piemonte, Land y otras, delante de Cambray y en sus pasos y cerca de Chatelet, donde entraron todos en sospechas que la queria sitiar y recobrarse precisamente en ella, para no dejarnos un pié en Francia, ni un baluarte de los que se le ganaron el año pasado, y más, habiéndose éste recuperado en la Capela; con que no nos dejó nada que poderle retener y darle cuidado, ántes dejarnos muchos. Restituyó S. A. en aquel gobierno á D. Gabriel de la Torre, depuesto por cargos falsos; encomendóle la defensa y que le socorriera, y por atajos y



sendas incógnitas le envió á que se metiese dentro con 200 mosqueteros españoles, y en su seguimiento 500 hombres, entre valones y de nuestra misma nacion, que estaban en Cambray, que todos entraron dentro en una noche; con que tenia Chatelet 1.200 soldados y una compañía de caballos. Pasaron los franceses, y desde los casares saquearon á Cubeenal y dejáronle, y fué suerte no afimarse en ella, porque fuera muy posible incomodar nuestra gente y disponer á Chatelet para forzarle, sin dificultad alguna, á recibir el sitio y elegir alojamientos más convenientes y á propósito para salir con ella. No obstante, el cardenal de la Baleta alojó su campo á hora y media de camino de Chatelet: tornóla ó socorrer S. A. con un convoy de Cambray con el comisario José Lopez, y que hiciese oficio de Veedor general y Contador, y que pasase por su mano toda la distribucion de la plaza y de aquella milicia: marchó á vista de los franceses el convoy por estar ocupados del sueño y en sus camas. Compúsose otro cuatro dias despues, y más grueso; vino á su noticia el buen efecto del pasado, y como se intentaba meter éste; pusieron una emboscada en la Bucela, abadía de frailes Bernardos, á tres leguas de Chatelet, sobre el mismo camino de Cambray, y encubrieron 1.000 caballos y alguna infantería para prender el convoy: salió de noche en número de 50 ó 60 carros cargados de pólvora, harina y otros bastimentos y municiones, iban por escolta 200 caballos, y marcharon los batidores del campo muy ajenos de la celada que les esperaba: sabido por el gobernador de Chatelet, envió espías perdidas para que se lo avisasen y un Alférez de caballos para el mismo efecto; pasó éste por en medio de los enemigos, y sin embargo de que los reconocedores no toparon el convoy, el Alférez dió con él y avisó cuán á pocos pasos les aguardaban 1.000 caballos y el riesgo de ser perdidos: volvieron con este aviso muy aprisa á Cambray, y con la confusion de la noche y el tropel desordenado de la fuga, perdieron tres carros. Mejoróse Baleta con su ejército en la sorpresa de Chatelet: el Infante hizo lo mismo, y Picolomini con la gente de su cargo, en los casares de Cam-



bresi, á tres horas de distancia el un ejército del otro, sin más diligencia que suspenderse ambos. Llegó en esta ocasion de Alemania el coronel Forgate, con un regimiento de 2.000 caballos con 22 cornetas y 400 infantes: esperábanle muchos dias habia, que ya todo venia tarde, porque los enemigos habian conseguido casi lo que pretendian de nosotros, y lo que el verano, sus astucias y fuerzas le habian permitido; el tiempo iba á toda prisa imposibilitando el podernos reparar en algo: venia el Forgate de la Pomerania de combatir con suecos y procurádolos deshacer, y en el Rin con el Isolani, caudillo imperial: habian peleado ambos con el duque de Beimar, reencuentro de poca mencion y que aquel redújose á no más lances que á retirarse. Recibióle S. A. con la afabilidad y la dulzura de condicion, de que le habia dotado el cielo para con los soldados y la demas gente, y dándole cuenta del estado que tenia la guerra por ambas partes, de unos enemigos y otros, dijo á su Alteza, en italiano, qué ya le conocian los franceses: respondióle el Infante en el mismo idioma: alabóle mucho Picolomini y dijo muy encarecidas cosas del Forgate, en materia de valor y de consejo, regocijado de que S. A. le respondiese en italiano: mandóle alojar en Cambray y que le proveyesen de todo lo necesario á él y á sus soldados, é hízolo Manuel Franco, con liberalidad y diligencia; diéronles, entre las demas cosas, 4.000 panes de municion para cuatro dias, y mandó S. A. que luégo que hubiesen descansado fuesen á buscar los franceses. Retiróse el cardenal de la Baleta, ó ya fuese de la gran reputacion del caudillo y de este socorro, ó compelido de otras materias que militaban de su parte, útiles al progreso de la guerra; y marchó, pues, la tierra adentro la vuelta de Guisa, sin quemar los alojamientos, órden que no maravilló poco á nuestros soldados y Capitanes. Era el Forgate de gentil presencia, robusto, ágil y de resolucion para acometer cosas árduas; de 36 años de edad, estropeado de la mano izquierda, diestro en entender y hablar las lenguas española, italiana, alemana, francesa y turquesa; era vasallo del turco, por su pátria croacio; y descansado ya en Cambray, mandó aprestar la



gente, y sacando el bagaje que alojaba en los burgos de la villa, marchó dividiéndola en tropas. Dió de repente vista á Chatelet; informóse del camino que habian tomado los franceses; corrió la tierra adentro, y sin haber quien se le pusiese delante, robó y taló la campaña y los lugares vecinos: puso en terror la gente confinante; tomóles número grande de prisioneros, caballos y ganados; pero el tiempo estaba ya tan adelante y el rigor del invierno tan sobre nuestra gente, que no daba lugar de intentar nada en nuestro favor. Y, sin embargo, no faltaban franceses, que de cada dia venian muchos, con la vigilancia y cuidado de Richelieu, porque Monsieur de Chatillon, el que perdió el ejército el año pasado de 35 y salió roto y desbaratado de Lovaina y del País-Bajo, y nos avisó de la ayuda de Enrique de Nasao, príncipe de Orange, aunque aliados para repartírsele, como de ántes, se capituló; pero no que el Francés habia de tener parte en la invasion, sino que le habia de dar 12.000 soldados sin cabeza, porque él lo habia de ser, y éste no como por socorro, porque él queria ser el invasor; descontentándose cuando vió que traia tanta gente y con tan superiores cabezas, saliéndose fuera y de no ayudar la faccion. Este, pues, con una parte de ejército se arrojó sobre Dansvilliers en el país de Luxemburgo, fuerte, aunque pequeño; socorrióle el Maestre de campo Cantelmo, gobernador de aquel Estado, que con alguna gente estaba dentro de ella, y por su gobernador Estasi, valon de nacion: apretábala aquel francés, y el Baleta se le habia juntado y vuelto á las hostilidades de los Países-Bajos, con mucha artillería y otros pertrechos: marchó á socorrerla el conde Picolomini; y el enemigo, con la flojedad y desmayo que habia visto y notado en los Gobernadores de plazas de aquellos contornos, desembocó el foso, con que al estar así, sin otra defensa ni opósito, hizo llamada para rendirla con condicion, si no fuese socorrido dentro de tres dias por S. A. Viendo Andrea Cantelmo el aprieto de Dansvilliers, juntó 500 mosqueteros de todas naciones y diólos á su Sargento mayor para que se socorriese la plaza: vencieron estos todas las dificultades del camino, los peligros y celadas



de los franceses, forzaron con denuedo y valentía un cuartel de estos enemigos matándoles mucha gente, y arrimándose á una puerta de la plaza, al amparo y obscuridad de la noche, llamaron al gobernador Estasi que los abriese. La respuesta fué que habia capitulado con el enemigo; replicáronle, que no era pasado el tiempo prescrito y que le venia á socorrer Picolomini, que lo abriese y no se precipitase á delinquir contra la fidelidad del Rey y á su honra. Sin embargo cerró las orejas, y los franceses, con la claridad del dia, que en aquella parte es más diligente, sobrados en infantería y caballería, reconociendo los 500 mosqueteros, los acometieron haciéndolos mucho daño, y apretáronles entre el foso y las puertas de la villa, con que se hallaron forzados á pedir partido.

Rindióse Dansvilliers é imposibilitaron el socorro, cuyo aviso no dejó de aumentar el enojo de S. A., y de que hubiese tan infame Gobernador, que teniéndole á las puertas, aunque se hubiese de rendir la plaza, no corriese esta gente la misma fortuna con ella, y pues no era pasado el tiempo de lo capitulado, hiciese todos los esfuerzos de honra y conservacion que debia, y cuando hubiera pasado, teniendo el socorro tan á las puertas, no le corria obligacion de guardar tan sobrada fe á los franceses, dando indicios evidentes y claros de que les era afecto, y señales muy firmes de que le habian pagado la fineza; finalmente, dijo aquel Príncipe tenia la culpa de estos malos sucesos el no haber ántes cortado la cabeza al gobernador de Corbic, para ejemplo de los demas, y hacerlos más constantes al servicio del Rey. Es esta plaza fuerte aunque pequeña y en forma triangular; coge los linderos de Lorena, Francia y Luxemburgo, está casi rodeada de marrazos y pantanos, y al fin de mucha consideracion. En este tiempo el rey de Francia pedia á los Estados de Holanda le diesen á Mastrique, por los gastos hechos y levas de gente en su favor, y por la liga contraida tan largó tiempo entre ambos: disponíanse á dársela por las mismas causas y por no desabrir tan gran protector, y él la queria por tener una plaza capital en el País-Bajo en que poder hacer pié y fundar su designio con

mayores esperanzas que hasta allí. De esto tengo avisado, cuánto les doleria si se fuese arraigando en sus fines, y cómo perderian su libertad los que tanto han peleado por ella, derramando tanta sangre suya y de sus confererados, y hecho gastar tantos millones de oro; y es cierto la perderán á la mala correspondencia de los franceses, y la alianza de ahora se volveria en pesado yugo y enormísima servidumbre.

Quedó el príncipe Tomás con las reliquias del ejército en Buchain para aguardar la retirada de los franceses y recuperar á Chateau Cambresi, é ir preparando á Landresi para lo mismo; pero los enemigos, insolentes con la victoria y sucesos de este año, aguardaban, no obstante, la hiciese el príncipe Tomás para el mismo tiempo, para cargar á Chatelet, reforzada por el Infante, tomar mejor expediente por lo mucho que se habia trabajado este verano, y que unos y otros estaban ya cansados por su ejército. Despues de guarnecidas las plazas ganadas entre Guisa y San Quintin, el rey de Francia y Richelieu, mal satisfechos de las empresas del cardenal de la Baleta, quisieran que hubieran sido mayores y que hubieran hecho más estè año: envió á fray José de Paris, capuchino, grande allegado del cardenal de Richelieu, para que le tomase residencia sobre el manejo y proceder de las armas y las órdenes que se le dieron para entrar por el País-Bajo: llevaba patentes de Capitan general y para ejercer el oficio, y que de él dimanasen las órdenes de los demas Mariscales. Decian podia haber hecho más superiores cosas, porque el primer presupuesto, cuando salió y se puso en campaña, era sitiar á Cambray, yendo ya destinados los puestos entre el Gran maestre de la artillería, y Ramburg podia y estaba en su mano haber podido cortar la vanguardia al conde de Fuensaldaña, cuando á 7 de Julio se fué á juntar con el conde Valanzon, y su caballería, superior á todas, lo podia haber hecho y tentado fortuna, por haber quedado la villa sola, desmantelada de gente, sin aficion los de dentro, mas ántes con inclinacion francesa, y no haber quedado con más guarnicion que la del castillo, 300 hombres bisoños, descalzos, levantados en las primeras levas de este año, sin

arte, sin disciplina militar; y demás de esto, sin opósito en todo el País-Bajo, y sin dinero, no habiendo dado á los soldados en todo el verano más que media paga, ni á las plazas ni castillos; poco frecuentes los auxilios de Alemania, mal afecto el privado del César con el de España, dando de mala gana el conde Matías Galaso la gente que le pidió despues de las obligaciones del año de 35 sobre la entrada por la Francia, que suspendió en el Ducado de Borgoña, y malogró el Condado invernando sin efecto alguno, con que el fruto que de él se esperaba en apoyo del infante D. Fernando y en menoscabo nuestro, no se vió, con que podemos sacudir el miedo y el pavor que tenia en cruz todo el reino; el Infante en Bruselas, sin ejército, aguardando al conde Octavio Picolomini, que tardó dos meses, sin traer gente; y á la misma hora el príncipe de Orange tentó la presa de Breda, á cuyas espaldas y en virtud del embarazo que se hizo al Infante y enfermedad del príncipe Tomás se podia haber salido con Cambray, plaza de gran consecuencia para conseguir lo del País-Bajo, y la honra de la Francia, que habia sido mal gobernada tanta gente, levantada á peso de millones y de fatigas, empeñándose en pequeñas plazas, que áun de cuidado nuestro, como se habian ganado se perderian, finalmente, no eran las que causaban dolor al rey de España ni á sus Ministros. Este era el premio que en Francia daba el privado á los Generales de los ejércitos y á los Capitanes que habian guerreado con inmenso trabajo y penalidad; y así el fray José de París, amigo del cardenal de Richelieu, con el valor de la privanza, de la potestad y de la soberbia del afecto, residenciaba al cardenal de la Baleta y le ponia en desgracia de su Príncipe, porque el premio no fuese instrumento de arribar al amor y cariño del señor natural. Sin embargo, como quiera que sean estas calumnias y la mucha gente francesa con que inundaron las fronteras del país, no era fácil lo de Cambray, ni otra de las plazas de su séquito, perdieran el ejército; hiciéronlos levantar infamemente de villa de tanta reputacion, como otras veces se les ha ocasionado y comprimido á volver á la Francia sin honra, que el castillo



de Cambray ya le conocia, la artillería y fortificacion era para muchos meses y áun años, y no es poderosa la Francia ni las astucias de Richelieu para salir con él miéntras le tuviese debajo de su mano el rey de España, y al gobierno de un noble español. Fortificaba el conde de la Fera, con la otra parte del ejército que tenia, la abadía de San Bernardo, sobre Amberes, en la ria de la Esquelda, porque con la toma de Breda no tentasen la villa los holandeses: era sospecha que por esta ó por Hults se le habia de hacer la invasion, porque todo lo demas de su contorno es pantanoso: procurábase poner en las plazas Gobernadores de fe y confianza; y el Infante atendió á los reparos que el tiempo le daba lugar, viendo ya aflojar el teson de los enemigos y el campear por un lado y por otro el gobernador de Güeldres con la gente de Venló y Rusemunda, y entró en pensamientos de tomar por interpresa á Rimberg. El deseo que S. A. tenia y todas las demas cabezas del ejército, de quedar este año con alguna satisfaccion de los daños y ofensas recibidas de los enemigos, le hacian, aunque tarde, admitir las proposiciones de los Gobernadores y Cabos. Propuso el gobernador de Güeldres, como dije, la interpresa: dióscle licencia, gente y lo necesario; partieron de noche y entró en la plaza la infantería, que por la puerta de Orsoy, comenzó á degollar las guardias de las murallas y parte de la guarnicion; y habiendo andado alentados estos, procedieron con desmayo los otros, rehuyó la entrada nuestra caballería, habiéndose recelado de las plazas vecinas á la Mosa que pudieran, si no anduvieran tibios, poner la villa y su gente en suma desesperacion. Viéndose la infantería sin este socorro y que la villa salió con presteza y los soldados á la defensa, y que los nuestros, sin caballería, no eran poderosos para pasar adelante y concluir la faccion; faltos de aliento se retiraron y la dejainútil: finalmente, toda cuanta infelicidad se podia esperar, toda le sobrevino al País-Bajo este año. Harto fué no acabarle de perder todo con tantos enemigos por ambas partes, y cuando el rey de Inglaterra no se olvidaba de la alianza con los herejes, habiéndolos socorrido con gente por la armada de



mar, que este verano habia asistido con la nuestra en la rada de Dunquerque, ayudado y refrescádolos con sus bajeles de bastimentos y municiones, y enviándoles para el refuerzo de Breda 8.000 soldados: muchos parecen, cuando en causa tan legítima y natural suya, y engendrada de la ira de su corazon, mal atendido al hospedaje, no envió en 100 bajeles 14.000 hombres entre ingleses y escoceses; pero volviendo á la narracion que seguimos, así lo decian las cartas y correos que venian de Flandes. Últimamente, la injuria del tiempo era ya tal, las aguas, los pantanos y los hielos que sobrevinieron, que imposibilitaron andar más en campaña: los holandeses, alojaron sus gentes en presidios y en plazas: los franceses, de la misma manera, entre San Quintin y Guisa, plazas de la fertilísima provincia de Picardía; el Infante y el príncipe Tomás se retiraron á Bruselas, mandó alojar el tercio del conde de Fuensaldaña en la Chatellama de Lila, el del marqués de Velada en el país de Aloste, el del conde de Fuenclara en el de Yvas, que antiguamente llamaban las milicias de Flandes el Jardin del duque de Parma; y en esta forma en sus puestos y cuarteles; el conde de la Fera y otros Maestres de campo, Gobernadores, Cabos y Oficiales, en otros países, fuertes y villas. Mudáronse algunos alojamientos del invierno hácia Cambray y Valencianes; y el conde Picolomini y el coronel Forgate con los croatos en el Lieja, si bien otros dicen que en Tréveris, que tan varias son las relaciones y tan peligrosas para los que están obligados á dar la verdad en los escritos: trataban de engrosar su ejército, porque todo habia de ser armas el año siguiente, segun á todos se lo parecia y era justo desempeñar la reputacion. Nombraron 40 Capitanes para hacer levas, que se ejercieron en todo el contorno de Flandes; diéronse patentes á siete Coroneles para levantar tres de alemanes bajos, entre el Rin y la Mosa, y cuatro de valones en el país de Enao, Artois y Balonbrabante. Eran de estos últimos el príncipe de Chimoy, el Pinois, el conde de Buqueoy y el de Rus; y en la Coruña se prevenia D. Lope de Hozes, de armada, para llevar un millon de plata para estos aprestos y hacer



el verano que viene mayor esfuerzo contra los enemigos. En el Brasil, los Capitanes castellanos y portugueses mataron y desbicieron en varios distritos de aquella provincia más de 2.000 holandeses, habiendo enviado á principio de este año, con armada á cargo de D. Lope de Hozes, á la defensa y desalojar de allí á estos enemigos, 3 ó 4.000 españoles.

Los franceses, no cansados de molestar nuestras fronteras, amigos de emplearse en pocas cosas, salieron de San Quintin de noche con sus tropas, y en el país de Enao sorpendieron la villeta de Chimay, abierta y sin resguardo, y con no más que 200 hombres de presidio de nacion, que eran los forzosos que podia tener. Reposado S. A. en Bruselas, y consideradas las pérdidas de este año, las culpas de los Gobernadores, los que habian procedido bien y los que se habian portado mal; vistas sus causas y procedimientos, mandó cortar la cabeza en el castillo de Cambray á Marco de Lima, portugués, Gobernador de la Capela, por haberla rendido sin su órden; parece que eran presagios de lo que se esperaba de Portugal: por el juicio de Maestres de campo y Coroneles, hizo pasar por el mismo castigo á los Capitanes de la misma plaza, uno de italianos y otro de naciones, y los más culpados: huyó el gobernador de Chateau Cambresi, que tambien querian cortarle la cabeza; cohechó á las guardas y escapóse del suplicio: privó de oficio á cinco Capitanes de naciones dándolos por inhábiles: mandó prender á Estasi, gobernador de Dansvilliers, para hacerle pasar por la pena del primero, como se decia en el País-Bajo, cuyo ejemplo puso en más cuidado á los Gobernadores de las plazas y los redujo á mantenerse constantes en la fe del Príncipe.

Las cosas de Italia, aunque asistidas mejor de nuestros Ministros de más dineros y más soldados, y sin opósito ejército y sin enemigos, suceso que hace admirar á los más envejecidos en el arte militar, no tenian más fortuna que las de Flandes. Habíanse hecho en Nápoles, Sicilia y en las demas islas todos los esfuerzos y aprestos posibles en mar y en tierra; para acudir al estado de Milán, habíase abierto el fuerte del

Final para alojar allí galeras, y al principio del verano asistió á esta obra D. Melchor de Borja, General de la escuadra de Nápoles, las de España y de Sicilia y de Barcelona, adonde habian invernado; digo, las de España pasaron á Génova, pero porque las cosas de aquella república parece andaban de quiebra en cuanto á la alianza con el rey de España, y que la mitad ó casi toda militaba á la devocion de Francia, porque no faltase donde poder tener más á mano galeras y armadas para las ocurrencias de la guerra del Milanés, y para toda la Italia por la cercanía del Piamonte y la Proenza, tierras del duque de Saboya y del rey de Francia, era muy necesario tener allí cerca las escuadras, si bien no faltaban á esto los de la casa Doria, D. Cárlos y sus hijos; pero quería los puertos seguros y sin sospecha, y que tuviese pronto y sin intervalo, al abrigo á las entradas y salidas del mar, porque como es notorio, el año de 35, cuando salió la armada francesa de Belisle para Italia, y el resto de nuestras galeras de Barcelona para destruirla sus intentos; cuando se hallaron y se vieron en el mar al opósito la una de la otra, siendo combatidas ambas de borrascas y tormentas, y queriendo abrigarse en el muelle de Génova, hubo dificultad en el intento y en admitir nuestras galeras, por los celos de los franceses que recogieron en Saona, ya que no les dieron entrada en su puerto, y fué condicion que ningun español ni otro soldado habia de saltar en tierra: sucedió luégo otro accidente, que á no moderarse con la prudencia de venecianos, pusiera las cosas de Italia en nuevas y mayores alteraciones, habiéndose comenzado de allí y áun pasado á Alemania y España, y con más rigor al País-Bajo.

Murió el duque de Nivers y de Mántua, casado con María, nieta de Cárlos, duque de Saboya, sobrina de Victorio, duque de Saboya; hija de su hermana Margarita, que casó con Alfonso Vicencio, duque de Mántua, de quien procedió María, que casó con el heredero del duque de Nivers, que fué duque de Mántua despues de largos debates y de haber quitádole aquellos Estados á su padre, el emperador Ferdinando II, y

el Rey Católico en nombre del Imperio, como feudos imperiales. Murió el esposo de María, y despues el Duque, su padre; éste, dejando á Cárlos III Gonzaga debajo de la regencia de María Gonzaga, princesa de Mántua, su madre, con el dictámen de francés que tenia por naturaleza y por sangre, á la hora de la muerte dejó el Estado de Mántua, á la proteccion de venecianos por deudas que les debia, emprestadas para las guerras, y el Monferrato, á la devocion del rey de Francia; causas todas de nuevas alteraciones y disgustos, por tocar todo aquello en disposicion y derecho al Emperador, y no á sus émulos, y á Príncipes á quien no toca ser árbitros en estos casos, ni ménos á otra ninguna República, ni enseñada por el natural francés, introducido en Italia en algunos de ellos; pero la prudencia y templanza de los venecianos, el cuidado del Emperador y la vigilancia del Rey Católico, hizo que el Mantuano quedase al gobierno de la Duquesa, sin otra dependencia, con la crianza de su hijo, sin entrometerse otro ningun Príncipe ni señoría, aunque el Monferrato, como siempre, por la tiranía y opresion del rey de Francia, se mantiene en él hasta que mejor fortuna y más número de armas le fuercen á salir de allí.

Habian venido á la corte de España Embajadores de grisones y valtelines: á muchos les habian parecido introducciones y materias de alianza con el Rey Católico, ofendidos de las hostilidades que sin causas justas, estando á su devocion, habia hecho el rey de Francia en el valle, no sin desconformidad y sospechas de todos los cantones de esguízaros; y áun casi todo este año están y han estado todavía hospedados á las expensas del Rey Católico. No se han podido transcender sus materias; sólo se ha entendido piden al Rey algunas sumas de dinero por los tránsitos de sus ejércitos, que por el valle de la Valtelina han hecho para Alemania y el País-Bajo, y los que de allá han venido para Italia, ó lo que se les ha de dar para adelante. La dilacion parece que abraza ó promete mayores cosas, ó nuestras Ligas en cantones de esguízaros ó grisones: remito al tiempo ó á los demas libros que pienso escribir noti-

cia más clara y precisa. Ahora, á lo que más atendian nuestros Ministros, habiendo juntado gran número de armas y soldados en el Milanés, que en el concepto de los más curiosos decian pasaban de 30.000, habiendo enviado el conde de Monterey en una armada 8.000 napolitanos, era, en cómo se habia de castigar al duque de Parma y sujetarle á la obediencia del Rey, quitarle las armas, ponerle en la enmienda y hacer lo mismo del duque de Saboya. Juntando, pues, gran número de galeras hácia la Liguria, si bien las del turco y Berbería molestaban las costas de Sicilia y Nápoles, y áun las de España por el Mediterráneo, los franceses salieron á la mar, del puerto de Tolon, con su armada, gobernada del arzobispo de Burdeos, reforzados de muchas nuevas gentes y de Capitanes de consideracion: hicieron varias puntas á la isla de Cerdeña y á las Mallorcas; acometiéronlas, y hallándolas prevenidas y en defensa, con poco daño de ambas partes, las dejaron de improviso: acometieron á Santo Honorato y la Margarita, desproveidas, sin gente, sin municiones, sin bastimentos; echaron toda la gente en tierra, y por ella y por mar las combatieron incansablemente: no quisieron las galeras, ó no tuvieron órden para socorrerlas, ó rehusaron la ventaja de navíos ó galeras, ó que ya el tiempo no dió comodidad; con que los Cabos, y entre ellos D. Miguel de Egea, valentísimo soldado y que en estas ocasiones habia hecho el deber, las rindieron; pero aún nuestros Gobernadores y el fundador de aquella plaza de armas, no se habia cansado de socorrer una cosa tan inútil y sin fruto y que cada momento habia de conservarla, si podia ser por la mar, á costa de armadas y bajeles, cuando áun no teníamos los forzosos, y el rey de Francia los habia hallado y buscado en los confederados setentrionales para adelantarse y sobrepujarnos en todo, y no dejar accion en que no excedernos, y procurar nuestra deservicion: fuera de que era cosa vana pretender fundar allí cosa de consideracion. Recobrados los franceses en estas islas, Richelieu, que es poco hazañero en materias militares y que no gasta su tiempo en empresas bajas, ni le pierde en niñerías, observando, como ya lo tendria, de cuán



poca utilidad para unos y otros eran aquellos puestos, y que lo mejor que teníamos, como era la artillería, se la habíamos dejado y lograr la presa, las abandonó, la tomó, la embarcó y la metió en su casa y en los puertos vecinos: descuido grande de esta era y de mayor menoscabo y vituperio para la Nacion española, porque se pierde lo que con tanto valor y sangre ganaron nuestros mayores caudillos. Conseguido esto, dijo el valido de la Francia, tocado de bizarría y desprecio, que si las querian volver á tomar las tomasen que él nos las dejaba. En esto paró aquel gran cuidado y aquel consejo que algunos de estado aprovecharon, sin duda ninguna aducaban paces, y no surtió otro fin que pérdida de gente, de armas y artillería, que estuviera mejor en el estado de Milán: por aquí se verá que cuanto hemos discurrido y avisado en lo de atras, ha salido verdadero. A esta causa el Rey Católico dió órden al duque de Maqueda, General de la armada Real del mar Océano, y al general D. Antonio de Oquendo, que se le habian dado por norte y ministro y navegaba por él, y esperaba en otro paraje con bajeles cerca de Barcelona, para que corriesen al mar Mediterraneo á combatir con la armada y á reprimirla, no pasase adelante y acometiese los reinos de Nápoles (como despues lo hizo) y Sicilia. Estaba el Duque en Cádiz, remiso y sin disponerse á salir; decia no tenia lo necesario, los bajeles desaparejados, poco seguros para navegar, abiertos, sin gente ni municiones, sin matalotaje, y sin embargo, se le apretaba á que saliese. Viendo, pues, que el Duque no tomaba resolucion, se ordenó al conde de Salvatierra, asistente de Sevilla, para que tomase la armada Real á su cargo, y aprestada lo mejor que se pudiese la entregase á Roque Centeno y navegase con ella al Mediterráneo. De estos navíos nos dijeron despues que en varios puertos de España y en los de Italia surgieron á repararse y á recibir socorro, porque los más de ellos estaban inútiles y no podian navegar por hacer agua. Sufrió el duque de Maqueda este siniestro con toda la templanza que pudo; redújose á composicion; pasó á tomar y recoger sus navíos y á juntarse con el general Oquendo en Mallorca, donde este



verano no hicieron nada, ni la armada francesa obró cosa más memorable que volverse á sus puertos con la empresa de la Margarita, que ya ni nosotros ni los enemigos la quieren, con ser de su jurisdiccion, y habiendo poco ántes puesto para su resguardo 2.000 franceses, los sacaron de allí, y por el Final los enviaron al Monferrato, para la guerra de este año en el Milanés; y asolaron estos en el tránsito algunos lugares pequeños del Final.

D. Melchor de Borja, que estaba en aquel puerto con la escuadra de Nápoles, hizo echar alguna gente en tierra que alcanzase y tomase satisfaccion de los franceses, pero ya ellos habian pasado el puerto más esencial en esta parte, y para las mejoras de Italia, castigo de estos enemigos y mal afectos, habia considerado en sitiar á Aste; y comunicado esto con el Gobernador de Milán y que era menester para emprenderlo 30.000 soldados entre infantes y caballos y el dinero necesario, habiéndolos juntado y dádose, no sin particular providencia, en que habia sido felicísimo este Capitan, aprestado del ejército y el bagaje, y todo el Piamonte en atencion y miedo, salió el marqués de Leganés con toda la flor de Italia, así en Cabos españoles y soldados, como de lombardos, napolitanos, sicilianos y alemanes, y por General de la caballería D. Felipe de Silva. Marchó, pues, este ejército, y por sus jornadas se calaron en el Artesano y se pusieron á la vista de Aste, plaza siempre dificultosa, áun en el tiempo pasado, á la insidia de nuestros Capitanes; afirmó el Marqués sus gentes á lo largo, y bloqueóla sin determinarse precisamente á cargarla y ponerla en sitio, ó ya sea que el terreno no fuese á propósito para abrir las trincheras, ó que en esta forma la podria poner en necesidad ó rendirla, ó que el duque de Saboya, con la gente que pudiese juntar, estuviese á la mira ó en puesto tal que no se la dejase cerrar, porque opósito no le habia, ni francés que se lo estorbase, porque los pocos que habia asistian á la guarda del Monferrato, y que no cargásemos el Casal; fuerza en que consistia tener los piés en Italia, y ocasion tan á propósito para aquel Capitan y para desalojar á los enemigos de una vez de su



inexpugnable ciudadela, que no se verá otra, ni tanto desahogo, porque el rey de Francia y su valido habian puesto la mira y todo su caudal por este año en Flandes, para ocuparle, de suerte que se descuidaron de Italia. En esta forma, el Marqués, desde casi los principios de Julio, sin hacer nada ni otro movimiento, se estuvo quedo, esperando á que el tiempo le pusiese alguna buena ocasion en las manos, no atreviéndose á empeñarse; y en tanto el duque de Saboya, suspenso y atemorizado y toda la tierra en sumo quebranto; y Monsieur de Crequi, General del rey de Francia, confuso, sin armas y sin soldados, suspenso los primeros meses, sin poder hacer nada, dejando consumir el ejército Real. Discurrian algunos que se habian introducido entre el duque de Saboya y el marqués de Leganés algunos tratados de concordia, de secreto y sin sabiduría del Rey y del Ministro pariente, fundados en la fe y sagrado de algun juramento, porque el Duque, cansado ya del término de los franceses, como quien tan bien los conocia, y otrosí, fatigado de las armas, que no le eran de otra utilidad que de abrasarle y destruirle la tierra, queria, dejando la alianza, someterse con sumision y enmienda al amparo de España y ligarse con el Rey Católico. Daban por fundamento de este discurso, que habian visto en el Palacio de Madrid un agente del cardenal de Saboya, hermano del Duque, solicitando la audiencia con el valido y con el Rey, y que no podia ser otra cosa que quererse reducir el Duque por librar sus Estados de la gravedad de aquel ejército, y áun el modo y celeridad de su muerte, como escribiremos á la postre de este libro. Entendido el caso por la Duquesa, su mujer, y grande espía y amiga del rey de Francia, desconfiando de la constancia del Duque, alianza muy á propósito y de suma imporportancia y conservacion para la empresa de Italia, parece se le ocasionó de órden suya para tener por vía de la hermana más potestad y más por suyo aquel Estado, tránsito y escala para los otros, y pasar á ellos con más brevedad, sin cuyas espaldas, socorros y bastimentos, no hay que tener esperanza de arribar á la pretension de Milán y Nápoles, en quien quiere



fundar, añadidos á la Francia, su Imperio y Monarquía: promesas con que le tiene, como rémora, asidos los pensamientos y la voluntad de Richelieu, y se conserva con honra, aunque con algunas intercadencias. ¿Quién vive sin estas asechanzas y sobresaltos en la potestad y el mando? Discurríase esto al fin; pero el pueblo, tan desenfrenado como siempre y más desabrido con los Ministros, por las gabelas que tenia sobre sí y las muchas que le hacian pagar, deseando verse libre de ellas si nuestros sucesos fuesen tales, que con una célebre victoria se obligase á los enemigos á remitir algun tanto de su ardor, se le moderase y restringiese de tantas armas, ejércitos, calamidades, turbaciones, quemas, talas y otras insidias, de suerte que le obligasen á entrar en una paz universal, tal, que los redimiese del yugo enormísimo y pesado de los tributos; si se cargaban para esto, prorrumpian de aquí y decian: «un ejército tan poderoso de 30.000 hombres, con millones de plata para su progreso, cuando se habia dejado un Infante, hermano del Rey y la esperanza de nuestras Coronas al total desamparo y perdicion, sin un real y sin un hombre, cercado de innumerables legiones de franceses para perderse él y todos los Países-Bajos, prendas carísimas de nuestros Príncipes, estarse suspenso sin hacer nada, dejándole acabar y consumir sin opósito, sin enemigo delante, que le podia romper las coyundas, que le quisieren subprender, abatir y arruinar.» Los de Lombardía decian esto, y corria con velocidad sin enfrenar las lenguas; ponian tacha en el valor, en el Camino, que no era soldado, sino enviado allí para amontonar tesoros y remitirlos á España, para aumentarse en estados y riquezas, en lugares, posesiones deliciosas y ornatos labrados en Madrid y sus contornos, y otras preseas preciosas traidas de Flandes, de Alemania y de Italia, y áun de todo el orbe, cuales no se vieron en el más opulento Palacio, ni en el más estirado valido, cuanto y más en un escudero á quien habia de haber limitado la prudencia, cuando no se han cuidado el hacerlo con los mayores señores de Castilla, y de allí abajo con los demas.

En este estado andaban las cosas, con gran mengua del

honor y crédito de Italia y de España, y de los Príncipes confederados que estaban á la mira y al calor de nuestros hechos, para con su prosperidad resfriar el de los enemigos y permanecer gloriosamente en su dictámen y á nuestra devocion; cuando menguado el ejército y muchos de los caballos muertos de sed por falta de agua, embravecióse más el gemido de nuestra gente, yo no sé si viendo á D. Diego Mejía dejar á Aste, volver sin utilidad y sin provecho, y tomar á deshora el camino de Verceli. El duque de Saboya y Monsieur de Crequi que vieron retirar á nuestro ejército y volver las espaldas, con la poca gente que tenian salieron á él, y siguieron á D. Martin de Aragon con la que estaba á su cargo, rompiéndosele dos carros de artillería, siendo forzoso esperar á su reparo, ó ya tomándolos ellos; alcanzado por atajos, el duque de Saboya trabó la escaramuza con el D. Martin, y no haciendo el deber nuestra caballería, valiéndose de la fuga, perdió las dos piezas de artillería y 200 hombres en el reencuentro. Tan sin consejo y sin fortuna procedieron este año las armas en Italia, porque aunque hemos discurrido que el lento proceder de ellas fué por promesas que el duque debió hacer al Gobernador de Milán, porque no le abrasase la tierra y verse libre de aquel ejército, ya parece que esta salida del Duque lo contradice: puede ser que lo hiciese para disimular con los franceses, hasta disponer las cosas de arte entre él y el Rey Católico, y cuando quisiese estorbárselo Crequi, no pudiese, y fuese más á sabor del Duque el salir ellos de la tiranía y la opresion, y más en apoyo suyo; porque, muy cierto es que si le hubiese de tomar á su cargo, le ha de llevar sobre sus hombros y á costa de dineros y soldados, y le ha de defender y áun guardar la casa. Tambien puede ser, y es lo más cierto, que en caso que hubiese algun acuerdo, viéndose sin el ejército y en el sobresalto, mudase de parecer y se negase al beneficio recibido, siguiendo el natural y el dictámen francés; pero el modo de su muerte, y porque parece inclina á creer lo primero á varones señalados en juicio y buenas reglas de Estado, el fin que tuvo esta guerra con su mal modo de proceder, fué darse á bandos y



controversias el marqués de Leganés y D. Felipe de Silva, General de la caballería, D. Martin de Aragon y D. Juan de Garay, sobre si se encaminó bien, si se habia de hacer la eleccion al año siguiente en D. Francisco de Melo, caballero portugués, en la superintendencia y manejo de las armas del Estado de Milán, sin más cualidades ni noticia que buena sangre y buen seso, dos jornadas, una á Alemania y otra á Italia, debiendo atender ante todas cosas á las de D. Felipe de Silva, tambien portugués, soldado viejo y de reputacion en Flandes y Alemania y en todas las plazas de armas, y por lo bien que sirvió en el Palatinado, estando á su cargo aquellas plazas que mantuvo, hasta no poder más, de los suecos y franceses.

A estas infelicidades seguian otras, y las que iremos descubriendo: todos los aprestos entre Navarra y Vizcaya, hechos á grandes sumas de dineros para la entrada de la Francia, estaban inútiles, muerta la gente y fatigada, con peste, desamparados los puestos que habíamos ganado el año de 35, como San Juan de Luz, Zocoa y otros, sin tomarnos los enemigos; cosa que causaba admiracion y espanto á los reinos de España y á los forasteros, y que Dios peleaba por los franceses. Los suecos en Alemania, ó ya con insolencia ó con desmayo de poderse afirmar en aquellas tierras, pedian á Ferdinando, tercero de los emperadores de Occidente, que les comprase á dinero lo que tenian ganado, para volverse á Suecia y que dejarian las plazas del Rin, del Alius, del Zonte y mar Báltico; pero el César queria concluir y reducir esta contienda por fuerzas de armas y valor de los suyos, ántes que por la vileza de la contribucion ni por el pecho, cosa baja para tan gran Príncipe; y en esta forma y con esta resolucion, y con levas de muchos ejércitos los tenia retirados y consumidos en lo último de la Pomerania y para restringirlos en la Suecia, dejando todas las plazas que ellos ofrecian libres.

Entre los malogros y malos sucesos de nuestras armas, sin aflojar un punto la calamidad, lo que más florecia en el reino y le hacia declinar y forzarle á su ruina, por castigos de culpas, eran los tributos: esto iba ya de manera que parecia plaga, y

más tema de condicion y natural pasado, que necesidad por inundacion de ejércitos; aunque habia hartos, y se procedia en ellos como si no hubiera tributos, habiendo más tributos que guerras. El pensar de nuestros Ministros, ántes que á la conservacion y amplificacion del reino, no era otro si no es cómo se desustanciaria, cómo se le harian las sacas y los menoscabos: el Ministro que mejor los admitia, los fabricaba, los sacaba de las venas hondas de la tierra ó de los cuerpos humanos contra su prosperidad, ese era más bien premiado. Parecer era de algunos, que entre las cosas que habian arbitrado ambos privados, así el francés como el español, para ver cuál mas aína destruia al otro ó se destruian ambos, que así era como habian echado á los tributos; y como esta insidia no era más que una competencia y oposicion, y, como dicen, guerra de privado, no sólo maquinada del uno contra el otro, sino contra la seguridad del Estado y paz pública y de los demas Príncipes. El nuestro discurrió que, los que se imponian en la Francia, por el inquieto natural de aquellos vasallos, y que con facilidad por pocas causas (que seria por los intereses) se mueven á digresiones, sin duda ninguna serian su ruina; y á esta causa se daba manos á esta diligencia, y no paraba el juicio en otra cosa que en inventar y ministrar tributos. Y esto se prueba con este argumento: que el cardenal Bernardo Armando Richelieu, viendo tresdoblar la moneda antigua de vellon en Castilla, dijo: «él ha subido los cuartos, yo subiré la plata»; pero tanto y tan livianamente se engaña el juicio humano, y tanto se debe mirar y huir de las novedades y hacer gran reparo en sus consecuencias, y no tomar aquellos por venganza y por artificio de ruina, aunque sea agena, que tal vez ocasiona la nuestra, sino sólo por precisa necesidad, y no más de aquello que tácitamente es menester, porque salen luégo diferentes los intentos y quizá con fatales fines: tanto conviene arrimar á la senda la prudencia, y esperar lo demas de Dios, de la vigilancia y de los buenos medios, porque lo que se presumió de los franceses y que seria destruccion en ellos, ha sido fortuna de su privado, porque lo



han tolerado y sufrido sin mostrar su condicion, ni valiéndose de ella ántes; y si bien en algunas provincias se han levantado algunos rumores, se han enfrenado sin haberse sentido en ellas ningun accidente. En España, desde que reinamos esta última vez, tenemos con poco gusto y áun en desesperacion á los vasallos; no mejores en la fe á los catalanes, ántes ultrajados y desabridos, y áun no sé si los aragoneses y valencianos volverán á encabezarse en el pedido del año 626; profanados los privilegios de Vizcaya y expuestos al cordel y al palo los defensores de la libertad que les dejaron sus Príncipes; amenazados con castigo los portugueses, haciéndolos tumultuar y metiendo las armas donde no sólo pedian la paz por la misericordia, en grave daño de la quietud externa, dando motivo á los enemigos de tentar, con armas y otras cauciones, la firmísima fidelidad de los españoles, como lo han hecho por algunas partes y lo harán, saliéndonos los discursos al revés de lo que pensamos, por el rigurosísimo modo de emprenderlas, de tentarlas, de acometerlas, de la fiereza de sus palabras, de la inicua forma de sus procesos, tanto, que no parecen vasallos sino enemigos. Digno es por su acerbo ministerio, de forzoso reparo, de atencion, porque ¡oh gran desdicha! en todos los Consejos, en la casa de los Ministros y Presidentes no era otra cosa que llevar órdenes y decretos para que consultasen tributos y cargas sobre los vasallos y los ministrasen, no obstante que hubiese muchos: no se trataba del buen gobierno, del remedio de las necesidades; ántes de causarlas y de tenerlas y de cómo sean mayores. Ningun reino estaba seguro, ántes todos amenazados, como si hubieran faltado á la obediencia y á la constancia para con el Príncipe: ninguna provincia libre, como si se hubieran tumultuado; ninguna ciudad quieta, como si fuera enemiga; la más pequeña villa y aldea asaltada de estos pedidos, y habiéndose ajustado al que les queria echar por su envejecida fidelidad, vendiendo los propios, las dehesas, los montes, ganados y labranzas para pagarlo, y mal contentos, y secados en esta suerte de beber la sangre inocente; mal contentos de los primeros y el



quedar más gravados por ellos, se los pedia mayores por la pereza de condicion de los ministros, de los repartidores y comisarios, y últimamente por la impiísima ferocidad del hacedor, que los buscaba de esta calidad y los insinuaba peores; y en esta manera y por estas iniquidades los premiaba, y los daba parte en los bienes de la Corona, y excluia á los dotados de clemencia. No habia vasallo reservado de esta plaza, como si fuera reo de lesa Majestad divina y humana; en todas partes se debatia esto y se buscaban los hombres, como digo, más sin Dios y sin piedad para su administracion; y si alguno, por el contrario, era blando, condolido y misericordioso, luégo era repudiado de estas juntas, despreciado y dado por inhábil. Finalmente, no se miraba á otra cosa sino á que se inclinaran los vasallos, que era su mayor manejo, y á que se acomodaran para ponerles allí el anzuelo, y el lazo y el estorbo para quitarles las haciendas.

Tomóse este año un tercio de los juros, y tratábase de echar sobre los censos y las cosas otra parte, de suerte que no se perdonaba á nadie, ni se dejaba de tener sus centinelas y asechanzas en los reinos que se mantenian al amparo de sus fueros y privilegios, como Vizcaya, Aragon y Valencia, para domarlos y hacerles doblar á la violencia y gravedad de los pechos, y que pasasen por los de Castilla y hacerlos todos unos; y ningun ministro ó señorío habia al lado del poderoso, para acrecentarse, que no procurase venderle el reino, el principado ó la provincia de quien tenia aquel oficio, conspirando contra la patria. Uno de estos, que llaman Diego Suarez, secretario de Portugal, vanillo como portugués, que tambien se introdujo en los ermitaños del Retiro, y gastado en la ermita de San Antonio, por su capricho sólo, pasados de 100.000 escudos, vendiendo los títulos de hidalgos de Portugal y otras cosas, y dándolos á hombres bajos y á familias obscuras, sólo pos su acrecentamiento, y otro sin un edificio, sin para qué, que áun no se daba mano con la casa, ni de provecho ni de servicio ni de recreacion, aunque sea por variar, si no á no más fin ni á otro título que de superfluidad y de gasto, pu-



diendo servir aquello para el alivio del reino y la recuperacion del Brasil, gravólo; hombre de saber ganar las primeras puertas de los porteros, y las dueñas en los quesillos de Tronchon, siempre asistente y siempre idolatrado en las señorías del cuarto del valido, no sin emulacion y envidia del Protonotario, que áun á su gran fortuna no le ha faltado este gusanillo, cuando él ha sabido criar muchos; pasando el Diego Suarez muy aprisa, muy tieso y derecho, y con el sombrero encasquetado, y con la vista gorda si se encontraba con algun criado del Rey, pareciéndole que allí no hay nada. Este, pues, soberbio y atrevido, lisongero y vano, perdiendo el respeto al Presidente y á los Consejeros de Portugal, que esto tiene un secretario si el Poderoso le hace algun cariño, le sopla, demuestra el semblante gracioso, entónces le parece no hay Consejero que valga para él, que él es el Presidente, el Consejero y el más superior de toda aquella clase, y luégo se hace descortés con ellos: éste, pues, tocándole al Presidente proponer los medios para las necesidades de la guerra, ántes que el secretario ofreció al primer Ministro (que tanto se presume) las haciendas de los vasallos del reino de Portugal, dando por arbitrio, que si esto paliada y mañosamente se propusiese al duque de Berganza y él lo consintiese en su casa, que no habria ningun portugués que no allanase la suya y se la dejase tomar. Esta es una cosa que, demás de las otras indisposiciones del reino, se ha dejado de efectuar con más codicia y desvergüenza en Castilla, no contentándose con innumerable inmensidad de millones que por varias vías y medios la han tomado, hasta dejarle exhausta y los lugares despoblados; tanto, que los de más prudencia y tolerancia en estas materias, se admiran que no cause conmiseracion y duelo el adelantar de los tributos, y le pongan en alguna enmienda; y hay quien responda que es castigo, no de los atrevimientos de los pueblos que son tan fieles, que aunque maltratados y ofendidos no han cometido ninguno, sino de las quejas, de los gemidos de los pobres, de las viudas, de los pequeños y áun de los grandes, que casi hay que lo parezca; es castigo, como



digo, de los sollozos, de las estorsiones generales, que áun no quieren que se quejen, por no permitir el descanso, y hacen castigo de esto; y como el fin del valimiento es fatal, tremendo y espantoso para el que lo fué; y como en espirando toman todos larga satisfaccion y venganza del tal, de los daños recibidos en su casa, en su honra y sus servicios, los desaires que le hicieron, las befas, las descortesías, el olvido de los premios, el defraudárselos, el deslucirle el mérito al lado del Príncipe; pues, por obviar este riesgo, se toma por remedio dejarlos tales y tan acabados, que no queden con fuerzas ni con brío para vengarse, ántes quedar él vengado de ellos, de los daños que le pensaren hacer, en órden al desempeñarse de los males y menoscabos recibidos de aquel impío y malvado mónstruo, enemigo fatal de la naturaleza: de suerte que todo estaba, cuanto rodea la naturaleza humana viviente, condenado á pechar, hasta el poder quejarse, sin omitir descanso. Los portugueses estimarán al duque de Berganza por su calidad y sangre, pero no harian caso de él el dia que le viesen contravenir á la libertad, á la quietud del reino y á la comodidad de los naturales, y ser ejemplo de miserias en él. Finalmente, porque nos vamos encaminando al hecho, despacharon órdenes y cédulas Reales á Justicias y Corregidores de las ciudades, para que propusiesen al pueblo dejasen registrar las haciendas que tenian y los muebles de su casa, para echarles un repartimiento segun lo que tenian; y, finalmente, la cuarta parte de las haciendas, para enviar armadas al Brasil para echar de allí á los holandeses que cada dia iban afirmando al pié en aquel Estado y le querian acabar de señorear. Prepararon á los tales: primero ensayáronlos en el modo y en el rigor con que lo habian de hacer, porque como era injusto, les pareció poco poderosa la piedad, que es la que en los casos más árduos, si es justificada, abre las puertas y las da todas al Príncipe; ofreciéronles premios, que muchas veces no salen ciertos y otros eran aparentes, como criados ó expedidos del brazo que les instigaba estos males. Pues, y el primero, el Corregidor de Evora, ciudad como de las segundas del reino, salió á



la plaza, llamó al regimiento y á los vecinos que le parecieron más á propósito, y en alta voz, y con el orgullo que le habian inspirado, dijo se apercibiesen todos á registrar sus haciendas y alhajas de sus casas para pagar parte de ellas para la recuperacion del Brasil, porque donde nó..... y suspendióse. Respondieron los que estaban presentes, se humanase y mirase lo que decia, que aquello jamás se habia visto ni hecho en el reino, y que suplicase á S. M. no permitiese cosa semejante en Portugal y con vasallos fieles y tales. Atajó el Corregidor y repitió: «y el que no lo hiciese, están allí aquellas horcas para ponerle en ellas.» Aquí fué donde aquella gente prorrumpió, y encendidos en ira «¡horcas!» dijeron: arremetieron al Corregidor con espadas y con piedras y le siguieron para matarle. Pasó la voz por toda la ciudad y todos se pusieron en arma, sin atreverse los nobles, por el excesivo número de la muchedumbre, á corregirlos y enfrenarlos: metióse el Corregidor en la iglesia mayor; arremetieron á ella, cercáronla, y salió el arzobispo D. Juan de Acuña, que despues fué el instrumento más principal que los atizó en Lisboa, promovido de la dignidad arzobispal de aquella gran Colonia, por infelicidad y trazas poco útiles de nuestro siglo; sacó la cruz y quiso sacar el Santísimo Sacramento; dieron voces que no le sacase: finalmente, hizo reparo en la furia y malignidad de aquella gente y no le sacó. Salió el marqués de Ferreira y el conde de Vimioso, sobrino del que hizo degollar el rey D. Felipe II por haber seguido la parcialidad de D. Antonio, Prior de Ocrato, y fué preso en la batalla naval de Felipe Strozi, principales cabezas de aquella ciudad, ó dudase si lo hizo principal fundamento de la separacion de aquel reino del de Castilla, por lo que se disintió de su infelicidad. Salió el conde de Obasto para detenerlos: quisiéronle matar, pero él recogió algunos soldados de milicia ó de batallon y los demas que pudo juntar de su familia, amigos y aficionados, y tomó las calles, con que los hizo sosegar, no faltando á esto el marqués de Ferreira, cabeza de la ilustrísima Casa de Melo. Sin embargo, saciados de la ira y de otras palabras feas, que afirma un caballero del



reino que les dijo el Corregidor, corrieron á toda furia á los oficios de los señoríos ó casas de Consistorio, sacaron los papeles y los protocolos, donde estaban alistados los vecinos de la ciudad para pagar cada uno un real de agua que les habian echado, y los quemaron; y de esta manera estuvo aquella ciudad tumultuada muchos dias, sin gobierno ni quien se atreviese á gobernarlos, aprestando las armas y los arcabuces y enviando de secreto por pólvora á las provincias y ciudades circunvecinas de Castilla y de la Andalucía, como á Málaga y otras partes donde hay fábricas y almacenes. En Villaviciosa, lugar del duque de Berganza y donde tiene su casa y asiento, y donde estaba, embestia la maraña á no más fin que para ensartar al pueblo y ponerle la trampa: comenzó, como ya lo tenia avisado, á admitir el registro con que intentaron el del lugar; pero despues, quedando en el corazon la fealdad de este hecho, ninguno fué más facineroso. Sucedió lo mismo en éste que en Evora; pusiéronse en la defensa, que no era rebelarse volver cada uno por lo que le toca: quisiéronle quemar la casa; estorbáronselo y pusieron fuego á la ropa y tomaron piedras para él; denostáronle y tratáronle mal de palabra, tanto, que hubo menester ponerse á caballo y quietar los vecinos, que no fué poca hazaña estando como estaban. Algo de esto tocó en Santaren, aunque el Corregidor se humilló y puso delante de rodillas, diciendo no le matasen, é hiciesen lo que quisiesen. Tomaron el ganado del secretario de Estado, Martin de Vasconcelos, cuñado del secretario Diego Suarez, ambos aborrecidos de todo aquel reino como instrumentos de tales accidentes, y viendo que apacentaban en aquellos campos, le robaron, y decian le entregasen á él mismo y áun los dos para hacer de ellos lo propio que habian trazado en su arbitrio, que era ahorcarlos, y que con su hacienda y con la que habia usurpado á la Corona, con achaque de obras en el Retiro (así lo decian, y juzgo yo que la pasion y el caso les hacia hablar lo que no sabian), podria S. M. recuperar el Brasil y otras muchas provincias. Pusiéronse libelos en las puertas de la casa de Diego Suarez, en Madrid, contra él; y en las de

Palacio, donde ya habia llegado volando la noticia del suceso; y el medio más suave que entónces se tomó para dorar el yerro y limarle, fué negar y decir que tales órdenes no se habian enviado ni tenian dado: que los Gobernadores y Corregidores, de su mismo parecer, lo habian hecho; dejando á aquellos pobres ministros expuestos á nueva y mayor ira del pueblo, haciéndolos reos y actores del hecho; que ya cuando se dice fueron mandados, parece que se consiente en la disculpa y se moderan con ella; pero negar, y decir que ellos lo hicieron, ¿no podia dejarse de inferir de aquí que era hacerles una burla muy pesada, y que el pueblo, nuevamente irritado y furioso del dolor de las palabras, no los hiciese pedazos, les demoliera y volviera en ceniza? El reino del Algarbe y los lugares de Tavira y Lagos corrieron esta misma fortuna; y dicen tomaron al Corregidor, y poniéndole en un barco con dos ó tres esclavos berberiscos, á quien dieron libertad, les dijeron le llevasen á Africa, donde echase y publicase tributos. No se meneó la gente de Lisboa, que fué gran freno para los demas, aunque, pretendiendo subsidiar y echar gabela sobre el pescado que traian de la mar, un dia le dejaron los mismos que le cogieron, y el tumulto de la gente cargó sobre él y se lo llevó, y los pescadores, irritados con la pérdida del pescado, tiraron piedras á las ventanas del Palacio de la Princesa gobernadora y le quebrantaron las vidrieras.

En este estado estaba Portugal y las más de las ciudades, cada una entre sí; la que más callaba, confiriendo sus trabajos y los que esperaban, demás de la poca fe que nos tienen, temiéndose en Castilla que nos tumultuasen los puertos y ciudades de mar como Oporto, estando tan cerca y en su paraje dos enemigos, y áun cinco, que nos quisieran desquiciar y extinguir el nombre y la reputacion antigua, ganada sobre ellos con tantas victorias, como franceses, ingleses, holandeses, dinamarcos y suecos. Tenemos todos estos enemigos y ocasionámonos más, hasta los mismos naturales, y parece que aborrecemos nuestros bienes propios y que queremos acabar con ellos y con todo. No es nuestro intento querer impugnar

aquí, que no se sirva al Rey, que no se le dé, que no se le ayude, y recaigamos á las necesidades, para sobrellevárselas y para ayudarnos, que tenemos sobre nuestros hombros y en nuestra casa la Iglesia católica, y los enemigos la pretenden contrastar, y son muchos y muy formidables; sino que se le dé y que pida muchas veces, y se le dé todas y sea á la voluntad y gracia de los vasallos; pero que el donar sea fuerza, extorsion, agravio y desnudez del pueblo, y si nó allí están aquellas horcas, ¿en qué provincias de alarbes ó de etiopes, criados en el corazon del Africa debajo de la tórrida zona, tostados del sol, criados en la fiereza de los tragadores cocodrilos del Nilo, lo sufrieran? ¿Qué nacion bárbara lo podia tolerar, ni qué rudeza de Príncipes ó Gobernadores fulminaron en ellos tal venganza? ¿Qué hicieron estos hombres, que les pidieron las haciendas, y si no que los ahorcarian? ¿En qué provincia sin fe se usó tal modo de gobierno? Los romanos, cuando más indómitos de policía ó sobrados de vicios, no cometieran tal inhumanidad; ni los turcos, cuando domaron el Asia, egipcios cuando más supersticiosos, ni los caribes, ni los Moctezumas, ni los Atahualpas que imperaron en Occidente promulgaron decretos semejantes. ¿Consentirán los españoles que para el servicio de sus Príncipes, como lo han hecho, paguen alcabala de lo que vendieren ó traen á vender; que en el paso ó entrada de los puertos marítimos ó mediterráneos paguen las averías; que del pan, vino y aceite que cogen les pidan alguna moderada parte, porque no ha de ser todo; que de las mercedes que les hacen paguen la media anata y reconozcan el beneficio al Príncipe; que cuando van los tratantes por la sal, para sazonar los manjares, aumentar y engordar los ganados y proveer á la conservacion de la vida, la hallen á subidos precios y á 69 reales y medio la fanega; que cuando va á cobrar el juro le diga al receptor, aunque sea cada año, que el Rey ha tomado una parte, la mitad y todo; y que cuanto haya menester para sustentarse y vestirse lo halle á subidos precios, por las inmensas plagas, cargas y tributos que echan sobre cada cosa? ¿Que le importa al arrendador de



la goma, que los sombreros que ántes se encolaban las faldas para tenerlas alzadas, ahora que se les vengan á los ojos porque más ha subido el subsidio, y por el interes del arrendador no las han de encolar, sino engomar porque crezca el trato y la usurpacion? Y otrosi, ¿les espien sus comodidades para quitárselas ó que las paguen á dinero; que un pliego de papel que ántes valía un maravedí no más que para el precio y correspondencia ordinaria, tocados de este achaque, sin reparar en la fatiga de los vivientes y litigantes, detenga el negocio y le entrampe, empantane el pleito y la paga, á los que se les deben sus haciendas, le pongan á diez maravedises, á cinco cuartos, á real, á dos y á ocho; que le pidan cada año donativo, que han hecho tributo general; que pidan al hombre por la mujer, por el hijo, por el padre y la madre, y por todos los criados y por todas las potencias del ánima; le subsidien el censo, la casa labrada hasta el corazon y las muelas, si quiere muelas? Todo esto sufrian y mayores tósigos y venenos: pero que me entren á registrar la casa, no será posible, ántes perdiera la vida por ello; me entibiara en el amor y en la obediencia, y tumultuara mil veces ántes que sufrir que me entren en la casa, quizá los que no me quieren bien, no más de que porque la defiendo que me la trasieguen, sean dueños de mis secretos, metan tantos manos en su sabor y escojan del sudor de mi fatiga, no más que para dárselo á sus lisonjeros: no me parece discurso de hombre fiel, sino que quiere trastrastornar el estado, ó para asirle ó para despeñarle. ¿Por qué son los sitios y los asaltos de los pueblos tan sentidos y rechazados, sino porque tiran á la usurpacion de la hacienda, entrándose en las casas? ¿Por qué se sufre la hambre, la sed, la falta de sueño, el estar siempre en la muralla, en el rebellin, en la plataforma, en la contramina, esperando la bala de artillería, la del mosquete, la del arcabuz, la bomba, la granada, el hornillo, sino por defender la casa de quien me la quiere robar? ¿y quién dice que el que me quita la hacienda no me usurpa la vida? Porque, ¿qué cosa hay más dura para quitármela que tiranizarme aquello con que la he de sustentar? porque deshacer-



me y aniquilarme, ajarme, deslucirme, ¿qué otra cosa es sino matarme? Pues, ¿qué diremos si tras esto, y no dejarme con qué vivir, tambien, quitándome la hacienda, se me quita la honra? porque no hay vida ni crédito sin ella. ¿Hay más infelicidad que sufrir? pues qué ¿cuando nos la proponen afrentosa y de horca, lícitamente y sin contravenir á la fidelidad Real ni á la ley de la Majestad, puedo defenderla? Decia el Protonotario de Aragon, D. Jerónimo de Villanueva, que entraba en una junta de desbalijar los vasallos; «¿cómo han de dar, si lo tienen todo en alhajas, en camas, en tapicerías, y no contentándose con un estrado tienen dos ó tres?» Y era su hermana, doña Cecilia de Villanueva, y sus deudos los que habian inventado esta nueva invencion y desvarío, y por aquí todas las mujeres de los Consejeros; y queria que fuese defecto esto de la demas gente noble, porque por no verse escarnecidos y hollados de estos, se estiraban cuanto podian y surtian, obligando la infatuosa hinchazon y soberbia de aquellos dueños absolutos de la hacienda del Rey, á salir de su paso, por no ser ménos; y esto querian que fuese delito. En otras repúblicas habia premios para los hombres que sabian adelantar, lucirse y aumentarse; en ésta es delito: viendo un hombre que tiene algo, luégo se lo dan en rostro, y como si hubiera pecado en delitos feos, le decian, qué tenia; y de aquí que no le habian de dar nada por sus servicios aunque los hubiera hecho grandes, ántes que se lo habian de pedir. De estos hechos y de otros que reprendemos, á lo ménos no con otro fin sino con buen celo de aconsejar la quietud del Estado y el aumento del amor del Príncipe para con los vasallos, no le pretendemos calumniar á él, sino al inventor, que ya podia mostrarse más humano y reconocerse hombre para no arrastrar tanto los subsidios. En las audiencias públicas he visto yo entrarle á hablar algunos, y refiriéndole que en los donativos les habian tomado por fuerza tantas cantidades, más de las que ofrecieron, mandar al Patriarca en la misma audiencia, capellan y limosnero mayor, en saliendo de la pieza el querellante, y decirle: «dad á aquel hombre luégo de contado lo que tomaron más de lo que ofre-



ció: es preciso servir al Rey, ayudarle á sufrir el peso de las armas, cuando son en defensa de la Iglesia y del comun, con lo que se pudiese, y muchas veces captando la benevolencia del donativo, que es dejarle sabroso para que se ejercite en obra tan justa é hidalga; dar al Rey y que el Rey dé al vasallo.»

Prosiguiendo en nuestra narracion, con el suceso de Portugal enviaron hombres de razon de Castilla, y en el reino lo avisaron compusiesen y amansasen el ardor de los portugueses en alguna manera: que no digo obstinados, pero sentidos, decian, les volviesen á admitir las justicias y pagasen el real de agua: respondieron que S. M. no podia echarles subsidio ni otras cargas contra sus privilegios, que viniese á tenerles Córtes, y propusiese las cosas de sus incumbencia, que las harian y responderian á ellas; que la Majestad del rey católico D. Felipe III, su padre, no dejando de tener guerras en toda la Europa, en la Asia y en la América contra distintos y varios enemigos, vino á aquel reino el año de 1619; y siendo llamadas ellas aquel verano en el Palacio Real de la ribera de Lisboa, la proposicion que se les hizo fué, decirles que venia á aquel reino á honrarlos y hacerles mercedes y justicia en todo lo que se les ofreciese; á entender sus necesidades y remediarlas, y que no pedia otra cosa á los brazos eclesiástico, noble y de las ciudades, villas y castillos, sino que con todo cuidado y afecto se dividiesen en sus clases y viesen y mirasen con toda atencion las necesidades del reino para remediarlas, sin pedirles otra cosa; y que ésta fué una honra y merced tan grande para ellos, quedando grabada y escrita en sus corazones, por donde vivirá siempre en ellos sin poderle olvidar, ni dejar de amarle como lo harian siempre. De esta respuesta, de todas maneras mansa y comedida, se pasó al rigor que el Regente usaba, y á las amenazas que les hacia más furiosos, si bien ellos no pasaron adelante en el movimiento y alteracion. Quejábase de los frailes, que en estos casos son más rígidos en condenar las aflicciones y subsidios de los pueblos, y decia que habia de enviar ejércitos de Andalucía y de Castilla que los habian de humillar, y obligarles á hacer de ellos cuanto



se quisiese; mas los hombres de más saludable temperamento en el discurso y en las acciones, persistian se usase de blandura con los portugueses, pues ellos lo pedian, y no se hiciese de los vasallos, enemigos, cuando no faltaban en Europa contra la Casa de Austria y los españoles, y tan atentos, que holgaban de estas ocasiones para lograrlas y asirlas por la melena, cuando ellos las habian salido á buscar é introducir en ambas Germanías y en Italia, por sacárnoslas de las manos; y cuán á pocos puertos de Vizcaya, Montaña y Galicia, se podian poner en los de Portugal con armadas y ejércitos; parece que lo hemos pronosticado, si bien estaba escrito esto ántes que sucedió; pero tal se podia discurrir del progreso del Regente que era muy legítima la adivinacion; y siguiendo nuestro período, y cuando San Gian no era muy inexpugnable escala, que no dificultaría pasar á Lisboa, temíanse de este discurso y desvelábanse en entender si habia Embajadores ó Comisarios secretos en Francia, de los portugueses, para pedir socorro, no estando muy léjos ni con tantas canas el ejemplo del año de 582, cuando en favor del bastardo D. Antonio, Prior de Ocrato, y de otros portugueses parciales suyos, vino una poderosa armada de Francia que puso en mucho cuidado al rey D. Felipe II, sobre conservarse en la union del reino con Castilla y señorearse de las islas Terceras, de las poblaciones de Africa y sus puertos, como de los de Oriente y Occidente en el Brasil, teniendo parte y dominio en las cuatro en que se contiene el mundo. No sólo se temian de inteligencias con los franceses, pero de ingleses y holandeses, que todos quieren tener sus pretensiones ó alianzas cuando comienza á vacilar un reino, y particularmente hoy que los tenemos dentro del Brasil, y muy apretado por estos enemigos, y hay quien dice que con avisos é inteligencias y medio de los portugueses. Teníase gran fe y confianza en el corazon, con la seguridad de los nobles, que ninguno de los contrastes del tiempo ni los habia hecho mudar semblante, si bien despues fueron los primeros monederos de esta gente. Teníase cuidado con Oporto y con el Algarbe, que, como puertos y lugares marítimos, no co-

menzase por allí tal fuego y tumulto tan furioso que no se pudiese apagar ni enfrenar; pero que cuanto quiera que se habia propuesto y aconsejado la humanidad y la clemencia para con aquellos vasallos, el natural dificilísimo de disuadir de su crudeza, por conveniencias y materias propias, en vez de tomar aquella senda para no encallar y asegurar el reino en tiempo tan proceloso; siguiendo su dictámen, en vez de aplacarle fomentó la tormenta, y contentándose con lo que pagaban y con el real de agua, en lugar de conducirlos á lo de ántes, dobló la parada y les dijo pagasen dos. Ellos enmudecieron, no quisieron venir en nada y estuviéronse así por algunos dias, y les levantaban que buscaban armas y que las juntaban, que traian pólvora y arcabuces por lugares incógnitos, que se valian de auxilios forasteros y los sediciaban, ya por mar, ya por tierra. Quisieran en Castilla que se armaran los nobles y forzaran á los plebeyos á sufrir el remo: no se atrevieron sin licencia, y por no enredarlo y no encender alguna llama que despues no se pudiese apagar y quedasen más culpados por servidores. Muchos vinieron á la corte y se presentaron delante del Príncipe y el mayor Ministro; otros con cartas ofrecieron sus personas y haciendas contra los desertores, con aquella bizarría y justa presuncion en que fueron admirables en África y en Oriente. Esto, pues, sucedió en la forma referida: los portugueses no con otro fin que el de conservar su libertad y sus privilegios antiguos, sin pretender más conmocion y ruido, sino ser vasallos fidelísimos de su Príncipe. Se volvió á proceder con las amenazas, y por la parte de la Andalucía se mandó al duque de Medinasidonia levantase gente para andar por el reino del Algarbe; llamáronse de Flandes algunos Capitanes de caballos para levantar caballería, y diéronse coronelías á algunos señores y caballeros de Castilla y Andalucía; llamóse alguna gente y soldados viejos de los que habian quedado inútiles en Navarra y provincia de Guipúzcua; reclamaron por ella en Perpiñan, y no teniéndola, enviaron por ella á Badajoz y á la frontera caudillos de opinion para marchar por allí á Evora. A esta ciudad seguia todo el partido de Alen-



tejo, si bien desarmado; y pocas de poblaciones, que apénas eran dos razonables, como Montemayor, Estremoz, más deliciosa en barros que en artillería, que era la cabeza de la rebelion.

Conducíase caballería é infantería del ejército, que llamaban viejo por haber asistido y entrado por las fronteras de Francia; enviáronse letrados para hacer Juntas y Consejos, y Cámara de Castilla, digo, y castigar delincuentes. El uno de ellos fué D. Juan de Chaves, del Consejo y Cámara de Castilla, que á la sazon gobernaba la Presidencia de Órdenes, y luégo que se explayó á esta comision, en la corte se comenzó á murmurar, sacándole las culpas á la plaza: quién le calumniaba de excesos indecentes á su edad, de demasiada severidad y altivez, que se daba mucho á sus amigos, y los habia ayudado á enriquezer; la sobra de dineros, que en muchos del Consejo de Cámara se amontonaba, le hacia recaer en enojo y murmuracion del pueblo, y muchas veces en venganza: quién decia era más liberal en los Consejos y en los despachos de lo que convenia, y áun pasaban á la reprension de las acciones poco cautas, las mujeres que llevan de peor gana que los otros que les falte la vanidad en los zaguanes con el sobrado número de cohechos de los pretendientes, pedian que le volviese. Él hizo su jornada; pero como este negocio de Portugal se concluyó luégo, como veremos al principio del libro que se sigue, por tocarle, se dijo que le divertian, entreteniéndole en nuevas materias, para que no viniesen á la corte las diligencias de las digresiones de los ministros: ya se ve las vueltas que tienen y las apretadas diligencias que se hacen de muchas partes para restituirse ó enmendarse. De aquí colijo yo, por el fin que tuvo, que se procuraron aplicar al caso todos los medios de honra que se pudieron, y más cuando se le arguye por parte del superior y se toma por color, que el consejero más antiguo del Consejo de Castilla, si falta presidente de los otros Consejos, se señala por los más antiguos quien los vaya á gobernar, hasta que S. M. provea persona ó presidente. Este se le tenian dado á la vuelta de su jornada, cuando pasó á Italia con el infante



D. Fernando y despues á Flandes, al conde de Oñate; pero como despues le hicieron ir á Viena de Austria á la eleccion de Rey de Romanos y prometieron de cubrirle en Castilla, en la misma Viena lo hizo el Emperador; y queriéndose venir él despues de la eleccion, diciendo estaba achacoso y que queria dar á su familia la gloria del premio, no admitiéronle la licencia para venir, quizá por particular malicia y para trampearle la merced; él prorumpió sobre no venir á España, y sabiendo estaba en Barcelona, le mandaron detener: quién dice descansó de sus fatigas en un papel de quejas; y pudo llegar á Alcalá de Henares ya con licencia, despues á la corte; y absteniéndole de la vista del Príncipe, si bien llamado á los Consejos por la necesidad que de él se tenia, que no fué poca benignidad del Regente; y no pudiendo salir con su pretension que le rogaban con la Presidencia de las Órdenes, que no la queria tomar sin que le cumpliesen la promesa de Alemania: finalmente, la aceptó por no deshacerse de todo. En ella dicen que procedia con claridad, y se presumia de su gran juicio haria las cosas con tanta estimacion y aumento, y como se dice, á oficio tan grande; ocurriendo á un cuarto donde está depositada toda la nobleza y limpieza de Castilla, y que ha nombrado caballeros de mucha entereza para hacer las pruebas de los que lo fueren, refutando los que lo son, sin admitir cohecho ni otra bajeza de las que ha habido en nuestros tiempos, teniendo y obrando toda la desatencion posible en este caso: sin embargo, por más que se opuso al curso de muchos decretos, todos contra la nobleza, le hacian doblar y venir en todo.

Tenia este suceso de Portugal muy quebrantados los corazones de los vasallos del reino. Acordábanse en cuán baja fortuna, para conservar su libertad, quedaron los catalanes, el desconsuelo de las provincias de Vizcaya y el desmayo por los castigos que se hicieron; y ahora los de Portugal, cuando en Aragon, en Valencia, en las dos Castillas y en los reinos de Andalucía, no estaban sin fatigas, ahogos y sobresaltos, porque en Palacio no comian sino el Gobernador y su mujer, y acá

fuera, el Protonotorio, su cuñado y pariente, y el séquito de los Secretarios D. Fernando Ruiz de Contreras, los dos hermanos Alarcones y José Gonzalez; todos los demas, y las casas de los grandes señores morian de hambre, y los criados del Rey pedian limosna; y habia llegado á tanto la necesidad y la indiferencia ó la protervia de no dar ni hacer merced, que hasta el deseo de la caballería, que siempre se repartió en los de aquella clase (cosa que causaba asombro y puede partir las piedras de dolor) se rendia por no hacer bien con aquel despojo, ni que los criados lograsen las medras en sus contínuos afanes, sino que siempre estén con ellos. Sobre el papel de la Cámara se daban voces que se gastaba mucho; limitábanse las medicinas de la botica para los criados del Rey, poniendo sobrestantes á la salud, cosas tan indignas de hacer memoria de ellas; pareciendo prodigios de fines lastimeros y acabamientos miserables. ¿Qué dirán los enemigos de semejantes novedades, sino que es justa la guerra, cuando á la Majestad de España la arrastran y arrojan á tales bajíos? Mandóse publicar un bando en Portugal, que dentro de tres dias se redujesen aquellos vasallos á la obediencia, que admitiesen las justicias y Ministros reales, y se les daria perdon general, exceptuando 30 personas, cuyos nombres no se revelaron; y que de no hacerlo iria el Rey en persona con ejércitos á castigarlos. Mandó prevenir la casa á los fines de Noviembre de este año: llevó D. Lope de Hoces un millon de plata en pasta, desde la Coruña á Flándes, y 7.000 españoles para la guerra del año de 38. A la vuelta, embistió en las islas de Ré, en la costa de Francia, á 12 navíos de mercaderes de Holanda, cargados de sal, aguardiente y papel; parte de ellos quemó y parte echó á fondo, y trajo algunos. Yo emprendo ahora una accion verdaderamente mayor qne mis hombros y que mis fuerzas, en que entro temeroso y cobarde de salir con ella: mayor que mis hombros por la grandeza del sujeto, y temeroso porque no sé si sabré engrandecerle como se debe: mi intento es consagrar un elogio á un varon en virtudes y en sangre maravilloso, sujeto digno de los más esclarecidos his-



toriadores y de los fundamentos clásicos de la elocuencia. Tócame por ley y por agradecimiento, deuda á que jamás falté, ni por riesgos ni por excusas; *verdaderamente yo le conocí y él fué mi señor*.

Murió fray Agustin de Castro, hijo del conde de Lemos y de la condesa Doña Inés, hermana de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma; fué altamente amaestrado, de suerte que, por naturaleza y sin artificio, fueron sus costumbres ejemplo para la juventud amiga de Dios y de su Madre y de sus Santos; pío y aficionado á la veneracion y culto del altar: perdió á su padre en Nápoles siendo Virey de aquel reino, cuyas memorables virtudes, aunque en pocos años, compelieron al Rey Católico D. Felipe III, á elegirle por Virey de aquel portentísimo reino, miéntras enviaba otro igual al peso de aquella gran regencia: ejerció dos años su oficio con aplauso y gran contento de la nobleza y del pueblo, que no se satisface ligeramente de todos, y en paz y en guerra, aunque entónces estaba cerrada la puerta á Sano, por no haber más que la de Holanda en toda Europa, y podemos decir que en las otras partes del universo, fué admiracion á los espíritus más políticos y marciales de Italia; aprobaciones de todas maneras relevantes y más calificada que de otra ninguna de las provincias del mundo, por ser aquella parte la más ilustre y profesora de las buenas artes, madre y maestra de todas las ciencias; fué inclinado, despues de los otros estudios en que por influencia de estrellas benignas que le hacian discreto, cortés, apacible y bien enrazonado, á la música y á los versos, en que hacia algunos, aunque pocos, y no más de aquellos que permitieron la flor de los primeros años. Casó en Nápoles con la Ilma. y Excma. Sra. Doña Lucrecia Liguiana Gatinara, condesa de Castro, duquesa de Taurizano, en quien tuvo por merced del cielo hermosos y buenos hijos, imitadores de sus virtudes, en quien se conservan hoy, áun en ausencia del padre; cosas que raras veces se ven en otros, áun de su misma calidad, de suerte que no las tienen por otros respetos que por naturaleza y por obligacion al reconocimiento de Dios y por



forzosas á la comun esperanza de los fieles. Vino á la corte de España el año 1608, ó poco ántes, á ver á su madre, la condesa de Lemos, Camarera mayor de la muy esclarecida reina Doña Margarita, á sus hermanos, D. Pedro de Castro, conde de Lemos y de Andrada, Presidente de Indias, casado con hija del duque de Lerma, su tio; y admiraron en aquel tiempo su gran juicio, prudencia, integridad de costumbres, y así lo reconoció su tio y los demas Ministros, y lo hallaron sujeto capaz para grandes cosas y para emplearle en el servicio del reino: fué aquél año, á principio de Junio, á Ventosilla de Duero, delicia entónces por hermosura de edificios, campaña, monte y otras recreaciones hechas del generoso ánimo del Duque, de sus espensas, y de las mercedes que le hacia el Rey para servirle con ellas y dilatarle el espíritu, y extendérsele sin afligirle ni afligirlos á S. M. ni á sus criados, como lo refieren hoy, no sin particular memoria ni sin suspiros, aunque la malicia natural y artificiosa de estos no dejó de tratarle como á privado. Acompañóle en este viaje D. Fernando de Castro, conde de Guelves, su hermano, Gentil-hombre de la Cámara del rey D. Felipe III, caballero de singulares y generosas partes; y de Ventosilla pasó á Lerma, segunda recreacion por su antigüedad y por lo que se le habia añadido de edificios, un gran Palacio, conventos, parque, sotos, jardines, todo de admiracion para la vista y para la casa en sus caminos: primero era la Iglesia que su posada, y en esta forma, al comenzarlos, porque tenia muy larga y muy prolija oracion, siempre era asistido de Dios y le tenia por principal objeto de sus acciones. De Lerma pasó á Valladolid, siguiendo á la corte y á su tio, donde perdió á su hermano D. Fernando de Castro; falta que verdaderamente quebrantó y entristeció los corazones de Palacio y de la corte, por su persona, por su arte, por lo bien visto que estaba: si yo hubiera de inferir otro elogio en el que voy escribiendo, dijera muchas cosas de este gran caballero, dignas de mayor pluma; pero no interrumpiendo la materia á que me he dedicado diré, con precision, que era bizarro en todas sus acciones, amado y aplaudido, ardiente en la plaza



con los toros, y diestro en la batalla con la pica y la espada, torneando era todo él gusto y la policía de su madre y de sus hermanos.

Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa, ilustrísimo poeta, escribió una elegía á su memoria, que anda en sus obras, y á ella remito algo de lo mucho que se admiraba en la persona de este gran caballero. Sintió D. Francisco de Castro, como dije, esta pérdida, y ofrecióla á Dios con grande entereza de corazon, si bien el dolor era la espuela secreta que le estimulaba por falta tan lastimosa. Hízole S. M. merced de la Embajada de Roma, y volvió á la corte dejándose en el venerable convento de San Pablo de Valladolid, en el sepulcro de su gran tio, la prenda más cara de su corazon. Consoló á su madre, á su esposa la condesa de Guelves, en quien dejó una hija heredera del Estado, que despues fué duquesa de Veraguas: consoló á su hermano, el conde de Lemos, que aunque no se hallaron al dolor, le tenian presente y grabado en su corazon; echóle de ménos la corte, y D. Francisco de Castro, duque de Taurizano, pasó á la Embajada de Roma. Allí fué donde él compuso aquel gran negocio en que tanto lució su genio y su prudencia cuando se levantó la digresion entre Pablo V, gran Pontífice de la Iglesia, y venecianos, en que se introdujo y tomó á su cargo prósperamente, de órden del Rey, pasando de Roma á Venecia, que los Cardenales y toda la nacion francesa quisieron hacer sospechosa, diciendo que aquel ejército que el rey D. Felipe III habia mandado levantar á don Pedro Enriquez, conde de Fuentes, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, no era tanto para hacer más defensibles la autoridad del Papa y correccion de la altivez de venecianos, y para restringir sus decretos y obedecer al Vicario de Cristo, y que los suyos desean sobre los demas, cuanto para castigar los atrevimientos cometidos en las armas contra el archiduque Ferdinando y su primo segundo, duque de Stiria y Carintia, que despues de Matías ascendió al Imperio, sobre términos de Friull y de la Stiria, que querian adjudicarse á sí, y decian pertenecerles con fundamentos bajos y



maliciosos: supo serenar esta tempestad, componerla, asegurar á Italia en todos sus ángulos y términos, haciendo que el Senado estuviese á la obediencia del Príncipe de los Apóstoles. Agradecióle Pablo V el beneficio hecho á la Iglesia, y ponderólo en el Consistorio delante de los Cardenales con alabanzas y aclamaciones públicas, diciendo grandes cosas de su celo y religion en servir á la Majestad católica de Felipe III, y á la Sede Apostólica Romana. Encareció su casa, sangre y virtudes, y por el consiguiente, el Senado veneciano le dió las gracias, le consagró grandes encomios por haber mediado con su gran juicio y prudencia los riesgos que amenazaban ruina á las tierras de la Iglesia y las demas posesiones, y rúmores que con esta ocasíon se habian de querer introducir en Italia para turbarla y sacar algo de ella. De Roma pasó al vireinato de Sicilia á ser ejemplo de Gobernadores. En esta forma se mantuvo hasta el año de 21 que las cosas de España mudaron ser y forma, y pasó de esta vida á la inmortal que le esperaba en el cielo el Rey católico D. Felipe III, su amplificador, y de todos los de su familia y casa, entrando á reinar el IV: tuvo el aviso en Palermo de la muerte de D. Pedro de Castro, conde de Lemos y de Andrade, su hermano mayor, casado con hija del duque de Lerma, su tio, por donde tambien eran primos hermanos, y vino á heredar el Estado por no haber tenido sucesion. Toleró este fracaso como los demas: vino á cubrirse á la corte, y su primogénito, con el título de marqués de Sarriá; hiciéronle del Consejo de Estado, no admirándose, ni haciendo mudanza en su corazon, porque todo lo tenia depositado y lo esperaba de S. M., ascendiendo ántes que á los caducos de la tierra á los imperios eternos del cielo. Los nuevos privados, nuevas condiciones y diferentes semblantes, ménos gratas puertas, pocos aplausos y poco calor en ellas, áun cuando le halló en los brazos de su madre que la vió viva, puso el hombro al bajel prodigioso del tio, que las pasiones humanas hacian zozobrar, y despues de su muerte en los riesgos del nieto, oscureciéndole y anublándole las mercedes, y las puso en concordia y templanza con los Ministros, sin que recibiese fracaso



la honra ni el decoro de las personas, porque la verdad arrasó los nublados que la pretendian ofuscar; y tambien supo, con su gran valor y consejo, impugnar lo que la maldad y soberbia le pretendió cargar.

Murió la condesa de Lemos, su madre, y despues la Condesa, su esposa. Casó su hijo primogénito con hermana del duque de Osuna, y viéndose dejado de los impedimentos de sus obligaciones y de los del Estado, retirando sus hijos de los cuidados y sirtes de la corte á Monforte de Lemos, y su prima, esposa de su hermano, á fabricar un convento de monjas en aquel pueblo para acabar virtuosameute allí sus dias; y llevando los huesos de su madre y hermanos á aquella fábrica, y los antiquísimos sepulcros de su padre, logró un pensamiento que habia largos años que le solicitaba el corazon; y renunciando los oficios, las dignidades, los Estados y las otras cosas humanas, tomó el hábito del gran Patriarca de la Iglesia, San Benito, en Sahagun, dándose con más anchura de espíritu á la devocion, á la oracion y á la mortificacion, al ayuno, á la limosna, de que era muy frecuente y sumamente amigo. Dejo de referir las otras partes de sus virtudes y penitencia, porque no acabaríamos aunque hiciésemos largos epílogos. En este estado y con este ejemplo, en que admiró á los mas sabios y edificó á los mas exaltados, y confundió sus trazas y devaneos, vivió algunos años con grande edificacion y consuelo de los religiosos, y estando en el monasterio de Búrgos de esta sagrada religion, queriendo Dios premiarle lo que habia servido, le agravó una enfermedad con que en breves dias le llevó Su Majestad á gozar del premio prometido á los buenos y que le amaron, el dia último de Agosto de este año, en edad de 59 años. Varon, sin duda, grande en ambas fortunas y en ambas eras; de suma tolerancia y de gran corazon en las adversas, y en las prósperas sin un átomo ni color de vanagloria; las acciones de caballero muy medidas con la Ley de Dios, en que fué ejemplarísimo cortesano y religioso, cuando lo insinuaba la observancia, no dejando de sufrir los impulsos de los superiores en aquel Estado; éste fué fray Agustin de Castro, que



ántes en el siglo se llamaba Francisco, mudando el nombre por particular devocion cuando tomó el hábito: procuraremos imitar sus virtudes.

La duquesa de Suebreuse, mujer ántes del duque de Luina, Condestable de Francia, gran privado de Luis XIII, y ahora de un hermano del duque de Guisa, huyendo la ira y las excursiones del criado Cardenal de Richelieu, dejando la Francia á toda diligencia con pocos criados y sin homenaje de casa, desamparada de todos, se entró por Perpiñan al amparo del duque de Cardona, que la acogió y agasajó; pasó de allí á Zaragoza al hospedaje del marqués de los Velez, Virey de aquel reino, y despues á la corte, donde fué recibida con público acompañamiento de todos los señores de ella: fué hospedada en la casa del duque de Alba; poco despues, pasados algunos meses, agasajada de ricas preseas y de joyas, y en un navío que vino de Lóndres para el mismo caso, navegó á Inglaterra: quién dice que á disponer allí mejor sus cosas y las de su marido, que estaba preso por órden del rey de Francia; y quién que se hallaba embarazada en la corte de España, en las ocurrencias en el cuarto de la Reina con la princesa de Cariñano, y el gran lugar que habia hallado en ella por el parentesco de su hijo con el de España, y no le queria ser inferior, llevando á mal hiciesen más con la Princesa que con ella, habiendo sido iguales en Paris: de esto quisimos trascender algo y la causa de su fuga. Decian que el Rey y Richelieu querian haberla á las manos para castigarla, no sé si por revelacion de secretos; porque ántes fué toda la suspension de los sentidos de Luis: ella era hermosa, y no pudimos saber más, ni tampoco quisimos entenderlo por ser materia de mujer, en que el silencio es de mejor calidad; y que los otros discursos, si se hallaba mal en Francia, y las controversias de España con aquel reino no la armaban bien, y las novedades de Inglaterra no serian convenientes á la comodidad de quién las habia perdido todas, y tan grandes, que era constante opinion que importaba su camarin ó tocador 300.000 escudos: y así era forzoso pasar por grande mengua de necesidad, como

la Reina Madre, que trocó la grandeza de Bruselas por la pobreza de Lóndres, donde está con tan baja fortuna, que pide limosna, dejando en Flandes 12.000 escudos que el Rey Católico la daba cada mes para los gastos de su casa.

Los siniestros sucesos de Flandes, la infelicidad de los aprestos de Navarra y de Vizcaya por el duque de Nochera para entrar por la Francia, lo poco que habia hecho en Italia, sin faltar al dinero, ni á la gente ni á los pedidos el Gobernador de Milan, tenian al Rey y al mayor Ministro con desabrimiento, por ver queria ya espirar el verano y que se habian de retirar los franceses á sus invernaderos sin tomar de ellos la justa satisfaccion de las hostilidades cometidas en el Milanés; y otrosí, de las quemas y talas en el País-Bajo, y que cuanto se habia resuelto y determinado en las juntas de este año, en ofensa y castigo de sus atrevimientos, ninguna cosa habia arribado al fin que se habia pretendido. Por obviar en algo á esta calamidad y fatiga, no queria se entrase el invierno sin probar la mano y tentar alguna empresa que pudiese descansar el ánimo de los interesados, y que doliese á los franceses y fuesen parte de algun desempeño de la reputacion: discurrióse y extendióse el juicio por toda la circunferencia de la Francia, no sólo por Flandes sino por Italia, y hallaron que era por allí, no sólo dificultoso, por lo falidos que habian quedado los ejércitos, pero que áun era tarde para hacer algo de conservacion; y los Cabos y las reliquias de ejército que habian quedado, estaban cansados y poco sabrosos de la desigual fortuna de los progresos, que en Flandes no habian tenido caudal ni sustancia para hacer esfuerzos de opinion, y en Italia lo habian tenido todo y no habian hecho nada. A mi parecer, estando ya el tiempo tan á los umbrales del invierno, el mejor consejo era suspender y hacer grandes aprestos para el año siguiente, y no añadir á unas infelicidades otras, Tuvo este intento mucho de prisa y mucho de repente, concitado no más del ímpetu y ardor de la cólera: ya se sabe cuánto quiere de tiempo, de acuerdo, de prudencia y de muchos refuerzos para entrar por un reino. Vióse algun número razonable de gente en Perpiñan,



conducida para aquella plaza de armas y para resguardo de la tierra, y traida de lo que no habia sido de provecho en la provincia de Vizcaya, ó no se habia sabido en caminar; estaba surta allí y como enervada, sin saber derechamente lo que se habia de hacer, por faltar muchas cosas para la jornada; y, finalmente, como quiera que fué el designio y el consejo bien desnudo de prudencia, se resolvió el ir á tomar á Leocata y á sitiarla. Estaban allí aquellas muy señaladas coronelías de los señores de Castilla, hechas de prisa y con flojedad de Cabos y gente bisoña, no habiendo más que tres soldados viejos de reputacion y de nombre, que eran el conde Juan Cervellon, el marqués de Mortara y D. Francisco Toralto. Digo que se hallaban en Perpiñan las coronelías de los señores del reino; la del Conde-duque que mandaba el marqués de Mortara, la del Almirante de Castilla, la del conde de Oropesa, la del conde de Aguilar, la del marqués de la Guardia, la del conde de Fuensaldaña y de otros, que en los de todos y de otras gentes no habia más que 7.000 infantes y 800 caballos, tomados á bajos precios de los coches de la corte de Castilla, traidos de Vizcaya, donde primero se habian llevado, dados á Capitanes sin nombre ni reputacion, ántes insuficientísimos de todas maneras, armados aprisa y con malos aderezos. Tenia á su cargo esta gente el duque de Cardona, como Virey y Capitan general del Principado de Cataluña. Trajo el Maestre de campo, Francisco de Espejo, un tercio de mallorquines que se habia aprestado en aquella isla, que no pasaba de 800 hombres; y hay quien dice que los catalanes sirvieron con 500, pagados á su costa. Dió esta gente el duque de Cardona al conde Juan Cervellon para que hiciese la guerra por el Languedoc, y fuese por principal caudillo de ella; y la caballería al duque de Ciudad-Real, que la habia conducido de su tierra al Condado de Rosellon: enviaron á D. Francisco Toralto con alguna gente, y por divertir competencias con el Cervellon, para que asistiese en un desembarcadero y puerto de mar, para impedir que no no echasen gente por allí los franceses y socorriesen á Leocata; y siendo este el Cabo más principal que



habia de ir en el ejército, por su mucho valor y experiencia en la guerra, si bien no le faltaba al otro, pero era de poca fortuna, le dieron este cargo por decir no se llevaba bien con Cervellon, y quisieron evitar las contiendas, y porque no las hubiese en el modo y la prosecucion del sitio no llevaron artillería, enviándola por mar en número de diez medios cañones y ocho cuartos.

Marcharon, pues, como siempre y en esta forma, con los pocos bastimentos, pertrechos y municiones que habia, con órden de ahorrar la pólvora y no gastarla en salvas. Estos ahorros y otros tienen á Palacio y la milicia en el poco lustre que hoy se ve, no usando de ellos como se debe y lo pide la autoridad, prenda que nunca se ha de deshacer de ella ningun Ministro; ántes haciendo excesivos gastos y capitales en lo que no es menester, ni es justo, ni importa, ni hace al caso, ni la obra es heróica, ni asimila en ningun ápice á la maravilla octava, que ya, si lo fuera, cualquiera falta se podia perdonar, particularmente que no siéndolo es grande error deslucir á las otras; y fuera tanto más acertado que aquel gasto, introducido por tema y contra el celo de los reprensores, emplearle en pólvora y en salvas ántes que en malas tapias y ladrillos; así supieran los enemigos, como lo supieron ántes, que habia hombres y consejo en España. Marcharon, como dije, y el duque de Cardona hizo alto en Salsas ó Perpiñan: llegaron á Leocata, fuerza puesta en una eminencia peñascosa, contrapuesta á la de Salsas; echáronla el sitio, distribuyeron la gente en sus puestos y abrieron trincheras muy malas, bajas y de poco fondo y altura, y con demasiada circunvalacion, más de la que pedia plaza tan corta; tanto, que dicen pasaba de dos leguas. ¡Qué bien parecieran allí los gastadores del Retiro! ¡y qué alabado de providente fuera el Gobernador! Condenáramos justamente al temerario que no le proclamara de diligentísimo y atento ministro, y más si en ocasion tan falida condujera aquellos carros, aquellos instrumentos, picos y azadones, y aquellos hombres que desmontan tán gran copia y latitud de tierra, hacen prodigiosos y extendidos estanques, llevan arro-

yos á lejas partes, sin qué ni para qué, pudiendo manejarlo un coche, sin sobresalto y sin riesgo público, de grande fracaso. Descuidámonos de lo que importa y es necesario á la reputacion, y hacemos grandes gastos y metemos mucha gente en lo que no es de esencia, ántes de exceso; y luégo tratamos de ahorro bajándonos á pocas cosas, á indignidades y miserias, á que se ahorre una onza de cera, y á si le toca ó no le toca al otro una cinta, apretar á Palacio y á los criados hasta hacerles dar la sangre, y derramar millones en obras deslucidas y que no se les ve el fin, no más de que porque sepan que puedo y que quiero. La casa Real de Palacio, para acabar, ¡cuánto mejor luciera allí aquel gasto, ya que no se enviaba á Perpiñan, ó á acabar la fábrica maravillosa de Aranjuez! aunque lo mejor y más acertado fuera en la guerra, en Flandes, en Italia; y no deja que maravillar, que queriendo S. M. acabar la casa de Aranjuez, no le alentaron para ello, ni se tradujeron allí los gastos del Retiro: una obrilla que hizo en la torre de la Parada en el Pardo, ¡con qué juicio la dispuso dándola término y medida, para no exceder del ajuste! ¡cómo la limitó, y con qué poco dinero la acabó! y mucha parte de ella, por no quitar el dinero de las otras consignaciones precisas, suplió con lo que le daban cada mes para su Cámara. ¡Príncipe grande y de maravillosas virtudes! de que soy buen testigo porque se las ví y recibí parte de ellas, solamente que no podia ó no acababa de desasirse y desembarazarse de los lazos que le constreñian á no ser el más esclarecido de los Príncipes, y á subir á la cumbre de la majestad y á ser el rayo de sus enemigos.

Prosiguiendo, pues, con el hilo de nuestra historia, por no lastimar más los corazones de los vasallos, digo que estuvieron así nuestros españoles sobre Leocata, algunos dias, sin hacer mudanza ni novedad los de adentro. Quién dice, que pasados algunos dias de sitio, el Gobernador de la plaza pidió al conde Juan Cervellon cuatro dias de tregua, si no fuese socorrido, para rendirse; concediéronselos, pero al cabo de ellos, pidiéndole la rendicion, respondió con la



mosquetería y arcabucería, con que mataron pasados de 60 de los nuestros que se habian llegado á las murallas; con que irritado el Cervellon, hizo ahorcar á su vista algunos franceses prisioneros, y pusieron fuego á algunos lugares y amenazáronlos de muerte. Comenzóse á prevenir toda la tierra para la defensa y hacer levantar el sitio á los españoles. El duque de Luina, Gobernador de la provincia de Languedoc, hacia muchas levas de franceses: el arzobispo de Burdeos tenia la armada vergas en alto para navegar y socorrer á Leocata, si bien estuvo muy á pique de perderse en el desembarcadero; y, finalmente, echó en tierra cuatro regimientos veteranos, los más escogidos de toda la milicia francesa, aunque de poco número de gente. La nuestra apretaba á Leocata flojamente, queriendo conservar la que teníamos y tomarla por necesidad; sin embargo, les quitaron el agua padeciendo falta de ella; mas Richelieu no se descuidaba de socorrerla y prevenirla toda defensa. Acá, nos vendíamos de tal manera la confianza, que nos dimos á creer seria la plaza nuestra: estuvo atacada por tres partes, y llevaba la una trinchera, por la línea más peligrosa, el marqués de Mortara con el regimiento del Condeduque, encaminándose á un caballero del castillo; á un mismo tiempo caminaba por el otro ángulo el Maestre de campo Juan de Arce, con la gente del marqués de la Hinojosa y otras ayudas y refuerzos; al otro baluarte caminaban los mallorquines, gobernados del Maestre de campo Francisco de Espejo; hiciéronse fortificaciones á la defensa de la mar, y se fabricó un trincheron, no sin grande fatiga de los soldados, donde se cubria toda esta máquina con demasiada capacidad, no obstante que nuestra gente era muy poca y el terreno podia ser mejor; aunque las fortificaciones no pudieron acabarse del todo con la perfeccion que pedia milicia tan noble y tan atenta como la española, jugábanse seis baterías de los tres puestos señalados de á cuatro medios cañones cada uno de á dos cuartos, y fuése apretando de modo la plaza, que á los últimos dias, si se hubiera continuado como empezó, fuera sin ninguna duda del Rey Católico. A esta hora ya comenzó á ser fatal la reformacion,



y á deslucir la empresa, y á calmar el efecto, porque Cheric de la Reina, Gobernador de la artillería, obedeciendo al continuo reformador, comenzó á escasear la pólvora, como convenia á la buena dicha y fortuna de franceses, que es lo que parece buscamos ántes que su destruccion, abriéndonos las puertas como lo hemos probado en varios trances, pérdidas y acaecimientos. Estaban ya los sitiados no sin congoja, como se comenzó á reconocer y observar por las señales y demostraciones que en ellos se veian, tocando una campana, haciendo fuegos y ahumadas, cuando vieron á Mortara que tenia ya las trincheras metidas en el foso en dos ramales iguales, el uno donde se habia comenzado á minar, y el otro á caminar con galerías por los traveses del foso, ambos derechos á la mina de la batería, que era tan grande que se podia subir por ella, si bien con algun trabajo. Este estado tenia el sitio cuando llegó el alférez Roca (nombre natural á su esfuerzo por serlo en fortaleza), de un lugar distante legua y media de allí, donde asistia con 60 soldados que se rindieron infamemente á las primeras hileras del enemigo; y éste, no pudiendo tolerar la vileza de aquellos, ni pasar por la baja rendicion de los demas, venciendo y atropellando dificultades, corrió volando al sitio y dió aviso á la Cabeza y á los Cabos como el ejército francés, con buen número de infantes y caballos, venia marchando al socorro de la plaza; no habiéndose sabido nada hasta entónces en el de los españoles, ni se habia atrevido ningun Cabo á enviar una espía ni á gastar 10 escudos en esta prevencion y en estar avisados: tanto respeto se tenia al dinero, y tantos miedos y guardias se le habian puesto, que no parece que le habia, ó si le tenian, no parece que venia para los gastos y socorros de aquella faccion, teniendo más cuidado con él que con los enemigos. Así se faltaba á la providencia y al gobierno de las armas, no dejando el albedrío á las cabezas para arbitrar y encaminar los designios, para encaminar los fines á las glorias y á los vencimientos de los enemigos; este cuidado, finalmente, entre los demas, tambien fué presagio de aquella desdicha, porque no se trataba de otra cosa que de



quitar ántes que dar. Tenian los enemigos cada dia muchas y muy sagaces espías que venian á decir mal de nuestra gente, su descuido, su poca milicia y experiencias, malas fortificaciones y trincheras, con que venian armados de vigor y avilantez, y con órden del Cardenal valido de pelear luégo y en llegando, y que al que en el Consejo dijese que no y fuese de contrario parecer, le quitasen la vida.

Inadvertida nuestra gente de la llegada de los franceses y de sus designios, y todo metido á su más descuido y confusion, por no ser nadie cabeza ni dejarlo ser, ni disponer cada uno en su libertad ni órden para nada, sino no se tire ni se gaste, ni se dé á ninguno una blanca, ántes tenerlos á todos pendientes, de suerte que ninguno se atreva á obrar: el dia 26 de Setiembre de este año, amanecieron á una legua distante de las fortificaciones, y ordenando sus batallones de infantería y caballería, se vinieron arrimando debajo de nuestra artillería; cosa que nadie creyó ni se esperó, ni parece que previno este dia, ni se antevió con el verdadero juicio que se debia, sino que se tomara la plaza sin opósito: no parece si no es que todos perdieron la razon y faltaron al discurso militar. Nuestra gente, poca y sobresaltada y no para vista, luégo empezó á flaquear y se metieron detras de las trincheras; habiendo visto un ejército armado, ordenado y prevenido en ménos de un mes, cuando nosotros no le habiamos podido juntar en un año, queriéndonos adelantar á conseguir faccion. Era éste de numerosa gente: quién le hizo de 17.000 infantes y 1.500 caballos, y entre ellos cuatro regimientos viejos, y lo demas juntado de la frontera, gente noble y con deseo de mostrarse como se lo habia insinuado el deseo del poderoso, y tambien con ánimo de desembarazar la tierra de españoles; otros hacian de menor número la infantería y la bajaban á 14.000, gente, sin duda, demasiada para la poca que teníamos, porque ellos eran otros tantos más en el número, y la caballería mejor. De la misma manera, el conde Juan Cervellon recogió de algunos castillos y puestos la que tenia fuera, y porque nuestra artillería los ofendia y ya habian reconocido nuestra gente; cuarteles y trincheras, se

retiraron en la misma órden al puesto de donde habian salido; que era á un sitio espacioso, de dos leguas de ancho y lo mismo de largo, llano aunque con algunos matorrales: alojáronse y encendieron sus fuegos en cantidad, que á mi ver, fué avisar á los de la plaza de cómo habian de acometer nuestras fortificaciones y los habian de socorrer, porque, sin duda, lo habian menester, como yo lo juzgo, por hallarse faltos de lo necesario y para no poder resistir más tiempo; porque el llegarse, como se refiere, tan á la vista de las trincheras, no fué á otra cosa que á reconocerlas y á ver el órden que teníamos, la forma y la distribucion de la gente, y por mayor qué número, de que ya ellos no hay duda estarian avisados que era poco, por sus espías; y habiéndolo visto y reconocido que era así, se retiraron para esperar la hora, que ya tenian resuelta con su ardid y astucia, de acometer. Finalmente, creyeron algunos que no se habian de atrever á embestir, aunque era poca la gente y ruines las trincheras, y que habian de tomar otro acuerdo y pretender pasar adelante y entrarse por el condado de Rosellon, la tierra adentro, á talar, quemar y hacer mayores daños, forzándonos á levantar el sitio de Leocata, y que acudiésemos, mal de nuestro grado, á la propia defensa; pero ellos, haciendo sus consejos y juntas, determinados á acorrer á Richelieu, de que cortasen la cabeza al que no estuviese de parecer de pelear, dijeron acometiesen de noche, donde para nosotros seria la confusion mayor, siendo de repente; calumniándonos que los españoles no peleaban tan bien de noche como de dia, porque peleamos por la honra. De este parecer fué el duque Bernardo de Beimar cuando lo de Nortelinghen, que dijo el dia que fué vencido sobre la colina de los españoles, no los habia hallado tales la noche ántes cuando peleó con ellos en el bosque, como á la mañana, donde le hicieron huir despues de vencidas y deshechas tantas tropas. Ahora quieren valerse del dictámen los franceses en sus mayores aprietos; pero engáñanse, que aunque aquí les salió dichosa la empresa de noche, se han hecho tales y tan grandes como de dia que se leen bien en las historias de Flandes

y de Italia, y otras memorables en diferentes progresos, y parte del mundo.

El dia que llegaron, como ya tengo dicho, que fué el de 27 de Setiembre, se estuvieron, sin dar muestra de nada, en sus alojamientos; sólo la caballería se avanzó á reconocer más vivamente nuestras tropas, y no les fué posible, sin embargo que la nuestra daba muy pocas esperanzas de ninguna buena faccion, ántes de infeliz suceso, y lo mismo de la infantería, particularmente la del conde de Aguilar, que como eran los más de ellos tornilleros y criados á sustancia de bolillos, rodaron demasiado en la ocasion. El dia 28, á las doce del dia, entraron de socorro al campo del enemigo cinco regimientos de infantería y 600 caballos, todos ó los más de calidad de nobleza, parte de lo provincia de Languedoc y de la Provenza, acaudillados de dos arzobispos y un obispo, que en cuanto á las armas todos son seglares; pues los eclesiásticos de aquel reino perdieron el respeto á las órdenes sacerdotales, convirtiendo la dignidad apostólica en sanguinaria y detestable, abrazando la impiedad y la injusticia de los Ministros hugonotes que se la han enseñado. Este mismo dia, á las cinco de la tarde, estando en la cabeza de las trincheras el conde Juan Cervellon y el marqués de Mortara, tratando de proseguir en las fortificaciones que habian desembocado en el foso, les llegó aviso que los franceses habian levantado su campo y venian marchando la vuelta del nuestro, con lo que abandonaron aquel puesto y se bajaron al opósito del enemigo, dejando soldados prácticos y de valor que estuviesen con cuidado si los sitiados hiciesen salida á las trincheras; y si fuese así, se entrasen tras ellos, dejando para este intento 400 hombres que los siguiesen, rechazasen y entrasen en la plaza y se apoderasen de ella, que despues apénas fueron 60, entre arcabuceros y coseletes; pues tal fué el miedo y el desórden, que no se pudo mantener la obediencia. Vínose arrimando el enemigo con buena órden al trincheron, que se habia fabricado á mucha costa y fatiga, cuando llegó el conde de Cervellon, y el marqués de Mortara, por ser larga la distancia estaba



ya á la mitad del camino, vino cerrando la noche; y á la oracion, con lindo concierto, embistieron los franceses con un denuedo y furor invencible, mezclada la infantería con la caballería, á la coronelía del mayor émulo por la competencia; y así, dicen que es guerra de privado á privado: resistieron con la misma gallardía, y fueron rechazados tres veces con el aliento suyo y del Mortara que gobernaba la coronelía, y embistió la cuarta vez, trayendo para el asalto las escalas á medida de su altura para subirle. Tan atentos y avisados traen los franceses las espías en las ocasiones, y tan numerosas, que dicen gasta Richelieu en ellas cada año muchas sumas de dinero, y no sé quién, dice pasan de 200.000 escudos: no se puede obrar nada en la guerra si se encubre el dinero á los soldados, su valor y éste le hizo gran lugar al marqués Spínola en Flandes. Los Capitanes griegos y romanos usaron líbremente de él; para conseguir los triunfos y las victorias es menester traerle á la mano, y no reformarles el sueldo, que se les caerán los brazos y las armas del hielo de la necesidad y las miserias, y remitirán mucho de su ardor en lo más encendido de la pelea, y no tendrán calor para obrar. Viendo, pues, la resistencia que se les hacia, se fueron á mejorar por la parte que estaba el Maestre de campo D. Luis de Garnica y la gente del conde de Oropesa, y una compañía sola de catalanes, porque pongo en duda (y así se ha de advertir cuando digo dicen, porque me valgo de este modo cuando refiero algo y anteveo incertidumbre) que ellos sirviesen con 500 hombres; ántes, al fin de este suceso los calumniaba nuestra gente el no haber salido con todas sus fuerzas á la enmienda de este yerro y accidente, sucedido por la honra y defensa de la nacion catalana y por la patria.

Ahora, como dije, la gente del conde de Oropesa y una compañía sola que habia de catalanes colecticios y la gente del conde de Aguilar, fueron constantes á los primeros ímpetus de los franceses, mas en parte de sus puestos aflojaron, y la referida, desamparando los Capitanes y Oficiales, púsose en la fuga, habiéndolo hecho ántes la caballería, dejando sus



cabezas y su General, el duque de Ciudad-Real, que recibió algunas heridas, cómo las recibió su padre lidiando con esta misma nacion en la Borgoña, debajo de su mismo caballo, arrojado en un pantano ó arroyo, habiendo peleado valerosamente, retirándose la caballería que llevaba á su cargo, siendo general de ella en tiempo del Rey D. Felipe II y de Enrique IV, que se hallaba allí en persona, cuando Juan Ferraz de Velasco, Condestable de Castilla pasó de Milan á recobrar la Duria, fué desamparado este caballero, y el marqués de San Damian, su hijo, y D. Alonso de Escobar; y metidos entre las tropas de los franceses y habiendo cerrado con ellos un escuadron de corazas, no se halló sino con su hijo, y algo distante D. Alonso, y salió herido, lo que no sucedió á su gente. La confusion fué mucha, y más habiendo faltado el marqués de Mortara, que á las diez y media de la noche le dieron un mosquetazo en la cabeza, de que cayó aturdido, y le llevaron á curar á Perpiñan; faltaron y murieron mucha gente noble, porque fué causa de desmayar la infantería, de que el Cervellon se halló perdido y en suma turbacion, y más cuando vió la caballería francesa subir las trincheras, tinieblas y confusion en todos, y tan acongojados, que ninguno sabia del otro quién era el vencido ó el vencedor; muchos tomaron el camino y corrieron velozmente á salvarse á Salses ó á Perpiñan. La noche era capa de medrosos y ocultaba la vergüenza de los más principales y de obligaciones para acometer esta infamia; así, por varias vías incognitas y no usadas sendas, se escaparon los nobles, pareciendo carreras de hormigas. De esta suerte y en esta forma, sin menear las manos ni tirar bala, se estuvieron los franceses dentro del sitio hasta las ocho de la mañana, todavía en el mismo recelo y duda por quién estaba la victoria; y declarándose con brevedad y con general rotura, se perdió la artillería por no saber conocer la fortuna, ni usar de ella, que ántes la clavaron los enemigos; y es cierto que si lo que se vió despues se hubiera prevenido de nuestra parte, nuestra gente no se hubiera desanimado tanto. Los franceses, con la misma confusion de la noche, creyeron

que la victoria y el campo estaba por los españoles; y estos, que por los franceses: los que más diligentes se avanzaron á la mañana, de estos fué por quien quedó y la consiguieron sin sangre. Retiróse el conde Juan Cervellon, metiéndose los franceses al pillaje del tren de la artilleria, de las tiendas, del dinero, de la pólvora, en que habia puesto tanto cuidado que no se gastase; ¡grande providencia y saludable consejo para los franceses! y tomaron las demas municiones y bastimentos, plata y ropa de los Capitanes y todo lo demas que trujeron. Era cosa lastimosa verlos llegar á Perpiñan, muchos de ellos desarmados, heridos, corridos, otros avergonzados del suceso, y todos afligidos, cosa para quebrantar el corazon: sintiólo amargamente el duque de Cardona, y los demas entretenidos cerca de su persona, y no sé si los catalanes, aborrecedores sumamente de los castellanos, comenzaron á temer los de la villa y poner el remedio en ella que convenia á tan miserable pérdida. Acudióse á las murallas, al castillo y al de Salses, como se pudo, y á los otros puestos y estradas de la plaza de Rosellon, creyendo que con la victoria habian de ir sobre todo: no quisieron moverse á esta injuria los catalanes, de que se ofendieron públicamente los de Castilla, porque podian juntar la milicia de Barcelona y de las otras ciudades y villas, con que ellos presumen espantarnos y darnos cuidado cuando los va aquella ocasion más apretada que otra, siendo causa y defensa suya, y distribuir aquella casa de armas, de que hacen tanta ostentacion y alarde, y armar toda la tierra por su Rey, por su honra y por la patria; finalmente, esta calumnia, en tiempo que tanto lo pedia la necesidad y esta pérdida, obligados de razon á salir á ella, no se les caerá del rostro. Fué notable el sentimiento de todos los pueblos comarcanos de Castilla y de todo el reino: los hombres de bien se preguntaban unos á otros ¿qué afluencia es ésta de desdichas? ¿qué cúmulo de estragos son estos? ¿qué se hicieron los españoles que tanto cuidado dieron, no sólo á los franceses, pero á todas las naciones del mundo, en sus más remotas partes, en ambas Germanías, en Italia, en nuestras fronteras, en Oriente y Occidente?

De esta manera se lamentaban, pálidos y macilentos los rostros, ahogados los corazones de la falta de reputacion, y que no se quedase aquel adagio para nosotros, que quedó para ellos, y fuese la cosa del Leocata como la de Roncesvalles. Sin embargo, no les salió barato el socorro de la plaza: murió mucha nobleza entre caballeros y señores, porque el marqués de Mortara afirmaba no haber visto jamás pelear á los franceses con tanto denuedo y valentía, y que se asian á las bocas de nuestra artillería y subian por ella para ganar las trincheras y entrar en ellas; de estos se afirma que murieron pasados de 600, y de la gente comun y plebeya 1.500, sin los heridos, que fueron sin número. De nuestra gente se contaron 300 muertos y 400 heridos, y entre ellos, Cabos de infantería y Oficiales de caballería.

Luégo que hubieron librado la plaza, se dieron muchos dias á fortificarla y proveerla de municiones y vituallas, recogieron la artillería, aunque clavada parte de ella á la primera arremetida por estar á su opósito 400 barriles de pólvora, muchos artificios de fuego, de acometer y de expugnar. Dió órden el rey de Francia y su confidente, que ningun francés entrase en España ni por causa de nuevo accidente, ántes que se conservase la vanidad de la victoria que ya voceaba por el mundo, que se registrase aquella fortuna en los anales de Francia, por haber conseguido pocas, en todo el largo discurso del mundo, de la nacion española, cuando en doscientos años se ha tenido de ellos innumerables; con que salió descuidado el duque de Cardona y toda la gente que se habia retirado á las murallas de Perpiñan, no desanimados ni desproveidos del todo, ántes esperándolos si quisieren pasar adelante. Disculpábase la caballería de haber llevado ó dádoles caballos no á propósito, que eran malos, flacos y cansados, al fin como de coches, tomados de prisa y sin ejercerlo, y no los habian podido hacer, ni revolver, ni manejar, atónitos y espantados del ruido grande de la artillería: los infantes decian no habia habido órden en el esperar, que se habian confundido las cabezas con la intempestiva acometida de los france-

ses, que no creyeron, y ofuscados con las tinieblas de la noche para poder gobernarse, mandar la gente y ordenarla, y acudir adonde más lo pedia la necesidad, porque mucha gente se estuvo queda, guardando sus puestos y el órden que tenian de conservarlos y no moverse hasta que fuesen impelidos de los enemigos, debiendo convocarlos para reforzarse y sostener las acometidas; pudiera ser que habiendo sido rechazados tres veces lo fueran todas, á ejemplo de la colina de Nortelinghen, sustentase la guerra en aquella parte; no fuera tan fácil el socorro y procuraron los retenes y deshiciéronse con la duracion del tiempo, y fuera muy posible no socorrer la plaza los enemigos, pero áun tomarla los nuestros. Murió poco despues el conde Juan Cervellon, quizá del dolor de la pérdida del ejército y la jornada; y el duque de Cardona, quizá argüido de falso sobre el hecho, y cargado de culpas como es ordinario y las hemos sabido imponer á los demas Generales, de que han naufragado los mejores y él dado las razones más congruentes y oficiosas, por donde no se habia de haber intentado, dejó el gobierno y las armas de Cataluña, que se dieron al conde de Santa Coloma, que tambien le hizo fracasar con fin amargo.

Este fué el suceso de la entrada de nuestra gente española por el Condado de Rosellon en Francia, aviso que ya le hemos dado ántes de los malos sucesos, porque tentar por ninguna de aquellas fronteras es yerro sin duda conocido; que si ellos entraren se perderán como ya nos lo ha insinuado la experiencia, y nosotros de la misma manera. Tener ambas fuerzas, la de Perpiñan y Fuenterabía, reparadas y fortalecidas, es lo que enseña la prudencia militar y la política, con levas que se hacen de españoles, las unas para enviar á Flandes y las otras á Italia; pero no para invadir por allí á los franceses ni ellos á nosotros, por no ser á propósito aquellos puestos para continuar guerra, y estar ya el uso tan enervado, dificultosos los alojamientos y los víveres malos de llevar. La quietud de España, y de los naturales hará perdurables los otros reinos, y los conservará, aunque sean convertidos con guerras, con

ejércitos y con enemigos; mas si España desatendidamente se abre la puerta á ella, ni se tendrá éste ni aquellos, porque no se han de fiar de sus hombros cuatro plazas de armas, que ya piden á vivas voces ser mantenidas para tener la Monarquía en pié. Si ocasionamos ó compelemos las fuerzas dentro de nosotros mismos, ¿cómo pasarán á los otros, si no podemos enviar allá nuestro poder? de razon habrán de perderse; y perdidos, ¿quién asegurará á España, si desembarazados los enemigos de lo de afuera no nos han de dejar correr con lo de adentro? Esta mancha tarde saldrá del rostro del que la mandó emprender, en los tiempos que son ménos á propósito para ella, porque se pone la gente en campaña cuando se han de alojar.

Murió Victorio, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, de insidiaciones francesas y de fiarse de un enemigo ambicioso con pretexto de Liga ambigua y engañosa, de un banquete que le hizo Monsieur de Crequi, General de las armas del rey de Francia en el Monferrato, como se rugió y se dijo en Aste, ciudad del mismo Principado. Murió con el conde de Berba, y el marqués de Bargon, sus vasallos y otros que se hallaron en él de la misma faccion, y ninguno de los franceses: dicen que les dieron entre las demas viandas leche, y que allí iba disfrazado el veneno; vivió solos siete dias. Quién dice que la duquesa Cristiana de Borbon, su esposa, fué sabedora del caso, y que de los incidentes que podia engendrar la sospecha, por ser tan francesa, se retiró al castillo de Turin con su hijo primogénito, Francisco, duque de Saboya, solicitado de alguna conmocion entre saboyardos y piamonteses. El cuerpo del Duque fué llevado á Berceli, donde le pusieron con majestad y grandeza; refiriendo todos que ha sido fatal á la casa de Saboya el casamiento con Francia. Declaróse el Crequi en el modo, y dió á entender su intencion, que era tiranizar aquellos Estados, encaminándose á Berceli con 4.000 hombres; dándoles á entender que era por su seguridad y en defensa de cualquiera accion que intentasen las armas del rey de España, que no admitieron los ciudadanos, discurriendo que era por tener

más sobre sí y á su mandar la entrada de Italia, sospechándose la queria cerrar el Duque muerto, y érales de grande importancia para la conservacion del Monferrato y la invasion del Ducado de Milan, y para las otras pretensiones de aquella grande y extendida tierra, la más floreciente del orbe. Túvose esta sospecha de que mataron al Duque, porque se reconocieron presunciones desde el verano pasado, cuando se vió oprimido del ejército Real por el Marqués, gobernador, y no sólo dentro de su casa, pero á la vista de Aste. De esto dejamos apuntado algo en lo de atras, cuando escribimos la entrada y el poder de nuestra gente, y lo citamos para este lugar. Prosiguiendo, pues, en la materia, digimos que el Duque, cansado del proceder de los franceses, de su codicia y del peso de la guerra que iba recayendo en sus Estados más que en los de otro Príncipe italiano, para estar más sobre él, y porque ya el duque de Parma se hallaba retirado, y hecho penitençia de los delitos cometidos contra la Majestad y el feudo, y otrosí, perdonados, queria, por la Potencia española que veia sobre sí, volverse al auxilio del Rey Católico, sacudir el yugo francés, cerrar los pasos y echarlos de Italia, como era de creer con la reduccion del duque de Sáboya. Sabiendo esto Monsieur de Crequi por algunos de la confidencia de Saboya, avisó al rey de Francia y á Richelieu, discurrido cómo seria posible y se escribe, quienes para asegurarse de tan mortales inconvenientes, para salir á la alteza de lo pretendido y de todos aquellos reinos, Estados y repúblicas soberanas, decretaron su muerte y se la dieron, por tener debajo de su dominio la Saboya y Piamonte, sin recelo ni sobresalto para las invasiones propuestas; dándose y asegurándose por aquí, que siempre la hermana les sería fiel protectora contra la casa de España; y no sólo esto, mas que les daria los Estados y áun se los quitaria á sus hijos, como al esposo, como lo comenzó á hacer, que pasados algunos dias hinchió de legiones francesas toda la Saboya y el Piamonte, y con color de resguardarlas, hacerlas suyas. Procuróse que el cardenal Mauricio de Saboya, hermano del Duque muerto, se metiese en estas cosas y apartarlas, y que

procurase atraer á sí los vasallos y ganarlos la voluntad, para divertir la trama y la sospecha; pero él, ni tenia fuerzas ni ánimo para tentarlos, ni la tierra para hacer algo que aprovechase: llamóse de Flandes al príncipe Tomás para lo mismo, y él se excusó, no queriendo, una vez que salió de su casa y patria, volver á ella ni dar nuevos motivos de discordia, ni abrasarla, guardando constantísimamente la virtud heróica de la fidelidad, ni proceder hostilmente contra el sobrino, su natural señor, por no manchar su opinion; contentándose con las comodidades de Flandes, y que sus hijos y su mujer las tuviesen en la corte de España al amparo y abrigo del Rey Católico. Mas, despues, el año siguiente, insinuado mejor de razones y conveniencias, pareció mudar de resolucion y contender en su misma tierra, porque la Duquesa, su cuñada, á toda prisa los entregaba al rey de Francia, su hermano, sin reparar en la propiedad de su hijo, legítimo sucesor y heredero de aquellos Estados. Decian con estos discursos y falta del Duque, creyendo se mudarian las cosas, y que los paisanos darian tras los franceses y los echarian de la tierra, que muy aprisa se retiraban de Piñarolo y Susa, plazas sacadas mañosamente y con violencia por Richelieu al Duque muerto, con color de rehenes para la seguridad de lo contratado y de la Liga, y tenerlo por aquí oprimido y por fuerza en las coyundas y redes de la tiranía, para que no pudiese salirse afuera hasta hacerle fracasar y perderlo todo; y fué falso, porque todo se ha allanado y asegurado con el buen semblante de la duquesa Madama Cristina, y el apoyo de la crianza y regencia del sucesor y de los demas hermanos, si ellos viven. Pero de todo se tenia evidente recelo recaeria en el rey de Francia, su hermano, faltando á las leyes y fidelidad del marido, y al Sacramento del matrimonio y á la posteridad y grandeza de la casa; que no obran con ménos impiedad que ésta, las mujeres: calamidades son de esta era, y producidas en ella por algunos monstruos criados debajo de influencias malignas. No son estas las primeras maldades que ha cometido el dragon mayor de la Francia, que áun más antigüedad tienen otras,



para fortificarse de cada dia más en sus ambiciones y quimeras, y creerán, ó querrán fingirlo las plumas de Francia, que hemos hablado en este caso con facilidad, sin fundamento ni certeza, sino por calumniar y hacer sus Ministros mal vistos con los Príncipes extranjeros, y cargarles culpas que no tienen. Veamos, pues, cómo se descargarian de ellas, si pretendiesen impugnar nuestros escritos, y este testigo mayor de toda excepcion, como no nos lo tachen y defiendan del tósigo dado al duque de Saboya tan execrable é inícuamente; tanto, que tenia espantado el orbe: no sé como todos sus Príncipes, repúblicas y potestades no toman las armas para castigarle y defenderse de otra tanta maldad. ¿Qué dice, pues, el duque Cárlos de Lorena de sí y de sus hermanos, en su manifiesto contra Richelieu, en lo que pretende falsamente acumularlos contra los buenos procedimientos que han tenido con los reyes de Francia? Dice, que entre los otros engaños que indecentemente usó con ellos, les pidió en depósito y por cuatro años la mayor parte de las plazas fuertes de Lorena, y que se las resguardaria de la invasion de los suecos; y habíalos traido él no más de por tomárselas, habiéndolo comenzado á hacer, y dado lugar á ello: astucia que alude á lo de Piñarolo y Susa, pueblos del duque de Saboya. Prosiguen aquellos Príncipes y dicen, que los subprendió á ambos hermanos, Cárlos y Francisco, á sus mujeres y á la princesa de Falsburg, su hermana, sin perdonarles ninguna suerte de amenazas y violencias; que les tomó la villa capital de Navey, con tratados engañosos y llenos de precauciones y juramentos falsos; que ofreciéndoles defenderlos de los mismos suecos, en el mismo tiempo dispuso que estos mismos, enemigos de la Iglesia, les hiciesen muchos desprecios, y obligó á lo mismo á los Generales del ejército francés, erigidos para usurpacion de sus pueblos por inmensas edades y por muchos antecesores suyos tenidos en su casa y dominio; que cometió á muchas personas que les diesen veneno y á otros que los asesinasen, como se colegía de aquellos que los mismos Duques mandaron castigar por haberlo intentado, y lo sacaron con evidencia y



claridad de sus confesiones; que sobornó á Pilonans, marido de la Convalet, su sobrina, con dádivas y promesas, para que hiciese morir á la princesa Margarita, duquesa de Orleans, no por otro delito que por esposa del Monsieur duque de Orleans, hermano de su Rey; como si la casa de Lorena viniese de los bajos principios que la suya, siendo la de Lorena el tronco de los otros ramos coronados que hay en lo más esclaracido de la Europa. Luégo, si se hacen estos oficios con los Príncipes vecinos por el confin de Alemania, ¿quién dudará de lo referido, y que se habian hecho las mismas atrocidades con el duque de Saboya por los de Italia, si todo camina á un fin y á una tiranía? Mengua es que no se liguen todos los Príncipes y Reyes del mundo contra esta maldad, contra esta infamia, contra este vituperio, y tomen satisfaccion de la guerra abierta y viva hasta acabarle. Sin embargo, convendria guardarse de él y de sus Embajadores, y no dar oidos á sus materias, que todas redundan en ruina y oprobio del Estado y de la comun tranquilidad.

Quedó por la Duquesa viuda y por sus hijos, en beneplácito de los vasallos (mas ántes por los franceses), el gobierno de la Saboya y el Piamonte; pero no por la decision del Imperio, por ser feudos de aquella Majestad, y excluir las hembras de la Regencia, como luégo se expresará, no habiendo podido hacer nada el Cardenal, hermano del Duque muerto, en favor de España y de la libertad de los Estados, que no los predominasen franceses, tan en perjuicio y riesgo de la quietud pública y prosperidad de Italia: encendióse más lo de Milan, y entró en nuevos acuerdos y progresos de guerra con los nuevos accidentes y gobierno de los vecinos; y señoreáronse más los franceses del Piamonte y Saboya, por haber admitido los naturales guarniciones en sus plazas, asegurándose todo, y las mudanzas que ántes se podian temer en la fe de la Duquesa, donde se afirmaba todo, si no se levantára una espada que lo debeló, aunque se hizo por entónces todo el esfuerzo posible para conservarse con mayor brío y fortalecer y arraigar sus designios, y meter en más celos y cuidado á



Milan y á sus Capitanes. Publicó el rey de Francia con mayor descuello que hasta allí, de bajar en persona á Italia la primavera siguiente, á visitar á la duquesa de Saboya, su hermana, y traer por General del ejército al príncipe de Condé; y siendo todas sus proposiciones las más veces falsas, porque tenia los pensamientos en otras partes, como se verá, hizo con este pretexto que el Rey Católico armase á Milan y le tomase á Berceli. Esto se relatará más largamente en el libro que se sigue; y cargando con todas sus fuerzas el príncipe de Condé con el designio ántes premeditado á Fuenterrabía, se perdió aquella plaza y no se hizo nada en ésta más que salir sin honra, y áun de Flandes, ambos coligados franceses y holandeses, en cuya narracion, por ser más feliz y gloriosa para nosotros, como de vituperio para los enemigos, consagraré la pluma á mayor expectacion.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Discúrrese sobre varios intentos de los enemigos, y sosiéganse las alteraciones de Portugal, aunque paliada y encubiertamente. Publícanse nuevas mudanzas en Castilla sobre la moneda de vellon. Restaura el gobernador de Milan el fuerte de Brera, y muere Monsieur de Crequi, general de los franceses, de un balazo. Prosíguese en algunos movimientos de Alemania. Hay terremotos y temblores de tierra en ambas Calabrias, citerior y ulterior. El Palatino del Rin, hijo de Federico, rey interino de Bohemia, intenta novedades junto á la Vesfalia para recaer á sus estados y recobrarse en ellos con ayuda de Cárlos, rey de Inglaterra, su tio, y del holandés. Prenden en Marsella, por órden del rey de Francia, á Casimiro, hermano del rey de Polonia, saliendo de Génova para España, y es llevado á París. Llama el Rey á Córtes á las ciudades del reino. Van los franceses sobre la villa de Santomer, en la provincia de Flandes, y cárganla. Sitia el marqués de Leganés á Berceli, en el Piamonte, y tómala. Envia el rey de Francia un poderoso ejército sobre Navarra y Vizcaya, á cargo del Prín-

cipe de Condé y otros cabos de reputacion, y piérdense y vuelven sin honra á la Francia. Rompe el principe Tomás á la vista de Santomer las tropas francesas, y hácelas levantar el sitio con pérdida de gente. Sigue las mismas pisadas el príncipe de Orange, queriendo tentar á Amberes. Galeras de Viserta asaltan las costas de Sicilia y del reino de Nápoles, por el mar Adriático, y son deshechas por las galeras de venecianos con enojo del turco. Vése un prodigioso volcan junto á la isla de San Miguel en el mar Océano. No habiendo podido el holandés hacer nada en Amberes, va á subprender á Güeldres, y estórbaselo el infante D. Fernando como la primera vez. La Reina Madre de Francia deja á Flandes, váse á la Haya, en Holanda, y de allí á Lóndres, en Inglaterra. Pare la reina de Francia un Delfin, y la reina de España una Infanta. Entra el duque de Módena, Francisco de Este, en la corte de Madrid: saca á la Infanta de pila con la princesa de Cariñano. Da el Rey el Toison de Oro al Príncipe y al duque de Módena. Quieren los piratas holandeses tomar la plata de las Indias que traen los galeones; pelean con ellos en el seno Mejicano, y salen desbaratados del combate sin conseguir el intentento. Piérdese Brisac, plaza importantísima en la Alsacia, y todo esto en el año de 1638.

Habiendo sentido casi todos los principes de la Europa el modo de la muerte del duque de Saboya, como era injusto, particularmente los de Italia, porque siendo cada uno y todos solicitados del rey de Francia á una general conmocion contra el rey de España, por echarle de aquella grande silla, era forzoso, no atreviéndose sus artes y maquinaciones, ó dejándose llevar del halago malicioso de sus promesas, verse en otro tanto, ó sus casas en el precipicio que la de Saboya, Parma y



Mántua, por la mano de algun Embajador ú otro Ministro, como lo han ejecutado en otras partes y con otros Príncipes, como adelante se dirá, cada uno procuraba resguardarse; aunque con voces misteriosas y locuaces, publicó venir á Italia con grande y portentoso ruido de armas; y no bien habia acabado de consumir y gastar las del año pasado, en embestirnos y deshacerse, cuando ya se prevenian con mayores aprestos y diferentes designios para el siguiente. Hacíanse nuevas juntas y parlamentos en todas partes; despachábanse de la nuestra Maestres de campo y Comisarios para levas de gente; buscábase dinero y fomentábanse por todas vías remedios eficaces para haberle y hallarle; proveíase á las armadas de navíos y galeras, á las plazas de armas del Pais-Bajo y Milan, y arrimábase gente al confin de Perpiñan, sin diseño conocido ni premeditado, porque todos reconocian era vano el cuidado, si no se tomaba á más fin que á prevencion prudencial y á guardar la tierra. Las cosas de Portugal se compusieron, porque aunque el duque de Medinasidonia penetró con ejército por el Algarbe desde la Andalucía, el Gobernador le dijo podia entrar sin ellos, porque toda la tierra de Tavira y los demas lugares estaban llanos y sin estorbo, y los naturales en sus casas acudian á sus ministerios y oficios ordinarios, sin ninguna señal ni imaginacion de discordia: lo mismo era por la parte de Badajoz, á los que se habia mandado arrimar allí, respondiendo lo mismo los Gobernadores y Justicias de los pueblos vecinos, particularmente los de Evora, ciudad, que eran los que habian pecado ó los hicieron pecar; y los otros, diciendo querian servir á su Rey y á su Señor sin pretender otra cosa, ofreciendo sus vidas y sus haciendas, fueron perdonados generalmente; con que se serenó aquella tempestad, aunque sobresanado, como lo dijo el Presidente de órdenes, D. Juan de Chaves y Mendoza, mal anuncio para la tormenta que se esperaba; y aquel ejército, que se habia levantado de buenas cabezas y Capitanes, se deshizo, teniendo al rey de Francia suspenso por entónces, ó indeterminable para los intentos que tenia en España, dejándolos para este



año, como lo veremos, por haberle desembarazado la tierra que él pretendia, y dejádola sin armas. Pero, sin embargo, mandaron llamar á algunos Prelados y señores del reino, como al arzobispo de Lisboa, al de Evora, al arzobispo de Braga y otros; al conde de Basto, al de Miránda, al de Ocastro y algunos religiosos de San Francisco, de San Agustin y de la Compañía de Jesús, los más graves y de letras; á los primeros, quizá para reprenderles lo poco que se hizo en Portugal en servicio del Rey; á los segundos, porque no se opusieron totalmente á la plebe y no tomaron las armas contra ellos, y corrieron velozmente á suprimir la conmocion y encaminar el negocio; y á los últimos, porque muchos de ellos, en vez de predicar el Evangelio, reprender los vicios y refrenar los pueblos, los concitaban á mayores rumores y levantamientos de los que hay. En las prácticas de semejantes materias, al mayor Ministro quéjanse de los frailes de aquel reino: querian que, no sólo hubieran ayudado á la pacificacion, sino á la ejecucion del pedido, y que pasara adelante en los otros lugares; y, sin embargo, al apoyo y discurso á la Gobernadora, duquesa de Mántua, que parece que todos son adversos á aquel gobierno, y abandonan el acudir á su plazo, porque se aventura en esto no más que á perderla el respeto y faltar á la veneracion y á la obediencia; y así lo fué el dia que se publicó el tributo del pescado, que tomaron piedras y las tiraron á sus ventanas. Decíase tambien que esta junta y llamamiento era para introducir y procurar que se tengan por naturales los portugueses en Castilla y los castellenos en Portugal, que llamaban Union, y que las leyes fuesen unas en ambos reinos; abandonando las de Portugal y militando debajo de las de Castilla, no con otras mercedes ni más privilegios sino que nuestros tributos pasasen allá, y corriesen de la misma manera y fuesen iguales para la introduccion de los millones; sin querer persuadirse que esta materia, no obstante que es odiosa. es llena de mil peligros y dificultades, y que es menester para proponerla ir á Portugal y llamar á Córtes los tres brazos de reino. Así lo respondieron ellos cuando se les hizo la propo-



sicion del cuatro quinto de las haciendas, y áun entónces no lo harian por no oler á castellanos; cosa que siempre aborrecieron. El Protonotario D. Jerónimo de Villanueva, tambien con la potestad adquirida en esta era, y con la vanidad de valido con el Diego Suarez, Secretario de Portugal, ha luchado por hacer esto mismo en la Corona de Aragon, y meter el papel sellado y los demas tributos, y que pasen á Valencia y á Cataluña; dándolo por hecho; y como se saliese con esto en Navarra y Vizcaya, ofreciéndose de competencia á todo, siguióse de aquí no poca humillacion entre ambos, como se ha dicho, de que ninguno ha podido, y les ha salido vana la oferta y la locura, habiendo redundado en gravísimas pérdidas y escándalos para con el mundo de ambas partes, sin reparar que es trastornar el Estado y confundirle, alterar las provincias y las ciudades, y meterlas á fuego y á sangre; porque es querer, como ellos lo sienten, anularles los fueros, en que se atraviesa no más que la vida, la honra y la hacienda: á estos, que la necesidad de su fortuna, de menores principios, arribó la majestad del privado á rozarse con ellos, y los admitió y dió parte en el ministerio del gobierno y manejo de los negocios, para henchir su ambicion, colmarse de riquezas, honras y oficios, en que no sólo afanan, pero venden sus patrias; conociéndoles el humor los habian de contentar con algo y enviarlos y traer á sí á aquellos desinteresados que sirven á la utilidad y á la justicia, no á la lisonja y al antojo, con pretexto de que acrecientan la hacienda Real y hacen el servicio del Rey, siendo más cierto que le destruyen. Excusemos novedades y reinemos como reinaron nuestros pasados, que tanto nos amaron y tanta felicidad hallaron en los súbditos, y no vendamos lo que no podemos, ni hagamos laberinto y enredo de la tierra que nos dejaron abierta y llana; pero, á mi ver, si bien era mucho de esto el haber obligado á venir á los Prelados, señores y religiosos de tan léjos, y desacomodarlos, no era sino entre estas alguna cosa más pesada, alguna mudanza de gentes perniciosas á nuevos lugares y asientos, con ofertas de grandes sumas, para usar mal de sus ritos á la sombra de la libertad, y prevalecer en ellos



contra el sagrado Evangelio, de quien son pertinaces enemigos, á ejemplo de Roma, que los tiene y admite y les da parte en sus heredades.

He dicho esto, porque he oido decir que los judíos de Orán, y los que habitan la tierra adentro del Africa, tienen aquí sus pretendientes para que los admitan á los contornos de Madrid, y les den tierra y suelo en que vivan á su libertad y en su ley, y á todos los demas que quisieren habitar con ellos, y se empadronarian y darian muchos millones por la permision. ¿Quién duda que no quedaria ninguno en el reino de Portugal ni en las otras partes, que no se avecindase aquí? ¡Ay de las familias nobles de Castilla! que si ántes peligraron muchas cuando los tuvieron, ¿qué harian ahora en la necesidad presente? Por esto, como yo sospecho, se pidió parecer y se llamó á Consejo, y todo se tentó, mirando ántes el dinero que la autoridad ilustre de los otros cuidados, aquellos honores que tanto resplandecieron en los ojos del rey D. Felipe II, y que les daba á pocos, y á los mejores las llaves de su Cámera y los hábitos de las tres Órdenes militares, ahora son comunes á todos; á los unos, por no darles el dinero y sueldos que piden sus servicios; y á otros, por tomársele con estanco público; todo esto con pretexto para la guerra: y háyase guerreado feliz ó infelizmente, no es el dinero el que lo ha hecho todo, sino Dios, y la fatiga y la honra de algunos vasallos, así naturales como forasteros, porque de esta falta de dinero siempre he oido quejas; y es muy de ponderar, despues de tantos millones concedidos, no lo haya, no lo envian, no llega, no ha llegado, perece la gente, no hay un remedio para asistirla, no hay municiones, no hay bastimentos, no se puede salir ni se puede navegar. D. Gonzalo de Córdoba se quejó que no le habian socorrido cuando estuvo sobre el Casal de Monferrato, en que consistió desde allí el desaire de sus empresas y fortunas, ganadas ántes con tanto esplendor y gloria en Alemania. El marqués Ambrosio Spínola se vino, por esta misma causa y suspension de dinero, de Flandes, desamparando lo que más habia de cuidar, de que han resultado las



pérdidas que hemos escrito, y se remató el fin de los hechos heróicos que obró en aquellos paises; y enviándolo á la de Casal, dándole prisa de por qué no se iba, pidiendo lo que habia de llevar para la ostentacion y vida de la guerra, dándole unas letras inciertas y falidas, se quejó amargamente al cabo de sus trabajos y fatigas y de lo que habia hecho florecer en Flandes las armas españolas; que ¿cómo se le daba aquello á un Capitan que fué la prez del País-Bajo en su tiempo? La pérdida de Bolduque, aunque fué más la culpa de la traicion del conde Enrique de Vergas, que de la Providencia, fué, no obstante, por armas tarde; y esto es siempre por armas tarde y por falta de dinero. Cuando se perdio Mastriq, habiéndose enviado aquel año tres millones de plata, y cobrádose, como lo refirió el Rey, nuestro señor, se dijo que en todo aquel verano no se habia dado á los soldados sino 8 reales. El duque de Feria murió en la Baviera de hambre, y de este achaque se deshizo el ejército entre la Alsacia y la Suiza, habiendo hecho en sus principios cosas memorables; quizá por esto, y tomado á Bayasult, Lansfemberg, Stein, Reinfort, Stibiertat, socorrido á Brisac y rechazado del sitio á los franceses, suecos y protestantes, librado á Constanza y redimido la Baviera; sucesos que pudieran haber puesto aquello en estado más dichoso; y cuando le vieron bien reputado y glorioso Capitan, le desarmaron, no socorriéndole y dejándole en lo más forzoso de sus empresas. D. Fadrique de Toledo murió de no darle lo que pedia para la restauracion del Brasil; el infante D. Fernando reclamaba cada dia al Rey, su hermano, le enviase dineros para hacer bien la guerra de Flandes, y padeció de esta necesidad. El conde Picolomini se quejó que no le cumplieron los ofrecimientos que se le hicieron para las levas de los alemanes, en el dinero que se le prometió, y por eso no vino al País-Bajo en tiempo de tan grande necesidad, con que se perdia la honra y la tierra. El duque de Maqueda se vió á pique de fracásar en Cádiz, porque no salia con la armada Real para Italia, cuando se hundia de navíos franceses; diciendo le diesen lo que habia menester para la expedicion,

porque los bajeles estaban desaparejados y sin dar carena; y fué así, que despues pararon en diferentes puertos porque los más hacian agua. Querella es ésta, comun entre soldados y Capitanes, así de mar como de tierra, que si el dinero no hace lo que es necesario, en amplificacion de los reinos y en ofensa de los enemigos; ¿por qué se pide tanto tantas veces y con tanta violencia? Parece que lo que se propone no es aquello que se piensa, que son otros los intentos y los fines; no estraguemos nuestras alhajas, cuando nos las dió el cielo tan preciosas: sólo en Milan, en estos últimos años, no se ha oido esta queja por virtud de buenas asistencias hechas al que gobernaba aquellas armas, por ser de la sangre; tanta necesidad y deslustre, en Palacio, tanta miseria, poquedad y menudencia, que no parece si no es casa de escudero, y tantos millones concedidos sin mantener la guerra, ni lucir la paz, pierden los hombres el juicio y desatinan en la especulacion de causa tan notable, y más cuando se ven nadar y ahogarse en tributos y que no cesa la inundacion y la tempestad, ni paran las juntas ni los consejos; muriendo todos de hambre, así grandes como pequeños; despojando sus casas y esperando cada dia el asalto en ellas, sin tener hombre cosa suya ni reservada, que no espere el decreto, el bando, el peligro, el mal ministro que entre por ella, se la saque ó amenace de muerte, de deshonra, y le calumnie de mal vasallo y pida despues merced, y por esto se la hagan; buscan los hombres más inícuos, más voraces y tenidos por de áspera é inhumana condicion, y se han despreciado los benignos y de entrañas piadosas, por condolidos: menester es esperar del cielo el remedio y la misericordia, cuando ya no la hay en los Gobernadores.

Este año, pues, se dió á Castilla un tiento peligroso, porque se rugió querian de todo punto extinguir la moneda de vellon, ó dejarla en bajísimo valor y precio, como de á dos maravedises cada pieza ó ménos; de suerte que todo se comenzó á confundir, y á extremecer el comercio, á no contratar nadie, y á afligirse los hombres de negocios, y áun querer



cerrar las puertas los mercaderes y otros oficios, y á no querer tomarle por las mercadurías. Dióse por causa á esto, segun decian, el haber oido decir á Richelieu, con menosprecio de la majestad, que «¿qué habia en España sino chanflones?» Hay grande suma de esta moneda en el reino, tanto, que casi es ya la sangre, el caudal y la substancia de los súbditos con que viven y sustentan; de suerte, que si ésta le faltase aniquilándola, y falidos de otro género de alivio, sin ser de otra cosa que de plata, todo quebraria y se acabaria dando en un miserable despeñadero.

Publicóse la conferencia, pero no la resolvieron, que era con fin de mejorar este cuidado, tantas veces repetido y sin remedio; aunque procuraremos decir, si acertáramos, el que tiene. Proseguian, que se queria introducir otra nueva de plata y cobre, que tuviese su valor intrínsico, y deshacer ésta, como se fuese recogiendo así de millones y otras gabelas, sisas y pedidos; y aseguróse, con esto, á los vasallos, de que se iria haciendo sin pérdida ni menoscabo de ellos, y que seria la postrera del consumo la que se halló los años pasados. Escribió el Rey en esta conformidad á todas las ciudades del reino, no les seria de daño ni menoscabo; y no fué otra cosa que asegurarlos del inconveniente que comenzaba á seguir y la alteracion del pueblo, y declaróse que no lo querian hacer, para que se sosegasen, porque estuvieron á pique de publicarlo: á 20 de Abril se comenzó á ejercitar tibiamente el consumo y el órden que se habia tomado; pero luégo se dejó, porque lo que no se comienza con fundamentos muy fijos tiene este fin; y porque nuevas guerras internas sobre las forasteras traian dobladas necesidades, no dejó esto de tener sus dificultades, porque no estaba el Rey en estado de abandonar ni aborrecer su dinero, habiéndole menester tanto y procurádole por tantos medios industriosos, y teniendo sobre sí toda la carga de la guerra de Europa, y más cuando el vellon sirve de sacar la plata por su misma mano para enviarla fuera. Y aunque esto es lo que hay más que ponderar en esta materia, pero es necesario, para ocurrir al remedio de

las tempestades que ahogan y amenazan, han sido las sacas de la plata grandes; y esto y no cobrar las flotas y galeones en Castilla, sino enviarla en pasta ó darla á los asentistas genoveses ó forasteros, tienen las cosas en suma necesidad y miseria, y á pique de dar en un gran bajío y accidente, y tanto más entónces, si á esto se siguiese el quitar lo poco, aunque malo, que hay, para seguir los vasallos la derrota de su vida y comodidad: moneda nueva no la aprueban si no es de plata, porque en habiendo mezcla de cobre, ¿quién duda que aquella no decaiga, y no la sigan los mismos inconvenientes que en las otras? Si á S. M. le sucediese poder conseguir y alcanzar la paz universal, seria de parecer que se hundiese la moneda de cobre y quedase la plata, que por infortunios nuestros va para Flandes y para Milan, y para otros subsidios y socorros semejantes se labrase moneda pura y limpia, de ley y de valor, y sin linaje de otra mixtura baja, ora sea grande, ora pequeña, y que recibiendo los cuartos y dando la plata, no sólo no hubiese menoscabo y necesidad en los interesados, pero abundancia y mejoría en el Estado. Seria esto encaminar los reinos á su prosperidad y aumento; lo demas es acabarlos y hundirlos, y no meditar en su posteridad, porque aunque se hallan en España y se busquen en sus términos minas de subido cobre, porque toque en algo de plata, como no sea pura esta materia, no se adelanta nada la mejoría, y es menester advertir que en los otros reinos y provincias hay mas escogido metal de cobre que el que se puede hallar en el nuestro, y que es muy fácil el remedio y el introducirle. Y no digo que no se quite, mas ha de ser en tiempo oportuno, cesando las guerras y gastando la plata en el reiño y abandonándole; mas cuando hay más armas, tanta sedicion y necesidad, y que acudir á tanto y tan forzoso, y que todo ha menester, no hay mudar monedas ni quitarlas, ni enflaquecer el comun, que faltaremos á lo más, y nos veremos en grande conflicto, ántes encaminando con buenas esperanzas y desembarazo de corazon y vivir con lo que hay, que lo demas es desangrar el cuerpo cuando está tan herido y acuchillado.



Ya por estos dias las armas del Ducado de Milan se movian, para hacer efectos considerables contra los enemigos, y el marqués de Leganés, su Capitan general y gobernador, queria salir en campaña á buscar los franceses y saboyanos, y con deseo y cuidado de desempeñar en parte las omisiones del año pasado sobre Aste y su tierra; y tambien porque era forzoso tomar las armas con tiempo, y presentarse en la palestra, y mostrar denuedo: á lo que se dejó decir el rey de Francia de venir en persona con poderosas armas y caudillos sobre Italia, en apoyo de su hermana y defensa del Piamonte, y mostrarse personalmente protector por la muerte y falta que hacia en aquellos Estados el duque de Saboya. Si pensó por inícuos medios señorearse de ellos y de esta tierra pasar á la de Italia, engañóse bisoñamente el que se lo aconsejó; que por ahí ha de venir á sacar los piés de ella, como le fuercen á ello las armas del Rey Católico: si bien nada de lo que publicó se veia ni se creia, porque eran diferentes los pensamientos, como se discurrió por los numerosos aprestos que hacian para los Países-Bajos, como de tres ejércitos de los Estados rebeldes, no de menor calidad y fortuna, con que eran cuatro para acabar con los obedientes. Convenia tambien madrugar este año, porque por la condicion de la Duquesa viuda, y aficion al hermano, los franceses se iban apoderando del Piamonte, y metian guarniciones y presidios en sus plazas, como tambien por el Borbonés, y las otras provincias lo hacian en la Saboya; de suerte que era menester, con todas las fuerzas y consejo, poner el hombro á esta gran novedad y accidente, porque ya los enemigos, no sólo eran señores del Monferrato, pero se extendian al dominio y señorío de piamonteses y saboyanos, y se iban de cada dia fortaleciendo y arraigando con más robustas fuerzas para la opresion del Milanés y lo demas de Italia. Finalmente, el Rey suspendió su viaje, y el Marqués puso los ojos en desalojar los enemigos totalmente del Estado, y recuperar el fuerte de Brema, donde se habian afirmado con poderosos baluartes y defensas. Perdióse este puesto en el principio de la guerra el año de 35, y era ántes una pe-

queña villeta y un fuertezuelo muy flojible y de ninguna conservacion, situado á la márgen del Pó, en el confin del Estado de Milan, como se viene á él desde el Piamonte, que hace frente por la mano derecha al Casal de Monferrato, y por la izquierda á Berceli; queriendo ahora demolerle, ó tomar aquel embarazo, quizá por la empresa de tan importante plaza, por cubrir mucha parte y tierra del Estado de Milan y poder descollarse más á su tiempo, y cuando le venga á su sazon, sobre el Casal, perdióse, como dije, al principio de la guerra; pero Monsieur de Crequi y la industria francesa, por hacer algo de nada y no dejar de tener los piés y las armas dentro del Estado, áun con toda la resistencia que se les habia hecho y rotas que se les habian dado, de pequeña villeta y fuerte, le arrimaron con el trabajo y le fabricaron fortísimos baluartes y fosos, trincheras, artillería y las otras máquinas, y le municionaron y abastecieron de suerte, que de pequeño séquito y terreno moderado, le hicieron un fuerte Real, donde pusieron guaricion de mil hombres, que entraban con sus caballos é infantes á hacer presas y correrías en el Estado de Milan, desde donde hacian contribuir toda la Lemelina.

Era este embarazo de sumo enfado para el Marqués, y teníalo, demás de esto, por afrentoso estorbo á sus acciones, porque demás de lo referido, aseguraban los franceses con esta plaza un paso nuevamente descubierto en el Pó, á los contornos del Piamonte y del Monferrato, y una retirada segurísima á sus tropas y ejército, siempre que quisieren campear en el Estado de Milan, y no con poca vanidad de haber levantado allí aquel trofeo, y en lo mejor de la Lombardía, supeditando muchos progresos al ejército Real, á quien habian puesto por nombre La Rochela. Pero ántes que moviese el gobernador de Milan á sacar el ejército en campaña, procuró Richelieu, para suspenderle, usando siempre de sus artificios, que la duquesa de Saboya escribiese al Rey Católico, engañándole y entreteniéndo á sus ministros, el sentimiento que tenia de no poder libremente obrar en su servicio, lo que deseaba su proteccion, buena gracia y acogida, y disponer sus cosas en algun buen acomo-

damiento y ajustarse en cualesquier materias y dependencias, en la diferencia que mostraban tener sobre los derechos y acciones á la tutela de los sobrinos con el cardenal Mauricio y el príncipe Tomás, sus hermanos, y otras razones á esto más aparentes que verdaderas. Llegó el correo á Madrid, viéronse los despachos, y si bien alegró con los buenos propósitos de la Duquesa, con que parece le abria puerta á la paz de Italia, no así las maquinaciones de los franceses y astucias de aquel grande juicio, versado como instruido en malicias y maldades. Atentos á la proposicion de Madama Cristina, algunos de nuestros ministros de Estado y Guerra, con brevedad penetraron el alma de aquella enigma supersticiosa, colorida en lo aparente, y en la verdad oscura y llena de engaños. Discurrióse que era aquella prefaccion tan solamente atada á entretener nuestras fuerzas en Italia, consumir el ejército con vanos pretextos de paz, insinuando plácticas, ajustamientos, dilatar y suspender la materia; y entretanto que esto se paliaba, procuraba lograr en Flandes, como lo habia capitulado con el hereje de Holanda el francés, los tres ejércitos que tenia aprestados para destruir y disipar á las provincias obedientes, en que fundaba lo demas de sus designios y atentados. Reconocióse el estilo y la celada, por no dejar de concurrir á todo y dar la honesta satisfaccion que piden causas tan grandes, cuando todas las potencias del mundo y sus Príncipes estaban tan atentos á la verdad y justificacion, que esto se hacia para ejemplo de todo el universo, de la sinceridad y buen corazon con que obra España en las acciones cavilosas de los forasteros.

Atenta y bien discurrida la materia, mandó el Rey decir á la duquesa de Saboya, por la persona de D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, de singular juicio y de buenas letras, asistente en Lombardía, admitia sus buenos deseos y pensamientos; y que en cuanto á recibirla debajo de su proteccion y amparo estaba siempre llano, y en esta manera lo tenian sus Ministros, y que él habia dado siempre la mano á todos los príncipes de Italia que se habian querido valer de su auxilio,



como lo hizo con la princesa viuda de Mántua, Margarita, trayéndola á España, á su corte y Palacio, y dándola un gobierno, y en regencia uno entre los mejores reinos que tenia, como el de Portugal, con la superintendencia del Oriente y otras islas, puertos y factorías en las costas de Africa; que se habia condolido de que no le fuese afecto el duque de Parma y de Plasencia, y le habia perdonado y conducido á su quietud y Estado, y lo mismo habia sentido del duque Victorio, su esposo, servido en su corte y Palacio en el tiempo del Rey, su padre; y que con todas veras é instancias habia deseado su quietud y sosiego, y volverse así á la pacificacion de toda Italia, de sus Príncipes y Potentados; que demás de esto reconocia en ella partes admirables, demás del recíproco parentesco á que debia condescender por hermana del Rey Cristianísimo, su hermano; que no hallaba razones para proseguir la guerra que contra el Duque, su marido, se habia seguido, pues con su muerte habia espirado la Liga que tenia con Francia; y que las diferencias que habia entre S. A. y ambos hermanos, Mauricio y Tomás, se podian componer, y asistiria á esta causa con todas sus fuerzas, mediando con el Emperador para que todo surtiera á la paz comun que deseaba; y que no excusaría advertirla cuánto convenia á su casa y á su persona, á sus hijos y autoridad, asentar una paz segura y constante y verdadera con la corona de España, que tanto habia apoyado en las diferencias antiguas al Piamonte y la Saboya, asistiéndola en todas sus necesidades por larga carrera de años, héchola restituir á grandes Príncipes y á sus Estados: que el único medio para levantarse una casa tan grande y á quien por tantas prendas de sangre y correspondencia amaba y estimaba, era sacudir de sí el yugo francés que tenia en opresion sus vasallos; no darles paso al Monferrato, ni bastimentos ni socorro, pues no tenia el rey de Francia, su hermano, pretension ni derecho á lo de Mántua, ni habia razon ni otra causa más legítima para apoderarse de aquel Estado, que en echar á los franceses de la Saboya y el Piamonte, aseguraba la Duquesa la paz de su casa y los frutos que van siempre con ella,



descanso y felicidad, y el quedar su persona con la entera libertad que se le debia; abriendo puerta á que S. M. pudiese desarmar el Ducado de Milan, de donde debia temer, en caso que eligiese la guerra, sus mayores peligros y daños. Pero si no se ajustase á tan conocidas conveniencias y siguiese los pasos que tan caros habian costado al duque Victorio, su marido, no podia dejar de conservar en Lombardía sus armas con poder y mano conveniente para reprimir los designios de Francia, que tanta turbacion y ruina habian causado á la paz universal de Italia, y que tenia por cierto que si el Rey Cristianísimo, su hermano, deseaba, como era razon, la quietud, autoridad y conveniencias suyas y de sus hijos y sobrinos, la eximiría de los peligros y vejaciones que necesariamente acompañan á la guerra; pero si, contra toda razon y esperanza, el rey de Francia la quisiese hacer violencia é imposibilitarle su acomodamiento, la ofrecia todas sus fuerzas en el número y calidad que las pidiese, pagados á su costa, sin pretender satisfaccion de los gastos que en esto se hicieren, hasta defenderla, ampararla y dejarla en toda aquella libertad y grandeza que se hallaba su casa ántes que franceses hubiesen entrado en Italia; siendo condicion expresa de este tratado, que habia de jurarse y firmarse para los 15 de Marzo, precisamente y sin más dilacion, volviéndose de una parte á otra todo lo que se hubiere ocupado.

No se ajustó la Duquesa á los partidos y consejos saludables que el Rey Católico le hacia, y como habia reducido el plazo á tan cortos términos, no se permitieron los franceses simularse más en la dilacion de nuestras armas por su prontitud; con que se declaró la Duquesa, haciendo por otros dos años más y prosiguiendo la Liga que el Duque, su marido, tenia hecha con el rey de Francia, su hermano, que era lo mismo que darle los Estados y quitárselos á sus hijos, y entrar en una desolacion miserable de ellos y suya; porque la codicia y ambicion francesa reinaba en todos, y los mismos interesados lo apetecian contra sí, como militares contra españoles; y visto por el Rey Católico y sus Ministros cuánto



habia justificado su casa y el celo ardiente que tenia de la paz de Italia y la quietud de hasta sus mismos enemigos; olvidando pues, las ofensas pasadas y los deservicios hechos á su Corona por la casa de Saboya, habiendo recibido tantos beneficios de sus esclarecidos progenitores, y de su misma clemencia y libertad, la convidaba con grandes utilidades á la paz, cuando tenia levantado el brazo de sus ejércitos y la espada de su indignacion para castigar á sus émulos. Enviósе órden al marqués de Leganés para que prosiguiese la guerra éste año, en la mejor forma y manera que le pareciese, y como lo tenia visto y discurrido y convenia al decoro y á la reputacion de la majestad de sus Coronas, y mandaron detener al conde de Monterey, que estaba en Génova de vuelta del vireynato de Nápoles para España, para que con el marqués de los Balbases y el conde de Siruela discurriesen, y el marqués de Leganés se aconsejase con ellos, el progreso que se habia de tomar y sobre qué plaza se pondria el ejército Real. Pero la malicia discurrió era artificio para detenerle y desabrirle, y que no gozase tan presto de la venida á la corte y de sus delicias (como dijo un gran cortesano por un hombre que le cansaba ó le aborrecia, lo primero á que os envio es á que no esteis acá), y á que no se juntase tan presto con la condesa de Olivares, su hermana, sobre que era la pelea y habia habido algunas digresiones con el cuñado privado, opuestos en algunas materias de gobierno y ascendencias á puestos, á que él no queria y que la hermana le solicitaba, y por castigarle el no haberle sufrido al duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano, los desalumbramientos contraidos en la ciudad de Nápoles públicamente, contra la autoridad del oficio de Virey, á la vista de un Pontífice, celoso de la amplificacion de aquel grande y populoso reino, y de aquí poco afecto á la nacion española, por desfrustrarle todo su poder; de cuya revuelta y escándalo podia ocasionarse una mocion en el pueblo, de que algunas veces ó las más es tocado, tan vergonzosa y pesada, que fuera muy posible hacerle valer de la ocasion, de que los enemigos nos atienden tanto, que lo procuran y fomentan con ar-



dides y con ejércitos. Pero la suma potestad quiere que estos traviesos sean premiados como virtuosos y como cuerdos, cuando se censuran acciones que no les corre esta obligacion; con que tuvo efecto el ser el duque de Medina de las Torres, demás de haber ascendido á ser príncipe de Astillano, y á virey de Nápoles: pero no contento con el escándalo pasado, sin saber ni poner freno á las pasiones humanas, ni pugnar ni trepar unos sobre otros; habiendo dejado el conde de Monterey á Nápoles y pasado á Gaeta para tomar su embarcacion, por hacer alguna suerte en él, y sin saber, en venganza de lo pasado, envió á prenderle un criado, que él, aunque no era Virey y queria sustentar la pasion, el bando y oponérsele, no lo consintió, fundándose en que su parentesco vivia y el suyo habia espirado. Sin embargo, ahora en Génova le ponian el acibar en los lábios con pretexto de lo referido ántes, y para las ocurrencias del Milanés; pero lo más legítimo, por no ser á gusto del cuñado su presencia: así lo decian, y que el enviarle á Nápoles fué por lo mismo, y habia acabado el vireinato, era justo cumplir con tan grande ministro y señor, con tan relevantes servicios, y consiguientemente tan superiores como del duque de Medina de las Torres, hijos de suma injusticia, y aunque no habia otro mayor que esto para el conde de Monterey, como el de Presidente del Consejo de Italia: misteriosos motivos de la necesidad de su consejo y persona, en aquella grande y nobilísima provincia; como si algun dia hubiera oido el arcabuz ó manejado la pica y pasado por la escuela de Flandes: que la experiencia de Nápoles, cuando nos querian impugnar con ella, ¿de qué nos ha servido sino de mandar, y acrecentar en la plata, y en joyas, en colgaduras y en pinturas? Que aunque afectamos, y justificamos desinterés y verdad, estos son dueños de todas y de las más superiores dignidades, y los demas padecen en la honra y los servicios, sufriendo descrédito y necesidad infame; porque ellos solos reinaban, buscaban ó fabricaban los alcázares para las tapicerías ricas, y láminas preciosas de los hombres más insignes que ha tenido Bruselas y Roma y los demas de aque-



llas tierras; excediéndose á lo poco que tenian ántes, y á los cortos alojamientos donde moraban, en adornos y fábricas maravillosas y en rentas, á los mayores Príncipes. Pero lo que más admira es, que les parezca que los que vituperaron á los otros quieran ser tan puros é inculpables ó vanos que no sea calumnia para ellos, cuando á este fin y con esta cautela hemos ocasionado la miseria, calamidad y perdicion de todos. Acordó el marqués de Leganés, en el concepto de sus designios, como ya lo dejamos apuntado, desarraigar los franceses cuanto le fuese posible y hacerles sacar los piés del Milanés y cargar sobre Brema; y encargó á D. Martin de Aragon, General en aquella sazon de la artillería, que comenzase la empresa, que sacase de Mortara, Lumen, Alejandria y Valencia del Pó la infantería, artillería y demas pertrechos para marchar.

Partió, jueves 11 de Marzo, dando órden á los Maestres de campo D. Antonio Sotelo, D. Juan Vazquez Coronado, Cárlos de la Gata, conde Ferranti Boloni, Tiberio Brancacho y á D. Vicente Gonzaga, D. Fernando de Limonte, Teniente general, el primero, de la caballería de Milan, y el segundo de la alemana, y á D. Alvaro de Quiñones, de la de Nápoles, que marchasen la vuelta de Brema con la gente de su cargo; encomendando el secreto y el recato, y la precision en todo. Obedecieron con puntualidad, y ordenados sus haces y escuadrones, que en todos serian 8.000 soldados, sin los que fueron despues, y la caballería, marcharon y llegaron á la media noche de aquel dia sobre la plaza, que estaba á cargo del coronel Monsieur de Mongollarde, hombre de cuenta, con muy escogida guarnicion. Hallaron á los enemigos de improviso, no poco alterados de nuestra resolucion: las fortificaciones de afuera, conforme á las órdenes que se habian dado, se procuraron con valor y denuedo ir ocupando y manteniendo á viva fuerza, situadas por el enemigo entre el Pó y la plaza, que eran las más robustas y formidables, y necesario quitarlas el socorro. Valiéronse luégo los franceses para la defensa de la artillería, que tenian mucha y muy escogida, disparándola

incansablemente y de la mosquetería, arrojando innumerables bombas de fuego y otros artificios, por desarrimarlos de la plaza y que no se llegasen al foso. Fué faccion más que invencible haberse, sin intermision alguna, ocupado los puestos de afuera de entre el Pó y Brema, porque no fuera fácil despues si se esperara á reparos y demostraciones, en que las más veces se consume mucho tiempo; dándose á fiar de aquí que recobrarian la plaza y serian señores de ella, el salir en buena ocasion y temprano, porque con esta celeridad se le imposibilitó por todas artes y caminos el ser socorrida, y de otra manera cada dia lo fuera. Obró aquí de potencia el valor, la diligencia y el secreto, y mucho más que todo la obediencia; no con poca admiracion y ejemplo de los enemigos y de toda la Italia, suspensa ahora, como en todos tiempos, á ver el fin de esta empresa. Fué el primero, como Cabo del ejército, D. Martin de Aragon, al tomar de los puestos y al ganar las fortificaciones, siendo el ánimo y el aliento de los Oficiales y soldados, no excusándose ni escondiéndose al riesgo ni al peligro.

Luégo que fué avisado Monsieur de Crequi, General de las armas de los franceses, de nuestra resolucion, se dispuso á la hora al socorro de la plaza, al mismo tiempo que los nuestros la cargaron más réciamente: envió nueve barcas grandes por el Pó, en que iban 1.200 infantes; llegaron á las diez de la noche por la parte donde tenia sus puestos el Maestre de campo Don Antonio Sotelo, embistiéronle y fueron rebatidos con sumo valor de aquellos españoles, y viendo los franceses la grande resistencia que les hacian, pasaron á tentar fortuna al cuartel del conde Boloni: desembarcaron sobre él con la misma bravura, y no pudiendo introducir el socorro, fueron degollados muchos de ellos, presos 60 franceses y dos Capitanes de infantería; ganáronles cinco barcas con las municiones y bastimentos que traian, echaron dos á fondo y las restantes tomaron la fuga por el Pó abajo. Hizo el enemigo en esta ocasion una salida con pocos más de 200 hombres, y se sospechó que al amparo de la noche entraron algunos de ellos en la plaza: fué parecer de los mejores Cabos del ejército español, y para el más ad-



vertido efecto de la empresa, tomar el castillo de Gatinara; pasó á él alguna de nuestra gente, y á 40 cañonazos de batir se rindieron 50 franceses con su Capitan: permitiósele con la rendicion convoy, y pasaron, dejándola surta, al Casal, con los demas compatriotas. Hicieron una salida los enemigos al puesto del Maestre de campo, conde Boloni, y la primera furia francesa pudo conseguir la fortificacion que habia ocupado, ó parte de ella; mas recobróse con brevedad por el valor de los nuestros, no sin sangre y alguna pérdida de gente de ambas partes.

Parecióle al marqués de Leganés era la hora de salida en campaña y exponerse á las fatigas continuas de la guerra, ver el estado que tenia la empresa de Brema, sus gentes, fortificaciones y la esperanza que habia de recobrarla; y dejando las cosas del Milanés en la mejor disposicion que le fué posible, salió de aquella corte y ciudad la vuelta de Brema, y llegó al campo, lúnes, 15 de Marzo, al amanecer, de este año. Venian en su compañía el marqués de Caracena, Maestre de campo; los Tenientes de maestre de campo generales, Martin Galiano y Domingo Guillen, y las dos compañías de caballos de sus guardias; la de lanzas con el capitan D. Juan de Arriaga, y la de arcabuceros con el capitan D. Diego Ziganda. Fué recibido el Marqués con las ceremonias y aplausos de General; reconoció los puestos y las fortificaciones, añadió algunas en los ataques que se habian de hacer, caso que el enemigo tentase segunda vez ú otras muchas, como se esperaba, el socorro, y redújolas á su forma con todos los preceptos precisos de circunvalacion; exponiéndose de todo corazon y denuedo á esperarle en las trincheras, resistirle ó darle batalla, caso que la quisiere esperar. Viendo el duque de Crequi el mal efecto del primer socorro de sus Capitanes, infantería y barcas, acordó de hacer el segundo; salió del Casal, y eligiendo puesto á su satisfaccion y comodidad, para reconocer, se arrimó á un árbol, de la otra parte del Pó, para investigar por qué puesto podria socorrer á Brema y meter su gente, víveres y municiones. A esta hora hacia disparar D. Martin de Aragon, sin omitir un punto de suspension ninguna, y con notable asombro y estruendo de los enemigos,



la artillería que habia hecho plantar de esta banda de la ribera, y uno de los artilleros, que reconoció en una estrada algunos caballos que estaban parados, volvió allá una pieza, en sazon, pues, afortunada, que alcanzó con la bala al general Crequi, de suerte que le tendió en el suelo, con admiracion y espanto de los que se hallaban con él: viéndole derribado, apeados todos y suspensos le volvieron á poner sobre él, tomando el camino del Casal, donde le llevaron, y recibido de los vecinos y de los soldados, se divulgó el caso con brevedad en el ejército Real, en toda la Lombardía, Piamonte, en los Estados de los Príncipes confinantes y en toda Italia; con que corrió brevemente en cartas y otros escritos á Francia, á ambas Germanías y á España, y luégo por la Europa hasta las más incógnitas y remotas partes del mundo, no sin admiracion y maravilla, juzgando por lo que se habia derramado, ántes sospechada, y dejándose discurrir que aquella bala y aquel hecho habia venido de la mano de Dios: en primer lugar, para asombro y terror, y avisar á los tiranos de sus maleficios, que han profanado sus altares y extinguido los sacerdotes; y en el segundo, para castigar los agresores y ejecutores de injustos homicidios, como lo fué el banquete que hizo al duque de Saboya, á lo ménos parecido, pues murió él y los de su casa que se hallaban allí, aceleradamente, y ninguno de su séquito. Dicen que tuvo este aviso el marqués de Leganés por un villano que le vió atravesado en un caballo, y que certificado del accidente le premió con cantidad de escudos; y los Cabos del ejército, con la muerte del General de los franceses, no sólo no pasaron adelante el socorro que pretendian meter en Brema para su conservacion y preservarla del asedio, pero calmaron unos y otros, los de dentro y los que estaban fuera, y parece se les cayeron los brazos para los demas progresos; y desde aquel dia, por permision divina, comenzaron á ir de caida en Italia. Envió el rey de Francia en su lugar al cardenal de la Baleta, que los Cardenales y los Arzobispos y los Obispos en aquel reino, mal hallados con el ministerio eclesiástico y el carácter sagrado, le truecan por el seglar y le traducen en militar, con



bien flacas fortunas, porque el cielo quiere que sigan su principal dictámen y no les es favorable en adulterarse. Hizo el gobernador de Milan reforzar el cuartel del conde Boloni, con golpe de infantería, por estar á su cargo las fortificaciones y trincheras, con que se habia de dar la mano con la del Maestre de campo D. Antonio Sotelo; guarneciéronse y fortificáronse los demas puestos con toda la gente del ejército, en que habia casi 10.000 infantes (corto número para lo que habia de ocupar y defender), con 5 000 caballos, afirmados en la plaza de armas, para guardar la línea de la comunicacion.

Asistia, pues, á diferentes puertos y esguazos, y trabajaban todos oportunamente en los ataques; haciendo confianza en los aproches, á D. Antonio Sotelo, á D. Juan Vazquez y al conde Boloni, Cárlos de la Gata, y al coronel Gil de Aix, que poco ántes llegó al campo con su regimiento de alemanes, detenido en Felizan, donde se le mandó á lojar con su gente ántes de la resolucion del sitio para suspender á los franceses y que cualquiera designio nuestro habia de recaer sobre Moncalvo, y descuidarlos en Brema. Adelantáronse los españoles admirablemente, y á su ejemplo las demas naciones, y estrechando la plaza en tal manera que por espacio de trece dias llegaron con sumo ardimiento á desembocar el foso, y plantaron de nuevo cinco baterías: una al ataque de D. Antonio Sotelo, de seis piezas; otra en el de D. Juan Vazquez; en el del conde Boloni; en el de Cárlos de la Gata y Tiberio Brancacho, y á estas se fabricaron otras dos en el puesto de los coroneles Gil de Aix, y el príncipe Borso de Este, con medios cañones y cuartos. Comenzóse á batir el fuerte á todo rigor y furia, lloviendo sobre él á un mismo tiempo un prodigioso diluvio de balas y de bombas que les aterraban, atemorizando el ánimo y los corazones de los franceses; y más, cuando vieron la brecha que se les habia hecho en la muralla, temiéndose que al otro dia habia de ser el asalto sangriento, y que seria degollada toda la guarnicion si á viva fuerza se ganase: puestos, pues, en este quebranto y conflicto, jueves 25 de Marzo, hicieron llamada para rendirse, dia en que tomó carne humana el Hijo de



Dios en las entrañas purísimas de María, Señora Nuestra, escudo y amparo de las armas españolas, con los capítulos que se siguen:

Que se les hace merced de las vidas; que salgan convoyados al Casal con escolta de españoles, tocando cajas, banderas tendidas, cabos de cuerda encendidos, balas en las bocas, municiones de guerra las que pudiesen llevar en los frascos, y el bagaje; denegándoles el sacar la artillería. En esta forma salieron, sábado 27 de Marzo, á la hora del medio dia, en número de 1.800 franceses, 1.400 con armas y los restantes heridos y enfermos, con su coronel Monsieur de Mongollarde, Gobernador de la plaza: fuélosconvoyando la vuelta del Casal D. Vicente Gonzaga, General de la caballería del Estado de Milan, con 1.000 caballos de sus tropas, y D. Pedro Mejía con 500 de la caballería de Nápoles, y 1.500 arcabuceros españoles en dos escuadrones que gobernaban D. Francisco de Ulloa, Sargento mayor del tercio de D. Antonio Sotelo, y D. Antonio de Leon del de Saboya. Murmuraban al Marqués los Cabos del ejército, se habian concedido al Gobernador condiciones muy ventajosas y de más calidad que su valor, porque tambien le calumniaban á él que no le habia faltado lo necesario para defenderse del sitio; pero él, dicen que supo purgarse de la objeccion, y al salir dijo al marqués de Leganés, no se hubiera rendido si los Capitanes que estaban dentro no le hubieran amenazado que le prenderian. En llegando á Casal, fué preso por órden del rey de Francia y despojado de todos los honores de nobleza y de las insignias militares, y degollado en público teatro. Entró el marqués en Brema con los Cabos del ejército, Capitanes y soldados, habiendo gastado trece dias no más en tomarla; habiéndola puesto tal los franceses, con el ingenio y las fortificaciones, que podia compararse á las mejores de Italia, y resistir á grandes y numerosos ejércitos: no murió persona señalada sino el capitan D. Alonso Verdugo, que dió la vida peleando valerosamente; sobre ocupar un puesto de mucha consideracion para la empresa murieron pocos de los soldados ordinarios de nuestra parte, y apénas



se reconocieron 400 heridos. Fué este hecho de gran gloria para nuestra nacion, y en primer lugar se debe aplaudir la suma diligencia y grandeza de ánimo de D. Antonio de Aragon, de los demas Cabos y naciones, que todos obraron y asistieron al combatir y trabajar en las trincheras. Halláronse en la plaza 17 piezas de artilleria, sin otras que los franceses habian cubierto debajo de tierra, muchas armas, municiones, víveres y otros artificios militares. Pasados algunos dias, que los enemigos estaban despechados con esta pérdida y de poderse mejorar en Italia, por poner el pensamiento y el jucio de las cosas de afuera y castigar los acontecimientos de los vecinos, cometidos contra sí y contra la majestad de las Coronas de España, dejó el gobernador de Milan guarnecido á Brema con 2.000 infantes y dos compañías de caballos, y por Gobernador al Maestre de campo D. Felipe de Sfrondato, persona de calidad y ejercicio en la milicia; y con estos acuerdos se trajo al corazon del Estado, á esperar más gente de España, Alemania, Nápoles y Sicilia, para engrosar y acrecentar el ejército, y en lo más sazonado del tiempo salir á campear, solicitando mayores esperanzas y progresos: con cuidado el Monferrato y el Piamonte, sobre cuál habia de sufrir el yugo y las coyundas del ejército y armas españolas, haciéndoles caer la confianza y el orgullo del corazon, por haberse dado demasiadamente á presumir de si tenia en la presa de Brema un fuerte y un baluarte para dar cuidado á todos los enemigos, y así lo sintieron en comun y particularmente; y por esta causa fué célebre y de regocijo su recuperacion en la corte del Rey y en las demas de los otros Príncipes italianos, nuestros afectos, y de ambas Germanías, porque se salió de un cuidado premeditado y fortalecido por los franceses, para irse arraigando por todas vías á la usurpacion del Milanés, y porque verosimilmente se reconoció que Dios habia castigado el hecho y el consejo de aquel Capitan que tan poco habia que acababa de cometer una maldad; si es así, como se ha sospechado, y que no se contentasen los ministros de aquella Corona de forzarle á una Liga injusta, contra sí y contra la quietud de sus Estados



y gentes, y le presidiasen la libertad tomándoles dos plazas subrepticiamente; y despues, no hartando la codicia y la sed insaciable de robar, se pretendia repararse de la insidia y la cautela y salir á más claridad y mejores luces, le quitaron la vida y los Estados, como lo han hecho en Loreua, y lo han intentado en otras partes, de que Dios levantará la mano y castigará los delincuentes, como lo ha hecho en Monsieur de Crequi, y así lo hará con los demas asesinos y detentores que quieren beberse la tierra que no es suya.

Dióse fin por estos dias y decidióse una controversia, por muchos años debatida, entre el embajador del César y de la república de Venecia: queria justamente el Emperador que el de la Señoría llamase al suyo, en las ocurrencias de los palacios de los demas Príncipes y donde haya capilla en las embajadas y otros lances de excelencia; y rehusábalo el Embajador, porque si bien no la pedia, porque queria llamarle no más que señoría, como él la recibia del embajador de Alemania. Sobre esto ha habido grandes controversias en las antecámaras, y áun han querido llegar á las manos y obligar al Embajador y forzarle al cumplimiento; y como los embajadores de Venecia traen en vez de la espada la ropa consular, por esta causa ha querido Ferdinando III, Emperador, componer estas diferencias por hacerlos honra y merced, y quizás porque estas alteraciones contraidas en Alemania, de que son confinantes, les habrian representado de su parte y áun para el Rey Católico en Italia, no haber metido la mano y abstenídose de toda sospecha, no habiendo querido entrar en ninguna Liga, aunque han sido persuadidos y acuciados por muchas partes: prudencia es añadir honras y privilegios á los que han sido en esta era continente en las invasiones militares de Coronas y provincias agenas, y no se han derramado á la desolacion y á la ira de los otros, y todo esto quedó de mejor semblante, en el ánimo de los extranjeros para lo venidero, y se afirman más en la devocion y en el trato; pero en los venecianos hay poco que creer y mucho que dudar.

En Flandes se daba prisa el Infante al apresto de sus gen-

tes, para arredrar y contender con los enemigos de ambas fronteras, franceses y holandeses, porque ellos tampoco se descuidaban de estar á punto, luégo que el tiempo diese sazon y comodidad para salir de los alojamientos y guarniciones.

En Perpiñan habia y se encaminaba mucha gente para la satisfaccion, que los más fieles españoles les pedian, de la rota de Leocata: habia en aquellas fronteras 9.000 españoles, y esperábanse 5.000 italianos y 3.000 alemanes y valones, y junta de galeras para componer una gruesa armada, así de las de España como de Génova, Nápoles y Sicilia, para acometer con veras alguna plaza del Narbonés, Provenza, ó golfo de Leon; tal, que doliese á los franceses. Quién decia que pará cargar á Narbona; pero los accidentes de Francia y nuevos atentados no dieron lugar á poner esto en obra; haciendo reparar á nuestros ministros en otras novedades, estándose parte de los Generales embebidos en la urbanidad de la corte, y el más principal de todos, el marqués de Villafranca; no afirmándose nada de esto con la novedad y promocion del vicario ó superintendente del mar Mediterráneo y de sus armadas en un hermano del duque de Florencia, no llegando nada á resolucion ni efecto, parando todo despues en humo, y todos los intentos en el aire, sin venir á empresa honrosa ni verdadera. Pero el rey de Francia, visto lo sucedido en Italia, y la muerte de su General por nuestros artilleros, y que no habia podido hacer allí lo que habian publicado todas sus gentes, despues de haber puesto la mayor y mejor parte en Flandes, y parte en Italia, no olvidándose de las contínuas persecuciones de Alemania y la Borgoña, el mayor resto encaminó á Borgoña por la Gascuña, y el Limosin Poytú y otras provincias más conjuntas al mar Océano y corrientes á Vizcaya y á Navarra, con fortísimos y experimentados Capitanes, de nombre y de antigüedad en la milicia y de ejercicio en grandes y singulares guerras, con General de más esclarecida sangre, que fortuna y opinion de soldado, con quien publicó ántes bajar á Italia para nuevos designios y empresas; no obstante que le habíamos tomado lo poco que se le tomó en la

provincia de Labort, como á San Juan de Luz y el puerto de Zocoa, para divertirnos del daño que se le preparaba; si hubiera sido así en la de Languedoc, porque queria conservar aquella victoria y no borrarla ni mancharla con nuevos incidentes y siniestros de otras de ménos nombre, ántes perpetuarla en la posteridad, como aquel que habia alcanzado tan pocas que apénas eran dos con la de Namur; entrando él tan ventajoso, que eran 35.000 de los suyos, y apénas 10.000 de los nuestros, y todo esto en lo que se habia combatido por espacio de ciento cincuenta años con muchos de sus antepesados.

Las villas de Lieja tumultuaban unas con otras, como provincia y sin señor, sino solos algunos burgomaestres y el arzobispo de Colonia, que tiene allí algun estipendio y derechos, siendo príncipe de Lieja por la dignidad del electorado Imperial: pasó para refrenarlos el coronel Viron con un regimiento, y porque no diesen entrada á los franceses y se valiesen de ellos para unos contra otros. Estando tan cerca y con la misma ambicion que en Tréveris, Lorena, Piamonte y Saboya, no nos apartaríamos de la verdad si dijésemos que en Polonia, solicitando un ingeniero francés, que servia al Rey, para que le fuese traidor y diese entrada al turco en tres ó cuatro plazas de aquel reino, de miedo que el polaco no socorriese al César, y los tumultos, turbaciones y guerras del Imperio. (Así lo testifica un escritor francés, en los progresos y atestados que hace del cardenal de Richelieu, y en la prision del hermano se contesta esta verdad.) Pero los liejeses, pensando que la gente del Infante queria salir á la causa en favor del arzobispo de Colonia, como Príncipe más conjunto por religion y por sangre á las dependencias imperiales, luégo, á la hora y sin detenerse, mejoraron algunas de sus tropas para salir á la defensa de los liejeses, sus coligados de secreto, aunque en lo público se portan neutrales, aunque ya todos proceden sin rebozo y se han quitado la máscara. Sosegóse este rumor sin pasar adelante; pero, sin embargo, las otras gentes francesas, alemanes y protestantes, mal contentos, que militaban debajo de la conducta del duque Bernardo de Beimar, mante-

niéndose en la misma proterbia y obstinacion de extinguir la religion y abrasar las tierras del Imperio y de los Príncipes de la casa de Austria, sustentando las mismas alteraciones, ódios y venganzas que ántes, porque no se acabasen allí las discordias y las calamidades que se ejercitan en las demas partes donde ardia la guerra por el parecer del cardenal Richelieu; pronóstico verdadero del presidente Janin, uno de los memejores y más verdaderos ministros de la Francia, quien insinuó ántes de su muerte, que la voracidad de este hombre, su rígido natural, ambicion y soberbia, pondrian fuégo á los cuatro cantones del órbe, como hoy se experimenta, habiendo sido incendiario de toda la Europa. Había dado órden al gobernador Beimar, que se hallaba en la Alsacia con 3.000 infantes y 2.000 caballos, esperando socorros de Francia y del séquito luterano, para que diese cuidado en Alemania y pusiese los ojos en alguna plaza que doliese y embarazase al Emperador, para que llamase las fuerzas y los capitanes que estaban alojados en los confines del País-Bajo, hacia la Westfalia, y que no pudiese enviar más socorros, ántes impedírselos para conseguir con más comodidad lo de Flandes, hallándolo necesitado de gentes y de auxilios; y prosiguiendo siempre en estas materias su dictámen y su modo de guerrear, lleno de ardides y extratagemas, en que siempre hierve, como de fraudes y suposiciones en sus acuerdos y tratados; señalóle se echase sobre Rinfelt, plaza importantísima, situada sobre el Rin, entre Brisach y Basilea, para señorear, si la consiguiese, gran parte de aquella ribera y otros fines más superiores que siempre estaban dictando á la ruina de los pueblos, de los Estados, y de los Príncipes; dióle la gente y dineros, marchó hácia ella y púsola el sitio. Envió luégo el Emperador ejército en su socorro, á cargo del duque de Sabeli, y marcharon las tropas alemanas, que habian invernado en las fronteras de Flandes, como hácia la parte de la Picardia, el Bolonés y las referidas de la Westfalia, y corrió el conde Juan de Bert con el duque Sabeli á sitiar á Rinfelt, porque el general Matías Galaso militaba á esta sazon en la Pomerania contra las reliquias de los suecos, si bien descon-

fiados los Ministros imperiales, por su remision y limitado proceder y corto obrar, de alguna empresa gloriosa despues que ascendió al baston de los ejércitos alemanes: llevaban el duque de Sabeli y Juan de Bert 2.000 infantes y 200 caballos; Beimar asediába á Rinfelt con asaltos, aproches y baterías, porque sabia que los imperiales venian sobre él á removerle del sitio y socorrer la plaza, que hasta ahora habia resistido cuatro asaltos y rechazado á los enemigos: contra el socorro del Emperador, y por avisos del Beimar, que tambien necesitaba de ellos, le envió Richelieu mucha gente con el duque de Rohan; y reconocida por Beimar la heróica defensa de los de Rinfelt, y que tenia sobre sí al duque de Sabeli y á Juan de Bert, trató de levantar el sitio y retirarse; sin embargo, entre estas indeterminaciones le cargaron con sus tropas y le comenzaron á degollar parte de la gente. Hizoles cara Beimar, y ordenados los escuadrones cerraron los unos con los otros, y pelearon con denuedo y porfía pasadas de tres horas, y siempre el conde Juan de Bert señalándose el primero de todos en la vanguardia; de suerte que el Beimar quedó con pérdida de su gente, la victoria y el campo por los imperiales, y muerta y deshecha la mayor parte de la caballería y toda la infantería; tomándoles artillería y bagaje. Tuvieron preso al duque de Beimar seis soldados, y tres de ellos, por la presa de su caballo que andaba suelto por el campo, deseando cogerle por bien parecido y por la honra del hecho, le dejaron como si no fuera mayor el de su persona, no atendiendo al premio que les podia valer prision tan memorable y particular, como de hombre que era la revolucion y el fuego de Alemania: cargaron algunos de sus soldados á la hora, viéndole en el riesgo que estaba, á librarle, que conseguido con diligencia se puso en la fuga, pasándose á la otra ribera del Rin: quedó como siempre roto como soldado, porque jamás se ha oido de él otra cosa.

Con la prosperidad de este suceso y como si no hubiera más enemigos con quien contender, se alojó la gente imperial, y Juan de Bert con sus croatos y dragones, en unas caserías muy divididas, á refrescar, puestas á los contrarios del Rinfelt. Per-



suadia el duque de Sabeli á Juan de Bert siguiesen á Beimar y el alcanze de su gente, para dar fin glorioso y admirable á una victoria en sus principios afortunada, y prender y acabar aquel enemigo que tantos ejércitos no habian podido (aunque vencido) haber á las manos, y él se excusó diciendo traia órden del duque Elector de Baviera de no pasar el Rin con el ejército: volvióle á hacer nuevas instancias, y él persistió en el alojamiento y licenció la caballería, para que pudiese alojarse ó tomar cuarteles donde hallasen forraje. Llegó el duque de Roan con los franceses, y halló la rota de Beimar y todos los amigos y coligados deshechos, retirados y confusos; pero tambien se informó del descuido de los imperiales, de las tropas de Juan de Bert esparcidas y como sueltas á lograr los alojamientos, y con esto discurrió y entró en pensamientos de satisfacerse de lo pasado y desempeñar al fugitivo. Marchó para llegar cuanto pudo cerca de los casares, y amaneció sobre ellos y en su misma plaza de armas, que era el cuartel de Juan de Bert, é introdújose en él como soldado viejo y que queria sacar de aquí honra y enmendar la rota de los amigos. Avisado Beimar por los Príncipes protestantes, de la venida del duque de Roan y de la prontitud del socorro, y últimamente del que le enviaban algunas plazas de la Alsacia, volvió con diligencia á juntar las tropas deshechas, que á penas llegaban á 5.000 hombres, y tocó arma en aquella campaña, con que á la novedad de tan reciente ruido se iban juntando los soldados imperiales, y como iban viniendo los iba degollando; de suerte que toda la gloria del dia pasado se convirtió en mortandad y en sangre. Embistiólos consiguientemente, cuando más descuidados estaban, al duque de Sabeli y Juan de Bert, en sus mismas guarniciones, y aunque resistió gallardamente la infantería imperial, el ímpetu de los enemigos fué tal, que sin embargo fué rota y desbaratada; prendieron lo que tenian: peleó Juan de Bert como lo acostumbraba con los franceses, con verdadero valor y valentía; pero no pudo esta vez desembarazarse tanto de ellos que no quedase preso, y ni más ni ménos el gobernador general, duque de Sabeli. Refieren que



fueron desamparados de su caballería. Murió, sin embargo, el duque de Roan de las heridas, acabando uno de los mejores y grandes soldados y capitanes de la Francia, pero grande hereje y cabeza de hugonotes: perdióse Rinfelt, pero á la misma hora se recobró Gratz, colonia principal y corte de Stiria, habitacion de Ferdinando II, ántes que pasase al Imperio: llevaron al duque Sabeli y al conde Juan de Bert presos á París, no con poca vanidad y ufania del rey de Francia de tal prisionero, perdiendo la milicia un capitan maravilloso y esesforzado. Refieren que el rey de Francia, pública y solemnemente, dió gracias por la rota y victoria, en un templo público, como si se hubiera ganado á Constantinopla ó la hubiera alcanzado del turco ó de los hugonotes de su reino, enemigos de Dios y de su gloria. Sucedió este hecho á 1.° de Mayo de este año, por la demasiada confianza de Juan de Bert; que no hay capitan, por esforzado que sea, que si usa de ella no fracase á sus manos; pues si no se hubiera atado tanto á las órdenes del duque de Baviera, y tomara los consejos de Sabeli, no hubiera malogrado una rota dada tres dias ántes en sumo terror de los enemigos y de los auxiliares que los atendian. Pero no podemos condenar los actos de obediencia; el descuido sí que los hizo fatales á la esperanza de algunas mejoras, que sin duda ninguna las hubiera en el Imperio, y no excusamos de referir que en parte fué de quebranto y alteracion á las disposiciones que se iban premeditando, poniéndose en nuevo cuidado las plazas vecinas, siguiéndole en ello los que ántes afligió la rota de Beimar, los descontentos y desterrados por sus maleficios, felonías y alevosías, entrando en pensamientos de mejorar sus fortunas. Ufano con esta victoria, marchó Beimar la vuelta del ducado de Vittemberg, hasta señorearse de las riberas del Danubio, adelantándose su caballería á la vista y muralla de Harlem, con alguna más vanidad esta vez que cuando pasó por ella huyendo de los españoles de la colina de Nortelinghen.

Avisado de la rota Maximiliano I, duque de Baviera, levantó un ejército de 16.000 hombres, entre infantes y ca-



ballos, que gobernaba el Mariscal de campo, Genetz, para ocurrir á las mayores necesidades; porque el gobernador de Beimar, con la prosperidad que entónces le lisonjeaba, tomó á Fusbourg, y procediendo infamemente, amaestrado de las leciones francesas causadas y recibidas de los heresiarcas, hugonotes, calvinistas y luteranos, despues de lo capitulado y de la entrega, degolló la gente. Tras esta plaza se apoderó de Wernogon, con designio de bloquear á Brisac ántes que llegase, ni estuviese en forma, el ejército del elector duque de Baviera, que procedia con alguna remision; y siendo tan inferiores las fuerzas de Beimar á las que tenia Galaso, que asistian en la Pomerania á la espulsion de los suecos, ocuparon la ciudad de Gratz, admirable en fortaleza y en lustre de gente, y la más señalada de toda la provincia: degolló 1.000 hombres de guarnicion que tenia, con que pudo restringir aquella soberbia nacion á más corto espacio de tierra, y ocupó otros puestos de consideracion en la Pomerania; pero los Ministros franceses, no sosegando en sus atentados y discordias, renovaron la Liga por el mes de Marzo, por mano de Monsieur de Albon, Embajador de aquel Rey. Fué de embarazo para todas las reclutas del Rey Católico, y levas que se hacian en Alemania para la guerra del Pais-Bajo, que se habia de hacer en este verano; con que el infante D. Fernando se halló con poco número de soldados, respecto de los que habia menester para combatir con cuatro ejércitos que le amenazaban; tres de Francia y uno de Holanda, ligados y fornidos y con resolucion de acabar con aquellas provincias que habian quedado libres de la ponzoña de la herejía, al apoyo y amparo de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Don Lope de Hoces, á la vuelta de Flandes para España, tomó seis ó siete navíos (quién los hace de más número), franceses y holandeses, cargados de mercaderías: estos últimos que venian de sus contínuos tráficos y contrataciones de los moros de Levante, cuya presa se valuaba en tres millones de florines, que es cada uno de valor de cuatro reales. La duquesa de Gebrosa, dejando á España, pasó por estos dias á Inglaterra, con pretexto de procurar



desde allí la mejoría de sus negocios en la buena gracia de la Reina y del Rey, y ver si podia serenar el enojo del rey de Francia y del privado, por naturaleza y por arte mayor y más tempestuoso por razon de Estado: embarcóse en la Coruña, y hay quien dice tuvo curiosidad y arbitrio que hizo por sondar, por entretenimiento ó malicia, no negándose nunca á los franceses, por muchas discordias que allá dejase introducidas ó trabajos que hubiesen venido sucesivamente de ella y el alma y el traje, por más agravios que publicaba de su Príncipe y del Ministro en muchas partes. De aquel puerto parece que podíamos adivinar armada, como, á la verdad, lo hemos visto; que de esta manera son los franceses cuando se valen de nosotros, y son más agasajados y defendidos de sus émulos en España, y nos buscan, no dejando de ser enemigos en nuestra casa y á nuesta costa; es para que escarmentásemos. Debió de ser inteligencia del mismo Ministro, que para sacar materias de invasion y escudriñarlas no se embaraza con sus émulos, ántes los allegará para semejantes ocasiones. Hicieron á D. Francisco de Melo, vicario general de las armas de Milan, con no más calidad, experiencias y servicios, que buena sangre y dos jornadas, una á Alemania y la otra á Italia: causó novedad en el Estado la promocion, y no dió gusto á los soldados ni á las cabezas, no acordándose de D. Felipe de Silva, si el Marqués no se hallaba con fuerzas para campear; pero D. Felipe, que no debia de tolerar el caudillo ni querer militar debajo de su mano, porque era hacer ofensa á sus servicios y á los muchos años gastados en la guerra, y en puestos muy aventajados, y que le anteponian un bisoño, sin ninguna noticia de guerra, y el cargo más preeminente y de mayor veneracion en Italia, hizo sentimiento y demostracion de dejar el puesto que tenia de general de la caballería, como luégo se dirá; haciendo memoria los viejos del alto punto en que se vió aquel Estado en tiempo del Rey Católico, D. Felipe III, cuando tuvo por gobernadores á Juan Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, y á D. Pedro Enriquez, conde de Fuentesfreno, de Italia, y de las materias de los venecianos. Fomentaba Richelieu de nuevo las



alteraciones do Alemania con ánsia y codicia de la corona Imperial, que tantas veces y con tan vana esperanza habia prometido á su Rey, y porque no pasasen al País-Bajo, donde tenia ahora puestas todas sus esperanzas de acabar con los socorros que le venian de allí, y porque el que hay en el Artois, Enao y otras partes y provincias, tuviese necesidad de pasar allá á la defensa de sus plazas para obrar mejor y más formidablemente contra las armas católicas, pretendiendo de nuevo la desolacion de aquella grande y extendidísima provincia y la de todos sus Príncipes, con la intencion perjudicial de tentar con más poderosas fuerzas la presa de Brisac, y más dobladas que las de los años pasados. Los franceses, que alojaron cerca de Cambresi, deseaban tomar á Buchain para ir disponiendo á Cambray y ver si la podrian tomar, para tener allí un baluarte tan principal para las demas inteligencias del País-Bajo, y para aumentar las contribuciones, que con su pérdida se podrian hacer y granjear en Monsieur de Enao, Artois, Lila y Fornay: hacian los franceses sus levas en el País-Bajo, y el Infante, de la misma manera; y anteviendo por los principios los espíritus más militares de la Europa, que las armas de los franceses este año serian de más ruido que fortuna: puso el marqués de Grana, general del Emperador, á Aquisgran debajo de su obediencia, en poco más tiempo de cuatro dias sin esperar asalto, y recibieron aquellos ciudadanos imperiales presidios, volviendo al servicio del César: reforzaba el francés las plazas del confin en particular á Dourvans, y metió un convoy en Landresi de 1.200 carros, casi á la mitad del dia; penetrando nuestro país por estar aquella plaza necesitada y por prevenirse de cualquiera accidente que la podria sobrevenir; dejándose sentir y correr, por opinion verosímil, que el príncipe de Orange habia de salir este año muy poco ántes y con mayores fines que los demas, avituallaba y municionaba poderosamente á Breda, y hacia allí su almacen, pronosticando todos que de esas demostraciones y aparatos caerian sobre Amberes ó Liera. Pero todo esto se remitió á las fuerzas y gente que se esperaban de Picolomini, como cada año se pro-



metian, que los más surtian flexibles y deleznables y siempre la hacian y publicaban que bajaria con 30.000 alemanes; pero ya esto caminaba de otra manera por la falta que hay de gente, y los efectos son diferentes de los que se sonaba. Habia dado órden el rey de Francia á los gobernadores de las plazas ganadas en las fronteras del Artois, que cada uno levantase un regimiento de infantería que quedase de la guarnicion; que las compañías que tenian volviesen á sus tercios para campear y proseguir la guerra, y que los regimientos estuviesen fijos en sus gobiernos, queria decir en San Quintin, Amiens y las otras plazas de las fronteras de Francia: como persona, hacia en Picardía grandes prevenciones, y aparejos en Avevila, Cortray y otras que estaban al desembocar de la Soma en el mar Océano, cerca del Bolonés y Cales, y dejóse correr una opinion; que se habia acordado con los Estados enemigos y rebeldes de embestir á Dunquerque, por no poder tolerar más los daños que recibian de nuestras armadas en aquellos canales y mar del Norte ó Germanía; habiendo de embestir el holandés por mar y cerrarla, y el francés por tierra: esto último no carecia de dificultades, pero lo más cierto era, como ellos lo tenian por ardid, amenazar en una parte y dar en otra. El año pasado se presentó el príncipe de Orange con sus barcas vacías, y dió indicios de recaer al país de Vvart y á Hults, y dió en Breda; ahora hacia sus puntas á Dunquerque y era lo más cierto dar sobre Amberes ó Liera, y al revés. Pero todavía, por no mostrar constancia en nada ni en otra virtud que le dé reputacion, perdian el respeto á los correos y á las cartas, contra la condicion de los tratados; cuando eran malos y de infelices nuevas los dejaban correr, y cuando buenos, los detenian y embarazaban y les hacian extorsiones porque no llegasen á las manos del Príncipe y á sus Ministros; abrian los pliegos, disfrazando los perdian, y el decoro á la fe y á la religion que se debe observar en semejantes casos, pura é inviolablemente.

No carecia nuestra era de prodigios, de portentos y cosas notables, y accidentes que predecian nuestros trabajos en el



estado presente, y adivinaban los que esperaban bien, como les sucedió á otros imperios y monarquías. Fué, pues, que este año de 638, á 27 de Marzo, á las tres horas de la tarde, en la provincia de Calabria citerior y ulterior, se comenzaron á sentir y ver unos espantosísimos temblores de tierra, tanto, que en Concenza redujo el castillo en notable ruina y precipicio, que era de suma fortaleza y como inexpugnable; arrasó mucha parte de las murallas y la iglesia de los padres Capuchinos y la de los Franciscos Descalzos, reservándose, por la voluntad Divina, la vida de los religiosos. Murieron en la Escuela Pia tres niños; en la de los Padres Jesuitas, despues de haber acabado los estudios y salido los estudiantes y maestros, ambas vinieran con el terremoto al suelo, y la torre de la iglesia mayor hizo ruina, y mató ocho personas; perecieron en la ciudad algunas, porque las demas salieron huyendo y sin aliento á las campos, caseríos y aldeas, porque la tercera parte de la ciudad quedó enterrada, y en la misma forma Paterno, Campano, Rovito, Torzano, Manguiones y Fliguino; perecieron más de 4.000 personas; en Velsito se hallaron ménos 70; Robliano quedó destruida, escapando 300 personas: Guillano, Carpanzano, Rollano, Marso, Melito, Rivola, Fumosa, Matadechelio, Castillon de los Casales, Maretino, Nochera y Visiniano corrieron la misma fortuna con Atolia y Pedache y sus términos, quedando tragados de la tierra. En Espezano se libraron 80, pereciendo los demas lugares, abundantes en poblacion y en gente; no quedó señal ni rastro de vestigio para ser conocidos. Piedrasita y otros muchos de la comarca se destruyeron; la ciudad de Nicastro cayó toda, con pérdida y mortandad de 3.000 hombres: murió el príncipe de Castillon, señor de ella, y el duque de Monteleon, y perecieron otros muchos lugares que excuso á la proligidad. Soigliano, lugar de 1.000 casas, se arruinó todo; y habiéndose recogido muchos á la iglesia se los sorbió la tierra con el mismo edificio, por grandes ofensas cometidas contra Dios: Santa Eufemia, de la religion de Malta, quedó surmegida: Sorcano, donde está la milagrosa imágen de Santo Domingo, no padeció, quedando

reservada de tan espantosa calamidad por las virtudes heróicas del Santo, que la defendió, con ruegos, del castigo del Cielo. Fueron comprendidas en la ruina Paseta y Castel Buterca, y quién dice que el rio Amato corrió algunos dias de color de sangre. Socorrió el Virey cuanto pudo este estrago, con gente y con ministros que envió á la hora. Hacíanse oraciones y plegarias para aplacar á Dios, que parece estaba ofendido de culpas nuestras, y por los campos no se oia ni se veia otra cosa que lamentables sollozos, y amarillez en los rostros de los hombres, esperando ser sorbidos. Decian que la tierra arrojó muchos pantanos y dejó algunos donde ántes eran vegas y prados amenísimos, y que el número de los muertos pasaba de 15.000, sin el prodigioso y grande de los espantados y aturdidos, por los campos y cavernas, donde perecian de hambre; y refirieron que veian darse los montes unos con otros, y que los lugares habian quedado tan despoblados de cimientos, que temian á las primeras aguas habian de dar en tierra.

En Sicilia se tuvo por aviso que, á la misma hora que en Calabria, hubo temblores en Mesina, y que cayó una parte de la iglesia mayor con daño de mucha gente: juéves, 8 de Abril, se sintió lo mismo en la ciudad de Nápoles y en tierra de Labort; se hundieron Mondragon y Trageto, lugares del duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano, virey de Nápoles: tambien refiere la curiosidad, que el dia que tomó la posesion de aquella soberana regencia, la celebró el Cielo con saña y enojo, enviando una furiosa tempestad sobre la ciudad, y que vieron caer rayos, que hirieron las banderas que estaban tendidas en los cuerpos de guardia. La causa más eficiente de esto y á lo que más se debe arrimar el juicio cristiano, es que son pecados nuestros.

Dicen los versados en la natural historia, que las grandes resácas de la mar, con su continuo movimiento, someten los vientos en las concavidades y cavernas profundas de la tierra, y que encerrados allí y no teniendo por donde salir ni respirar, estremecen con aquella violencia la tierra, la trastornan ó la



abren y la hacen extremecer con grave daño de los pueblos, edificios y habitadores, y que por las aberturas hace salir el mar, y los rios á la tierra los lleva, la llena por otra parte, y la deja lagunosa y con pantanos. Causó esto maravilla en todos vivientes y en cuantos alcanzaron oirlo, porque parece eran prodigios que amenazaban mayores males, pocas veces oidos ántes, si no en tiempo de ruina y mudanzas de gentes y transmigraciones de reinos. Procuraron aquellos pueblos de ambas Calabrias aplacar á Su Majestad, y calmaron los terremotos y temblores; volviendo los hombres á buscar y reparar sus domicilios y á fabricar otros muchos para proseguir el curso de la vida y la policía; pero si hubiéramos, como es justo, de observar trabajos y examinar tragedias, la mayor de todas es para los que son verdaderos fieles y católicos, el estado á que han llegado los Santos Lugares de Jerusalem con las calamidades y miserias de estos tiempos, porque por ellas, faltando las comunes misericordias de los pios limosneros, y hallándose todos alcanzados con los pedidos y otras sacas, no dándose las que solian á los frailes de San Francisco, á sus síndicos y cajas, y no pudiendo ellos por esta causa pagar al turco los 12.000 ducados en cada un año en que se han obligado por la conservacion de los Santos Lugares, han caido en notable trabajo y quiebra para con los cobradores, recibiendo atroces castigos, y no pudiendo cumplir, se los ha dado el turco á los griegos por el mismo tributo; de suerte, que estos falsos intérpretes del Sacrosanto Evangelio, que adulteran la verdadera religion con sus ritos y dogmas, en que siempre se han querido mantener contra lo que enseña la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, por lo que el Papa los ha excomulgado y dado por cismáticos, y la embestidura de la Grecia á los Príncipes cristianos que los quisieren conquistar, se han hecho dueños de aquellos Lugares Sagrados ó parte de ellos. Esto es muy para llorar, verlos á todos encendidos en armas por llevar adelante sus pasiones y particulares propios, destruyéndose unos á otros los reinos, los pueblos y los vasallos, dejando la causa más legítima concerniente al estado en



que Dios los puso, dejándose llevar de iras y vanidades, no más de por poseer un palmo de tierra, olvidándose de la señal de la Cruz del sepulcro de aquellos Santísimos Lugares, dignos de llevar alla los pensamientos y las armas en su restauracion y libertad, como lo hicieron otros Príncipes señalados, dejando sus nombres en bronces, en piedras y en historias.

La materia de grisones y valtelines, sobre el paso de los ejércitos para ambas Germanías y de ellas para á Italia, se ajustó en 12.000 escudos cada año, con que se despidió el tratado, dando el Rey ricos presentes y joyas á los enbajadores. Las levas que los franceses hacian en Lieja, no arribaban á ningun efecto; ántes les rompieron 1.500 hombres, la gente del Rey que alojaba allí cerca. El Palatino del Rin, hijo de Federico, sobrino de Cárlos, rey de Inglaterra, destituido por todos caminos de volver en paz á sus Estados, á la herencia y electorado de su padre y pasados, comenzó á maquinar novedades para llevar por las armas sus intentos al Palatinado y reengendrarse en él. Para esto, con el consejo del Rey y el dinero de otros herejes septentrionales, como holandeses, no faltando el del político de la Francia, les compró á los suecos en 20.000 escudos á Mipen, plaza fuerte cerca de la Frisa, situada en las riberas del rio Eme, si ya no de aquellos rebeldes fomentadores de toda maldad y revolucion, y tambien por echarle de Lóndres á esta plaza del Emperador, y tiranizada de estos enemigos. Era la pretension fomentar de allí otra guerra nueva, con ayuda de los holandeses, y queria recaer de allí al Palatinado, solicitando el auxilio de los enemigos y los que tenia su padre cuando le ayudaron á la tiranía de Bohemia. Pedia el rey de Inglaterra, por sus embajadores, á los holandeses, consejo y ayuda para este intento; pero ellos, insinuados del privado Cardenal, atento á todos los negocios, trazas y maquinaciones de la Europa, les hizo decir al inglés, no darian auxilio ni socorro á su sobrino, ni vendrian en esto, que era, aunque junta á sus Estados, donde se podrian dar la mano para cosas mayores y llevar adelante sus fines, si primero no rompia con el Rey Católico: notable ánsia de Riche-



lien para asolar las costas de España con armadas más poderosas, aprestándoles de nuevo al tratado y no hallando salida á su negocio. Sin embargo, enviaron á Lóndres sus embajadores, pero con poderes muy limitados y para no resolver nada á ménos que aquel Rey no rompiese, en detrimento y destruicion de la Monarquía á que todo aquel septentrion aspiraba, para ruina de la religion, de que es factor y caudillo el rey de Francia y su Ministro: juntáronse muchos en la ciudad de Hamburgo para decision de la materia y formar la Liga en favor del Palatino: dió cada una de las partes sus razones; pero los holandeses se aferraban á que el rey de Inglaterra rompiese con España, y no se efectuó nada, porque no condescendió al pedido, por muchas razones que ya en lo de atras hemos dado.

Comenzáronse á hacer levas de gente en diferentes partes y provincias, particularmente en Inglaterra, que la Escocia no estaba muy pronta á la obediencia del Rey por causa de religion y de tributos que le querian imponer; porque el Rey pretendia introducir en aquel reino las ceremonias de la Iglesia anglicana, que era poner, en los altares de los templos que ellos han conservado, pero con diferente sentido y falsa religion ahora nuevamente introducida, un Cristo y velas encendidas. No querian admitir esto los escoceses, sino proseguir como de ántes, despues que por vicios se perdió la tierra en tiempo de Enrique VIII, y con esta novedad quisieron echar mano á las armas; pero lo más constante es ser este achaque de provincias que ántes tuvieron Príncipe que las gobernaba dentro de ellas los dejaron, y con la herencia de otros más superiores pasaron á mejorarse en ellas, como lo hizo Jacobo, rey de Escocia, despues de la muerte de Isabel, heredando á Inglaterra; tan grandes herejes cada uno, que se dudaba cuál era mayor, tanto que podian dar preceptos á Calvino y á Lutero, como sucedió en Flandes con la herencia de España, Italia y las Indias. Quién dice que los holandeses les prestaron su auxilio, y que los navíos y armadas inglesas les tomaron algunos de los de Holanda con pólvora, balas y cuerda, que

llevaban á los escoceses, y todo esto por conservar y llevar adelante su religion impura, y porque no queria ligarse el rey de Inglaterra con el de Francia, en que tambien querian que en lo tocante á las desavenencias de Escocia tuviese parte Richelieu, por no haberle podido arrastrar ni meter en los tratados de la Liga; y vacilaba el rey de Inglaterra si quitaria á los holandeses las gentes levantadas en ambos reinos de Inglaterra y Escocia, que serían de guarniciones de Holanda, y si tambien no los consintiera hacer levas en ellos, que les seria de gran perjuicio á la conservacion de aquellos rebeldes. Pero, sin embargo de reconocer el Rey que los vecinos beneficiados de él le favorecian los vasallos, hasta los mismos franceses, y le fomentaban los nuevos rebeliones en su casa, todo lo sufrió y toleró sin atreverse á declarar con ninguno ni hacer demostracion de sentimiento, porque su mayor política, ó la de sus Ministros ó Parlamento, que ya le mandaban, era no quebrar con los herejes; pero los holandeses, como de su naturaleza son traidores, querian hacerlos á todos á su condicion, porque todos fuesen unos mismos, y agresores contra la fidelidad. Sin embargo, es antiquísima y prodigiosa la ira y oposicion que se ha ejercitado entre escoceses é ingleses desde Estuardo, su primer Rey, cuyo enojo pudo tanto, y tan cruda su indignacion, que mandó á su hijo que despues de muerto cogiese la carne de su cuerpo, la enterrase, y que desasida de los huesos los llevase contra ellos en las batallas, creyendo que harian el mismo efecto en su castigo que cuando era vivo y guerreaba con ellos: tanto aborrecia la nacion escocesa y tan adversos han sido con los ingleses y sus Príncipes. Hacia gente el Palatino con el pretexto referido, y con la nueva compra de Mepen habíase por estos dias reducido á concordia con el Emperador el Landgrave de Hessen, dejando las armas y licenciando la gente que tenia; por donde la mayor parte de sus soldados con su principal, como Melandierse, se alistó al sueldo del Palatino, ó con acuerdo de aquel Príncipe ó sin él, en quien siempre, aunque den muestras de seguridad, perseverará la inconstancia: de suerte que el Palatino hacia cuenta de poner en cam-



paña 20.000 hombres contra el César, y para, desde Mepen, abrirse paso para el Palatinado y ocupar desde allí tierras equivalentes del mismo Imperio, y darse la mano con Beimar y otros herejes. Pero el Emperador, sabidas con tiempo las inteligencias del Palatino, y nuevas de la villa ocupada cerca de Linghen y de las plazas de los holandeses, envió allí sus gentes á cargo del marqués de Grana: afrontáronse con la villa y con los soldados del Palatino, y con ambas cosas rompieron la gente y recuperaron la villa; con los soldados del Palatino, y con ambas cosas digo, porque quiso Dios castigar á los descendientes de aquel linaje y arrancar la semilla de los tiranos y de los infieles, y que pierdan sus Estados y posesiones sin poderse arraigar en las ajenas.

Habia venido Casimiro, príncipe de Polonia, hermano de Ladislao, su Rey, con algunas pretensiones secretas, y corrido Alemania y la parte de Italia, que hay de Trento á Génova, para pasar á España y á la corte, con aquel estímulo de todos los Príncipes del orbe de ver al Rey Católico y servirle, y buscar en S. M. y en sus plazas de armas ocupacion heróica á sus pensamientos; como lo habian solicitado el príncipe Tomás, Francisco de Este, duque de Módena, y los hermanos del gran duque de Toscana, y otros muchos en estos veinte años de su reinado. Era, otrosí, muy conjunto en parentesco con la casa de Austria, por los casamientos de Alemania con las hijas del Emperador, y de Stiria con las hijas de Cárlos y María de Baviera, de la misma gloriosa estirpe, hijo segundo de Ferdinando, primero de los Césares occidentales. La causa más principal nunca se supo: finalmente, llegó á Génova despues de tan largo viaje, y allí D. Cárlos Deva, duque de Tursis, le dió pasaje. Hízose á la vela, y, ó ya fuese curiosidad de ver, ó fuerza de malos temporales, con la seguridad que habia para con los franceses, por ser de Génova la galera, aunque no mucha, por intereses y accidente de nuestros dias; finalmente, la galera tocó en Marsella, y desembarcó Casimiro y la poca gente que llevaba. Fué avisado luégo el gobernador, recibióle y agasajóle, y despachó correo al Rey

de Francia de su venida y de como estaba en Marsella: el Rey y aquel Parlamento ó Privado, le mandaron detener y que le enviasen á Paris con guarda, que fué lo mismo que prenderle; y fué recibido en aquella corte, no sin admiracion y sentimiento de los genoveses, que luégo lo supieron, reparando más en la presa de la galera que en la de aquel Príncipe. Corrió luégo á España la novedad é hizo mudanza en el semblante del Rey y de sus Ministros, y todos se suspendieron, y las demas gentes no sólo de España pero en las de Italia, Alemania y Flandes y en los demas reinos y provincias, y con mayor asombro én Polonia, dejando aquel reino con gravísimo sentimiento (si hay esta virtud en partes tan remotas y gente tan feroz y tan ajena de culto y policía). Esto se está hoy en este estado, sin hacer novedad alguna, cargando siempre los juicios más graves este hecho al capricho y vanidad del cardenal Privado, por no haber podido reducir al rey de Polonia á que, haciendo la paz con el Turco para desembarazarle y hacerle venir sobre Italia, introduciendo esta misma pretension con el Persa, que es toda su ánsia, y hacer al Polaco de la misma manera que entre en la Liga con el rey de Francia, y que bajase con sus polacos sobre Alemania, como lo concluyó con el rey de Suecia, y la asolase; y, sin embargo, por no haberse ajustado con la reina de Suecia, viuda, y sus gobernadores sobre algunos puntos de paz que le habian propuesto, por tener el rey de Polonia derecho á la Suecia y estar tiranizada, y á mi ver, el tener el rey de Francia algun preso de consideracion y algun Príncipe que entrase, aunque forzado, por sus puertas en tiempo que tantos y tan grandes han entrado con particular gusto por las de España y por las de su corte y palacio, sin reparar que estos se los hacia odiosos al mundo, y que podria el rey de Polonia juntar la inmensa copia de sus tropas, y atravesando el Alvis y el Rin, entrarse por la Galia, dañando y dando cuidado en la tierra, no dejando de hallar socorros y alojamientos en las provincias antecedentes de Alemania como en las de sus parientes, y más siguiendo causa justa como la libertad de un hermano,

preso ó detenido contra su dictámen. Mandó el francés volver la galera á los genoveses para no desabrir á los aficionados y á la parcialidad; que áun, todavía, por más crecidas que sean las dificultades, no es cordura ni buena razon de Estado desfavorecer la esperanza.

Llamó el Rey á Córtes á las ciudades del reino, á principio de Junio, protestándoles que estuviesen los procuradores en Madrid para San Juan, donde nó, que no se les esperaria y se haria la proposicion sin ellos y con no más de los que se hallasen en la corte. Esta prisa fué causa que al tiempo prescrito faltasen los procuradores de Sevilla, Córdoba, Granada, Jaen y Soria, ó de ahogados y afligidos por la limitacion del tiempo, ó por diferencia que habia en los regimientos ó consistorios sobre precedencias ó en el echar de las suertes: lo más acertado era, que diferian entre sí sobre la limitacion del tiempo que habemos referido, y porque les pedian trajesen de sus ciudades los poderes decisivos para obrar sobre ellos con más soberanía y brevedad, despojándoles ó quitándoles á las ciudades el recurso de volver á ellas sobre cualquier materia para esperar su voto, sino concluir con ellos y hacer de hecho con las ofertas y las dádivas: y tambien se recelaban de los pedidos, que habian de ser intolerables y sin misericordia, porque verdaderamente esta virtud habia faltado en los que más la habian menester y aquellos á quien les tocaba más que á otros el usarla por haberlos puesto Dios todas las cosas en las manos; pero ellos, olvidados siempre de esto y del ejercicio de la blandura y humanidad, no sé por qué causa, siendo fieles vasallos, usaban de la dureza y de la crueldad. En efecto, para esperarles á todos fué forzoso prorogar el tiempo; obró la maña, y luégo se comenzó á usar, para que D. Juan de Castilla, regidor de Búrgos, fuese á aquella antigua nobilísima colonia, procurase juntar la ciudad para salir con votos públicos electo procurador de Córtes como natural de ella; porque todo se concediese con el estímulo de la codicia, sin reparar en el estado y necesidad del reino hundido y acabado. Sucedió así: comenzáronse las Córtes



con siete ciudades: hizo el Rey una proposicion temerarísima que dejó atónitos á los que estaban presentes y admirados, refiriendo que habia gastado desde el año de 1632, en las guerras, 72.300.000 ducados, sin haber expresado en esta cuenta los donativos de Nápoles y Sicilia, que montaron cuatro millones y medio; cosa digna de ponderacion y espanto, que parece imposible por las voces contínuas que siempre estaban dando las plazas de armas, presidios y armadas de que les enviasen dineros. Prosiguiéronse las Córtes en la sala antigua de Palacio, pidiendo grandes sumas para la prosecucion de la guerra, y todos con ánimo de conceder ó de recibir; y siendo el dictámen para la defensa del reino, venia á recaer á su destruicion. En uno de los dias de las Córtes, D. Juan de Castilla, hombre atronado, de ningun seso ni juicio, adulador y ambicioso como los favorecidos de este tiempo, quizá habiéndosele pasado algunas noches sin sueño para deliberar en esta resolucion, creyendo que por allí arribaria á grandes mercedes, de que hemos tenido muchos tentados y entrometidos, sin dar cuenta, ó ya que se la diesen, ni descender á la templanza del hablar en tales juntas, olvidado de la prudencia en el pensar y de la cordura en el proponer, llevado de su cervelo, propuso y dijo: que las empresas y fortunas de estos tiempos y el cúmulo de victorias contraidas en ellos, habian sido mayores que en ninguna era de las pasadas ni en las de todos los Reyes antiguos ni modernos, ayudados por el grande amor, celo y cuidado del Conde-duque (y señaló y comenzó á despeñarse), ni que en tiempo del Emperador, del rey D. Felipe II, ni del rey D. Felipe III, ni del duque de Lerma, que el Conde-duque se habia adelantado en esto á los otros privados; y que era cosa conveniente y muy acertada, y que lo votase el reino, el proponer á S. M. que, en honra y agradecimiento de tales servicios, S. M. favoreciese al Conde-duque en sentarle á comer á su mesa un dia en el año, pues otras casas que los tienen menores en Castilla tienen esta preeminencia. El duque del Infantado que estaba allí, procurador de Guadalajara, hijo de D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Saldaña,



y nieto de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, no pudiendo con la generosa sangre que le ardia en las venas, de esta casa y de la originaria de Mendoza para con los otros Reyes, de quien tenia tanta, y ambas para con el muy esclarecido Rey y señor nuestro, D. Felipe III, muy en sí y muy sobre el desatino de D. Juan, dijo: «Paso, no se hable más en eso: para que S. M. honre los servicios del Conde-duque, no se ha de proponer con indecencia de ninguno de los señores Reyes pasados, y ménos del rey D. Felipe III, ni ménos de mi abuelo; haga S. M., que Dios guarde, lo que quisiere al Conde-duque; pero no sea con ese estilo». Replicó el D. Juan: «Escríbase». Y dijo el duque: «no quiero que se escriba ni se haga esa proposicion por ese camino.» A todos los que estaban presentes parecieron bien las palabras del Duque, y las tuvieron por muy justas; y todos los que á la sazon se hallaban en el reino holgaron de ver al Duque tan poco lisonjero. Llegó el caso á las orejas del Rey y del Ministro, no les desplació el término y justa reprehension del Duque para Don Juan de Castilla, y á todos los verdaderos hombres de buen sentir de la corte les agradó; que es muy sagrada la veneracion y antigüedad de los Príncipes, y saber enfrenar un desatinado, es de grande alabanza para el que es tan osado, y de tan relevantes brios que lo consigue. Sin embargo, no faltaron despues aduladores que la votaron, y consultaron mayores y más desiguales mercedes y honras, como se verá, no sólo en aquel reino pero en los demas consejos, excediéndose unos á otros con porfia. En este vicio, los Reyes pasados, para en cuanto á sus hechos, ya tienen historias calificadísimas que los abonan: la nuestra, no sé cual será y qué testimonio dejaremos al mundo de nuestro gobierno. Del rey D. Fernando el Católico y de su nieto el invictísimo emperador Cárlos V, quien atentamente y con ojos claros leyere sus hazañas, y cuando no las lea, hallará que fueron inimitables: así lo dicen los historiadores italianos, aunque émulos á la nacion española. Del rey D. Felipe II, ¿quién no encarece sus proezas, su prudencia y la majestad del reinar? Y del rey D. Felipe III y de

su gran Ministro, hiciéramos aquí gran elogio si no nos tacharan la repeticion; remitiéndonos á lo que tenemos escrito en su historia; ¡glorioso Príncipe y aclamado en todas eras de los suyos, y nunca bastantemente encarecido de bondad, y de las otras partes que constituyen religiosamente un grande Rey para idea de los otros! El fin de estas Córtes se verá el año que se sigue, por incluirse en él y ser su más propio lugar.

Hallándose el marqués de Leganés, despues de la toma de Brema, acrecentando su ejército, de suerte que la infantería llegase á 18.000 hombres y la caballería á 6.000 caballos, resolvió volver á salir en campaña, y á entrar por el Monferrato y por el Piamonte á tomar satisfaccion de la ingratitud y ofensas recibidas de aquel Príncipe, aunque muerto, de las invasiones y tiranías de los franceses, de los artificios de Madama Cristina, duquesa de Saboya, introducidos en su corazon por la mañosa materia de Estado de Richelieu, como lo dejamos referido en lo de atrás, para correr y pasar adelante con la usurpacion de Italia; y porque la Duquesa, contra el parecer de los piamonteses, habia dado consentimiento y entrada á que las plazas mayores y mejores las ocúpasen franceses, con título de defensores, apoderándose de ellas con gruesas guarniciones y presidios, pues aunque quiso que no la metiesen en Turin por queja de aquellos vasallos y súplica que la hicieron, y oposicion de los más nobles, queriendo ántes que fuesen de españoles y no de franceses. Singular virtud de aquella nacion en tiempo tan estragado, hoy que es tanto y tan antiguo era para nosotros su aborrecimiento; pero el ódio que ya tenian á los franceses por la iniquidad de su proceder, era sin linaje de duda grande. Sin embargo, la violencia de aquellos soldados, cuando no tenian resistencia, la ocuparon, guarnecieron y reforzaron: de suerte que ya el rey de Francia, no sólo con capa de restitucion, como al principio propuso por el duque de Never que se habia introducido por sucesor en lo de Mántua, era señor del Monferrato, pero del Piamonte y de la Saboya con pretexto de alianza y habiéndose dado con liberalidad cuanto se pidió al principio de la guerra, con esta cautela entró á ser tirano



de todos; por manera que ya tenia más potestad en Italia de la que convenia para lograr con más fortuna y embestir el ducado de Milan y el reino de Nápoles, que es á lo que aspiran sus pensamientos. Estaba toda la tierra con cuidado, con los aprestos de este ejército que habia de campear fuera del Milanés, para darse á sentir, y ejemplo á los potentados vecinos de constancia y de reposo; si bien ya no le habia quedado ninguno al rey de Francia, porque el uno estaba retirado con el castigo en Parma, y el otro muerto, pero por suyo el Principado, y no mejoradas las cosas, ántes peores con la fidelidad de la Duquesa, más aina al Rey, su hermano, que á sus hijos y á sus vasallos y á sus propias comodidades; á cuya enmienda se destinaba este ejército, cuya espada veian blandir y fulminar sobre sus cuellos monferrines y piamonteses, si bien entraban ya en mortal ódio y aborrecimiento de franceses, entregándoles contra su mismo dictámen y natural las plazas. Sin embargo, primero que el Marqués saliese en campaña del Rey Católico, ante todas cosas y en legítimo lugar, por obrar con la justicia y la razon ántes que con el imperio y la fuerza, quiso dar una noticia y un aviso muy eficaz á los Estados de los vecinos, de sus mujeres é hijos y casas, para que no dijesen despues, viendo el fuego que ellos mismos habian metido en ellas, que no se lo habian avisado; que se explayó por toda Italia en dos declaraciones firmadas de su mano, que decian lo que habian deseado y procurado la paz universal de Italia, y que ésta se habia conseguido en el tratado de Chenasco, el año de 31, en el cual se obligó el rey de Francia á desalojar toda su gente de las plazas que ocupaba en el Piamonte; que contraviniendo con evidencia á lo capitulado, obligó con amenazas y fuerzas al duque Victorio Amadeo que le entregase á Peñarol, con pretexto de trocarlo por otra plaza, sin otro efecto alguno, sino hacerse señor de ella para intentar de allí mayores progresos en Italia.

Que el año de 35, poniendo en ejecucion los designios con que siempre han obrado franceses, obligaron con la misma fuerza y violencia al duque Victorio, que hiciese Liga con



ellos contra España, introduciendo una guerra en el Estado de Milan, sumamente injusta y violenta; protestando el duque de Saboya Victorio, que obraba en todo esto contra su voluntad, por los rigurosos medios con que los franceses le compelian á ello; y esto dijo siempre hasta su muerte. De la cual y de sus circunstancias era notorio al mundo de la manera que se habia hablado; considerando que, despues de la muerte infeliz del Duque, quedaba aquel Estado gobernado por una señora viuda y sus hijos en edad pupilar y desamparados; porque ella, supuesto el estado tan peligroso con que encaminaba las cosas de su casa y la de los vecinos y vasallos, no parecia madre, y ellos no quedarian para hijos sino para mercenarios y para depuestos de sus mismos patrimonios. Tan digno era de su clemencia perdonar y suspender el rigor de sus armas sobre aquella provincia, tan justamente amenazada por la guerra que piamonteses y saboyanos habian hecho en el ducado de Milan, que le habian propuesto diferentes medios de paz y concordia; solicitándola su mayor conveniencia de la Duquesa, pues se contentaba con que no diese socorro á franceses, obligándose á defenderla á su costa, si la imposibilitase cualquier ajustamiento á la paz; y prosiguiendo Francia el usar las mismas violencias, haria en el suyo á los piamonteses y saboyanos, que advertidos de que éste era su real intento, no sólo no se opusiesen á una causa tan justa, y en que iba envuelto el remedio, libertad y seguridad de aquellas provincias, sino que con todas sus fuerzas y poder acabar ya con ellos, juntar sus armas contra Francia y procurar sacudir de sí un enemigo tan importuno é injusto; estando entendido que asistiendo á España, y usando la neutralidad, no les haria guerra como á enemigos, ni padecerian todos aquellos daños y miserias que ordinariamente la acompañan; ántes bien, habia mandado el marqués de Leganés señalar maestres y cabos puros que severamente castigasen á los soldados que en cualquiera manera maltratasen ú ofendiesen á los piamonteses y saboyanos en sus bienes ó en sus personas; pero, si lo que no esperaba, fomentasen su mismo daño con auxiliar



á Francia, era preciso avisarlos y protestarlos que obrarian sus armas con toda aquella hostilidad y rigor que concede la razon y el derecho á un ejército católico que busca, por los medios justos y permitidos de la guerra, la quietud y tranquilidad perpétua que se halla en la paz.

Corrió este manifiesto en dos copias por el Piamonte y Monferrato hasta los mantuanos, valoneses, tierras de la Iglesia, venecianos, y cantones de esguízaros, para que se contuviesen en sus términos y no se explayasen á las asistencias francesas cuando debian darlas al Rey Católico y á su gobernador, para restituirse en el Monferrato como de ántes le tenian; pues no pudo hacer más el emperador Ferdinando II, que á la hora que los alemanes tomaron á Mántua como feudo del Imperio, volverla por la pacificacion de España, digo, de Italia, y el Rey Católico el Monferrato que habia quitado á los franceses en nombre del Imperio, como se acordó en Cherasco; sino que la perfidia de aquella nacion, que volvió de nuevo á instar al Duque de Mantua y de Nevers que recibiese presidios franceses en el Casal; haciendo maleficios y extorsiones en la nobleza y en otros vasallos de aquel Marquesado, y constriñéndolos á destierros y otras calamidades, hijas de su natural, con que se hacen aborrecidos de todos y mal vistos. Vivian con esto los dos Estados en suma agonía, esperando el ejército que los habia de contrastar, si bien hay quien afirmaba que en sus corazones vivia y militaba la justicia y la razon de España; pero el yugo francés los tenia atados á las coyundas de la tiranía, cuando consideraban que para defenderlo, solicitándolos tanto, apénas tenia el Rey 8.000 franceses en Italia, y en Flandes, al apoyo de los herejes, 30.000 y 10.000 caballos, no atendiendo á los que por seguir su amistad se habian perdido, que esta fortuna correrán todos los que se diesen á creer sus trazas y mentiras. Hecha esta prefacion, juntos los cabos del ejército, discurrieron sobre qué plaza se pondrian en el Monferrato y Piamonte. Oidos los pareceres, salió por los más diligentes y de nombre el ir sobre Berceli, con pretexto de

ver si por la importancia de aquella plaza podian, no sólo deshacer allí los franceses, pero áun hacerlos dejar á Flandes y pasar á Italia, hurtándolos por aquí y sobrepujándoles la hidropesía de señorearle. Pero el francés proseguia con el mismo estilo, con la Duquesa y los hijos pupilos, que habia efectuado con su padre difunto, y no sólo les habia obligado á que no hiciesen paces con España, sino á que continuasen por dos años más la Liga que habia arruinado y destruido su casa, y necesitando á esta Serenísima Señora á proseguir los intentos franceses, tan contrarios á la paz y á la quietud comun, sujeta á padecer por su misma inclinacion dentro de sus mismos Estados la guerra; y mas los franceses, desviados de toda razon, no contentándose con esto, procuraban ocupar las plazas del Piamonte, y señaladamente con esto procuraban ocupar, digo, quisieran tomar á Turin, si los piamonteses con el valor y fidelidad que estaban obligados á su señor natural no se hubieran opuesto á su intento.

Reconociendo S. M. C. que ya los designios de franceses se habian declarado y reducido á una manifiesta fuerza y violencia, determinó que sus armas entrasen á librar del yugo y servidumbre francesa las provincias de Itàlia, señaladamente las del Piamonte y Monferrato, y ocupar las plazas que fuesen necesarias para obligarlos á una segura y honesta paz; y así exhortaba el Marqués y requeria en nombre del Rey á todos los Príncipes vecinos, se abstuviesen de encender ni fomentar la guerra, ántes ayudar con todas sus fuerzas á conseguir la paz. Mas el artificio de Richelieu, cuanto más veia que le queriamos apretar en Italia con los grandes aprestos de este año, y que metiese las suyas en ella, bien informado en todas materias de guerrear, apretaba con más rigor y más tropas las del País-Bajo, por tenerle más á mano y más cerca los ejércitos para invadirle, reconociéndolos por provincias desvalidas y desamparadas de socorro; y el Milanés, siempre asistido y favorecido por la carne y sangre del deudo, gobernador de Berceli, de las mayores y mejores plazas del Piamonte, dispuesta de arte, fuertemente artillada y municionada, por ser frontera



al estado de Milan, situada en sus confines por la parte de Valencia del Pó que riega y fertiliza sus campos el rio Sesia, más abundante cuando el cielo inunda las tierras con las lluvias que cuando las desampara, y pasa á sus mismas murallas el Cervo, rio de más pequeña corriente, el cual haciendo una isla á poca distancia de la plaza con el Sesia, pierde en él su nombre y sus aguas: es lugar de 6.000 casas y admite 4.000 hombres de guarnicion, con una hermosa ciudedela dentro, fabricada de fortísimos baluartes y otras máquinas reales, medias lunas y reductos por defuera. Estaba por gobernador de ella el marqués de Dollani, hermano del marqués de Vigllia con 3.000 hombres de guarnicion, fortificada con mayor cuidado, no sin malicia del duque Cárlos de Saboya, cuando olvidado de las obligaciones que tenia á España por larga carrera de años, sustentados en ella á él á sus hijos y los Estados, queriendo señorear el Monferrato, perdió el decoro á la majestad del Rey Católico, D. Felipe III, y atreviéndose á contender con sus armas, á la sombra de Francia y de Madama Regente, se la ganó D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca el año de 1617; y por haberse rendido y humillado al Rey, y por el ajustamiento de paz que despues se hizo en Pavía, se la volvió D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, que sucedió á D. Pedro en el Gobierno de aquel Estado el de 18. Era de importancia el tomar esta plaza, por arribar con ella algunos medios de concordia, si bien se reconocian sus dificultades; pero el ánimo y el ardor de nuestra gente deseaba mostrarse, y vencer las más inaccesibles. Era cosa verosímil, que con la consecucion de ella se cubriria el Milanés por la parte más flaca, sugetando todo el país vecino hasta la Dora y Valesanos, si bien se sojuzgaban algunos lugares de poca ó ninguna resistencia, á propósito no más que para alojar cómodamente el ejército real y descansar el Estado. Hallábase el marqués con 20.000 combatientes entre infantes y caballos, discurriendo que, para la empresa de Berceli, habia menester 30.000 con los franceses, saboyanos y piamonteses al opósito, fáciles en las levas y en poder aumen-



tar sus tropas como dueños de la tierra y del país, y tener en la mano el poder impedir á nuestros ejércitos los víveres ó tentar con iguales fuerzas el socorro á los nuestros y contra su avilantez y valor.

Resuelta, pues, la empresa de Berceli con todo secreto, tanto, que sólo á D. Martin de Aragon dió el gobernador cuenta de ella, partió de Milan á 23 de Mayo de este año, y llegó á Valencia del Pó, y el dia siguiente mandó marchar parte del ejército por el camino de Brema para desvanecer al enemigo de su discurso, y que no se supiese adonde habia de cargar aquel ejército, ni que queria ir sobre Berceli. Pendientes todos de esta suspension, dió segunda instruccion á Don Martin, general de la caballería, y que volviese la gente la vía de Berceli, para que á toda diligencia pasasen los tercios el Sesia. Habiendo llegado, pues, D. Martin de Aragon á la ribera, le descubrió la caballería del enemigo, que reconociendo el golpe grande de la nuestra, cedió del intento que traian y de impedir el esguazo: hizo D. Martin echar el puente para que pasase la infantería, que se efectuó con buen órden y brevedad, siguiendo á la vanguardia, que llevaba el maestre de campo D. Juan Vazquez Coronado con su tercio de infantería española, todos los demas tercios y regimientos del ejército. Apénas hubo pasado nuestra gente el Sesia, cuando el cielo, ó aquella region, comenzó á desatarse en agua, de suerte que empantanó la tierra, impidiendo y haciendo dificultosas las entradas ó caminos para la marcha de la infantería. Procuraron, sin embargo, el marqués de Leganés y Don Martin de Aragon, deseosos de comenzar á obrar con ardor y valentía, á ocupar luégo los puestos sobre la plaza; y si bien gastaron dos dias en esto, la proligidad del agua con su contínua inundacion no los dejó arribar al fin pretendido. A esta hora, no admitiendo un punto de dilacion, por más que el tiempo lo embarazaba, ordenó á los tenientes generales, Don Vicente Gonzaga, general de la caballería del Estado, y á D. Alvaro de Quiñones, de la de Nápoles, y al coronel D. Fernande de Limonte, como gobernador de la alemana, ocupa-



sen los puestos entretanto que llegaba la infantería. Ejecutóse bizarramente, á cuyo calor fueron llegando tercios y regimientos. El del maestre de campo, D. Juan Vazquez Coronado, ocupó desde la orilla del Cervo hasta una casina: el mismo ocupaba D. Vicente Gonzaga con la caballería que tenia á su cargo: el tercio de Lombardía, que gobernaba el sargento mayor Aragon, á falta de su maestre de campo, se dió la mano con el Monsieur de Ricarte, que era de borgoñones, y por su muerte se proveyó despues en el baron de Batevilo, hijo del que murió en Cataluña al principio y cuando se abrió allí la guerra para entrar por Francia. A este tercio le siguió el del marqués de Mortara, que por asistir en las mismas fronteras del Condado de Rosellon y gobernar otros regimientos, se dió al marqués de Caracena: á éste el de D. Antonio Sotelo, con el conde Fabricio Madian y su compañía, y otras cinco de la caballería del Estado de Milan: siguióse la corte y alojamiento del Marqués, general, y en su prosecucion el de D. Martin, y delante de ambos cuarteles las dos compañías de las guardias á cargo de D. Juan de Arteaga como capitan de las lanzas con la de arcabuceros de D. Diego Liganda. Alojóse á las espaldas el coronel Juan Lopez Giron, con su regimiento de dragones, guardando y guarneciendo el camino de Turin, por donde era el recelo y la presuncion que los enemigos intentaban el socorro de Berceli. Al cuartel del Marqués y de D. Martin de Aragon seguian los tercios de napolitanos de Cárlos de la Gata y Tiberio Brancacho, y luégo el teniente general D. Alvaro de Quiñones, con la caballería de Nápoles: á esta los dos tercios de lombardos de los condes Boligni y Borromeo, y el de napolitanos de Aquiles Minutilo, que habia venido de socorro. Seguian los regimientos de alemanes de los coroneles baron Leiner y príncipe Reinaldo de Este, y Borso de Este, tio hermano de Francisco, duque de Módena: inmediato á los referidos estaba el coronel Gil de Aix con los grisones y la caballería de los coroneles D. Fernando de Lemonti y Viteun, con que se ciñó y cerró la plaza por la parte del país enemigo hasta volver á encontrarse con el Cervo, dándose la manó



nuestra gente, por un puente fabricado para esta ocasion, con el marqués Serra que se hallaba en la isla con los dos comisarios D. Fernando de Heredia y D. Pedro Mojica y el maestre de campo D. Francisco Torniel con las milicias del Estado, que se comunicaban con el tercio de D. Juan Vazquez Coronado por otro puente sobre el mismo Cervo, con que se echó perfectamente á la plaza la línea de circunvalacion. Luégo que se cerró, se comenzó con gran denuedo el trabajo de abrir las trincheras, gastándose algunos dias; haciéndose al mismo tiempo los ataques, si bien con alguna remision hasta acabar la linea, atentos á que no entrasen socorros en la ciudad; porque ya el cardenal de la Baleta, que sucedió en el cargo de de las armas á Monsieur de Crequi, con el conde de Vigllia, vasallo del duque de Saboya y general de sus gentes, se habian dejado ver con 10.000 infantes y 3.000 caballos, procurando con suma diligencia engrosar su ejército y tropas. Llegó el Baleta á Turin, reclamando á los piamonteses y monferines que se armasen y saliesen á la defensa, é impidiendo con su caballería los bastimentos en nuestro ejército; pero sin efecto de conservacion hicieron una salida los de Berceli á primeros de Junio con todo el número que tenian dentro, que eran hasta 200, ántes de llegar á ver puestas en perfeccion nuestras trincheras, porque les fué más fácil abrir puesto á ser socorridos. Encamináronse al cuartel del marqués de Leganés con la caballería referida y dos mangas de mosquetería: salieron á recibirlos D. Juan de Arteaga y D. Diego Ciganda con su gente; trabóse por espacio de una hora la escaramuza, peleando por ambas partes con mucho valor; y fué rechazado el enemigo con muerte de más de 70 hombres, y entre ellos el sargento mayor de la plaza y dos capitanes, y presos otros dos y 20 oficiales. De nuestra gente no murió un sólo hombre, ni de memoria ni de consecuencia, y salieron heridos 12. Hicieron el mismo dia otra salida al cuartel de los alemanes, no con mejor fortuna que la pasada. Hacia la Baleta cuanto podia para aumentarse en fuerzas; tanto, que la duquesa Madama Real dejó á Turin, su corte, y salió á Sanja dando priesa y



ordenando que todo el Piamonte se armase: ellos lo rehusaban, por el ódio que tenian á los franceses por el estado en que los habia puesto; respondiendo no tenian obligacion de salir en campaña si no es cuando salia la persona del Duque. Añadíase á esto, las competencias que se movieron entre franceses y piamonteses, sobre cuál habia de llevar la vanguardia en esta ocasion, y no obstante, de que ellos habian de llegar dentro de la plaza, en habiéndola socorrido; pero salió vana y con poco espíritu la competencia, porque la bizarría de los nuestros y su denuedo les sacó con brevedad de este cuidado. Tenia ya el enemigo, á 10 de Junio, cerca de 12.000 infantes y 3.500 caballos: veníales cada dia de la Gascuña mucha gente á la deshilada, entrando con esto en no pequeña confianza de socorrer á Bercelì; tanto, que al despedirse de la duqesa de Saboya, el cardenal de la Baleta y el duque de Candala, su hermano, la ofrecieron sin duda ninguna, de socorrer la plaza ó perderse: intentaron dividirse y embestir nuestras fortificaciones; pero discurrido mejor el grande empeño en que se ponian y del fin peligroso á que se avanzaban, cedieron de su empresa. Caminaba nuestra gente á toda diligencia con la zapa y la pala, ocupando puestos para arrimarse á la plaza, no dejando los alemanes é italianos de hacer todos sus esfuerzos, y habiendo caminado mucho, habian los españoles ganado una media luna algo más afuera que las otras; y plantaron cuatro baterías, tres en los ataques y una en la isla, adonde se tenia por cierto que la muralla era casamuro por la ruina que hacia nuestra artillería. A estos daños se les recreció á los cercados otros de no ménos calidad y extrago, porque, ¡qué trabucos por elevacion disparaban contínuas bombas á la ciudad y la incomodaban, derribando las casas, inquietando y afligiendo á los berceleses! Estaban nuestras trincheras bien fortalecidas de artillería á la parte de la campaña, por si el enemigo las quisiese acometer, como lo habia puesto en práctica; corrian los batidores de las entradas por una parte y por otra la Sesia, asegurando los bastimentos; y el Marqués, prevenido á cualquier accidente y necesidad que po-



dia suceder, mandó traer mucha harina, y fabricar hornos dentro del recinto del sitio, donde el número grande de vivanderos tenia bien socorrida y prevenida la gente. A 15 de Junio, reconociendo el Marqués la diligencia del enemigo por socorrer la plaza, tanto, que le tenia siempre á la vista y cada dia más acrecentado, y deseando consumir con la dilacion á nuestra gente de irse acercando, el gobernador de Milan resolvió de ganar las fortificaciones por asalto, y aquel dia, en la noche, embistieron las tres naciones por sus cuarteles, procediendo todos con notable diligencia y ardimiento; pero los españoles á cargo del sargento mayor, D. Martin de Mojica, excediéndose asimismos en el antiguo valor, ganaron las fortificaciones, degollando pasados de 60 hombres, y prendieron otros tantos; siguieron á los enemigos sin embargo hasta la puerta de la ciudad, poniendo en terror á los ciudadanos, tanto, que desampararon la muralla por un breve espacio creyendo que los españoles habian penetrado ó escalado la plaza: explayóse esta voz por todo el ejército, y que se habian señoreado de una parte; el Marqués todavia volvió los ojos y el cuidado á este hecho, y aunque no creyéndolo, dispuso no saquease si se ganase á viva fuerza, por los desórdenes que podrian suceder y que de ordinario acaecen: súpose con brevedad que los sitiados habian terraplenado la puerta con vigas y otros materiales, y que por falta de trabucos y otros petardos no la ganaron. Señaláronse muchos de los nobles españoles que en esta ocasion militaban en el ejército, y particularmente el conde de Cocentaina, hijo primogénito del conde de Santistéban.

Hallábase la plaza casi en los últimos lances de rendicion, porque con esta acometida se alojaron los españoles en la contraescarpa, y pocos ménos italianos y alemanes por sus puestos; y reconociendo los cabos del ejército francés el estrecho en que estaba Berceli, y avisados por los de dentro del aprieto y fatiga y afan en que se hallaban, resolvió el cardenal de la Baleta de intentar el socorro, y en prosecucion de esto hizo la noche del 19 de Junio tocar una arma viva por todas



partes: embistió con tres regimientos, cada uno de 1.000 hombres, por la parte de la isla que rodea el Sesia, que tenia á su cargo el marqués Serra, que aunque fueron rechazados por dos veces, hallando una parte flaca y ménos guarnecida, entró buen golpe de gente en la plaza, y hubiera entrado más si D. Martin de Aragon, atento en las más árduas ocasiones, no socorriera á la hora con algunas mangas de mosquetería que con gallardía y buen corazon cerraron el paso á los franceses y á sus coligados. El domingo siguiente, al amanecer, fingiendo alegría por lo sucedido, dispararon toda la artillería del ejército, como si hubieran hecho algo, grandes hombres de fomentar ruido y vana ostentacion. Hizo lo mismo la ciudad, aunque con el corazon y el aliento flaco, no más que para engañar y seguir la voz de los compañeros: tocaron las campanas los de dentro como para señal de regocijo, como si en la verdad hubieran conseguido el socorro necesario á su conservacion y defensa, no habiendo sido otra cosa sino unos pocos de hombres que les habian de acabar de consumir y comer los pocos bastimentos que tenian; y aquel mismo dia hicieron salidas á todas partes, sin ganar un palmo de tierra. Sintió el Marqués general el suceso, y cargóse la culpa á algunos alemanes (que siempre por esta puerta entra ya la mengua, la disculpa del desmayo en los ejércitos), y á las compañías de caballos, que habiendo embestido sus capitanes, parte siguieron y parte se quedaron, no moviéndose los alféreces que llevaban los estandartes. Hizo averiguar el Marqués la falta, y enterado, mandó degollar al alférez de D. Francisco de Meneses, y al de Fray Vicencio Lamarra, y privóse al teniente D. Francisco de todos los honores militares; y con estos y otros castigos estableció el aliento y el valor en el ejército para lo venidero. Hizo el Marqués estrechar la plaza y apretarla, con que puso en mortal desconfianza á los de fuera y á los de adentro si le presumian de hacer levantar el sitio, porque les hizo entender que habia sido avisado por sus espías que la gente que habia entrado dentro no era de ninguna consecuencia, ni para hacer defensible una moderada garita, cuanto más una plaza tan grande en los trances de acá



fuera, y miéntras tanto se encaminaba á la plaza con toda vigilancia. Nuestra caballería contendia con la de los franceses sobre el convoy de los bastimentos; rompióles dos compañías de caballos y otras dos de infantería, quitándoles lo que llevaban en la entrada de San German; mas desengañado el cardenal de la Baleta de que el Marqués no habia de levantar el sitio, pasó á hacer sus fortificaciones sobre el Sesia, batiendo con todas sus piezas la isla donde estaban los alemanes. Hízosele un espalda para defensa de aquel cuartel, y todavía persistieron los de adentro de hacer salida con toda la gente que tenian, como casi de 2.000 hombres, á la isla por donde les entró el socorro; pero rechazados de la infantería española y D. Pedro de Mójica, comisario general, con su caballería, matando é hiriendolos hasta sus mismas fortificaciones los desconcertó, con que desde allí adelante se recataron de tentar más salidas, viendo cuán mal salian de ellas: y consiguientemente, á 28 de Junio, desesperado el cardenal de la Baleta de socorrer á Berceli, levantó su campo, que le tenia con frente de la isla que hacen los dos rios el Cervo y la Sesia, y se pasó á acuartelar con la artillería á Pelayolo, una milla de nuestras fortificaciones, por tener las espaldas descubiertas del camino de Turin y del Casal. Viendo el Marqués la retirada del enemigo y la desconfianza de los sitiados, resolvió, á principio de Julio, darles un asalto general por todos los ataques y el reducto verde, con escalas y otros instrumentos militares; hizo volar la mina que caia al cuartel de los alemanes, y mandó embestir, y si bien se peleó por todas partes admirablemente, no dejó de ser con ruina de los sitiados y asombro de todo el Piamonte; pues aunque no se consiguió el fin de tomar la plaza, se dispuso para forzarla á rendirse: murió sobre el reducto verde Monsieur de Santa Andrea, sargento mayor de Berceli, uno de los que más obstinadamente gobernaba, peleaba y defendia la rendicion; retiráronle los de dentro para darle sepultura, y desnudándole para este fin, refieren y se tuvo por cierto, que le hallaron en el seno cordon por escrito del cardenal de la Baleta que le mandaba, que en caso que

los berceleses quisieren entrar en acuerdo con el gobernador de Milan y rendirse, degollase los vecinos, y con la gente rancesa que tenia dentro se hiciese señor de la plaza, defendiéndola hasta la última gota de sangre. Leido este papel alteró notablemente el ánimo de los ciudadanos, cuando se reconocieron más arriesgados con los que tenian dentro por defensores, que con los que estaban fuera por enemigos y espugnadores ¡inícuo modo de proceder! No yerra el político que discurre de estos que se han desatinado con toda desvergüenza y desembozo á la desolacion, no sólo de los que ellos hacen émulos, pero de sus mismos confederados, y áun á destruir el mundo; pues no guardan fe, ni religion á los vasallos de la hermana de su Rey, que solicitaron por matrimonio, donde habia de vivir y mantenerse con autoridad. Fué cosa notable lo que admiró la fealdad de este hecho á toda Italia, ejemplo que hacia vivir más recatados á sus Príncipes, y haria una fiera tragadora que queria sorberse los Estados agenos y los hombres, más con engañosy atrocidades que con valentía y grandeza de ánimo, porque todos son soeces.

Volvió á tentar el Marqués el asaltar la plaza; pero con órden y aviso á todos los cabos, soldados y capitanes que no se saquease ni se hiciese extorsion á los vecinos; porque así lo habia ordenado S. M., se la daba á todos. ¡Qué diferente es este estilo del de el francés y del que ellos usan áun con sus mismos amigos y aliados! pues donde son acogidos son mortales enemigos; y, el Rey Católico no es admitido, y recibe ofensas por beneficios; y entrándole con armas ofensivas en sus Estados, es amigo en los agenos, y no sólo amigo sino padre y amparo, y manda que no los saqueen ni se les haga ningun daño, que queden preservadas las casas del incendio y las haciendas, las vidas del hierro, las mujeres de la fuerza y todos los demas sexos. Proseguia el Marqués con el órden que tenia de S. M., que sólo se pusiese el cuidado en recuperar el puesto que los alemanes perdieron, no de poca consideracion, por señorear la plaza más descolladamente que los otros: pasó la palabra á los de

Berceli, como habian de ser acometidos y que estaban algunas minas para volar, y con buena disposicion las brechas y todas las demas máquinas y artificios aprestados para el intento; con que, reducidos á mejor fortuna y con deseo de salvarse, hicieron llamada al ataque de los españoles, y despues á todos los demas, y si bien habia algunos dentro que lo impugnaban hasta saber la disposicion y efecto del asalto que les esperaba, tambien hubo otros que rechazaban la proposicion de resolverse, diciendo era cosa más saludable solicitar el remedio á la enfermedad ántes de hacer más incurable la llaga, y no hallarle despues: ajustados todos y de un mismo consentimiento, fueron respondidos por el marqnés de Caracena, que le tocó aquel dia estar de guardia en el ataque de los españoles, y envióles á los capitanes D. Pedro de Peñarrieta y á D. Antonio de Chaves, que lo eran de su tercio, y avisando á D. Diego Mejía, ordenó á D. Juan de Arteaga que fuese con las dos compañías de la guardia á la puerta de Turin, por donde dijeron que saldria la persona que habia de tratar de las capitulaciones y conciertos: salió y lleváronlo al Marqués; y á éste, tomando diferentes caminos de lo que se pensó, pidió paces y tiempo para comunicarlas con la dupuesa de Saboya: el Marqués reconoció la traza y el modo de suspenderle; respondió que sólo una hora les daba de término para resolverse, y que pasada, si no le entregaban la plaza obraría con toda hostilidad sin recibir intermision alguna ni admitir otra plática. Llevada esta respuesta, salieron dos caballeros á la puerta de Turin y el Marqués envió á D. Martin de Aragon para que con más brevedad se concluyese el ajustamiento, diciéndoles se tômase resolucion ó pasaria el sitio adelante y el asalto; y para mover con la elocuencia y apretar más la práctica, envió dentro de la ciudad á D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, que habia sido fraile mercenario, grande orador, y de ingenio para pláticas semejantes, y deseoso para grandes negocios, y á los condes Via y Pedro Antonio Lunati, que les exhortasen sobre el estado en que se hallaban; la resolucion del Marqués en combatirlos, y el ardor del ejército en



asaltarlos; que reconocido por los más principales cabos de la guarnicion de Berceli y de los gobernadores, deshauciados de socorro de franceses, á 4 de Julio, entre el marqués de Leganés y el marqués de Dollani, gobernador de Berceli, ajustaron en esta forma:

«Que el marqués de Dollani saliese de la ciudad con su gente y acompañamiento, asistido de la guardia de S. M. C. con todos los coroneles, capitanes, oficiales y toda la soldadesca, así de infantería como de caballería, con sus mujeres hijos y criados, salvas las vidas, honores y armas, tocando cajas y cornetas, arboladas banderas y desplegadas, balas en boca, cuerda encendida, bagaje y carruaje necesario para irse al más vecino lugar de fortaleza.

»Que á los enfermos y heridos que no pudiesen salir, se les hará buen tratamiento, hasta que hayan recuperado la salud, y despues se les dará escolta para transferirse al más vecino lugar del Estado. Llevará consigo el marqués de Dollani, gobernador, tres piezas de cañon, las que eligiese, con sus municiones y pertrechos, suministrándole los caballos y aparejos hasta Santía, y las ciudades se volverán de la dicha plaza, de que el Marqués ha de hacer seguridad.

»Se hará inventario de las municiones, así de guerra como víveres y cualquiera otra suerte de instrumentos, para servicio de la fortificacion y defensa, lo cual quedará todo en la ciudad y presidio, y se hará este inventario por descargo y servicio de S. A. R.: será acompañado el Marqués, como tambien toda la infantería y caballería que habia de salir del presidio con sus caballos, armas y bagajes, de españoles, italianos y no de otra nacion; y la marquesa de Dollani con sus hijos y hermanos será asistida y acompañada de carrozas y guarda.

»A la ciudad, ciudadanos y habitantes, tanto súbditos como forasteros, se les acordarán sus capitulaciones; no se hará ningun mal tratamiento á la soldadesca y gente que saldrá de la ciudad, ni ménos se la visitará su bagaje y ropa.

»Que siendo menester, se le suministrará al marqués de



Dollani el pan en caso de detencion de algun dia fuera de la plaza.

»Se dará tiempo hasta el mártes, 6 de Julio, á la mañana, al Marqués gobernador de la plaza, coroneles, capitanes y soldados para salir de la ciudad á efecto de preparar su bagaje, y entretanto ninguna de las partes hará acto alguno de hostilidad unos con otros.

»Que los prisioneros de guerra que se han hecho durante el sitio, entendiéndose de aquellos de la armada de S. M. C. que están en la ciudad, y de aquellos de la guarnicion que están en poder del Marqués, queden, tanto de la una como de la otra parte, libres, y puedan irse donde mejor les parezca.

»Que los caballos, bagajes y otras cosas tomadas en el combate del sitio, queden propias de aquellos que las poseen.

»Que los soldados y otros que quisieren dejar sus mujeres, ropa y bagaje en la ciudad, sean y queden seguros de poderlas dejar, en el cual caso les será concedido de S. E. ó gobernador el pasaporte.

»Que queriendo Madama Real llevar el cuerpo de la Alteza Real del duque Victorio ú otros de otra gente, se les permita sin dificultad.

»Estando el gobernador de la ciudadela enfermo, será en su libertad de estar en la ciudad ó de salir, y entregará la dicha ciudadela con salir en la forma de los otros.

»Los soldados franceses, súbditos de S. A. R. que se han rendido durante el sitio, no sean molestados y se les concederá facultad de servir adonde se hallan.»

Con estos capítulos se rindió Berceli, mártes, 6 de Julio de este año, con quebranto notable del Piamonte, del cardenal de la Baleta y franceses, y con no pequeño dolor de la Duquesa y suspension de Italia: así, las armas del Rey Católico, formidables en toda ocasion, toman enmienda de sus enemigos y de aquellos á quienes la ingratitud hace poco recatados. No quiso la Duquesa, avisada ántes, contenerse en los términos de la benignidad y la justificacion, y ella se ocasionó el castigo; y así lo seran todos los que vanamente tentaren contra



la majestad de la Monarquía española. Fué sentida esta pérdida en París, del Rey y de sus Ministros, porque se habia tomado un puesto y una ciudad en el Piamonte para enfrenarle y áun para mayores cosas, como veremos y como sucedió. Duró el sitio cuarenta dias: salió el gobernador con 3.500 hombres entre enfermos y heridos, y todas las demas cosas contenidas en las capitulaciones; empresa digna de memoria, conseguida á la vista de un ejército francés de 15.000 infantes y 5.000 caballos, como ellos lo referian, en los paragrafos de sus comentarios, y en una provincia (ó sean dos) armadas, proveidas y de las admirables de Italia, por la opulencia de sus plazas y número grande de habitadores y de pueblos, escala y tránsito para pasar á ella con ejércitos y dominarla, y todo esto adquirido por aquellos cabos y capitanes, tenidos á la fatiga y valor de D. Martin de Aragon y el marqués de Leganés.

Sentida la pérdida de Berceli, como se ha referido, en París y en toda la Francia, Richelieu, viendo frustradas las promesas esparcidas al principio del invierno, de venir el Rey en persona á Italia con poderoso ejército, como lo publicó, y que los efectos habian sido diferentes de lo que ellos pensaron, en deshonra de España, en mengua y afrenta suya, y viendo ahora que habia caido el azote sobre la tierra coligada y donde estaba la hermana del Rey, y que se habia tomado satisfaccion de los desaciertos de la Saboya y el Piamonte, y que ambos potentados quedaban, uno escarmentado y otro áun en la sepultura, como el duque de Saboya muerto y el duque de Parma; Richelieu, á esta hora, viendo no podia enmendar lo de Italia, ni querido aventurar cuanto habia levantado debajo de la conducta del príncipe de Condé, para este fin eligió otro medio y arrimó la gente hácia Navarra y Vizcaya, en número de 18.000 infantes y 2.000 caballos; y de la Picardía y del Balonés hizo entrar tres ejércitos numerosos con caudillos de reputacion, uno por el ducado de Luxemburgo, otro por el Artoes y otro por la provincia de Flandes; para asistir á Santo Homer, con ánimo de apoderarse de las pla-



zas marítimas, y cerrar el socorro de España para el País-Bajo, al tiempo que el príncipe de Orange, aprestadas sus gentes, se preparaba para mayor herida, como lo habian acordado, y acabar con todo, si sus intentos tuvieran la ejecucion que ellos pensaron, ó como lo puso por obra, cerrara ó concluyera por asedio á Amberes, que sin duda fuera muy posible, si la grande vigilancia del Infante y sus capitanes no le ataran las manos; no dejando aquel perverso Ministro de molestar la Alsacia y la Borgoña ahora, que habiendo discurrido en sus primeros movimientos, que para embestirse la Europa y desarmar la Monarquía Española, de quien era enemigo capital, era menester comenzar, ante todas cosas, por la destruicion de Alemania y del Imperio, para derribar aquella fortísima columna y echar de allí los Príncipes de la casa de Austria, y apoderarse para las otras empresas del nervio numeroso de los alemanes, y no sólo poner la corona imperial á su Rey, para quien invocó aliados herejes septentrionales, pero llevarlos alistados y conducirlos en la compañía de franceses y en sus ejércitos. Pero movida esta guerra y no consiguiendo el intento de ella por los contínuos socorros del Rey Católico por Flandes y por Italia, y por la mucha cantidad de oro y plata que habia por largo número de años enviado á aquellos Príncipes de la Corona Cesárea, pasó la guerra á Flandes y á los Estados de Milan, para modificar y extinguir allí aquellos auxilios para Alemania y el Imperio, y que los hubiese menester en su casa; y viendo ahora que en estas dos plazas de armas, tremendas á todo enemigo, tampoco podia hacer presa ni añadir gloria á su vanidad, y que se perdia gente y dineros, cuando se lograban contínuamente para esta defensa en aquellos países; apretando más el discurso, y que por estos dos tránsitos y plazas de armas se le hacia continua resistencia y contradicion de conseguir la corona Imperial, y que ántes eran ambas sepulturas de franceses, porque España, aunque trabajada de tributos y molestias, era poderosa para todo, porque por las escalas de Santander y Perpiñan eran socorridas y fomentadas de españoles y de dineros, con que se



sustentaban y perdian en ellas los franceses sus ejércitos. En venganza de las presas de Brema y de Berceli, y el desánimo que se habia causado en Italia, y descaecimiento en sus negocios y pretensiones con los demas Príncipes, para arrimar á su posesion, pues, aunque discurramos en otros su principal pretexto, no queriendo tentar nada por Perpiñan, por no desvanecer ni confundir aquella gloria, adquirida de noche en Leocata; trató, deponiendo de los primeros intentos, de pasar á Italia y de meter la guerra en España, para que el dinero y los españoles y las otras gentes que militaban debajo de su mano se los consumiese dentro y los hubiese menester para sí, para los ejércitos que le pensaba meter, para que desguarnecidas las plazas de armas de Flandes y de la Lombardía se consiguiese todo como se deseaba, y España hubiese menester las manos que daba á estas y al Imperio, y se viese en balanza y al riesgo de fracasar sin este auxilio, y la Contea de Borgoña infestada por ellos de la misma manera. Arrimábase á esto el querer tomar satisfaccion de la entrada que se hizo por sus tierras el año de 635, y cuando se envió allá al Almirante de Castilla, se les tomó á San Juan de Luz, Zocoa y otros puertezuelos, y la que el de 37 se le pensó hacer con el duque de Nochera, si el ejército no enfermara en Guipúzcoa: proseguíase con el discurso y con el aliento; arrimándose á esto ver la tierra desamparada, desfavorecida, y áun, que habia algunos vizcainos fugitivos en el ejército francés y otros desterrados por las fronteras, desde el dia del castigo, y por no haber admitido la imposicion de la sal que allanaba con Richelieu, y fomentaban con los capitanes la entrada por Vizcaya, estaba ya el ejército todo junto en Bayona, habiendo mandado venir la armada que habia pasado á Italia con el arzobispo de Burdeos para restauracion de las islas de Santo Honorato y la Margarita, para la direccion de otros pensamientos más elevados, que ya venia navegando las costas de España con otros refuerzos que los esperaban en la Rochela y en los demas puertos é islas de la Francia, para hacer la guerra réciamente por mar y tierra.



Eran infinitos los avisos que de la venida de este ejército y sus aprestos se daban y se enviaban á la corte de Castilla al mayor Ministro, á los Consejos de Estado y Guerra y otros, y á la frontera por diversas personas y confidentes, particularmente de D. Diego de Isasi Sarmiento, hijo de la condesa de Salvatierra teniente de camarera mayor, á cuyo cargo estaba la crianza del Príncipe despues de la condesa de Olivares, casado con hija de D. Juan de Isasi, natural de la provincia, Maestro del Príncipe, de quien tomó el apellido por haber de heredar la casa con el matrimonio, por no tener varon D. Juan de Isasi. Daba la condesa de Salvatierra las cartas al Conde valido, en que avisaba su hijo el estado que tenia la tierra, su desamparo, así en armas como en gente y cuán arriesgado estaba todo, así en Vizcaya como en Navarra; el poder de los enemigos, el grueso del ejército y tropas, sus máquinas militares y municiones, sus parlamentos y consejos, sus contínuas levas ordinarias y coronelias, de ingenieros de más nombre, la convocacion de aliados para saber y entender mejor los medios más útiles de las empresas, y usar de sus consejos; la eleccion de cabezas para proseguir la guerra, sin hacerle escrúpulo, así seglares como eclesiásticos, como lo enseña la escuela y preceptos hugonotes, destinados á destruir y abrasar la mejor parte de España. Él lo oia y no leia las cartas, y burlándose de ella á las horas que concurria en su cuarto, y la Reina suspensa, la decia con risa y con chacota, como hombre fácil y destemplado en la venganza y en el decir pesadumbres. «¿Qué hay señora, hay muchos moros en la costa? Para aquel gran privado de la casa de Sandoval, jamás se sintió dél cayese de este achaque ni en esta fealdad, ni que dijese á nadie pesar, aunque le apretaban los pretendientes por las mercedes que no se les debia: era la honra del mundo, y en sus palabras era prudente, compuesto y bien hablado; y si entónces no le amaron, aunque veian y reconocian sus admirables virtudes, magnanimidad y grandeza de corazon, por la envidia del lugar y el puesto, sin embargo, los detractores digeron de él, con todo este cúmulo de virtudes



y sin causas justas, ¿qué dijéramos si nos hubiera perdido un Principado y un Reino grande que se extendia á las cuatro partes del mundo, como Portugal y Cataluña y mucha parte de los Países bajos, cuando los acrecentó y dejó aumentados con toda vigilancia, cuidado y asistencia, y otras muchas provincias y puertos en ambas Indias, hoy combatidas de rigurosas tempestades, de malos tratamientos y descortesías? Con aquellas memorias y estas infelicidades, suspiran por él y le aclaman por dechado de toda urbanidad, término y cortesía. La condesa de Salvatierra callaba y se enternecia de ver el poco caso y atencion que se hacia en una cosa tan digna de cuidado y de importancia, tanto por sus hijos como por bien de la patria y de los súbditos. En casa del serenísimo D. Fernando Ruiz de Contreras estaban las cartas arrinconadas unas sobre otras en los bufetes, que avisaban de esto, sin abrir ni acordarse de ellas, porque todos hacian esta lisonja al valido, verle contínuamente, visitar su aposento y no hablarle en negocio aunque se pierda todo como se gane él; atento más á las fiestas de Carnestolendas y de San Juan en el Retiro, donde nos hallábamos entónces, que al despacho de los soldados y pretendientes, no haciéndole horror y vergüenza el dejarse ver en los teatros públicos entre las mojigangas; adoleciendo cada uno de estos, por ascender más al entretenimiento de tener allí su parte, aunque sea deshonrible y afrentosa, como si la majestad de España y la virtud de los españoles, tan conocida en el mundo, en ambas facultades, marcial y política, tuviese necesidad de imitar ó parecerse al tiempo de Neron ó á los últimos años de Roma, en que florecieron todo género de vicios, orígen de nuestros males, y por castigo de ellos, acabando miserablemente en los mismos; apeteciendo el hallarse en tales actos por servir á la lisonja y á la adulacion, ántes que á descender con grato semblante, con palabras limpias y verdaderas á las audiencias de los capitanes y soldados, y á los otros criados de la casa Real, que sufren y llevan sobre sí la fatiga del servicio del Rey, sin descansar un punto por caminos y por jornadas, sin conocer al sueño, y lo más pesado no



poder tolerar la injuria y saña de los jefes: que el oficio del Secretario, no es oficio de servicio sino de ocupacion, y si hay alguno, quieren echar sobre sí todo el mundo, y gimen del peso que codician por hazañería; sufran pues, por las rentas gruesas que tiran, habiendo nacido sin un real, y por envanecerse y fundar su soberbia casa, aumentarse en comodidad para sí y para los vanos de sus hijos, que despues quieren reventar, no sólo de caballeros pero de señores, ó para los necios de sus parientes que siguen las mismas pisadas, no deseando cosa que no se les venga á la boca, cuando á los demas, que asistian á la persona del Príncipe, no se les concede el aliento ni les querian reconocer por merecedores de nada; quitándoles la poquedad de sus gajes y racion, en medias annatas, sirviendo todo en miserias, fraudes, recelos y otras calamidades, tributos, gabelas, que no hacen más famosa la guerra ni la nacion, ántes, fracasando en infortunios, riesgos y malos sucesos; y ellos, anhelando por entrar en todas juntas para llevar por cada una de ellas lo que no les toca ni es suyo. El cuidado de la tierra era grande, y el que tenian sobre sí Castilla y Navarra, y envióse órden al marqués de los Velez, virey de Aragon, que se hallaba en Zaragoza, para que pasase á Navarra é hiciese alto en Pamplona; fiándose este cuidado al buen juicio y virtud de aquel mozo, pareciendo capitan sin haber sido soldado. Pasó con diligencia á Navarra y metióse en Pamplona, esperando por horas aquella nobilísima ciudad y sus vecinos á los franceses; y avisóle por los últimos de Mayo Don Fernando de Losada, que asistia en Vera, que habia entendido que el príncipe de Condé estaba en Burdeos y hacia plaza de armas en Acoxque; que se alojaban 12.000 hombres en aquellos contornos y 500 caballos; y si bien no habia gente de guerra en Burdeos, ni parece que se inclinaban á descender á Navarra, era constante opinion, y lo aseguraban los hombres de noticia, que la provincia de Guiena servia al Rey con 150.000 escudos, y la nobleza de ella de servir á su costa, obligando á la plebe con toda fuerza á tomar las armas, y que la resolucion era de formar un ejército de 26.000 infantes y 2.000



caballos. A estos se siguieron segundos avisos de D. Baltasar de Roda, gobernador de Amaya, diciendo que el conde de Agramonte habia partido á San Juan de Pié de Puerto, á 21 de Junio, á las cinco de la tarde, y que á la misma hora comenzaron á marchar 20 compañías, de que era coronel su hijo, y que decia pensaba recobrar en esta jornada algun título antiguo, perdido por sus abuelos en las postreras guerras de Navarra con Aragon y Castilla, en tiempo del rey D. Fernando el Católico, que le conquistó, y volverle á su casa; y que tambien se encaminaban á Andaya las de otro hijo del príncipe de Condé, que habia desembarcado á 25 piezas de artillería, y que de 1.500 caballos, habian llegado no más de 400: que el príncipe de Condé habia entrado la víspera de San Juan en Bayona, y que traia esta gente muchos pertrechos de guerra, bombas de fuego y otros instrumentos militares. Avisó el marqués de los Velez al Rey del suceso de las armas y de los designios de los franceses; dióse priesa á prevenir las cosas de Navarra, á conducir gente, municiones y bastimentos; convocó la nobleza y los hombres más prácticos en materias de milicia del reino, y valióse de los que le asistian; consultaba sobre lo que se debia hacer, previno las fronteras, fortificó el castillo y la ciudad de Pamplona y los demas lugares, con lo que pudo y con lo que se halló en la tierra, y en las provincias vecinas (aunque tarde), con dificultad y congoja, porque todos afanasen y sirviesen con esta espina; porque todo con la larga paz estaba desapercibido, si bien no se ignoraba la larga guerra, porque áun fuera mayor descuido y más reprensible satisfacerse con esta. Eran las trazas y designios de los franceses acometer y herir por todas partes, para hacer ruina incurable por alguna, y la más desproveida y descuidada, que las más veces suele ser en la que más importa la dolencia de gobernadores flacos, porque las plazas de armas de Flandes y la Lombardía, y la larga guerra de Alemania, le tenian ya hostigado, y dádole muchas rotas; y así probaba por unas partes y por otras, y por donde le habian hecho entrada aunque él nunca quiso ni queria por allí la guerra: en tanta



estimacion nos tuvieron, y tanto se recelaron de tentar por allí, hasta que nuestras miserias les dió aliento para todo. Visitaba por su persona el marqués de los Velez los puestos, despachando á las merindades de aquel reino y á los pueblos de la frontera para que socorriesen de gente: ofrecieron 6.000 hombres, y alistáronse todos los hombres nobles navarros, y todos los que estaban ausentes y en la corte corrieron con brevedad á las banderas, á la pica, al coselete y á los puestos que les encargaron; fortificaba y proveia el castillo de todo lo necesario, y reparó las murallas de la ciudad, que el ócio y el descuido habian dejado venir al suelo, y en pocos dias las hizo formidables y defensibles á la mayor invasion de los enemigos. Con estas noticias tan individuales fué creciendo el cuidado en la corte y en toda España.

El Rey dejó el Retiro á principio de Julio, pasó á Palacio, y el Ministro, donde estaba muy hallado y con pocos gastadores, más doblados de delicias que de otro valor, á disponer las cosas y á socorrer la tierra, incomodándole y sacándole mal de su grado de la querencia en que vanamente se perdia el tiempo y la honra, porque el rey de Francia y su Ministro, no trataban de otra cosa que de formar ejércitos, convocar soldados, fabricar armadas, fundar artillería con letreros horrendos y espantosos llenos de soberbia y amenazas, como se leyeron en Dola, en Brema y otras partes de la Monarquía y del Estado. Diéronse luégo los Ministros de ambos Consejos á consultar lo que se debia hacer para el remedio y defensa de cuidado tan grande y tan preciso: resolvióse que el almirante de Castilla, D. Juan Alonso Enriquez, estuviese prevenido para acudir á la defensa de la provincia si el enemigo intentase entrar por ella, pues era capitan general de Castilla la Vieja, portándose en otras ocasiones con él, como ni más ni ménos el que asa un pedazo de carne y se la echa al lobo, por la contencion de Barcelona, sin haberle hecho merced ninguna por el viaje pasado, ántes haberle hecho gastar y y hundídole, no dándole un maravedí para el alivio de los gastos da una jornada de tanto peso; reconociéndose por infe-



licidad ó por castigo de esta era en algunos vasallos y criados, y portándose con tanta severidad, estrechez ó miseria con ellos, que parece que no les toca haber el dinero del Rey ni manejarle cuando se daba á otros indeméritos pródigamente y con liberalidad. Respondió el Almirante que le diesen puesto conforme á su calidad y su sangre, que el que se le dió los años pasados, cuando pedia los fijos y de calidad, espiró como vano y sin sustancia, por espresarse en el título por esta vez (que áun esto le limitaban el tiempo y la potestad, y lo que no era de acrecentamiento ninguno, como si para él fuera algo): que sin embargo de lo alegado, iria á servir á S. M. con una pica, que no le estaba bien á su casa ni áun á su autoridad levantar la gente para enviársela al marqués de los Velez, ni que fuese para él la fatiga y para otro la gloria. Con todas estas réplicas le mandaron que fuese, encargándole la guerra como al marqués de los Velez, al partido de Navarra. Obedeció, y aprestó su viaje sin darle ningun socorro, sino que gastase de la hacienda y dinero puesto en el depósito de un pleito, como la primera vez, suspendiendo impiamente las pagas de los acreedores al Estado, con órden y publicacion de un decreto bien vergonzoso para la honra de la nacion española, consumida en esta era, no sé por qué malos oficios, que ántes atribuyo á perversa intencion: decia que en su mesa no hubiese otra cosa, porque él persuadia, cuando le negaban las ayudas de costa que ajustó darle en viaje tan largo y en ocasion de tanto peso, que habia de dar de comer á sus camaradas, que habian de ser muchos y los más calificados del Reino y del ejército, porque todos los habia de llamar á sí para valerse de ellos ó se le llegarian para ayudarse de él, y encaminar con mayor grandeza y prosperidad el servicio de S. M.; y que era justo agasajarlos como hombres de sus prendas y casas, y como lo pedia la ocasion, y han de ser las acciones españolas ilustres y relevantes á todas las demas. Finalmente, le inventaron, como dije, un decreto, una tramoya que decia que en su mesa no se comiese otra cosa, ni se diese á sus camaradas más que vaca y carnero, por no darle nada para el alivio y carga que



llevaba, porque no luciese, ántes que resbalase en perpétuo afan y congoja, como algunas veces le sucedió, y cayese en una indigna opinion para deshonra de su casa, y cobrase nombre de un capitan miserable y menguado; comenzándole por aquí á preparar una baja fortuna, para que todos huyesen de él y cayese en descrédito. ¡Buen principio y glorioso para conseguir empresas á la casa de un enemigo tan grande, disponiéndole ántes los tiros que el alivio, los agravios que los favores, siempre instruyendo la miseria y la necesidad, polilla y deslustre de todos los buenos usos, con aquellos que no quieren dar el dinero ni hacer merced! Siguieron al almirante varios capitanes y soldados, algunos señores y caballeros, como el duque de Alburquerque, su sobrino, el marqués de Fromista, D. Bernardino de Ayala y otros en quien no quiero cansar ni cansarme. Escribióse al marqués de los Velez, que con toda brevedad pusiese artillería en Burguete, por el conocido riesgo que sin ella tenia aquel fuerte, siendo tan importante para defender; que franceses, fiscales ya de nuestras acciones, no pasasen de Navarra: dióse órden marchasen á San Sebastian 1.500 irlandeses que estaban en la Coruña, que D. Diego Lope de Hozes habia traido de Flandes, y diéronle priesa que á toda diligencia aprestase los navíos de su cargo y que partiese con ellos la vuelta de la provincia: enviaron al Mortara hácia aquella parte para que gobernase los irlandeses, y al marqués de Torrecusa la gente de Navarra y la que habia de pasar de Plasencia, levantados para la resolucion de portugueses, estando ya sosegados, si esto se podia creer; y ordenóse á los catalanes condujesen 1.500 arcabuces á la parte que más necesidad tuviese. Reclamando los vizcainos, que poco ántes se les habian quitado las armas y llevádolas á Guadalajara, atribuyéndoseles desconfianza por haber impugnado un tributo que contravenia á la nobleza y antigüedad de sus fueros, circunstancia que dió adelante motivo á los enemigos á tentar por aquella parte como descontentos y desarmados, habíanles mandado dar otros 1.500 arcabuces para que se fuesen armando, y que la gente se encaminase al socorro: or-



denaron que los corregidores de Logroño, Alfaro y Calahorra acudiesen á la frontera con la gente de su obligacion, y que el Consejo de Aragon enviase las órdenes necesarias para que el Reino, no sólo se previniese para su defensa, caso que se les pretendiese hacer novedad por Jaca y sus montañas, sino que dispusiesen infantería y la formasen para pasar á Navarra al mismo tiempo, digo, intento, y acudir al riesgo, pues pudiera suceder. Mandóse al marqués de los Velez que desguarneciese la armería de Eugi, porque el enemigo no la tomase ó la pusiese fuego; que D. Diego de Riaño del Consejo de Castilla, previniese las milicias que estaban á su cargo; remitiéronse 50.000 escudos á Navarra y 30.000 á Guipúzcoa, corta distribucion para tan grandes aparatos y levas de ejércitos, causa que hace no arribar las cosas al fin que se pretende, porque estos aprestos llegan mal y tarde, y nunca surten aficion honrosa. Reclamóse luégo, á los soldados viejos y capitanes que estaban pretendiendo en la corte; acudieron todos á casa del conde de Castrillo, reconocieron sus papeles y servicios y las pagas que se les debian; dábanles algunas á su cuenta y haciánlos marchar. Muchos fueron y algunos, tomando el dinero, siguieron otras vías, cansados de servir, ó por ruines, ó por mal premiados, ó por bisoños; señaláronse entre ellos seis capitanes y ocho alféreces á Guipúzcoa, y otros tantos como se pidieron á Navarra, y un Ministro de fuegos artificiales, llamado Juan Martinez de Torres. Dióse órden al mayordomo de la casa del Rey, y al bureo que estuviese dispuesto y en ser todo lo necesario á su partida: escribióse á los caballeros de las Ordenes militares; y en lo tocante á la casa, al conde de Castro en ausencia del duque de Alba, que se habia retirado á su casa por ayudar las controversias ó no poder defenderlas de D. Fadrique de Toledo con el Ministro, que las queria defraudar; y echóse un bando para que todos los hijodalgos de Castilla se armasen para acudir á Búrgos y á la guerra. Avisaban los del confin por horas al marqués de los Velez, que el francés iba engrosando sus tropas, y que sin duda ninguna iba amenazando á Navarra; y como aquel Rey pretende que este



derecho es suyo, cuando se ha afanado tanto por los otros y ha molestado á este fin la Alemania y la Italia, y causado ruina en ambas partes, valiéndose de tantos coaligados católicos y herejes, creian que derechamente venia á la desolacion y al desempeño; pero el marqués de los Velez, cuidadoso del Reino, de su defensa, del servicio del Rey, como lo han profesado todos los de su casa, dispuso que la gente de los valles del Roncal y Salazar á Ezcoa, quedase á cargo del capitan Francisco de Ibero, caballero del hábito de San Juan; ocupasen los puestos y pasós fuertes de su frontera, impidiendo que el enemigo no tentase por allí la entrada en el Reino, ni se apoderase de puesto alguno que le pusiese en esta esperanza: guarneció á Burgete con 1.100 hombres á cargo del sargento mayor Andrés Marin, avisándole que si el enemigo quisiese hacer entrada, diese cuenta á los vasallos de Herro, Estivar, Arce y Egui, cuyos naturales, con particular conocimiento de la tierra, ocuparian y defenderian los pasos de Altavizcar, Ibañeta, Gabamire, Mendo, Juri y Zaro Gayen: puso en Maya tres compañías de á 100 hombres cada una, á cargo del sargento mayor D. Baltasar de Rada, y 800 en la defensa de Cherrazu, Aruzcunai, Pelicueta y Lecarez, y otros 500 de los vallès de Bastan, Vertizurana, que se ocupaban sin embargo de hacer las guardas con los soldados, con órden de acudir á la defensa de algunos puestos por donde el enemigo podia hacer entrada: guarneció las villas con 1.500 hombres á cargo del sargento mayor D. Juan de Rada, caballero de la Órden de Santiago, y dió licencia general que se hiciesen corredurías en los puestos por donde podia hacer su marcha el francés, derribando árboles y embarazando con peñas los caminos, ásperos de su naturaleza y dificultosos al paso de la gente; y entretanto que se hacia defensible el castillo y la ciudad de Pamplona, hacia levas en el Reino y fuera de él D. Fray Martin de Redin, prior de Navarra, con aviso de que, al primer movimiento, se le hiciese para acudir en persona á lo de más riesgo.

A esta hora, teniendo ya el príncipe de Condé junto



todo su ejército, inclinado á la frontera de Navarra, tocando cajas en todos aquellos valles y contornos, el dia de San Juan, comenzó á marchar por la parte de Altavizcar y Valcárlos, intentando con algunos franceses reconocer los pasos; pero siendo impedidos de nuestra gente y hallando dificultosa y defendida la entrada, más de lo que juzgó, surtió con el mayor resto de su gente á la tierra de Labort; y el primer dia de Julio, por la mañana, se dejó descubrir desde Fuenterrabía por la parte de Andaya con su caballería y gran número de infantería, juzgándose, por lo más que se pudo ver y rastrear, que llegarian á 16 ó 18.000 infantes y 2.000 caballos. A su opósito se halló D. Diego de Isasi Sarmiento, como coronel de la provincia, con 2.000 vizcainos, levantados de prisa, faltos de municiones y de bastimentos, sobresaltados y todos confusos de ver que venia sobre ellos un ejército fornecido, grande, armado y puesto en órden, rodeado de todo lo necesario, artillería, bagaje y pertrechos, cuando la tierra no tenia nada de esto, ántes afligida, tanto de la venida de los franceses cuanto de los castigos y disfavores pasados, y hombres en el ejército de aquellos que les hizo la defensa de su libertad, fugitivos que daban á Enrique, príncipe de Condé, esperanzas de ocupar la provincia y más adelante, no con otro fin que por reconocerla indefensa y desproveida, sin hacer cuenta de los avisos de tantos vasallos fieles á la majestad. Estos, pues, pocos, amenazados, tratados con ignominia, profanados y rotos sus privilegios con castigos criminales y deshonribles, resistiendo con el ánimo no más que les habian dejado en el corazon y las fuerzas flexibles, viendo tanta multitud de armas y de enemigos, se pusieron en fuga por las sendas y caminos más incógnitos de aquellas montañas.

Con la huida de estos pocos hombres, engreidos los franceses, ya les pareció que no sólo la tierra la tenian llana, empero todo el Reino; esguazaron el rio Vidasoa por cinco partes en bajamar, ordenados y confiados, sin recibir pavor de la artillería que les tiraba Fuenterrabía, matándoles alguna gente: apoderáronse de Irún haciendo su alojamiento el príncipe



de Condé en la casa de Arbelaez, correo mayor de aquella villa y paso; tomaron los puestos más principales de aquel paraje, y el dia siguiente, sin opósito y sin impedimento, tomó Oyarzun, Rentería y Lezo, desalojando á D. Diego de Isasi de dos eminencias que habia ocupado sobre Oyarzun, que miraban á la parte por donde el enemigo podia marchar con su caballería: consiguientemente ganó los Pasajes; tomaron las armas, artillería y municiones que habia para la defensa, artillería desencabalgada tendida sin órden ni concierto por los arenales, sin tren y sin poder aprovecharse de ella ni ser de servicio, como si no hubiera plazas proveidas del general ni teniente de la artillería de España, ni que llevar sueldo por ella, creyendo y siendo más verosímil que habia quien le llevase ántes que quien cuidase de su apresto. Esta providencia tenia aquella tierra y vasallos admirables en las eras pasadas por mar y tierra, terror y asombro de todo el Septentrion. Dió vista á la nobilísima villa de San Sebastian: para quitarles el paso el licenciado D. Juan Chacon, corregidor de la provincia y del Consejo de Órdenes, hizo derribar las puertas; sin embargo, el ejército enemigo, usando de su condicion y mala guerra, comenzó á destruir todo lo que fué ganado hasta allí, no respetando los pueblos, ni las imágenes, haciendo su oficio los herejes hugonotes: tomaron cuatro navíos gruesos que habia en el puerto, escapándoseles los otros cuatro que sacó á la mar D. Alonso Idiaquez; puso guarnicion el príncipe de Condé en los Pasajes, y con la mayor parte del ejército marchó sobre Fuenterrabía, y señoreado de la campaña reconoció los puestos mejores para sitiar la plaza. Don Diego de Isasi, con la poca gente que le habia quedado, retrocedió á Hernani y se fortificó en ella lo mejor que pudo, con ánimo de fundar y establecer allí plaza de armas, convocar gente y socorros, que precisados y flacos por el desánimo y disfavor de la tierra, dejó en los esguazos de Loyola y Astigárraga 500 hombres para su defensa; pasaron los franceses á desalojar á D. Diego y ocupar la villa y correr con velocidad más adelante ya cuanto les fuese posible: defendióla con in-

vencible corazon y valentía de ánimo esforzado, rechazando á los enemigos y haciéndolos volver atras con pérdida de gente, y forzándolos á contenerse en lo ganado sin pasar adelante. Ocuparon el castillo del Yiguer que llaman de San Telmo, que defiende la boca del puerto, baluarte pequeño y de ninguna consecuencia y que apénas guardaban 10 soldados y un capitan, que le desampararon arrojándose á la mar, ó caminando á salvarse á Fuenterrabía, porque el grueso de los franceses era tal, que no le podian defender, y era temeridad exponerse á no más faccion que á experimentar el cuchillo. Yo habia escrito, por mi diligencia y lo que habia podido investigar, al lado de la noticia este suceso, y viéndole salir despues la impresion más copiosa y aumentada, por un grande ingenio, dichoso por habérsele comunicado con liberalidad y dado de los papeles, cosa que me dejó con singular envidia; ahora, por no ver esta obrilla deslucida y menoscabada, en primer lugar por la autoridad y honra del caso, que fué notable, y ántes que quedar corto y con imperfeccion, rendirme á borrar y seguir aquellas pisadas, ilustraré este libro, aunque con pluma lega, del trabajo y exornacion más erudita y elegante. Si el que leyó allí no se ha cansado de verle, aquí, no obstante, no le desplacerán algunas pinceladas, que faltan en aquella historia, á que no se atrevió el autor y á que yo más me incliné para ser de algun fruto á la patria y á los Príncipes prudentes; porque aunque sea tan perfecto y tan cabal D. Juan de Palafox por lo que veíamos en su vida, y costumbres sin reprensiones, ningun historiador imprime y publica sus obras en su vida, y más si es mandado de alguna superior potestad, por mirarse y desvanecerse en esta fuente, y porque sepan que fué él quien lo gobernó, y se explaye por el mundo esta gloria, (¡vana dolencia de Validos!) aunque no el que lo ejecutó y dió la victoria al que la mereció y la dió, sino que ántes se la tomó para sí. ¡Curioso y fresco modo de tiranizar! Aquí, pues, ¿escribe la verdad? No, sino á la lisonja y á la adulacion, de miedo del poderoso. Doctrina es de Tácito, y tan antiguo este embeleco en los escritores públicos. La leccion arcana tira con claridad para



enseñanza de los venideros y á insinuar sus vicios, como tambien á ensalzar las virtudes, y otrosi el descuido, la flaqueza y la falta que tuvieron en el gobierno; que es el verdadero y más nativo modo de historiar, mostrar el ejemplo y los yerros soldarlos y huir el vajío y el escollo para no peligrar. El eminentísimo Guichardino, príncipe de los historiadores toscanos, no se desdeñó en el comienzo de sus obras, para regirlas bien y dejarlas inmortales al mundo, no faltando á la claridad y reprension de los acaecimientos de aquel tiempo, de referir los gravísimos autores de que se habia valido, y dice que se valió de Pontano, de la guerra de Nápoles; de Leonardo Aretino, de Galeazo Capeli, de la guerra de Milan, por el duque Francisco Sforcia, del autor del hecho de armas del turco; de Paulo Jóvio en su parte primera y segunda de su Historia, y en sus Varones ilustres; de Marco Antonio Savelico en su Historia de Venecia; de Paulo Emilio de la de Francia; de Pedro Bembo de las historias venecianas; del Corio de las cosas de Milan; de Nicolo Machiavelo de las cosas de Florencia; de Agustin Justiniano de los hechos de genoveses; de Guillermo Paradino y de Felipe de Comines, señor de Argenton, ambos de las cosas de Francia. Si se ha de decir la verdad en cosa tan sagrada, de creer es que no se ha de inventar, porque de otra manera seria escribir libros de caballería, y todo se tendria por apócrifo y de ninguna autoridad; pero habiendo aquí algun reparo á quien ha excusado la malicia de esta tacha, aunque haya sido el más diligente escritor de unos siglos y de otros, á los más escogidos y de las mayores clases y academias, como las de Alemania, Flandes, Francia ó Italia, España y todo lo demas que se incluye y contiene en Europa donde luce y se profesa este arte, les he oido cargar de esta falta. Sólo uno quiero traer aquí, de los más señalados y de no ménos confianza, para ejemplo de los demas, y sea por lo ménos el Franqui, que se dijo de él, en lo que escribió de la union de Portugal á Castilla, que si bien acertó en esta materia con loor notable y aclamacion de los ingenios y de las plumas, erró en lo que escribió de Flandes, y que faltó en aquella, culpándole de mentiroso; y entre los



demas calificados, el no ménos esforzado que prudente caballero, D. Cárlos Coloma, gobernador de Milan, en sus Comentarios, diciendo que se habia dejado llevar apasionadamente de la nacion, acumulando á algunos Príncipes y capitanes italianos hechos que no cometieron, defraudando de ellos y de su valor por el ódio que nos tienen á los españoles que la consiguieron. Hacen por esta parte una respuesta muy graciosa de Mancio, varon grande en letras divinas y humanas, que dió á un bachiller y estudiante que le oyó predicar y se le atrevió á decir: «Padre, todo lo que predicó vuestra paternidad el otro dia, y aquellos lugares de la Escritura, son comunes y están en esta parte y en otras muchas»; y él le respondió, por salir de la dificultad, con el natural donaire que tenia: «Ahí verá que no lo levanto de mi cabeza.» Viene á propósito del argumento, muchas veces, por la falta de papeles que no se dan á todos; si los hay en la estampa, para hacer una obra cumplida, se ha de seguir aquella senda, y muchas veces, por no faltar al rigor de los preceptos y de la letra, se han de trasladar.

Con esta confesion, si merezco ser absuelto, prosigo. Es Fuenterrabía (que en lengua de su provincia llaman Hondarvia, que quiere decir lugar sobre arena), la primera puerta de España por la parte de Septentrion, en la tierra que llamaron los romanos Bardulia y los españoles Guipúzcoa; y la provincia está fundada en una razonable eminencia, á modo de península, muy cerca del Piamontorio ó Learzo, famoso entre los geógrafos antiguos, de quien hacen señalada mencion Estrabon, Plinio y Tolomeo, en sus tablas. Mira por la parte de Levante á ménos de 2.000 pasos de Andaya, primero lugar de Francia en la Guiena, que llaman los naturales tierra de Labort: al Norte está el cabo de Yguer sobre la misma mar, á 4.000 pasos de distancia con el puerto de Astubiaga, defendido del castillo que hemos dicho con cuatro piezas de artillería, un alférez, dos artilleros y 40 soldados de guarnicion: al Occidente mira á unas montañas eminentes más de 200 pasos de distancia, y á tiro de mosquete hay un puesto de altura que no deja de ser padrastro á su defensa, en cuya salida se ve la ermita que llaman

de Nuestra Señora de Gracia; y al Mediodia mira hácia un brazo de mar que, con la crecida, cubre unos juncares desde donde no puede recibir daño la plaza. Al surgidero, fondable y bueno, llámanle los naturales la Concha por la figura que hace su circunferencia; pero la barra por donde se entra no llega en la mayor creciente á siete codos de profundidad, y su menguante apénas deja codo y medio de agua, con que se halla incapaz de poder entrar navío de gran porte: corre por la parte de Levante el rio Bidasoa, que divide á España de Francia, á pocos pasos de la plaza, de pequeña corriente; y alteradas las aguas del flujo y reflujo del Océano, que, cuando crece, inunda los arenales de la villa hasta llegar con ellos al recinto de sus mismas murallas. Ha sido celebrada esta plaza en las invasiones francesas y en varias fortunas, mostrando siempre sus vecinos igual el valor: en tiempo del rey D. Enrique, que fué el año de 1470, la combatieron con grande fuerza y la defendió volerosamente Estéban Gago, capitan de acreditada opinion, y el conde de Salinas, D. Diego Perez Sarmiento, que despues entró en ella para asegurarla: el de 1521 la ganó el rey Francisco de Francia, rindiéndola Diego de Vera, general de la artillería, soldado viejo y de opinion, en trece dias, y pareció tan breve el tiempo de la defensa, que hubo de valerle el esfuerzo con que en otras ocasiones obró este capitan para que pudiese dudarse si la perdió bien perdida. Defendiéronla mejor franceses tres años que la tuvieron en su poder á costa de mucha sangre y gente, siendo de no pequeña gloria á una y otra nacion el sustentarla, sin alzar apénas la mano en todo este tiempo de la controversia. Finalmente, la ganó el Condestable de Castilla, D. Iñigo de Velasco, el año de 24, rindiéndola á honrados pactos Monsieur de Banguisu, gobernador, con tan grande sentimiento del rey Francisco, que le mandó afrentar públicamente en Leon de Francia, despojándole de todos los honores de nobleza, rayándole las manos y el escudo y bajándole de caballero á plebeyo. Dejaron destruida la villa los franceses, asoladas y deshechas las casas, así por los naturales efectos de la guerra cuanto por



ódio particular de los vecinos, á quien siempre experimentaron y tuvieron por importunos y crudos enemigos; pues no pudiendo asegurarse de ellos en la plaza, los enviaron á Bayona los tres años que fueron señores de ella. Luégo que la cobró el Condestable, mandó el Emperador Cárlos V fortificarla, con grande costa y cuidado, reparando sus lienzos, levantando los baluartes, que fueron el de la Reina y Leine, del cubo de la Magdalena, haciendo perspectiva muy hermosa al palacio del gobernador, y murallas á la villa muy altas, de piedra de sillería, con 14 piés de grueso, fuertes y eminentes como el corazon del Príncipe que las mandó edificar, é hízose otro baluarte el año de 598 á la parte de Francia: tiene dos puertas la villa principal; de Santa María y San Nicolás, la una á Mediodia y la otra al Poniente, ambas á dos con puentes levadizos, cabos y rebellones; pero sin fortificaciones algunas fuera de donde puede fácilmente dominarlas el enemigo, ocupando algunas eminencias á tiro de mosquete, y desde allí, plantando su artillería, quitando los reparos y la defensa á la plaza. La tierra que cae al Occidente es áspera, montuosa y doblada, que da comodidad para emboscarse el enemigo y acercarse á ella con facilidad; la vecindad del pueblo de 400 hombres, todos militares, criados en la guerra de aquella frontera, con el ódio francés en el corazon y amor al servicio del Rey y su patria. Las armas están á cargo de un gobernador que pone S. M. sujeto al virey de Navarra cuando no hay capitan general señalado de la provincia, por ser el gobernador de esta plaza teniente de capitan general, que gobierna el presidio de San Sebastian y toda la demas gente militar que se tiene en los castillos de aquella costa: está guarnecida ordinariamente con 500 soldados pagados, y obligacion de la provincia de poner otros 500 en la ocasion, con los cuales y con la gente de la villa se hace bastante número para defenderla.

A la hora que el enemigo llegó á cargar la plaza, apénas tenia 700 hombres entre soldados y vecinos, por no haber podido armar ni meter los que tocaban de derecho y de



obligacion á la provincia; y la alteracion fué grande y el desórden mayor, ántes que poder tocar en emulacion antiguas ó procedencias que tienen entre sí las provincias. No estaba en el gobierno de Fuenterrabía el maestre de campo D. Cristóbal Mejía Bocanegra, su gobernador, y salió á la defensa, gobernándola en su ausencia el capitan Domingo de Giva, natural de Bilbao, soldado viejo, de valor y de buenos servicios, que visto el rayo que venia sobre todos, alentó los soldados y los vecinos á mantenerla como verdaderos españoles, á la vista de tanto númeró de franceses, siendo los nuestros tan pocos; pero fundados y animosos en la esperanza del socorro, y siendo costumbre recibida y usada en la villa correr todos cada año, á 30 de Junio, sabiendo que el enemigo molestaba la tierra y la entraba sojuzgando y los esperaban sobre sí con certidumbre de sitio, entre las mismas prevenciones marciales, pasaron adelante con ella á vista de las banderas enemigas; sin embargo, estaba la plaza bien proveida de municiones, bastimentos y artillería, pero con poca gente, echando ménos la de la provincia, porque si bien la parte de la muralla que cae á la mar estaba caida, pero el reconocer por allí tan alto aquel puesto y haberlo reparado con una estacada hacia ménos el peligro, y el enemigo no intentó nada por aquella parte. Antes que el príncipe de Condé cerrase del todo la plaza, el generoso ánimo de los nobles de la tierra hicieron encaminar á ella los que pudieron, y entraron el capitan Domingo Osorio de Guiva, natural de Bilbao, que fué gobernador de Orduña, y en esta ocasion hizo oficio de sargento mayor en Fuenterrabía; los capitanes Martin de Elizalde con 50 hombres de Tolosa, y Francisco Lopez de Ondearia con 22 de Azpeitia: el coronel D. Diego de Isasi envió cuatro cañones de batir, haciéndoles los vecinos cureñas, fabricando pasados de 400 cestones, sobre más de otras tantas pipas y toneladas que dieron de sus casas para coronar la muralla y que obrasen los artilleros con más seguridad; pero el Ministro gobernador, en presencia de D. Juan de Isasi, Ministro del Príncipe, en su cuarto, se lamentaba con impaciencia del proceder de

los vizcainos, de no haberse opuesto al tránsito de los franceses con más brío, no dejándolos entrar, y decia: «No ha habido quien desnude una espada, quien se caliente y embista al enemigo, quien saque las gentes de sus casas, los arme y los haga hacer pié contra la invasion». Como si esto pudiera ser de valor contra tanto descuido, como si ellos pudieran ó estuviera en su mano levantar un ejército tan poderoso como el que tenian delante, tan fornecido y municionado, y lo de mayor reparo que no pusieran á esta diligencia algun obstáculo por lo pasado. Y proseguia: «¿Para cuándo eran los arcabuces y los mosquetes?» Y los denostaba vergonzosamente, como lo tenia de natural, cuando se los habia quitado. Venian en el ejército francés, el duque de la Baleta, hijo del duque de Pernon, el conde de Agramonte, el márqués de la Forza, hereje, muchos señores y Príncipes de la Francia que seguian á Condé con ricas recámaras, vajillas y joyas de precio, vestidos bordados, cadenas, casacas y copotes de grana y brocado, caballos aderezados con lucidas clavazones y bordaduras de campaña, como si vinieran á la conquista de toda nuestra tierra: á la verdad, así lo decian, como cuando el rey Francisco de Francia pasó á la invasion de Italia y se puso sobre Pavía. Con este orgullo y con esta braveza alojó el príncipe de Condé en Irún, como se ha referido, sin haber arcabuz ni pica que se lo estorbase: el duque de la Baleta tomó su puesto en el contorno de la plaza, y los demas cabos conforme el órden que se les dió; y el marqués de la Forza, en la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, que ya los de Fuenterrabía, con celo verdaderamente católico, metieron en la villa y colocaron en la Iglesia mayor. Allí hacia sus predicaciones el hereje y profanaba con sus dogmas y sectas aquel sagrado lugar; cometiendo los demas franceses, hugonotes, luteranos y calvinistas las mismas maldades en las demas villas y lugares en las imágenes, aras y altares, ornamentos y vasos sagrados, con que comenzaron á ser insolentes y á prometerse la conquista de España. Era el diseño sitiar á Fuenterrabía, tomarla, pasar á San Sebastian y asirla, correr y asolar toda la tierra.



sojuzgar las villas, entrar por Navarra y apoderarse de Pamplona y su tierra, de los demas lugares circunvecinos, y no parar con la caballería hasta las puertas de Madrid. Eran muchas de estas cosas vanas y ostentativas; pero, sin embargo, de cuidado, por el sentimiento entrañable y el que se deja considerar, porque llena ya Castilla y la corte de este accidente, se estremeció, y cada uno de los vasallos pensaba que veia sobre sí el fuego, el enemigo y la espada hinchiendo de pavor y de horrura los carazones más confiados y constantes.

Habiendo, pues, como dije, con estas nuevas pasado el Rey del Retiro á Palacio, á primero de Julio, nó se oia otra cosa por las calles que sollozos y lamentos, apretar las manos y mirar al cielo, diciendo: ¿Qué influencia de astros es ésta, en tan pocos años fulminada sobre nuestras casas? Ayer, España puesta en admiracion de los extranjeros y temida de todos, y hoy hollada la honra y prez de la nacion en la mayor altura que se vió, y en los primeros dias de un gobierno hundida, y sepultada en el profundo de la miseria: el lustre puesto en el mayor parangon y ahora oscurecido y amancillado! ¿Qué descuido es éste? ¿de dónde nace tan grave calamidad? Ayer bastaba el caudal del reino para debelar los enemigos, y hoy, ni aquél ni los tributos para no hacer morir de hambre un ejército: ¿cuándo España se vió en estos trances, que no basta tolerar la guerra en las provincias extranjeras sino que ya se ve en la patria propia y en el corazon, y lo peor de todo, que parece que la queremos perder ó la aborrecen los que la gobiernan? Decian esto y otras muchas cosas más pesadas, y tocando en todo proseguian, que habian abierto el paso y allanado los montes, que ántes sirvieron de trincheras por naturaleza contra las sublevaciones de los franceses, con no más generoso fundamento que para una guerra moderada, hecha sin utilidad ni reputacion, con no más triunfo que una villeta ó dos y un puertezuelo, aprovechándose los enemigos de nuestras fatigas y de la ocasion que habian de haber tomado por suya y costándoles sudor y trabajo, y áun se les habiamos de frustrar por ser nuestro el derecho que ahora toma por suyo. Esto de haber



abierto los montes, sobre que más se debatia y murmuraba en la corte, llevaron luégo los ventores de Palacio á las orejas del Ministro, con que saltaba al cielo, bufaba y daba voces sin prudencia; y no habiendo reparado primero en discurrirlo ni refutarlo, y no dar la órden. despues de ejecutado y cuando el daño no estaba sólo en la cabeza, pero en el corazon y en las venas de todo el cuerpo, preguntaba quién habia abierto aquel paso: dijéronle que D. Francisco de Irrazábal, marqués de Valparaiso, hombre que, habiendo escapado de Flandes á uña de caballo de la ira y enojo del marqués Spínola por alguna justa causa, porque deseaba haberle á las manos, no sé por qué le hallaron ahora á propósito y con servicios para hacerle marqués ó virey de Navarra, y de utilidad para otros puestos y oficios de calidad. Llamáronle, y pidiéndole las órdenes y cartas de haber demostrado y abierto ya aquél camino desde Irún para Francia, mostró las que bastaban para enmudecer el poderoso, que fué el año de 636, para no más empresa que la de San Juan de Luz, Zocoa y otros portezuelos y dejarlos; y con esto enmudeció el gobernador y calló, porque fuera mayor falta no conocerse. Fué grande la alteracion y el conflicto de todos, y la confusion de unos Ministros y otros: todo era llamar consejos y secreterios, hacer y formar juntas eternas, no de pocos, sino de los mejores, y de muchos; convocar maestres de campo, capitanes y soldados, así forasteros como naturales. La falta de gente de Fuenterrabía hizo que el que al presente gobernaba, imitando á los antiguos griegos y romanos en el ingenio y en el valor; que las mujeres de la villa, viéndolos alterados y gallardos, ayudaran en el trabajo y la defensa á sus maridos, padres, hijos y hermanos; que llenasen de tierra los cestones y acudiesen á las otras máquinas, fatigas, cortaduras, fortificaciones, y tal vez á las armas, que manejaban con destreza y corazon, dando ejemplo á los varones de mayor robustez y áun á los flacos, y admiracion á los naturales y á las provincias circunvecinas, y no poco asombro á los franceses. Habia ya casi cinco compañías de infantería en la villa, con lo que habia ántes y la que



habia entrado con industria y con esfuerzo de los naturales. Puso la suya Domingo de Guiva en el cuerpo de guardia principal del gobernador y su Palacio, para acudir desde allí á los socorros más necesarios; la del capitan D. Juan de Beamonte, al baluarte de la Reina; la del capitan D. Juan Garcés, á la puerta de Santa María, guarneciendo todo aquel lienzo de muralla hasta el Orejon de la Reina; la compañía de D. García de Alvarado, que gobernaba por su indisposicion Estéban de Lesaca, su alférez, puso en la obra nueva hasta una plataforma que caia á las espaldas de Palacio, corriendo hasta la garita de San Andrés; al capitan D. Juan de Sein puso para que defendiese el rebellin, que está junto á la estacada; la de D. Martin de Elizalde, al baluarte de San Felipe; á Iñigo Lopez de Ondarra, al cubillo que cae desde la estacada de San Felipe al baluarte de Leina y cubo de la Magdalena; el capitan Diego de Butron, alcalde de la villa, se encargó de la defensa del lienzo que estaba derribado donde se habia hecho la estacada, por ser privilegio particular de aquella villa, estarle consignado el de mayor riesgo; y los demas vecinos asistian en el cuerpo de guardia para acudir á lo más necesario: encargósele la artillería al capitan Júan de Urbina, natural de la villa, que sirvió maravillosamente.

Avisaban al Rey por instantes del estado de la guerra, D. Diego de Isasi, y el licenciado D. Juan Chacon de la provincia, la afliccion en que se hallaban con armas sobre sí tan poderosas, los lugares de la comarca abiertos y sin defensa; y con este celo y cuidado hasta Calahorra y áun hasta Búrgos, donde habia ya alcanzado á divulgarse el designio y estrépito de los franceses: escribió el gobernador y alcaldes de Fuenterrabía, ofreciéndose á la defensa hasta la última gota de sangre y á morir en la demanda; pero invocando el socorro, porque los prósperos sucesos del enemigo al principio dieron cuidado: ofreciéronse muchos señores y caballeros para ir á esta ocasion; muchos se alistaron y levantaron infantería y caballería, y diéronles órden que no se moviesen hasta avisarlos, mas que estuviesen á punto y prevenidos para su tiempo.



Habian partido algunos sin tomarla, y los mandaron volver expresamente y que hiciesen alto en Búrgos, porque no era bien que el francés, aunque la ocasion era demasiadamente árdua, que fuese el cuchillo de la nobleza de España, cuando se prevenia lo necesario para echarlos de allí: sin embargo, excedieron algunos corriendo con velocidad el dictámen de sus obligaciones, y al estímulo que les solicitaba el corazon á parecer honrados. Con todos estos avisos, que eran muchos, vino nueva como D. Diego de Isasi, por hacer algo en ocasion tan lastimosa y precisa, para alentar la tierra y la gente, y hacer entender al enemigo que no estaba tan desierta, tan desnuda ni desarmada de fuerzas, y por mostrárselas, sacó 2.000 hombres, alistados á la defensa de la patria, que embestidos de los franceses, volvieron á los franceses la espalda dejando sólo á D. Diego, y muy al trance de ser preso. Siguió á esto que desamparaban muchos sus casas, particularmente los que vivian más cerca de los alojamientos de los enemigos; que llevaban sus mujeres, los hijos y las haciendas á los lugares más retirados; que hacian mucho de su parte los nobles, y D. Diego de Isasi cuanto podia, para armar y hacer salir la gente; pero que estaban ya amenazados de las cargas de mosquetería y arcabucería, recibidas de los enemigos en los primeros encuentros, y no habia remedio de hacerles salir. Decian eran pocos, desarmados, violados sus privilegios y castigados otros por defenderlos; que pelease quien quisiese, y señalaban la persona y que esa viniese á pelear; y envolviendo estas razones con otras palabras libres, dichas con ira, rencor y cólera, que el tiempo y el estado miserable de las cosas hacia disimular á las cabezas y no darse por entendidos. Cosa es ésta para admirar que, en tan breves dias y en no más número de años que de cuatro ó seis, una nacion tan admirada en el mundo, conocida por el valor de todos sus enemigos septentrionales, los mayores marineros y soldados que conoció la mar y la tierra, la encarecida opinion en que fueron recibidos y altamente alabados de los espíritus más náuticos y navales, la gloria de sus cabos y generales, los Zu-



biaurres, Bretendontes, Ballerillas, Baspures, Oquendos y otros innumerables temidos en Oriente y Occidente, que era cada uno y todos juntos acérrimos defensores de las costas de España, como terror de los rumbos más remotos del mar Océano, con la escuadra de las cuatro villas, asombro de herejes y mahometanos, con sólo el nombre de cántabros, temido en ambos mares....., hayan caido en tan poco tiempo de aquella opinion, y fracasado á la tempestad de un descuido y ocasionádoles á esta injuria con accidentes y materias mal cimentadas. Esta flaqueza de los vizcainos causó desconfianza, y entró la incertidumbre de no poder averiguar con puntualidad el número de la infantería y caballería del príncipe de Condé: quién la hacia del número ya referido de 18.000 hombres y 2.000 caballos, y quién de 20.000 y la caballería de 4.000, y áun más allá. Esparcia Condé tambien sus motivos y designios con la jactancia de franceses, publicando las órdenes que traia del Rey Cristianísimo, para causar más horror que esperanzas de conseguirlos: decia ó inventaba que ganasen en ocho dias á Fuenterrabía y en otros tantos á San Sebastian, y que fuesen á tomar posesion del reino de Navarra. Estas arrogancias, dichas con soberbia, si bien ahora daban cuidado, poco despues los castigó Dios poniendo las plantas en las cabezas venenosas y deformidables de la idra. Atendian á todo esto con vigilancia nuestros Ministros y los otros dos Consejos de Estado y Guerra, y áun todos los demas de Castilla y de las otras Coronas; pasaron á la galería del cierzo de Palacio la secretaría de guerra de D. Fernando Ruiz de Contreras, con asistencia perpétua de D. Pedro Pacheco, marqués de Castrofuerte, para estar más cerca del cuarto del mayor Ministro y para acudir con más prontitud y brevedad al socorro y despacho de los órdenes; y los correos eran continuos los que iban y venian, y la vigilancia sin encarecimiento. Reclamóse á la gente de las milicias de Castilla y Navarra que acudiesen á la frontera; y echóse bando en toda España, que todos los que hubiesen llevado sueldo del Rey partiesen á la provincia de Guipúzcoa, pena de la vida, dando á cada uno que mostraba



la razon y cédulas del sueldo que tiraba, dos pagas. Encargóse esta diligencia á D. García de Haro, conde de Castrillo, del Consejo de Estado y Cámara, presidente de las Indias; títulos de la fortuna y del tiempo, porque no resplandecian en otros aunque fuesen de mayor esfera, partes y virtudes, sino en aquellos. Calificaban esto, reconocian y aprobaban estos sueldos, el marqués de Castrofuerte y el de Valparaiso, del Consejo de Guerra, y tambien para que enviasen la gente á la provincia, y que el alcalde Mendizábal les diese carruaje para la jornada. Dicen que de los primeros que registraron fué nuestro Senado, como capitan general de la caballería de España, pidiendo licencia al Rey para encerrarse en Fuenterrabía, escribiendo para esto papel al conde de Castrillo é inventando consulta entre los dos compadres, obligando á que respondiese S. M. lo que prudentemente debia responder á sujeto tan conocido. Bagatela y hazañería bien excusada; pero las cosas estaban en estado que no bastaban ambas tramoyas para tapar el descuido, pues habiendo tantos meses ántes que se armaba un ejército poderoso en la frontera de Vizcaya y de Navarra, no prevenia la defensa y opósito; porque el lugar que se ocupa, no ha de ser sólo para usar de la potestad y el mando, de las delicias, de las glorias y de las mercedes, sino de los cuidados y las fatigas, de la conservacion del Estado, y tomar lo dulce con lo ágrio: que de esta manera, por especial influencia de la naturaleza, se doma el brio del leon, y éste es el verdadero celo de que se ha de blasonar. Fueron muchos capitanes y soldados los que se aprestaron para la jornada y cumplieron con felicidad, digo fidelidad, su obligacion y la órden expresa del Rey; los cuales dicen que llegaron á 500, y entre ellos generales y almirantes de flotas, sargentos mayores y otros de esta calidad: muchos fueron á su costa, hidalgos, nobles y caballeros, y llevaron compañías; y de los pagados, los más de ellos tomaron diferentes derrotas sin ver la cara del enemigo. Diéron órden al Almirante para que, llegados á Vizcaya, los ocupase en puestos competentes á su calidad y servicios, sin controversia ni disension, ántes disponiéndolos á la importancia del



hecho, y que los títulos y señores no los admitiese sin asentar plaza, excusando toda la confusion y embarazo que la multitud de aventureros suele causar. Entre estas prevenciones, nombraron gobernador para la plaza, como si ántes no hubiese entrado en ella D. Cristóbal Mejía Bocanegra: el electo fué el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea, hombre valiente, y en materia de ingenios y fortificaciones maravilloso, diestro y experimentado; si bien perdió las islas de Santo Honorato y la Margarita, sitas en el Mediterráneo, en el golfo de Leon, de Francia. Partió con diligencia á lo que se le habia mandado, llegó y metióse en la plaza á la vista de los franceses, y comenzó á tratar de su defensa, fortificaciones, artificios y otras máquinas; á disponer la gente que habia dentro, no sin sentimiento de Domingo de Guia, cuya emulacion no bastó para apretarle de acudir á sus reparos, riesgos y á cuanto le pudo tocar de su conservacion como el más ínfimo y ordinario soldado. Enviaron al maestre de campo, Cárlos Guasco, capitan muy escogido en valor y grandeza de ánimo, y mandaron al general D. Lope de Hoces, que con toda brevedad, como se lo habian ordenado, saliese con los navíos que tenia en la Coruña, quizá con pocas municiones y bastimentos, y que trajese los holandeses que estaban á su cargo, y tomase puerto en alguno de los más convenientes de la Provincia y los metiese en Fuenterrabía; esto, á tiempo que la armada francesa, que el año pasado habia salido de la Rochela y de los otros puertos de la Bretaña, debajo de la conducta del arzobispo de Burdeos, para infestar las costas de Italia y resarcirnos de algunos puestos, habia salido de Marsella y de Tolon, corrido el Golfo, el principado de Cataluña, que en las cartas se intitulaba el mar de España segun geógrafos y marineros, el reino de Valencia, Cartagena de Levante, embocado el estrecho Gaditano, doblado el Cabo de San Vicente, el de Finisterre, y dado vista á San Sebastian para asistir por mar al ejército de tierra, asistir y pelear con nuestras armadas y embarazar los socorros; y otrosí á la conquista de la Provincia y á la empresa de Fuenterrabía con otros navíos que ya estaban aprestados de

Francia y Holanda, así de pelea como de fuego, para juntarse con ellos un bajel de 1.000 toneladas, fábrica del genio del cardenal de Richelieu, en que fundaba la esperanza de muchas victorias navales, y de embestir con otro de los demas, por fuertes y artillados, de cualquiera poderosa armada. Estaban ahora allí las costas, como casi todas las de España que inunda el mar Océano, desapercibidas de navíos, porque el duque de Maqueda y Nágera y el general D. Antonio de Oquendo, que gobernaban la armada real del mar Océano, estaban surtos en Menorca en el puerto de Mahon, á la defensa de aquellas islas y de las demas, en contraposicion de la francesa, sin hacer nada; ni con una grande junta de galeras que se empezó á hacer para conseguir algunos honrosos progresos contra los enemigos, tuvo otro más glorioso fin que calmar en Rozas: de suerte que eran prontas las fatigas, pero no las verdaderas resoluciones y empresas, ántes fatales y sin fortuna para la espectacion.

Marchó la gente que habia en Perpiñan á los ataques de Tortosa, para desde allí encaminarla á Fuenterrabía, y la pólvora que estaba destinada para los intentos de aquel Principado, retrocedió á la provincia de Vizcaya. Solicitó el Consejo de Cámara de Castilla á las ciudades para que hiciesen levas, concediéndoles facultades á los que propusiesen efectos para sacar dineros, nombrando Ministros para sus expedientes y para reconocerlos, y á los señores que se ofreciesen á la jornada, no obstante las órdenes dadas ántes y referidas; y demás de esto, que dispusiese la corona de Aragon, así en Valencia como en Cataluña, no embarcasen las sacas de trigo para el abasto y provision del ejército, nombrando por proveedor general al licenciado D. Fernando Marichalar, del Consejo de Navarra. Avisaba el marqués de los Velez, que aunque el enemigo habia hecho su entrada por la Cantábria, Monsieur de Samper con un grueso grande del ejército no apartaba los pensamientos de las fronteras de Navarra, ni acababa de desarrimarse de ella; temiendo por esta causa de diversion é invasion, por hallarse el reino continuamente amenazado,

haciendo reparo en que no era bien desampararle ni sacarle la gente que tenia para Vizcaya. Dábase prisa al Almirante que partiese, cuya dilacion era no tener con qué salir ni querérselo dar; señalándole para socorro tan importante, y habiendo reparo en todo, no se hacia en esto, como si no fuera de importancia que la cabeza marchase bien proveida y con lustre para el agasajo de los señores, títulos y caballeros, cabos y capitanes que siempre asisten y se alimentan á su sombra y á su mesa. Entretanto que el Almirante partia, se mandó á D. Diego de Isasi, que los soldados viejos que se habian enviado de la corte, se incorporasen en las compañías de la Provincia y los mezclase con los bisoños, para que el ejemplo los hiciese más alentados: á D. Alonso Idiaquez que con los navíos que habia sacado del Pasaje y con las demas embarcaciones que se hallasen en los otros puertos, procurase inquietar á los franceses y meter alguna gente, entretanto que llegaba D. Lope de Hoces y se podia hacer con más brío y calor, supuesto que D. Diego de Isasi habia hecho plaza de armas en Hernani; advirtiéndole que se fortificase en ella, y que con la gente de la Provincia molestase con proligidad á los franceses, hasta que se formase el ejército tal que los pudiesen embestir y llegasen las cabezas que le habian de mandar. Escribióse á D. Sebastian Granero, teniente general de la artillería que se hallaba en Navarra, pasase á la Provincia á asistir á D. Diego de Isasi. Marchaba, pues, á esta hora el maestre de campo general Jerónimo Ros, de Cataluña, la vuelta de Vizcaya, con 1.500 infantes de la coronelía del Duque, el regimiento del marqués de la Inojosa, 1.400 hombres de la armada y 300 napolitanos del tercio del maestre de campo Moles, con cuatro compañías de caballos, gente muy escogida y de valor, con órden expresa que caminasen á toda diligencia y á tiempo que pudiesen juntarse con las demas gentes que se iban levantando y conduciendo para socorrer la plaza á viva fuerza. Prevínose al conde de Santa Coloma, gobernador y capitan general del principado de Cataluña, conmoviese á las Universidades para que acudiesen con el mayor número de infantería que fuese



posible, para juntarla con la que habia quedado de la coronelía del Conde-duque, para mayor seguridad de sus fronteras. A D. Antonio de Oquendo, que dejase el puerto de Mahon y los navíos que tenia fletados á sueldo con los cinco de la escuadra de Nápoles (número, al parecer, que bastaria á defender las costas de Italia), y partiese con los bajeles restantes la vuelta del mar Océano hasta las riberas de la provincia de Cantábria, y tomase de paso 300 soldados de la costa del reino de Granada, y los demas que se hallasen en Cartagena, el tren de la artillería y los que habia en Cádiz del tercio de D. Gaspar de Carvajal. Fortificóse á Santander, principal puerto en aquella costa, y tambien se resolvió que navegasen fragatas de Dunquerque para disponer los socorros por la Concha de Fuenterrabía, hallándolos de mejor calidad para este intento, que galeras: fortificáronse las armerías de Plasencia y Guipúzcoa, y los caminos de la Provincia por donde podia tentar más progresos el enemigo; y dióse aviso que en juntándose gente y trozo considerable, se recogiesen á los Pasajes, por quitar, como convenia, aquel puerto á los franceses. Nombraron por gobernador de la caballería que se habia de juntar en el ejército que ya se iba formando en Vizcaya, á D. Pedro Dávila, hermano del marqués de las Navas, acabándose él y todos sus hermanos de achaques y de enfermedades, recayendo el Estado en hembra. Hizose provision de 100.000 hanegas de trigo y 30.000 de cebada para el ejército. No perdiera tiempo el príncipe de Condé, si fuera más afortunado en los aprestos de su empresa, y en reconocer y aprovecharse de los puestos más á propósito sobre Fuenterrabía: mejoróse en buena parte de su ejército, hasta la colina de Nuestra Señora de Guadalupe, y puso tres regimientos escogidos de soldados veteranos entre la roca y la misma colina, y abrió trincheras y guarneciólas de gente y artillería, en que corrió fama á esta hora, más bien corregida, que llegaba su gente á 14.000 hombres infantes y 1.500 caballos. Puso en la Concha 12 navíos, en tanto que hacia mayores efectos la armada del arzobispo de Burdeos y los demas que se armaban en los puertos de Francia, para



oponerse á la nuestra, que forzosamente se habia de prevenir, como ya se avisaba; y con esto y con ser señor del castillo del Yguer, juzgaba tener del todo cerrada la plaza, si bien por el mar áun no lo estaba del todo; y así se daban prisa de una parte y otra á formar armadas: nosotros para meter socorro, que se podia hacer con embarcaciones ligeras, y ellos para estorbarle. Plantó las baterías contra la plaza con buena y gruesa artillería, de suerte que en el discurso del sitio, llegó á batir por seis partes: defendíanse los de Fuenterrabía valerosamente, ayudándose de cuanto podian hallar dentro; y viendo ya que el enemigo iba abriendo ramales y trincheras para irse acercando al foso, determinaron de terraplenar la puerta de Santa María. Pedia el gobernador socorro á D. Diego de Isasi: envió una chalupa á San Sebastian á lo mismo, que salió de entre los bajeles de los enemigos, y con industria, en mar creciente: socorrióle el Isasi con 160 hombres de Tolosa y Azpeitia, que llevó á su cargo el alférez D. Miguel de Ubilla; y viendo que el enemigo se iba acercando con diligencia y llevaba sus trincheras al cubo de la Magdalena, y que estaba cerca del foso, determinaron los de adentro hacer alguna salida aunque se hallaban faltos de gente: sin embargo, salió el sargento Chacon, que lo era de la compañía de D. Juan de Beamonte, con 40 hombres, embistió con las trincheras del enemigo y le degolló 20 soldados, y entre ellos al ingeniero que los gobernaba, volviendo los nuestros cargados de capotes, espadas y otros despojos de los franceses; cosa que alegró á los de la plaza.

A 11 de Julio resolvieron hacer otra salida por la tarde, señalando para ella á D. Juan de Beamonte. Salió con 150 hombres y embistió á los franceses entre trincheras; defendieron con valor lo que les tocaba, no obstante, el cabo de escuadra Mosquera, mató tres de un escopetazo y pudiérase hacer algun estrago en ellos si nuestros soldados siguieran el ardor y denuedo de los cabos. No tenian los sitiados puerta de surtida encubierta, porque al tiempo de salir eran avisados los franceses de los de Andaya, lugar de Francia puesto en la



otra ribera; de suerte que siendo todo ardides la guerra y muy necesario valerse de ellos, no los podian coger descuidados, ántes con las armas en las manos y con ventaja tan superior, que hubieron de suspender las salidas por entónces. Batia el enemigo con porfia y teson la muralla; demolió todos los reparos, derribando todos los parapetos; pero los de adentro, con su vigilancia y asistencia continua, con la artillería les iban retardando los artificios y ejecuciones.

A 13 de Julio, como dejamos expresado, entró en la plaza el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea, del hábito de Montesa, natural de Mallorca, con embarcaciones pequeñas, sin poderlo estorbar el enemigo, y con 150 soldados viejos y de valor con sus capitanes, D. Oliverio Jaralin, D. Daniel Ochon y D. David; y al ayudante D. Pedro Jaralin, siguiéronle cuatro españoles reformados, soldados de corazon, de experiencia y de provecho para la defensa de la plaza, que fueron el capitan D. Jerónimo de Ibaja, el ayudante D. Agustin de Valencia, los alféreces Juan de Roa y Alonso de Vergara: no le pareció bien á esta hora que el francés se llegase tanto con las galeras, las minas y las brechas, que ya se daban á sentir la falta de socorro; fué ordenando con mucho calor las fortificaciones de adentro, ya que no se habian podido hacer algunas fuera, por la presteza de la llegada del enemigo y las pocas fuerzas y pertréchos de la Provincia; y por las demas cosas referidas, contra providencia en cosa tan importante, dió el Rey el hábito de Santiago á Domingo de Guia; y el Egea hizo abrir algunas cortaduras y retiradas para que en cualquier lance tuviesen donde repararse y defenderse, y hacer más largo el sitio y dar tiempo al socorro. Iban ya los franceses desembocando el foso, y reconociendo D. Miguel de Egea que se le arrimarian á la muralla, para enfrenar y detener el curso de sus progresos, resolvió hacer una salida para echarlos de los puestos adonde se habian avanzado. Escogió 400 hombres de entre los soldados y vecinos que tenia la plaza, y á 14 de Julio, al amanecer, embistió á los franceses que estaban sobre sus trincheras, y trabándose unos con otros

osadamente, degolló razonable número, con pérdida de 12 de los nuestros y 10 heridos. Retiróse, caminando los enemigos á usar contra la plaza de la ira calamitosa de las bombas, arrojando y metiendo cada dia dentro 12, 14 y 16, con ruina de la mayor parte de las casas, porque las abrasaban y las iban talando hasta los cimientos sin poderlo remediar, afligiendo á los vecinos y soldados. No teniéndose por seguros en ninguna parte, recogiéronse á la iglesia mayor, al hospital y á los lugares más fuertes y defensibles de la villa, y áun allí no les era concedido el reparo, ni en los edificios más inexpugnables, bastantes á resistir violencia tan infernal: pasaron al suelo más bajo del hospital los enfermos, donde hallaron defensa, por particular providencia del cielo: desde 15 hasta 21 de Julio batió fuertísimamente el francés la plaza, y aterró casi todos los reparos y casas de la villa, de suerte que con dificultad podian manejar los mosquetes por lo descubiertos que se hallaban, por las continuas llúvias de las balas enemigas que venian sobre ellos y á las baterías de afuera, y expuestos á la ira continua de las bombas; pero siempre con el mismo intrépido y constante valor en todos trances, que los enemigos, digo peligros, reparando de noche lo que les deshacian de dia con los cañones de batir: abrasábalos el gobernador con las guirnaldas que halló en la plaza, con que los pudo fatigar por espacio de media hora, con que entretenia á los franceses y los imposibilitaba para no pasar ni correr con sus designios tan adelante como ellos quisieran para poner á Fuenterrabía en el último estrecho de desesperacion: quiso saber el estado que tenia el trincheron del fuerte de la Reina, y aunque envió para ello al alférez Diego Sanchez con algunos soldados, no lo consiguió: encargó una salida al alférez Juan de Roa, que surtió con poco efecto, aunque dió noticia de su valor á los enemigos, habiendo recibido algun daño de una llúvia de los ingenios y máquinas que llevan á la plaza y quiso clavar dos piezas de artillería que estaban plantadas. Encargó la faccion á D. David Barri, irlandés, y al ayudante D. Pedro Jaralin, de la misma nacion, y fué de impedimento el en-



cenderse dentro de la plaza cuatro barriles de pólvora que maltrataron á algunos soldados: fabricó una espalda el gobernador sobre la pared que cierra el cubo de la Magdalena, creyendo que por allí penetraria el enemigo ó dañaria cuanto pudiese por ir ya desembocando al foso; plantó un medio cañon sobre una plancha de madera con que deshizo toda la galería que tenia formada para arrimarse al muro, matándole algunos franceses; sin embargo, la noche del 26 arrimaron cantidad de madera á la muralla en el ángulo que forma afuera la cortina del cubo de la Magdalena, y pusieron dos ó tres debajo de ella que la comenzaron á picar, cuyo ruido, sentido de las centinelas de adentro y avisando á las cabezas, acudieron á la muralla, arrojáronles piedras grandes, bombas y granadas y agua hirviendo para que cesase la obra; no obstante, no los pudieron desalojar, aunque se les hizo gran daño con el medio cañon que habia puesto en la casamata, tirando bala y palanqueta, alumbrando el foso con guirnaldas para obrar con más acierto; con que los rompieron las maderas, matando los que picaban la muralla; y así los demas cedieron del intento: mataron al ingeniero Juan de Enciendo, que habia trabajado con diligencia en la defensa de la plaza. Plantó el enemigo una batería enfrente de la cortina que junta los cestones y la Magdalena, batiéndola con tres piezas furiosamente, y arrimó por la parte de la mar un artificio de madera desde donde pudiese picar la muralla con ingenio de hacer brecha por aquella parte: rechazóle valerosamente el alcalde Diego Butron con los vecinos de la villa, cuyo puesto estaba á su cargo, obligándole volver á retirarse á sus trincheras y fortificaciones.

A esta hora resolvió D. Diego de Isasi recobrar los Pasajes y Rentería, enviándole órden muy apretada para hacerlo. Hallábase con 700 vizcainos y 400 alaveses, 1.500 irlandeses y cerca de 400 hombres reformados, que se habian enviado de la corte, toda gente escogida; confirióIo ántes con los cabos de mayor experiencia y reputacion en la milicia, y resuelto de embestir el puerto del Pasaje, eligió el sargento

mayor D. Pedro Velez de Medrano, para que con 1.000 hombres, los mejores de aquel trozo, repartidos por cuatro partes, por la de la montaña cerrase por las tres, y con el otro por la calle principal del Pasaje; y que D. Miguel de Berreye, con otros 1.000 soldados pasase por la parte de Astigarraga á oponerse entre Rentería y el Pasaje, y estorbase el socorro, y que la gente de Oyarzun é Irun tocasen arma dando calor al intento. Habiéndose efectuado esto al amanecer de aquel dia, siendo al principio la resolucion de nuestra gente gallarda, que obligó á los franceses á hacer algun movimiento de cobardía, dejando algunos muertos á la parte de la torre: reformados de gente, volvieron á recobrarse de manera que, habiendo peleado por largo espacio con teson y denuedo por ambas partes, últimamente se hallaron constreñidos los nuestros á retirarse, sin embargo de haberse señalado mucha de la gente noble, cabos y capitanes. Procuró el general Feijóo socorrer la villa de gente por la mar, y no tuvo efecto por no haberle sido favorable el viento: llegó el Almirante por sus jornadas á Tolosa, acompañado de muchas personas ilustres, amigos y deudos; informóse del estado de Fuenterrabía y de la gente de guerra que habia en la Provincia: fué visitado de D. Diego de Isasi y de toda la nobleza de la tierra, de quien recibió los avisos más prontos y verosímiles que estaban en la memoria de los más cuidadosos y diligentes de la tierra; refiriéronle la libertad de los franceses, sus iniquidades, desacatos y abominaciones con la gente, sacerdotes, iglesias y conventos, más feas y execrables que las cometidas en Flandes y en Italia; la forma del asedio y conflicto de Fuenterrabía; las balas que cada dia le tiraban, las bombas de fuego que demolian y abrasaban las casas, las defensas y retiradas que habia hecho Domingo de Guia, las salidas, ingenios y otras máquinas de estacadas, espaldas de D. Miguel de Ejea; la ira y teson de los enemigos en expugnar la plaza, los artificios que se encaminaban contra ella. Púsole delante D. Diego de Isasi la poca milicia que allí habia, rota dos veces, aunque habian escrito al Rey y al Consejo de Estado estaban arresta-

dos, y por memoria sus 1.000 infantes, que tomarian armas; pero esto era falso, que no habia si no es muy poca gente, y esa bisoña y amedrentada del demasiado poder del francés, y con desconfianza en las cabezas para aventurarlos. Enterado el Almirante del estado de las cosas y conflicto de la provincia, puso el hombro en la defensa, y el cuidado en hacer levantar de Fuenterrabía al enemigo, y envió á D. Miguel de Ubilla, y á los capitanes D. Martin de Sepúlveda y Adrian Pulido á que procurasen entrar en la plaza: escribió al gobernador y á los más principales que estaban en ella, así capitanes como soldados, en que se les daba cuenta de su venida, y advertia como se iba juntando un ejército poderoso, formidable y de reputacion para socorrerlos; que estuviesen de buen ánimo y muy ciertos del efecto y de la ejecucion. Entraron los capitanes en Fuenterrabía, alentaron y pusieron en gran confianza las cosas, cohortaron á los soldados y á los vecinos de la villa: ántes que se afirmase en Hernani, fué avisado del Rey, que no se descuidaba en el desempeño de esta causa, cuánto importaba el abreviar con el socorro de Fuenterrabía y el formar desde luégo el ejército de la gente que estuviese y fuese llegando, que diese prisa á las milicias que el licenciado D. Diego de Riaño llevó órden de levantar; que la parte principal, por donde habia de ser socorrida la plaza, era por la mar, que reformase los bajeles que hallase, de manera que osasen pelar con los del enemigo, á tiempo que con embarciones menores intentase el socorro; que fuese tomando puestos para divertir é inquietar al francés é irle estrechando é incomodándole en los víveres, y cobrando todo lo demas que le enseñese la ocasion y el buen juicio; haciendo entrada, si le pareciese, continuamente el marqués de los Velez por Navarra, para que la diversion fuese retardando los progresos del enemigo y la ejecucion del sitio; que procurase tomar particulares noticias de los regimientos, de cuánta gente se componia su ejército y si se deshacia ó aguardaba socorro, y todo lo demas que conviniese y pudiese; remitiéndolo todo á su gran celo, prudencia y consejo. Eran estos avisos muy buenos si hubiera



bajeles y gente para emprender el socorro, porque apénas habia lo suficiente para resguardar los pasos de Castilla. Para descender el Almirante á negocio de tan gran cuidado como estaba á su cargo, y dar luz á sus empresas, llamó á Consejo á D. Diego de Isasi, que lo era del de Guerra; al marqués de Mortara; al teniente de maestre de campo general, D. Antonio Gandolfo, y á los maestres de campo Sebastian Granero, teniente general de la artillería; á D. Cristóbal Mejía Bocanegra, que gobernaba á San Sebastian, y al licenciado D. Juan Chacon. Refirióles las órdenes que tenia del Rey y lo que importaba el socorro de la plaza, pendiendo de ella, no sólo la vida de la Provincia pero la del reino, y otras razones y congruencias esenciales á la materia que tenian delante de sí; la calidad y fuerzas del ejército francés; las que se tenian y esperaban de nuestra parte; el estado en que se hallaba Fuenterrabía; los avisos del gobernador; y propuestas estas y otras particularidades, pidió á todos su parecer para resolver en lo más conveniente. Todos le dieron en que, habiendo tan poca gente y no habiendo llegado la de Cataluña y que no llegaria tan presto, en quien se fundaban los nervios más principales del ejército que se pensaba formar, los socorros de Aragon y Valencia ni los que estaban á la defensa del reino de Navarra, que habia de enviar el marqués de los Velez, de que tenia órden del Rey sentase el socorro por mar. Con este acuerdo dió órden el Almirante á D. Alonso Idiaquez, que con algunas piraguas y barcos de corso, bien guarnecidos de gente y bastecidos de víveres, haciéndole escolta D. Francisco Mejía con siete bajeles que ya estaban aprestados de gruesa artillería y municiones, fuese por mar á socorrer la plaza; abriéndole camino D. Francisco Mejía, peleando con los navíos del enemigo que estaban en la canal de Fuenterrabía. Al tiempo que iba á ejercitar esta faccion, no con pocas esperanzas del efecto y de conseguirlo, cuando ya iban á salir se dejó ver la armada francesa, navegando sobre los Pasajes, acaudillada del general Arzobispo; enviaron á reconocerla al capitan Baltasar de Torres, y ajustó que constaba su número de 37 bajeles, todos de gran



porte, que juntos con los que estaban en Fuenterrabía, hacian una armada muy gruesa. Sin embargo, persistió el Almirante en que D. Alonso Idiaquez intentase el socorro en las piraguas, discurriendo que por ser los bajeles de gran porte y no poder llegarse, y las piraguas pescar poca agua y no poder ser seguidas de los mayores, se conseguiria el fin. Partió D. Alonso, y amaneciéndole ántes de llegar al canal, y faltándole la marea, y siendo descubierto de la armada enemiga que se ponia en arma, echando fuera todas sus embarcaciones pequeñas armadas y puestas á punto; hubo de virar D. Alonso, y volverse á San Sebastian. Viendo el Almirante que no se habia podido efectuar el socorro, y que D. Miguel Egea le habia significado que no tenia gente ni balas, que le socorriese con toda brevedad por el riesgo que corria la plaza, llamó á D. Miguel de Ubilla y le preguntó si se atreveria á introducir el socorro por la parte por donde habia entrado ántes y salido tantas veces: ofrecióse á hacerlo de buen corazon, y diéronle 300 hombres escogidos del presidio de San Sebastian, parte vizcainos y parte irlandeses, estos con mochilas y en ellas balas de mosquete y de arcabuz: fueron caminando por sendas incógnitas y por las trochas de ménos noticia de la tierra, expuestos al peligro y al riesgo, y cuando ya parecia que iban venciendo la dificultad, siguiéndose unos á otros al amparo y tinieblas de la noche, por ado ó destino fatal, si ya no fué por traicion, se disparó un mosquete de los nuestros que los puso á todos en turbacion, y creyendo que ya eran sentidos y que tenian al enemigo sobre sí, no fué posible hacerlos pasar adelante por más que los animaban los capitanes: sin embargo, entraron 75 soldados, y entre ellos, los capitanes D. Iñigo de Salazar, Don Francisco de Heredia, el alférez D. Francisco de Molina, el ayudante Antonio de las Heras, el alférez Vergara, el teniente Don José Lozano, el alférez Vidaurre, el capitan Nicolás de Arancon, el capitan D. Terencio Galfier, caballero irlandés; y es cosa muy de ponderar que, á 5 de Agosto, en la noche, una hora ántes que se intentase el socorro, dijeron los franceses desde las trincheras á los cercados que se hallaban en las mu-



rallas: «Mañana os entrará vuestro socorro, pero nosotros los degollaremos.» Indicio bien claro de los avisos que tenian de los extranjeros que andaban con nuestra gente, porque de los naturales no podia ser no teniendo nosotros ninguno del suyo. Hallábanse los cercados de dia y de noche en continua fatiga con la vecindad del enemigo dentro del foso, haciendo incansables baterías con la artillería por tres ó cuatro partes de la muralla, formando galerías para hacer las minas, y el ejército siempre superior á nuestras fuerzas; su armada naval dominando en todas aquellas costas, esperando más navíos suyos y del coligado hereje para hacerse más poderoso, porque nuestros ministros, viendo embarazado su paso donde se pensó socorrer, y la plaza cerrada en toma de gente, trincheras, reductos y otras fortificaciones, se dispusieron, aunque tarde, á formar armada sin tener bajeles, aunque venia navegando el duque de Navarra y D. Antonio de Oquendo del mar Mediterráneo á Cádiz y tenian destinado á D. Lope de Hoces para que, dándole los navíos que se pudiese, tomados en Santander, la Coruña y Lisboa, fuese á pelear con el arzobispo de Burdeos. Si bien necesitados los de Fuenterrabía de mayor y de más próspero socorro para conservarse en el sitio y salir de él, todavía se alegraron mucho con el que les entró, por ser toda gente de calidad y honra; y otrosí, leyendo la carta que recibieron del Rey y del Almirante, en que les certificaba seria con brevedad el socorro, de todas maneras grande para echar los franceses de toda la tierra, la constancia del gobernador, capitanes y soldados, reforzó el ánimo de los de la villa, hasta de las mujeres y los muchachos, reducidos todos á la defensa. La carta decia:

«Consejo, justicia y regimiento, caballeros é hijodalgos de la muy noble y muy leal villa de Fuenterrabía: el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea, me ha mandado cuenta del amor y fineza con que procedeis para que los intentos del enemigo no sean de ningun efecto, mostrando vuestra mucha fidelidad, y esto es en mí de tal estimacion, que he querido advertiros que en ello recibo grato servicio, y en todas las



ocasiones le reconoceré, y no sólo asistiré á manteneros como lo merecen tan buenos vasallos, y á socorreros como se procura por todos los medios posibles; pero demás de satisfaceros los gastos que hiciéreis con la guarnicion de la plaza, y los daños que el enemigo os causare en vuestras casas, de que os doy mi palabra Real, os haré muy particulares mercedes, como es justo las reciba quien tan singularmente obra en lo que tanto importa.»

Fué formando el Almirante su ejército de la gente del batallon de Castilla y de los 3.000 guipuzcuanos que dió la provincia, en que intervinieron sus diputados D. Pedro Ipeñarrieta, de la órden de Calatrava y caballerizo de la Reina, y D. Pedro Idiaquez, de la órden de Santiago, caballero de mucho valor y osadía para emprender cosas árduas: hicieron cuatro tercios que se dieron á los maestres de campo Granero, Bocanera, Mejía y Mortara, que por órden del Rey, en los trances de guerra y acometimientos, habia de llevar la vanguardia, y á su cargo y manejo la coronelía del Conde-duque; y en llegando, repartiéronse las compañías á capitanes de esperanzas y de valor, que en otras ocasiones habian ocupado mayores puestos y los recibian por servir en ocasion de tanta necesidad y de riesgo. Con estos cuatro tercios y los dos de irlandeses, y con el de la provincia de Alava, resolvió el Almirante salir en campaña; sin embargo, era poca gente, y la más colecticia. Dejó en San Sebastian aprestados los 8 bajeles de Don Francisco Mejía, guarnecidos del tercio de Vicerria; otros 100 soldados del presidio y otros 100 del batallon de Castilla, con la pólvora que envió D. Lope de Hoces, y los marineros que le pidieron para el gobierno de aquellos navíos: poca armada para la que teniamos á la vista, que no les dejaba obrar, batiendo de noche y de dia á San Sebastian. En Navarra, el marqués de los Velez, además de atender por todas partes á la defensa del reino, enviaba socorro al ejército Provinciano, aunque siempre amenazado por las fronteras de los franceses, insidiosos de molestar ambas provincias, áun teniendo sitiada á Fuenterrabía, porque los enemigos siempre tuvieron gruesas

tropas en los pasos de Navarra y sus confines, con intencion de apoderarse de algunos de ellos para meterle infantería y caballería dentro, y fomentar la invasion en todas partes, embarazando las armas católicas y españolas para diversos y particulares fines. A esta hora, que se contaban 16 de Julio, se calaron por la tierra 6.000 infantes franceses y 500 caballos: embistieron con Vera y la quemaron; pero los vecinos, mirando ántes por la honra del reino que por sus casas, los rechazaron, degollándoles parte de su retaguardia, quitándoles las municiones que llevaban, sin pérdida de sangre ni de ningun hombre. Avisó de esto el Marqués al Rey, alabando á los de Vera, pidiendo que los galardonase y que por no haberles quedado con qué sustentarse ni cubrirse los habia recibido al sueldo.

Echados los franceses de Navarra, se ofreció el marqués de los Velez de servir una pica en Fuenterrabía; fué agradecida la oferta y mandáronle que tuviese prevenida su gente para juntarla con la del Almirante para hacer el socorro cuando fuese avisado; pero, entretanto, esperando en la corte nuevas del sitio y del estado de la guerra, cuando no lo veian todo acabado, no estaban sabrosos ni contentos; quisieran que el Almirante con la gente que le prometian hiciera grandes cosas, acometiera ciegamente, como si se la hubieran dado efectiva, á los franceses á desalojarlos, y á otros intentos sin juicio; mas él, portándose cuerdamente, hizo un trincheron de aquella gente y la puso en los pasos más convenientes para defender lo demas de la tierra, y que los franceses no entrasen en pensamientos de extender ni de pasar adelante miéntras venia y llegaba el socorro, para cerrar con ellos y hacerlos dejar los puestos y descercar á Fuenterrabía, como lo pedia el estado de las cosas y el número considerable de enemigos. Ellos, por consiguiente, habian presupuesto de no desasirse de ella, creyendo (y no andaban fuera de camino) que en su expugnacion y presa consistia el señorear la tierra, la Navarra y las otras provincias de Castilla; pero porque lo digamos todo, á esta hora, cuánto habia ocasionado el descuido de nuestros



maestres, todo lo lograba el cuidado; el desvelo era notable y la fatiga en acudir y proveer, así en soldados, armas, municiones y otras cosas, cuanto en el Consejo: causaba congoja, y no era fuera del sentir de los de mayor prudencia, ver que si se perdia Fuenterrabía se arraigaba una guerra en España que habia de ser prolija y pesada, y que no sólo habia de costar grandes tesoros, pero que habia de haber mucha efusion de sangre; y que el echar de allí á los franceses, una vez fortificados en la tierra, habia de ser tarde, acordándose cuánto tiempo la tuvieron en las eras pasadas, cuán adentro estuvieron de los pueblos vecinos, y ni más ni ménos que habia de ser de cuidado para las otras plazas de armas de Flandes y de Italia, y que se habia precisamente de faltar á ellas para acudir á la que se comenzaba á fundar dentro y en la circunferencia de España por la astucia y artes del cardenal de Richelieu, que deseaba hundir y tragárselo todo; y era fuerza que caducasen, y áun que se perdiesen, por no poder acudir á todo, no faltándole nervios ni inteligencias en la Liga de los herejes para tentar y arrastrar á mayores designios y pensamientos, y presumir diferentes y distintas novedades. Todavía se quejaba el mayor Ministro con D. Juan de Isasi del proceder de los vizcainos, cuando no veia echados á los enemigos, y repetia el no haber á los principios quien desenvainase una espada, habiéndoselas quitado poco habia y desarmado toda la tierra, y hecho venir las armas á diferentes armerías, diciendo, cuando entraron los franceses, con poca prudencia y ménos seso, como si él no lo hubiera tomado á su cargo todo, sin dejar á nadie ser señor de una respiracion sola, ni gobernar, ni poder disponer un átomo sin entrar sobre él: «Ahora veremos cómo se defienden los vizcainos». Y esto porque no abrazaron el tributo de la sal: y quejábase de ellos porque no se iban á perder; pudiéndose quejar de su poca atencion y cuidado y de no haber tomado el consejo de los hombres maduros que disuadieron acertadamente que por allí no tentase la guerra. ¿Qué habian de hacer ellos si una vez se la metieron dentro de su casa, y otra se la previnieron, sin tomar satisfaccion, por



las mismas huellas, y cuando ellos en sus manifiestos publican que son de ofensas recibidas, y de amenazas, y más habiéndoles dejado la tierra á su mandar, y desembarazada? ¿qué mucho que gozasen de la ocasion de la desazon de la Provincia, y corriesen á tentar el ánimo de los naturales, que poco ántes los habian desatinado, á motivos de desobediencia?

Enviaron al duque de Medinasidonia recogiese toda la pólvora de la Andalucía y la enviase: ésta se vió pasar por la plaza de Palacio de Madrid, en carruajes, presagio de mayores revoluciones; espantándose los hombres que ya tan dentro de España y en el corazon de ella se viesen los materiales de la guerra para su misma defensa. Todo era juntar gente y caballos y echar bando que se alistasen los hijodalgos: envióse á Granada por los 400 mosqueteros de la costa de aquel Reino, hombres robustos, de fuerza y diestros en manejar el mosquete, con sus monteras, capote y alpargatas, que pasaron por la corte; y llamaban gente de toda España. Ofreció el reino en Córtes 6.000 hombres pagados; condujéronse algunas bandas de caballos por las faldas de los Pirineos, y los mallorquines, que tenia á su cargo el maestre de campo Francisco de Espejo, que habian quedado del desbarato de Leocata. Viendo los enemigos que, por la parte de la mar, que hacia unos marrazos con las crecientes y menguantes, metian socorro los españoles con la baja marea en la plaza á todas horas, sin poderlo impedir, trajeron algunas barcas, y amarrándolas con cadenas, metiendo artillería y arcabucería en ellas, cerraron aquel paso, impidiendo que les entrase nada; con que cada dia iba la plaza imposibilitando de defensas, y los franceses iban sobre ella con calor y fortuna. Habíasele ordenado al Almirante, que se gobernara por el consejo del maestre de campo Roo, milanés, á quien el duque de Parma, en la Liga de Italia, habia hecho cabo de su gente cuando salió con Monsieur de Crequi el duque de Saboya á la invasion del Milanés y cargaron á Valencia del Pó. Este soldado fué tan fiel al servicio del Rey, á sus obligaciones y patria, que cuando fué avisado que el duque de Parma iba contra el rey de España, cedió la gente y

el cargo y dejó su servicio. Iban llegando cada dia muchas gentes, soldados particulares, caballos y gente noble; los hidalgos que vivian en Castilla, que tenian allí sus solares, por la noticia que les insinuaron sus padres y abuelos, todos dejaron sus casas y sus mujeres, y fueron á la defensa de la patria: el marqués de los Velez esperaba órden para marchar, teniendo aprestados 6.000 infantes, siguiéndole mucha ó casi toda la nobleza del reino: quisieran el Rey y el Ministro que el Almirante, con la gente que se le iba juntando, la de la tierra, nobleza y de D. Diego de Isasi, cerrase con un cuartel del enemigo, y que rompiéndole, pareciéndoles que para esto habia lo necesario, si surtia con prosperidad y con fortuna pasara los demas, y poco á poco irles deshaciendo; pero él decia, que aguardaba más grueso de gente para ejecutarlo con más prudencia, porque la gente que se le señalaba, los soldados viejos enviados de Madrid por el conde de Castrillo, eran pocos, los allegadizos bisoños, y toda la tierra acobardada y tímida de lidiar con muchos, porque decian que ¿cómo habian de acometer, siendo tan inferiores, á un ejército cuyo número pasaba ya de 20.000 hombres armados, fuertes, concertados, prevenidos, disciplinados debajo de órden y consejo, los que apénas eran más que 6.000, faltos de armas y de auxilio? De esta remision, y de querer el Almirante esperar punto, hizo juntar gente y armas para obrar de una vez; y con efecto, luégo le quisieron calumniar y hacer tiro á la experiencia, al ánimo y al valor, que parece que deseaban que se perdiese: porque si fuese roto, ¿con qué fuerzas podia defender la tierra ni sustentarla y aspirar al principal intento, que era el socorro? De aquí salió decretado de una junta, que pasasen á Guipúzcoa tres Consejeros de Estado, el marqués de Villafranca, general de las galeras de España; el conde de Oñate, poco ántes venido de Alemania, de la coronacion de Ferdinando III para Rey de Romanos, cargado de achaques y de servicios, y el conde de Monterey, de remuneracion y de premios, que acababa de desembarcar en Barcelona, del cargo de virey de Nápoles; y allí no le excusó del sobresalto de no llegar á la corte, cuya



órden luégo se murmuró, juntándola con la detencion de Génova para las cosas del estado de Milan: materia mañosa para que nunca acabase de llegar, por enfados que de sus cosas tenia nuestro gobernador: cuñados al fin, sobre que cargaban estos sinsabores, porque todos le estuviesen sujetos, así vasallos como deudos, aunque estos premiados, porque era la Condesa demasiado afecta al hermano; más de lo que sufre un marido.

Era esta junta para ocurrir á tan grande cuidado, como á resarcir el asedio de Fuenterrabía, encaminar las cosas, asistir con atencion y prudencia á aquella guerra, que al sentir de todos se habia de arraigar por algun tiempo en aquella provincia, si los recelos no pasaban á otra emulacion; á guiar al Almirante, á aconsejarle y enseñarle las artes del guerrear y del vencer: cuando le enviaron, parece que le solicitaron sólo la fatiga; cuando le vieron arribar á la alteza de la empresa, se la celaron y quisieron emular y atribuir á diferentes consejos.

Mandóse á D. Diego Mejía, marqués de Leganés, gobernador y capitan general del Estado de Milan, que dejando aquello al cuidado y manejo de D. Francisco de Melo, como ya se le habia encargado, con 8.000 italianos, viniese á tomar por su cuenta aquella guerra y aquel sitio, y á aliviar á España de este afan y contagio de franceses, que parece que inficionaban el mundo; porque ya no nos habia quedado otro capitan de más reputacion ni más nombre que nos librase de los enemigos; como cuando el Rey D. Fernando el Católico, por la pérdida de la memorable batalla de Rávena quiso volver á enviar á llamar á Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan. A esta traza y á este ejemplo se traia á este caballero de Italia á España, para que con su valor enmendase los avisos de los otros; por donde ya iba logrando el cardenal de Richelieu sus designios y materias militares, bien afortunadas, en sacar los caudillos de la Lombardía y la gente, por hacer allí con desembarazo la guerra y señorearse de ella, que era su mayor audacia é inclinacion, y por eso tentaba estas diversiones; yo no hubiera quitado de



Milan á D. Cárlos Coloma, por su noticia, experiencia, valor y antigüedad en la guerra, y por las virtudes que reconocian todos los espíritus militares en su persona, y por la mucha prudencia y sagacidad que tuvo en hacer á toda la Liga de Italia y franceses levantar el sitio de Valencia del Pó; pero tampoco quitar de allí ahora al marqués de Leganés, porque ya tenia entendido aquello, y procedido con reputacion y con efectos dignos de premio y de alabanzas, por no esperar de otro lo que no nos podiamos prometer, y donde se podia levantar centella que abrasara la Lombardía y las otras plazas de armas; que no es Milan para hombres bisoños. Los acometimientos de los franceses por todas las fronteras de España, no son de más calidad que de ruido y diversion; las de la provincia de Vizcaya, para Flandes, por ser aquella su escala; las del Condado de Rosellon, para Italia, porque todas estas artes, sin variar en otros discursos, son invasiones puras y sin linaje de duda ciertas, por aspirar al señorío de la Europa. El primer paso que dió el Rey Católico, D. Felipe III, nuestro señor y padre, y su confidente el duque de Lerma, aunque acabada la guerra y pacificada Italia, fué poner en aquel Estado, despues de Juan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, á D. Pedro Enriquez, conde de Fuentes, en aquella era el soldado de más satisfaccion y nombre por sus hechos que se reconocia entónces; y de allí nació y se siguió el sosiego de ella y el freno para el Senado veneciano, inquieto en materias de acrecentamientos por sus confines con los príncipes de la Casa de Austria, particularmente con Ferdinando, duque de Estiria, y contra las difidencias introducidas con Pablo V. Llegaron á las orejas del Almirante estos desórdenes y mandatos, en que le deponian y vejaban, y de que su persona no era á propósito para aquel cargo ni para el puesto que le habian dado, y resistió callando, como todo los demas que desde el año de 626, por el mes de Abril, le vieron sufrir en Barcelona. Con esto se ve ya que las reliquias de aquel fuego se las conservaban á las cenizas de la memoria; que las pasiones del ánimo no son de ménos baja materia que ésta, para



irle siempre y sin un punto de intermision doblegando, si acaso allí se irguió el orgullo de él nuevamente exaltado: porque ¿qué habia de hacer aquel hombre, enviado de prisa, sin socorro ninguno para encaminar su casa y su persona, si no si ántes hundida y empeñada ahora, mas sin soldados en la tierra, y que para obrar algo se los habian de dar y los habia de esperar? ¿qué más podia hacer un señor que empeñarse, no sólo en sus rentas, pero en las alhajas de su casa, sacándolas á vender públicamente, comiendo vaca y otras cosas peores para sustentar su honra y el puesto á que le habian enviado, como al duque de Feria á la Alsacia? El Rey se quitaba muchas horas de sueño por esperar que se acabasen los despachos, que habian de partir de media noche abajo, para firmarlos; y por el contrario, el rey de Francia y Richelieu, estaban muy falsos y gozosos de ver la agonía en que nos habian metido, y que no nos habia de entrar en provecho la toma de Brema y de Berceli, en Milan y el Piamonte. Y era así, porque cuantas nuevas venian y buenos sucesos de otras partes, ninguno satisfacia; pero estaban resueltos á entregarse de todo corazon en la defensa, y caso que se perdiese en la recuperacion, dábase prisa á todas partes á que llegasen las tropas que habian de formar el ejército. Pidióse gente á algunas ciudades del reino, levantaron compañías de hombres escogidos, y estaban á punto y para marchar 2.000 aragoneses; pero con alguna duda y réplica sobre si los de aquel reino tenian obligacion de salir fuera de sus fronteras; sin embargo, la necesidad tan vecina y urgente al remedio suplió por esta vez el poder abrogar las leyes y fueros, extragándose de un ánimo y de un corazon los señores y las universidades, que es lo mismo que ciudades en Castilla, á la defensa de la Corona. Pasó el conde de Aranda á la defensa de Jaca, puesta á la cordillera de los Pirineos; el conde de Fuentes á la de Berdun, y á la de Insa el de Castelflorido, llevando á su cargo la gente con que sirvió la ciudad de Zaragoza y las demas universidades, y Bordalba, jurado en capitan con título de coronel. D. Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa y virey de Valencia, tenia en pié y



aprestados 2.000 valencianos, no sin rumores y alguna conmocion de aquella gente que los sacaban de sus casas y sus oficios, y no querian ir á Fuenterrabia; oyéndose palabras pesadas y de mucha injuria contra nuestros Ministros, diciendo que fuese á pelear el causador y el que los desazonaba y desacomodaba; deshaciéndose un motin, que no fué poca dicha, que casi tuvo forma de riesgo, y pasándose á las montañas y pasos fuertes de la tierra muchos de ellos.

Llevaron esta gente á su cargo D. Luis Ferrer y Cardona, gobernador, y el almirante de Aragon, marqués de Guadaleste, baile general del Reino; iba, por consiguiente, marchando la de Cataluña. Dió intencion el Rey de pasar á Búrgos con la convocacion por sus cartas de los caballeros de las Ordenes militares, de los hijodalgos y caballeros de Castilla; pero dándoles cuidado la armada francesa que tenia enfrenada la plaza y en terror todas aquellas costas, daban prisa al general Don Lope de Hoces que saliese á pelear con los enemigos. Decia D. Lope era constante opinion por todos aquellos puertos, que la armada del arzobispo de Burdeos se componia de muchos y muy grandes bajeles; los que él habia traido, y los que se le habian juntado de la Francia y de Holanda, reformados en sus mismos puertos de municiones, bastimentos, soldados y artillería, y que los suyos no eran más de 12; que se los doblasen de los que esperaban de los de D. Antonio de Oquendo y del duque de Nágera, y algunos más de las armadas de Lisboa, que estaban para navegar al Brasil, y que iria. Denegósele todo, diciéndole que D. Antonio de Oquendo y el duque de Nágera no podian llegar tan presto para juntarse con él, y que la necesidad de socorrer por mar á Fuenterrabía pedia más brevedad; que tomase los 14 navíos del gobernador de Feijóo, que se esperaba, porque los que estaban aprestados para pasar el Brasil no podia ser; mas que se enviaria órden para que le diesen la nao *Santa Teresa*, que era de memorial, digo 1.000 toneladas, y con ésta podia hacer rostro á la armada francesa y al galeon de Richelieu. Parece que estaba destinado para tumba de D. Lope la Inglaterra, como lo es-



cribiremos en el libro que sigue; pues no pudiendo hacer nada con él, por su inmensa grandeza y peso, escapando de un fuego le reservó la fortuna para otro más tremendo, y en ocasion más fatal: no se ajustaba D. Lope con lo que se le daba, pareciéndole pocas sus fuerzas para las que tenian los franceses. Navegó la nao *Santa Teresa*, no sin dolor de los portugueses, que se la sacaban como cosa suya y hecha á su costa; pero los temporales la retardaron de manera que no pudo servir por este año, sin embargo de no querer dividir las dos armadas de Castilla y Portugal, que estaban vergas en alto para socorrer la bahía y ciudad del Salvador, y la más esencial de toda la recuperacion de Pernambuco. Los mandaron detener hasta ver el fin de esta guerra y sitio de Fuenterrabía; pero Richelieu, viendo que en España los ministros de Estado y Guerra prevenian bajeles y formaban armadas contra la suya, hizo aprestar más, invocando los más gruesos y poderosos de Holanda para juntarlos con los demas y con aquel que habia echado al agua y labrar de su capricho, fortísimo, de más de 1.500 toneladas, que llamaban *La Reina*, para contra quien se habia armado la nao *Santa Teresa:* por el consiguiente, aquel Ministro habia agregado á los suyos bajeles de fuego, para quemar la nuestra, que de esta manera y con este coraje peleaban, y con tantas veras, cuando, no sé por qué causa, contemporizábamos con ellos, olvidados de en cuánta ruina los pusimos y cuántos estragos les ocasionamos en las guerras pasadas, temiéndonos y no osando llegar con nosotros á las manos por las innumerables batallas en que quedaron vencidos. Preveníase todo lo necesario para D. Lope de Hoces, armas, pólvora, balas, soldados; pero él, escribiendo á su casa y á su mujer, se pronosticó diciendo que le encomendasen á Dios, que estaba para perder la honra, la vida y el alma, constreñido de una violencia que le habia de hacer fracasar, porque querer ir pocos contra muchos era temeridad.

A 28 de Julio, comenzaron á desembocar el foso los franceses por el baluarte de la Reina, haciendo dos surtidas por debajo de la estrada encubierta: siendo descubierta la que



tenia el foso intentaron pasarle con espalda formada de barricas y cestones; pero el medio cañon que se les tenia plantado les hizo retirar del designio, con pérdida de alguna gente, con que no se atrevieron á obrar al descubierto. Afligian mucho la plaza con las bombas, habiéndola metido dentro hasta aquel dia pasadas de 276; cayó una sobre el coro de la iglesia que lo abrió y maltrató: eran, sin embargo, ofendidos los franceses de nuestra artillería, de suerte que no los dejaban llegar á la muralla, para lo cual resolvieron hacer una batería en el arenal, donde formaron de cestones y estacas una plataforma, procurando quitarnos el través de la casa que mira á la Magdalena, para defenderse del embarazo que les hacia el medio cañon que les teníamos puesto; pero los de adentro salieron con diligencia retirándole de dia y usando de él de noche, con que no les era posible á los enemigos alojarse en el foso; sin embargo, les encaminaron una mina, que reconocida por el gobernador, envió al Almirante á decirle el estado en que se hallaba la porfía del enemigo en la expugnacion de la plaza, que le socorriese por mar ó por tierra, y en consecucion de esto resolvió hacer una salida que retardase sus presunciones, clavándole la artillería, quemándole las galerías y deshaciéndole las trincheras, ú otro daño mayor, que diese algun tiempo al socorro que se esperaba. Para todo escogió de toda la guarnicion que habia en la plaza 200 hombres, los mejores y más esforzados, y, á 8 de Agosto, salieron por la puerta de la estrada y embistieron con los franceses con tanto denuedo, que los retiraron de sus trincheras degollándolos mucha gente; pero ellos, avisados, como se presumió, de nuestra salida, tenian prevenidos 400 hombres en las casas de la marina y algunos caballos, que cortaron á los nuestros, de suerte que metido todo en confusion, para volver á la plaza fue necesario abrir camino por los enemigos á fuerza de valor para la retirada, con que de ambas partes hubo pérdida de gente, no surtiendo la faccion con tanta fortuna como se esperaba. Estaba el gobernador, D. Miguel Perez de Egea, desde la muralla alentando el combate y animando la gente, de que



siendo descubierto por los enemigos le tiraron un mosquetazo que, haciéndole pedazos el hueso de la muñeca, le atravesó el cuerpo, penetrándole las entrañas: pasó de esta vida dentro de doce horas. Antes de espirar llamó al Padre Francisco de Isasi, religioso de la Compañía de Jesús, y encargóle la defensa de la plaza, porque este Padre, demás de su nobleza y gran virtud, era muy práctico en el arte de fortificacion y se habia metido dentro de ella con el mismo calor y dictámen; dejándole más expresa noticia de cómo habia de acabar la cortadura, espaldas y las demas fortificaciones que estaban dispuestas para la retirada. Fué sentida la muerte de este soldado de todos los de la plaza, como era justo: el Rey y los demas Ministros la sintieron; cayendo todos en alguna desconfianza de poderse conservar los de adentro: perdimos en esta salida 40 soldados entre presos y muertos; pero tambien se discurria entre los hombres prácticos y de noticia, que si bien habia defendido la plaza con su vida, la habia asegurado con su muerte, porque era demasiado valiente y de más coraje de lo que pide la tolerancia de un capitan que no debe exponer la gente ni su persona por instantes ó peligros en la desesperacion de un sitio y en la celeridad de una nacion, que en los principios es de más esforzado corazon que en los fines, porque es menester irla llevando con sufrimiento hasta que llegue con el socorro la hora de deshacerlos, estando fuera, porque lo demas seria caer en mortales inconvenientes y perderse y acabarlo todo á cualquier mínimo accidente. Volvió al gobierno de Fuenterrabía el capitan Domingo de Guia, para cuya fortuna estaba reservada la libertad de la patria y la vida de sus habitadores, y ver sus murallas sin asédio esta victoria y echados vergonzosamente á los enemigos: encargóse de todo, y se puso constantemente á la defensa y á perder la vida ántes que rendirla; animó la gente de ambos ejércitos y á todos los condujo á proseguir el afan y el trabajo, así de la artillería, del mosquete, del arcabuz, y alentólos á las fortificaciones, ingenios y defensa. Fueron presos en la salida que habemos referido, el capitan D. Francisco Dieste, que en otras



ocasiones se habia señalado; el capitan Alonso de Laredo, que habiendo caido en el suelo trayendo un capitan francés por prisionero, y saliendo á quitársele los demas, percibió muchas heridas por conservarle; fueron heridos el alférez Juan de Roa, el capitan David Barriar, irlandés; D. Pedro Jaralin, Adrian Pulido, el capitan D. Jerónimo de Jibaja, el alférez D. Francisco de Molina y otros. Esto es salir pocos á muchos, que siempre surte aventurada la faccion y la empresa; influencia infeliz de aquella guerra que comenzó sin opósito, sobrando los avisos y las noticias.

Habian hecho los enemigos y puesto en perfeccion la mina que ántes llevaban al cubo de la Magdalena, y encaminaban otras dos al baluarte de la Reina, para darlas fuego á todas á un mismo tiempo; añadiendo que ponia en Chumárraga 24 piezas de batir, parte de la armada y parte de las que habian venido por tierra, para arrasar el castillo, y que el príncipe de Condé aguardaba 6.000 soldados viejos de socorro para reforzar su campo; y aunque ignorado esto por los de la plaza, vigilantes siempre á la conservacion de la honra, se certificaron de todo, y les dobló el cuidado con las baterías, que un dia al amanecer comenzaron los franceses con todas las piezas, asestándolas á los orejones de las dos casamatas de los cestones, incansablemente y sin omitir ninguna intermision. Contáronse 700 cañonazos los que les metieron dentro; pero no perdieron de vista el ánimo, dando los vecinos las maderas de las casas para las retiradas, contentándose sólo con quedar con las murallas, aunque se perdiera todo lo demas; hicieron dos parapetos á la boca de las dos casamatas de los cestones, por haber quedado el uno de los dos orejones de la muralla casi arrasado, tanto, que podia servir de escala al enemimo, y la tronera que miraba la Magdalena destruida y con brecha, de altura que se podia subir sin escala; hicieron dos espaldas, una sobre el terraplen de este baluarte y otra junto la casa de la Municion. La primera contra la bateria que estaba plantada cerca de Nuestra Señora de Gracia, que hacia tan grande daño, que sola una bala que



entró en una barraca, mató á un irlandés y estropeó cuatro, dejando á unos sin brazos y á otros sin piernas: la otra espalda opuesta á la batería del Arenal, á la parte de Francia, que se hacia con designio de descubrir nuestra plaza de armas que estaba junto á la muralla. Adelantándose mucho la obra de la estacada con la asistencia y maravillosa industria del capitan Diego de Butron, que con rara diligencia levantó y perfeccionó en tres dias, pidiendo muchos meses su dificultad; á esta hora, avisó el soldado que estaba de posta, como el enemigo picaba la muralla, á que se acudió trabajando á la contramina, que se hizo tan derecha, que se encontró al enemigo por línea recta, con que se le desvaneció del intento.

Celebraba por estos dias la Iglesia y sus hijos la fiesta del ilustrísimo Patriarca San Ignacio de Loyola, y le hacia su octava: fundador esclarecido de la Compañía de Jesús, del buen suceso de Fuenterrabía y del tránsito gloriosísimo del Santo, que fué el último de Julio; y tomaron ocasion los Padres de esta sagrada religion, en todo el reino, particularmente en el Colegio imperial de Madrid, como natural de la provincia de Guipúzcoa, y que los principios de su conversion los habia tenido de soldado, resistiendo á los franceses en el castillo de Pamplona, de donde salió herido en una pierna en tiempo del emperador Cárlos V y de Francisco I, rey de Francia, émulos fortísimos ambos y lidiadores valientes, como Felipe IV y Luis XIII, sobre el señorío de Europa y de la mejor parte de sus provincias, como de Alemania y de Italia. Pero la potencia de Francia con brevedad se rindió á la de Cárlos en una batalla, quedando su prisionero por su maravillosa fortuna y grandeza de ánimo y la de sus capitanes, y por haberle hecho el cielo señor de muchos y poderosos Estados, Coronas, Imperios hereditarios ya quitados, porque le llamaron César africano, y llegando á mandar y manejar naciones y gentes escogidas y belicosas, particularmente la española, por los preceptos ántes diligentemente informados para el mayor de los reyes y estadistas, el rey D. Fernando el Católico, en prudencia y en el arte de saber reinar; cuyo ardimiento y valor volaba ya y resplan-



decia en ambos orbes con hazañas y hechos admirables, aclamados y aplaudidos de los demas, plantando el glorioso estandarte de la Cruz á un mismo tiempo en Oriente y Occidente, cuando las hazañas hechas en Italia, en Africa, en Francia, en Alemania y en Hungría, tenian pendientes las plumas de sus mayores y más diligentes historiadores para dejarlas por ejemplo de los venideros, como se lee en sus anales y crónicas.

Llegada, pues, la fiesta del Santo guipuzcuano, por mediar el trabajo sobrevenido y no sólo el asedio de Fuenterrabía, pero para pedir á Dios por su intercesion pusiese paz á estos dos Príncipes, para universal redencion de la cristiandad, exaltacion de la Iglesia Católica y extirpacion de las herejías, aderezaron honoríficamente su casa y templo con mayor lustre y pompa que otras veces; le consagraron octava, descubierto siempre el Santísimo Sacramento, con sermones predicados por los más doctos varones de su religion, música y luces, pidiendo á Dios incesantemente librase aquella plaza y su tierra y la Navarra, como la defendió ántes, de la ira de los franceses; que los hiciese levantar del sitio y volver á su tierra, dejando á España sin cuidado. Pero es mucho de notar, que al paso que los Padres pedian esto con oraciones y lágrimas, con esas mismas y con el mismo fervor lo pedian para sí los de París y de toda la Francia, y que diese Dios la victoria á su Rey, y le concediese tomar á Fuenterrabía y más adelante. ¿Quién entenderá y hallará paso en esta lucha de la virtud, una misma religion pendiente de una misma cabeza? Piden á su patron y patriarca, y ese español, por ser diferentes de nacion, una misma cosa, y cada uno la tierra para sí y para su Rey; los españoles pedian al Santo la defensa para el de España, los Padres franceses la tiranía, la injusticia y lo que no era suyo para el de Francia, por ser su Príncipe y todos hijos de una cabeza; y á los franceses les parecia que seguian lo derecho pidiendo los españoles lo que era suyo de legítima posesion. Fuerza es que confesemos que alguno falta aquí, y que de buena razon, no siendo suyo lo que pedian, y



que era injusta la peticion de los franceses; y pruébase esto muy bien, porque Dios, que es justo, y el santo, que era de la tierra, volvieron por la causa más verdadera, y se puso de parte del Rey Católico y de los guipuzcuanos, y quebrantó el brío de los franceses y los hizo volver por los pasos que vinieron (como lo veremos), más aprisa y con más vergüenza de lo que pensaron. Pero en esto de derechos y acciones de Reinos y Estados, sepa el que pasare por aquí, que no ignoro la controversia de las dos hermanas, Doña Berenguela y Doña Blanca, la una madre del rey D. Fernando el Santo, de Castilla y de Leon, y la otra de San Luis, rey de Francia, sobre cuál era la mayor; que saben nuestros historiadores, y no se les ha ido por alto esta edad á los franceses sobre que obran con rigor y con venganza las armas en esta era. Hiciéronse muchas rogativas en todo el Reino, en todas las iglesias y conventos, particularmente en las Descalzas Reales, á una devotísima imágen de Nuestra Señora que tienen allí, de que todos se prometian, por la intercesion suya y de los santos, que Dios libraria su pueblo y quedaria Fuenterrabía libre del yugo de la disipacion de los franceses. Proseguia, pues, el teson de ambas partes en el defender los unos y en el dañar los otros.

El príncipe de Condé, desde Irún, pasaba á todas horas á visitar el sitio y á ver lo que se trabajaba en él; el Almirante de Castilla esperaba ocasion, aunque calumniado, como capitan de esta era, y gente para obrar conforme á su sangre y obligaciones de verdadero castellano: no cesaba el francés, desde 10 de Agosto hasta el 14, de fatigar con las baterías ordinarias, y este dia con el mayor brío, por el orejon de la parte de la Magdalena, derribando todo el través de la casamata y planchada que estaba dentro de ella; pero el ánimo no se perdia, no sólo de los varones pero de las hembras, de notable admiracion. En este caso decian, que las balas no importaban ni habia para qué temerlas; acudian á la muralla socorriendo con municiones á los soldados, recogiendo á los heridos y enterrando los muertos, siendo tal vez sus mismos hijos y maridos, padres, hermanos y deudos. Arrojaron tres bombas de



fuego, y una de ellas dió cerca de D. Miguel de Olazabal, sacerdote, que de los principios acudió á la defensa de la villa con su caudal y con sus fuerzas; cayó sobre la bomba turbado, y reventando le dividió el cuerpo en tres pedazos, echándolos por el aire y volviendo al suelo dió sobre el padre Francisco de Isasi, de la Compañía de Jesús, gran defensor de la plaza, llenándole de sangre y de admiracion. A esta hora minaban los franceses por tres partes la muralla, no sin gran cuidado de los de adentro, tanto del estado de la plaza, que ya casi no habia donde defenderse, haciendo cortaduras para resguardar la gente y la pólvora debajo de tierra de la furia de las balas, pero del en que se hallaba el Almirante para formar el ejército de donde esperaban ser socorridos; para lo cual, á 18 de Agosto, se buscaron dos personas de diligencia para representar al Almirante el aprieto grande de la plaza. Escogidos ya y escritas las cartas, se supo que el uno era francés; con que se suspendió la jornada. Este mozo, aunque era de aquella nacion, hacia algunos años que vivia en España con mujer é hijos, y al tiempo de sitiar los franceses á Fuenterrabía, con el sobresalto, echando el mozo por una parte, la mujer y los hijos por otra, se perdieron en una casería: el deseo de verlos y dar safaccion de su buen ánimo, le hicieron salir sin dar cuenta por la estacada, y habiéndole echado de ménos y entrando todos aquellos cabos en grande cuidado, recelando que la salida no habia sido para otra cosa que para dar cuenta á los franceses del aprieto de la plaza, entre la misma fatiga de la sospecha y desconfianza, y á vista de los enemigos, volvió nadando con carta del Almirante, avisando á D. Domingo de Guia y á los demas que muy presto serian socorridos. Súpose en la corte por aviso del Almirante la muerte del almirante D. Miguel Perez de Egea, y de la gran estrechura en que se hallaba la plaza; escribiólo sin embargo el Gobernador, y avisóle como se aguardaba por horas la gente de Cataluña y la de Aragon para juntarla con la que tenia el Almirante y el marqués de los Velez en Navarra, para que persistiese en la constancia: fué



sentida la muerte del Gobernador, por haberse perdido un soldado de mucha satisfaccion y de importancia en tiempo de tanta necesidad. Y prosiguiendo en la materia con el cuidado que se debia, las mujeres de Fuenterrabía, tan valientes como los hombres y tan alentadas, echaban á los minadores grandes sartenes de aceite hirviendo, tanto que les hacian bramar y dejar con el dolor y las llagas la obra, no excusándoles daño ninguno, de que no les hacian hacer experiencia en ofensa suya, pareciendo Fuenterrabía la más inexpugnable plaza de Flandes, y la más proveida de toda suerte de artificios y de máquinas, segun su valiente modo de portarse y de mantenerse contra las iras y ardides de los enemigos. Fortificábase San Sebastian haciendo algunas defensas por defuera, como trincheras y reductos, esperando su hora, y por si acaso Fuenterrabía fracasase; teniendo el Almirante avisos por instantes de su mayor conflicto, para que, aunque no habia llegado toda la gente que se esperaba juntar, con el socorro que tenia, sin embargo, se le envió órden de Castilla para que, juntando la del marqués de los Velez á la suya, se acercase y á viva fuerza embistiese á las trincheras de los franceses y socorriese con presteza, porque S. M. no admitiria disculpa si se perdiese á vista de dos ejércitos y de dos cabos de tan escogida calidad y esperanzas, con gentes y soldados españoles viejos y de valor; y al marqués de los Velez se le órdenó, que dejando fortificados los pasos del reino de Navarra, acudiese á juntarse con el Almirante, y ambos gobernasen de un corazon y una misma conformidad, con resolucion de que habia de ser socorrida la plaza, y que se pusiese en Oyarzun con los 5.000 hombres de su cargo.

Obedeciendo el Almirante las órdenes del Rey, á 16 de Agosto, salió en campaña con 7.000 infantes y marchó á hacer cuartel á Astigarraga, adonde tuvo aviso del marqués de los Velez de no poder hallarse á los 20 del mismo mes, como se le habia mandado, en Oyarzun, por no tener á punto las provisiones necesarias para la marcha; pero que estaria á 22, donde se podria resolver lo que más conviniese, siendo el in-



tento por entónces desalojar al francés de Rentería y los Pasajes, y luégo embestirle en las fortificaciones sobre Fuenterrabía. Visto por el Almirante que en cuatro dias no podia llegar á juntarse con el marqués de los Velez, se discurrió si podria con la gente que tenia pasar á Oyarzun, á aguardar á que el marqués llegase á este lugar, para que, juntas ambas fuerzas, se obrase con mayor denuedo. Inclinábanse á esto la mayor parte de los cabos del ejército, y que hasta que el virey llegase no se diese paso adelante, porque hallándose el enemigo en Rentería y en los Pasajes podia, viendo tan poca gente en nuestro campo, reforzar aquel cuartel de manera que no se pudiese efectuar nada; pero acomodándose al parecer de los más prácticos, más alentados y deseosos de llegar á las manos, por no dar indicio, á los enemigos que le atendian, de flaqueza, ya que estaba resuelto á salir, viendo que los iba á embestir, mandó marchar á Zumalride, donde se acuarteló con tan buena órden que impidió que la caballería francesa no lograse ninguno de sus desiguíos. A esta hora llegó aviso al Almirante que el enemigo se habia retirado de Rentería, Lezo y los Pasajes, dejándolo todo abrasado y convertido en ceniza; y con este aviso ordenó al marqués de Mortara se adelantase con su tercio, y si los hallaba en el estado que decian los fortificase, y si nó que los procurase ganar. Con esta órden marchó Mortara, y en el camino tuvo noticia que la gente de San Sebastian los habia ocupado; envióles 400 hombres de refuerzo y volvióse á su cuartel, donde ya el Almirante tenia entera noticia del suceso: sin embargo, volvió á enviar á Mortara y á D. Antonio Gandolfo á Rentería, Lezo y á los Pasajes, para que reconociese la gente que era menester para guardar aquellos puestos, y fortificarlos de manera que el enemigo no los volviese á ocupar. Fué causa este hecho de los franceses de notable admiracion en todo el reino, y que tan sin ofensa desamparasen puestos tan importantes, puerta que pareció y dió esperanzas que habia de abrir la de Fuenterrabía: fué el alborozo notable, no sólo en toda la tierra, pero en Castilla y en la corte se reconoció por principio de fin bienaventurado. Discurrióse

que esta resolucion del francés era ya falta de gente, por los que le matábamos en el sitio y por los que cada dia se huian, y que era forzado á recogerse á ménos tierra, y atender al sitio y conseguirlo, en el cual se fundaba la gloria del intento; creyendo que conseguido les seria despues muy fácil allanar toda la tierra y señorearla. Llegó el marqués de los Velez á 22 de Agosto á juntarse con el Almirante, y sin perder tiempo entraron en consejo sobre lo que se habia de hacer. Concurrieron en él el marqués de Mortara, el maestre de campo Gandolfo, D. Pedro Giron, el marqués de Torrecusa, que acaudillaba á los navarros, y otros principales cabos del ejército. La resolucion fué, que el marqués de Mortara con su tercio, en que iban algunos señores, títulos y caballeros del Reino, que dejo á otra más prolija narracion, y con gente del tercio de irlandeses de los condes de Tircorel y Tiron, y 200 mosqueteros, fuese á dar vista á Fuenterrabía, y señoreando los puestos más eminentes de aquellos montes hiciese ahumadas á los de dentro, dándoles á entender que se llegaba el dia deseado de socorrerlos; y ordenóse al maestre de campo Cárlos Guasco y al teniente de maestre de campo general, D. Diego Caballero, que fuesen á reconocer el monte de Jasquivel, que estaba sobre los cuarteles del enemigo, y habiéndolo hecho, dieron por aviso que era puesto de consideracion para ocuparle. Llegó el marqués de Mortara á la eminencia señalada, procurando al amanecer ser visto de los sitiados; opusiéronsele 200 mosqueteros franceses, y á procurarles divertir del intento dióles una carga: avisaron luégo á los cabos, los cuales, á la hora, mandaron tocar arma en todos los cuarteles, y Mortara hizo lo mismo; oyéndose en ambos campos una ruidosa algarada, disparando la mosquetería y arcabucería para que la plaza conociese estaba ocupado el puesto por nuestra gente: respondieron con seis piezas, con que toda la tierra comenzó á entrar en aliento y esperanza de resarcir el asedio y el peso del enemigo; levantaron banderas en homenaje, arbolándose las nuestras en la montaña con suma alegria de ambas partes: doblóse el enemigo, con esta accion del Mortara, en la eminen-



cia opuesta con golpe considerable de infantería y caballería; y creyendo el Marqués ser embestido, por hallarse inferior en gente y sin caballos, reconociendo que algo más adelante habia puesto más fuerte, no permitiéndose retirar por no dar indicios de flaqueza á los Monsiures, marchó la vuelta de él en batalla, y habiéndolo ejecutado, creyendo los franceses que nuestra gente se avanzaba, no resolviéndose á ningun movimiento, ocupó el puesto Mortara en la ermita de Santa Bárbara, se fortificó y puso 200 mosqueteros sobresalientes. Ejecutado esto, el Almirante y el marqués de los Velez se vinieron á acuartelar con todo el grueso del ejército en las eminencias del llano que miran á Fuenterrabía, que están entre Oyarzun y el monte de Jasquivel, y se enviaron á Mortara 1.000 hombres de todos tercios á cargo del sargento mayor D. Francisco del Castillo; con que se forneció el puesto, donde todos los dias habia de ambas partes, entre los nuestros y los franceses, diversas escaramuzas, y donde se señalaron muchos y muy valientes soldados, que acometieron hechos dignos de memoria.

La armada francesa proseguia muy furiosamente en batir á San Sebastian, pero con poco daño, aunque con gran sobresalto de los de aquella villa y de toda la tierra, porque se acrecentaba el daño y el poder de los franceses, con que la desconfianza era cada dia mayor, y pensaron ser entrados. Habíanse hecho ántes nuevas y muy poderosas diligencias para que D. Lope de Hoces, con los navíos que se aprestaban, pasase á juntarse con los que habia en la costa de Cantábria, y todos juntos peleasen con los bajeles que tenia el enemigo en la concha de Fuenterrabía, rompiesen la cadena de barcas que habian hecho y entrasen con embarcaciones pequeñas el socorro, sin embargo del cuidado de los del lugar de Andaya, puesto de la otra parte de Francia; pues no se meneaba ningun hombre nuestro á entrar con algo en la plaza de Fuenterrabía, que vigilantemente no lo avisasen á los suyos con voces y con campanas. Mas D. Lope no se hallaba con lo necesario para salir, ni las naos estaban proveidas de municiones,



marineros ni soldados, condicion ordinaria de nuestra providencia, porque aquellos á cuyo cargo estaban las provisiones no las tenian, ni dinero con que hacerlas, demás de que aquel número de bajeles era muy inferior, como demasiadamente superior el de los enemigos; y D. Lope, á la fuerza que le hacian á que saliese, respondia se hiciese reparo en esta desigualdad con quien no era posible, aunque él fuese tan gran marinero y soldado, conseguir empresa de reputacion ni hacer rostro por no caer en ninguna flaqueza. Pretendiéronse igualar estas dos balanzas y formar número competente contra el de Burdeos: mandaron venir de las islas Baleares al duque de Maqueda y Nájera, y á D. Antonio de Oquendo con la escuadra real que tenia del mar Océano, que al opósito de la armada de Francia, cuando de Bretaña y de las otras provincias pasó á Italia, la habian seguido herida de estos mismos trabajos y miserias y falta de todo, cuya digresion entre los nuestros y el Duque (ya lo dejo referido) fué muy reñida y con riesgo de deposicion en la persona del Duque. Esta prevencion se miraba como dificultosa y con desconfianza, por estar léjos de que llegase á tiempo de poder obrar algo en provecho de la plaza: las armadas de Lisboa estaban detenidas hasta ver el fin de aquella guerra y el estado en que quedaban las cosas, recelándonos siempre de gravísimos daños, que los astros con aspectos rigurosos nos amenazaban. Sin embargo de lo prevenido, á los varones de gran juicio y de suma presteza y vivacidad en prevenir y remediar accidentes, les parecia el intento vano, porque los enemigos tenian muchos y muy grandes bajeles prontos, y los nuestros en esperanza y por juntar, y quizás muchos de ellos desaparejados, desproveidos é inútiles para navegar. Respondiéndolo así D. Lope á las instancias apretadas del mayor Ministro, y que los mejores navíos con que se podia hacer fuerza habian sido tomados en el Vidasoa, y otros eran quemados, que él no tenia con qué salir, ni gente, ni municiones, ni pertrechos, y que tenia aviso de hombres diligentes que la armada del enemigo era muy gruesa, muy bien fornecida y artillada, y que en los navíos que él tenia



apénas habia marineros ni maestres; sin embargo, le daban prisa y le forzaban á salir, creciendo estas réplicas por instantantes; diciéndole que la armada francesa no era tal ni tan poderosa como la habian pintado, ántes, la más parte de ella navíos pequeños y de poco porte, que habian navegado rumbo considerable y sin tomar puerto, de que era forzoso viniesen trabajados; que hiciese cuanto fuese posible por virar á la mar y pasar al socorro de Fuenterrabía, de cuyo aprieto habia tan vivas demostraciones. Finalmente, se aprestó por salir y obedecer, aunque muy en contra de su dictámen, por el poco fuste con que se hallaba; recelando siempre que le ponian al trance de perder la reputacion conseguida en tantos años de marinero. Los enemigos no perdian punto ninguno de lo que se trataba y dirigia á la defensa de la villa en ambas materias, así de mar como de tierra, aumentando sus navíos por la noticia que tenian del valor y fortuna de D. Lope, creyendo poder llevar allá la nao *Santa Teresa* para ponerla en la boca ó entrada del Vidasoa, como un castillo fortísimo para no dejar entrar allá el enemigo, gente ni socorro, ántes, que con la gruesa copia de artillería de que son guarnecidas aquellas naos antiguas, admiracion del Oriente, desbaratase su armada y la pusiese en necesidad; pero toda esta diligencia se embarazó, como lo habemos referido, no pudiendo salir de la barra de Lisboa, hasta que en lo de adelante, como se dirá, se quemó con el mismo D. Lope en el puerto de Dunas, en Inglaterra, y acabó á manos de holandeses. Cedió, pues, con los pocos navíos que tenia y falta de gente, á la fuerza del que la mandaba, todo por no caer en los riesgos y peligros de la junta de inobediencia: convocóse alguna y ésta de valor sin duda, y escogida, aunque se resolvieron á perderse en número de 1.500 ó 2.000 hombres, y los cabos de la milicia naval que se hallaron prontos y no habian pasado á la carrera de Indias, dando á cada uno su navío para que le gobernase. Los que ántes habian sido almirantes y generales de escuadra, como D. Juan Pardo, D. Antonio Gentil, D. Nicolao Judice, D. Alonso de Mesa, D. Luis de Aguilar, y otros de no menor calidad y nom-



bre, llevaban órden de pelear, y que el Almirante de Castilla le diese la gente de su cargo que pidiese, y caso que no pelease diese la que llevaba al Almirante para los progresos de Fuenterrabía, siendo el número de los navíos no más de 12, parte muy desigual para la opinion que corria de la armada de los franceses, que decian pasaba de 50 vasos, todos bien reparados con municiones é instrumentos de fuego y otras máquinas.

Entretanto que el gobernador D. Lope de Hoces se aprestaba para salir bien, contra su parecer, la villa de San Sebastian, con el número de armada que tenia delante de sí y las continuas balas que la tiraban, y el ejército por tierra de los enemigos, hacia fortificaciones por defuera y se reparaba para cualquiera accidente que pudiera sobrevenir; no sin cuidado de los gobernadores y de los de la villa, viendo el mal estado que tenia Fuenterrabía y las poca esperanza que habia de salvarla, y más habiéndole llegado al ejército enemigo 6.200 hombres en 72 compañías, cada una de 100 hombres. Pero pareciendo que aquella guerra y el socorro de la plaza caminaba lentamente, y que no venia de allá á la corte nueva de importancia, y que si bien habia algunos cabos de consideracion, los generales eran bisoños y sin ninguna experiencia militar, se reforzó con más brio y con más prisa el que pasasen allá el conde de Oñate, el marqués de Villafranca y el conde de Monterey, para encaminar aquellas armas á su verdadero fin, y á la prez y á la honra que convenia á aprestos tan grandes, y para que cualquiera cosa que hubiese próspera de fortuna atribuírsela á estos y no al Almirante; y, finalmente, hágalo otro y no aquel. Sin embargo, él salió con el intento; pues parece que Dios quiso favorecer al desvalido, ó ya á tantos, en una empresa que no se le daba nada á ninguno, y sí á mí; aunque los dos primeros tambien corrian la infeliz fortuna que los demas, como se verá por los fines y pretensiones. Avisó Domingo de Guia que la plaza estaba tal que no podria defenderse cuatro dias si no la socorrian: respondióle el Almirante que lo haria, que no se rin-



diese hasta recibir asalto, y que, sin embargo de esto, persistiese cuanto le fuese posible, que de parte del Rey le ofrecia muchas remuneraciones y mercedes y una encomienda. No obstante se le daban voces de Castilla en cartas y en correos, condenando la tardanza, creyendo que era omision suya, como si el Almirante hubiera hallado en la provincia de Guipúzcoa un ejército de 20.000 hombres, fornecido y aprestado para acometer grandes cosas, ú otro tal como el de los franceses. Decíanle tentase algo, forzase un cuartel del enemigo para ver qué tan sobre sí estaba, que tan grande era su valor, que tal el ánimo de su gente, que podria ser, si pusiese en estado las cosas, que la espada abriese camino como lo habian hecho otras veces en varias partes de la Europa. Faltábale ya todo á la plaza, las municiones, los bastimentos y todo lo necesario; el desconsuelo era grande y la desconfianza; pero ellos caminaban sin aflojar un punto en la defensa: fué tres veces un fraile capuchino de los de Lezo á pedir al príncipe de Condé que el marqués de la Forza, que alojaba en la eminencia donde estaba la ermita de Nuesta Señora de Guadalupe, siguiendo los dogmas de su secta, tenia allí sus prédicas heréticas, á que acudian algunos franceses, particularmente hugonotes y otros, como luteranos y calvinistas, y que no permitiese que en reino tan católico, en provincia tan fiel y cristiana, se ejercitase una cosa tan fea y abominable; que así se lo mandase como cabeza y como general. Respondió el Príncipe que lo haria, aunque con alguna tibieza, y no se enmendó nada la oferta ni se acordó ó no quiso decírselo. Tornó el capuchino segunda vez á instarle y llevó la misma respuesta: volvió la tercera, más determinado y con resolucion de apretarle, ejecutólo, y respondió el de Condé, habia ya oido aquella demanda tres veces y que lo habia considerado; mas que no se habia atrevido á declarar con él ni apretarle sobre ello, porque el marqués de la Forza era un soldado tal, que el Rey Cristianísimo le habia menester y tenia necesidad de su persona; y así, que no le hablase ni cansase más en aquella materia. El religioso, enfurecido en agravios de Dios y en ofensas



suyas, instigado de las fealdades y falsas sectas contraidas en aquel sagrado lugar, le dijo y pronosticó que, pues no habia defensa ni amparo en la fe sacrosanta, ni en la pureza del altar, seria sin duda aquel pecado azote de los franceses, y que permitiria la omnipotencia de Dios que todos fuesen frustrados y arrojados de allí tan apriesa, que no pasarian muchos dias que esto no se viese y efectuase por aquellos pocos españoles que estaban al opósito; y con esto se despidió, y le dejó amenazado el castigo que presto veremos, por aquel sacrílego delito.

Llegó D. Lope de Hoces con la armada á la vista de San Sebastian y de Fuenterrabía, y reconoció luégo el poder de la armada francesa, que era de 50 navíos, los más de ellos de gran porte: comenzó el arzobispo de Burdeos á darle bordos, y no habiendo sabido D. Lope la toma de los Pasajes, que le habia de haber avisado el Almirante con un barco para que procurase abrigarse dentro, reconociendo el peligro en que se hallaba, y con 12 navíos no más de para embestir á 50, no queriendo intentar cosa indigna de su reputacion y de aquellas armas españolas, se metió en Guetaría, por puerto más cercano á Fuenterrabía; donde todos los que le vieron, y lo alcanzaron á saber en el Reino y en la corte, le dieron por perdido, porque no pudiera, reconocido tan grande grueso, hacerse á la mar, y aguardando la noche, tomando rumbos de marinero volverse á la Coruña, y ya que le habian empeñado, no aventurarse á perder aquella pequeña armada, su honra y opinion, como él lo habia dicho á los cabos, capitanes y soldados: mas cuando ya tuvo aviso que los Pasajes estaban por el Rey, y quiso surtir allá para juntarse con los navíos que tenia á su cargo D. Francisco Mejía, se halló sin viento para poder salir. Encerrado, pues, allí, y reconocido el peligro manifiesto en que se habia metido ó le metieron, le cercó la armada enemiga en forma de media luna, y le pareció al arzobispo de Burdeos ocasion á propósito para que, no aventurando su gente y sus navíos, quemarla, como ya lo habia prevenido, porque le era forzoso para pelear sacarla de las trincheras adonde la



habian dado, y quedar tan flojas y desarmadas que seria muy posible acometerlas y llevárselas al Almirante y socorrer la plaza y haber concluido la nuestra dichosamente la faccion. Resuelto, pues, el Arzobispo de quemar los navíos, á 22 de Agosto de este año, se fué con 40 de los suyos y seis de fuego, para el puerto de Guetaría, con todos los materiales en ellos que han inventado el ingenio de la maldad infernal para extinguir y afondar en llamas y en agua aquella moderada escuadra. Cerróle al punto cañoneándose de ambas partes furiosamente; y reconociendo el Arzobispo la fuerza de nuestros bajeles, y que los capitanes y soldados ardian por defenderse y pelear, y que no habia de poder tomarlos, resolvió con infame determinacion de quemarlos. En este conflicto, juntó D. Lope de Hoces los cabos y generales que se hallaban en él, y arrimando todos el juicio á lo más necesario, ocurrieron á sacar la artillería y fortificarse en tierra; y si el enemigo quisiese llevarse los bajeles, quemarlos primero, para que no lograse el intento y triunfase del despojo; y aunque D. Lope puso á la entrada del puerto algunas barcas con vigas atadas y hombres señalados dentro en ánimo y generoso espíritu de resistir, atacados los seis navíos de fuego de los tiempos favorecidos del viento que los llevaba sin dificultad ninguna al puerto, los metió dentro, para castigo de gravísimas culpas nuestras, no aprovechando la artillería que se les tiraba para apartarlos y salvar el riesgo á tiempo; premeditando, no sin juiciosa observacion, ardiendo y poniendo el hombro á esta calamidad y á este incendio, se entraron los cabos á salvar sus navíos y á morir, ántes que desampararlos, de la ira del fuego que de los cierzos de la calumnia. Quemáronse, finalmente, algunos cabos y capitanes señalados, y entre ellos el general D. Juan Bravo de Ayas, el almirante de la escuadra de Galicia D. Juan Pardo, ambos del hábito de Santiago; los almirantes D. Alonso de Mesa y Pedro de Marquintana; los capitanes de galeones Antonio de Raiguela, Baltasar de Torres, Cristóbal de Garnica, D. Gonzalo Novalin y Pedro Fernandez de Cora; los capitanes Rodrigo y D. Diego Rubin de Celis, D. Diego de Cárdenas, Alonso Fernan-



dez Rebellon; los alféreces D. Arias Pardo, D. Estéban de Zamora, y los pilotos mayores Domingo de Encinal y Jaques, con número considerable de soldados y marineros. Cosa verdaderamente lastimosa ver arder 11 navíos, porque el uno salió á la mar y con ellos tanta gente de valor, grumetes, marineros, municiones, bastimentos, dándoles prisa á quemar los nuestros, porque no fuesen presa de los enemigos. Salió D. Lope de Hoces de *La Capitana*, con dos artillazos en un brazo y una pierna, arrojándole á la mar y le sacaron nadando, habiendo cumplido con todas sus obligaciones; pero con la calumnia del Arzobispo, si pudo ó no tomar aquellos 12 navíos, aprovecharse de ellos y no quemarlos; de D. Lope, si los pudiera haber salvado saliéndose á la mar y escapar, peleando ó perderse de mejor aire y fortuna, siguiendo el ejemplo y la osadía de D. Nicolás Judici y D. Francisco Espínola, que escaparon el galeon *Santiago*, que iba á su cargo, saliéndose á la mar y volviendo á la Coruña, siguiéndolo el enemigo siete dias por tomarlo, siendo cosa más posible quemar á España una armada que ganarle un navío. Fué sentido este suceso en toda la Provincia, y discurriendo por ella á Castilla y á la corte, lo fué para al Rey, para los Ministros y para los vasallos, no dejando de desconfiar de todo: con que por ahora dejaremos á Fuenterrabía por tratar de las cosas de Flandes, admirables y dignas de memoria este año.

Diligente el rey de Francia y Richelieu en extender la guerra del País-Bajo, acabarla y hacerse señor de aquellas provincias, para despues encaminarse á mayores designios en la Europa, no sin gravísimo cuidado de los holandeses, aunque no se atrevian á declarar con él por no perder su patrocinio, de que concluido aquello lo fuese la alianza contraida entre ellos por tantos años habia, se reconocia ya de parar y convertirse en un señorío y servidumbre no ménos pesada y de sujecion, cual se puede presumir de un tirano ambicioso y amigo de usurpar lo ajeno. Para esto procuró con los Estados rebeldes y con el príncipe de Orange hacer los últimos esfuerzos, y los mayores que hasta allí se hubiesen visto, así en



infantería y caballería de ambas partes, como en los demas pertrechos de artillería, máquinas de fuego, municiones y las demas cosas militares concernientes á superiores designios y materias: finalmente, pudo concluir y acabar con los rebeldes, sus confedarados, que con armada gruesa y otras embarcaciones menores, y con ejército de 18.000 infantes y 5.000 caballos, á cargo del de Orange y conde Guillermo de Nasao, invadiesen la parte de Dunquerque, para que á un mismo tiempo se diesen la mano con el ejército que él pensaba meter hácia aquella frontera y obrar á la sombra con progresos sangrientos de otros dos ejércitos que tenia destinados para la invasion de las demas provincias obedientes y católicas. Habia hecho ya ántes, por los meses de Marzo y Abril, muchas y muy gruesas levas de gente, y formado el primer ejército de 15.000 infantes y 6.000 caballos; y dióles por caudillo al mariscal de Chatillon, hereje y hugonote, y una de las cabezas de aquel partido: alistóse en éste mucha gente de la nobleza de Francia y la flor de la milicia, con designio de salir por el Valonés á la provincia de Flandes á sitiar á Santo Omer, y estando ya en pié, formado, y al tiempo de salir en campaña, y fundando en él grandes esperanzas y que habia de ser la ruina de aquel grande y nobilisimo país, y que se le habia de poner en las manos, partió el Rey en persona con el cardenal Richelieu desde París á Compigni á verle, sin embargo de que volvió muy poco satisfecho de su calidad y ménos confiado dél de lo que ántes se le habian alabado, y de las relaciones que se le habian hecho. El mariscal de Chatillon y otro cabo, tambien hereje y hugonote, conducian tropas de este segundo ejército, que constaba de lo referido, del todo de algun cuidado, por ser este cabo de los mejores y más antiguos soldados de la Francia y llevar algunos regimientos viejos, y con designios de recuperar á Chatelet, que el Infante tomó los años pasados, entrar por el Cambresi y hacer allí facciones considerables y de terror para la fortísima plaza de Cambrai, sin embargo de que despues los accidentes de la guerra y la fortuna de nuestros sucesos, este año, le hicieron mudar de intento. Gober-



naba el tercio el mariscal de Bresi, pariente del cardenal de Richelieu, compuesto y armado de 5.000 infantes y 3.000 caballos, con pretexto de que este ejército señorease el Ducado de Luxemburg, ó poner en necesidad al infante D. Fernando por aquella parte, y embarazar los socorros que de allí, de Alemania y Vesfalia le podian venir al príncipe Tomás, para los designios premeditados ó defensas que se habian discurrido; de suerte que tenia sobre sí este año el valentísimo País-Bajo, así de sus rebeldes como de enemigos franceses, entre unos y otros 48.000 infantes y 17.000 caballos, resto para desolar el mundo cuanto y más provincias tan infestadas y por tantos años, de tantos y tan soberbios émulos y gentes, en donde todos han probado sus fuerzas, sus artes, sus designios y materias, sus hechos, venganzas y pasiones, y todo á fin de desarmar esta Monarquía, derramando su sangre y sus tesoros. Y de todos triunfó este año de 38 la nacion española, como veremos, despues de los memorables hechos acaecidos en Italia, y las defensas prodigiosas y formidables que se obraban en Fuenterrabía, y todo de admiracion y de asombro para los que hoy son y serán, y para idea y dechado de la historia y de plumas, aunque se nos pongan delante las griegas y latinas.

Tenia el Infante al opósito de estas fuerzas, si no las mayores, las precisas, y la grandeza de ánimo de su gallardo espíritu, por haberle faltado las levas que se habian hecho en Alemania, y si no las que presumieron, llegaron tarde y á lento paso las que estaban á cargo del conde Octavio Picolomini; tanto, que apénas pudieron servir á los últimos trances de la guerra de este año, y áun entónces muy menoscabados. Sin embargo, formó un ejército de 9.000 infantes y 3.000 caballos que habia de gobernar el príncipe Tomás, en opósito de los designios del mariscal de Chatillon: formó otro de 10.000 infantes y 3.000 caballos contra los holandeses, que tomó á su cargo y asistencia, y puso en el Ducado de Luxemburg á los intentos de Brese 4.000 infantes y 1.000 caballos debajo de la conducta del sargento mayor de batalla



Lamboy, soldado viejo y muy ejercitado en ambas Germanías y en el servicio de ambos Césares. Con estas fuerzas, aunque inferiores, en suma de 25.000 infantes y 8.000 caballos, se hallaba el infante D. Fernando, no dudando de embestir á los enemigos, hacerlos retirar y triunfar de los dos, hacerlos rostro y cara, y debelar, y arredrar del país, como lo hizo con gallardía y denuedo. El duque de Lorena, Cárlos, se hallaba á esta sazon á la defensa del Condado de Borgoña, con razonable número de infantes y caballos, en que habia pocos más de 6.000 hombres, al opósito del duque de Longavila, que le infestaba, como tambien con otro tanto número de franceses el duque de Beimar, inquietando la Alsacia; pero á su frente y para retroceder, sin embargo de irse aumentando en gente con los socorros de protestantes alemanes, mal contentos y franceses aliados, Juan de Bert y el duque Savelica, capitanes imperiales, con otro tanto número de gente, así de infantes como de caballos: el Emperador hacia la guerra á los suecos, asistidos de herejes los enemigos públicos y secretos de la corona Cesárea y del Imperio, alteraban la quietud y el comun reposo, y no vivia sin cuidado Italia. Como ya lo dejamos referido, habia tenido el marqués gobernador 16.000 infantes y 5.000 caballos, habiendo contendido y muerto al general francés, duque de Crequi, y rechazado diversas veces al marqués de Viglia, general saboyano, en el Piamonte, y señoreado á Berceli; de suerte, que contaba el Rey Católico este año, guerreando en Flandes, Italia y Borgoña, sin lo que tenia en los presidios y armadas, y en Fuenterrabia y en otros auxilios de la Europa, 60.000 soldados; siendo reo de todos estos movimientos y conmociones aquella sierpe tortuosa de la Francia.

Y discurriendo con brevedad por otros sucesos de la Monarquía, y varios climas del mundo y donde alcanza la osadía española, digo, que se defendió la fuerza de Melilla, puesta en la costa de Africa, de la insidia de los bárbaros por el valor de los portugueses: que pretendian los holandeses en Goa, plaza fortísima en Oriente y cabeza de las demas que tiene allí



la corona de Portugal, grande imperio y comercio, con 10 navíos armados y bastecidos embarazar el descargo de las naos que vienen cada año de aquellas remotas partes, cargadas de riquezas innumerables; mas Pedro de Silva, virey de las Indias, del Consejo de Estado de Portugal, armando seis galeones nuestros y dándolos al general Antonio Tellez de Silva; mandó que los embistiese; y hecho á la mar, peleó gallardamente con ellos dos veces, haciéndoles retirar y desistir de la empresa, no sin gran pérdida de aquellos rebeldes. Lo mismo hicieron en el Brasil animosamente: á 27 de Agosto llegaron los capitanes Francisco de Soto y Pedro de la Carrera y Arenas, enviados al Consejo de Portugal por Pedro de Silva, gobernador de la bahía de Todos Santos y ciudad del Salvador, y por el conde de Boñolo, gobernador del estado del Brasil: siendo ya pasado el medio dia, y cuando S. M. acababa de comer, los trajo Diego Suarez, secretario de Estado, del Consejo de Portugal, á Palacio y al mayor Ministro para que les informasen del suceso; y como entónces no habia en el corazon de los hombres sino el sitio de Fuenterrabía y el deseo que tenian de saber su estado, creyeron algunos que eran de allá los mensajeros: introdujéronlos en el cuarto del Rey y los ayudas de cámara dieron seña de que habia alguna novedad y buena, porque así lo entraron diciendo por el patio de Palacio los capitanes. El Rey alcanzó algo por el alborozo de los que se hallaban allí, mas no sabia lo que era, y nadie se quiso declarar hasta que viniese el mayor Ministro, á quien queria él que tocasen estos avisos y los queria para sí; que tan observados eran sus preceptos: bajó por el cuarto retirado y los capitanes con el Secretario por el antecámara; presentáronse delante del Rey, y refirió el uno que, atendiendo los gobernadores del Brasil con su incansable celo y atencion á la defensa de aquel Estado, á 16 de Marzo de este año, una armada holandesa hacia carnes y harinas y otros refrescos en el rio de San Francisco, que sin duda ninguna era con designio de embestir con la bahía de Todos Santos y la ciudad, que era lo que restaba para sojuzgar todo el Brasil, y convocaron la tierra y la prevencion porque no



los hallasen descuidados: dió vista el enemigo á la bahía con 45 velas, 25 galeones de porte, y los demas pataches, lanchas y barcas, con 6.000 hombres de guerra; que se les opusieron á la desembarcacion, y sin embargo, echaron gente en tierra; que salieron los portugueses y castellanos, y en varios reencuentros y asaltos los desbarataron, mataron mucha gente, hirieron y prendieron pasados de 2.000 hombres, les tomaron artillería y los hicieron embarcar, mal de su grado, y dejar la tierra vergonzosamente. Holgó el Rey de oirlo, y mandó que los hospedasen y socorriesen; deseando que aquella nueva fuera de Fuenterrabía, y así lo mostró con afecto notable del corazon. En la Alsacia, siendo Brusahe plaza importantísima, asediada por los franceses y alemanes, mal contentos y protestantes, fué socorrida de los imperiales degollando dos regimientos de Beimar, su caudillo. En esto no pudo dejar de decir que no teniendo allí más de un cuidado, habiéndose desembarazado del Palatino del Rin, muértole la gente junto al Africa y recobrando á Mepen, que se pudiera haber asistido con más diligencia á la Alsacia y á Brisac, ambas á dos causas importantísimas por lo que toca á la asistencia que se debe á la fe del duque de Lorena y á la recuperacion justa y precisa de aquel Estado, y tambien por la seguridad y firmeza y conservacion del Condado de Borgoña y del Condado del Tirol, todo á cargo de la archiduquesa Claudia, viuda del archiduque Leopoldo; y porque no se perdiese aquel paso tan necesario y frecuente para Italia y para la recuperacion de todas maneras necesaria del Ducado de Borgoña; porque el Emperador debia de haber acudido allí con toda su potencia y armas, capitanes y soldados, y cuanto nos parecia á todos que se iba reengendrando en la tranquilidad y sosiego del Imperio, por estar los mayores y más formidables de los enemigos de la Liga retirados y en sus casas haciendo penitencia, y con enmienda pública de lo pasado; estando tan de cuidado el partido de los suecos, que no es bueno dejarlo todo á la cortesía y cuidado de España, cuando de aquellos enemigos se veian extrictos las medios de su conservacion en Alemania.



Cuando por ayudar al César nuestros Principes se han echado toda la guerra sobre sí, no puede siempre el dinero estar de manifiesto ni se puede aumentar ni sufrir: esta es regla estadista de descuido, por sacarle, y que si siempre me le envien nuevos privados, nuevas astucias y cautelas, y de ordinario unos con otros, que es el mayor naufragio que se padece; y de esta manera dicen que entraba gobernando el que mandaba al nuevo Emperador, pretendiendo sus emulaciones con el nuestro, porque no le faltase nada á la influencia del tiempo.

Atento y vigilante S. A. al estado que este año tenia el País-Bajo, los muchos y muy notables riesgos que le amenazaban y los grandes ejércitos que le ceñian, así de Francia como de Holanda, que no habia de combatir con cuatro, y por esta causa resuelto á introducir y formar mañosa y sagazmente una guerra defensiva; ordenó sus tropas de manera, guarneciendo las plazas más importantes, que dejó para campear lo mejor y lo mayor que pudo, para hacer rostro á ambos contrarios y salir con gloria de ellos. Informóse, pues, á esta hora que el mariscal de Chatillon, con el ejército francés se hallaba en los contornos de Avevila para entrar por el Valonés en la provincia de Flandes, y Monsieur de la Forza á los contornos de la Fera con intento de cargar á Arlens, por donde pasan las riberas del Escarpe y Senset, y el mariscal de Brese hácia Mesieres para invadir el nobilísimo país de Luxemburgo. Vístolos así y reconocidos por la prudencia y gran juicio del Infante, mandó, que para el opósito del mariscal de Brese, que el sargento mayor de batalla Bert, con la gente imperial que habia invernado en aquella provincia, ocupase un puesto para poderse dar la mano con Tionvila y Bas y Montmedi, caso que intentase sitiar algunas de sus plazas, y tambien para estar á la mira de los movimientos del mariscal de la Forza; que el coronel Riveroy se alojase en Guibet, y que él con 700 infantes entrase en Tirlemonte y repartiese la demas gente de su regimiento en Felipevila y Mariemburg; y que el conde de Isemburg se acuartelase en Arlens con los tercios del viz-



conde D. José de Paveara, 10 compañías del conde de Fuensaldaña, las de D. Francisco Toralto y Cárlos Guasco, y el regimiento de Juan Agustin Espínola, y que se hiciesen algunas fortificaciones en Sailile, Esduse y Palber, por ser las avenidas más importantas de aquellos países, cuidando de Arras, Duay, Bapaume y Buchain y que enviase gente al conde de Fuensaldaña, caso que franceses se encaminasen á Cambresi; y si se inclinasen hácia Flandes, marchase luégo la misma vuelta y entregase la gente luégo al marqués de Fuentes, á quien se habia ordenado, para investigar los designios de Chatillon, que pusiese los tercios del marqués de Velada, baron de Vesmal, hijo del baron de Grobendock, y D. Guillermo Tresame y el comisario general D. Francisco Pardo, con alguna caballería, entre Gravelingas y Sant Omer, para acudir á estas plazas y á la de Bourbourg: con que se prevenia, no sólo á su defensa, sino que se impedia que los holandeses no desembarcasen en la playa. Y por no haber podido ir á la faccion el marqués de Fuentes, ocupado cerca de la persona de S. A., se encargó despues este cuidado al conde de Fontana, el cual alojó la infantería sobre la ribera que viene de Sant Omer á Gravelingas y Dunquerque. Dióse órden al conde de Villarval que se alojase en Orbeste Capeli, para impedir que el rebelde no desembarcase en Asegast, ó alguno de los que están en el opósito de la Exclusa: al maestre de campo, D. Enrique Gape, que se le alojase en Cochochort, quién dice que para acudir al fuerte de San Job; y á D. Eugenio Oneyu, en Sentase para defensa del Saso; y 10 compañías de D. Enrique de Alagon, conde de Fuenclara, en San Filiste, para acudir á Huselt, donde habia otras cinco compañías de este mismo tercio; y al maestre de campo Anos de Rivacourt se ordenó que se pusiese con su tercio en Bose, para reforzar el dique de Calo y fuertes de la Esquelda; dando órden al coronel Brison que estuviese en Namur hasta que llegase el conde Picolomini. Dispuestas las cosas en este estado, estaba atento S. A., y el príncipe Tomás y todos los cabos del País-Bajo, á los movimientos de los franceses, cuando á la misma



bora el mariscal de Chatillon, con el ejército juntado en los contornos de Avevila y el Valonés, en que se incluian 15.000 infantes y 3.000 caballos, se encaminó por San Poluí, villa muy flaca y que no podia resistir á tanto poder. Estaban allí dos compañías del tercio de Beimar: envióles Chatillon un trompeta para que se rindiesen, y resistiendo con valor, hasta que vieron delante de sí el ejército y la artillería, no pudiendo pasar más adelante se rindieron con honrados partidos, y de salir con armas y bagaje, que no se les cumplió; usando los franceses en todo actos de hostilidad, y con soldados vencidos la villanía de su trato y ruin proceder, desbalijándolos y quiquitándoles las armas en el camino. Corrió desde allí Chatillon á Bechune, donde poco ántes habia entrado D. José Saavedra con 11 compañías de su tercio, que venia marchando hácia Arlens, con que torció su camino por Petene y Lileves, villetas ambas de poca consecuencia y sin guarnicion; y encaminóse desde allí hácia la de Ayre, donde á instancia del gobernador envió el Saavedra 400 hombres de su tercio, y el conde de Fontana dos compañías de Besmal: túvose por cosa cierta, como se entendió de algunos que tomó nuestra caballería, que el enemigo queria cargar ántes de otra cosa á Ayre y plaza fuerte; pero hallándola prevenida y con socorro bastante la dejó y pasó á Sant Omer: ganaron el castillo de Arch, distante de esta plaza ménos de media legua; despues ocuparon todos los demas puestos que habia alrededor de la villa, no habiéndolos podido sustentar nuestra gente, ni la que el conde de Fontana tenia, ni quedar su persona en Vaten, que es sobre la ribera, por tener poca gente y haber parte de ella enviado á Ayre y Sant Omer. Habia en esta plaza cuatro compañías del marqués de Velada, 150 ingleses del Triseme, y 200 valones de Besmal, sin cuatro compañías de D. José de Saavedra, y las del gobernador mayor de la villa. Hallábase dentro el baron de Besmal, el sargento mayor de su tercio, que ocupaba con 200 hombres el puesto de Basquerre, y conociendo la dificultad de conservarle, se retiraron con la gente dentro de la plaza, con que habia en ella 1.500 infantes

y 400 caballos. Hizo sacar el conde de Fontana, con órden de S. A. R., 42.000 libras de pólvora de Dunquerque para refuerzo de la villa; y entendido por el Infante el intento de Chatillon, mandó al conde de Isimburg pasase á juntarse con el conde de Fontana, tomando la vía de Poperinghen, y que el príncipe Tomás partiese de Bruselas, y el marqués de Fuentes y conde Juan de Nasao, que con el de Isemburg habian de asistir cerca de su persona, partiesen de los puestos donde se hallaban.

Juntóse con el príncipe Tomás en Bourbourg la gente que traia el conde de Isemburg, y poco despues el tercio del conde de Fuensaldaña y el regimiento de Juan Agustin Espínola, de suerte que, con las demas tropas que se le iban juntando, llegó á formarse aquel ejército en número de 8.000 infantes y 4.000 caballos, sin los croatos que se le agregaron á él. Hallábase alojado á esta hora el Marqués, digo el mariscal de la Forza, en Primont, entre Chatelet y Buchain: creyóse de los de adentro que acometeria á restaurar la plaza ó que tomaria á Buchain para meter en alguna diversion nuestras fuerzas, para que obrase sobre Sant Omer el mariscal de Chatillon y con más desembarazo el de Brese, que con la parte de ejército que le habia tocado no habia hecho nada: esperaba el Infante al conde Picolomini para engrosar sus tropas, y envió desde Bruselas á darle prisa al teniente general de la artillería, D. Bernardino de Rebolledo. Los holandeses, á la sombra del protector ya se dejaban sentir; aprestaban su ejército en número de 16.000 infantes y 5.000 caballos; tenian embarcada la mayor parte de su infanteria, recogidas en Breda muchas municiones y víveres con 1.500 caballos, al parecer de los de más noticia, el mayor grueso que años há habian juntado, con recelo verosímil de tentar á Amberes, Hulst, ó el Saso: llegaron con confianza tal, que pensando conseguirla, se habian hecho, ó pensado hacer, grandes contribuciones, y sobre ellas se habian librado algunas partidas: quién discurria que dándose la mano con franceses era para la empresa de Gravelingas ó Dunquerque, y que mejorándose el príncipe de Orange por la



mar la vuelta de aquella plaza, procuraria hacer algo en la Mosa. A todo asistia S. A., y á éste con particular vigilancia, porque era el que habia tomado á su cargo y por su persona, con lo que habia quedado de gente despues de haber ocurrido al opósito de los tres ejércitos franceses, con designio y aliento verdadero de combatir con el rebelde; pero echado el sitio á Sant Omer, de comun parecer resolvieron los cabos del País-Bajo socorrerla, y para esto, aprestado el príncipe Tomás con la infantería y caballería referida, que le dió el infante D. Fernando para este efecto, llegó al puente de la Base á los primeros de Junio, á hora y media de camino de Bourbourg, pensando poder marchar á las ocho; y hallándose al amanecer en el puerto de Bach, la calidad del país no permitió á los nuestros poder marchar hasta la entrada de la noche, de suerte que por los malos caminos no pudo llegar hasta el amanecer á la vista de Baten, adonde habia gente del enemigo, los cuales dieron aviso con fuegos y ahumadas; y habiendo dos leguas de camino, ántes de nuestra llegada tuvieron tiempo de reforzar sus puestos primero que diese vista nuestra vanguardia á un puesto distante medio cuarto de legua de Sant Omer y Bach, para cuyo intento el príncipe Tomás, y para salir con la empresa que tenia en atencion á ambas Germanías, y casi todo el resto de la Europa, viéndose rodeado de maravillosos cabos y capitanes, y soldados deseosos de emplear sus personas en tan árdua ocasion, puesta la mira y la prudencia en obrar con acierto y consejo al opósito de caudillos tan bien reputados y de enemigos de tanto valor y nombre, ordenó la marcha de esta manera:

Que Monsieur de Pascual, capitan de su guarda, con 40 arcabuceros de su compañía y D. Juan de Vivero, teniente general de la caballería, con 300 caballos en tres tropas, de que eran capitanes de los españoles D. Alvaro de Vivero y D. Juan Padilla, y de los italianos Cárlos de Tutavila y el conde de Serraval, y de los valones el baron de Abisc y Ramere, estos llevasen la vanguardia y los siguiesen dos escuadrones volantes de á 600 hombres cada uno, el que gobernaba en primer lugar



el conde de Fuensaldaña, compuesto de 300 de su tercio y los demas italianos con 100 ingleses, y el otro escuadron á cargo de D. Eugenio Oneli, que se formaba de 200 soldados del tercio del marqués de Velada, y 100 del maestre de campo Don José Saavedra, 200 irlandeses y 100 valones del baron Besmal; siguiesen cuatro piezas de campaña con las municiones necesarias, y á lo último los tercios del marqués de Velada Oneli y D. Francisco Toralto, y 400 caballos con los capitanes D. Jerónimo Briceño de la Cueva, Gramont, D. Pedro Arroyo y D. Alonso Dávila; y en su prosecucion, y en la misma órden y diligencia, un batallon compuesto de alguna parte del tercio del conde de Fuensaldaña, gobernándole su sargento mayor, en que iban algunos ingleses. En esta forma salió en campaña á la defensa de Sant Omer el principe Tomás sin embargo la poca artillería, bastimentos y municiones; y marchando delante de los tres tercios, y en la retaguardia lo restante del de Fuensaldaña, y de los maestres de campo Juan Agustin Espinola y Cárlos Guasco, soldados todos de opinion y de cuenta, quedó el general de la artillería con toda la artillería gruesa y el bagaje en un puente que los nuestros habian hecho en la ribera, dando órden el príncipe Tomás al sargento mayor Guasco, que pasase por Baten y que partiese en anocheciendo para tomar una iglesia en que se habian fortificado 150 hombres del ejército de los franceses. Ejecutólo con tanta bizarría, que del primer acometimiento dejó el enemigo los reparos que tenia en su defensa, no poco fuertes, y corrieron con diligencia á retirarse á la torre: oyóse á la mitad de la noche en el campo del príncipe Tomás el ruido de la arcabucería, siguiéndolos los nuestros la marcha en la manera dicha; llegando la vanguardia al puesto, distante media hora de camino de la villa de Sant Omer, ántes de las cinco de la mañana, desde donde enviaron reconocedores hasta las fortificaciones del enemigo, prendiendo algunos soldados, que confesaron que en el puesto de Bach no habia sino 500 hombres, mas que les iban llegando gente y se fortificaban muy aprisa. Oyendo el príncipe Tomás que el ejército francés se acercaba, resolvió tomar



puesto para reconocerle á su satisfaccion: mandó marchar en la órden que he dicho, y que la guardia ocupase unos sitios á tiro de mosquete de las trincheras del enemigo, y una eminencia que sojuzgaba aquella parte con desembarazo para darse la mano y ayudarse los unos á los otros, y plantóse allí la artillería y pusiéronse la mayor parte de los caballos con resolucion de acometer ó entretener allí á los enemigos, á quien pareció nuestra gente de mayor número de la que pensaron, porque llegó en cuatro estancias, y se dió tal arbitrio y disposicion en su forma, que parecia haber llegado un poderoso ejército, por ser la representacion y la apariencia mucha. El capitan Pedro de la Cotera y todos los que iban de vanguardia reconocieron con brío y resolucion, y el príncipe en persona, y hallaron que las trincheras de los franceses estaban defensivas y bien reforzadas de gente y con bastante guarnicion, que se presumia habria pasados de 9.000 hombres. Venia todo el grueso del enemigo marchando de la otra parte de la ribera, donde tenia puente, asistiendo allí todo el dia, y fué causa que el príncipe Tomás, con deseo de lucir y aprovechar la ocasion, y ante todas cosas por no aventurar la gente del Rey, por ser poca, siendo menester mucha más para defensa del país, por hallarse con tres ejércitos enemigos sobre él, determinó socorrer la villa por otra parte; y teniendo noticia de algunos pasos á propósito, por donde se podia introducir, los envió á reconocer, y por el mismo consiguiente á Condé, Luxemburg, Anies, Verlet, y halló que aquel puesto no estaba guardado. Con este aviso, á las once del dia, miéntras la vanguardia escaramuzaba con alguna caballería que los enemigos habian echado fuera de sus reparos, sí bien no apartándose del abrigo de la mosquetería, movió el príncipe Tomás y sacó por la retaguardia á Juan Agustin Espínola, con su regimiento, y le envió á ocupar el puesto reconocido; llevando instrumentos para fortificarse en él, y algunas municiones y otros refrescos para meter en la plaza, y los pontoncillos para hacer luégo el puente.

Ejecutóse esto, sin embargo, sin inconveniente ninguno, é



hizo avisar luégo á la villa que enviasen barcas para recibir las municiones, y que por su parte facilitase el paso para poder salir y entrar con ellas, miéntras el Príncipe ordenaba la gente y los pertrechos que habian de entrar; esperando que Juan Agustin Espínola le avisase que los puentes estaban echados en algunas de aquellas riberas cercanas á Sant Omer, que por pequeñas las más no tienen nombre y acaban su curso y corriente con brevedad en la mar, y casi todas reciben el agua de ella misma. Llegó aviso que venian las tropas francesas con resolucion de acometer la gente del príncipe Tomás, diciéndolo así el capitan Dupre que los habia reconocido y un soldado prisionero, y envió el Príncipe luégo á la hora el Comisario general con 10 compañías de caballos y 300 infantes, del tercio de Guasco, para que procurasen cortarlos: al mismo tiempo llegó un teniente de caballos que habia ido á convoyar la gente que salió rendida en Baten, y encontró con los enemigos, que empezándole á tirar, le fué forzoso dejar los convoyes y volverse; y refirió á los nuestros lo que le habia sucedido y la gente que habia topado, y como, á su parecer, era la vanguardia de Chatillon, y á un tambor que enviaban con él, y que le pareció el número de los enemigos como de 6.000 infantes. Llegado esto á las orejas del príncipe Tomás, y que era grueso el número, todavía incrédulo en alguna cosa de la relacion, envió á la hora lo restante del tercio de Cárlos Guasco y al teniente del maestre de campo general, Juan de Orozco, para que ántes de empeñarse reconociese con mucho cuidado y prudencia los que eran; y continuando los avisos que era mayor el número de los enemigos, encaminó al conde Juan de Nasaó, general de la caballería, y á Dionisio de Guzman, sargento mayor del conde de Fuensaldaña, con algunas tropas y trozos para sustentar los caballos, se aprestase, y que lo restante del ejército coronase la eminencia porque el enemigo no la ocupase, porque de lo contrario era muy posible poder desalojar de allí nuestra gente, obligándolos á pelear con gran ventaja de los franceses. Entretanto que el príncipe Tomás disponia así y ordenaba su campo, y se co–



menzaba á marchar, Orozco y el sargento mayor Fontaneli informado mejor y que la gente del enemigo no pasaba de 2.000 hombres, si bien se habian atrincherado con sus carros, que eran muchos, entre unos setos muy fuertes y á propósito para su defensa y conservacion del designio, se tomó otra resolucion; escogiéronse ménos de 400 soldados, y estos los acometieron con tanta fuerza, que aunque fueron bizarros en la resistencia, habiéndolos muerto al maestre de campo Flogores, se rindieron á discrecion: ventilóse qué cuartel se les daria, y por no degollar (no se la concederia otro) gente ya rendida y tanta, le concedió las vidas el príncipe Tomás, y tomáronse municiones y víveres: súpose venian á ocupar el puesto de Niverlet, con todo lo necesario para sustentarse en él, con ánimo de impedir é imposibilitar el socorro á Sant Omer. Quedaron presos 1.905 soldados, y entre ellos un maestre de campo de nombre, 17 capitanes, 24 tenientes, 19 alféreces, 11 sargentos y muertos los demas y otros oficiales: en varias relaciones y cartas, escritas de ellos mismos, refieren haber sido mayor su pérdida y de gravísimo sentimiento para la Francia. Murieron de nuestra parte y de algunos hombres conocidos, el capitan Felice Judici, el conde Ebrando, sobrino de Picolomini, personajes y caballeros valerosos; de la nacion italiana 25 soldados y 43 heridos: obraron los nuestros con ejemplar denuedo y valentía, no siendo á los demas franceses y á los que asistian al asedio de la plaza de sazon, ántes de coraje y no buena esperanza para lo de adelante. Encaminándose nuestra gente á mayores y más prósperos fines, alojó en el mismo puesto que habia escogido el enemigo, dejando con esta faccion socorrida la plaza de gente y municiones, y retirándose con muy buena órden sin que los enemigos osasen salir de sus cuarteles ni trincheras á inquietarlos. Al tiempo que partió con el socorro Juan Agustin Espínola, entre once y doce de la noche de aquél dia, atacó el enemigo el puesto ganado; y entendido del Príncipe, trascendió el designio, que era reconocer si estaba ocupado para romper el puente; pero fué rechazado, y los que iban para

entrar en Sant Omer hicieron alto para avisar al Príncipe de lo que habia para que los ordenase el camino; mas luégo se reconoció que se habian retirado y que todo estaba pronto para pasar la gente: envióles á mandar que marchasen á la ejecucion de socorrer, y llegados á dos horas de dia, con bizarra demostracion y á son de caja, con banderas arboladas, en número de 400 hombres en siete compañías, y en otras cinco 300 italianos, 100 de Besmal, con dos capitanes, y lo restante del tercio de ingleses de Tresame, llevando la gente á su cargo un sargento mayor y el baron de Besmal, saliendo á darle la mano por la parte de Bach, ayudando aquella gente al socorro con la mosquetería y algunas piezas que sacó sobre el dique, con que á todas horas se entraba y salia libremente de la plaza, quedando aquellos burgeses y toda la tierra, particularmente el infante D. Fernando y las demas guarniciones del País-Bajo, con sumo contento y alborozo, cuanto confusos y amedrentados ambos aliados, holandeses y franceses, por el buen principio que las tres naciones, española, alemana é italiana, y otros que se han nombrado en este epílogo, habian dado á la guerra de este año, no sin milagroso reparo de los más fieles; observando y atribuyendo que aquella victoria la habia dado Sant Omer, por haber sido acometida en el dia de su celebridad, tránsito y nombre, en que Dios por su infinita bondad es maravilloso en sus santos, defiende sus pueblos y se magnifica en oir sus ruegos y plegarias, y condesciende con ellos y con sus peticiones; porque cada dia con este hecho se esperaba que el francés de todo punto habia de levantar el sitio de la plaza, y caso que persistiese en ella, se presumia que con la gente de Alemania, que venia marchando por la conducta del conde Picolomini, tomaria resolucion S. A. R. y le forzaria en sus mismas fortificaciones á hacerlo á su pesar y mal de su grado.

Viendo el Infante á los mariscales de la Forza y Chatillon, ambos capitanes de reputacion, aunque mal parados en sus principios, pero dentro del País-Bajo, y que habia prevenido por su parte todas las defensas y cuanto habia podido para la

salud de aquellos vasallos, para atender á todo con más precision, y ocurrir con todo su ánimo generoso á la mejor parte de la Europa que se le habia encomendado, pasó á Amberes para que, con su autoridad y presencia, se asistiese á lo que daba mayor cuidado, que era el ejército de Holanda, por cuanto su mayor protector no sólo estaba en campaña, pero ofendiendo y sitiando; y si bien rechazados en alguna manera los caudillos con parte del ejército real, y desconfiados por esta causa, siendo lo más forzoso no dejarlos, ántes ayudarlos á introducir la diversion de nuestras armas, habia de salir y no desampararlos por descender á su parte y á la presa que llevaba destinada. Estaba á esta hora acuartelado el príncipe Tomás con ejército cerca de Bourbourg, alojamiento que él dejó despues de haber socorrido á Sant Omer y roto los tres regimientos de infantería francesa: tuvo aviso que les venia un grueso convoy; entró en pensamientos de romperle, y para esto envió al comisario general de la caballería, en que hizo ingerir otras de croatos, y con algunas compañías de caballos le envió á que le deshiciese: hízolo así D. Juan de Vivero; salió á los franceses, y tomóles 300 carretas, los caballos y algunos prisioneros, y entre ellos un gentil-hombre francés que enviaba Chatillon á París con una carta al Valido de lo que pensaba hacer, en la que decia que, para asegurar sus víveres y estorbar que nuestra gente no entrase en el Valonés, habia de ocupar el mariscal de la Forza los fuertes de Ruminghen y Heveluis; con cuya noticia, al instante marchó el príncipe Tomás y se acuarteló cerca del fuerte de Ruminghen, tan á tiempo, que se descubrieron los escuadrones del enemigo que venian á ocuparle. Estando en este puesto y reconociendo los del francés, se vió que Chatillon, para asegurar sus víveres, habia hecho sobre el dique que va á Ardres un fuerte, distante media legua del cuartel que habia ocupado el príncipe Tomás; y pareciéndole que convenia precisamente ganarle, nombró para esto al maestre de campo D. José de Saavedra, vizconde de Riva, allegado del marqués de la Puebla y hermano segundo del conde de Castellar, para que con 1.000 hombres de



todas naciones y cuatro piezas de artillería le batiese y tomase, y el conde Juan de Nasao se emboscase con toda la caballería y 3.000 infantes para estorbar que no le socorriese. Emboscado, pues, Nasao, vió venir un convoy del enemigo: envió los croatos, en número de 300, que venian de vanguardia á deshacerle, y ejecutáronlo; con que quedó la emboscada descubierta y desbaratada de los enemigos: viendo el Príncipe que los franceses se adelantaban para socorrer el fuerte, lo hizo saber luégo á D. José de Saavedra para que se diese prisa á llegar y rendirle; y con esta noticia, sin haber hecho batería ninguna, á escala vista, con sumo valor, le entró por asalto degollando las dos compañías de guarnicion que habia dentro. Estimó el Príncipe la resolucion y el suceso, y alabó á D. José con palabra digna de su persona, por ser cosa tan difícil dar escalada á soldados viejos, y haberlo ejecutado este caballero mozo tan briosa y préstamente, dejando bien vengadas y con satisfaccion las heridas que recibió los años pasados de los franceses en la rota del príncipe Tomás, en la entrada del País-Bajo por el Ducado de Luxemburg. Matáronle sólo cuatro hombres é hiriéronle otros tantos, porque saliese ménos empeñada la faccion y más heróica.

Era el dia en que esto sucedió víspera de San Juan, cuando los sucesos de los franceses en Fuenterrabía tenian más fortuna que en Flandes; pero luégo revolveremos sobre ellos y los veremos acabar más deslucidamente, y todos de una misma manera por el fortísimo brazo de Dios. El dia siguiente al referido, supo el príncipe Tomás que el mariscal de la Forza se encaminaba con su gente, que eran 9.000 infantes y 2.000 caballos, referidos en la carta que se tomó al gentil-hombre, y reforzados con parte de los de Chatillon, para volver á recuperar el fuerte; con que ordenó que D. Francisco Toralto, napolitano, con 600 españoles y 300 italianos de su tercio, 200 irlandeses y 100 alemanes, fuese á socorrerle; y llegó tan á tiempo, que cerrando con los que acometian, degolló 1.000 franceses á vista de todo su ejército, y socorrió el fuerte: cosa que admiró á los dos caudillos enemigos y ambos campos, atravesándose



de nuestra parte y de la suya algunas escaramuzas. Viendo el príncipe Tomás que duraba mucho la refriega, envió al cuartel por refuerzo de infantería, y dos piezas que habia mandado poner en el dique, y otras dos en un sitio que corrian al través al ejército enemigo, haciéndole gran daño, le obligó á ponerse en la retirada con tal desórden, que á no tener de por medio el rio se le hubiera podido seguir y poner en confusion de mayor pérdida. Quedó el fuerte por nuestro, poniéndole en buena forma para sustentarle; estando resuelto el Príncipe que, al instante que se juntase con el conde Picolomini, obligaria al enemigo á levantar el sitio, para dejar con perfeccion dos acciones suyas de tanta importancia y de donde resultó tanta gloria á sus progresos.

A esta hora ya los holandeses, no pudiendo sufrir ni disimular más el estrago de sus amigos y confederados, los franceses, viendo, sin embargo, la gente del Rey Católico y al príncipe Tomás y otros cabos de consideracion de la milicia del País-Bajo ocupados con ellos, dieron principio á su salida, y á buscar sus medras y acrecentamientos á la sombra de los que hacian espaldas para desahogarlos tambien del peso que veian sobre sí, y que los tenia fatigados. ¿Quién duda que el rey de Francia y Richelieu, avisados del mal estado de sus armadas les darian prisa á salir para tener, sin duda, pronta la diversion y alivio de los suyos? Salieron, pues, los holandeses con órden de los Estados, la cual jamás alcanzaron, ni se la dieron, ni se atrevieron á pedirla, ni se la permitieron, ni se sabe por los demas cabos y antigüedad que la pidiesen desde el principio de su rendicion, digo rebelion, que va ya para cerca de ochenta años, ni tuvieron ánimo para pedirla. Esto fué, que pudiesen pelear; no habiendo sido otros sus intentos despues de su infidelidad, que sitiar y bloquear, subprender plazas, excusar las acometidas nuestras y las batallas campales, y á más, no poder pelear como en las Dunas de Nieport; y aunque quedaron victoriosos, no lo pareció, ni á propósito su modo de guerrear, ni jamás se les permitió ponerse en tales trances ni probar la furia de los españoles tantas veces ejer-



citada sobre ellos, sobre sus cabezas, ejércitos y aliados, infinito número de veces; porque era arriesgarse y hacer una dura experiencia de nacion tan valiente y superior á las demas y no ménos belicosa. Pero la infelicidad de nuestra era ha llegado á tal flaqueza (no sé por qué), que fuera justo demoler la causa, que no haciendo los enemigos más que nosotros, ni siendo más numerosos ni abultados sus ejércitos, ni más hazañosos, ni ganado ninguna empresa, sino algunas plazas hasta ahora, pequeñas, en Flandes, á la sombra de la infidelidad de algunos malos vasallos, y no siendo más poderosos, su diligencia los hace y los ha hecho más confiados, y á nosotros metido en desconfianza, bien al revés de lo pasado, que á la que á nosotros nos sobraba les faltaba á ellos; con que se guardaban de acometernos: cosa bien digna de ponderar y áun de sentir. Finalmente, ellos salieron con órden de pelear en cualquier acaecimiento con nosotros: esto bien se deja entender, y que era en notable mengua y desprecio nuestro, como gente que ya habia caido de su opinion, de su nombre, de su honra, fama y valentía, y que publicaban los franceses que áun no lo decian otros por dos cuitadas rotas que habian alcanzado en esta era, la de Tomás y la de Leocata, que huyen los españoles, sabiendo con claridad que mienten. Finalmente, siguiendo el curso de nuestra historia y recayendo á los sucesos de Holanda, pues ya se nos han venido á las manos, donde verán cómo huyen este año, avisado D. Felipe de Silva, castellano de Amberes y capitan general de la caballería de Milan, dignidad ventajosa á otra cualquiera, que le forzó á dejar la promocion de D. Francisco de Melo en la superintendencia de todas las armas de Milan, por no ser inferior, siendo tan viejo y tan antiguo soldado y de tanta opinion y ejercitado en tan ilustres ocasiones, gobernando gentes y provincias con ambos imperios y Germanías, á un caballero bisoño, sin ningun ejercicio ni demostracion de guerra, ni otro uso militar, antojo que deshace y derriba las cosas mucho de su lugar, y las desquicia y baja de su valor y estimacion; novedades que tienen los reinos y la Monarquía para anublarse, si Dios mi-



sericordioso en todas sus obras no pone la mano y la tiene, y quebranta los desertores de la luz y claridad al dueño y al Príncipe, que no sabemos por qué causa no abre los ojos al reparo, siendo de tan buen juicio. ¡Dios omnipotente, házlo tú y apiádate de estos vasallos afligidos y desamparados, que no les han dejado Rey! Digo, que sabiendo D. Felipe de Silva, castellano de Amberes, que en los fuertes que estaban en la Esquelda tenia el holandés algunas inteligencias, quiso certificarse, y envió al maestre de campo Catrit, soldado animoso, á cuyo cargo estaban las tres compañías de valones de infantería de la guarnicion de la casa de los Orfelinos, que está en esta ilustrísima villa; y por las instancias al mismo maestre de campo le ordenó, las repartiese en los fuertes, sacando de allí la guarnicion ordinaria; tomando por pretexto que se habia de formar un grueso con que oponerse á los intentos del enemigo: metió en el de Calo al capitan Maes con 40 soldados de su compañía y 60 villanos del país de Vvas, sacando de él al capitan Vanderstraten, soldado de bizarría y gallardo en todos reencuentros y acometidas; y en el de la Perla puso al capitan Sacli, y el de Blosquerf dió al capitan Sucori, y en el villaje de Urasic, que estaba sobre la misma ribera, habia mandado S. A. R. algunos dias ántes que alojase el coronel Brien, hombre de satisfaccion y de brío, con su regimiento, para guardar aquel puesto, con órden de que estuviese á la de Silva, que se la dió de pasar al dique de Calo, y de que el regimiento estuviese á la disposicion del maestre de campo, Catrit. Estando esto prevenido así, se vieron, el sábado 12 de Junio, llegar cantidad de barcas á Lilóo y á Canton de Amor, fuertes que há mucho tiempo que están por el enemigo, y con mucha gente fué desembarcando en la Dula; y el lúnes, 14 del mismo mes, estando la mar baja, pasaron el canal los mil hombres, con el cieno hasta la cintura, por frente del reducto Extrelant, que está sobre el dique que va de Calo al fuerte de Berbuc, llevando sobre trineos cuatro piezas de artillería: acometieron al reductillo, en que habia 15 soldados que se rindieron sin defensa, y de allí se

encaminaron á una exclusa que hay entre él y el fuerte de Calo, que se hallaba guarnecida con 300 soldados del regimiento de Brien, y otros tantos villanos, y dos medios cuartos de cañon; pero no pudieron resistir, desampararon el puesto, y dejaron en él la artillería, y la gente holandesa pasó á acometer el fuerte de Calo, en cuyo dique y espacio que hay de él al de Santa María, habia muchos villanos mezclados, y la gente que se habia sacado de los fuertes de la Esquelda, que, por falta de buena disposicion, en dando una carga huyeron todos. El coronel Brien, que acudió á la arma que se habia tocado, pidió al capitan Maes que le dejasen entrar en el fuerte con alguna gente suya, y no sólo no quiso, pero sin hacer ninguna resistencia, bajamente le rindió á los enemigos que al mismo tiempo que se avanzó hácia Calo, envió con algunas tropas á ocupar el fuerte de Berbuc, que está una legua del otro en que se hallaba la compañía del capitan Antoneda, y él alojó en el villaje de este nombre: rindióse tambien despues de haber hecho una resistencia, pero flaca; y siguiendo el enemigo estos sucesos, prósperos al parecer, y sin oposicion ninguna, y tan en su favor todos, pasó á rendir el fuerte de Santa María, en cuya estrada encubierta se habian reparado muchos de los huidos, que incorporados con la guarnicion de él los rebatieron. Acudió desde Amberes á esta arma D. Felipe de Silva, juntando la gente que pudo, de la que se habia retirado, é hizo que se adelantase y fortificase en el dique de Calo, más adelante del dique que viene del fuerte de la Perla, para que el enemigo no impidiese la comunicacion del fuerte, que al mismo tiempo le estaba batiendo desde la Dula con tres medios cañones; y dejándolo todo á cargo del maestre de campo Catrit, como estaba primero, se volvió á la villa á disponer lo necesario para su defensa, escribiendo al Infante, á D. Enrique de Alagon, conde de Fuenclara, cuyo tercio estaba cerca de Hulst, y al maestre de campo Ribacourt, que con el suyo se hallaba en Ielsate, junto del Saso, que entrambos se encaminasen con toda diligencia hácia Burguet. En este mismo dia partió el infante D. Fernando de Bruselas y se metió en Amberes,



por hallarse más vecino á la disposicion de todo, que fué el remedio y la honra del suceso; y teniendo S. A. avisos frecuentes de que el príncipe de Orange se habia encaminado la vuelta de Bergas Opzon, con la caballería y gran cantidad de carros, y que llevaba embarcada la caballería, digo la infantería, en el camino encontró un correo, despachado por el Mangrave de Amberes para el Audiencier, con aviso de que el enemigo habia tomado y echado pié en Berbuc: este propio correo, que llegó á S. A., habia topado ántes con D. Estéban de Gamarra, teniente de maestre de campo general, y le entregó una carta del burgomaestre de Amberes, Sibori, en que le decia lo mismo; con que se adelantó á toda prisa hácia Rispelmunda, de donde avisó al Infante lo que habia entendido, y que los enemigos eran ya dueños de los fuertes de Calo y Berbuc, y del reducto de Strelant, y que estaban tambien acometiendo el fuerte de Santa-María para apoderarse de él; y que así, él pasaba adelante á Burget para ver si estaba guarnecido aquel puesto para la conservacion de Amberes; y como no hallase gente ninguna en él, llegó á la villa, donde D. Felipe de Silva y el marqués Sfrondato, caballero milanés y de mucho ejercicio y nombre en la guerra y pronta atencion en el servicio del Rey, estaban tratando lo que se podia hacer para que el enemigo no se fuese adelantando, y ajustó con ellos que el Marqués pasase luégo á Burget con toda la caballería que tenia alojada en los confines de esta plaza en Brabante, y con 700 valones de la guarnicion de el de Mer y Erentales; que no habia entónces otra infantería por no haber llegado tres regimientos de Alemania del Emperador que habian invernado en Lusemburg: escribió tambien al gobernador de Liera que enviáse 300 hombres á Burget, y al marqués de Leiden, que venia con la gente de Ultramosa, para que marchase á toda diligencia hácia Amberes; advirtiéndole que tomase el camino de Malinas por haber tenido nuevas el marqués Sfrondato que el enemigo venia marchando con 70 compañías de caballo y mucha infantería para tomar los puestos y sitiar esta plaza. Hecho esto, volvió D. Estéban á dar cuenta al



Infante en Villebruck, donde, por consejo de los ministros de S. M. que asistian á S. A., habia hecho alto, hasta saber con más distincion lo sucedido; y no pareciéndoles conveniente que se adelantase tanto hasta que llegase la gente que se esperaba y se habia de juntar, para este efecto despachó luégo un ayudante del teniente de maestre de campo general en busca del marqués de Leiden y del conde de Fuenclara y Rivacourt, que con toda la brevedad posible llegasen à Burget; y al maestre de campo, D. Andrea Cantelmo, que tambien se avanzase aprisa con toda la gente que pudiese sacar de la que estaba á su cargo. Con estos aprestos se resolvió S. A. el infante D. Fernando de salir á pelear con el príncipe de Orange, ántes que tuviesen tiempo de fortificarse, como lo sabe hacer; y el dia siguiente, que fué á 15 de Junio, despues de haber ocupado el enemigo todos los puestos referidos, y con una salida en que ganó una cortadura que ocupaban en el dique de Calo, la comenzó á fortificar. Acudió á este trance el conde de Fontana, caballero lorenés, valeroso y largamente ejercitado en muchas guerras en servicio del Rey, á quien, por estar indispuesto D. Felipe de Silva, encargó el Infante el gobierno de toda la gente que habia en el país de Vvas y de los fuertes de la Esquelda; y ordenó al teniente coronel de Brien, que á los 16, ántes del dia, la acometiese para recuperarla, como lo hizo con mucho valor. A los 15 entró S. A. en la villa, reconoció los puestos y dispuso lo forzoso para la defensa; con que el pueblo se alentó y recogió el ánimo, que se hallaba desalentado; reconoció las cosas más importantes de la plaza, los almagacenes, los pertrechos, las municiones, y descendió á las más ultimas cosas y necesidades, y volvió aquella noche á Villebruck, para dar calor á las demas circunstancias tocantes á rechazar los enemigos de ambos confines y frustrar los intentos de subprender á Amberes. Con los puestos que el enemigo tenia ocupados se consideró que podia encaminarse á sitiar á Hulst, con que resolvió S. A. R. y dispuso que el Maestre de campo Rivacourt, se quedase en San Juan de Stiens, y que el conde de Fuenclara, con 10 compañías de su tercio y el



regimiento de Hadelshouen, que era uno de los que se esperaban del Ducado de Luxemburg, y alguna caballería, fuese á Benueren para guardar el dique que va de Calo á Melson, y á impedir que el rebelde no se adelantase en el país, ocupado aquel puesto; en cuya conformidad comenzó el Conde á hacer una cortadura en el dique para fortificarse allí, y ántes de estarlo hicieron los enemigos una salida con 1.200 infantes y algunas tropas de daballos, á cuyo encuentro salió Fuenclara con su mosquetería y los rechazó con muerte de muchos, y entre ellos el hijo único del conde Guillermo de Nasao, á cuyo cargo estaba el manejo de la gente y la empresa: mancebo de pocos años, que ejercitando sus primeros intentos heréticos en el estrago y profanidad de una imágen de Nuestra Señora, echándola en el fuego, el delito no le dejó arribar á la vida ni á lo que se prometió de sí la esperanza y vanidad de sus padres, abuelos y antepasados; porque Dios obró, como vigilante celador de la honra de su Madre, con su muerte, y el ejemplo ejecutado tan aprisa sobre tantos herejes debelados. Desembarcó el enemigo, en prosecucion de sus designios, con todas sus tropas, que constaban de nueve regimientos de infantería y cuatro compañías de caballos, y embistió los fuertes; peleando en esta ocasion D. Enrique: y porque dándoles tiempo á los holandeses para fortificarse, con dificultad se podrian desalojar, cometiendo el valor al arte y á los arbitrios, partió el Infante á la cabeza de Flandes, viérnes, 18 de Junio, donde habiendo llegado el marqués de Leiden, y Cantelmo con la gente que traian, juntó el Infante á consejo á los marqueses de Miravel y Cerralbo, á D. Felipe de Silva, á los condes de Fera y Fontana, á los barones de Balanzon y Grovendock, y á D. Andrea Cantelmo, personajes conocidos por su prudencia, valor, experiencia, consejo y servicios en ambas facultades, militar y política, y propúsoles que sobre la materia entendida y progresos del príncipe de Orange le diesen su parecer. Dijo cada uno lo que sentia, y oidos sus pareceres resolvió el Infante que se acometiese al enemigo por tres partes; determinacion tan valiente, que consistió en ella la vida del país y la

gloria del suceso. Encargó al conde de Fuenclara el puesto de Santa María, por ser de mayor importancia, con 15 compañías de su tercio y la gente que se habia sacado de los fuertes de la Esquelda y las guarniciones del de Mer, Herentales y Liera; al marqués de Leiden, que fuese por el dique Melson con los regimientos de Brion, Octavio Guasco y del de Hadelshouen, y seis compañías de caballos; y á D. Andrea Cantelmo por los diques que van á Brebuc, el uno del villaje Urasen y el otro de Hulst, con 10 compañías de españoles que habian llegado de Ultramosa, cinco del tercio del marqués de Velada y cinco del de Fuenclara, el tercio del duque de Arellano, los de Rivacourt, Jeriq, y el regimiento de los de Luxembourg con 10 compañías de caballos; ordenándoles á todos tres que cada uno por su puesto reconociesen las fortificaciones nuevas del enemigo, para acometerlas por su parte á un mismo tiempo, procurando deshalojarle de ellas; y que si esto no pudiese, por estar tan fortificados como acostumbran, se avanzasen los nuestros lo más que pudiesen, y fortificándose se adelantasen con trincheras, baterías y bombas, y últimamente con el corazon y las manos, que son las dos espadas con que se vence lo más dificultoso é inaccesible. Valióse mucho S. A. R. para la breve disposicion de tanto como se habia de efectuar, de la experiencia larga del conde de la Fera, adquirida con los hechos inmortales en los más autorizados y mayores puestos de aquella guerra. El sábado, 19, volvió el Infante á la villa, aunque, por no dar más tiempo al enemigo para arraigarse con máquinas y pertrechos, deseó que esta faccion se ejecutara la misma noche; pues en cada punto que se difiriese se haria más difícil. Sin embargo, no pudo ser, por no haber tenido tiempo la infantería para llegar á los puestos señalados, y dejóse para el domingo, 20 de Junio; ajustando la hora, que fué á la media noche, y avisando á Fuenclara, á Leiden y á Cantelmo que todos tres, como se les habia ordenado, acometiesen á un mismo tiempo, haciendo el deber y lo que de ellos se esperaba. Fué Cantelmo el primero que comenzó el ataque, por el dique que viene de Hulst, llevando en el cuerno derecho las 10 compañías de españoles, y los italianos el



izquierdo, los alemanes y valones en medio; y aunque los enemigos hicieron gran resistencia, se les ganaron cinco cortaduras y el reducto y la torre del villaje de Brebuc, que está poco distante del fuerte. Duró la escaramuza desde las doce de la noche hasta las diez de la mañana, quedando en ella muchos muertos y heridos de una parte y otra. Ordenó Cantelmo al maestre de campo Rivacourt, que en haciéndose una seña, que era pegar fuego á una casilla de paja, se avanzase por el dique de Brasen para tocar una arma muy viva al enemigo y divertirle, como lo hizo, y la caballería la puso entre los dos diques, y sobre el de Hulst dos medios cuartos de cañones que causaron al enemigo mucho daño, ganándole las fortificaciones de afuera, ménos dos cortaduras que faltaban para poderse arrimar al fuerte de Brebuc, y dejando en los enemigos gran terror, que despues se convirtió en sangre y en estrago. El marqués de Leiden, así como empezó Cantelmo, embistió por su parte con la misma resolucion y coraje, y ganó una cortadura en el dique de Malson, 400 pasos más adelante del puesto que habia ocupado Fuenclara cuando se entregó al marqués; obrando este dia de manera que no descaeció, ántes adelantando, la gran opinion que ha merecido en tantas ocasiones.

Éste, pues, con quien asistió el de Fontana, que era el cabo de toda la gente, acometio por su lado al mismo tiempo, y duró el ataque, con terrible porfía y mortandad de ambas partes, doce horas; y aunque éste era el puesto que tenia el enemigo más fortificado y defendido, fué la osadía y constancia de los españoles y de maestres de campo tan bizarra y valiente, que el holandés hubo de ceder á su valor y al de los valones que los seguian, gobernados por el sargento mayor del tercio de Catrit, que obraron tambien valerosamente. Ganáronsele al enemigo en este acometimiento todas las fortificaciones, y un reducto que tenia sobre el dique de Calo, hasta arrimarse á un hornabeque que habian hecho delante, por ser este cuartel el que más importaba para mantenerse el enemigo, por cuyo respeto ponia mayor esfuerzo, ayudándole el terreno, que era



mucho por aquella parte, y el puesto el más á propósito para recibir los socorros.

Hallándose el conde de Fuenclara con mucha gente herida y muerta, porque era inmenso el coraje y peligro con que habia peleado, envió á pedir á S. A. R. algun refuerzo para volver al combate y acabar de extinguir á los holandeses: no le tenia pronto, pero acudió al castillo de Amberes, sobre que era la recuesta, de donde sacó 200 hombres en cuatro compañías, dos de arcabuceros y dos de corazas, que marcharon luégo, para que estos peleasen con picas y los otros con sus carabinas; y estando resuelto que el dia siguiente se acometiesen las fortificaciones que quedaban por ganar, y prevenido para este efecto todo lo necesario, envió á las diez de la noche el conde de Fuenclara á mudar la gente, que tenia de vanguardia en los puestos que habia ocupado, para embestir á las doce, que era la hora misma en que habia peleado la noche ántes. Advirtiendo que en los del enemigo no se sentia rumor ninguno, los envió á reconocer; y hallándoles desamparados, entró en ellos y ocupó el fuerte de Calo, y pasando más adelante, reconoció que los enemigos estaban formados en escuadrones en un esguazo muy grande que hay entre el dique y el puesto por donde esguazaron el canal; y el marqués de Leiden, á quien tambien habia avisado que el enemigo se retiraba, se adelantó con su gente á la hora que D. Andrea Cantelmo venia marchando por el dique con la de su cargo. Embistieron Fuenclara y Leiden, y no haciendo ninguna resistencia, se rindieron, arrojando las armas en tierra, pidiendo cuartel, y siguiendo el ejemplo miserablemente su caballería; muchos de los que iban huyendo á embarcarse se agarraron, quedando rendidos y presos pasados de 2.500 hombres, entre ellos dos coroneles, dos tenientes, 24 capitanes de infantería, y dos de caballos, muchos sargentos y alféreces, sin los referidos, así en los ataques como en la villa, que fueron muchos, y los más soldados de puesto y nombre; de suerte que toda la gente que desembarcó, que eran más de 6.000 infantes veteranos y cuatro compañías de caballos, no se libraron más de



doce de infantería bien destrozados: ganáronse 50 banderas y tres estandartes, 26 ó 30 piezas de artillería, y 84 barcones, los más de ellos con víveres y municiones de guerra, dos pontones y dos fragatas, y varios instrumentos y artificios de fuego. Fué señalada esta victoria y las rotas pasadas sobre los franceses en Sant Omer: toda la tierra aclamaba victoria por el Infante; los enemigos, unos y otros estaban suspensos, atemorizados y corridos de no haber podido poner sus intentos en ejecucion, particularmente el príncipe de Orange, con la nueva resolucion de pelear con nosotros: soberbia que abatió Dios debajo de los piés de nuestra gente. Fué el Infante con mucha y muy lucida compañía, así noble como plebeya, á dar gracias á la Divina Majestad, á la iglesia mayor de Amberes: envió á la hora aviso de todo esto al Rey Católico, su hermano, que desembarazó el corazon y templó de los cuidados de Fuenterrabía, que á esta hora andaba muy arriesgada, sobre que luégo revolveremos á concluir gloriosamente sus fines. Fué el Rey á dar gracias á Dios por la victoria á Nuestra Señora de Atocha, acompañado de todos los grandes y ricos hombres, títulos y caballeros de la corte, con solemne alegría y aplauso del pueblo, y agradeciendo á su hermano en cartas el servicio que le habia hecho en librar la nobilísima villa de Amberes del yugo y las coyundas de la herejía, y de holandeses que tanto deseaban subprenderla: otras relaciones y cartas afirman ser mayor la pérdida de los enemigos en gente y en despojo, y subian los muertos y heridos á 8.000. De Holanda se tenia por cierto que el príncipe de Orange, su caudillo, como tan gran soldado y de escogida noticia y experiencia, reputaba esta pérdida por la mayor que han tenido los Estados, por ser todos soldados viejos, y los que habian militado con él y halládose en todas sus empresas y seguido sus fortunas treinta años. Faltaron de nuestra gente, en el tercio de Fuenclara, el capitan D. Matías de Lizerazu, sobrino del marqués Juan de Ziriza, que le hallaron entre los demas cuerpos muertos, con la espada sangrienta en la mano sin haberla soltado; los capitanes D. José de Vergara, D. Antonio de Verdeja,



D. Felipe de Campos, quedaron heridos, y con un brazo ménos el capitan D. Sancho de Monroy, hijo de D. Antonio, señor de Monroy; heridos los capitanes Juan del Rio y Domingo Garibay, y prisionero Juan de Rocafurt; y de los reformados, D. Juan de Alcocer, D. Juan de Alvarado, D. Luis de Andrada, D. Tomás Plunquet, irlandés, y el teniente coronel Cristóbal de Castro; de soldados ordinarios, muertos 151, heridos 316 de las cinco compañías del marqués de Velada; fué herido D. Juan Feliz de Balaguer, y preso Pedro de Alcántara; 36 soldados muertos y 87 heridos: del tercio del duque de Avellana, hermano del príncipe Doria, el mismo duque, los capitanes Gentil y Fino, de los reformados, Antonio Bruneli, Cárlos de la Marra, Simon de Licani, Bernardino Teso Macaso, Santos del Ito, Tomás ó Juan Bautista, 11 muertos y 104 heridos: del tercio de Rivacourt, heridos Jaques de Viñol, su sargento mayor y los capitanes Luque de la Porta y Ferdinando Boicourt, 19 soldados muertos y 78 heridos: del tercio de Crequi, herido Arles de Añon, capitan reformado, 17 soldados heridos y 15 muertos: del tercio de Catrit, el sargento mayor Vanderstraten, herido, y 123 soldados, y muertos 33, y entre ellos el capitan Oper, persona de cuenta: del regimiento de Forci, el teniente coronel herido y 66 soldados, y 14 muertos: de los tres regimientos que gobernaba el marqués de Leiden, 15 soldados muertos y 30 heridos, y entre ellos el de más nombre y el teniente general de la artillería, que hacian todos 234 muertos y 822 heridos. Poca pérdida de gente, á mi parecer, para una faccion, sin duda, grande, rebatida con generoso denuedo por tan valientes cabezas, y alcanzada por el Infante, á todo cuanto tenia premeditado en juicio maravilloso, como el del príncipe de Orange, con que calificamos, por tanto, mayor y más admirable el de S. A. Fué grande el alborozo de la villa de Amberes, que se coronó de luminarias, aclamando á S. M. C. y á su hermano: salió la gente á ver los prisioneros, como triunfo de sus armas, y pasaban á ver los cuarteles en que se fortificaron los enemigos, arrojados por los nuestros; venian cargados muchos del pillaje de ropa, y los soldados de armas,

haciéndole rico del dinero que se hallaron para la paga del ejército holandés y la plata del general y otros capitanes: hizo la piedad cristiana de S. A., como otro Josué, capitan del pueblo de Dios, hacer sufragios y ofrecer sacrificios por las ánimas de los muertos, y hallóse en ellos en la iglesia mayor de Amberes: causa justísima, por haber muerto en defensa de la religión Católica, Apostólica, Romana, y en servicio de su Príncipe. Mandó curar los heridos con todo cuidado, y que se les acudiese con más que lo necesario: á este paso y al desvelo y atencion grande del Infante en cuidar tanto de aquellos soldados suyos, así por los muertos como por los vivos, y en hacerles merced y proponer al Rey, su hermano, para que se las hiciese mayores: en largos elogios señalaba los que habian servido, así las cabezas como los soldados ordinarios. Eran los gemidos de Holanda en esta pérdida como los daños que recibieron de los navíos y armada de Dunquerque; porque el sitio de Sant Omer, como ya lo dejo referido, y el querer tentar á Amberes, no ha sido sino para quitar de allí aquel cuidado, apoderándose de aquel puerto.

Tuvo S. M. el aviso de este suceso, lúnes, 19 de Julio, por la mañana, y fué luégo á su capilla á dar gracias á Dios, cantando solemnemente el *Te Deum*. La corte recibió entre tantas congojas un consuelo; pero decian, siendo esta nueva de tanta importancia, la trocarian por una teja de Fuenterrabía, por ser fracaso dentro de los términos y límites de España, donde tanto conviene excusar la guerra y no dar ocasion á ella; y tambien, si la hubiéramos sacado de las manos á los franceses.

Y prosiguiendo en los sucesos de aquellas partes, en el ejército que mandaba el duque de Longavila, en el Ducado de Borgoña, y en la entrada que habia hecho en el Condado, por el mes de Julio, y el opósito que le hacia el duque de Lorena, aunque con poca gente, asistiendo á la defensa de aquel antiquísimo y fiel Estado; sin embargo de haber enviado allá á D. Antonio Sarmiento de Acuña, hermano del conde de Gondomar, á alentar y consolar aquellos nobles y constantes vasallos, con muchas sumas de dinero efectivo y en letras para el



socorro del ejército; el de los franceses, entrándose por aquel país hacia guerra muy sangrienta por los villajes desarmados, cometiendo otras maldades, insultos y sacrilegios, hijos de su dañado corazon y estilo: pasó á rendir á Chorin, castillo flaco y de ninguna defensa, y estando por gobernador, aunque ya dejamos referido algo de esto en lo de atras, el capitan Cadet, de la misma nacion de Borgoña, oponiéndose al intento de los franceses con su valor y osadía, y no teniendo fuerzas para pasar adelante, dándose á partido, rindió con honrosos conciertos, de salir libre y los soldados con armas y banderas, y faltando los franceses á la palabra y á las leyes y derechos de la fe y humanidad, le ahorcaron; y para mayor demostracion de su flaqueza y ninguna seguridad, haciendo alarde de la villanía de su condicion, trajeron á la mujer del capitan para que le viese pendiente de la horca, y ella con generosas palabras dijo, que mejor le parecia su marido en aquel puesto por haber guardado la fe á su Príncipe y señor, que si le viera infiel y con grandes premios. Llevaron el cuerpo difunto al castillo de Yachon, para vencer con el espectáculo, el ejemplo y el cadáver el ánimo del gobernador, si luégo no se rendia: respondió al francés que no temia sus amenazas, que ántes perderia la vida que entregarse; y sucedió así, porque él y todos los soldados que tenia resistieron hasta el último suspiro: sin embargo, la maldad francesa es tal, que ahorcaron el cuerpo muerto. Pasaron á Fontenay que tenia de defensa no más que 30 hombres; socorrióla D. Antonio Sarmiento de Acuña con 60, metióles pólvora, balas y dinero, y redujo á este fin y á buena forma y disciplina el ejército del duque de Lorena, que andaba desbandado por falta de pagas, y viendo que ni el Duque ni el marqués de San Martin, gobernador del Condado, podian socorrer á los de Fontanay, por hallarse en otras campañas, se dió tal diligencia en el socorro que les dió, é hicieron tal esfuerzo, que siendo estos castillos no más que unas casas de campo fabricadas de piedra, sin francos ni fosos considerables, tanto, que en ganándolos los enemigos los quemó, sin embargo, los resistieron de manera que hicie-



ron sufrir á los franceses la batería de cinco dias, rechazándoles algunas minas y asaltos: juntaba el gobernador los soldados que podia y los animaba á la seguridad y á la defensa y á morir por su Príncipe sobre sacrosantos juramentos, confesáronse unos con otros por falta de sacerdotes, que tanto era el aprieto de la tierra, y entrándole el francés, hallaron con vida solos dos hombres, y al gobernador, que habia sido volado de una mina, con muchas heridas, que estaba espirando, y sin embargo, le pusieron en la horca para que acabase en aquel infame suplicio; procediendo los enemigos tan bárbaramente y con afrenta pública del caudillo y grande mengua de su calidad y honra, que ante esta narracion no es capaz de ponderar su delito, ni de encarecerle por su fealdad y abominaciones: tales son los franceses; si bien el gobernador mereció lauro por su fidelidad.

Hallábase el duque de Lorena á esta hora en Besanzon, con el ejército algo avanzado de aquella ciudad, con pocas ó ningunas municiones, la caballería desmandada, sin obediencia y sin tren de artillería: socorrió D. Antonio Sarmiento esta falta con toda diligencia, dió á la infantería y caballería municiones para cuatro dias, dióles 500 mosquetes, picas y lo necesario para el tren, con que pudo marchar el ejército, que ya tenia forma y constaba de 5.000 infantes y 3.000 caballos: hallábase el enemigo en estos trances á las puertas del Poloni, villa más importante que fuerte, y que podia apénas resistir un dia el peso de los franceses: afrontóse el duque de Lorena con ellos, cuya órden, valor y concierto los puso en pensamiento de retirarse, y lo más verosímil, con demostraciones para subprender nuestra gente, valiéndose de la noche y amparados de la oscuridad, tomaron un camino estrecho y subieron á una montaña, donde si hallaran alguna resistencia fuera indubitable su perdicion y ruina. Pero los grandes capitanes tienen por mayor victoria y más segura regla de Estado ocasionàr á los enemigos la fuga ántes que embestirlos, porque en lo primero se hallan vencidos, y en lo segundo se pone el hecho en aventura y en manifiesta incertidumbre de vencer;



como se reconoce por los de mayor juicio, que los sucesos de la guerra son varios y llenos de accidentes. Sin embargo, este designio del enemigo le dió tanto aliento y ventaja, que ocupando en la eminencia puesto igual al nuestro, tuvo avilantez de arrimarse al ejército del duque de Lorena á ménos de tiro de mosquete, fortificándose todos los batallones de la infantería, poniendo entre ambos campos algunas tropas de caballería, y reservando 2.000 infantes para la ocasion; pero los franceses, ó constreñidos ó apretados, no deseando perder tiempo, embistieron un puesto de loreneses por el coronel Bernival que le cedió con pérdida de dos cañones ligeros, ganados en algunos castillos á los enemigos. De aquí corrieron con diligencia al fuerte del coronel Arbois, y otras tropas al de Barloqui, llamado el regimiento del Rey, y no estando allí su coronel, la gente anduvo de tan buen aire y corazon que rechazó por tres veces al enemigo, y con rara resolucion embistió estos dos fuertes, el de los borgoñones y baron de Cuchite, haciéndolos perder mucha de su gente y de ánimo, tanto que abandonaron el puesto y á toda prisa marcharon la vuelta de Francia, dejando la Contea de Borgoña, sin tener aliento para campear más en ella. Querian los cabos seguir á los franceses, para dar entero fin y remate á la victoria, mas al duque de Lorena, siguiendo la doctrina militar que dejamos apuntada, le pareció no aventurar las tropas ya que se habia conseguido felizmente el echar al francés del Estado con pérdida de más de 1.500 franceses, los más de ellos oficiales y gente particular, y con notable número de heridos, sin los que perdió en la toma de los tres castillos, de que se le ocasionó la ira y desesperacion infame de ahorcar, contra lo capitulado, al primer gobernador y á los demas despues de muertos. Quedó aquel Condado libre por entónces de las asechanzas de franceses y de sus insidias.

Los cuidados iban creciendo cada dia en tanto grado, y las guerras extrañas y forasteras procedian con tanto ardor y fatiga, que no dando lugar á la recuperacion precisa del Ducado de Borgoña, disipado años ántes por la iniquidad



de los franceses, siendo patrimonio noble y antiquísimo de nuestros Príncipes, por donde los primeros casamientos de suma prosperidad entraron á hereder los Estados de Flandes, las Asturias y las otras tierras y provincias que componen nuestra Monarquía, que les constituye émulos de su potencia, y los hace anhelar á la desolacion, ardiendo en perpetua envidia; pero Dios, admirable y fortísimo en su sabiduría y en sus obras, la defiende y tiene de su mano. El presidio de Tionvila, plaza del Ducado de Luxemburg, teniendo aviso de un convoy de franceses para meterle en Metz, de Lorena, 40 leguas de distancia, de donde se formó la guarnicion referida, los esperó y emboscó en un puesto, á su parecer, conveniente, y al pasar el convoy cerraron con los que le llevaban y se le quitaron: degollaron 200 franceses y tomáronles 300 caballos, poniendo en huida á los demas. Al amparo de estos sucesos y favores del cielo, salió el Rey Católico, á 20 de Julio, dia de la Magdalena, con la Reina y con todo el lustre que siempre, de grandes y otras personas de cuenta, á dar gracias á Dios por tantas victorias á Nuestra Señora de Atocha, si bien estas últimas áun no habian llegado á la corte.

Atendia el príncipe Tomás al sitio de Sant Omer y la perseverancia de franceses á la expugnacion. Sin embargo de haberla socorrido á su vista y á su pesar contra la multitud de sus gentes, armas, fortificaciones y artificios, rota de sus tropas, y haciéndole ceder de los puestos, habiendo metido en ella gente, víveres y municiones, resolvió en hacerlos levantar de la villa, disponiendo la forma y los medios más eficaces y necesarios para ello; y estando con este mismo cuidado y vigilancia el infante D. Fernando, arrimando el juicio y las fuerzas á la felicidad del intento, dió órden al conde Octavio Picolomini, marchase con sus tropas la vuelta de Sant Omer. Hallábase el príncipe Tomás con poca gente para tentar la empresa, y con algun cuidado de que el conde Picolomini no llegaria tan presto á juntarse con él, y que las fuerzas de los franceses eran superiores, para no esperar las demas, sin embargo de las muchas fortificaciones que tenian, con acuerdo

de ingenieros y personas prácticas del país, trató de cerrar las riberas que pasaban á Baten, abriendo un dique para sustentar las aguas con que inundan todo aquel contorno, por ver si con barcas podia socorrer segunda vez la villa y desalojar á los franceses; y la presteza de la ejecucion fué tal, que en tres dias cerraron las riberas, haciendo primero pasar algunas barcas y dos fábricas flotantes con seis piezas de artillería para abrir paso á la jornada. Dióse por resguardo á lo comenzado el tercio de Cárlos Guasco, avanzándose á Baten, y el de ingleses de Enrique Gague, y dos compañías de Besmal, que á la hora se hallaban en aquel puesto, fortificándose con brevedad, los de la iglesia en un molino, y en una isla de aquella ribera que tenian franceses, y echando á la otra parte alguna gente del regimiento de Juan Agustin Espínola, para fortificar un reducto y aguardar la venida de Orquelechet; con que no tenian ya los de Bach, por la inundacion de aquellas praderías, comunicacion con su ejército, dejándolos cortados, puesto que eran tambien de los enemigos. A esta hora llegaron las tropas imperiales entre Casel y Baten, desde donde se avanzó el conde Picolomini al cuartel del príncipe Tomás para ajustar lo que se habia de hacer; reconocieron todos los puestos que el enemigo tenia fortificados; pareció forzoso echarle del de Bach, ó tomar otro á propósito de conseguir la comunicacion con la villa, ó no era posible socorrer á Sant Omer. Estaban por aquella parte muy fuertes los enemigos, y no obstante que perseveraban en esa confianza, se tomó resolucion de atacarlos por aquella parte, porque ganándoles el puesto quedaba enteramente asegurada la villa para concluir el hecho más presto y quedar fuertes contra la invasion de los franceses y sus acometidas en los trances que se esperaban. Esta diligencia del príncipe Tomás, y ardor de nuestra gente, hizo traer hácia aquella parte á los generales franceses; el mariscal de la Forza con 15.000 infantes y 4.000 caballos, y el Chatillon no tan fornecido, porque con las dos rotas recibidas de nuestra gente se hallaba destroncado y falto de soldados, como buscando su abrigo á la sombra del otro, como más nu-

meroso y con resolucion de atender al sitio hasta conseguir la villa.

Reconocido el designio de ambos generales, se adelantó el príncipe Tomás con el poder y con la industria para entretener al mariscal de la Forza, como más poblado de gente, para que no se juntase con Chatillon. Para esto se mandó que el conde Juan de Nasao, se pusiese junto al fuerte de San Juan con 4.000 caballos imperiales, los croatos y el regimiento de Roverio, y que si el de la Forza abandonase aquel cuartel, le fuese incomodando los víveres y dañando cuanto pudiese; que el conde Picolomini, con su infantería y 800 caballos, fuese por la mañana del miércoles 7 de Julio, la vuelta de Ruminghen, y que se quedase hasta la tarde cerca de Bach, en la parte donde no pudiese ser descubierto, para atacar el Bach por la mano derecha, y tomando las fortificaciones de abajo, quitar por su parte la comunicacion con el dique, proseguir á los otros puestos con escalas y todo lo necesario; y retiróse el príncipe Tomás de su cuartel á las cinco de aquella tarde, sin tocar caja, dejando las guardias puestas hasta la noche para seguir los alemanes. Fueron de vanguardia desde Baten 1.000 caballos con el teniente general D. Juan de Vivero, á quien siguieron los tercios del conde de Fuensaldaña, su hermano, y Juan Agustin Espínola, con cuatro piezas de campaña, municiones de guerra y otros instrumentos; y los tercios del marqués de Velada, D. Francisco Toralto, Cárlos Guasco, Enrique Gague, D. José de Saavedra: órdenóse á Don Eugenio Oneli que quedase en Baten con el suyo y dos compañías del baron de Besmal, para que con las barcas y fábricas flotantes ocupasen los puestos que podian impedir el paso al enemigo, y que cortando el dique se diesen la mano con los de la villa. Con esta órden y con el ardor y coraje de nuestra gente se ganaron todos los puestos que fueron á propósito para el intento; y, sin embargo de su defensa y obstinacion, tomaron los de Sant Omer un reducto de Bach, abriéndose camino con el brío y con la espada, con que recibieron pólvora y mucha, necesitando de ella notablemente: llegaron



los nuestros á la campaña á vista de Bach, con que el conde Picolomini comenzó el ataque, ocupó dos fuertes y dispuso los aproches para batir el que estaba hecho en la iglesia de San Momelin, que ganado éste se presumió no harian los otros nueva resistencia. Encaminóse el príncipe Tomás con su gente á Niverlet, que le halló sin fortificacion alguna; pero dentro y con la dificultad de un marrazo, habia hecho el enemigo cinco fuertes y reductos de impedimento para la comunicacion con la villa: cerca de la abadía de Mares habia otros dos fuertes, desde donde se daban la mano con Bach por un dique de fagina con su palizada que cerraba el paso: tantas eran las fortificaciones de los franceses, desde que se metió el primer socorro en la villa, para rechazar el segundo, que parecia imposible resarcir el asedio. Resolvió el príncipe Tomás acometer los tres fuertes que cortaban el camino, los de Desmares y el de Bach, para cuyo efecto encargó al conde de Fuensaldaña el ataque del que estaba hácia Demases, y á Juan Agustin Espínola el que habia sobre el mismo camino para ir á la villa, y á D. Francisco Toralto el que estaba más cerca de Bach: fabricó el conde de Fuensaldaña un puente sobre la ribera que corre por aquel puesto, que no pudieron tomar los otros por no haber llegado el tren de la artillería del ejército de Picolomini adonde estaban los pontones; pero todos trabajaron con tanta presteza en hacer fagina, demás de las que hallaron y que habian sobrado al enemigo, que dieron cumplido remate y perfeccion á la obra; y estando todo á punto, envió el conde de Fuensaldaña dos capitanes con 250 hombres para embestir el fuerte. Llegaron muy cerca de él, habiendo pasado por mucha agua y por un foso grande, y cerraron con él gallardamente, si bien hallaron en el enemigo valor y resistencir; pero viendo Juan Agustin Espínola que enviaba socorro al fuerte, acometió con los españoles, echándose al agua por no estar hecho el puente; tomaron por asalto el fuerte, no obstante la dificultad del foso y la mucha agua que lo impedia: acudió luégo el enemigo, viendo con cuán poca gente se le habiamos tomado y lo que le importaba aquel puesto y su



recuperacion, con batallones enteros para volverlo á tomar; mas el príncipe Tomás le reforzó con gente de todas naciones, municiones y faginas, en que la de Juan Agustin Espínola trabajó con singular ejemplo para los demas, señalándose el sargento mayor Dionisio de Guzman, porque con las cortaduras y medias lunas que puso en órden, y con la gente que llevó de refresco y se le iba echando rechazó cinco veces al enemigo. Aquí debatieron tan porfiadamente nuestros españoles y ellos, sobre conservar y recuperar, que perdieron ellos más de 2.000 franceses, muchos cabos y oficiales y el mariscal de campo Labore; y de los nuestros murieron, los capitanes D. Pedro de Cepeda, D. Diego de Velasco, pocos soldados y algunos heridos. Siguió el mismo diseño D. Francisco Toralto, porque viendo ganado aquel fuerte, atacó el suyo sin puente, y venciendo la dificultad de seis cortaduras y la inundacion del agua, que estaba muy alta, fué asombro de los enemigos y de admiracion á los demas cabos y maestres nuestros, con no más de cuatro soldados de pérdida. En consecucion de esto, amedrentados los franceses de estos sucesos, desampararon el puesto que habia de atacar Juan Agustin Espínola, y quedaron los dos fuertes que tenian en medio cortados de todas partes, con que se rindieron á la hora, si bien, como ellos dijeron, por falta de municiones; excusa muy flexible para tanto número de gente y ejércitos con que habian comenzado la guerra este año: habia dentro un maestre de campo con 300 hombres, cuatro piezas de cerco y dos mosquetones que quedaron en dos riberas altas. A esta hora, el conde Juan de Nasao habia pasado al fuerte de San Juan con toda su caballería y puéstose á la frente del mariscal de la Forza, que tambien se le fué arrimando; y viendo, pues, el enemigo tan cerca un hermano del conde Coloredo, que estaba de guardia de la caballería imperial con el regimiento nuevo de Picolomini, le embistió, sin embargo de ser rechazado y muerto; pero reconocido por el conde de Sarraval, donde estaba el conde de Sorrí y la compañía del conde Virca, y que el enemigo se inclinaba á ellos, aunque sin órden, resolvieron de

cargarle; rompiéronle dos gruesos, rebatiéndolos hasta el bosque, y á haber dejado á D. Cárlos de Padilla los hubiera roto con tres batallones de infantería que no habian tomado puesto: no obstante, se retiraron algunos de los nuestros, siendo cargados en pasos estrechos, cayendo en el foso parte de los nuestros, y entretanto tuvo al enemigo el baron de Ambiere en esta retirada, con que el daño fué ménos y pocos los muertos.

Enviáronse á la villa 1.000 hombres de refuerzo por los puestos tomados; y entró en ella el conde de Isembourg, porque el valor y ardimiento de nuestra gente le habia abierto camino, dándole toda la asistencia necesaria. Querian ambos generales franceses venir por el puerto de Demares, con que les hizo opósito nuestra caballería y el regimiento de Roberio, y dejando en el fuerte 200 hombres con algunos croatos para tomar noticia; pero luégo se retiró. Fué acabando el Picolomini sus aproches y baterías hasta 11 de Júlio, de que teniendo aviso el príncipe Tomás que el francés queria socorrer á Bach, le dió órden que se diese prisa, porque tenia noticia que el enemigo queria dar un asalto general á la villa; y para rebatir esto mandó á D. José de Saavedra que, con 1.000 españoles; y á Francisco Toralto, que con 800 hombres de las otras naciones y 800 caballos, no dejasen obrar al de la Forza. Partieron y llegaron cuando la gente de Picolomini estaba puesta en batalla: tomaron los puestos más árduos y más á propósito con diligencia tal, que hizo entrar á los franceses en desconfianza de correr con el sitio adelante, y en no perder tiempo para avisar al Chatillon. Hízose y capitulóse, que si á los 12 de Julio no les viniese socorro entregarian el fuerte de la iglesia de San Momelin, dando por rehenes dos tenientes coroneles y dos capitanes, y que tratarian entretanto por los demas fuertes: nueva y maravillosa accion de guerra, que pidiesen partidos los cercadores, capitulasen y diesen rehenes sobre que los dejasen retirar entregando los puestos; partidos á que se rinden ordinariamente los sitiados. No podia el francés tentar el socorro de los suyos por Demares, por estar los nuestros vivamente señoreados de ellos, y de la misma manera de los pasos forti-



ficados, haciéndoles muchas ventajas; sin embargo, mandó el príncipe Tomás á D. Eugenio Oneli que atendiese con cuidado á sus artes y movimientos, porque los tratados de los franceses pocas veces ó ningunas son seguros ni de fe, como sucedió, porque miéntras se estaba capitulando, vieron en aquella parte una recia escaramuza: atendió á ella con enviarle el conde Picolomini, como más cercano, 500 hombres de refuerzo, municionados; y embistió á los franceses el D. Eugenio, y ganóles seis cortaduras, no sin alguna dificultad, no dejándoles más terreno donde afirmarse; de suerte que todo lo iban perdiendo con gran desembarazo de la villa: degolló pasados de 500 franceses, quitóles cinco barcas, las dos cargadas de bizcocho y una caja grande de balas y algunos toneles de pólvora, faccion que nos costó muy poca sangre. Rindieron los demas puestos con órden del poco afortunado Chatillon; concedióles el conde Picolomini salir con armas, algun bagaje, pero sin mecha encendida; dejaron cuatro piezas de artillería y una bandera blanca, que con notable alborozo y alegría de aquel pueblo y de la milicia, se puso en la iglesia de Sant Omer, en una capilla que hay allí de Nuestra Señora Milagrosa, como imágen suya: salieron rendidos 2.500 franceses, gobernados por el mariscal de campo Manicau, y el maestre de campo Belfort. Visitó aquel dia el príncipe Tomás los puestos de la villa, no sin gloria y aplauso memorable del hecho, pareciéndole que habian andado flojos en no haber apretado las fortificaciones contra los españoles é italianos: retiráronse los franceses, haciéndolos seguir en batalla el príncipe Tomás por el valor del conde Picolomini, que matándole alguna gente ocupó á Terovana, puesto que cubre toda aquella parte del país: reconocióse que iban á hacer su tránsito ó fuga hácia el Valonés, siempre á su vista nuestro ejército, haciéndoles marchar, mal de su grado, fuera de la provincia de Flandes. En esta forma fué socorrida y libertada la villa de Sant Omer del asedio de los franceses y de su jactancia, entregando todos sus fuertes ó fortificaciones, no sin admiracion de las naciones circunvecinas, así naturales como forasteras, ganadas por los españoles

sin otras dificultades, con porfia y denuedo, con el agua á la cintura y áun hasta los pechos, con otros innumerables trabajos; reforzados de muchos y muy escogidos franceses, mucha y muy gruesa artillería, desalojándolos á fuerza abierta, alabándolos el príncipe Tomás y encareciendo su constancia y gran corazon, diciendo que si hasta allí los habia tenido por valientes, de allí adelante los tendria por más que hombres. Asistia á esta sazon el Infante en Amberes, donde públicamente y como tan religioso Príncipe dió gracias á Dios por las victorias conseguidas este año: quisièra emprender más, y apretar por su persona al príncipe de Orange, pero las pocas fuerzas con que se hallaba, por asistir todas las demas con el Príncipe, asistente siempre al opósito de los franceses, no le daban lugar para correr á mayores progresos: tenia á esta hora no más que 6.000 infantes, y el de Orange 8.000 sin los que podia sacar de las guarniciones: tratóse de alguna sorpresa que, conferida con los de su consejo y cabos, algunas dificultades que se interpusieron no dieron lugar á la ejecucion: pasó á Bruselas á la festividad del milagro de las Santas Formas; llamó no obstante al príncipe Tomás para comunicarle el intento; aprobólo y reservó la resolucion para Gante, para tomar tambien consejo de D. Andrea Cantelmo, que era á quien se habia de dar el cargo de la ejecucion. Mas á esta hora, penetrando el rebelde los pensamientos de aquel Príncipe, de repente se vió que el conde Guillermo de Nasao pasó á la Exclusa, reforzó los puestos con armas y con gente, que eran los que se habian de subprender, con que desconfiados de la empresa, volvió el Infante á Amberes á atender con más prontitud y más cerca á los designios de los enemigos para acudir á todo.

Habiendo pues, referido lo de Flandes, será bien volver las riendas al estado que tenia Fuenterrabía. Aunque no del todo desconfiado aquel ejército del Orange, de conseguir faccion, por más deshecho y desbaratado que se hallaba, dando indicios de dejar á Flandes y el Brabante y la costa de aquellos mares, y surtir á las plazas mediterráneas, como á Güel-



dres, por no volver á Holanda, acabado el tiempo, sin alguna presa, por no sufrir los lamentos y blasfemias de la gente buturera, para quien tambien se armaba el Infante y se disponia á seguirle en persona, con los mismos cabos y soldados que le habian consumido en Calo y los demas fuertes, y presentarle la batalla hasta no dejarle soldado, como veremos al fin de este libro. A esta hora, pues, ya teníamos á D. Diego Mejía, marqués de Leganés, general del ejército y de gentes en España, si Dios no lo remedia, y se disponia con el órden que le habian enviado á ponerse en camino y á marchar con los 8.000 italianos; y prosiguiendo con el asedio de Fuenterrabía y á la defensa que hacian nuestros españoles, y á la expugnacion de los franceses, no dejaba de estar aquella plaza en el mismo conflicto que ántes, mayormente con la pérdida de D. Lope, de sus bajeles, cabos y capitanes, soldados y marineros, tanto que sin ninguna duda pudo turbar la resolucion que el Almirante y el marqués de los Velez tuvieron de acercarse con el ejército á las trincheras del enemigo: hacíase reparo en el grueso de la armada, cuyo número era de 70 bajeles; y otrosí, la grandeza del ejército, reparado por horas y tan asido á Fuenterrabía, que hallándose con fortuna intentaria de nuevo recobrar los Pasajes por mar y tierra, á Lezo, Rentería y los otros puestos que le hicieron dejar ántes, el puerto del Pasaje el mejor de aquella costa, y tener en continuo cuidado y desvelo á San Sebastian y con disposicion para tentar mayores cosas, y se receló no cortasen en la eminencia de la montaña al marqués de Mortara ó le desalojasen. Discurrido todo esto, y bien premeditado, resolvieron ambos generales enviar gente para el resguardo de los Pasajes, de sus puestos y de Rentería, y órden al coronel D. Diego de Isasi y á D. Antonio Gandolfo, para que viesen lo que se podia hacer para su defensa, y para que no llegasen los navíos de los enemigos. Hecha esta diligencia, pareció conveniente poner una cadena en la boca del puerto; trajeron alguna artillería de la villa de San Sebastian, y fabricaron en tierra las baterías necesarias contra la mar, que no era de pequeño cuidado, y en-



cargóse este puesto al sargento mayor D. Miguel de Berroes. Pero á esta hora, parte de la armada de los franceses pasó al canal de Fuenterrabía, y parte quedó á vista de Guetaría, con que se ordenó al maestre de campo D. Juan de Chauri, que estaba con su tercio embarcado en los ocho bajeles surtos en San Sebastian, y al gobernador Freijo, que los mandaba en cuanto á la mar, se viniese al puerto del Pasaje y se pusiese en la boca de la entrada: con que se aseguró aquel cuidado. Llegó á esta sazon de Cataluña el regimiento viejo de la Guardia de S. M.; dióse éste al marqués de Mortara, como su teniente, y mandaron que subiese á la colina donde estaba, y que el tercio que tenia de la nobleza de España se acuartelase abajo, incorporándose con todo el ejército: llegó el maestre de campo general, Jerónimo Roo, de nacion milanés, soldado fidelísimo y de reputacion, que cuando vió que los aprestos del duque de Parma se encaminaban al auxilio de Francia, y á la invasion de aquel Estado, los dejó, aunque estaba á su cargo, y se pasó al servicio del Rey. A éste siguió el regimiento del conde de Aguilar aumentado con 300 napolitanos escogidos del tercio del maestre de campo D. Leonardo Moles, y 500 hombres de la armada real, á cargo del capitan D. Alonso de Salamanca. Con la llegada de esta gente partieron el almirante de Castilla y el marqués de los Velez, y los maestres de campo generales, marqués de Torrecusa y Jerónimo Roo, al puesto del marqués de Mortara; y llegando á la ermita de Santa Bárbara, reconocieron de allí los cuarteles de la plaza, los ataques y fortificaciones, y descubrieron en lo bajo de un valle tres llanos en un poco de altura, descubiertos del puesto de Santa Bárbara, muy cerca de los cuarteles de los franceses, á los cuales ya se les habian acabado las bombas de fuego, como á la plaza la iba faltando todo lo necesario de bastimentos, pólvora y balas, y hasta el agua de la cisterna, bebiendo de una pequeña fuentecilla que la daba bien tasada. Aquí, pues, pareció asentar el grueso del ejército, enviando alguna parte hácia la banda de Irún, para poner en cuidado al enemigo, haciéndole más fuerte unos bosques que



tenia delante, acomodados para venir á él con seguridad; y enviando emboscadas delante por ser muy doblada la campaña, y acuartelándose en ella el ejército, se entró en esperanzas de que se ganaria la eminencia y se sustentaria fácilmente; y enviáronse al puesto reconocido dos compañías de caballos, con que las escaramuzas se iban refrescando, y más aina entónces, cuando los franceses entendieron tenian á su opósito al tercio que llamaban del Conde-duque; portándose con tanta arrogancia aquella nacion, que llaman por instantes al marqués de Mortara para que los embistiese, dándole en rostro el suceso fatal de Leocata: habian suspendido el tirar con la artillería, porque estando tan cerca de la muralla y dando las balas en la peña viva, surtian para ellos con grave daño de su gente.

En toda la circunferencia de España no se oia ni se veia otra cosa que instrumentos marciales, alistar gentes, levar compañías y montar caballos, correr y pasar de unas provincias á otras, y todos para las provincias de Guipúzcoa. La corte de Madrid era ya casi una plaza de armas: cada dia pasaban compañías muy lucidas y bien armadas, levantadas por los señores y títulos, por las ciudades y villas. De Granada, cortando á toda España por medio, descendieron de la sierra, que los vimos aquí, 400 hombres mosqueteros y arcabuceros de aquellos que defienden la costa de los árabes cuando son infestadas de sus fustas ó bergantines, y otras veces de navíos y galeras de ambas Mauritanias, tingitana y citeriense, haciéndolos volver á la mar. Estos fueron admirados de los cortesanos por la grandeza de sus cuerpos, robustez de miembros, presteza en el disparar los mosquetes, en el traje que allá usan para correr y saltar las breñas, atravesar los vallados y sendas incógnitas, para reconocer las emboscadas; ensenadas y esteros donde los esperan los bárbaros para cautivarlos ó tomar los labradores y ganaderos que apacientan en los prados, con que se acrecienta el trato de Tetuan y de aquellos reinos, cuando van al rescate de los cautivos. Iban estos calzados de polainas y alpargatas, de largos capotes y cubiertos con mon-



teras, de suerte que no parecia sino que imitaban á los primeros hombres que se condujeron con Pelayo á las Astúrias para la recuperacion de España.

Añadíase á los sucesos de este año, que en Flandes, por órden de S. A. el infante D. Fernando, pasaron algunas de nuestras tropas á desalojar á un cuartel de holandeses que se habian afirmado en la campaña, no sin sospecha de nuevos y maliciosos intentos: cerraron con ellos con el mismo denuedo y vigor que los dias pasados, y degolláronlos 1.500 caballos; cebándose la mayor parte de los nuestros, en esta rota, en el pillaje. Adelantó el príncipe de Orange la demas caballería y alguna infantería, con que perdimos 200 hombres: prendieron otros tantos, que hizo no tan dichoso el reencuentro; sin embargo, tuvieron traza de escapar de la prision y volver á las banderas. Murió el conde Juan de Nasao, general de la caballería de Flandes, de enfermedad, que éste sólo, despues de la rebelion de los Estados, habia quedado de aquel linaje en servicio del Rey; hombre de ninguna fortuna, ni señalado, más poderoso en sus acciones que de utilidad, sin haberse dado aquel cargo, sino servídole por gobernadores ó tenientes, cosa que en esta era, en estos y otros oficios militares y políticos se ha procedido con remision y tardanza, y así han obrado cortamente los soldados y los ministros, por recelar cada dia su deposicion. Díjose á esta hora que el rey de Francia y Richelieu, heridos y picados de las rotas recibidas sobre sus gentes por las del Rey Católico, y el sitio que los habian hecho dejar de Sant Omer, habian salido de París á toda diligencia y expuéstose en Avevila, plaza situada en las fronteras de Flandes, y juntaban sus tropas, tan numerosas en infantería y caballería, que era dificultoso poderlo referir; que publicaban entrar en toda furia por el País-Bajo y acabar con todo este año, y que le habia nacido este orgullo por el hecho de Fuenterrabía y su rara resistencia; tanto, que tenia admirado todo el orbe, no sólo á los caudillos de mayor nombre, pero al príncipe de Orange, tan gran soldado y de mayor experiencia en sitiar plazas, habiéndosele rendido las más sober-



bias y poderosas en arte y fortaleza, en murallas y baluartes, en fortificaciones de afuera y de adentro, en otras máquinas, en número de gentes, en sobra de municiones y bastimentos. En esta de Fuenterrabía, que no tenia nada de esto, forzosa era la admiracion, hallándola desproveida, desarmada, sin gente ni otra prevencion más que el espíritu generoso y gallardo de los vecinos; un ejército hecho despacio, con buenos cabos y otros ministerios concernientes á no sólo ser recelado pero temido; tanto, que parece tenia en atencion al mundo y á todas las plazas de armas, así las propias como las extranjeras, así de Flandes como de Italia, y todas las de nuestros enemigos, que una plaza, apénas con muralla, resistiese tanto y á tan grande número de franceses. Finalmente, publicaba esto el rey de Francia y que queria dar batalla campal al Infante y á aquellas legiones germánicas; pero S. A., sin gastar tiempo ni palabras, sino atendiendo á las obras, dejando al opósito del príncipe de Orange, con infantería y caballería, al conde de Fontana, partió de Amberes á 3 de Agosto de este año: tomó puesto á propósito para acudir á ambas partes, y esperó al rey de Francia con el ejército del príncipe Tomás á la frente del país para dársela si le estuviese á cuento, ó rehusarla por la misma causa. Para esto convocaba el Infante los soldados voluntarios del país de Henao, del Artoes y de las otras provincias, para dejar parte al resguardo de toda la tierra y recibir al Rey con la demas; pero todo esto se desvaneció con brevedad y sin hacer nada, porque los franceses no son valientes descalabrados, ni son constantes rebatidos, ni vuelven á la batalla sin miedo, por lo que el rey de Francia, viendo vigilante á S. A. R. y resuelto á combatir, se volvió á París, y toda la bravura de franceses se redujo al sitio de Renti, plaza, si en los tiempos pasados de gran ruido, ahora de muy poca ó ninguna consecuencia. A lo que más atendia S. A. en esta ocasion era al príncipe de Orange y á la surtida que habia de hacer para volver con algo á los Estados, y que fuese, aunque moderada, la presa recompensa de los gastos causados; mal contentos del revés pasado y tambien porque le parecia que

el movimiento francés era hacer espaldas á los aliados para que se saliesen con algo; y dejando al príncipe Tomás con la gente que bastaba para el opósito de Francia, volvió los pensamientos y los cuidados á las demas ocurrencias de la tierra. Pidiéronse en el reino 9 millones para la guerra, porque la tuviésemos por todas partes, así natural como forastera, la pagásemos y la peleásemos; daban prisa á que se tomasen los arbitrios que quisieren para sacar este dinero, no reservando nada al comun sosiego de las gentes.

Iba el Almirante de Castilla disponiendo el socorro de Fuenterrabía, y avisó al gobernador para la inteligencia, y por un gascon, que fué de notable consuelo para los afligidos sitiados, deciale el modo cómo se habia de comunicar con la gente del puesto de la eminencia de Santa Bárbara, que ocupaba Mortara. Llevaban los franceses muy adelante una mina de cuidado para los de la villa: dióse órden al alcalde Diego de Butron para que la contraminase; ejecutólo, y halló que habia cerrado la boca de comunicacion, el enemigo, con grandes piedras y con notable cantidad de talegos de greda; y reconociendo que las centinelas del cubo habian faltado al cuidado, pues habian dejado trabajar á los minadores toda una noche, se creyó se habia cerrado para quitar la comunicacion, con que los de adentro la comenzaron á desembarazar á toda diligencia; sacaron más de 40 quintales de piedra y 70 talegas de piedra, digo de greda, asistiendo dentro de la contramina el alcalde; trabajo digno de premio. Envióse á esta hora á dar prisa, al alférez D. Francisco de Molina, al trabajo de la contramina, y á las dos de la tarde, volviendo los franceses á la fatiga de las bombas, tiró algunas á la plaza de armas de la muralla: acudió el Padre Isasi á solicitar el trabajo de la defensa de la mina, y no perdiendo tiempo los insidiadores de la quietud pública, la dieron fuego y por la boca que estaba hecha por la parte de la plaza salió tan grande volcan de piedras, tierra y fuego, que voló siete hombres que estaban dentro trabajando; derribó á D. Francisco de Molina y al Padre Isasi, dejándolos, aunque sin herida, maltratados: ca-



minóse luégo á reconocer el efecto, y hallaron que no habia hecho brecha en la muralla, ¡viva pretension de los franceses por llegar á la ejecucion de la entrada! Pero la carga se volvió contra ellos, con daño irreparable y pérdida de gente; arrimóse la nuestra á la muralla, y los irlandeses se pusieron en la cortina pegada al cubo, por ser puesto que les tocaba, como tambien el de la casamata: de aquel lado pasóse la gente de las demas compañías en la trinchera que franqueaba la entrada de la casamata, con las cuerdas caladas, porque el enemigo no avanzase: siguieron el ejemplo los reformados, y con mucho aliento los capitanes irlandeses D. Daniel y Don David. Disparaban los franceses su artillería furiosamente haciendo frente á la muralla con 300 infantes escogidos, encaminándolos al foso, afirmando en las casas de la muralla, dejando de resguardo una tropa de caballos: mostráronselos los cercados con gran denuedo y resolucion; pero viendo no habia brecha capaz en la muralla, cedieron todo su rigor á la retirada, creyendo ántes que les habia de ser esta mina de tanta importancia y de efecto para sus intentos, que la codicia sacó á las mujeres de Andaya de sus casas, creyendo que la plaza se tomaria aquella tarde, y que el saco seria de consideracion. Pero siendo ya los 21 de Agosto, y que el hecho de la misma habia salido inútil, caminaron con galerías algo más abajo para minar en el mismo cubo; mas haciales gran resistencia la dureza del terreno, la peña viva y lo antiquísimo y formidable de la fábrica. Para vencer esta dificultad, encaminaron tres galerías, la primera hácia el ángulo, pero llegando á la mitad del foso lo empantanó todo el agua, y en la tercera armó tablones gruesos y levantó otros artificios con designio de que si habia camino avanzaria la gente sin que la nuestra se lo pudiese estorbar. Trabajaban los sitiados valerosamente en la segunda contramina, haciendo principio en la primera por donde se habia quebrantado la muralla; fué encontrada con fortuna y diligencia dentro de tres dias, cogiéndole por travesía, mas ellos, en venganza de haberlos vencido y alcanzado en el trabajo, comenzaron á picar en el baluarte de la Reina



por dos partes diferentes, como dos picas y media de distancia, sin podérselo embarazar: los sitiados, aunque peleaban de noche y de dia con bombas, piedras y cañonazos, les mataron mucha gente, y llevados de su continua arrogancia y artificio, para desanimar el aliento de aquellos míseros y afligidos combatientes, y hacerlos caer en alguna flaqueza, inventaron una salva general con la mosquetería, comenzando de los cuarteles de Mendelo. Creyendo los sitiados con el comun y general estruendo que habian chocado ambos ejércitos, acudieron á certificarse de esto á las murallas; iban creciendo las salvas y el asombro y terror para los ignorantes, en los demas cuarteles, hasta la villeta de Andaya, siguiendo la artillería, de que les pareció solemnizaban alguna fiesta, hasta que el dia de San Bartolomé se les arrimó el marqués de Greses, diciéndoles desde las trincheras, que habia sido salva por la quema y destrozo de nuestra armada, y prosiguiendo consecuentemente con una exornacion vana, les comenzó á persuadir que qué pensaban hacer; y respondieron, que defenderse ó morir. Replicó el Marqués, que el morir era bien cuando se seguia algun fruto, pero que cuando nó, para qué: á que replicó D. Daniel, capitan de irlandeses, que para morir con honra; y se retiraron no sin gravísima pena y desconsuelo por la pérdida de nuestros bajeles, mas con aviso intrépido de no desistir de la defensa. Descubrieron la mina segunda, pero portáronse más cautos, por no experimentar el siniestro suceso de la primera, haciendo tan capaz la contramina que los franceses no la pudiesen cerrar; sin embargo de que ellos la hinchieron de bombas de fuego y barriles de pólvora, atacando ligeramente la boca, de suerte que, al darla fuego, no surtió con más ruina que de rebatir á Bernardo Bardones, soldado, y sacarle fuera de la villa por la boca de la primera mina, y sin impedimento de ninguna turbacion se volvió á la estacada de la plaza, y hallándole un francés pegado á sus trincheras, le dió con un chuzo por las tripas y se las echó fuera, y sin embargo de la herida y con las tripas en la mano llegó nadando hasta la estacada, entró en la plaza, y curado, sanó de la herida; cosa



admirable, y tanto, que si no tuviera la noticia que es justo de la fidelidad de la relacion, pusiera duda en la copia, y suspenderia el juicio. En dificultad tan rara, atreviéronse los de Andaya á hablar con los sitiados, persuadiéndolos á la rendicion, y no fueron respondidos ni escuchados por la maravillosa virtud de la constancia que al paso de los trabajos ardia en los corazones de aquellos verdaderos hombres; mas los franceses, persistiendo en la fatiga de la insidia, formaron otra galería de barricas terraplenadas, sin abrigo de espalda, por no haber través que los pudiese ofender: sin embargo, se procuró á los principios, con la mosquetería, y el alférez Lesaca, con un arcabuz de caza, no obstante que tiraba descubierto, por estar la muralla sin parapeto, les mató más de 30 franceses, y entre ellos algunos hombres de cuenta. Mas viendo los de adentro que la parte de la Magdalena quedaba libre, y que en la de la Reina trabajaba el enemigo, resolvieron de comenzar la retirada de la Reina, porque el francés iba caminando á toda diligencia con las minas, y si no se llegaba á la contramina estaba ya bien cerca: hicieron la retirada en tres dias ayudando las mujeres á terraplenarla: retiraron la artillería, no sin trabajo, por estar desencabalgada en lo alto del terraplen de la Reina, y abrióse en el grueso de la muralla de la Magdalena una tronera para poner un medio cañon contra la galería que habia hecho el enemigo, y prosiguióse la espalda que estaba sobre el terraplen de los cestones para alojar otra pieza grande. Con sus designios, estaban por estos dias los de Fuenterrabia cuidadosos de no tener aviso del Almirante ni del marqués de los Velez, y deseosos de saber si habia llegado la gente de Perpiñan, para entrar en alguna esperanza de ser socorridos, enviaron para enterarse de todo y del fin que habian de tener, á D. Miguel de Ubilla, para que diese de nuevo al Almirante cuenta del estado que tenian, como ya se gastaban en la plaza dados de hierro y que el estaño se guardaba para los arcabuces y para tirar con los mosquetes á puntería. Acabóse de acomodar la pieza en la Magdalena, y aderezóse un cañon entero para ponerlo contra



el baluarte de la Reina, en que se señalaron el capitan Juan de Urbina y Andrés de Izurrain. Estaba ya el francés con su galería cerca del orejon de los cestones que miraban á la Magdalena, para volarle y descubrir con su artillería nuestras retiradas; pero ofendiósele siempre de la plaza, y desde este puesto y de los demas habia muerto la artillería de la plaza, mosquetería y arcabucería y otras máquinas, pasados de 2.500 franceses.

Era ya por este tiempo 28 de Agosto, y queriendo enviar los de Fuenterrabía al capitan Ubilla acompañado de otro soldado, al Almirante, reconocido por las centinelas de los franceses, los volvieron á entrar dentro, apretando con mayor ira y enojo las baterías, metiéndolos dentro muchas balas y bombas, acercándose á las murallas con la galería, y pretendiendo picarla. Estorbáronselo los nuestros con bombas y con piedras; libráronse dos estacadas junto á la Reina para cortar aquel baluarte y recibir al francés con la mosquetería, si acaso le ganase; mas él, arrimando gran cantidad de maderos, comenzó á picar en dos partes la muralla, la una junto al orejon y la otra hácia San Nicolás. Los de adentro trabajaban vivamente en sus minas, y el capitan D. Daniel, irlandés, queriendo entretenerse con los franceses desde la muralla, dejándose ver de ellos, les dijo que si traian los calzones largos como solian: ellos dijeron que sí; y preguntándole que por qué lo decia, él respondió, que para avisarles que buscasen tijeras para cortarlos, porque siendo tan largos no sabia cómo habian de ir: donaires acaecidos muchas veces entre dos campos cuando de ordinario contienden el uno contra el otro. Comenzaron los nuestros una esplanada contra las minas, que en los cestones trabajaba el enemigo, y porque á esta hora avanzaba gente por los manzanares, y porque se creyó trataban dar fuego á las minas, se asistió con particular cuidado en la Reina, ordenando el gobernador, Domingo de Guia, al capitan D. Juan Sein, que con su gente viniese á la estacada al baluarte de la Reina, quedando á su cargo y al del capitan D. Juan de Beamonte, y que en la estacada asistiese el capitan



Nicolás de Bran, sólo con la gente que trajo y otros 40 hombres que se le agregaron; asistiendo en aquel rebellin con grande valor hasta que socorrió la plaza. Pero viendo el príncipe de Condé las cabezas y cabos del ejército, así de mar como de tierra, la resistencia de los vizcainos en Fuenterrabía y el gran socorro que les habia llegado, así de Castilla como de Navarra y de las otras provincias del reino, fueron de parecer, ántes de experimentar otro accidente de menor fortuna, que se escribiese al gobernador de la plaza y á los demas que estaban dentro para obligarlos á la rendicion; y aunque el intento era amedrentarlos, más lo hicieron ellos de miedo que de confianza: y en esta forma, por llevar su pretension adelante, usaron del último remedio que en plazas sitiadas y consistentes suele haber, y en esta manera, el dia último de Agosto, por la mañana, llegó un tambor á las murallas, que se recibió en la villa tapándole los ojos y llevándole al castillo, donde acudió el gobernador y la villa, el sargento mayor y capitanes, y dió un papel en francés, que vuelto en castellano decia:

«El príncipe de Condé, general de las armas del Rey, su sobrino. Señor: habiendo reducido á Fuenterrabia á estado de tener necesidad de su bondad para la fuerza de las armas, y por medio de muchas minas que están aparejadas para volar, cuyo efecto le dará la entrada en la plaza, y deseando no se siga la ruina, cual como de ordinario sucede en las plazas que se ganan por asalto, S. A. envia este tambor á notificar al que manda la plaza, para que la resigne en sus manos, conforme las capitulaciones que gustare otorgárseles, así al gobernador como á los soldados de la guarnicion y sus vecinos, ofreciéndoles, para que vean el peligro que corre la villa, de hacer reconocer, á los que se señalaren para este efecto de parte del gobernador, el estado que tienen las minas, y despues de lo cual, S. A. les declara, no esperen alcanzar ninguna gracia de él, ántes todo el rigor que las hostilidades de la guerra hacen sufrir á los que una ciega obstinacion lleva hasta aguardar el último trance: además que han de pensar, que han hecho todo

lo que gente de bien y fieles vasallos deben hacer, y que las tropas que han venido á socorrerles están imposibilitadas de hacerlo, por razon de que su flaqueza y las grandes fuerzas y trincheras que les tienen á su oposicion, mostrándoles sus designios; lo cual S. A. tambien ofrece hacerles ver, fuera de que la armada naval y los hombres que están en los bajeles destinados para el socorro de la plaza, están todos deshechos. En el campo, á 30 de Agosto de 1638.»

Leido el billete del príncipe de Condé por el gobernador, capitanes y alcaldes y gente de la villa, sin dudar ni poner un punto de intermision en la deliberacion de la defensa, ni mengua en el ánimo por las amenazas, en nombre de todos respondió el gobernador, Domingo de Guia, en la forma sisiguiente:

«El maestre de campo, Domingo de Guia, gobernador de Fuenterrabía: La de V. A. se ha recibido por mano de este tambor, y queda entendido lo que contiene, y agradecidos de la advertencia que V. A. nos da: habiendo consultado con la villa, sargentos mayores y capitanes que hay en ella, lo que que se ha resuelto es, que V. A. vuele las minas cuando mandare y disponga en ello, y en lo demas como le pareciere, que aquí estamos resueltos de resistir y hacer lo que se debe á lealísimos vasallos de nuestro Rey y señor, D. Felipe IV (q. D. g.), en cuyo real nombre y servicio, en defensa de esta plaza, todos, mujeres é hijos, estamos dispuestos á morir ántes que entregarla á V. A., ni á otro que tuviere el gobierno de las armas del excelentísimo Rey de Francia; y en órden á esto, V. A. disponga lo que fuere servido. Guarde Dios á V. A. felices años. Fuenterrabía á 30 de Agosto de 1638.»

De todo esto tenia aviso el Almirante de Castilla por el gogobernador de la plaza, y de todos los demas accidentes por instantes, y luégo pasaban los correos al Rey y al Ministro, siempre batallando en las juntas y consejos de ella y de toda la tierra. A esta hora se iba el francés alojando junto á Nuestra Señora de Guadalupe, y acabadas dos fortificaciones guarnecidas de artillería, dispuso barracas para alojar la gente, por las



muchas aguas que aquellos dias cayeron; tanto, que les descompusieron las trincheras, y á los de la plaza les fueron de provecho por la necesidad de agua que ya padecian, valiéndose al principio de la lluvia, de la que se comenzó á hacer en los hoyos de las bombas; que á los que proceden con hidalguía de corazon, no hay mal que al cabo no traiga alguna utilidad á la fatiga: llenáronsele por providencia del cielo las cisternas, con que bebió y se refrescó aquella gente, cansada, aunque animosa. Dispuso una pieza, y acomodóse de 40 libras, que miraba la Reina; trataron de hacer balas porque no las tenian, y de prevenirse á las demas cosas para cuando los franceses hiciesen brecha, aunque les parecia, que no habiendo pasado la contramina, con las dos minas que traia habian de quedarle 10 piés de muralla; mas no sin suspension y cuidado del efecto que hacian las minas. La mañana primera de Setiembre sintieron venir rastro de fuego y voló casi toda la frente del baluarte de la Reina, rompiendo una pared de más de 22 piés de grueso; pero áun todavía con dificultad de poder entrar fácilmente, por no ser á propósito el puesto que podian ocupar; pero los de la villa, con resolucion y ánimo, se avanzaron á defender la muralla y á la contramina, porque el enemigo queria alojarse en ella, peleando aquel dia como los demas por defenderla. Señalóse en esta faccion D. Juan Sein y su alférez Domingo Valardi, y el capitan D. Daniel y los irlandeses, porque combatieron dentro de la contramina, entre el humo y la pólvora, limitándoles el uno y el otro el aliento, demás del riesgo evidente: asistió mucho dentro de ella el sargento mayor Osorio, que bajó con gente de refuerzo diversas veces, peleando y animando á los demas y ordenando él solo todo lo que se obró y dispuso dentro de aquel volcan: hizo el deber el capitan Adrian Pulido y otros, peleando por espacio de seis horas, hasta que el francés cerró la boca de la contramina, que formó la brecha con maderos y faginas, quedando alojado dentro ó en el pedazo que quedó hácia San Nicolás. Dió órden el gobernador que se fortificase la contramina, y no hallando forma para ello, por



haberse esegurado el enemigo de los de la plaza y los de ella del francés, á esta hora sobrevino un nuevo cuidado á nuestra gente, de lo que podia intentar por dos puertas que habia dentro de la contramina, debajo del terraplen de la casamata que mira á San Nicolás, que ántes del sitio estaba terraplenada y con su pared de mampostería: sin embargo, se abrieron por la parte de adentro, para comunicarse con la casamata y para que cuando los franceses diesen fuego á la mina quitar la fuerza al estrépito de la pólvora haciéndola respirar por aquella parte: temíase que no tentase otra mina por allí, y previnose con una zanja para descubrir las puertas, en que trabajaron 50 hombres de la villa y 25 soldados. Estos cuidados se iban por horas recreciendo más, de suerte que ya no se conocia el sueño y el descanso, demás de la escasa limitacion del mantenimiento; por manera que no se sabia cómo aquellos hombres podian sostenerse en la vida, en el aliento y en las fuerzas naturales, porque todos estaban gastados con el continuo y siempre pendiente trabajo. Era esto admirado de todos, y así en las provincias confinantes discurrian viendo contrastar tantos trabajos, prevalecer la fortaleza y el sufrimiento, sin pan aquellos hombres, los de la antigua Numancia contra los Romanos, ó Sagunto contra los Cartagineses. Tambien se receló por ellos que el enemigo no minase la muralla que habia quedado al terraplen, despues de la primera mina, y para investigar esto duplicaron las centinelas en la contramina; y el francés de dos troneras que dejó hirió malamente á dos de los nuestros. Oyeron á este tiempo que el enemigo clavaba estacas y que picaba la muralla, porque aquella noche y dos dias siguientes trabajó en hacer minas, con que voló buena parte de la muralla: proseguian, pues, vivamente la espalda de los cestones, poniendo un pedrero en el lado del parapeto á quien tiraban los franceses algunos cañonazos, quitando la batería que tenian en la marina, muy en favor de los nuestros por haber dejado libre la pieza que barria el foso y fuerte del baluarte de la Reina: sin embargo, se continuaba la nueva contramina, teniendo en gran atencion á los sitiados

lo que obrarian en la de la Reina y en los demas intentos que discurria y ejecutaba para la expugnacion, que eran todos aquellos cuantos el arte militar tenia observados.

No cesaban nuestros ministros desde la corte de dar voces á nuestros cabos que se viniesen á batalla con los franceses para desalojarlos y desarraigarlos de la plaza, como de toda la tierra: finalmente, reconocidas las tropas y tercios, el Almirante y el marqués de los Velez dispusieron todo lo necesario, y á los últimos de Agosto, para intentar el socorro, se juntaron las cabezas más principales, como el marqués de Torrecusa, maestre de campo general, el marqués de Mortara, el conde Jerónimo Roo, el gobernador general de la artillería, Sebastian Granero, Don Diego de Isasi, y los tenientes de maestres de campo generales, D. Diego Caballero y D. Antonio Gandolfo, y otros. Propuso el Almirante la necesidad precisa de socorrer á Fuenterrabía; que S. M. se lo encargaba con muchas cartas y correos; advirtiéndoles cuánto era de su servicio el desempeño de aquella plaza, y las instancias del mayor ministro en este caso, no sólo á él sino á todos los que allí se hallaban, y haciéndoles cargo que habia llegado la gente de Cataluña sobre la demas que habia en el ejército, con que no era inferior al de los enemigos para embestirlos y asaltarlos, y hacerlos reconocer la potencia y majestad de España; cuánto merecian los de la plaza que se aventurasen por su honra cuanto ellos, tanto más de lo que parecia posible habian obrado en su defensa, el crédito de las armas del Rey y la honra de la nacion española, el menoscabo de reputacion en que se perdiese, á la vista de tan grandes hombres y ejército, ya numeroso y formidable, regido por capitanes de tal experiencia y sumo valor, una plaza digna de estimacion; que cada uno diese su parecer libremente sobre lo que se debia hacer para que se ejecutase con precision. Fueron varios los dictámenes, discursos y opiniones en este caso. Cuál dijo que convenia, sin intermision, reconocer los puestos de Irún por persona de ánimo generoso, aunque se arriesgase el perderlos, y que se escogiesen 1.500 ó 2.000 hombres de los mejores de todos los tercios, y se in-

tentase por allí la faccion ántes que se moviese todo el cuerpo del ejército. Los que seguian este parecer ponderaban que su gente llegaba á 18.000 hombres y 500 caballos, número superior al nuestro, y los regimientos más viejos de su milicia y bien fatigados en el sitio, ejercitados en él, aunque á los principios llegaron bisoños, los que ya la experiencia hacia valientes, que de empeñar todo el ejército con el deseo de socorrer la plaza era contingente y muy verosímil experimentar algun desman siniestro, con que no sólo se dificultaria la empresa de Fuenterrabía, mas volverian á recobrar los Pasajes, Lezo y Rentería, peligraria San Sebastian y quedaria toda la Provincia por los franceses, y lo demas de la tierra aventurado y todo sujeto á contribucion, y el camino abierto para Navarra, donde vencerian en todos sus intentos: que lo más escogido del ejército habia de intentar el socorro, porque los demas, como milicia y soldados colectivos, eran todos bisoños, más de daño que de provecho, y de poco miedo á los franceses; y que si con 2.000 hombres veteranos no se socorria la villa, no habia que esperar, y esto habia de ser por un cuartel. Otros eran de parecer que todo el ejército junto, aunado y puesto en órden, así de infantería como de caballería, se debia acercar al enemigo, y tocando arma por todas partes intentar por una el socorro, que era la más precisa órden de S. M.; que no era el ejército tan nuevo que no tenia más de 5.000 hombres, soldados viejos, y entre ellos muchos hombres ilustres, y principales cabos de mucho valor y de experiencia; que los franceses se hallaban fatigados del sitio, gente tambien nueva y armada de prisa, y por fuerza con ánsia de volverse á sus casas, nacion á quien no endurece, ántes enflaquece el largo oficio del trabajo, de cuyos acometimientos, sólo son de cuidado los primeros: la necesidad de la plaza, la honra del prez español; los franceses metidos en España, cosa digna de aventurar por su defensa; los ejemplos calientes de este año, ejecutados con valor y bizarría por los españoles contra franceses en Flandes y en Italia, con admiracion del mundo; que probar la fortuna con sólo 2.000 hombres, aunque fueran los



mejores del ejército, era aumentar la faccion, y que estos la peleasen con 2.000 franceses atrincherados y dentro de los reparos, armados y guarnecidos de artillería; donde se ponia en duda el intento, la empresa y la necesidad de socorrer la plaza.

Entre estos dos pareceres escogió el Almirante el último parecer, el que convenia y era más ajustado al órden de S. M. y al de sus ministros; y siendo forzoso acuartelar el ejército en los llanos que se reconocieron de la ermita de Santa Bárbara, en la eminencia que defendia el marqués de Mortara, se le ordenó que se volviese á su puesto y que ambos maestres de campo generales, con D. Diego de Isasi, Cárlos Guasco, D. Diego Caballero y D. Antonio Gandolfo, y el sargento mayor D. Benito de Quiroga, fuesen á reconocer los caminos para ir á los puestos que se habian elegido, acercándose cuanto se pudiese, para ver y quedar mejor informados de lo que se podia hacer en órden á lo que avisaba el primer ministro. Partieron estos cabos llevando alguna gente de resguardo por si el enemigo intentase rechazar el designio; é iba el marqués de Mortara cubriéndolos por la eminencia con golpe razonable de mosquetería, reforzando por arriba la escaramuza con los franceses para mayor seguridad de los que marchaban por abajo. Volvieron los maestres de campo generales, marqués de Torrecusa y Jerónimo Roo, y los demas cabos que habian ido con ellos, de reconocer los puestos, y confirióse segunda vez sobre la resolucion; y tomóse por la última y más acertada que el ejército coronase las eminencias del monte de Jasquivel, y que D. Pedro Giron, con 2.000 infantes diese vista al cuartel de Irún, y que el maestre de campo Francisco de Espejo, por la falda de la montaña, fuese á los cuarteles bajos del enemigo, y el marqués de Mortara á ocupar su puesto. Resuelta, pues, en esta forma la disposicion, á 2 de Setiembre de este año, el Almirante y el marqués de los Velez, subieron con el grueso del ejército á la colina de Jasquivel, habiendo enviado á D. Pedro Giron y al maestre de campo Francisco de Espejo á los puestos que se les señalaron, y dióse órden aquella noche al marqués de Mortara, que con la vanguardia embis-



tiese en los puestos del enemigo, y á D. Pedro Giron y al maestre de campo Espejo, que hiciesen lo mismo por el cuartel de Irún, y que el resto se pusiese en batalla y en nueve escuadrones, y siguiese la vanguardia. Dispuestas, pues, las cosas en esta manera, y forzados por ley y por razon á hacer el socorro á la villa en el instante, se enojó de tal manera el cielo contra nosotros, no más que por vernos descubiertos en el campo, sin un tronco tan sólo de que poderse cubrir, despues de tantos trabajos, congojas y desvelos, sin embargo de tenernos destinada la victoria y en el mayor aprieto de la plaza, que no parecia sino que Dios volvia el diluvio universal del mundo sobre aquella provincia y sobre aquel ejército católico; porque el cristianísimo estaba alojado, cubierto con barracas y tiendas, y lo demas en las casas de Irún. Venia el agua como tempestad horrenda y furiosa, con tremendos relámpagos y truenos que parece que abrian la tierra y se la querian tragar; espeso granizo y nieblas que cubrian las entradas y las sendas de Fuenterrabía y todo lo demas por donde se habia de marchar allá; y finalmente, parece que se desataba el cielo en agua, mojando el ejército y calando los soldados hasta la camisa, causando tan grande confusion la continuacion del tiempo, para aquel y el dia siguiente, que no pudiendo sufrir los bisoños estar al desabrigo y á sus inclemencias tantas horas, faltos de alivio y de reparo, se comenzaron á desordenar, desampararon las banderas sin poderlos contener, y retiráronse al abrigo y á la defensa de los lugares vecinos; de suerte que, á 3 de Setiembre, al amanecer, dia señalado para el socorro, faltaban 7.000 soldados del ejército, habiendo dejado las armas plantadas en el campo; siendo tan horrenda y tan copiosa la tempestad, que arrebató y ahogó muchos caballos, y algunos soldados, de los que se portaron constantes y con sufrimiento en los puestos, murieron y cayeron arrimados á las picas y á los mosquetes. Perseveraron los generales conservando sus cuarteles y la honra, y con ellos la nobleza del ejército; y los soldados viejos y particulares y los irlandeses no movieron los piés de adonde los

halló la tempestad, no desarrimándose de las armas y de las picas, habiendo durado dos dias con dos noches el teson del agua. Resolvióse el Almirante, viendo deshecho el ejército, que el marqués de Torrecusa y el teniente de maestre de campo general, D. Antonio Gandolfo, fuesen á la Renteria y los Pasajes á recoger la gente que se habia albergado en ellos, asombrados de la inundacion, quedando entretanto él y el marqués de los Velez en las eminencias, padeciendo las violencias é injurias del cielo, cuando los demas criados en fatigas y miserias no lo habian podido tolerar, estando aquella colina desnuda de todo reparo humano y de abrigo, destituida de la naturaleza y de su prodigalidad, sin árboles ni otro ornamento, vecino al mar y tan ruidosa por la inmensa oscuridad y tormenta, que parecia aterrar y llevarse el mundo; acrecentándose á esto no dar lugar, por la inmensa fagina, á armar las tiendas ni poder hacer barracas por la esterilidad del terreno y el sitio, y falta de leña, con cuyo ejemplo se conservaron aquellos puestos. Duraba el agua con todo su peso sin escampar un rato; Domingo de Guia y toda la gente y los de la plaza estaban admirados de este repentino suceso, y sin embargo, atentos al ejército y á la deliberacion del Almirante: los lugares vecinos estaban llenos de soldados, y los que no hallaban refugio ni tenian posadas, se entraron en los conventos é iglesias, y allí se desnudaban, encendian fuegos y enjugaban los vestidos, quedándose los más miserables y que no tenian otro ministerio en carnes, por estar fallidos y desiertos de algo con qué cubrirse, y de allí iban á buscar un poco de pan y algun vino si lo habia para socorrer la necesidad, que era grande, del gran tiempo que habian estado expuestos al granizo y agua; de suerte que toda aquella campaña y tierra no parecia si no un mar tormentoso y lleno de pantanos: sólo los mejores sustituyeron, y los que pudieron esperar alguna consolacion de sus criados. En esta forma, dijo el Almirante habia sufrido todas aquellas horas sin quitarse del caballo, buscando la parte más enjuta de la camisa para meterla por reparo debajo de la mojada, levantando todos las manos al



cielo pidiendo á Dios se doliese de ellos en lance tal, y que amansase aquella inundacion y torrente de agua: toda la gente comarcana, decian, castigaba Dios sus culpas en aquel ejército que poco ántes se vió floreciente y fornecido de nervios, de capitanes, digo de cabos, valientes, y para debelar ejércitos numerosos de gente y naciones muy memorables, habiéndose deshecho, de suerte que podian decir los franceses lo que Tito Vespasiano sobre la disipacion de Jerusalem, que Dios peleaba por los Romanos, así que tambien peleaba por ellos, habiéndoles desbaratado el ejército que los iba á impugnar.

Escribió el Almirante los pocos renglones que pudo, á caballo y debajo del albornoz, cómo estaba, al Rey y al mayor ministro, el suceso intempestivo de la lluvia, el desbarato y confusion del ejército cuando le hallaba en disposicion más pronta de socorrer. La congoja y sobresalto que recibió fué notable, y la que bastó para anmudecer y pasmar, así al Rey como á sus ministros, los pueblos y los vasallos; sacando algun consuelo en tan grave dolor, que no habian sido deshechos por las manos de los enemigos sino por la voluntad del cielo, y de aquí que no habia que esperar en la rendicion de la villa, dándola por perdida con este accidente tan pesado: sobre los demas el desmayo fué general y la desconfianza del corazon, y á todos se les cayeron los brazos; y los consejeros de estado y guerra, y los demas llamados para este caso, se juntaron diversas veces para ver lo que se habia de hacer, y de comun acuerdo y con sentimiento de todos, aunque lo calla el historiador de Fuenterrabía, se votó, y se lo escribieron al Almirante, que caso que no pudiese y se llegase á toda desesperacion, se rindiese la plaza con los partidos y condiciones más honrados que se pudiese, que ya se veia que estando tan á la vista del invierno y las cosas en el estado que habian recaido, no se podrian recuperar tan presto, dejándola para la primavera siguiente; que con la gente que hubiese quedado socorriese, fortificase y municionase los pueblos cercanos, se pusiesen en defensa, y como de léjos y á lo largo se bloquease la villa y se les procurase quitar socorros y basti-

mentos, y dañase cuanto pudiese á los enemigos. Un ayuda de cámara, con quien S. M. se dignaba algunas veces, en lo más retirado, de oirle discurrir en estas materias, el primer domingo siguiente, por la mañana, 5 de Setiembre, al mártes, que fué el del agua, saliendo de la capilla con la pena que se deja considerar y la fuerza grande que se hacia para reprimirla y disimularla y no darla á entender, se volvió y le dijo: «no ha querido llegar esto al estado que se pretendia»; á que respondió concisamente: «no se ha acabado la vela, esperar otro correo», y fué el mismo consiguientemente que trajo la nueva de la victoria.

Puesto lo de Fuenterrabía en el trance referido, y el ejército en la confusion y mudanza que se habia publicado, muchos que aflojaron y muchos que resistieron la ira de la inundacion reconocieron que no podria ser ahora el hacer dejar el asedio á los franceses: no obstante, se dió nueva forma á lo tratado para la universal redencion de aquellos vasallos de la Provincia y de España, que en la defensa de aquella sola plaza consistia, y desconfiando de la fortuna del Almirante, se trató y volvió á persistir que fuesen á gobernar y disponer aquello el conde de Oñate, el mayor y mejor ministro de Estado, el marqués de Villafranca, el conde de Monterey, y á dar nuevo principio á aquella guerra; cuyo trabajo parece que ya hacia hablar y obrar sin pasion, y anteponer los mejores hombres á los de la sangre y valimiento: siempre habia de ser así y quizá erráramos ménos; pero, sin embargo, á aquellos dos se añadió éste por no faltarnos; y el marqués de Leganés con los 8.000 italianos de Lombardía, aquellos consejeros, y éste para capitan, para mejor aquella guerra manejarla y darla el punto necesario y más conveniente como de soldado, que ya no nos habia quedado otro, ni más ilustre ni de mayor nombre por su fortuna y buena dicha en adquirir mercedes y tesoros. Hizo ahumadas Domingo de Guia desde las torres de la villa, y creyeron los franceses y toda la tierra que ya no podia esperar más, y que se queria rendir; y aunque era así y estaba en este estado, no era de parecer de darse ni doblar la cerviz, por el



gran corazon de los cercados, sino que respondia al Almirante de un aviso que le habia enviado, y se le volvia por aquella seña, dándole á entender cómo le habia recibidó, y que la persona que le habia enviado habia entrado en la plaza. Así se entendió en la corte, como al principio, no atendiendo á lo demas sino á la desconfianza que se tenia y que la plaza daba les últimas boqueadas, como la vela que se iba acabando; pero luégo el Almirante, no faltando á nada ni á ninguna de las más mínimas asistencias, cumpliendo muy vivamente con las obligaciones de su sangre y casa, envió al marqués de Torrecusa á que juntase toda la más jente que pudiese, recogida en aquellos lugares; y habiendo hecho cuanto era posible, de soldado de tan gallardo espíritu, escribió al Almirante, que no se hallaba con fuerzas bastantes para juntarla ni poderlos reducir á las banderas, á la disciplina ni á la obediencia. Hizo gran sentimiento de esto el Almirante, y otrosí, viendo que continuaba el tiempo con sus inclemencias, y que los más bisoños se le hacian rebeldes en la expedicion de causa tan importante, llamó al marqués de Torrecusa á las eminencias donde estaba para ajustar lo que se debia hacer; convocó los demas cabos y capitanes, y á todos les dijo que, segun el presente estado de las cosas, pues cada uno le veia, diesen su parecer en el caso. Hubo quien respondió, y casi la mayor parte, que era dificultosa por entónces la empresa, y que convenia ceder de ella y aplicar las pocas fuerzas que habian quedado á guarnecer y conservar los Pasajes y Rentería por si los franceses con el fracaso del ejército quisieren revolver sobre ellos, y que pasasen los cabos á reducir la gente en preceptos, union y concordia militar, y esperando á que mejorase el tiempo para disponer lo que más conviniese; avisasen á los de la plaza el estado del ejército y cómo se procuraria, sin embargo, atender al socorro para que no se perdiesen de ánimo y se mantuviesen intrépidos en la defensa y en las primeras resoluciones de fe y constancia, y dado que más no pudiesen, obrasen de manera que salvasen las vidas y la reputacion de las armas del Rey.



Viendo el príncipe de Condé el miserable estado de nuestro ejército, si bien el suyo no estaria libre de las mismas inclemencias, por concluir un cuidado que por más combatido que le hallaba no dejaba de tenerle en continuo desvelo, porque no sabia el fin, teniendo dos minas para volar la muralla y la gente prevenida para dar los asaltos, quiso ántes volver á probar fortuna con la persuasion, y envió otro tambor á decir al gobernador Domingo de Guia:

«El príncipe de Condé, general de la armada, envia por estas postreras este tambor al gobernador, gente de guerra y vecinos de Fuenterrabía, para decirles que el ejército del Rey de España, destinado para su socorro, está retirado, como lo ven, y las tropas de S. A. están alojadas dentro de sus bastiones, como lo saben; teniendo la compasion que debe tener un Príncipe cristiano y de sus partes, de las órdenes que se seguirán en la toma de la villa por asalto, donde la honra de las mujeres y las vidas de los inocentes están expuestas á la furia de los soldados, y estando los modos de tomar la villa dispuestos, dándole lugar para entrar cuando él quisiere; no obstante esto, les ofrece toda razonable composicion, tal como pueden y deben esperar de un Príncipe de su calidad, declarándoles, que si no se aprovechan de esta ocasion y aguardan á obtenerla, fiados en los reparos que pueden tener, para las retiradas no les será otorgada alguna en aquel extremo. En el campo, á 3 de Setiembre de 1638.»

Sin embargo del grande aliento de los sitiados, admirable á todos los espíritus militares del orbe, y que las amenazas del de Condé, que era mucho de ponderar, no les descaecia ni menguaba de su valor, era tambien de advertir, para mayor honra de aquellos hombres y suspension de todos, ver el estado que aquella plaza tenia, derribada en tanta parte de las murallas, el enemigo fortificado dentro de ella, señoreado del foso, cada dia más duplicados y continuos los asaltos y las minas, muertos casi 300 de los nuestros en la resistencia, y de presente con pocas ó ningunas esperanzas de socorro, y la municion de balas acabada. Habia quien discurria en esto y lo



premeditaba; pero el alcalde Diego de Butron, armado de toda fidelidad, constancia y de verdadera honra, oyendo flaquear en la rendicion, dijo, que cualquiera que hablase en la entrega de la plaza y á este fin ponderase ó persuadiese con elegancia ó moviese con ejemplos el estado en que se hallaba la materia, él mismo, por sus manos, le castigaria; que habia municiones para la defensa, y que cuando faltasen, se hallaba con 18.000 reales de á ocho de plata que entregaria luégo para que se hiciesen balas y se tirase el enemigo, que la defensa y morir sobre ella era la mayor gloria que se podia esperar, y que se respondiese al príncipe de Condé lo que al principio, y siendo todos de este parecer, dijeron:

«El maestre de campo Domingo de Guia: El escrito de S. A. el señor príncipe de Condé, se ha recibido, su fecha de 3 de este mes de Setiembre, de mano de este tambor; y comunicádole con los señores de la villa, sargentos mayores y capitanes que hay en ella, lo que responden es, que para defensa de la plaza no necesita ella de socorro alguno de gente ni municiones de fuera, ni se aguarda ninguno, y S. A. puede dar los asaltos que fuere servido, que aquí estamos resueltos de aguardarlos. Guarde Dios á V. A. Setiembre 3 de 1638.»

Admirado el príncipe de Condé del denuedo y teson de los vizcainos y todos los hombres de importancia del ejército de los enemigos, mandó quemar las barracas que nuestra gente habia dejado en los puestos de Irún, con gravísimo sentimiento de los de la plaza, pensando si nuestra gente se habia retirado, y ellos las quemaban de desesperacion de no poder pasar adelante, ó si se habian abrigado á la vuelta con el viento; y esto y la falta de noticia los tenia en suma confusion. De lo que el enemigo iba obrando en la muralla, dió fuego á las minas el cuarto dia de Setiembre, á las cinco de la mañana, que voló mucha parte de ella, quedando con terraplen y con brecha para ser asaltados: embistieron los 30 franceses subiendo por la ruina arriba, y fueron rebatidos á pedradas y mosquetazos por aquellos fortísimos varones. Señalóse de los primeros con la pica y salió á reconocer el intento de los franceses,



el sargento mayor Osorio, quien descubrió dos compañías que se iban rehaciendo y escalando otra vez la brecha, haciendo humos tan espesos, y cubriéndose con ellos tanto, que pretendian no ser vistos de nuestra gente, embarazándoles tambien la vista: avanzóse el sargento mayor, y mejorándose de pica, embistió con el capitan que llevaba la vanguardia, hijo del presidente de Burdeos, y metiéndole la pica entre la gola y el morrion le arrojó de la brecha abajo: acudió luégo el capitan D. Juan de Sien y su alférez, y peleando como valientes, dieron las vidas por la honra y por la patria; D. Juan, de tres mosquetazos y el alférez de los mismos á la mitad de la brecha sin poderle retirar hasta la noche. Murió peleando D. Francisco de Heredia, de un tiro de cañon; el capitan Diego Butron y su cuñado, el capitan Juan de Urbina, acudieron con valor y diligencia enviando gente de socorro, y poniéndose á la defensa: veíase pelear en la brecha al alcalde Pedro Izquierdo y al capitan D. Terencio con una parte de irlandeses, con admiracion y asombro de los enemigos, sintiendo que plaza tan trabajada y tan mal socorrida, parece que producia leones en la defensa. Señalóse D. Alonso de Monguien, capellan de la compañía del capitan Sien, que hasta los clérigos y los frailes no se reservaban de la fatiga, ni de acudir á la pelea; avanzóse con su carabina y pica, obligando á picazos á retirarse al enemigo: acudió al asalto el licenciado D. Francisco de Hastiárraga, presbítero, natural de Ocio, entrándose ántes de su voluntad en la plaza con el socorro que metió en la villa el maestre de campo D. Miguel Perez de Egea. Duró el combate de ambas partes casi cuatro horas, descubriéndose nuestra gente en sus trincheras y baterías; y para mostrar mayor denuedo á los enemigos y mayor opulencia de gente, mandó el gobernador coronar la cortina de San Nicolás de los vecinos de la villa, armados, asistiendo por cabo el alférez Cigarroa; reforzólos con 30 mosqueteros de los de Tolosa por la diligencia de Don Martin de Ricaldi, y el capitan Diego de Butron, sin embargo de estar en la estacada haciendo rostro á unas piraguas de los enemigos, que á la misma hora habian embestido por aquella



parte; consecutivamente á estas diligencias, no faltando á ninguna, porque la pelea andaba encendida por ambas partes, se ordenó á Miguel de Ubilla, que con alguna gente de la estacada y los dos capitanes, D. Miguel y D. Martin, se opusiesen á la batería del enemigo avanzando y animando nuestra gente, hasta que ambos fueron heridos de dos artillazos de un cañon, pero de poca importancia. Hacian las mujeres los mismos oficios que los varones, con admiracion grande de los enemigos: tan admirables ellas como ellos, traian á las murallas cabos encendidos, pólvora, balas, picas, en número de castillo, retirando los heridos y los muertos hechos pedazos de la artillería, porque no faltasen sus maridos, hijos, padres, hermanos y parientes de sus puestos. Señalóse este dia D. Luis de Beamonte, y viendo el alcalde Diego de Butron que el gobernador D. Domingo de Guia andaba muy descubierto á las baterías, encargó tuviesen cuidado de hacerle retirar, por la falta que podia hacer su persona si le matasen, perdiendo un cabo de mucha consideracion: matáronnos en la continuacion de las baterías, pasados de 20 hombres, y salieron 12 heridos, sin brazos y sin piernas. Habian los franceses subido á lo alto de la brecha, mas compelidos del herir de los nuestros cayeron rodando al foso más de 150 de ellos, donde perecieron con las vidas. Murió D. Jerónimo de Jibaja, soldado valiente, de una bala de cañon, yendo á gobernar la gente de Tolosa, y con órden de enviar socorro al baluarte de la Reina: retiróse la gente que quedó herida y los vecinos algo tarde, que con el calor del combate no se advirtió en el descuido con que anduvieron los nuestros en el manejar la mosquetería en lugar de las picas y los chuzos: disparóse una banqueta por órden del alcalde Pedro Izquierdo para mayor ofensa del enemigo pegado al terraplen, y acudieron todos con gran cuidado, trayendo la madera necesaria para la obra por no poder cortar la banqueta en el terraplen, por estar la tierra movediza con las muchas aguas: dióse principio á una trinchera por la diligencia de los irlandeses, si bien la acabaron los que iban á mudar la gente: cuidaba de la obra Adrian Pulido, por órden del gober-



nador y del sargento mayor, no faltando á los demas puestos. Rebatióse al enemigo con bombas, granadas y piedras, procurando impedirle el trabajo: junto al ángulo del baluarte creyóse que trataba de volar una gran ruina de la muralla que habia quedado en pie; siendo así que era su intento abrir una zanja para avanzar la gente cubierta, á la batería de Santa María: abrió otras dos junto á las galerías para cubrir la gente del través de San Nicolás, y á 5 de Setiembre se suspendió algo el enemigo; pero tuvo á los nuestros en continua arma, pues aunque no avanzó grueso de gente, mostraba tropas fornecidas en los manzanares. Dábase prisa en la mina de los cestones, y los nuestros en perfeccionar la espalda que se hacia contra ella, poniendo el trabuco de las bombas para que sirviese de pedrero. ¡Qué más se podia escribir de la memorable expugnacion de Ostende, en tiempo de nuestro Rey Don Felipe III, plaza de todas maneras admirable á soldados y escritores!

Trabajaba el francés en la brecha igualándolá y peinándola, adelantando la galería, á mejorarse y disponer otro asalto para el dia siguiente: hizo esta noche una mina pequeña para allanar nueva tierra á la brecha, por la descomodidad de las piedras, y asistieron algunos de la villa al mismo tiempo, trabajando y obrando tan alentadamente, que no pudo avanzarse el enemigo: fué esta obra trabajo ejecutado de la gente escogida que envió el capitan Diego Butron y su cabo, el alférez Ligarroa, y en su compañía Joanes de Lisalde, Joanes de Cigarroa, Joanes de Alcáldegui, jurado mayor, y Andres de Currain, que trabajando le mataron de un mosquetazo, hombres todos, en el saber gobernarse y en la valentía, iguales á los Scipiones y á Quinto Fabio Máximo, que celebra la erudicion romana. A 6 de Setiembre, muy de mañana, comenzó á cargar gente á las trincheras del enemigo, y á las seis de aquel dia fué metiendo tropas en brecha: impugnábalos nuestra gente con la artillería de los cestones, con daño irreparable de los franceses, y ántes de comenzar el asalto fué herido el alférez Juan de Roa, persona de estimacion. Dióse el asalto,



acaudillando á los más escogidos del ejército de los enemigos, un sobrino del marqués de Greves y su teniente: avanzáronse los nuestros á la brecha, y con particularidad el sargento mayor Osorio, que peleó pica á pica con el cabo francés; y habiéndole herido y pedido cuartel, y diciéndole que no era tiempo, le arrojó de otro bote rodando por la brecha: peleó valerosamente el sargento, y con tal denuedo, que recibió diez mosquetazos, sin quedar herido de consideracion. Volvió el francés otra vez á tocar un arma viva y dió el tercero y último asalto con la más lucida gente que tenia: salieron las picas de los nuestros á recibirle, y el sargento mayor Osorio, con seis coseletes de los de Tolosa, manteniendo estos solos en la primera arremetida el teson de los franceses, matando ocho de ellos, y el sargento mayor hirió de un bote de pica al maestre de campo francés y le quitó el penacho que traia: hízose lugar este dia el capitan Pulido, sin embargo de haberle costado sangre de una herida que recibió de un mosquetazo* en la cabeza; y en prosecucion del combate, el capitan D. Terencio, de los irlandeses, que habiéndosele quebrado la pica, con el pedazo que le quedó peleó gran rato, hasta que tomando otra prosiguió constantemente, estando todo el cuerpo descubierto á la batería; sin embargo, al retirarse fué herido en el muslo de un mosquetazo. Peleaban, finalmente, los de Fuenterrabía como buenos y valientes provincianos, tan sin miedo de los franceses, que sin embargo de la porfiada resistencia, añadieron el avanzarse muchos, siguiéndolos con ardor y singular coraje, saliendo de la plaza hasta sus trincheras. Fueron memorables este dia y en esta accion, Pedro de Ibarrasteta, cabo de escuadra del sargento de la villa Diego de Miranda, Tomás de Arsa, que al retirarse y tomarlo de la mano el capitan Diego Butron para volverle á la plaza, fué herido; Antonio de Viluí, Martin de Albero y Joanes de Argaiz, que siendo cojo se avanzó hasta la mitad de la brecha peleando y siguiendo á los franceses: asistió en el baluarte de la Reina y en los puestos más peligrosos, el capitan Juan de Urbina, con increible valor; coronaron la muralla más de 30



muchachos de la villa, que aquí todo hombre, todo sexo, mozos y viejos y muchachos de la villa, todos parecian hijos de Marte, y todos peleaban y eran soldados, para ejemplo y memorias de naciones forasteras, tanto, que ninguno pasaba de quince años, y, sin embargo, disparaban maravillosamente los arcabuces: en este asalto mató Alonso del Moral con una bomba más de 30 franceses que se habian encubierto en un recodo Hízose experiencia de un ingenio antiguo, de un barril de madera atacado de piedras, y otro barril pequeño de pólvora, y arrojóse por la esquina de la brecha, y como era tan pesado llevó tras sí un número increible de franceses, y al reventar encendió los frascos de los mosqueteros, de suerte que muchos de ellos se abrasaron, y los que quedaron, corriendo velozmente á la laguna del foso, por ver si se podian librar de él, recibieron grande daño de las dos piezas y el medio cañon, y tan furiosamente fueron tocados del último tiro, que, dando sobre más de 40 hombres que estaban juntos y á su parecer seguros, les sacudió con bala y palanqueta, de suerte que despues no pareció ninguno: perdieron este dia pasados de 300 hombres, y entre ellos gente de lustre y de cuenta, quedando muertos en la brecha cuatro capitanes, y volvió otro arrastrando, se dejó una pierna en el camino, retiróse, y con grande pérdida suspendióse por algunas horas el fatigar la plaza, no atreviéndose áun á la noche á retirar los muertos.

El marqués de Mortara, en esta sazon, atendiendo á los riesgos y trabajos continuos de los sitiados, y cuán fatigados eran de los franceses, se avanzó de las eminencias donde se hallaba, y trabando con ellos muy vivas escaramuzas, los obligó á que no apretasen tanto á aquellos hombres. Habiendo llovido, pues, en un mismo peso todo aquel espacio de cincuenta horas, y ménos pesadamente algunos dias más, el cielo, que tan ceñudo se habia mostrado y con tanta indignacion sobre nuestra gente, afianzados, sin embargo, en aquella espectacion, por cuya cuenta corrieron siempre las victorias de España, se desembozó con claridad, mostrando el arco despues de la tempestad y la oliva de la bonanza que abrió el corazon del aprieto en



que se habia hallado el ejército; con que el Almirante y el marqués de los Velez volvieron á enderezar sus designios y aspirar á la cumbre de la inmortalidad, descollándose á todo, si podia elevar un espíritu generoso á rebatir la tiranía de los extranjeros y advenedizos, y sobre todo las calumnias y maleficios de los cortesanos: habian ya reducido el ejército á mejor fortuna, y conducidos los bisoños debajo de las banderas y á la obediencia de los capitanes, juntó el Almirante los cabos y confirió con ellos la importancia del socorro, pues ya el cielo, más benigno, daba lugar á la de los enemigos. Quién proponia dificultades sobre el hecho, arguyendo que ya estarian muy adentro de la villa y señores de todo aquel terreno, y áun quien pasaba adelante, que estaria rendida, cuánto importaba conservar el ejército y no aventurarle, guardándole para más árdua ocasion y para defensa de toda la tierra, que se hallaba abierta y sin otro baluarte, si se perdia aquel, y se esponia á los accidentes de la guerra, de cuyo revés todo quedaba expuesto á universal ruina. Resolvió el Almirante la controversia de los cabos, y dijo se habia de socorrer á Fuenterrabía, como lo mandaba el Rey y sus ministros por sus cartas; que de lo que se habia de tratar, era el modo y la forma cómo se habia de hacer la faccion. Todos fueron de parecer que fuese el dia octavo de Setiembre, en que nació la Reina de los Angeles para reparacion del linaje humano. Movióse otra dificultad, si seria bien tentar el socorro de dia ó de noche: algunos apoyaban esto postrero, porque estando los enemigos fortificados en sus trincheras, la turbacion y el sobresalto los haria ceder de la resistencia; y traíanse algunos ejemplares en que yo no quiero ser molesto: finalmente, se resolvió que fuese de dia, y que todos obrasen como valientes á la vista de la emulacion, que no reserva al más aventajado. Determinados ya y resueltos de embestir, pasaron de Lezo á los cuarteles á prevenir lo necesario para que al dia siguiente montasen todos en campaña y se diese la batalla á los franceses en sus fortificaciones; y para esto se ordenó al marqués de Torrecusa, gobernador de las armas de Navarra, que



con 2.500 hombres, compuestos del regimiento del conde de Aguilar, 350 de la armada y otros tantos napolitanos del tercio de D. Leonardo Moles, y el tercio de navarros de D. Fausto de Losada, reforzado de otros 300 de los demas tercios de Navarra, se acercase al enemigo, y que, siguiéndole lo restante del ejército, se arrimase á un cuartel de los franceses que le pareciese más fácil de ocupar. Al marqués de Mortara, que se hallaba alojado en las eminencias de Jasquivel, con otros 2.500 soldados, compuestos del ejército del Conde, y de otras compañías de españoles que se le enviaron aquella noche, y con todos los irlandeses, que se fuese adelantando por la cordillera de los montes contra los puestos que tenia ocupados en ella el enemigo. A D. Pedro Giron, que con su tercio y el de Sebastian Granero y otros 350 españoles de la armada, se arrimase al cuartel de Irún, ocupando puestos ventajosos, ó que pusiese en cuidado al príncipe de Condé, para que no pudiese reforzar los que tenia en el sitio ni hacer diversion á los nuestros por las espaldas, ó entrando en los cuarteles que dejábamos, ó inquietándolos en los que podian ocupar de nuevo, dado que no se saliese con el intento principal de socorrer la plaza. Con esta disposicion y órden, nuestro ejército, implorando el auxilio del cielo y llevando por guía y medianera la que nació para Madre de Dios, tomó el marqués de Torrecusa su camino por la falda de los montes, y el Almirante y el marqués de los Velez con el resto del ejército, que seria de hasta 5.500 infantes, guiados por el maestre de campo general Jorónimo Roo, siguieron por el camino de la mano derecha que llevaba el marqués de Torrecusa hácia los cuarteles del enemigo; ordenando que asistiesen cerca de su persona el gobernador general de la artillería, Sebastian Granero, á quien no pareció aquel dia de poca dificultad la empresa, ni la subida de la eminencia: llevaron al coronel D. Diego de Isasi y á los maestres de campo Cárlos Guasco y Jerónimo Totavila y otros cabos de nombre, para servirse de ellos en las necesidades y ocurrencias del combate; y envióse á D. Antonio Gandolfo á poner el tercio de D. Francisco Mejía en las em-

boscadas necesarias, para reconocér y asegurar lo cubierto y los trances y celadas de los bosques y lo fragoso de los caminos por donde era forzoso marchar nuestro ejército.

Puestas las cosas en este estado, y atentas todas las demas naciones que concurrian á esta faccion al fin de tan grande intento, y todo lo demas de la Provincia y la Europa, el marqués de Torrecusa, tomando el camino y la ladera por lo bajo de los montes, se fué adelantando hácia sus mayores eminencias á dar vista á las fortificaciones de Guadalupe, por quedar más libre para cargar sobre los puestos donde conociese podia obrar mejor los fines que llevaba, formando sus escuadrones y adelantándolos en puestos ventajosos. A esta hora tenia el francés dispuestas las forticaciones de Guadalupe, de manera que se hallaba su eminencia defendida con dos reductos, uno á la mano derecha y otro á la siniestra, y se daba la mano con una trinchera repartida en ángulos, todo del ingenio de La Forza, dejando por una parte y por otra dos surtidas grandes para la caballería: habia en ambos lados dos medias lunas, algo apartadas de línea, guarnecidas de picas y mosquetes, y en los dos reductos dos escuadroncillos con dos piezas de artillería; en el de la parte derecha, á las espaldas de la campaña de este mismo lado, tenia dos gruesos de caballería, y hácia el lado izquierdo una batería de dos piezas y un escuadron de infantería, con una trinchera delante de la gente: formábase otro escuadron en el bosque, y á la vista de éste se hallaba toda la gente del marqués de Mortara, que á un camino hondo avanzó dos mangas de mosquetería que escaramuzaban contra estas fortificaciones. Aunque combatida de infortunios y tempestades, esta faccion, de todas maneras próspera para españoles, para Italia, ambas Germanías y ambos orbes, Oriental y Occidental, y de grande mengua para los enemigos y sus confederados, se habia tenido por particular fe y confianza en este dia, por ser contrario á las empresas del príncipe de Condé, por ser injustas: así lo tenian observado los asistentes á sus progresos, que habia perdido todos sus ejércitos, sitios, asaltos y batallas, trayendo á la memoria el ejemplo fresco y reciente



de la Contea de Borgoña, cuando se puso sobre Dola, de donde salió por estos mismos dias desbaratado y roto él y toda su gente; y el Almirante, que en estos mismos y en todas las demas festividades de esta Reina gloriosísima, solicitaba los negocios de su alma y de su honra, y salia de todas con prosperidad, valiéndose de oraciones y ayunos á pan y agua, y ahora parece que le queria premiar el ejército la devocion y la piedad, y en esta ocasion los habia tomado por remedios y auxilios eficaces, y por escudo para que diese á la cristiandad el cumplimiento de su esperanza, sin embargo de las calumnias que en veinte años no le faltaron á él ni á otros; y en esto se fundaron los que de ménos porte volvieron despues de la tormenta á la bonanza de las banderas, refrenados en la libertad y desvergüenza con que hablaban, tomando flojamente las armas, afirmando ahora el valor y la avilantez con este patrocinio y en esta fe. Llegó el marqués de Mortara peleando por desalojar al enemigo de unas peñuelas, y pasó luégo ganando lo alto de una colina, dando vista, á ménos de tiro de mosquete, á las fortificaciones de Guadalupe: el marqués de Torrecusa, gallardo y de suma tranquilidad de espíritu en semejantes empresas, en prosecucion de Mortara, con aquel aliento hijo de su valor y de su ánimo generoso, embistió al reducto en que tenia el enemigo sus fortificaciones, que envió á decir el príncipe de Condé que tenia sus cosas dispuestas de manera que, aunque fuese embestido varias veces, haria retroceder á los españoles del socorro y áun los haria destituir de volverle á emprender. Fué por esta causa rechazado dos veces el marqués de Torrecusa, por la caballería francesa, peleándose con denuedo y coraje por ambas partes; pero él, como capitan y caballero de tan escogida opinion, embistió tercera vez, y con tanto calor, señalándose con bizarría entre los demas los napolitanos que ganaron el reducto, obligando á los franceses á volver las espaldas infamemente al de La Forza y á la arrogancia suya y de los demas cabos, con pérdida de nuestra parte de solos cinco hombres. El marqués de Mortara, á esta hora, con la gente de su cargo y los



irlandeses, habia ya ganado el reducto de la mano izquierda y casi el trincheron donde alojó la mosquetería contra el enemigo, con que juntos ambos capitanes y dentro de los cuarteles de los enemigos, aunque embestidos de nuevo de la caballería francesa, fueron rechazados de la nuestra y de la infantería, rotos y deshechos totalmente; señalándose mucho el comisario general D. Juan de Terraza y el capitan D. Bernabé Tomás de Velasco y Diego Diaz de Aax, hombres nobles y principales, portándose con gallardía, obligando á los franceses segunda vez á volver las espaldas; con que el ejército y la arrogancia de los monsieures iba ya totalmente deshecho y roto. A este tiempo llegaron el Almirante y el marqués de los Velez con el primer batallon de su vanguardia, y pareciendo necesario adelantar las tropas para dar calor á la demas gente, formó con gran brevedad y arte el maestre de campo general, Jerónimo de Roo, tres batallones, y se ordenó que Don Diego Caballero, teniente de maestre de campo general, ocupase una casa que delante de aquella gente tenia guarnecida el enemigo con algunos arcabuceros; y habiéndolo hecho, pasó adelante en seguimiento de los franceses hácia sus cuarteles, y reforzando sus gentes con algunas mangas de mosquetería, fué desalojando á los demas y poniéndolos en desórden y confusion. Era esta la parte por donde el enemigo podia hacer su retirada, cargados de los nuestros, en las eminencias; pero viendo nuestros batallones formados, adonde estaba el Almirante y el marqués de los Velez, y por todas partes desalojada su gente y guarniciones, y el mismo singular valor, firme y en pié, con que los nuestros los iban rechazando, venciendo y matando; siguieron deslucidamente á los demas en fuga miserable, dejando caer las armas, los mosquetes y las picas y cuanto llevaban los franceses, hasta las horquillas. El príncipe de Condé, los duques de Baleta y San Simon, el marqués de Greves, el conde de Agramont, y nuestro veneralísimo arzobispo de Burdeos y el marqués de La Forza, que eran los cabos principales del ejército, viendo que era imposible sostener ni rebatir el curso acelerado de nuestra gente y que se publi-



caba á voces la victoria por todas partes, se retiraron con la misma confusion y desórden, pensando embarcar la vuelta del puerto de Zocoa; cumpliéndose sobre el marqués de La Forza la profecía del religioso capuchino, que insinuó al príncipe de Condé y sobre los demas, que si no impedia la prédica herética le arrojaria Dios del lugar donde alojaba; y áun el mismo príncipe de Condé estuvo muy á pique de ser asido, si no se arrojara con brevedad en una chalupa, por el capitan D. Bernabé Tomás, á quien salpicaron los brazos del caballo, que los metió dentro del agua. Quedaron 1.500 franceses tendidos en la campaña, y ahogados 2.000 en la ribera, que el tropel de su misma fuga fué su precipicio y el estigio de su su perdicion: la otra parte del ejército francés se retiró por diques al calor de los cuarteles que tenian en Mendelo é Irún, y la misma noche, por sendas incógnitas y desusadas, huyeron á Francia por el paso de Beovia, por donde habian entrado en España, con bien diferente orgullo y esperanzas, faltos de aliento, de corazon y desarmados. Afirmaban algunos y lo tenian por sin duda, que si D. Pedro Giron con la gente de su cargo, que tenia á la frente de los cuarteles de Irún, tuviera órden de pelear ó cortar á los enemigos, hubiera sido más tremendo el estrago y de más sangre la victoria: la retirada suya, tan presta y diligente, casi hacia dudar á todos cuáles eran los que huian, si con tanta brevedad no se reconociera en los trofeos y en que nuestra gente estaba intrépida y firmísima en los puestos y reductos que ocuparon. Tomáronse 23 piezas de artillería, pasadas de 50 banderas, todo el bagaje, municiones y vituallas; y entre las piezas de artillería se halló un cañon, con las mismas letras que el que se tomó en el fuerte de Brema, en el estado de Milán, que dejamos referido en este año: era el mayor, mejor y de más capaz municion de los que se ganaron, si bien no de tan hermosa forma, con un letrero que decia: «Li cardinal Richelieu, batiö última regum.» Vil arrogancia de aquel sujeto que aconsejaba la tiranía y la violencia á los Príncipes, y la da por ley, y la imprime en el bronce para perpetuarla contra la comun humildad, digo



humanidad y templanza con que se debe contener por la especial virtud de la justicia. Fué notable el despojo que se halló y se tomó á los franceses, porque como estaban, á su parecer, muy léjos de lo que les sucedió, creyendo ser señores de la tierra, pasaron á Francia no más que las personas desnudas, dejándose cuanto traian. Siendo las cosas en este estado, de todas maneras lleno de felicidad, habia quien referia las dudas que ántes se dejaron sentir en los cabos: los más osados y de mayor cabeza lo entendian así, que el desempeño de la reputacion no podia avanzarse á tan conocidos riesgos y eminentes peligros. Sebastian Granero, soldado de conocida experiencia y manejo en las armas, premeditando las inaccesibles dificultades de la empresa, y cuando ponia los ojos en las colinas que se habian de vencer y subir, decia era corto el premio para tan grande trabajo, y ponderaba un ejército grande enemigo, y puesto en eminencias, numeroso en gente y cada dia reforzado de otra nueva y descansada, atrincherado, fortificado de reductos y terraplenes, mucha artillería, muchas minas contra la plaza, sobre quien habian descargado innumerables bombas de fuego y balas: todo era ántes del hecho digno de reparo, y prometia que daria la más encarecida prenda á quien le asegurase arribar á las cumbres de aquellos, coronados de enemigos, y al fin todo lo allanó el valor.

Descendiendo, pues, á nuestro mayor cuidado y encaminando la pluma lo mejor que pudiéremos, y más legalmente, á la principal narracion, porque no hemos de dejar en silencio lo digno y más admirable de memoria sin referir, tambien nos avisan en relaciones, que el Arzobispo, general de la armada naval, asistido de tres Obispos franceses, no poco soberbio y desvanecido del suceso de Guetería sobre nuestra armada, y poco aficionado á la casa del duque de Pernon, de donde era hijo el duque de la Baleta y el Cardenal, su hermano, que tenia las armas en Italia, discurriendo libremente y viendo que de tantos asaltos no se habia rendido la plaza, se dejó decir al príncipe de Condé era gran bisoñería, y pasó á discutir



sus pensamientos ó entenderse con español, haber dado tantos asaltos á la plaza el duque de la Baleta, con muerte de tantos franceses y conseguido tan poca reputacion y no salir con la empresa; que él queria dar un asalto el dia de Nuestra Señora de Setiembre, á las cuatro de la mañana: y oida por el duque de la Baleta la proposicion desacertada del Prelado, dijo, que el Arzobispo era general de la armada y de las cosas del mar, á quien no tocaban las facciones de tierra, ni deliberar en materias ajenas. Hubo en esto muchas diferencias de ambas partes, ocasionadas de pasiones antiguas y de las competencias que la casa del Arzobispo tenia con la del duque de Pernon, de que me parece que el Arzobispo por esto recayó en alguna accion afrentosa en satisfaccion de lo hablado: sin embargo, con el deseo que el príncipe de Condé tenia de acabar con empresa de tanto cuidado, condescendió con el del arzobispo de Burdeos, y vino en que corriese por su cuenta el embestir la villa; pero mirando mejor aquel Prelado, y juzgando con más prudencia ser varios los sucesos de la guerra, particularmente si se contiende con españoles, en que siempre han salido mal parados, retrocedió de lo acordado, y dijo habia advertido y hecho reparo que no le tocaba á él el manejo de las armas por tierra, y sí el progreso de la armada de mar, y que así cedia de lo tratado y de dar el asalto, ni oponerse á las cosas militares que tocaban al duque de la Baleta: esto, porque no queria el Arzobispo introducirse en nuevas dificultades ni difidencias con él, ni dar ocasion á más sentimientos. No obstante la satisfaccion del Arzobispo, no quiso admitírsela Condé, ni dar orejas al descargo, ántes que habia de tentar lo prometido: con que, el Arzobispo no pudo volver atras de lo propuesto, dió muestras de querer sacar de los navíos la gente más práctica y de valor para el intento, y para alentarlos y darlos nuevo calor, dió á entender con la misma vanidad, lo primero, que queria repartir entre ellos 4.000 doblas de oro, para disponerlos mejor. Era su resolucion y designio acometer á Fuenterrabia por cuatro partes, para conseguir la rendicion, porque á aquella hora los



sitiados eran pocos, falidos, hambrientos y cansados para acudir á tantas, y más habiendo avisado el dia ántes Domingo de Guia, con dos hombres que salieron de la plaza, á ambos generales, que si dentro de dos dias no le socorrian, seria el francés señor de ella; pero todo lo rebatió el fortísimo brazo de Dios con su divina y admirable providencia. Al mismo paso que esto, refieren, que vino un tambor á rescatar algunos prisioneros al ejército, y que pidióselos al Almirante: mas, á mi ver, fué más á reconocerlos que á otra cosa. Preguntando al tambor, qué decia el príncipe de Condé del estado de las cosas, le respondió que decia, que dentro de pocas horas seria suya la plaza: el Almirante le concluyó diciéndole: dile que en esas mismas pienso yo estar dentro de ella; y que dándole algunos escudos, marchó á ejecutarlo. Llevados de esta misma arrogancia los franceses, tambien se dijo que, desde las tres trincheras donde estaban, daban voces al marqués de Mortara, diciéndole que bajase con la coronelía del Conde-duque; queriendo picarle con esto y traerle á la memoria el suceso de Leocata: pero presto probaron la enmienda, porque él dijo despues de la rota, que se habia satisfecho á toda su voluntad de las heridas que allí recibió con las muchas que este dia habia dado á los franceses. Tambien nos decian, que si esperábamos algun milagro en no acabar de resolvernos á embestirlos, y al fin lo hizo Dios por cegar la perfidia de aquellos hugonotes y sus prédicas: fueron los nuestros siguiéndoles el alcance; huyó su caballería á la parte de Irún y mucha de la infantería hácia la marina, donde perecieron muchos en el agua, en los escoros y marrazos, apretados unos de otros, porque no habiendo embarcaciones y estando los navíos de su armada léjos, subiendo á toda furia la marea, sepultó á muchos en la arena por correr á gran ímpetu en aquella concha; otros estaban hasta la mitad del cuerpo en el agua, hasta donde llegaba nuestra infantería y caballería á dar con las espadas cuchilladas en ellos como en troncos de árboles, no pudiendo salir; y puestos de rodillas los demas, fuera del agua y con las manos puestas, decian y pedian



á voces misericordia, y se rendian diciendo: «¡Viva le Rey de Espagne; buen cuartel.» Los irlandeses, para mejor gozar del pillaje, diestros en este arte de despojar, afirman que tomaban los ahogados y los metian más adentro para que los cubriese la mar y en sazon más desembarazada poderlos desnudar en baja mar. Hizo el Almirante dejar libre el paso á los franceses: D. Bernabé Tomás de Velasco, despues que cerró con la caballería enemiga y la puso en rota, fué siguendo el alcance hasta la lengua del agua, prendiendo á muchos y forzando á otros á perecer en ella: se halló con el caballo en las manos del príncipe de Condé, cuando se huyó en el barco; pero con dos balazos en una pierna: tomó entre los prisioneros á Monsieur de Irunali, cuñado del obispo de Nántes, y dándole libertad por órden del Almirante, recibió por rescate una espada, por cuya estimacion le envió 100 doblones con un trompeta; y prosiguiendo en el mismo alcance, pasó por la tienda del príncipe de Condé, mandó reconocerla á los soldados y halláronla sola, contentándose del despojo con un dosel y una frontalera con las armas del príncipe de Condé, que son las mismas de Francia, el altar donde le decian misa, que yo ví presentar despues á S. M. por mano del mismo D. Bernabé acabada la ocasion; y demás de esto, la silla del caballo del príncipe de Condé, que era de terciopelo carmesí con pasamanos de oro, que presentó al Conde-duque.

Entró el Almirante y el marqués de los Velez, acompañados de mucha milicia, en Fuenterrabía, á las cinco y media de la tarde, con la alegría, aplauso y aclamacion justa al suceso; entró por la brecha grande que habia hecho el enemigo con la última mina, batería y asaltos, subiendo por entre cuerpos muertos y cadáveres de franceses, y de la misma manera y con el mismo alborozo nuestra caballería, subiendo por las brechas de las murallas como si entraran por las puertas de la villa; habiendo recibido y tolerado aquella invencible gente, en sesenta y nueve dias de sitio, más de 11.000 cañonazos, 400 bombas, 6 minas voladas, otra prevenida y 3 asaltos: entraron abrazando á los de adentro, y ellos se les echaron á



los piés: fué grande el gozo que recibieron. D. Domingo de Guía cenó con el Almirante aquella noche y fué muy singular el placer que tuvo de verlos; parecia que salian todos, maltratados, como de largas prisiones en hondos y oscuros calabozos; flacos, consumidos del trabajo, de la hambre, rotos los vestidos, las manos duras de los callos del continuo cavar y echar tierra para cubrir las aberturas de las minas; y si bien perdieron entre los tales asaltos generales 300 hombres, mataron de los franceses 1.700; y en esta forma y en este traje, muy desmedrado el Padre Isasi, de la Compañía de Jesús, que habia asistido á todo como el hombre mas ínfimo de la villa. Dió el Almirante el dinero que llevaba á la gente que halló allí, agradeciéndoles de parte de S. M. el valor, constancia y lealtad con que le habian servido defendiendo la plaza y la patria. Refieren, que al entrar los generales en ella vieron una de aquellas matronas de guardia con un mosquete y horquilla, y viendo que se admiraban de verla, con semblante denodado dijo: «¿qué se extrañan vuestras excelencias? el dia que ménos he trabajado ha sido hoy que no he tirado más de dos mosquetazos»; y luégo, consiguientemente, disparó con tanta agilidad y presteza como lo pudiera hacer un soldado viejo de Flandes. Aseguraban muchos de la plaza que se hubieran perdido si no hubieran tenido la ayuda de las mujeres, que habian andado como amazonas haciendo trincheras, cargando los mosquetes al tiempo de los asaltos, y otras llevando la pólvora y balas en las faldas para que los hombres tirasen con más presteza, como eran pocos, excediendo la diligencia á la muchedumbre de los enemigos, y últimamente, estuvieron resueltas á vestirse todas de hombres, pues no les faltaba el ánimo ni el esfuerzo, para salir á rebatir el asalto general que se esperaba del arzobispo de Burdeos, sin embargo de hallarse el enemigo á los quince dias del sitio dentro del foso y haber empezado á picar la muralla y á batirla de tan cerca: cosas se notaron en este sitio dignas de admiracion y de memoria, las cuales nunca se dirán de otra plaza, de otro gente ni de otra nacion que de la vizcaina. Rindieron, pues, los franceses



la victoria y la dejaron en las manos de nuestra gente, la valantía y fortuna cediendo al ardor de los primeros, haciéndoles despues al miedo y á la fatiga puente de plata. Dejaron todas las tiendas, ropas, los pagamentos abiertos, el dinero y recámara del príncipe de Condé y de los demas señores, los vestidos, alhajas, papeles y órdenes del Rey, enriqueciéndose muchos soldados; viéndose, entre la confusion y la alegría del suceso, los mosqueteros españoles vestidos de monsieures con capotes y capas de grana muy ricas, vendiendo á bajos precios, por la abundancia, piezas de plata, caballos, joyas, cadenas y otras preseas de esta calidad: quedaron prisioneros 2.000 franceses, y entre ellos muchos oficiales y gente particular, no habiendo de nuestra parte más de 100 hombres muertos y otros tantos heridos. D. Pedro Giron, obedeciendo el órden del Almirante, se estuvo firme en su puesto, conservándole y con aliento para mayores cosas: intentaron quemar el lugar y la casa de Arvelaez, lo primero por seguir su indignacion, lo segundo porque no nos aprovechásemos de sus riquezas y se triunfase de ellas, como de despojos de hombres vencidos; y ocupado el lugar y visitada la casa, se halló cantidad de barriles de pólvora con cuerda encendida para que á cierta hora volase, y se abrasase cuanto hubiese dentro y fuese en parte ruina de nuestra gente y azar de nuestra victoria, y que no nos saliese tan sazonada ni de tanto lustre, y porque si acaso fuese el Almirante ó el marqués de los Velez á alojarse en ella, ú otra persona señalada del ejército; pero Dios misericordioso en todos instantes inspiró el remedio y reparo de esto como de todo lo demas. Atribuíase toda la parte de esta victoria, por su diligencia, disposicion militar, valor y gallardía, primeramente á las cabezas, como es uso en los hechos y actos militares, al marqués de Torrecusa con los navarros y napolitanos y los caballeros particulares que obraron como hijos de sus obras. Pereció mucha gente noble, y se podia decir de ellos en esta ocasion lo que en la antigüedad en el suceso de Roncesvalles, que le tenian tan cerca. Salió huyendo el marqués de La Forza de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe,



donde estuvo acuartelado y tenia sus prédicas heréticas, como se lo profetizó el religioso capuchino, y que aquellos escuadrones que ostentaban horror á nuestra gente habian de ser hechos pedazos por ellos mismos; dándose á fiar tanto de sí, que se cuenta de él que dijo, que bien creia que los españoles no le embestirian, pero si se resolviesen á ello, tenia dispuestas sus tropas de suerte que valdria un soldado de los suyos por cinco de los nuestros: huyó el duque de la Baleta; y otras relaciones afirman, que el príncipe de Condé envió lista de las personas de sangre y de calidad que faltaban del ejército francés, que era no más de 70, y despues pareció que era más de 1.000, porque cada dia iban hallando las tropas, escóndidos por las trochas y los jarales de aquellos montes, principio de nuestros Pirineos, muchos franceses, que por los trajes y las personas lo parecian, muertos de las heridas, del miedo y del hambre. Enviaban cada dia trompetas á reconocer los prisioneros, y uno de ellos volvió refiriendo faltaban 6.000 hombres del ejército: tal fué la fuga y el asombro, y tan cobardes, cual no se vió jamás de nacion ninguna, por vil y baja que fuese. Éste dijo, que preguntándole qué decian los franceses de los españoles, respondió: «que eran valientes y animosos; pero de ningun gobierno.» Es tacha que no se yo por qué se ha de decir de nosotros en esta era, porque ántes no teniamos tal opinion: válganos la que tuvieron nuestros reyes antiguos, la del muy esclarecido D. Fernando el Católico, la del emperador Cárlos V, las del rey D. Felipe II y III, cuyos hechos dieron ocasion al aplauso que nos hicieron las naciones vecinas, y hasta las más remotas. Contra las que hoy nos imponen, ¿con qué las debelamos sino con el consejo y con la espada? Los escritos de los italianos, ¿qué dijeron de nosotros, áun no siéndonos afectos? que la verdad en el juicio claro no admite nublas de pasion. Tanto celebraron nuestro valor como la prudencia y el arte con que se regía el Estado, y ahora se nos atreven unos bisoños, más cobardes que al principio de nuestras empresas, á poner dólo en el ministerio militar de nuestros progresos, y así hemos de errar tan á ojos abiertos



como si los tuviéramos cerrados; siendo muy para sentir, que la gloria de la nacion española haya dado en tales bajíos por no querer elegir un hombre sabio, adornado de prudencia, de humanidad y del resplandor de las otras virtudes, tal cual le pide la importancia de una Monarquía tan grande, que ántes fué el ideal y el dechado de las otras, y dió leyes á las demas.

Sin embargo de la prosperidad del suceso y fortuna de la victoria, dejaron los enemigos la Provincia muy maltratada, muchos lugares destruidos y quemados, y asoladas las haciendas del campo, labranzas y casas de recreacion; pero á un ejército que tenia por mar y por tierra 22.000 infantes, cerca de 2.000 caballos y 50 bajeles muy bien artillados y de muchas toneladas, y que aguardaban por horas un grueso de 6.000 hombres, que ya habian pasado de Bayona; y no siendo el ejército de España de más, á la postre, que de 13.000 infantes y 500 caballos, ellos fortificados y nosotros sin ningun reparo, los impugnaron y despidieron de la otra parte de los montes, dejaron innumerable multitud de mosquetes, picas y otras armas, 30 quintales de pólvora, municiones y gran cantidad de bizcocho, mucho y muy rico el pillaje, gran copia de plata, como ya lo dejamos dicho, oro, sedas, camas, pabellones tan preciosos en el arte como en la materia, escritorios y otras infinitas cosas, y cogieron la recámara del príncipe de Condé (no nos cansamos de repetir esto, que parece recibe gusto el ingenio y se mantiene de sucesos tales la pluma), alhajada de mucha y muy rica plata labrada, y tomáronle el collar de la Orden de Santi-Spíritus: gran descuido perder la insignia con que el Príncipe honra y califica al vasallo y le hace su semejante: la erigió para sí y para las mejores del reino. Envió un trompeta al Almirante pidiéndole encarecidamente le hiciese volver la plata y el collar, que daria todo su valor y lo que pidiese: él respondió que aquello lo tenian los soldados y se habian valido de ello y estaba casi hundido, que no era fácil de buscarlo ni de hacerlo, que tuviese paciencia. El collar vino á las manos del Almirante: la traza de la insignia como



el Toison de Borgoña: pareciόle alhaja y presea para su casa y para trofeo de la victoria, rescatóle y guardóle; pero el Rey, que tambien quiso gozar de algun despojo de la fatiga y gastos de su espíritu y del que tuvo su ejército, mandó que se le llevase al guarda-joyas, donde hoy le enseñan, ornado de lirios de Francia y pendiente de él una cruz blanca como la de San Juan: no concediéndole esta presea, cogió la recámara del arzobispo de Burdeos y aquellas 4.000 doblas que tenia consignadas para dar á los soldados, que habia de ser el dia del asalto y el octavo de la festividad de Nuestra Señora de Setiembre, y corriera riesgo la plaza si no se anticiparan los nuestros á aliviarla del asédio. Estaba en el campo á la hora que fueron acometidos, é hizo su fuga como queda señalado; otros dicen que no bajó á la marina, y se tiene por cierto que se recogió al castillo de San Telmo, de adonde el dia siguiente, más sosegada la confusion y tropel de la fuga, atendiendo más á su salud, aunque estaba con bríos de asaltar la villa, lo cedió todo y su comodidad, y le viéron bajar á los navíos con gran tropa de franceses dando fuego al castillo y clavando la artilleria, de donde se presumió que era él.

Toda aquella campaña y sus playas, no sólo estaban pobladas de cuerpos muertos, pero de armas y hasta de espadas: tan ciegos y tan turbados que buscaron en los piés lo que les faltó en las manos. Tomaron grande copia de capotes de grana, de campaña, y ricas guarniciones, y estas de gente noble, por los hábitos que se veian en ellos: soldado hubo que pilló tres, y otro que vendió por 16 reales de á ocho, valiendo 100 escudos: halláronse muchos doblones, relojitos de Blois, láminas y otras cosas curiosas, que hallaron los irlandeses con diligencia, haciéndose buzos de la hacienda y preseas de los enemigos: entre las bombas que se hallaron se tomó el morterete con que las echaban, cada una de precio de 70 escudos: quién reputaba el despojo por 200.000 escudos, y quién le hacia mayor y de más suma. La mañana ántes que se diese la batalla llegaron á los franceses cuatro ó cinco pataches cargados de manteca, vinos, aguardiente y otros bastimentos;



fueron presa de nuestra gente, con que satisficieron en parte y á costa del enemigo lo que ántes no hallaban en la tierra ni se lo daban, y refrescaron á su sabor, porque há menester aquella tierra para sustentarse que la venga de Francia y de Inglaterra. Quedó la armada muy falida de gente, pereciendo toda la que salió para el asalto: fueron de nuestra parte muy pocos los muertos, tanto, que no pasaron de 30; pero muchos heridos de las municiones y máquinas del reducto: la gente del presidio quedó muy destruida y acabada, y la villa y sus murallas en total desolacion, particularmente en el lienzo que llaman de la Reina, que mira á la montaña, con el estrago de las minas fué la brecha notable, bajándose por ella y subiendo con poco trabajo: quedaron mal parados los parapetos con la artillería, recibiendo contínuamente la batería por cuatro partes, habiendo dia que tiraron 1.200 balas, y reconociendo las que se hallaron en el foso, parece que igualaban el número de las piedras: dejaron nuestra artillería desencabalgada, embozadas las más de las piezas, y otras torcidas con el teson incansable de tirar; de suerte que quedó inhábil para servir, si no es con nueva fundicion. Decia Domingo de Guia, que si el dia del agua no viera al Almirante sostener la esperanza de volver á socorrerle, y le viera retirar, que rindiera la plaza. Era cosa de admiracion ver aquellos pocos soldados y los naturales de la villa, dignos, por su mucha fortaleza y sufrimientos de trabajos y conclusion de victoria, de hacerles una estátua á cada uno; no parecian hombres, sino fantasmas en la flaqueza de lo poco que habian comido y la continua fatiga de pelear y de la falta de sueño: no les habian quedado más de dos quintales de pólvora, habiendo consumido 800. Quedaron los lugares de la comarca trabajados del fuego: en Rentería se preservaron no más de quince casas; el convento de las monjas quedó ménos quemado y con todo el daño posible; el de los capuchinos escapó, aunque los padres de Bayona presumieron habitarle y sorprenderle; que tambien en la religion, aunque se siga una misma regla y profesion y sea de una misma autoridad, si son franceses los religiosos se some-



ten á las mismas inclinaciones que entre los seglares, y hacen pesar las leyes y los rigores de ella á los vencidos; pero Dios guardó la casa para los naturales y la defendio de los forasteros: fué preso uno de ellos, pero el Almirante le remitió con un trompeta á Bayona. Entre las cosas que se hallaron en el despojo fué una carta del cardenal de Richelieu para el príncipe de Condé, entre confiado y desconfiado, en que le decia, como teniendo por suya la plaza, y no sé yo si con presunciones de mucha parte del reino, que prosiguiese en sus intentos, que tenia procurador en corte para sus negocios, y que sin duda ninguna le parecia por muy conveniente y forzoso, luégo que tomase la plaza, municionarla, abastecerla, y llenarla de trigo, que le comprase, pues el año era bueno y valia barato, y que allí le enviaba 40.000 libras, como si se hubiera de sitiar luégo (y todas no hacian 30.000 ducados; porque se vea cuán corto andaba el caudal y el dinero en Francia, cuán limitado y escaso); y con un precepto para que se empleasen en esto y no en otra cosa; pues para meter pólvora, si se ganaba, cuerda, balas y bastimentos para resistir, cómo habia de ser, porque no habian de quedar con ella; no teniendo nada de esto, suponiéndose que por esta falta se habia de rendir y obligarle á que metiese el trigo, que decia no era más grueso el caudal, ni de más valor que de 40.000 libras, que hacen el dinero referido, ¿cuál habia de ser el que habia de enviar para las pagas y socorro de la gente de guerra? y esto se lo ponia en esperanza, diciendo que se lo enviaria; siendo preciso el efecto, porque á ninguna parte se atiende como se debe, á la justicia y razon de este ministerio. Finalmente, proseguia con otras dulces palabras, como de tan gran estadista, animando al Príncipe á que la consiguiese, que tenia por muy necesario esto, aunque le parecia, y trae el ejemplar, que Fuenterrabía habia de ser como Corbic, que nos la ganaron y la volvimos á recobrar; y al fin de la carta decia, que era tanto el deseo que tenia de que la villa se pusiese en estado de no temer los esfuerzos que podiamos hacer para recobrarla, que enviaba el obispo de Nántes con un ingeniero para hacer trabajar aprisa en ella y para



abastecerla de todo lo necesario, y que, para que el Obispo lo pueda hacer mejor no ha de tener otro cuidado ninguno, ni se ha de meter en otra cosa, por la eleccion que ha hecho de su persona, por donde, y prosigue el príncipe de Condé, «entendereis el afecto con que he cuidado de las cosas que miran á vuestra reputacion y á vuestra gloria.»

Era esta carta, escrita desde Avevila, de 23 de Agosto; torció la fortuna los intentos de aquel Ministro, engañándole y burlándole, porque este dinero se halló tan entero como él lo habia ordenado, para despojo y presa de nuestros soldados ántes que para recurso y reparacion de la plaza, que pensó tomar; y otrosí, la política tan adversa en que se esplaya aquel hombre, introduciendo los Prelados con los seglares, aunque sean herejes, en materias impías; cometiendo invasiones en provincias católicas, y tanto, que se toman por ejemplo para las que no son tales. Afirmaban tambien que el obispo de Nántes tenia estudiado el sermon que habia de predicar dentro de Fuenterrabia el dia de Nuestra Señora, en hacimiento de gracias de haberla usurpado el rey de Francia, injustamente, al Rey Católico, y repartir su gobierno y distrito con los herejes hugonotes del ejército, como estaba ordenado; como tambien la esclamacion fervorosa y devota que hizo Monsieur de La Forza, hereje calvinista, que habiendo ocupado por cuartel suyo la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, y tratado las imágenes que habia en ella con la injuria é insolencia que acostumbran los perfidísimos calvinistas, mandó que predicase uno de los ministros de aquella infame secta los errores que los llevan al abismo de la perdicion; diciendo el de La Forza en voces altas, que moriria ya contento de haber oido dentro de España su prédica: el premio de aquel ejercicio fué tal, demás de haberle castigado en su protervia, arrojándolo de allí, como de los alcázares del cielo, por el capitan de los ejércitos aliados, al ángel de la Soberbia, que tambien fué de los prisioneros el ministro calvinista de la prédica: no dando lugar los cuidados de la libertad de la plaza á ahorcarle ó quemarle, como lo merecia,

escapóse, siguiendo la fuga de los demas. Pasaron más adelante con la vanidad y la locura, y ántes de ver el fin, se dieron por victoriosos, y no poniéndoseles nada de presuncion en la cabeza que no tentaran, hicieron una moneda de plata para introducir en la Provincia, dándosela por suya, con su poquito de emblema ó apología: contenia la moneda por la haz, las lises de Francia, y por letra en latin *nil nisi consilio*; de suerte que nos pretendian picar en el consejo como en el tambor, y que sólo ellos le tienen ó le tenian, obran con él, y se nos adelantan en esta virtud: y pasaron más allá á blasonar del valor, como que en ambas cosas nos aventajan, porque en el reverso de la moneda estaba grabado un leon rapante y pendiente de una garra el Toison de Oro de la esclarecidísima casa de Borgoña, invistiéndose el francés esta forma, y pasando de lirio á leon, que todo era delirio, y debajo del otro pié el águila del imperio, dando á sentir que todo habia de ser suyo, comenzando por Borgoña y las otras herencias que se originaron de allí, como la de Flandes, las Asturias y la eleccion del Imperio, y todo lo demas que se incluye en ellas en Alemania, y tenia por letra *Ubique regut*, y juntaba sus armas y las nuestras, como que ya era señor de la provincia de Guipúzcoa y del reino de Navarra; pero todo se desvaneció como sombra fantástica y supuesta, y surtió en castigo de los detentores; y es cosa notable como se diferenciaron aquí las intenciones.

Socorrida la plaza y llegada á Madrid la nueva, llenos los ánimos del Rey, de los Ministros y de los vasallos de gozo, sintiendo estos más como católicos y más fieles, habiendo hecho cuanto de potencia humana se habia podido para desagradar aquellos pueblos del pesado yugo de los enemigos, acá todo era decir: «Dios lo hizo; Dios lo obró; de su mano fué la victoria; la Reina de los ángeles fué la intercesora, los Santos lo ayudaron, los sacrificios y las plegarias lo consiguieron:» al reves de los franceses. Ellos, inventando geroglíficos, hazañerías de privados, para engañar á sus Príncipes, suspenderlos y que de su industria lo alcanzan



todo; artificio para tenerlos siempre pendientes, que necesiten de ellos para estar continuamente sobre el mando, sobre el señorío y el imperio. Habrá hombres de estos, que habiendo conseguido el Príncipe alguna justa empresa suya y refiriendo que lo alcanzó por fe, porque sea todo suyo, le dirá el privado que él lo alcanzó por discurso, queriendo siempre adelantar su ingenio á todos los demas. Digo, pues, que en cuanto aquí se atribuia á Dios todo el hecho, ellos, vanos, soberbios, presuntuosos, publicando pinturas y bosquejos supersticiosos y sin fundamento, todo lo atribuian á su consejo, á su fortaleza, á la maña y preferirse en ella; si dijeran en la ambicion, en la falta de prudencia, en la descortesía, en la desvergüenza, acertarian. Así derriba Dios los soberbios y abate los hinchados: les dejó sus lirios, que no tienen más resplandor sobre sí ni más permanencia que una caduca mañana y á la noche desfallecen con la sombra; el leon, que se quiso embestir, quedó para la Majestad de España; la águila para la posteridad del Imperio, y el Toison de Oro para orla de ambos escudos, siempre triunfantes, sobre las dos columnas. Con el abatimiento de su fuga y vencimiento, cada dia se iba reconociendo mayor el saco en la opulencia; soldado hubo que le tocaron á más de 4.000 escudos: halláronse en otras barcas, que no pudieron salir por falta de marea, ni salvarse, municiones en gran cantidad; mucha de la gente noble, viéndose perdidos, porque no los conociesen y disimularse entre la canalla, y encubrir su flaqueza, se apearon y desjarretaron los caballos, y tambien porque no sirviesen á los españoles: fué presa de consideracion un navío que venia con bastimento para el ejército con pescado, carne, pasas y otras frutas, ropa blanca y presentes de damas de Bayona, que venian á verse con los monsieures en el ejército, si bien á mala ocasion y al castigo de su peor ejemplo, muy presumidas de que sin riesgo podrian andar en el ejército; fracasaron en la ocasion y en las hondas. ¡Qué diferentes cuidados eran los de las matronas de Fuenterrabía, trabajando por el decoro de la honestidad y por aliviar del peso de la guerra á los maridos, á los



padres, á los hijos y á los vecinos en defensa de su patria y del reino, echando sartenes de aceite y pez hirviendo sobre los insidiadores, disparando los mosquetes, como de hecho lo halló el Almirante, y con ellos al hombro cuando entró en la plaza; honrándolas por esto como era justo! Procedieron, pues, estos inícuos, como hemos oido del País-Bajo, Italia y otras partes, sin respeto á los altares, á las cosas sagradas y á las imágenes; hallando algunas con 40 y más puñaladas, que hoy sirven de mayor reverencia y de fe á los españoles.

Llegó, como dije, esta nueva á Madrid, que fué de las mayores y de más felicidad que hemos visto, y así se aplaudió. Los hombres salíanse de sí y de sus casas, dándose la enhorabuena los unos á los otros, abrazándose de la misma manera: el regocijo fué público y se celebró con luminarias y otros fuegos: todos aclamaban al Almirante y engrandecian la liberalidad y valentía de ánimo con que habia obrado. Pasó la ida del triunvirato, y envióse órden á D. Diego Mejía, no pasase adelante con los italianos, ni dejase á Milan que ya todo estaba acabado; pero los versados en escrituras y en historia añadian, para triunfo del Almirante y de su casa y pasados, los que vinieron defendieron á Navarra el año de 1521, siendo gobernadores de Castilla en tiempo del emperador Cárlos V, y por ausencia suya, restaurando á Fuenterrabía, que la tomaron los franceses en ménos de diez dias, y se recobró con escarmiento de aquella nacion por las casas de Velasco, como ya lo hemos referido; pues nunca lo han vuelto á tentar sino es ahora: pero la calumnia, cuanto más se habia arrimado á la cumbre de la fidelidad y se habia dado á españoles mayor gloria que jamás tuvo y la mayor victoria, digámoslo así, por lo que se receló del ímpetu y gran potencia del enemigo, que no eran de su parte por fortuna y emulacion más exaltada y de mayor interes. Decian que todo lo habia hecho el marqués de Torrecusa, y aunque era así, hablábase en esta forma por deslucir al Almirante y ajarle la honra adquirida. Del conde de Fuentes decia D. Agustin Mejía, que todas cuantas victorias y empresas tuvo se las habia dado él por su mano; pero no por eso se dejó



de reconocer al conde de Fuentes por hombre grande. Trajo la nueva de la rendicion D. Juan de Ayala, hijo de D. Bernardino de Ayala, conde de Villalba, y aquella noche el Rey dió la enhorabuena á la duquesa de Medina de Rioseco, mujer del Almirante, hija de la casa de Sandoval, con el marqués de Aytona, su gentil-hombre de la cámara; si bien despues de este gran favor se limitó ó le limitaron mucho en la liberalidad de las mercedes: punto observado por el arancel del poderoso, no dar nada ni meter en el derecho de los oficios y hacienda Real á los de la era pasada. Besaron los consejos la mano al Rey, los señores y caballeros de la corte; fué despues con todo el lucimiento de ella, acompañado de los cardenales Borja, Sandoval y Espínola, á dar gracias á Dios de la victoria á nuestra Señora de Atocha; mandó tambien á sus consejos, por un decreto, celebrasen fiesta y ofreciesen sacrificios por este suceso en el convento de Atocha, San Jerónimo y en la parroquia de Santiago, como patron de España, hallándose presentes á ellos; que se hiciesen sus octavas, que casasen huérfanas, que se redimiesen cautivos, que en la iglesia de Santiago se pusiese una lámpara de plata que siempre estuviese ardiendo en memoria de este hecho honroso; encareció con otro decreto el valor, fidelidad y constancia de los de Fuenterrabía, la defensa de la plaza, como se debia por ejemplo conservar en la memoria de los venideros, y mandó que en las obras pías que habia ordenado fuesen preferidos todos los hijos de Fuenterrabía, y ni más ni ménos en el rescate de cautivos, los hijos de la villa, y en segundo lugar los hijos de los soldados de la frontera de Africa, y los que sirviendo allí fuesen cautivos de los árabes, luégo los hijos de los marineros y á estos los criados de su casa: mandó, en consecucion de esto, le consultasen las mercedes que se habian de hacer á la villa y vecinos de Fuenterrabía, al gobernador, capitanes y soldados que la defendieron, y á todos los que en el ejército y fuera de él habian servido en esta ocasion. Diósele título de ciudad á Fuenterrabía, con los encomios y preludios de muy leal y valerosa; diéronla 100.000 ducados para reparos y for-



tificaciones; que la barca del paso de Beovia, y alcalde de Socoa que asistia en Irún, se pusiese á la parte de Fuenterrabía, y que el correo mayor hiciese lo mismo para ayuda de propios. Diósele el patronato de la villa de Elguibar para reparos, adornos y residencia del mismo pueblo; aplicáronsele las penas de cámara aunque vayan las causas á Tribunales Supremos; dióse satisfaccion á los vecinos y magistrados de los daños que padecieron; y á los que prestaron de sus alhajas y haciendas, y á los que hubieren menester para el reparo de sus casas; y que los vecinos diesen memoriales de sus pretensiones y daños recibidos para la misma faccion, dióse á cada uno ayuda de costa para empleo de lo más necesario: dióseles, á cada viuda el sueldo de una plaza de soldado, y á los hijos de los soldados muertos, de la misma manera, para cuando tengan edad para servir: concedióles el indulto á los presos, exceptuando á los que tenian parte; y honrólos últimamente el Rey con una carta suya dirigida al consejo, justicia y regimiento, y á los caballeros hijodalgos, alabándoles de fieles, valientes, constantes por haber sufrido sesenta y nueve dias sobre sí el asédio de los franceses, que mantuvieron la reputacion de las armas sin reparo de las vidas y haciendas; que los haria mercedes, honraria y estimaria; que les reedificaria y levantaria las casas, como se lo habia avisado al Almirante que hiciese el tanteo de esta obra, que le informase de los que habian servido y señaládose en la defensa de la plaza, que los queria dar premios, honras, oficios, ventajas, sueldos; y, sin embargo, á las mujeres, que se daba por servido y obligado y siempre quedaria en su memoria este beneficio. Escribióle el mayor Ministro alabando su proceder y consistencia de la honra de la nacion española. Dióse á Domingo de Guia hábito de encomienda y otras mercedes; al marqués de Torrecusa el castillo de Pamplona; al marqués de Mortara se le hicieron honras de la misma manera, y en esta forma á los demas señores, caballeros, cabos, capitanes y soldados.

A 8 de Setiembre partió la armada francesa, á vista de la Concha, dando bordos para hacerse á la mar, y desam-



parando el castillo del Iguer, pasó á San Juan de Luz alguna gente francesa á hacer frente de banderas, donde se fortificaron, no sin cuidado de lo que podia intentar el ejército católico, victorioso, formidable y de superior fortuna. Hizo lo mismo el Almirante en Irún, ocupando los puestos que habian dejado, así en aquella parte como el paso de Beovia, y se fortificaron otros para mantener y hacer opósito á los que se reconocian de la parte de Francia: 1.300 franceses prisioneros hicieron trabajar en los reparos de Fuenterrabia, y en levantar las murallas que habian derribado, dándoles un real cada dia de socorro, no sin consuelo y alegría de los vecinos, viéndolos enmendar lo que habian errado, á costa de su sudor. Deseaba el Rey y sus ministros conservar las fortificaciones de la plaza y alojar el ejército en la Provincia por la vecindad del invierno, áspero y riguroso en aquella parte, y para las pretensiones de los vizcainos sobre los alojamientos; y quién decia que sin reparo de lo sucedido, de las inquietudes pasadas y presentes y las que podian sobrevenir, y sin el recelo de ella, y cuando aquellos vasallos, por su fineza, por sus servicios, fe y constancia en la defensa de la patria, eran dignos de que los relevasen de semejantes subsidios, introducir el papel sellado, que hoy yace sepultado en Vitoria en innumerables resmas y cargas, en una casa, recatándose del riesgo de mayores daños, pretendiendo erigir allí un consejo perpétuo, inventando y enviando allá para este fin al licenciado D. Francisco Antonio de Alarcon, del consejo y cámara de Castilla; al licenciado D. Diego de Riaño, del mismo consejo, y á D. Nicolás Cid, veedor general del ejército de Lombardia y del consejo de guerra, con algunos ingenieros para hacer reparos y fortificaciones, y otras máquinas, y hacer allí tribunal, arrastrando y acumulando algunos negocios que pudiesen introducir los arbitrios y las gavelas: ejemplos tenemos frescos, cuánto importa tolerar semejantes impulsos, aunque lo pida la necesidad, ayudándose de otros medios, contentándose con los causados y valiéndose de la hacienda Real, como han hecho hombres de prudencia, aunque lo gima



ella misma y el que lo manda todo; que el gobierno no ha de ser delicia, sino trabajo, siendo más saludable que no lo gima el reino y los vasallos, y que todo fracase en general ruina. Dióse órden que el Almirante volviese á la corte y el marqués de los Velez á Navarra, y desde allí al vireinato de Aragon, á gobernarle.

Llegó á esta sazon la armada real del mar Océano con el duque de Maqueda y D. Antonio de Oquendo: hallaron la libertad de Fuenterrabía, que celebraban en la Andalucía y en todo el reino: los extranjeros se pasmaron de la fortuna y dicha del suceso: mandáronlos ir á las islas de las Terceras á esperar los galeones de la plata y traerlos en conserva; á D. Fernando Mascareña, conde de la Torre, que saliese de Lisboa con los navíos de su cargo, que estaban aprestados para el Brasil, y detenidos para ver el efecto de Fuenterrabía, que eran 41 bajeles, 23 de la corona de Portugal, de quien era general Francisco Melo de Castro, y 18 de Castilla, y por su cabo D. Juan de Vega Bazan. Los franceses, en la forma que quedaron, se recogieron todos en Bayona, y en San Juan de Luz hicieron frente de banderas, esperando á lo que pensábamos hacer, y si acaso queriamos tentar algunos designios como estábamos victoriosos; murmurándose de Richelieu, como lo hacian casi todos los hombres de la Francia y de París; que esto es lo amargo y lo más conjunto del privado, y el gusano roedor de sus delicias. El infelice progreso de sus designios en este año, la pérdida del fuerte de Brema con el Milanés, la toma de Berceli en el Piamonte, la rota de sus gentes en Flandes, el haberlos hecho dejar el sitio de Sant Omer, el destrozo de su mayor amigo y aliado el príncipe de Orange y el haberle desvanecido de la presa de Amberes con muerte de tantos hombres, el conflicto sobre Fuenterrabía, la pérdida de reputacion del ejército, tan vergonzosa, y otros sucesos de Alemania, encaminados por él y cometidos al Palatino, á quien se indignaba dar la mano, aunque con otros ménos males en la Alsacia, respondió, habian sido aquellos ejércitos, sin embargo de sus pérdidas, asombro y estrago de las mismas provincias, de la



gente española; que cuanto quiera que no consiguieron los intentos encaminados por sus consejos, fueron de cuidado para el Rey Católico y para sus ministros, porque en el entretanto que no se veia el fin, los hacia zozobrar con el entendimiento, y pensaba Italia que ya habia llegado el último de sus dias, las quemas y talas en las fronteras del País-Bajo y el terror en que cayó en Sant Omer, y cuánto afligió á aquellos pueblos, al Infante y á las cabezas. dos ejércitos y dos enemigos, los más formidables y tremendos del sosiego de la Monarquía española; que si en la Vesfalia no se pudieron afirmar bien los pensamientos del Palatino del Rin, no fué pequeño cuidado para Alemania y el Imperio el sitio de Brisac, que llevó á la Alsacia, provincia generosa, á su total ruina; la entrada en la provincia de Guipúzcoa con el ejército tan numeroso, tuvo atencion no sólo á Navarra, pero á la España; queda desolada Fuenterrabía, sus murallas por el suelo, de ningun provecho, ántes ocasionando gastos, nuevas levas, doblados ejércitos, que era á lo que más se encaminaban las materias de los enemigos para consumir al rey de España, los reinos, los vasallos, las tierras, las sustancias y el dinero, para que aquella Monarquía caiga de nuestra porfia y persecucion ó de nuestros soldados, por más arriesgados que sean los suyos; la tierra destruida y algunos pueblos abrasados, quemada y destruida la armada y ahogados caudillos de nombre, ajada la honra de un general, que con algunos reencuentros ganados con valor y fortuna, se descollaba sobre los otros y emparejaba en los mejores generales y marineros en la nacion cántabra, y deshecha una armada de galeras y muerta toda la infantería que iba de socorro á Milan: con estos efectos, aunque no se habian podido conseguir otros mayores, podia estar la Francia muy ufana, y los detractores de su reputacion muy ufanos. En esta menera blasonaba Richelieu, y áun volaban en gacetas sus discursos por el mundo, y satisfacía á los bachilleres que le pretendian residencias, y á los nuevos gastos que causaban en el reino á costa de los súbditos, y á los muchos ejércitos, rotas y pérdidas, sin acrecentamiento del partido ni de la ma-



jestad. En cuanto se ha referido, ya lo dejamos respondido: en cuanto á la armada de galeras, porque lo quede tambien, fué que teniendo aviso el general de la armada francesa, que en aquella sazon se hallaba con 15 galeras bien armadas, que 14 de las nuestras estaban en la ribera de Saona, determinó irlas á buscar, siendo ya por estos dias los últimos de Agosto, y reforzando las suyas y armándolas con pavesadas y otras defensas, y reforzándolas de caballeros franceses, parte de la religion de Malta y parte de los naturales de la Provenza, fueron la vuelta de los nuestros y los hallaron á 15 millas de Saona, y habiendo estado á la vista sin embestirse por largo espacio, viendo Don Juan Orellana y D. Rodrigo Hugo de Velasco, cabos de las galeras, uno de las de España y otro de las de Sicilia, en aquella ocasion, que tenian á su vista los franceses y que ésta y el coraje los incitaba á embestir con ellos; reparando ántes del suceso que era bien dar cuenta á los demas capitanes y tomar consejo, donde habia algunos sicilianos, juntos todos, y representando el caso, dijeron algunos que nuestras galeras se hallaban sin chusma y con soldados bisoños y que casi todas estaban abiertas, hacian agua y se hallaban en otros trabajos bien sabidos de todos; que no decian que no peleasen con ellos, si eran embestidos; pero caso que no, era mejor acuerdo continuar el viaje á Génova: sin embargo, D. Juan de Orellana y su ayudante, no debiendo hacer, porque no llevaba órden para ello, sino de echar 2.000 españoles en tierra para los progresos del Estado de Milan, resolvieron embestir á los franceses; pero si bien el valor fué generoso y gallardo en el hecho, faltó el gobierno y el juicio en algunos, con que la victoria no fué tan extremada ni tan gloriosa como se pensó habia de ser. Las primeras galeras que embistieron fueron *San Juan* y *Santa Catalina*, que estaban en el cuerno derecho, y por el otro *Santa Ana* y *San Pedro*, embarrancándose de manera, y con tanto riesgo y confusion en la pelea, que no fueron de provecho: habia la galera *Santa Catalina* ganado la francesa con quien habia embestido, cuando llegaron otras dos de las suyas á socorrerla y abordaron á *Santa Catalina*, á



cuyo socorro, volviendo el capitan de la misma galera, que ya estaba en la de los franceses con otro de su infantería, al uno le dieron un balazo en la cabeza y al otro en un brazo, de que cayeron entrambos. Mataron al cómitre, artillero, timonero y otros oficiales, apretando de suerte á los demas, que casi estuvo á pique de perderse la galera, y tambien por no haber sido socorrida de las otras. Señalóse en este fracaso un soldado y un forzado catalan, peleando con tanto valor con los enemigos, que pudieron recuperar la galera, matando 14 franceses de 30 que entraron dentro, y retirando á los demas. La galera *Santa Clara* ganó la francesa que la embistió; pero viéndose apretados los franceses de la galera *Santa María*, como en Fuenterrabía, siendo aquel dia en que se celebró en la Iglesia el nacimiento y nombre esclarecido de esta gran Señora, valiéndose los franceses de ardides y estratagemas, dieron voces á los forzados para que se levantasen, diciendo: «Ea forzados que éste es vuestro dia, libertaos:» que entendido por la chusma, no tardando en la dilacion y ejecutarlo, se levantaron y comenzaron á deshacerse: embistieron con nuestra gente que estaba peleando con los enemigos, y comenzaron á degollar alevosamente, y mataron muchos, y entre ellos á D. Antonio Enriquez, caballero de mucho brío que iba á servir al rey de Italia: finalmente, siendo esta canalla compuesta de berberiscos y otros peores, se alzaron con la galera y se fueron á Africa con ella. A la sombra de esta rebelion tomaron los franceses tres galeras y nosotros les llevamos otras tres: arribaron los nuestros á Mónaco, desasidos ya unos de otros, y todos no sin evidente estrago; y la patrona de España, que habia sido entre las señaladas, volvió con el estandarte Real, por la gran virtud de los esclavos, que desherrándose, se la quitaron á los franceses, con pérdida de sangre y de gente, que la llevaban dando cabo á la suya, y ellos la rescataron y le cortaron; á quien dió libertad el duque de Tursis, general de la escuadra de Génova, premiando su fe y lealtad, diciendo que S. M., cuando lo supiese, le pareceria tan bien la causa, que holgaria de ello, cuando no poco admirado del suceso; cuando



lo entendió en Génova, la Capitana de Sicilia y otra de la misma escuadra, vararon derrotadas en tierra en la misma costa de Liguria. Fué sin duda sangriento el combate y de muchas horas, porque todos tuvieron sobrada gana de embestirse, probar las fuerzas y el corazon: murieron 4.500 franceses soldados, y ente ellos número excesivo de monsieures y personas de calidad de la Provenza: de los nuestros faltaron 1.400, entre soldados y esclavos, no dejando qué meter en el Milanés: salieron heridos el cabo D. Juan de Orellana y D. Alonso Perez de los Rios; mataron dos capitanes de galeras de España; cautivaron á Miguel de Barrio, capitan de la galera *Santa Maria;* murió D. Rodrigo de Velasco, cabo de las de Sicilia, D. Cristóbal de Heredia y un maestre de campo; quedando 450 españoles y franceses heridos, que reconocieron curándose en Génova, habiendo llevado allá por prisioneros estos últimos. Suplióse los que nos tomaron con los que les ganamos, y ellos pudieron decir lo mismo; pero el destrozo de la gente fué notable, y parece que no se juntaron allí sino á deshacerse, instigados del ódio y la emulacion envejecida de ambas naciones. Sin embargo, fué mayor la pérdida de su gente, y con particularidad en personas nobles, que es mucho de ponderar, porque hubo galera de las suyas que no pudo con 12 hombres: fué, finalmente, este hecho tenido más por desórden que por hazaña, porque los franceses jamás han osado acometer nuestras galeras, ni con alguna ventaja; fué falta de cabeza y de no hallarse allí el marqués de Villafranca, que no le pareció á propósito cuando lo supo y cuando le refirieron el riesgo y falta de reputacion de su Capitana; sin embargo, la gobernara de otro arte en la Provenza, como se tuvo por aviso: fué notable y de lamento este caso y de lágrimas por el número grande de gente principal que faltó y pereció en la batalla, pues apénas dicen que se hallaba casa noble ni particular donde no se oyese el gemido y el llanto por la pérdida del padre, hijo y hermano ó deudo, y entre ellos con mayor dolor el general de la armada. Si hubiera habido prudencia, afirman muchos, que hubiera sido posible llevarse todas las galeras de los fran-



ceses: ellos, por la gran pérdida de gente, no fueron bien recibidos en Marsella, ni aplaudidos con salva por el destrozo con que vinieron; tanto, que apénas quedaron para servir.

En todas partes y en todas provincias asistia y reinaba la influencia de afligir y de dañar, y como Richelieu era infatigable en la incursion de ambas potencias, imperial y católica, y en solicitar á todos los enemigos de su gloria, así herejes como mahometanos, aquellos que no podia atraer á sí aunque se habia afanado y trabajado en ello lo que no se puede encarecer, y deseando hacerse una misma causa con ellos, aunque no podia meter en sus ejércitos ni congregar en sus armadas, por no incurrir en cosa tan detestable y nefanda; como nuestros bajeles, así grandes como pequeños, aquellos asistian en la Cantábria y en el mar Océano-Germánico á los intentos de holandeses y franceses, y estos en el Mediterráneo-Ligústico al opósito de la Galia narbonense y á la Provenza, para la defensa de Italia: aquello que él no podia asaltar ni meter en fuga ni cizaña, como enemigo de la paz pública, hacia que los bárbaros fronterizos de ambas Mauritanias, los que tienen su asiento junto á Egipto que divide el Nilo, á los que están en el Estrecho de Gibraltar, dentro y fuera dél, que los acometan, bajen á las islas de Canaria, la Mamora y Larache á Tánger, Arcilla y Céuta, y embistiendo estas plazas hacer robos y presas, y ya que no pueden hacer diversion, dan cuidado y hacen el daño que pueden á la sombra de las ofensas de Francia: la otra donde habitan los de Argel, Viserta, Túnez y Trípoli, que lindan, como dijimos, á las cataratas del Nilo, persuade la infestacion pública de las costas de Valencia y Cataluña, y estos últimos de nuestros reinos de Sicilia y Nápoles hasta el Adriático, que es el mayor estímulo de las empresas de Richelieu, y á lo que se reduce su mayor quimera, conducir á la Francia, la Italia, por el camino, justo ó injusto, que podia, no perdonando á los venecianos por no haberse declarado contra España en guerra abierta para conseguirla, ni admitido las ligas contraidas: finalmente, no habiendo parte en el mundo, ni provincia, príncipe, hereje ó mahometano, que no tuviese



conmovido por él contra los estados del Rey Católico y contra sus aficionados: accion con que se arraiga y perpetúa en la gracia del Rey, su señor, prometiéndole los Estados agenos. Por este tiempo y en la sazon del año que ellos salen á piratear, navegó una armada en número de 16 galeras y dos bergantines, compuesta de las de Argel, Viserta y Túnez; acometieron las costas de Sicilia por su frontera que mira á Africa, y haciendo robos y estragos en pueblos, en barcas, hombres é infantes, lo que jamás se presumió de ellos ni nunca se atrevieron, no más de por llamar allí las escuadras de galeras de aquellos reinos: dejaron á Barcelona y á Génova, y sirviendo á las pretensiones y demandas de Richelieu, para tener más desembarazo para que obrasen las suyas, sacudir el recelo de las nuestras y tener el Milanés ménos asistido, á lo que no se atrevieron jamás los berberiscos, y muy pocas veces, si no es la armada del turco, descendiendo del archipiélago de Modon, de Coron, de la Cefalonia y el Zante; estos, perdido todo temor y vergüenza, se atrevieron á subir á las costas del reino de Nápoles, alejándose inconsideradamente de la Berbería y de sus puertos, más de aquello que lícitamente enseña el recato y la prudencia: acometieron la Calábria, robando, prendiendo y quemando, haciendo presa en las embarcaciones menudas; saquearon un lugar pequeño, tentaron á Cotron, y aunque fueron rechazados de allí, entraron en el mar Adriático, siendo su principal intento saquear la santa casa de Nuestra Señora de Loreto, enriquecerse con sus joyas y tesoros, y profanar las admirables paredes en que se obró el altísimo misterio de nuestra Redencion; pero aquella Señora, que las tiene debajo de su proteccion para que se conserven en la memoria de los fieles, las defendió, no consintiendo que aquellos bárbaros las ultrajasen, tocasen, ni saltasen en tierra. Los venecianos, olvidados de la alianza y respeto al turco, pareciéndoles que aquellas gentes berberiscas en cierta parte remota de sus términos, tierras y confines, no se incluyen en los tratados ni en las alianzas con ellos, sacaron sus galeras y galeazas y los acometieron; pelearon con ellos, echáronles



algunas galeras á fondo, tomáronles la presa, huyeron parte de ellas y quisieron tomar los rumbos del Africa y volver á sus puertos: seguidos, pues, de los venecianos dieron en la Velona en la costa de Albania, donde fueron acabados y deshechos los bajeles, escapando por tierra, libertándose los esclavos cristianos, si en tierra más enemiga y remota lo podian estar. Sabido esto en Argel, Viserta y Túnez, y el destrozo de su armada, creyendo que habia de ser el despojo de Italia, y que habian de traer todas sus riquezas, aquellos reyezuelos ó gobernadores, sentidos nuevamente, dieron sus querellas al turco, Príncipe y cabeza de su secta, y como ellos dicen, al Gran Señor. Inclinado, pues, el bárbaro á la queja de aquellos que militaban debajo del Alcoran y le pagan tributos, ó le conocen por mayor, hizo saber á los venecianos, sus confinantes, el sentimiento de los berberiscos por la rota y desolacion de su armada, que los diesen satisfaccion, les volviesen la presa y las galeras ó se las hiciesen de nuevo; donde nó, llamaria á su embajador, y los amenazó que los haria castigar, y que á él lo empalaria, y le mandó prender. Los venecianos, llenos de miedo y de congoja, esto por la inmensa potestad de aquel tirano infiel y prodigioso que los tiene usurpadas muchas de sus tierras, se disculparon lo mejor que pudieron y satisficieron á las demandas, temiendo no viniese sobre la república y señoría y los acabase de consumir; pero ellos, usando de los términos ordinarios de sus artes, luégo quisieron cargar el suceso al Rey Católico, para lo cual, con toda brevedad, enviaron sus intercesiones al embajador que tenian en la corte de España: éste, en audiencia privada, refirió todo el caso que ya el Rey sabia, toda la queja de las ciudades de Africa, la demanda del turco, y cómo habia tomado la proteccion de los berberiscos y las amenazas que los habia hecho, y que ellos habian acometido á aquella demostracion generosa en defensa de los reinos de Nápoles y Sicilia y de todas sus costas, y que así, S. M. debia tomar la mano en defenderlos y disculparlos con el turco, salir á la causa y á componerla. Eran muchas las instancias que al Rey Católico se le hacian en este caso: oia y respondia



al Senado lo haria ver en su consejo, y se tomaria el medio más suave que conviniese; pero discurriendo como se debe en la materia alegada, aunque sea el rey el señor más soberano y de más hombros y más agradecido á lo que hacen por él y por las cosas de su servicio, y toque por la soberanía de su grandeza esta obligacion, como de dar la mano á los caidos y socorrer las aflicciones de los forasteros, de los que se llegan á el y lo buscan, en este caso, cuando él no lo intentó, ni se acordó de los venecianos para que hiciesen rostro á los árabes ni se lo pidió, sino que ellos lo hicieron por el resguardo de su ciudad y costas, para sus ocurrencias, porque tambien se podia desconfiar del intento. Sin embargo, dió orejas á la plática y á la súplica y ofreció una armada en su socorro y defensa, que se aprestó el año siguiente, salió de Cádiz y navegó por el Estrecho en su demanda, hasta que, compuestas las cosas de los venecianos, sirvió en la recuperacion de Salsas contra franceses, que llevó á su cargo el duque de Nájera y Maqueda. Era pronto siempre á las necesidades de los menesterosos que se valian de él, aunque no fuesen sus aficionados, como en encaminar contra los enemigos de la Iglesia; era diligente en el despacho y más liberal en esta parte que sus ministros: el pliego que le enviaban, se le volvia aquel dia, tardando ellos mucho en abrirle y verle; leia las cartas de los vireyes y de los demas gobernados y confidentes, y tomaba de buen corazon, y toleraba con prudencia sucesos fatales y siniestros; la multitud de tantos enemigos, y por no poder acudir á todo, lo ponia en las manos de Dios, de quien esperaba el remedio, como sucedió, que al fin los deshizo y se los desbarató, por no apartar sus armadas de la costa del mayor adversario, y domarle la contencion, querer cargarle este hecho y meterle en nuevas disensiones, que precisamente se han de ejercer en el teatro de Italia, con un enemigo prodigioso en poder y en fuerzas, y que sus predecesores lucharon con él y le suprimieron en la batalla de Lepanto, y le desarmaron. No obstante, es desvarío introducirse en estas diferencias, cuando él las pretende sosegar y echar sus émulos de



ellas, y más cuando su razon de Estado, por ser Católica, es militar la comunicacion con aquél bárbaro, por no hacer ofensa á la religion ni á la virtud, más parece querer exponerle en más arriesgados accidentes, que no quitarle, y más cuando los venecianos no hicieron esta acometida sino por sustentar la vana presuncion, en que en esta era se han introducido y pretendido cimentar, que por su mar no ha de navegar goleta ó bajel de otro Príncipe sino los suyos. El miedo, finalmente, era notable, y el Rey Católico se ofreció, como dije, por su piedad y clemencia, por ser árbitro en Italia y abrigo de los Príncipes y potentados de ella, de sacarlos de este riesgo en todo cuanto pudiese, y volver por ellos, interponer su autoridad é intercesion. Así como las calamidades y trabajos eran grandes, causados por los hombres, por nuestras ambiciones y maldades, así la misma tierra y la mar hacian su sentimiento de los que la regian y gobernaban, y daban indicios de otros mayores subsecuentes á los pasados; viéndose prodigios, terremotos, abrirse la tierra vomitando fuego, darse los montes unos con otros como lo acabamos de referir en la Calábria, en los libros pasados, y lo de la montaña de Soma en el mismo reino de Nápoles; y aunque muchas de estas cosas no se mueven por arte sino por naturaleza, y son efectos de sus mismas causas, como lo pretendió investigar Plinio, muriendo de su misma curiosidad en la gruta ó volcan de la montaña referida, por muchas veces, ó todas, pretende la inmensa sabiduría de Dios sucedan estos casos para aviso de los mortales, para prevenirlos de los fatales accidentes que les esperan por no ser gratos y obedientes al cielo, y así da presagios y señales; y permite nacimiento de hombres notables, que han de ser causa de guerra, de desolacion de reinos, provincias y ciudades, trasmigracion de gentes, hambres, pestes, derramamiento de sangre, quemas, talas y robos, con títulos de perdidos. Así lo han observado gravísimos autores y lo han escrito y lo dan por ejemplo en historias, como al contrario, otros que nacieron solamente para la felicidad, para la paz universal, para prosperidad de los reinos y de los súbditos, para observacion de

leyes y derechos, y para todo bien como há poco se vió: de suerte que, como nuestra era está suprimida de miserias, no carece de avisos y prodigios.

En las islas Terceras hay un sitio, en medio de aquel mar, circundado del agua, á dos leguas de distancia de la isla de San Miguel, á quien los marineros y navegantes llaman *Fe Rubia*, abundante de todo género de pescados. A 3 de Julio se vió y oyó un estruendo tan notable dentro de la mar, siendo su fondo de 150 brazas, y en todo el rumbo de aquellas islas, que aterró la mayor parte de los moradores de ellas y de las demas circunvecinas: finalmente, salió del agua un volcan tan grande, que sacó del profundo de la tierra los peñascos, tantos y tan grandes, que formó una isla de legua y media de largo, dejando un promontorio de 60 estados de alto. Duró el fuego y el arrojar la piedra desde el 3 de Julio hasta 10 del mismo mes, y aunque más adelante perseveraban las llamas y el humo, matando todo el pescado que habia ocho leguas alrededor, y arrojó la mar, en las playas de la isla de San Miguel, en tanta cantidad, que fué necesario hacer grandes cavas y aberturas en la tierra para enterrarlo porque no se emprendiese algun contagio: envió la mar en larga distancia, y en lo más apartado de las islas se sintió, el olor del azufre y la densidad del humo era tal, que embarazó la luz del sol. Habia precedido á este incendio un tremendo temblor de tierra en la isla, tal, que los hombres, atónitos y espantados, se salieron á los campos desamparando sus casas: duró por espacio de ocho dias: algunas personas, por curiosidad, despues de pasado el prodigio, fondaron aquel paraje y le hallaron profundísimo y de las brazas que se han referido. En la isla Tercera, de quien toman el nombre las demas, sucedieron el año de 1614, por el mes de Mayo, otros terremotos y presagios notables, y en la villa de la playa de Angra, que es la ciudad más principal de aquellas islas, tembló la tierra y vinieron al suelo casas, iglesias y monasterios, y muchas ermitas; de suerte que aquel distrito, así de mar como de tierra, está sujeto á semejantes mudanzas y terremotos, por



los volcanes y minas de azufre que se deben engendrar en las concavidades y entrañas de la tierra.

Volviéndose á las cosas de Flandes, para concluir con ellas y con sus progresos en este año y en lo que le toca á este libro, todo el ruido del rey de Francia y de su Ministro en lo tocante á las rotas recibidas de Sant Omer, la expulsion del sitio y el estrago consiguientemente recibido sobre el ejército de los Estados infieles, y desvanecidos del intento de sitiar á Amberes todos aquellos 30.000 infantes y los 10.000 caballos que habian de entrar á tomar satisfaccion por sí y por sus amigos los holandeses, aprestados más en la opinion que en el efecto, y que habian de dar batalla al Infante, y acabar en este año con todo el País-Bajo; toda esta fanfarroneria fué divulgada no más que para alterar vanamente nuestros ejércitos y engañar los de sus confederados; pero no en hacer nada de lo dicho, ni atreverse á embestir al Infante, que les esperaba con todo el ejército, ni á dar la batalla que publi[illegible] porque las rotas y heridas recibidas los tenian amedrentados, y todo era no más que para hacer obstentacion y ruido, y luégo deshinchar las pompas de las plumas: todo era embeleco y trazas; no ascendiendo á más que asistir á su opósito y suspenderle, para que el príncipe de Orange, ya que no habia podido salir con la empresa de Calo, consiguiese y cargase otra faccion á alguna plaza ántes que se acabase el invierno, que ya iba espirando, por no volver desconsolado al Haya á sufrir las calumnias y desaires de aquella canalla y sus burgomaestres. Finalmente, viendo que todo el grueso del Infante asistia á las arrogancias fantásticas del rey de Francia, surtió con la gente que le habia quedado, y con la demas que pudo juntar y sacó de las guarniciones, y partiendo de Bergas Obzom, marchó hacia la Mosa. Discurrió el Infante y los cabos que era para sitiar á Genep ó á Güeldres, que solamente se habia podido conservar en aquel Ducado, que entendido por el Infante, mandó al conde de Fontana, general de la artillería, que con la gente de S. A. se encaminase á Diste, á dar calor á aquella plaza y á frustrar los intentos del enemigo, trozo que constaba de 3.000



infantes, parte españoles y parte alemanes y valones; y dejando al opósito de los franceses parte del ejército con el príncipe Tomás, partió en persona, con lo que le habia tocado, á impedirle sus trazas, aunque con fuerzas inferiores. Envió delante al marqués de Leiden con 1.000 infantes y cuatro compañías de caballería, para que metiese gente en la plaza ó que hiciese frente al enemigo, y que obrase al paso de sus movimientos ventajosamente; y en su prosecucion á D. Francisco de Castro, su caballerizo, á representar al baron de Lomboy, que pasaba el Rin con 2.800 caballos imperiales, lo que importaba que, torciendo el camino la vuelta de Stenvenvert, viniese á asistir á S. A., supuesto que era cosa corriente y más verosímil que el Palatino del Rin, enemigo del imperio, juntara sus tropas con las del príncipe de Orange; con que cesaba el tratado de la neutralidad que el Emperador tenia con los Estados de Holanda. Quedó el baron de Lomboy reconvencido con la razon y con el aviso, y pasó con brevedad en seguimiento y asistencia de S. A.; dejó en el país de Vvas, en la provincia de Flandes, á D. Andrea Cantelmo con 3.000 soldados para la guarda de aquellos puestos, y desde Gante envió órden para que marchase en su derrota el regimiento de alemanes de Bec, y á D. Estéban de Gamarra que fuese á decir al príncipe Tomás que siguiese la resolucion que habia tomado de encaminarse á la Mosa, no obstante la poca gente con que se hallaba, y que le enviase el tercio del marqués de Velada. Ejecutó el Príncipe el órden de S. A., y aprobó la resolucion; pero no queriendo dar paso adelante sin tomar consejo de algunas cabezas y ministros, llamó á D. Felipe de Silva, al presidente Roose y al marqués de Cerralvo, á fray Juan de San Agustin, su confesor, al marqués de Este, al baron de Valanzon, al conde de Fontana y á D. Luis Felipe de Guevara, veedor general; y allí se confirió el modo de socorrer á Güeldres, teniendo aviso que ya el enemigo tomaba los puestos sobre aquella plaza con vivas ánsias de señorearla por ser cabeza de aquel nobilísimo Ducado, y no haber quedado más en él al Rey Católico sino la villa de Genep, ni muy grande, ni fuerte, ni poderosa.



Teníase noticia que áun no habia llegado á sus contornos el príncipe de Orange, sino el conde Enrique de Nasao con 4.000 infantes y 11 compañías de caballos. Partió S. A. R. á Monte-Agudo, donde hizo alto hasta que llegó el conde de Fontana; encomendando de todo corazon la jornada y la libertad de Güeldres á un santuario muy devoto que hay en aquella villa: reclamó á la gente que tenian á su cargo los condes de la Fera y de Fuenclara, por haber quedado enfermos en Bruselas, y luégo que juntó la gente partió, viérnes, 20 de Agosto, para Diste, y de allí á tan largas marchas, que saliendo muy temprano de los alojamientos se llegaba á los siguientes de noche; y una que quiso caminar en lo más bajo de ella, habiendo mandado ántes que se abarracase su ejército, y dando órden de marchar, por los nuevos avisos que le habian llegado del gobernador de Güeldres, estimulándole á la brevedad de viaje. Moviéndose alguna dificultad ó intervalo de no poderlo hacer luégo, entre los cabos y capitanes del tercio de Fuenclara, por su falta, salió el Infante á toda diligencia de su alojamiento, y poniéndose delante del tercio, dijo: «marchad, soldados, que yo soy vuestro maestre de campo,» con tanto ardimiento como lo podia decir su visabuelo (espiritual fin de aquel invencible héroe); y encendieron tal fuego estas palabras (que las supe de la boca de un criado suyo que le iba siguiendo y se halló allí) en los corazones de los soldados, que asieron las armas, tomaron el camino y fué causa de la victoria. Tanto importa honrar la milicia y favorecerla; y si hallaran allí el ejército del enemigo y otros mayores, los de Jerjes y Darío, cerraran con ellos y los hicieran pedazos, ó murieran en la demanda, y sin omitir intermision, miedo, ni cobardía en el hecho, vencieran mayores rumbos y más inaccesibles derrotas; las mayores dificultades hicieran llanas; las asperezas de los montes les parecieran apacibles campos, y caminaran por la Libia y por las sirtes venenosas que cuenta Lucano en su Farsalia de las legiones de César y de Pompeyo, con rostro alegre y buen semblante. Entró en Venló, lúnes, 23, y se dispuso que la gente de adelante pasase



la Mosa aquella noche, porque con el dia no hubiese alguna espía que lo avisase al campo enemigo, y, sin embargo de todo, que no le diese noticia y avilantez á la poca gente de nuestro campo la cortedad del número cuando le amedrentaba el sobrado valor de los españoles: salió de Venló, y en la Bruyela vecina á aquella, hizo poner la gente en escuadrones, formó consejo, confiriendo las noticias del enemigo y qué modo se tendria en socorrer la plaza. Ventilóse el embarazo para toda la neutralidad de las tropas imperiales si se desconfiaba de su ayuda, porque sin ella no quedaba S. A. con número competente para la empresa, teniendo el enemigo, con los que habia sacado de las guarniciones y las tropas que le habian juntado á los 8.000 que llevaba, cerca de 14.000 infantes y 3.500 caballos; ayudóse á esto, para refuerzo de S. A., que seguiria el baron de Lomboy, pues con las tropas del príncipe de Orange andaban los del Palatino, enemigo de la majestad Cesárea, y entrando en la última resolucion de marchar y de hacer el socorro á Güeldres, aunque aventurase su persona. Con esta fe y este ánimo se avanzó una legua de Venló, donde no pasándosele al príncipe de Orange de la memoria la marcha del baron de Lomboy con nuestro ejército, le envió un trompeta y una carta acordándole la neutralidad del Emperador con los Estados; á que le respondió, que lo tenia muy bien en la memoria, mas que él venia á buscar los enemigos del Imperio, y que en lo demas guardaria la neutralidad, siendo de importancia y expediente para este caso haber recibido el Baron en esta ocasion una carta del elector de Colonia, avisándole que el Palatino pasaba el Rin con sus tropas. Voló el Infante, en prosecucion del intento, á alojarse cerca de Stratlem, legua y media de Güeldres, donde volvió á oir las personas del consejo y los hombres prácticos del país, y con particularidad al marqués de Leiden, D. Juan Verdugo, y al Crumen, gobernador de Stratlem, valeroso soldado viejo, de valor y otras buenas partes. Este se ofreció y dijo, que dándole 1.000 infantes y siguiéndole con el resto del ejército para irle reforzando ganaria al enemigo el fuerte de San Juan, y



que por allí se podria dar la mano con la villa, con que quedaba socorrida: oponíase á esto, y no con pocas dudas, el haber avisado D. Andrés de Prada, gobernador de Güeldres, que se intentase el socorro por la iglesia de Vert, y que al mismo tiempo saldrian de la villa 2.000 hombres que darian calor á la faccion. Oidas ambas cosas y conferidas con prudencia, resolvió el Infante atacar el fuerte de San Juan, por poder obrar el ejército con más desembarazo y más unido, y excusar un paso de un brazo de la Mosa. Avisaron de esto con tres soldados, enviados por diferentes vías al gobernador, y por qué parte habia de ayudar con su gente: entró el aviso, y el ejército marchó en órden, tomando la delantera el coronel Crumen, para el ataque, á que se habia ofrecido, del fuerte de San Juan, con 300 españoles del tercio del conde de Fuenclara, 300 alemanes de los regimientos que estaban al sueldo del Rey y 400 valones de la guarnicion de Stratlem, que sacó su gobernador, y los seguia un carro de granadas y otro de zapas y palas, y á estos al marqués de Sfrondato, teniente general de la caballería; D. Pedro de Villamayor, comisario general de ella, con la que habia allí en el ejército, que harian por todos 2.000 caballos, á cargo de valientes y ejércitados capitanes, con un trozo sobresaliente que se señaló de ella misma para acudir á la parte de mayor necesidad, acaudillado del conde de Villalobos, que se formó de su compañía, la del conde de Meguen, Monsieur Balaguin y de D. Diego Colás; luégo Bernabé Vizconte, con otro grueso de su compañía, de la de Luis Cairo y la del conde de Nasao: á éste seguia con otro trozo el capitan Enrique O'donell, con su compañía, la del Enolt, la de San Quintin y la del vizconde de Rodes, de corazas; un trozo de arcabuceros á cargo del capitan Quintin, de su compañía, la de Longueval y Dut, á que le seguia otra de corazas que llevaba el capitan Pedro de Heredia de su compañía y otras. A estas corazas se llegaba un grueso de arcabuceros á cargo de Juan Guíes, con otros señalados capitanes; á la caballería el resto del tercio del conde de Fuenclara, y por su gobernador, en su ausencia, D. Baltasar Mercader, su sar-



gento mayor, con cinco compañías agregadas al tercio del marqués de Velada, en que habria 1.100 españoles con los 300 que iban en la vanguardia; á estos seguian dos cuartos de cañon y dos medios cuartos con tren, y cuatro carros de pólvora y plomo. En prosecucion de lo referido marchaban otro escuadron de 1.100 infantes, 300 italianos del tercio del duque de Arellano y 800 alemanes de la guarnicion de Genep, gobernados por el maestre de campo Tomás Preston, gobernador de aquella plaza, y á éste dos escuadrones de á 600 hombres cada uno, formados de los regimientos alemanes é imperiales que estaban al sueldo del Rey, gobernados por el marqués Marey; luégó el Infante con la corte y guion y Don Diego de Silva, marqués de Orani, con las dos compañías de la guarda, y últimamente el baron de Lomboy con 2.000 infantes y 1.800 caballos, puestos los primeros en batalla y los segundos repartidos de vanguardia, observando la neutralidad; pero con designio de obrar como el socorro ó la necesidad lo pidiese. Llevaba la retaguardia de este ejército el coronel Brion con parte de su regimiento y el tercio de Bacourt, que harian 1.000 infantes con toda la artillería, dejando los víveres y bajeles cerca de la villa de Stratlem, con 400 infantes de guardia de la guarnicion de Herentales, y 100 caballos. En este órden y este concierto marchó S. A. R. al socorro de la villa de Güeldres, entre las doce y la una de la noche, encargando al conde de Fontana lo que habia de hacer para ir dando calor y aliento al primer escuadron, y al marqués Sfrondato para que lo hiciese la caballería, y á D. Felipe de Silva y marqués de Leiden para acudir á lo más necesario. La forma y disposicion tan maravillosamente dada á este ejército en sus cabos, en sus nervios, y el brío de la gente, puso en tan notable confusion al príncipe de Orange y á todo su ejército, que se retiró de sus fortificaciones con el bagaje, artillería y todos los demas pertrechos, á la misma hora y al acercarse nuestro primer escuadron á atacar el fuerte de San Juan; volviendo las espaldas con miedo y asombro notable, escarmentados y con aviso de la rota de Calo. Ocupóse el puesto y salió



la gente de Güeldres, y todos juntos fueron cargando al enemigo y avisando para que los demas cabos con la gente de su cargo los fuesen reforzando, particularmente á la caballería, que se señaló con gran denuedo y valor. Iba el enemigo retirándose á toda prisa, perdiendo mucha gente y un sargento mayor, de quien ellos hacian mucha cuenta y estimacion, y cinco capitanes de infantería señalados: sin embargo, no le daban tanto lugar á retirarse, que no le forzaron á la pelea, de la que habia de ser roto precisamente, pues, con particularidad en la retaguardia, era notable la confusion y desmayo de los holandeses en el huir, caer y retirarse. Tomáronle seis medios cañones, tres cornetas de caballería y dos puentes de barcas, y perdió mucha gente; siéndole de más ruina, el desórden en que se puso tan aventajado ejército de sus fortificaciones, con poquísima ó ninguna pérdida de la nuestra, y no poder dejar de referir, para mayor gloria del hecho, que habiendo S. A. emprendido el socorro á las cinco de la mañana de aquel dia, se halló á las siete en la iglesia mayor de Güeldres, dando gracias á Dios por la victoria, con notable aplauso y alegría de aquellos vasallos y de todos los del contorno, no acabando de encarecer la felicidad del suceso y la majestad de un ejército que los hacia alentados contra la esperanza de los enemigos, de quien eran cada dia asaltados y puestos en turbacion.

Retiróse el príncipe de Orange á sus presidios con menoscabo de reputacion, gente y dinero, por las grandes prevenciones que habia hecho para recobrarse de la pérdida pasada y rota, y en la desesperacion que le puso el no poder tomar á Amberes, y con enmienda pública de no apetecer más el órden que la vez pasada le dieron de pelear con nuestro ejército, por no salir tan quebrantado y herido de su potencia, quedó por prisionero, no sin grave derramamiento de sangre, por permision del cielo.

El conde Federico de Nasao, primo hermano del príncipe de Orange, sobrino suyo, hijo de su hermana y de Don Manuel de Portugal, y nieto de D. Antonio, prior de Ocrato, que pretendió ser Rey de aquella Corona por muerte del cardenal



D. Enrique, de donde arrojado y vencido por las armas del rey católico, D. Felipe II, peregrinó á Francia, y socorrido allí de la reina madre Catalina, y favorecido de una poderosa armada que el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro Bazan, desbarató y deshizo, tomó navíos y echó á fondo en las islas de las Terceras; huyó de nuevo mendigando socorros en Inglaterra, y no hallando en ambos reinos más alivio á sus pretensiones, pasó á Holanda, y cansado y combatido de las iras de su fortuna, casó con una doncella de la casa de Nasao. en quien tuvo á don Manuel, que llamó de Portugal, y éste tuvo á Federico còn otras hijas é hijos, y fué religioso Carmelita descalzo, porque el padre criaba los hijos en el temor de Dios, y en la religion Católica, sin embargo de haberse marchado con los enemigos de su gloria y de su Iglesia, y la madre criaba las hijas en la herejía. Conducido al país obediente este mozo, para ser instruido mejor en la fe de los Apóstoles, y que la profesase, y encaminándose á la religion de su misma voluntad, tentado de la vida libre y viciosa, pretendiendo apostatar, porque era sacerdote, y seguir otros caminos, pedia á la infanta Doña Isabel, señora de los Países-Bajos, le diese licencia para ir á Holanda á convertir á sus hermanas: la Infanta se la negaba y dificultó muchas veces, por el temor que tenia no se trocase la suerte y quedase allá en las redes de Lutero y Calvino y las otras sectas: demasiadas instancias en pecho de mujer, vencieron; fué allá, dejó la religion Católica Apostólica Romana, renunció los hábitos y apostató. Iba ahora en el ejército por capitan de caballos, á la subpresa de Güeldres, y como Dios tiene á su cargo reducir los errados, particularmente los hijos de aquel hábito y religion, para perdon ó castigo de ofensas tan grandes fué preso en la acometida de nuestra gente, de que avisado el Rey Católico dió órden para que lo redujesen, enmendasen y diesen castigo: prendieron con él un hijo del Drosarte de Vergas, y otros. Tan glorioso fin tuvieron las armas católicas contra los hijos infieles, enemigos en la campaña; y si bien tomaron los franceses en nuestra ausencia á Renti, pequeña villeta y de ninguna consecuencia,



sobre esto no se quiso empeñar el príncipe Tomás, ántes conservar las victorias conseguidas con reputacion y con prudencia, siendo este el pacto y no mayor que él prometió de su soberbia y arrogancia á todos sus aliados. Las presas navales del marqués de Fuentes eran simpre contínuas, de utilidad y de provecho, y cada dia mayores, y de daño considerable para los enemigos y para sus armadas; las cuales no refiero por menudo por no exceder del volúmen en que precisamente nos hemos de ceñir, y porque todas son unas, en acometer y tomar bajeles, soldados y marineros, echar á fondo, traer mercaderías de Levante y Poniente, y sacarles de las manos las que ellos volvian del Septentrion á estas últimas Coronas.

La Reina madre de Francia, dando á entender que iba á tomar los baños de Aspá y que los habia menester para su salud, improvisamente y sin dar cuenta de su intento y novedad, torció el camino y se fué á la Haya, corte de los Estados rebeldes; que esta inclinacion, como es antigua, no se puede olvidar. No gustaron los naturales ni magistrados de su venida ni hospedaje, por la condicion de aquella gente, y por los gastos á que era fuerza obligarse, porque el mayor que le hicieron fué dejarla aquella noche de su llegada sin alojamiento y en la calle, diciendo públicamente, con desden é ignominia de los franceses, que para qué querian ellos en su corte aquellos belitres. Pero no agradándole á la Reina la mudanza que habian hecho, como espíritu tocado diversas veces de este achaque, hallando poca cortesía y agasajo en los holandeses, se pasó á Lóndres, corte de Inglaterra, con su hija Madama Enriqueta, nietos y yerno, si bien con poco gusto, porque en esta era, por sus accidentes y revoluciones, nacidas de la Francia, todos amaban el sosiego y quietud de su casa: pero asaltados como siempre de la influencia que militaba sobre ella, como sobre todos, que ni áun allí halló la tranquilidad que deseaba su corazon; pues aquél reino, con toda la Bretaña, se comenzó poco despues á encender en guerras y conmociones y alterarse la corte de Lóndres en una sedicion terrible contra el Rey, fomentada por el Parlamento, que queria mandar, sobre impug-

nar tributos y causas de religion. Sin embargo, fué acogida y hospedada, y como esta señora, por su natural ó por aborrecimiento que ha tenido al Privado de su hijo, á sus trazas y demasiada potestad que se ha tomado en la Francia, no sin gran derramamiento de sangre, aunque tambien dicen que por afecta á España, ha peregrinado y buscado las tierras extranjeras por su sosiego, hallando en Flandes tanta inundacion de guerra, y en Holanda ninguna religion y poca decencia para la majestad de su persona, que los rebeldes nunca la profesan mejor; pasó á Inglaterra, donde fué hospedada de aquel Rey y de su hija, la Reina, cerca de su palacio, y cria sus hijas en la fe Católica y conserva la religion como se capituló en los tratados matrimoniales; pero el Rey cria los hijos y al príncipe de Gales en la herejía de Calvino, Lutero, Gomaristas, Armenianos y Puritanos. Las cosas más secretas de este caso, ni las sé, ni es bien fiarlas de la pluma.

Volviendo á los fragmentos de Fuenterrabía y al estado en que la dejamos, toda la tierra estaba en tranquilidad; pero con aquella prudencia militar y política que se debe observar, y atendiendo á los enemigos, á sus movimientos, intentos y designios, fortificábase la plaza por el ingenio de Marco Antonio Gandolfo, reparando las murallas y las brechas y haciendo trabajar en ellas á los franceses prisioneros, y atendiendo el Almirante á la frontera y á todo con resolucion de cubrir las casas con las de Andaya; pero pareció corta empresa para la satisfaccion que se debia tomar, reservándolo todo para el verano siguiente. A esta hora se oyó en toda la frontera de Francia, en San Juan de Luz y en Bayona, muchos fuegos y ruido de artillería: envió el Almirante sus espías, y volvieron diciendo que eran alegrías que hacian los franceses por el parto de Ana, reina de Francia, que habia parido un Delfin. Avisó al Rey y mandó que se pusiesen luminarias en palacio y en toda la corte; procurando captar la benevolencia por confidentes y por el País-Bajo, por ver si con esta ocasion se podia alcanzar algun sosiego; pero ellos, obstinados y endurecidos en lo comenzado, ensalzarse á sí y trastortarnos á nos-



otros y el Estado, no dieron orejas á ello, ántes respondieron, mesurados y con palabras generales, porque les ardia el corazon y reventaban de coraje sobre las pérdidas del ejército y reputacion de este año. Si fuera Luis el que quiere la adulacion de su Privado, y la lisonja de los que le siguen en su palacio, para ser grande, lo primero, cuando abrió los ojos á las mejoras del Estado, era desterrar los errores y las herejías de todo su reino y apartar de sí los embajadores de los auxiliares herejes, desmembrar la comunicacion y aseverarse con ellos; pero acometió á recobrar las ciudades que estaban fuera de su obediencia, como Montalvan, la Rochela y otras usurpadas de las cabezas y partido de los hugonotes, y no atendió á coadyuvarlos al de la diligencia católica, sino dejólos así por reinar en sus particulares humanos, olvidado de los divinos. Entónces, conseguido esto, pudiera tratar de sus derechos y acciones, que es lo que entiende y lo determina la jurisprudencia, y litigarlo con armas puras y limpias, sin mezcla de impiedad ni de herejía y en buena guerra: entónces podia llamarse con razon Luis *el Justo*, y ufanarse con el título; pero procediendo todo al contrario, y que sólo valen con él los enemigos de Dios, los de su Iglesia, los del nombre cristiano, rebeldes, apóstatas, tiranos, sanguinarios, ladrones, incendiarios, es tambien usurpar el título, que no le toca ni le viene, de *justo;* es hacer escarnio é irrision de la virtud y de los atributos de ella.

Isabel, reina de España, lúnes, 20 de Setiembre de este año, á las cinco y tres cuartos de la tarde, parió una hija; estando á esta hora casi todas las mayores señoras de la Europa preñadas, como la emperatriz María, la reina de Inglaterra, hermana del rey de Francia Luis XIII, y la de Polonia, hermana del emperador Ferdinando III. Francisco III de Este, duque de Módena y Rezo, potentado de Italia y de los conjuntos al estado de Milan, llegó á Barcelona, á 26 de Agosto de este año, con ánimo de ver y visitar al Rey Católico: habia dias ántes que, con la comunicacion de fidelidad con el Rey, deseaba buscar alguna comodidad en su grandeza, á ejemplo



del príncipe Tomás y de Juan Cárlos de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, á quien se dió el título de príncipe de la Mar, y otros señores, así italianos como alemanes: habíale propuesto lo que le habia servido en las conmociones de Lombardía, desde el año de 625 que se comenzó la guerra, cuando Monsieur de la Divera y Cárlos, duque de Saboya, quisieron asaltar el Milanés y fué el Duque á tentar y á amenazarla por el genovesado, y le retiró á éste D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria. Quién dice que el modenés queria el gobierno del estado de Milan, y que el Rey pusiese, para el resguardo de su persona y confianza, españoles de satisfaccion en Módena y en Rezo, y en lo demas que tiene y áun en los súbditos: bien corta prenda para tan grande empeño, y corriendo las cosas como corren ahora, donde hay tan poca seguridad en los príncipes y áun en los vasallos, parecia falta de consideracion y de prudencia condescender á esto, y más cuando el gobernador de la Francia anda tan solícito, no sólo á conmover sino á rebelar los Príncipes, los reinos, las provincias, los magistrados, las repúblicas, los pueblos, los generales y todo cuanto tiene á su cargo, armas y colonias. Buen ejemplo tenemos de esto en Frislan, en la Bohemia y en el conde Enrique de Vergas en Güeldres, en el duque de Saboya y el duque de Parma: gran dislate fuera fiarnos de quien no sabemos lo que podia suceder; y no se qué me contaron, ahora en su venida, que hizo en Flandes los años pasados, en tiempo de la infanta Doña Isabel, que no me contento, en materias de ligas, con príncipes herejes y septentrionales; mas dejemos la verdad en su lugar. Tambien dicen queria las armas, y otros que se contentaria con ser general de la caballería. Todo me parecia desacierto, y todas las veces me lo parecerá, que se fiase esto á otro que no fuese español en calidad y en experiencia envejecida de armas, muy esclarecido y gran señor, y como los han guiado los Reyes antiguos, señalados en prudencia, majestad y alteza de ingenio y de gobierno. Decíale el Rey que le haria mercedes y que propusiese aquellas cosas más llegadas á razon en poder hacerlas: decia queria venir á España á besar la



mano al Rey, que lo dificultaba por todas las vías y modos que podia, por excusarse de molestia, gastos y embarazo: porfiaba en venir, y el Rey condescendió diciendo, que habia de dar el Toison de Oro al Príncipe, su hijo, y que queria dársele tambien á él. Detúvose algunos dias en estas demandas y respuestas, vino al fin, y entró en Madrid, á 23 de Setiembre, con acompañamiento público, trayéndole el conde de Olivares á su mano derecha con todos los señores de la corte, títulos y caballeros, adornados de galas y de joyas, y esperóle el Rey en la pieza nueva, arrimado á un bufete de piedra, de los que labra Florencia con el ingenio y maravilla de sus artífices. Resolvió el Consejo de Estado que los grandes le llamasen serenidad: entró en Palacio, y en llegando á la presencia de S. M., se arrojó á besarle la mano: no lo quiso consentir, y porfió en que se levantase y se cubriese; tampoco lo quiso hacer, y replicándole el Rey que por su vida lo hiciese, él se mantuvo en la primera resolucion en que habia comenzado; hablaron algunas palabras y las concernientes á la visita, despidióse, y llevāronle en el coche al Retiro, acompañado de algunos señores, donde le hospedaron magníficamente á él y á todos sus criados. El dia de la feria de San Miguel le llevó el Rey en su coche, hácia la parte de los caballos, á pasear por la corte: díjole le queria hacer padrino de su hija con la princesa de Cariñan, mujer del príncipe Tomás: el dia del bautismo envió á la Reina un presente de cosas de cristal, diamantes y reliquias, muy curioso, que apreciaban en 12.000 escudos; y juéves, por la tarde, 7 de Octubre, se hizo el bautizo como estaba acordado, en la Capilla Real de Palacio, con galas y preseas, joyas y adornos con que se celebran y festejan tales actos. Llevóla en los brazos con una ropa rozagante de brocado el conde de Melgar, hijo del almirante de Castilla, que no habiendole hecho hasta ahora otra merced, ni señaládosela, aunque le conocieron la inclinacion por la necesidad de su hacienda, que era el vireinato de Sicilia; habiendo tenido maña é industria, luégo que sudeció lo de Fuenterrabía y quitó el asedio de los franceses, para dárselo á D. Francisco de Merlo, por no dárselo á



él y cerrarle la puerta para pedirle por estar ya dado. Quién diera ántes, si le dijeran ¿qué premio dareis al que hiciese levantar el cerco de Fuenterrabía y echar de allí con grande honra vuestra y mengua suya á los franceses, vuestros mayores émulos? Pienso, y es sin duda, que le dieran no sólo á Sicilia, pero ambas Sicilias, segun estaban de acongojados y de afligidos, temiendo una guerra larga y prolija, que habia de talar la tierra y el sosiego de España. Tales son las condiciones de los Príncipes ó de sus Ministros, que envian los hombres á las defensas de los reinos, á los acometimientos de las armadas con otras menores, sin dineros, sin soldados ni otros aparejos, y sacándolos de estos cuidados, con fatiga y con ruines alojamientos, desvelos, malas noches y peores dias, sin omitir un punto de descanso y expuestos á los riesgos y peligros de la vida, y poniéndoles en las manos las victorias, las plazas, los vencimientos, dan á otros los triunfos, se olvidan de aquellos, se mesuran con ellos, les retardan y limitan las mercedes, y para hacer mayor el agravio no se las hacen ni se las reconocen, si no buscan á esta máscara aparente por honrada, ántes que de utilidad; y le suspendieron con ella, que áun siquiera no le quisieron prometer el vireinato, por la gloria y valentía del hecho, dulcemente y con discrecion, para animar á los otros grandes señores á ofrecerse al sacrificio de nuestros descuidos, á salir á la defensa de los reinos, cuando son tantos los insidiadores, que no nos dejan alcanzar un aliento á otro. Ministróla el Sacramento del Bautismo el cardenal Borja, y diéronla por nombre María: asistieron por adictos el arzobispo de Mexico, y el presidente gobernador del arzobispo de Toledo; dieron por asistentes en su cuarto al duque de Módena, D. Melchor de Borja, tio del duque de Gandía, general de las galeras de Nápoles; al conde de Villalva; á D. Baltasar de Zúñiga, hijo del marqués de Miravel; y porque despues fué D. Melchor de Borja á Barcelona para aprestar las galeras, para que el Duque se volviera á Italia, pusieron en su lugar á D. Bernardino de Ayala, hijo del conde de Villalva, y al marqués de Torres que hicieron confidentes de todas sus acciones. Pusiéronle dos es-



cuadrones, uno de españoles y otro de alemanes, para su guarda, estrechando mucho el cuarto, para que ni le diesen ni le pidiesen: excusada diligencia, porque él y sus criados no venian de ese humor ni de ánimo, no sólo de parecer liberales pero ni áun cumplidos. Visitáronle los Consejos, dando silla á los presidentes, y taburetes á uno ó dos de los consejeros que les acompañaban; que en esta forma, y no más, mandaron que se hiciese; y por sus precedencias he querido referir esto, por si acaso en lo porvenir se buscasen ejemplares juros del Consejo del Estado. Miércoles, 22 de Octubre, salió la Reina á misa de parida á la capilla Real; dijo la misa el Patriarca y limosnero mayor, D. Alonso Perez de Guzman, hallándose al acompañamiento la princesa de Cariñano y el duque de Módena, y sábado, 23, corrió lanza con S. M. y otros señores de la corte, habiéndole hecho ántes fiesta de toros y cañas. De aquí pasó á ver Aranjuez y luégo al Pardo y la torre nueva de la Parada, fábrica del Rey, nuestro señor, puesta en lo más alto del monte, que descubre toda la circunferencia, adornada de pinturas de Flandes, muchas de Rubens y otros excelentes flamencos, con oficinas y lo concerniente, hecho al servicio de la casa, con poca distancia, pero con todas las circunstancias de un Palacio Real, que admiró y alabó el Duque entre las cosas memorables que habia visto en Italia y en las otras partes de la Europa que habia andado.

Entre las muchas patrañas que publican los profesores de la Astrología judiciaria, que quieren vanamente dar á entender lo porvenir, sin saberlo ni alcanzarlo, por las estrellas, y acumular las que no tienen; ora los españoles lo oyeran á los franceses, ora ellos á nosotros, cada uno lo procuró poner en la provincia del contrario; finalmente, se divulgó y se hablaba en ello públicamente, diciendo que este año se habia de acabar la guerra, dando á entender que por muerte de algun príncipe ó gobernador; y lo cierto es que no andaba léjos la del suyo y del Valido, pues éste feneció en el año 42, y su Rey en el de 43. Prosiguiendo, los españoles decian, que por sus observaciones, signos y planetas, habian hallado que habia

de ser en fuerza, digo en Francia; y aunque se siguieron las muertes no se ha visto el fin de la guerra, ántes más encendida; los franceses que por las suyas habia de ser esto en España, y hasta ahora no se ha visto demostracion que lo insinúe en ninguna parte, y mayormente estando ya el tiempo entrado en la cuarta estacion del año. Mas dejando á un lado la judiciaria, que ni la repruebo ni la admito, remitiéndome al parecer de los más sabios, por buen discurso y por cualquiera accidente que hubiera en España, no se seguia consecuencia ninguna, que por la suya y por ellos se habia de conseguir la guerra, porque no la hacemos nosotros sino ellos nos la hacen y la comenzaron en tres partes: una por Italia el año de 625; luégo en Alemania, los años adelante, en la provincia de la Alsacia, y por allí en todo lo demas del Imperio y en las de los demas príncipes de aquella augustísima Casa; luégo en Flandes, desde el año de 635 hasta hoy, fin de Mayo del año de 43, y nos hemos defendido como se ha mostrado. Mas ellos pretenden declarar en sus artes, que el remedio de estas incursiones consiste en que faltó algun gobernador ó ministro, y persuaden que aquí topa y suele muchas veces ó todas topar, y que no estriba todo esto en pasiones, sino en derechos que dicen que tienen á tierras que les tenemos ahora. Sea esto mal fundado, ó ya bien fundado (no quiero hacer pié en ello), prosigo, pues, que el cielo que tanto ama nuestra Monarquía y sus príncipes, no nos los habia de quitar todos; y cuando fuera así, ménos estaba acabada la guerra, porque no por eso nos habiamos de dar por vencidos cuando estamos victoriosos); y si por ahí no se habia de acabar la guerra, porque ellos, respecto de nosotros, son muy pocos y muy flacos, y no habian de bastar á tantos, y cuando por sí sola la Monarquía, no sólo abunda en defensores pero en conquistadores, ¿con qué se acabara la guerra? En la misma Francia, que á cualquiera accidente ó novedad estaba todo expuesto á sediciones y tumultos, sin embargo que el natural inquieto de los franceses está sujeto á estos vendavales, como lo hemos leido en historias y lo hemos oido decir á nuestros padres, si por caso faltara el Rey, ¿quién duda que muchos



príncipes de la Francia tomaran satisfaccion de las ofensas recibidas en sus personas y casas, tanta sangre derramada, tanto gravar de pechos y tributos á los vasallos para movimientos injustos? Fuerza era que esto no se ejecutase sin conmociones, que hiciera el monsieur duque de Orleans, si este mes de Mayo de 43 hubieran obrado los accidentes en Luis, su hermano, que tuvieron su vida por falta, y las gentes introducidas en el País-Bajo, así cabos como soldados venian ya recayendo á las parcialidades que se prometian; y refrescáronse las acusaciones y disgustos que se le han hecho, como ya lo dió á sentir, teniendo ya por verdadera la muerte del Rey, hasta apartarle del matrimonio de que él gustó, no siendo inferior á su sangre, ántes igualísimo, que en la viudez de una Reina sola donde luégo se viera conspirar; y se aprueba de esto el tratado de Sedan. Si no se hubiera deshecho con la muerte alevosa del conde de Soisons, viéranse riesgos evidentísimos contra la infancia del Rey, acabado de salir al mundo, donde fuera necesario acudir al Rey Católico con sus armas, á la seguridad de su hermana y el sobrino, y á procurar sustentarle en el reino. ¿Qué empresas no acometiera el tio, duque de Orleans, en esta menor edad, y qué no ejecutaran los príncipes de la sangre en sus materias y pretensiones, particularmente el príncipe de Condé? Discurso que escrito tres años há, particularmente aparece que en este de 43 lo habia ejecutado; que los hugonotes, en la regencia de una viuda de la casa de Austria, por religion y por costumbres ejemplarísima, entónces sí que sacaran los piés de las invasiones de Alemania, Flandes, Italia, Borgoña, los Pirineos y los metieran en la patria para apoyo de su jurisdicion y tierra; enmudecieran sus sentimientos y acabara la guerra, volviéndosela ellos mismos contra sí y á sus mismos países y casa; volvieran los soldades naturales, los ejércitos y los capitanes, los aprestos de las provincias y reinos forasteros al natural de allí, sin que fuera ver desamparados los auxiliares, cortados y deshechos los confederados, que fuera justo embestirlos y castigar sus atrevimientos y quimeras. ¡Qué fuera ver al eminentísimo cardenal de Richelieu, que



presto diera la tramoya y la maraña en tierra, como la estátua de Babilonia, y que fuera despojado por el hermano de su Rey, con quien ha querido emparentar! ¡Locura grande de aquellos que pagan el favor que sus reyes les hacen en estos atrevimientos, envanecidos de soberbia, dignos de gravísimos castigos! Allí sí que viera arder el reino, abrasarse los pueblos y los campos bañarse en sangre, acometerse las parcialidades unas á otras, no viendo de estos incendios y turbaciones otros trofeos marciales que cadáveres y cuerpos muertos, pérdidas de haciendas, de padres é hijos; viéndolo el Rey Católico, muy sosegado y quieto desde sus alcázares y ventanas de su palacio, y fuera justa paga de los delitos cometidos contra ambas majestades, Divina y humana, en la desolacion de los reinos y de los altares sacrosantos. No careció, pues, este juicio de los astrólogos de fundamento, porque luégo adoleció el rey de Francia de un gravísimo accidente de tercianas, de que estuvo muy apretado, y se dijo que estaba muy al cabo y que se moriria; y verdaderamente, hablando con el seso que se debe y con atento juicio, para acabarse este año la guerra no habia otro remedio más eficaz que la muerte de Luis XIII de Francia, porque todo lo que hemos referido recayera sin ninguna duda en aquel reino: esperábase por horas la muerte de aquel Rey y el modo y progreso de las novedades que habia de causar, y decian se habia causado su dolencia de la rota de Fuenterrabía y estrago ignominioso de sus gentes, en que pensó alcanzar grande gloria y reputacion, por tener los piés en España. Llegábanse á esto lo de Flandes y las pérdidas del Piamonte, que la guerra era injusta y que queria restituir lo tomado y el Estado al duque de Lorena; que decia el Richelieu, aunque yo no lo creo, porque no le conoce, que verdaderamente amparaba Dios á los españoles; y que yo respondí, que no le tenia por tan ignorante ni menguado, que quien sabia alterar el mundo no reconociese esto por los demas malogros de sus empresas y ejércitos. Pero este tropel de juicios matemáticos, discursos y opiniones, se desvanecieron al punto, porque el Rey sanó y las cosas, los ódios y las pasiones, por nuestros peca-



dos, comenzaron á hervir y correr como de ántes, y á reforzar prevenciones y gentes, así por mar como por tierra, para el verano siguiente; y el motor de la Europa, con la nueva afirmacion en el puesto, convalecido del sobresalto, se dió á más delgados y sutiles pensamientos, y á mover los espíritus infernales y ambiciosos para proseguir la guerra, endulzar al Rey á la satisfaccion que se habia de tomar, y á reducirle al rencor contra la casa de Austria: dicen que los señores del reino y los Parlamentos le ofrecieron grandes sumas de dineros y de soldados pagados, y áun sus hijos, personas y haciendas, para la venganza de Fuenterrabía, que les habia estimulado el corazon.

Dió el Rey el Toison de Oro al príncipe de España, su hijo, y al duque de Módena, domingo por la tarde, 24 de Octubre, en la pieza nueva, y juró en sus manos y en su cámara de general de las armadas del mar Océano Germánico; título fantástico, para darle 14.000 ducados cada año y no más que para captar la benevolencia al huesped y enviarle sabroso. Visitó las casas de algunos señores que le vieron, presidentes, las Descalzas y la Encarnacion: habíale llevado el Rey ántes al Escorial, y desde allí que viese á Balsain, tan atado á las órdenes dadas al marqués de Torres, que no se atrevió á ver á Segovia. Presentó al Rey un tiro de ocho caballos napolitanos, morzillos, muy atezados y de presencia maravillosa, y dió el Rey una joya de diamantes de valor de 30.000 ducados, y á sus criados 14.000 en cadenas de oro. Despidióse el Rey, partiendo S. M. á la hora á Balsain, y él se fué, sábado, 30 de Octubre; atenta la corte y Palacio á las dádivas y presentes del hospedaje para en cosas pocas y pequeñas, con cadenillas y relojillos á los caballeros que le habian asistido; á los oficiales de boca y jefes, á las guardas y otras personas se les distribuyeron por mano del marqués de Torres, que le entrometieron en esto sin qué ni para qué, ni tocarle, como en otros mayores hospedajes no ha tocado sino á los criados, á quien el Príncipe lo ha mandado; y, como digo, por el maestre de la cámara, á quien le ordenó 40.000 reales, y no se



distribuyeron todos: así lo oyeron decir. Tan menguadamente andaban las cosas, olvidándose de agasajar á los ministros y oficiales de Estado por la merced de consejero, y de los ayudas de cámara por el derecho que tienen al Toison de Oro, cuando S. M. lo da en ella á algun señor ó príncipe; habiendo muchos ejemplares y consecuencias antiguas, aunque alterado esta vez y puesto en duda por el caballerizo mayor, poco afecto á estas medras y caricias, sino solamente para con sus criados; habiendo despachado 6.000 escudos cuando se le dió al infante D. Cárlos, como lo redarguyó un ayuda de cámara; finalmente, aunque con algunas borrascas de condiciones, le reconoció y ejecutorió el del Príncipe, nuestro señor, y el del duque de Módena, con escasa y limitada porcion, porque se profesaba cortedad en los criados del Rey y largueza en los suyos: queda avisado para los venideros, aunque callo la cortenad de la dádiva, por el que la dió y por los que la recibieron, por no informarles de pocas cosas. El duque de Módena llegó á Cataluña, hizo alto en Nuestra Señora de Monserrat, embarcóse en las galeras, llegó á Génova, deteniéndose ántes en Cadaques algunos dias, y á Módena, el 20 de Diciembre de este año que vamos concluyendo. El duque de Saboya, Francisco, primogénito de Victorio y de madama Cristina de Borbon, hermana de Luis XIII, rey de Francia, falleció en la corte de Turín en su pequeña edad, y sucedióle su hermano, Cárlos Manuel, de años muy pocos y de no más sucesion que de una hermana, y todos de poca salud: con que esto y los trabajos recaidos en aquel Estado, por hartas marañas y codicias de los ministros franceses se iba acabando, y el Rey Católico señoreándose dél, como lo veremos en el libro que se sigue.

El almirante de Castilla, acabada la guerra de la provincia de Guipúzcoa, pedia licencia para volverse á su casa y á la corte: decia que toda la gente de la frontera de Francia se habia retirado á invernar, y el príncipe de Condé á la Guiena, y toda la demas nobleza á sus tierras, si le habia quedado alguna; y que muchos de los soldados que habian venido

alistados y aventureros del reino se habian ido, y parte pidiédole licencia y dádosela, porque él no tenia alojamientos que les dar, ni bastimentos para sustentarlos, ni dineros para las pagas, ni órden para hacerlo sino como un general exhausto y limitado, que no dependia nada dél, ni tenia á quien mandar, ni más autoridad que para conducirlos al trabajo y al peligro, y él con ellos, y que de esta causa se habian ido los más, y que no los habia podido detener. Diéronsela, dejando aquel cargo al marqués de Mortara, y enviaron por la gente que quedaba de la tierra, algunos castellanos, irlandeses y mallorquines, á Don Francisco Antonio de Alarcon, del consejo y cámara de Castilla, y para que atendiese á la fortificacion de la plaza que estaba á cargo de Marco Antonio Gandolfo; dándole órden para alojar en Calahorra y en Logroño, pagar sueldos, traer provisiones, para erigir de hecho plaza de armas y prevenirse para otro cualquier accidente, que amenazaba para el año siguiente, y otrosí, para inquirir de más cerca el progreso de la tierra, el proceder de los cabos y capitanes: como si hubieran estado á su voluntad y á su arbitrio grandes millones, pagas, almacenes de bastimentos y municiones, enviados con ejército, desde el principio, armado y ordenado para poder combatir á los primeros lances. Decíase en Castilla y discuríase en la ida del oidor, no fuese, despues de las aflicciones y trabajos de los naturarles, á quererlos encabezar de nuevo en los tributos de la sal, del papel y los demas, y con color de prevencion de gente de guerra para resguardo de la tierra, forzarlos á la obediencia de ellos y rendicion de la libertad, habiéndosela primero entregado al Rey D. Alonso *el Onceno*, en el el año de 1332, pero con juramento que hizo de guardarles sus privilegios antiguos, en que se habian conservado, y que no se les pudiesen echar ni imponer nuevos pechos ni alcabalas. De esto hay letras del rey D. Alonso, su data en Vitoria, á 2 dias de Abril de aquel año, en la cual se han mantenido y vivido hasta ahora, inviolablemente, en la estimacion y en la grandeza de todos los reyes, sirviéndoles con armadas por la mar en todas las empresas y batallas navales que se han

ofrecido, en que han sido muy señalados, y han conseguido honra y fama á la par de las otras naciones.

El ejército del príncipe de Orange y el del infante D. Fernando, despues del reencuentro de Güeldres, se pusieron el uno á la vista del otro, hasta que el del enemigo se retiró; y S. A. R., dejando gente en los alojamientos y guarniciones, por estar el tiempo muy adelante, pasó á Bruselas, dejando al de Orange ajada la reputacion, volviendo á los Estados sin presa y sin ejército.

Los franceses, que estaban á la vista de Flandes, juntos todos tres generales, siguieron las mismas pisadas que sus amigos: tambien apetecian la retirada y buscar los alojamientos, si bien marcharon á recuperar á Chatelet, plaza suya y que les tomó el Infante el año de 36. El príncipe Tomás y el conde Octavio Picolomini, que los atendian, visto el intento que llevaban, ó con órden que tenian, ó de consejo suyo, ó como cabezas que eran de los ejércitos que estaban á su cargo, quisieron revolver sobre Chatelet y ponerla en defensa; y encaminando sus tropas hácia aquel paraje, el príncipe Tomás, que los asistia, por conservar lo adquirido este año, si no de plazas de reputacion, rotas que les habia dado á franceses y á holandeses, no queriendo aventurarse más, así porque el tiempo estaba muy adentro, la gente española, italiana y alemana cansada, harta de marchas y peleas, el hielo á los umbrales, y los frios en el país con el mismo rigor que siempre, ni para opósito ni para estar más en la campaña, los dejaron que la tomasen, por ver si no quedándoles nada que fuese suyo en aquel paraje, ó su país por ganar, se les quitaba el ánsia de volver, y, finalmente, extinguir motivos y ocasiones de más movimientos; contentándose con lo hecho, de harta congoja para ellos: que no es cosa sabrosa en paises que tanto se aman, y que se desea su conservacion para el resguardo de otros, verlos cada dia embestir y asediar por dos partes y por todas con dos enemigos poderosos, ambos aliados, y las más veces con tres ejércitos, y otras con cuatro, con la continuacion de algunos años. Pasaron los



franceses, finalmente, á Chatelet; púsose el gobernador en defensa y toda la guarnicion, en cuyos asaltos y acometidas, el tiempo que duró el combate, el asedio y otras diversas facciones, perdieron los enemigos 8.000 hombres: de suerte que este año, en aquella plaza de armas, no parece si no es que todos los aliados pusieron sus gentes, no á otra cosa sino al cuchillo y al degolladero de la nuestra; pero batido y fuertemente de la artillería, y haciéndoles brecha á propósito para entrarlos, los tudescos que habia dentro, deshauciados de conservacion ni defensa, y que las vidas de todos quedaban expuestas á la voluntad del enemigo, apretaron al gobernador á la rendicion, y no queriendo hacerlo, defendióse de ellos mismos y de sus espadas con la suya, siendo sola y habiéndole dado algunas heridas con ella misma la entregaron; consiguieron la plaza y la rendicion, y con esto se retiraron la tierra adentro á la Picardía y al Bolonés, á sus invernaderos y guarniciones. Lo mismo hacia el marqués de Leganés en la Lombardía, cerca de la Vesfalia, si bien otros avisos decian que era muerto y preso uno de sus hermanos; era roto el Palatino del Rin, hijo de Federico, tirano de Bohemia; muerto y deshéchole de cinco á siete mil hombres por los imperiales, tomándoles dos plazas, con que pensaba fortolecerse y pasar á la restauracion de sus Estados con ayuda de la Inglaterra, Holanda y Francia y los demas herejes coligados. Socorrió el emperador á Brisac en la Alsacia, pero no con tantas tropas, bastimentos y municiones que se esperase hacer levantar el sitio á Beimar que la tenia muy apretada. Admitió la duquesa de Saboya guarnicion francesa en Turin, corte del Piamonte, y las demas plazas, de miedo del ejército del Rey Católico, aunque estaba alojado, y por cumplir con los pretextos del hermano y el aliado, y otrosí por el cardenal Francisco Mauricio, su cuñado, hermano del Duque muerto, por el mal estado de la sucesion. Tomó el infante D. Ferdando el fuerte de Carpena: los holandeses mandaron venir la armada de Dunquerque, para que llevase á Flandes gente española y napolitana que habia de embarcar con brevedad en Cartagena para ir armando y pre-



viniendo las cosas para el año que se esperaba, con que nos amenazaban los enemigos habia de ser sangriento. Llegó el Almirante á los contornos de Madrid, supo que el Rey estaba cazando en el Pardo, pasó allá, y S. M. le honró con los brazos y le alabó la faccion: salióle el Conde al camino y allí le habló y recibió; previnose toda la corte, sus parientes, amigos y deudos para hacer entrada pública con galas y lucimiento: fué esto viérnes, por la tarde, al principio de Noviembre; y debiendo el primer Ministro tomar por suya esta entrada y acompañamiento, por la honra que el Almirante dio á España y porque la redimió del mayor descuido y congoja en que jamás se vió, y le desembarazó de una calumnia en que nunca cayó ministro ni gobernador, cuando no por la persona del Almirante, la primera del Reino, porque tambien él lo era y le tocaba derechamènte aplaudir y lisonjear esta accion y honrarla, como valido, á capitan que tan bien habia cumplido con sus obligaciones y con lo que se le habia encargado, que este dia no se habia de excusar ni parecer pesado ni ocupado, sino salir, cuando no se le habia hecho ninguna merced, ni propuesto á la más principal ceremonia y la más pública, no se la sufrió el corazon ni se inclinó á ella, dando motivos para discurrir á la gente, que en este hecho no parece que habian muerto las brasas de las pasiones ejercidas el año de 726 por el mes de Abril en Barcelona, sino que estaban cubiertas y pálidas en las cenizas del rencor. Un hombre de aquella calidad, que ya, finalmente, se rindió á la obediencia, que ha ido dos veces y le forzaron á la ejecucion, sin mercedes ni otra estimacion, á la provincia de Guipúzcoa, ha hecho lo que le han mandado, prestado toda sumision y postrádose; y la primera vez, entrado en Francia, ceñídose á las órdenes que le dieron y al arbitrio de hombres inferiores porque estuviese á sus ordenes y se las diese, sin dineros ni sin otras ayudas de costa, ni socorros más de los que propuso de su hacienda: nada de esto le allanó, ni se le puso delante, por no lucirse. Asimismo aquel dia disculpóse, y dijo al conde de Monterey que entrase con él en su lugar: entró, pues, aplaudiéndole toda la gente y



la corte y gritando hasta los muchachos: «¡Viva el Almirante!» no sin cuidado alguno de Palacio, que con los soldados de la guarda procuró limitar esta aclamacion. Entró y recibióle el Rey con los mismos honores que al duque de Módena, en la pieza nueva y arrimado al mismo bufete. Dió cuenta de su jornada en razones concisas: respondióle el Rey con las mismas palabras de agradecimiento en todas ocasiones, y fuése á su casa. Vino tambien D. Lope de Hoces; paró en un lugar ántes de entrar en la corte, afligido y desconsolado, como se deja entender, que no es desdicha errar, sino que paguemos los yerros que nos hacen hacer: entró despues en Madrid, donde falsamente ó con verdad se hablaba que los querian residenciar. Decian del Almirante que habia dado con facilidad licencia á los soldados para venirse, sin habérselo ordenado; y un ministro de papeles, muy favorecido en esta era, y que campa en todas juntas y consejos, grande censurador de acciones agenas y poco recatado y reconocedor de las propias, vano y fácil de lengua, con la prosperidad y sobra de hacienda, inquisidor de todas, y naciendo sin ninguna, insinuaba en el cuarto del Rey, entre los gentiles hombres de la cámara y los que tienen allí entrada, imprudentemente y sin haber hecho experiencia de las fatigas de la guerra, que habia causas para visitar á D. Lope de Hoces, capitulase, y más adelante; sin tener conmiseracion de un caballero afligido, que hizo lo que le mandaron, habiendo ántes resistido y dado causas de no convenir salir de la Coruña por la demasiada ventaja de la armada enemiga, que esto bastaba para descargo á la mayor calumnia; demás de que pues él vino á la corte y le dejaron entrar y ahora le han hecho volver allá á servir, argumento claro es que aquella pérdida no fué por su culpa, sino por la del que se la ordenó: porque, ¿qué más pudo él hacer que exponerse á la violencia de la pólvora, al alquitran y las ondas de la mar? Es menester que, ya que no usamos de las mercedes, usemos de la clemencia. Finalmente, D. Francisco Antonio de Alarcon residenciaba al Almirante, no más de por introducir en Vizcaya una Chancillería ó Tribunal, con no más



color que de asentar allí los tributos y el papel sellado, y que se gobernase el reino entero por solas las leyes de Castilla; tentacion que ha hecho turbar la seguridad y el sosiego de todo él, de que ya estaba hecho un almacen y metidos dentro de la Provincia algunos consejeros de Castilla, que á temporadas se iban remudando; porque al Almirante no se le halló culpa de consideracion: estilo en el ser de grandes príncipes por materias que á ellos les parece; á los que han servido bien, por la misma causa, registrarles las acciones por ponerles algun arcíbar en el gusto de aquella gloria; mas aquí gobernaba la pasion del poderoso que se la queria tiranizar, mal contento de las que tenia. El rey, D. Felipe II, envió dos oidores al duque de Alba, D. Fernando, habiéndole ganado prósperamente el reino de Portugal, con dictámen ambiguo de que le asistiesen en Lisboa, y era para que le visitasen, cubriéndolo con capa de que le ayudasen al asiento y composicion del Reino, y otro tras Sancho Dávila, que le habia ayudado á ganar é iba á Oporto siguendo á D. Antonio, prior de Ocrato, vencido de la batalla que se habia dado, á salvar allí y buscar embarcaciones para seguir la fuga y solicitar en los reinos forasteros abrigo, armas, gente y dineros para volver á su pretension.

Cuando parece que habiamos acabado de contender con los enemigos, así cristianos como herejes, y los demas que se incluyen en los dogmas del mahometismo, que á todos los tienen concitados contra nosotros y debelados hoy en Italia, Alemania, Flandes, España, en el Brasil y entrambos mares, habiendo cada uno de nuestros capitanes cumplido noble y loablemente con sus obligaciones, áun no nos quedábamos con quien luchar en partes y regiones, no ménos asistidas de celo y la codicia, teniéndonos cubiertas y enseñadas heridas penetrantes y venenosas, Scilas y Caribdis en que naufragar y acabar con todos y trastornar el Estado: así lo publicaron este año, como lo acabamos de insinuar en nuestros escritos. Habian, pues, los enemigos hecho su consejo y deliberado en sus resoluciones, con que además de las plazas, provincias y tierras que habian de ser embestidas, se pusiese armada en el



Seno Mexicano, entre la Habana y Tierra Firme, para esperar la flota de la Vera Cruz, tomarla, y caso que sucediesen algunas incertidumbres por los temporales, esperar los galeones de plata, con que, y tomándolos se veria ya España este año sin hombres ni caudal para sustentar ni asistir á la guerra; con que apareceria todo ello como ellos vanamente lo tenian premeditado, y, por lo ménos persistian, que para el año siguiente de 639, siendo tan prodigiosos y tan nuevos y gruesos los aparejos y los ejércitos que se habian de armar, pasaban adelante y decian que sin duda ninguna se acabaria la guerra, como ellos lo llegaron á presumir, porque lo disiparian todo. En lo tocante á este año ya vemos cómo han salido de nuestras manos: para el que viene, Dios que ha sido maravilloso en lo demas, lo será en aquel. Nuestros Ministros, pues, con celo que tienen de acudir á todo, viendo no venian las galeras en estos meses últimos del año, enviaron al duque de Maqueda y á D. Antonio de Oquendo con la armada Real del mar Océano hácia las islas Terceras, para esperarlos, y si los hallasen, venir haciéndolos escolta; en sazon que la armada de Francia, aunque se habia retirado á la Rochela y á los demas puestos con la rota de sus gentes sobre Fuenterrabía, se recelaban, como los veian tan prontos para ofender y ahora estaban resentidos del estrago y del azote, no quisiesen satisfacerse por aquí de las ofensas recibidas con casi cuatro plazas de armas que el Rey Católico ha mantenido en la Europa este año, y para esto usó de esta providencia; pero ellos se volvieron luégo sin hallar nada, ni amigo ni enemigo, que les diese noticia de ningun bajel, y no dejando de dar cuidado. En este intervalo vino una relacion de Nueva España, en que decia que el marqués de Cadereita, cuidadoso por avisos y por sospechas que tenia de la emulacion y codicia de los enemigos corsarios y piratas de Holanda al robo y al tesoro de las Indias y á la grandeza de aquel extendidísimo Imperio y nuevos orbes, ordenó que la gente del batallon de la ciudad de los Angeles y obispado de Traxcala, se fuesen ejercitando y estuviesen á punto para que, si fuese menester, acudir á la defensa



de la Vera Cruz y fuerzas de San Juan de Ulua, como puerto principal de aquel reino en el mar del Norte. Mandó levantar algunas compañías y que caminasen á la Vera Cruz, y se condujese bizcocho y otros bastimentos para cualquier acaecimiento. Sin embargo, aprestada la flota para navegar á su tiempo, como se presumia que seria á 15 de Julio, con 1.800.000 pesos; habiendo, pues, tenido noticias inquiridas con atencion de Tierra Firme, Islas de Barlovento, Habana, Campeche y la Florida, aunque varias en sus relaciones, de que habia enemigos y pirateaban en todas partes, pero no de manera que pudiesen suspender el curso de la flota, ni que se habia de detener este año; y aunque los avisos de un navío de Canaria, que certificaba habian pasado 60 bajeles de enemigos la vuelta del Sur, por lo que despues se averiguó y se supo de dos prisioneros de una charrúa que se tomó, se juzgó que eran para el Brasil; sin embargo de este cuidado, se trató con toda brevedad del despacho de la flota, de la artillería, municiones y gente con qué reforzar la *Capitana* y *Almiranta* y otras cuatro naos de flota, para si se ofreciese ocasion de pelear. De todo esto socorrió el Virey admirablemente, como por el general se iba pidiendo, con que á 24 de Julio estaba ya á punto, que era la hora en que en todas las plazas de armas se combatia contra franceses y holandeses; pero la providencia Divina, defensora siempre de los más fieles, miró por la Corona Católica y bien de sus príncipes en tiempo tan fuera del órden natural del cielo, porque sucedieron unos Nortes tan secos y tan asentados, que ventaron veintinueve dias sin cesar, y tan continuos desde los fines de Junio, con que la flota no tuvo tiempo para surgir, librándola Dios de los enemigos que la esperaban, embistiendo por la proa á los bajeles. Así estuvo hasta 20 de Julio que entró navío de aviso de Castilla, en solos cuarenta y tres dias de navegacion, al Virey, general de la flota, con las noticias que de los Estados se habian tenido, de haber salido de Holanda para las costas de Occidente 10 navíos de guerra, y por su cabo Pié de Palo, peritísimo corsario en aquellos rumbos, con pertrechos, gente y municiones para Pernambuco, y órden



pára que, en dejando allí este socorro, pasar á las costas de Tierra Firme y á la Habana con intento de encontrarse con la flota que estaba en la Nueva España. Recibido este aviso del Rey y ministros del consejo de las Indias, se atendió al cuidado, y se arrimó á éste y á sondar y observar los riesgos y peligros de los demas avisos que habia de que andaban pirateando 14 navíos en la tráfica de Nueva España, Cartagena, Islas de Barlovento, que si se juntasen con los demas podrian dar cuidado, porque este enemigo habia salido con órden y designio de los magistrados de Holanda de tomar la flota, y caso que no pudiese esperar los galeones de la plata, tomarlos ó quemarlos ó no dejarlos venir, y destas tres cosas consiguió la última. Avisaba el Rey de esto, y que se atendiese á todo y en particular á que no invernasen las flotas ni otro bajel de plata ni mercadería, añadiendo con especial advertencia, que se habia de tener cuidado que no se aventurase aquel tesoro, eligiendo lo que fuese de mayor importancia para el servicio del Rey. Habíase, otrosí, enviado órden que D. Cárlos de Ibarra cuidase de la flota, dándole para mayor seguridad las órdenes y resguardos necesarios en los tiempos y ocasiones que tuviese por más convenientes. Avisó al marqués de Cadereita, el presidente de la Audiencia de la isla Española ó de Santo Domingo, á 13 de Julio, que estaban aquellos mares cuajados de corsarios esperando la flota, que lo escribia para que procediese con el buen juicio y experiencia que tenia. Hizo el Marqués juntar las personas y ministros de la Audiencia, el general, los capitanes y marineros, los cónsules del comercio, y proponiéndoles los enemigos que tenia la mar y los otros inconvenientes, que le dijesen su sentimiento. Todos fueron de parecer que invernase la flota, y que la plata se retirase á la fortaleza, se previniesen soldados y capitanes para el resguardo de la tierra, y se enviase con el capitan Anton de Cañas aviso al Rey y á su consejo como la flota habia invernado, por no aventurarla y por los muchos corsarios que habia en la mar, y causas que para ello tuvo, con instruccion y derroteros muy particulares, para evitar las insidias que los enemigos no le topasen ni supiesen



la resolucion que se habia tomado, con dos pilotos muy prácticos que le gobernasen la navegacion, y reforzóse el puerto de Vera Cruz. Sin embargo, muchos de los interesados hablaban mal de la detencion de la flota, y decian que en la isla de Cuba y la Española no habia enemigos de consideracion, ni en todo el Seno Mexicano. A esta hora llegó aviso de la Habana, del gobernador D. Francisco de Riaño, en una fragata muy ligera, con el capitan D. Francisco Fernandez, para que hiciese todo lo posible para encontrar la flota si hubiese salido, y dándole las advertencias necesarias para nuevas derrotas y escapar de enemigos hasta llegar á aquel paraje, y dijese al general los muchos enemigos que andaban en aquella costa y á la vista del puerto. Vino á la Vera Cruz, y hallando que la flota no habia salido, reforzó las mismas dificultades de navegar, y el capitan refirió su viaje en esta forma: Que salió del puerto de San Cristóbal de la Habana, en 26 de Agosto, de noche y con virazon muy recia, á árbol seco, por no ser visto de los enemigos, dejando á sotavento 14 velas que contó, saliendo, con la luna, sin otras cinco de Suecia, que el gobernador de la Habana avisó quedaban sobre Matanzas, habiendo aquel dia dado vista al puerto de la Habana solamente 11 de ellas; que anduvo así la primera, y la segunda, gobernando la vuelta del Norte, dió vela y navegó hasta el dia siguiente, 27, que tomó sonda á las ocho de la mañana en veintidos brazas, y á esta hora vió dos urcas surtas que largando el pañon le siguieron la vuelta de Sud Oeste hasta las cuatro de la tarde que las perdió de vista; y gobernando segun la instruccion que llevaba, viró la vuelta de Nordeste, y como á las seis de la tarde reconoció los cayos de la Tortuga, donde halló otras dos urcassurtas en siete brazas de agua, de que huyó, y luégo que le vieron dieron vela, siguiéndole hasta bien cerca de la noche; y á la mitad de ella se vió abordado de otras dos urcas, y estando para arrojar el pliego se libró de ellas, y que serian estas urcas de más de 300 toneladas, con buena artillería: el dia siguiente, 28, vió un navío pequeño, y creyendo que era vigía que envió el gobernador de la Habana á aquel paraje para dar



aviso á la flota, se fué á él para entregarle el pliego que traia de su Gobernador, y acercándose á esta diligencia, reconoció era urca enemiga, y se libró huyendo de ella dos horas hasta que la perdió de vista; y corriendo su navegacion, á postrero de Agosto, á las diez del dia, reconoció y tomó sonda en sesenta y cinco brazas del cabo de Campeche, que está en 26 grados, donde á las doce del medio dia se descubrieron seis naos surtas, y entendiendo era la flota que buscaba altura en aquel paraje, se fué á ella, y conociendo era de enemigos por las banderas que traian naranjadas, azules y blancas, mirándolas con anteojo de larga vista, les contó á 15 piezas de bronce por banda, banderas de Capitana y Almiranta, y largando las velas, tendiéndose por el mar, le fueron siguiendo, obligándole á huir á toda diligencia, hasta las cuatro de la tarde que, dejándolas por la popa, las perdió de vista.

Desde aquí siguió su derrota hasta entrar en el puerto de San Juan de Ulúa, donde el General le envió al Virey para que á boca hiciese la relacion referida y del modo que Pié de Palo tenia puestas las asechanzas á la flota y galeones, porque la Holanda debia estar en grandísima necesidad y apretada para proseguir la guerra, miéntras que el auxiliador perseveraba tenazmente en fatigar la Monarquía, sin ceder de su obstinacion; de donde se podria seguir alguna bonanza para todos si no hallasen aquí el medio que buscaban. Y es, sin duda, la falta de dineros que tienen, pues los vienen á buscar á las Indias, esta vez más ahincadamente que todas, esperando en los rumbos y parajes de la navegacion de ambas armadas para que no se les escapase ni áun el más mínimo bajel, y regulando los tiempos, para que en haciendo presa de la flota en cabo de Apalache, le tuviese para volverse á juntar con las cinco naos de Matanzas y las que estaban sobre la Habana, y juntas recibir los galeones de plata y todo aquel tesoro, y poner las cosas en mortal conflicto y en gran necesidad. Sin embargo, daba cuidado el progreso de D. Cárlos de Ibarra con tantos enemigos, y habia algunos tan atinados, segun el estado de las cosas, que les parecia le habian de apretar de

suerte los corsarios que le habian de obligar á hacer invernada en la Nueva España. Pero, por otra parte, juzgando lo ya insinuado con los avisos de Castilla, y refrescándose la nueva de enemigos, con un bajel que habia llegado con el capitan Esqueda, y áun desconfiando por esta causa el buen suceso de los galeones de la plata, para cualquier accidente ó trance de fortuna, hizo reforzar á San Juan de Ulúa, donde estaba la flota y el tesoro, para que no saqueasen la nueva Veracruz, que si bien se le habian aplicado todos los medios de defensa necesarios, para mayor abundancia y providencia, envió el Rey órden para que de la ciudad de los Angeles y obispado de Tlaxcala bajasen al puerto 1.200 hombres de los del batallon de aquel distrito, parte infantería y parte caballería, é hizo levantar tres compañías á sueldo. Pero llegando á discurrir sobre el viaje de D. Cárlos de Ibarra, general de los galeones de plata, y sus progresos, que es para lo que hemos tomado la pluma, comenzando por sus principios, para mayor inteligencia, digo que salió con la armada, de la guardia de las Indias que gobierna, de Cádiz, á 29 de Abril de este año, con ménos gente de mar y guerra de la que le tocaba por su dotacion, por haberse quedado en España á otros cuidados. Digo que salió con siete galeones para traer en ellos la plata de S. M. y particulares; llegó á Cartagena á 12 de Junio, y á 21 salió para Portobelo, donde llegó á 29: á 15 de Julio salió de aquel puerto con la plata del Rey y particulares, y llegó á Cartagena á 1.° de Agosto con calma y tiempos contrarios; halló allí el aviso de España, que ya hemos referido, en materia de armada de Holanda, para acometer galeones y flota, que habian salido 10 para el Brasil, y que de allí se habian de tomar 14 y todos acometer la empresa. Eran estas fuerzas muy superiores á las que llevaba D. Cárlos y los demas en todo aquel Occidente; que si esto no se remedia vendrá á perecer todo, así en España como en las Indias. Encargábasele mucho á D. Cárlos procurase disponer la materia de tal forma que el enemigo no le encontrase, y que si lo hiciese, hallase tal resistencia y valor en su persona, en la de los capitanes,



soldados y marineros, que quedasen frustrados sus intentos; que, viendo las pocas fuerzas que llevaba, se procurasen aprestar cuatro urcas para escolta y socorro, encargándole pusiese la mira en librar este tesoro de los enemigos, y que perseverase en hacer lo mismo del que venia de Nueva España, cuidando de ambas cosas como se esperaba de su valor y prudencia; y que juzgase lo que convenia volver á España este año, por la necesidad que habia de dinero para acudir á tantas partes como era necesario, y lo pedian para la defensa de reinos y provincias. Enterado D. Cárlos de Ibarra de las órdenes que se le habian enviado con los avisos, y de los enemigos que le aguardaban, mandó asentar en la armada todas las plazas de infantería que se pudiese, por haber falta de ella, y prevenir los siete galeones lo mejor que pudiese; dando á los cabos y soldados las órdenes precisas de batalla, cuando lo pidiese la ocasion, y señalando los puestos que cada uno habia de tener. En esta forma partió de Cartagena, á 7 de Agosto, la vuelta de la Habana; llegó á Cabo de Corrientes á 23 de Agosto, donde halló cartas del Gobernador, en que le avisaba no habia más corsarios que siete ú ocho navíos, que andaban en la costa; llegó, á 26 de Agosto, á Pan de Cabañas, á doce leguas de la Habana, y á 30 del mes referido comenzó á bordear sobre el Pan de Cabañas, por ser el tiempo contrario y opuesto á la entrada de la Habana. A esta hora se descubrieron aquella tarde diez y siete velas, que iban la vuelta de tierra, y el dia siguiente, postrero de Agosto, al amanecer, se vino la armada del enemigo la vuelta de la nuestra: puso D. Cárlos el estandarte Real, animó la gente, y todos de buen corazon le esperaron con las armas en la mano: disparó una pieza en señal de batalla, para que cada uno tomase su puesto y se apercibiese al combate, y que hiciese lo mismo el patache la *Margarita*, que le habia encontrado en el Cabo de Corrientes, y con vela de gavia y trinquete se fué para el enemigo, que puso su armada en esta manera: su Capitana y tres naos, las mayores, y entre ellas una grande que traia un gallardete, vinieron á la nuestra, y su Almiranta y otras dos naos fueron á la Almiranta de nues-



tra armada, y los demas bajeles á los demas galeones. La Capitana del enemigo abordó con la de D. Cárlos, metiendo su bauprés por la jarcia del trinquete (traia mucha gente encima de cubierta, cosa pocas veces vista en nao de Holanda), y estuvo dos horas abordada por barlovento con resolucion de echar gente: traia tres andanadas de artillería, las dos principales y los alcázares, que todos eran 50, y otras de ménos piezas, y los calibres de las balas eran de tres géneros, de á 50 y de á 20 y otras de ménos, segun se reconoció por las muchas balas de este género que se hallaron recogidas en la Capitana de Don Cárlos.

Dió el enemigo tres cargas con la artillería, y muchas de mosquetería, y en el ínterin las otras tres, que venian de socorro á esta nao, disparaban su artillería por la cuadra y popa á la Capitana. Habia mandado D. Cárlos que no se disparase mosquetería ni artillería hasta tanto que hiciese señal; mandólo tan á tiempo, que llegando la Capitana de Holanda á abordar la nuestra, disparósele tres veces la artillería, con muchas cargas de mosquetería que con buena órden estaba repartida; y recibió tanto daño de esto, que muy aprisa, cortando cabos y aparejos, se desabordó y se fué huyendo. Siguióla Cárlos; lo que bastó para que reconociesen los enemigos que venia hombre de cuenta y soldados de valor que los harian pedazos, aunque doblados en el número de bajeles. Pegó cinco veces fuego á la Capitana, que con brevedad corrieron á apagarle; quedando, sin embargo, con excesivo número de balazos arriba y abajo: murieron 23 personas, y quedaron 50 heridos, y entre ellos D. Cárlos de Ibarra, que queriendo tomar una bomba que le habian echado en la cubierta y á sus piés, se le reventó y le hirió en la cara, brazo y muslo, y no por eso dejó su puesto; dándoles las órdenes y acudiendo á todo, porque no quiso excusarse por las heridas de lo que el Rey y sus obligaciones le habian ordenado y le tocaba por sangre y fidelidad. Hubo entre los heridos y muertos personas de consideracion; el Capitan de mar y guerra, los caballeros pasajeros y camaradas de D. Cárlos, que merecieron aquel dia lauro y palma por el



gallardo espíritu con que pelearon. La Almiranta de nuestra armada estaba abordada con la del enemigo: vino á nuestra Capitana, por sotavento dióle una carga, y respondióse con otra, quedando nuestra Almiranta desaparejada de la cebadera, y la vela de trinquete pegada fuego, que fué dificultoso de apagar: mostró bien su valor D. Pedro de Ursúa, quedando herido. El galeon en que venia Sancho de Urdanivia, aunque sin órden, puso dos gallardetes en los topes, con que el enemigo puso más cuidado en tirarle con la artillería y apretarle; llevándole el bauprés de un balazo; y los demas galeones de esta armada hicieron el deber, peleando con los de Holanda. Duró el combate casi ocho horas, y á la tarde se juntó la armada del enemigo, quitando la Capitana el estandarte y disparando una pieza, y estando una hora larga atravesados á barlovento de nuestros bajeles, resolvieron en irse largando velas; pero el general D. Cárlos Ibarra, aguardando su resolucion, sin embargo que no podia pasar á la Habana porque el tiempo, como al principio, se lo contradecia, estuvo bordeando de una vuelta en otra desde Cabañas á la Mesa de Mariel, hasta 3 de Setiembre que el enemigo, al amanecer, se volvió á descubrir y vino con la misma órden á trabar otra vez la batalla; aguardándole D. Cárlos con el mismo ardimiento que ántes. Traia 13 navíos, y embistió sola la Capitana con la nuestra; traia gente encima de cubierta como la primera vez, y tapada de lienzo todo blanco, porque no se viese la mucha sangre del destrozo pasado: dió dos cargas con la artillería, respondiósele con otras dos, y siguiósele hasta que fué fuerza volver en busca de Sancho de Urdanivia, que se habia quedado atras, y cargáronle los demas navíos del enemigo pensando que tenian presa; socorrióle D. Cárlos de Ibarra, y la resta de los enemigos y los nuestros se daban espesas rociadas de artillería, sin abordarse uno á otro: fué herido el capitan D. Pablo de Contreras y el capitan Jacinto Melendez, y algunos soldados heridos y muertos. Duró el combate por espacio de ocho horas; lo dejó el enemigo, siguiéndole toda su armada, y en la Capitana quedaron entre heridos y muertos 26 personas, y entre ellas algunos particu-

lares. Envió á decir Sancho de Urdanivia que su galeon hacia agua, y tenia los árboles rendidos de balazos y que estaba desaparejado; sacóle D. Cárlos la plata que traia del Rey y particulares, y envióle gente de su Capitana y otros navíos para que le socorriese: avisó, sin embargo, que su galeon estaba de suerte que no podia navegar, y que le faltaban de ambos reencuentros más de 300 hombres entre muertos y heridos; que estaban en frente del puerto de Cabañas, y que le decia su piloto le meteria dentro de él, por ser bajel de poco porte, y que salvaria el buque y la artillería y cajones de añil que traia. Mandó D. Cárlos disparar una pieza y que se pusiese bandera de consejo: vinieron los capitanes y los demas á quien tocaba hallarse en tales juntas, y oyendo al piloto, se conformaron en que el navío pasase al puerto y allí salvase todo lo que pudiese; habiendo salido á ello Sancho de Urdanivia. Resuelto este punto, se propuso otro: el almirante Juan de Campos, y D. Gaspar de Caraza capitan de már y guerra de la Capitana, y otros de la junta dijeron convenia, por lo sucedido y por los otros accidentes que se podian prometer y recelar, y por lo que se aventuraba la plata y las otras cosas, digno todo de reparo, fuese la armada á la Nueva España; y siendo designio éste muy contrario del que D. Cárlos llevaba en su dictámen, como era de pasar á la Habana y vencer esta dificultad, repugnándolo y contradiciendo con las razones que se le ofrecian, respondieron todos, á voces, no tomase sobre sí carga tan pesada y en que se arriesgaba tanto. Atendiendo al estado en que se hallaban y á los peligros que se les podian ofrecer, resolvió D. Cárlos, aunque herido, pasar al galeon de D. Pablo de Contreras, donde venia embarcado D. Juan de Carvajal, del Consejo Real de las Indias, visitador de la audiencia de Lima y de las Charcas, y llevando consigo capitanes y todos los demas oficiales de la armada, juntos allí todos, se propuso la materia; y habiendo oido á unos y á otros respondió, que su parecer era que convenia al servicio de S. M. que aquella armada fuese á la Nueva España, porque con esto se aseguraba su plata y la de particulares; que el tiempo era



contrario para ir á la Habana y en popa para ir á la Nueva España; que la conjuncion venia dentro de tres dias, y las de Setiembre siempre habian sido perjudiciales y dañosas en las costas de aquel rumbo; que dividiéndose, cualquiera de los seis galeones que habia los tomaria el enemigo; que nuestras fuerzas eran pocas y las suyas dobladas, y que se iban acrecentando, pues demás de las que tenia en su armada, que habian dado batalla por dos veces, se reconocian cuatro navíos más que se iban á juntar con ellos; que habia de hacer reparo en la falta del navío de Urdanivia, con que recobrados en más ánimo y avilantez habian de volver á tentar fortuna, no obstante que declaraban los más capitanes que allí estaban, que habian gastado la mitad de las balas y de la pólvora con que salieron de España, que juzgaban que el enemigo los habia de volver á acometer muchas veces hasta hacer presa, y que otras dos veces que volvieran á pelear con él no les habia de quedar municiones para la tercera, donde les fuera muy posible barrenarse é irse á pique por no someterse á la rendicion vergonzosa, cayendo en la mayor desdicha que podia venir á España, á los reinos y provincias que penden de ella; que la invernada era indubitable en la Nueva España, porque se habia de entrar tarde en ella y no poder salir tan presto por el aderezo y ocupacion y reparos que se habian de hacer en los navíos, que los más estaban muy maltratados; que el holandés no se habia de quitar de la boca del puerto de la Habana hasta muy entrado el invierno, y que así convenia seguir el consejo de los más é ir á invernar á Nueva España, donde lo aseguraba todo y se abrigaba la flota de aquel reino, que juzgaba de cierto no habia salido, por tener los mismos avisos del Rey de Castilla como los tuvo la armada y todas las costas que se habian corrido, y que se repararian allí los navíos, y se abasteceria y armaría de municiones y velámen para seguir la navegacion en tiempo más oportuno y con esperanza de mayor y más próspera felicidad y bonanza.

Pareciéndole á D. Cárlos muy congruentes y eficaces estas razones, y no sólo á él pero á todos, y al almirante Don



Pedro de Ursúa, y sin embargo pesadas para cumplir, con las órdenes que tenian y lo que debian á su sangre y obligaciones, todavía resistieron y porfiaron en ir á la Habana; pero volviendo D. Pedro de Ursúa á su galeon y visto los cuatro navíos que se le iban juntando al enemigo, y otros tres que parecian del tope, que tambien seguian la misma derrota, que ya eran todos 24 navíos, envió á decir á D. Cárlos con Don Diego de Jias, capitan de mar y guerra de la Almiranta, que los accidentes mudaban las cosas; que el enemigo estaba muy experto, tres veces más que ellos, y que era temeridad tentar más fortuna; que se contentasen con la que habian tenido, no de pequeña gloria y admiracion á los insignes soldados y marineros, y que se cediese al parecer de todos los demas y siguiese el destino que los forzaba á no poder hallar otra salida. Conformóse D. Cárlos, y dió las órdenes necesarias para seguir el viaje de Nueva España, quedando el galeon de Sancho de Urdanivia en el puerto de Cabañas, sin que lo pudiese ver el enemigo; pero ellos volvieron con 24 velas sobre la nuestra, el dia 5 de Octubre, por la tarde, quedando á barlovento de la nuestra. Aquella noche se encendió farol, haciendo lo mismo la Almiranta, para que si los holandeses quisiesen volver á pelear no lo dejasen por señal y aviso; valor digno de premio y de memoria, siendo tan pocos á tantos. Al amanecer no los vieron ya, y avisó D. Cárlos á la Nueva España y al Virey dándoles cuenta de su viaje y arribada; y deseoso de saber el estado de la flota, si habia salido y llegado á la Habana miéntras él peleaba, no sin cuidado de su derrota, yendo tan desamparada de resguardo y fuerzas, llegó D. Cárlos á la Veracruz, halló allí la flota, y por mayor trofeo con ambos tesoros, uno defendido y otro asegurado, y descansaron allí, aunque en el parecer y ánsia más quisiera haber corrido el viaje y que fuera en la bahía de Cádiz. Fué grande el consuelo que recibió toda la tierra, ciudad y corte de Méjico con aquella llegada y salvamento de la armada, y cuán gloriosamente habian escapado de los enemigos peleando con todo valor y denuedo, y dejando burlados los ladrones y corsarios de Holanda. Fué el Virey



con la audiencia, consejos y ministros á dar gracias á Dios por la defensa de su patrimonio; envió á visitar á D. Cárlos y á los demas cabos, capitanes y oficiales de la armada, dándoles la enhorabuena de su victoria; y enviaron aviso á España de lo sucedido, aunque ya acá se habia tenido nueva del reencuentro por una carta, aunque apócrifa, que envió el duque de Medinasidonia, por una relacion de un mercader inglés. Decia que, sábado, 27 de Noviembre de este año, salió por la canal de Inglaterra la vuelta de España; que dió vuelta á un navío grande, que á toda diligencia venia enderezado al suyo, muy destrozado, desarbolado de un árbol, y tan roto de balazos que le obligó á venir incesantemente dando á la bomba por la mucha agua que hacia; que los que venian dentro, luégo que llegaron á paraje que pudiesen ser oidos, con grandes voces y clamores pedian socorro, diciendo que se iban á pique, como se echaba de ver por el destrozo de la nao; que llegó á ellos y los conoció que eran holandeses, y que los recibió en su navío en número de 300, los más de ellos heridos y algunos sin piernas y sin brazos, y tan maltratados, que apénas se podian ayudar unos á otros, y fué necesario que los suyos pasasen á muchos de ellos en hombros, obligado de la necesidad; que venian en la misma nao cuatro presos holandeses, los dos personas gaves, si bien sin cargos militares, y los otros dos capitanes de infantería; que les preguntó la causa de su prision, y le respondieron, que en la refriega y batalla naval que habian tenido los galeones de la plata de España con los de Holanda, no habian querido pelear por no haberse seguido su parecer, que fué de no acometerlos, adivinando el mal suceso que despues tuvieron por haberse desalentado con su tibieza los demas, porque no peleasen, y que por eso los llevaban presos á Holanda para que el Magistrado los castigase; que puesta en salvo la gente (no lo hicieran así con un navío de España), se sacó de él la artillería, que eran algunas piezas de bronce y otras de hierro colado, en número de 32; que aunque habia dentro muchas municiones no se pudieron salvar porque la nao se fué á pique, así por lo que venia dentro y de mal-



tratada como porque los divertidos en salvarse se habian descuidado del uso de las bombas, y peligrado; que se enteró más del caso y le fué respondido, que habiendo dicho el corsario Pié de Palo á los Estados de Holanda, que dándole bajeles, gente y municiones, les daria ganada la flota de Nueva España, con que haciéndose ricos y más formidables enflaquecerian las fuerzas de España (que es lo que se habia practicado este año entre todos los enemigos de la Corona, demás de los otros ejércitos levantados para destruirla), que habia sido creido, porque los grandes suelen facilitar las mayores empresas, como tambien, porque siendo este corsario tan práctico en las cosas de las Indias, no pareció le podian engañar sus discursos. Diéronle los Estados algunos navíos, que juntos á los que él tenia, llegaron á número de 14 y más, que se pusieron en el cabo de San Anton, rumbo por donde pasa la flota para la Habana; que aquí, desconfiados si partia ya la flota, teniéndose por tan señores de ella, que áun á los de ménos séquito juzgaban mal contentos con la parte que les habia de tocar, que así se engañaban los juicios humanos, y el suyo les engañó de suerte, que en breves dias les hizo entender, á pesar suyo, que no en el número de los combatientes consiste la felicidad de la victoria, sino en la dicha, ó, por ventura, en la justicia y envejecido valor de los que pelean. Estuvieron en el cabo de San Anton algunos dias, y tuvieron aviso que no habia salido la flota, ó si habia salido, habia vuelto á arribar con tiempo contrario, y aunque despues le habian tenido, no se atrevieron, por saber los aguardaban, ó con avisos de España, ó con algunas fragatas de las costas: que viéndose, resolvieron dejar la empresa y tentar las de los galeones que esperaban de Cartagena y era el tiempo de su venida á la Habana; que si bien son más fuertes y de más resistencia que las naos de flota, sabian que no eran más de siete, y siendo ellos de más número que de 14, fuertes, armados y prevenidos, de mayor bordo y toneladas, no era mucha vanidad prometerse la victoria, juzgando que por la mayor parte vienen estos galeones más cargados de plata que advertidos de defensa, soldados y otros



aparejos navales: que los descubrieron un dia de los de Agosto, los acometieron con determinacion y poca fortuna, y hallaron su perdicion donde pensaron lograr las riquezas ajenas, que rinden á la Majestad de España los minerales de Occidente; que les echaron á pique siete naos y entre ellas la Almiranta; que les mataron su Capitan y al general Pié de Palo, y quedaron de suerte desbaratados, que sin poderse valer unos á otros, cada uno buscó su remedio y la vuelta para las islas, sin atender á más que en la forma referida: topó la nao holandesa tan rendida, y ellos tan ahogados de triunfo, que cada instante pensaban era el postrero; que si bien los galeones recibieron daño de sus balazos, no habian peligrado; y que echó la gente en Inglaterra y volvió á proseguir su viaje para España. Por eso, digo, fué poco bien verdadera la carta, porque la muerte de Pié de Palo salió falsa, porque él volvió á Holanda, á toda diligencia, con la rabia de no haber podido conseguir la presa de los galaones; volviéronle á armar, y tornó á salir con la misma prisa que habia llegado, ó para socorrer al Brasil por los refuerzos considerables que habian salido de Lisboa para allá, á cargo de D. Fernando Mascareñas, conde de la Torre, y otros cabos, ó para volver á esperar flota y galeones; y á no desistir de su pertinacia, que si no se remedia esto será arriesgarla cada año con el mal ejemplo de la primera vez, y verse todo en la última desesperacion. Cuanto á la pérdida de las siete naos, hace tambien dificultad, porque el almirante D. Pedro de Ursúa, reconoció por la postrera vez que las naos del enemigo eran 24, y que venia más acrecentado que las otras dos veces; que los embistió de suerte que no se conoció en ellos pérdida ninguna, ántes cada vez de más número, si bien, aunque luégo á la mañana no se vieron, puede ser que de la refriega, que no le seria dulce ni de poca sangre, fracasasen algunas, pues se desaferraron tan aprisa á lo ménos de ellos, y de las Islas no se ocupó nada. Recibieron la nueva de los galeones, aunque más los quisieran en España, de su pelea y arribada á la Veracruz, con algun contento, y los enemigos con grande alborozo, porque de las trés cosas en que pusieron



la mira y el consejo para consumirnos, faltar á tantos cuidados y defensas de reinos, provincias y plazas, levas de ejércitos y aprestos de armadas, y entrar en otros más rigurosos y desesperados, si no fuese en este año, esperarlo y prometérselo al siguiente para concluir con todo, ¿cómo seria posible con la falta de dineros? Vuelvo á decir, que de las tres cosas, de no tomarla ó echarla á fondo, consiguieron la tercera, que fué no dejarla venir á España, para dañar con su falta, meternos en mayor necesidad y tribulaciones de buscar dineros sobre efectos, que en este año de 39, á mediado Mayo, que acabo de escribir este libro, con la vuelta del corsario allá y una armada valiente francesa en la Rochela y otros puertos, no sabemos el intento ni el fin que tendrán, ó si saldrá cuando vengan galeones y flota y la esperarán en las islas Terceras, en el cabo de San Vicente, ó en la bahía de Cádiz. Así que, celebraban este caso, y era de que no nos la habian tomado ni quemado; pero nos la embarazaron, que es de harto peligro y calamidad, porque luégo quisieron suplir su falta con nuevos tributos y pedidos que quebrantaban los corazones de los hombres, y cada dia iba todo recayendo en mayor calamidad y ruina de pueblos y de tierras para ver y concluir nuestro fin; de cuyos principios y raíces producian efectos y se enjendraban mónstruos de rebelion y de infidelidad en las dos líneas de España, en Levante y Poniente, que amenazaban general destruicion por resarcir el pesado yugo del Gobernador.

Perdióse Brisac, ilustrísima colonia de la provincia de la Alsacia, que es el azar sólo que hemos tenido este año, entre tantas buenas fortunas, que tomó el duque de Beimar, de gran consecuencia para los enemigos, para arriesgarse más por aquí, la tiranía de la Lorena y la poca seguridad de la Borgoña; si no es que nuevos accidentes contraidos hoy, como veremos en el contexto ó descripcion que se sigue, mejora nuestro partido, y hace inclinar el de Francia. Cúlpase al general Galaso de poco ardiente en estos casos: yo culpo al Emperador y á todos los Príncipes de que no atiendan por su persona á lo que les toca,



como á que no se les caiga la corona ó la diadema de la cabeza, y á sus ministros y confidentes de no haber asistido á esto como se debe, y perdia plaza tan importante, por no haber tenido este año guerra de consideracion, ántes haber salido bien de ambos reencuentros que dejamos referidos con los hijos de Federico, muerto, Palatino del Rin, sobre recobrar aquel Estado y tantos que las guerras pasadas han dejado tan cansados y disminuidas las fuerzas, que no se puede más. Cosa es, cierto, de admiracion en cuán breve tiempo, no siendo de más espacio que de un año, y en cuán pocos pliegos de papel hemos escrito cosas árduas, guerras con tantas partes, maquinaciones contra reinos, provincias, estados, sitios, quemas de armadas, acometimientos peligrosos, causados por nuestros enemigos para trastornar la confianza y la seguridad, poniéndolo todo al trance; ejércitos numerosos, no uno sino muchos, unos contra otros; sorpresas fatales si surtieran á su pensamiento; rotas y tomas de plazas en los mismos que las insidiaban, y debelados por providencia particular del cielo; ódios, concitaciones sin número y sin medida, ejercitados con ira y venganza en tantos ángulos de la Europa; escritos sin templanza y manifiestos sin cortesía, falsos y apócrifos para conmociones, y atentados para la desolacion del Imperio, de la religion y de las aras Sacrosantas: tanta turba de inquietos sediciosos y revoltosos, consejos y juntas detestables, no sólo contra los Monarcas católicos, sino contra sí mismos, á quien ellos hacen confederados; muertes de Príncipes violentas, que han hecho parientes por usurpacion de sus Estados; tiranías de otros, incendiarios cavilosos, insolencias ejercidas por Reyes, privados y ministros; aparentes incursiones de herejes que sólo tienen el nombre de cristianos, sin mostrarlo en otra más noble parte que en el semblante; desvergüenza de mahometanos y otra inmensidad de prodigios. ¿Cuándo ó en qué era lo leí, ó se vió esto, ó de qué grosera condicion se nos ha ocasionado? ¡Oh, siglo felicísimo, admirado y suspirado incesablemente de los hombres del muy alto y muy esclarecido Rey D. Felipe III *el Grande*, en quien todos, con prosperidad jamás

alcanzada, vinieron y descansaron de tales impulsos é incidentes, de la misma manera por cosa memorable y señalada, y por cognomento digno de sus virtudes y del lugar que ocupó, y por la distribucion y loables progresos en la administracion de la Monarquía! Se puede decir, por la paz del duque de Lerma, su gran privado, como la de Numa Pompilio y la de Octaviano Augusto.

FIN DEL TOMO SETENTA Y SIETE.

ÍNDICE.



Páginas.



Páginas.



Páginas.



Páginas.



Páginas.



Páginas.



Páginas.



